



León Trotsky

**León
Trotsky**

(compilacion)



Lectulandia

Lenin, una de las figuras más polémicas del siglo xx, dirigente de la revolución de Octubre y constructor del partido bolchevique, sigue siendo el espectro de la revolución y por ello es odiado por todos los reaccionarios.

Si el stalinismo quiso convertir su figura en un icono, falsificando la historia, uniéndolo a Stalin y denigrando a otros dirigentes bolcheviques como Trotsky, los escritores liberales de la actualidad, como Robert Service o Richard Pipes, intentan mostrar a Lenin como una figura autoritaria y ambiciosa, que tendría continuidad en el totalitarismo de Stalin. León Trotsky escribió los textos que componen este libro, enfrentando el avance de la burocracia stalinista en el partido y el aparato del Estado que amenazaba la revolución socialista. Contra toda tergiversación, nos muestra a un Lenin real y desmitificado, producto de las condiciones de su época, que a su vez concentra una personalidad excepcional. Una vida en la cual sus esfuerzos personales tuvieron el propósito de llevar a la acción las ideas del marxismo en la primera revolución en la que la clase trabajadora logró la conquista del poder.

En la actualidad, ante la crisis de la sociedad capitalista, su obra y sus enseñanzas necesitan ser «desmomificadas», rescatadas y recreadas por las nuevas generaciones.

Lectulandia

Leon Trotsky

Lenin

(compilación)

ePub r1.0

Titivillus 11.05.18

Leon Trotsky, 2009

Traducción: Rossana Córtez & Alejandra Ríos & Gabriela Liszt

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

GABRIELA LISZT

Esta compilación reúne dos artículos y dos libros de León Trotsky sobre distintos momentos de la vida de Vladimir Ilich Ulianov (Lenin)^[1]. No son un *racconto* de las principales luchas políticas de Lenin, aunque, dado el personaje, biografía, historia, teoría y política son casi inseparables. Trotsky, que partía de esta potente unidad, igualmente afirmó: «No se debe hacer desaparecer una biografía en la historia».

En 1923, antes de la muerte de Lenin, Trotsky proyectó escribir su biografía, pero sólo se decidió a publicar unos primeros esbozos y discursos cuando el avance de la burocracia stalinista en el aparato del partido y del Estado amenazaba los primeros logros de la revolución socialista. Lenin, como demuestran Trotsky y luego historiadores como E. H. Carr o Moshe Lewin, murió batallando contra estas tendencias y, especialmente, contra el peor de sus representantes, Stalin. Como parte de una escalada en la discusión por la política hacia las nacionalidades oprimidas por los gran rusos, de la actuación de Stalin en el aparato del partido, incluso por su actitud frente a Krupskaja, en el medio de su segundo ataque cerebral. Lenin agregó a su «testamento» el pedido de que se quitara a Stalin del cargo de secretario general y terminó redactando una carta del 6 de marzo de 1923 donde rompía todo tipo de relaciones con éste.

Junto a las revisiones teóricas y prácticas burocráticas, comenzaron a pulular las tergiversaciones y falsificaciones históricas y, por supuesto, biográficas. Especialmente convertían a Lenin en un icono desde su niñez, unían su figura a la de Stalin y denigraban o «hacían desaparecer» a los otros dirigentes bolcheviques, especialmente a Trotsky, alimentando el culto a la personalidad.

Y, aunque la compilación no se centra en reflejar la relación entre Lenin y Trotsky, ésta trasunta en los textos y era una de los objetivos del autor.

En las biografías más recientes de intelectuales burgueses como Hélène Carrère d'Encausse o Richard Pipes (al igual que los escribas del imperialismo de la época), Lenin en cambio, tenía características maléficas desde su nacimiento, expresadas en su autoritarismo, crueldad, ambición por el poder e inflexibilidad por el objetivo (la cual era por otro lado una de sus mejores cualidades). Creando un partido a su imagen y semejanza dio lugar a un Stalin, el cual era comparable con Hitler por sus niveles de crueldad. De ahí que el comunismo estaría condenado desde su propia génesis.

Trotsky, quiso desmentir todas estas tergiversaciones, principalmente las

stalinistas (falsificaciones luego comprobadas, y actualizadas por historiadores y biógrafos marxistas como Jean-Jacques Marie y Pierre Broué). Pero también, como se ve en su artículo sobre el «testamento» de Lenin que se encuentra en esta compilación, escribió contra biógrafos burgueses como Emil Ludwig. Lo hizo en medio de tremendas dificultades, a través de los distintos exilios, de las persecuciones dentro y fuera de la URSS a él y sus partidarios, de los Juicios de Moscú (donde muchos a través del terror terrorista sucumbieron a las falsificaciones del stalinismo^[2]) de la muerte y asesinato de todos sus hijos, al mismo tiempo que luchaba teórica y prácticamente por construir la IV Internacional. Trotsky se esforzó por mostrar un Lenin real, incluidas sus contradicciones, especialmente en su juventud (el único texto específicamente biográfico), cuando, tardíamente para la época, simpatiza inicialmente con el populismo. Nos muestra un Lenin producto de las condiciones de su época pero que, a su vez, concentraba capacidades excepcionales y que, gracias a un gran esfuerzo personal, le permitieron romper con el pensamiento imperante en ésta y llevar a la acción las ideas revolucionarias desarrolladas por el marxismo. Como dijo en 1923, en su alocución «Lenin enfermo»: «Marx es el profeta de las tablas de la ley y Lenin el más grande ejecutor del testamento, que no sólo dirigía a la elite proletaria, como lo hizo Marx, sino que dirigía clases y pueblos en las ejecuciones de la ley, en las situaciones más difíciles que actuó, maniobró y venció^[3]». Según le relata Krupskaja a Trotsky en una carta que le dirige luego de la muerte de Lenin, éste, un mes antes de morir, le pidió que le leyera estos párrafos del libro que Trotsky estaba preparando^[4].

Trotsky no pudo terminar su proyectada biografía. La compilación aquí presentada no sigue la fecha de escritura (entre 1918 y 1935), sino la de los hechos referidos. Creemos que, aunque con ciertas interrupciones en los años relatados, el conjunto de materiales, logran darnos una idea bastante profunda y acabada de la vida y personalidad del gran revolucionario ruso.

ALGUNOS ELEMENTOS SOBRE LOS TEXTOS PUBLICADOS

LA NOTA BIOGRÁFICA PARA LA *ENCICLOPEDIA BRITÁNICA*

Este artículo sucinto (aunque ocupaba 3 páginas de uno de los 24 tomos, dando la pauta de la importancia del personaje y de su autor) y, se podría decir, académico, fue encargado a Trotsky y publicado durante 10 años, entre 1929 y 1939 en esta Enciclopedia. Junto a la biografía que abarca el conjunto de la vida de Lenin, Trotsky destaca los hechos políticos en los que la intervención y las características de Lenin

fueron determinantes, como la división entre mencheviques y bolcheviques, su preocupación por el desarrollo teórico del marxismo, su internacionalismo y la fundación de la III Internacional, su rol en la Revolución de 1917, tanto en la lucha previa como en la toma del poder y la redacción inmediata de los decretos por la paz y la tierra, su visión acertada en las negociaciones de Brest-Litovsk y reorientación de la Nueva Política Económica (NEP).

Esta nota incluye una extensa citación bibliográfica de sus obras.

VIDA DE LENIN (JUVENTUD) O LA JUVENTUD DE LENIN

La biografía sobre Lenin fue encargada a Trotsky por la editorial Doubleday, junto con *La revolución traicionada*. Escrita entre fines de 1933 y 1935, en el exilio francés y terminada, según su secretario Van Heijenoort, en Noruega, sólo alcanzó a entregar los primeros XV capítulos, llegando al año 1893 cuando Lenin tenía 23 años. Escrita originalmente en ruso, fue traducida al francés en el mismo año por Maurice Parijanine^[5] y publicada en París en enero de 1936, por Ediciones Rieder, previamente revisada y aprobada por su autor^[6]. En Argentina fue publicado por Editorial Indoamérica en 1949^[7]. En esta edición se indica que la biografía permanecía inédita en ruso (a pesar de ser su original) y que «la edición francesa fue secuestrada y destruida por las tropas nazis de ocupación^[8]».

Trotsky, en la compilación sobre Lenin que publicó en 1923, ya anunciaba que era material para una futura biografía. En 1929 propuso hacer un fondo editorial que editara, entre otros, su correspondencia y, según Deutscher, a su salida de Prinkipo proyectaba escribir una Historia de la guerra civil tan importante para él como la Historia de la Revolución.

Trotsky llegó a su exilio francés en 1933, luego de los cuatro años en Prinkipo, donde estaba extremadamente aislado e imposibilitado de actuar políticamente en forma directa. Allí había comenzado a escribir una biografía de Marx y Engels pero los manuscritos se perdieron cuando la casa se incendió.

Según el Prólogo de Jean Van Heijenoort a este libro: «Establecido en Barbizon [a fines de 1933, luego de su estadía en Saint Palais], Trotsky se puso a trabajar regularmente. Después de haber dudado entre varios proyectos para un nuevo libro, decidió emprender una biografía de Lenin. Liova [León Sedov] le aportaba abundantes materiales tomados en las bibliotecas de París, y estos materiales comenzaban a organizarse por capítulos, en dossiers marcadas con un L cirílica con crayón azul^[9]». Indudablemente, Trotsky también se basó en la biografía de Ana Elisarova (la hermana mayor de Lenin) dado que ella vio mucho más de cerca el desarrollo de su infancia y adolescencia y Trotsky no iba a tomar contacto directo con Lenin hasta 1902.

Según Pomper^[10] en junio de 1929 Trotsky acordó con Max Eastman escribir

para su editor un libro sobre Marx y otro sobre Lenin. El proyecto original de este último constaba de cuatro partes: una biográfica, una sobre su personalidad, una dedicada a sus memorias sobre él y culminaba con la correspondencia durante la guerra civil entre él y Lenin. Esperaba terminar este libro en el mismo 1929 y lo titularía *Lenin y sus epígonos*. Luego abandonó el acuerdo con el editor y de otros 10 libros que pensaba publicar^[11].

Cuando comenzó la biografía de Lenin, según Deutscher, le confió a Max Eastman y Víctor Gollancz que esperaba que fuera «la obra capital de mi vida» y la ocasión para una exposición abarcadora, «positiva y crítica» de la filosofía del materialismo dialéctico. A través del estudio de Lenin sobre Hegel, se proponía también polemizar con Max Eastman que catalogaba a la dialéctica como «animista». Trotsky dice que va a hallar una respuesta en la biografía que está escribiendo sobre Lenin^[12]. En los «Cuadernos» publicados por Pomper (fundamentalmente el segundo, 1933-34) se pueden ver intercaladas notas sobre dialéctica y datos biográficos de Lenin (los que Van Heijenoort relata que denominaba con una L). Estas notas incluyen años posteriores a los que finalmente fueron publicados en este libro, como los años 1905-1914.

En una carta a Gollancz del 25 de octubre de 1933, Trotsky, repuesto de su enfermedad, le afirma que se concentraría en el libro de *Lenin* y dejaría de lado la *Historia del Ejército Rojo*^[13]. Efectivamente, se empezó a dedicar al libro mientras residía en Saint Palais, relativamente en clandestinidad. Las visitas que recibía eran de militantes o corrientes interesadas en la convocatoria a una nueva Internacional (después de la traición de la III frente al ascenso de Hitler).

El 1º de noviembre se mudó a Barbizon, cerca de París. Allí «Trotsky reanudó sus sólidas investigaciones y su actividad literaria; reunió materiales para el *Lenin*, analizó los antecedentes de la familia Uliánov y la infancia y la adolescencia de Lenin, estudió la Rusia de las décadas del '70 y '80 del siglo pasado, las fases formativas del desarrollo intelectual de Lenin (...) Al prepararse para examinar los escritos filosóficos de Lenin, como tenía conciencia de las lagunas en sus propios conocimientos, volvió a los clásicos de la lógica y la dialéctica, Aristóteles, Descartes, pero especialmente Hegel. No dejó que otros proyectos lo tentaran o lo distrajeran^[14]».

El 20 de febrero de 1934, en una carta a Parijanine le asegura que su libro está aún en una etapa preparatoria y que no le podrá enviar nada antes de julio. En abril de 1934, fue obligado a abandonar Barbizon y a endurecer su exilio en Domène.

Mientras, en Francia comenzaba un ascenso obrero en respuesta a los fascistas y Trotsky, preocupado por la situación y la posibilidad de intervención de la sección francesa escribe, juntos a numerosos artículos publicados anónimamente, *¿Adónde va Francia?*

Finalmente, Trotsky escribió el libro que publicamos, en 1935, al mismo tiempo que escribía su *Journal d'exil* (Diario del exilio), especialmente mientras redactaba el

primero de sus 3 cuadernos, cuando se encontraba en una situación muy restringida en Francia. En febrero de 1935 dijo: «Sería bueno terminar mi libro sobre Lenin, para pasar a un trabajo más actual, sobre el capitalismo del período de descomposición^[15]». El 4 de abril del mismo año destaca cómo el viraje hacia la derecha tanto interior como exterior de Stalin (recordemos que en este año la III Internacional votó la política de los Frentes Populares y el pacto Stalin-Laval) lo llevaría a golpear con toda su fuerza a la izquierda. Por eso dice: «Difícil en este momento trabajar en mi libro sobre Lenin: ¡las ideas no quieren para nada concentrarse en 1893!»^[16].

En 1936 comienzan los primeros Juicios de Moscú, contra los que Trotsky batalló incansablemente tanto desde Noruega como en su posterior exilio en México, en enero de 1937. Allí emprendería su obra *Stalin*, la que no llegó a concluir debido a su asesinato por un sicario del mismo.

LENIN

Esta compilación, que Trotsky venía preparando desde 1923 fue publicada en la URSS en 1924 inmediatamente después de la muerte del dirigente revolucionario bajo el nombre *Recuerdos de Lenin* (incluye textos entre los años 1918 y 1924) y traducida al francés y publicada en 1925 por la Librairie du Travail^[17]. Para esta edición hemos incorporado dos artículos de la edición francesa no traducidos al español, escritos en septiembre, mientras Trotsky escribía *Lecciones de Octubre*.

El autor consideraba este libro como fragmentos, bocetos para una futura biografía basados esencialmente en sus recuerdos, sobre todo de ciertos diálogos y discusiones de conceptos, en los que Trotsky confiaba en su memoria. Más adelante éstos fueron corroborados por documentos y por los hechos.

La compilación de Trotsky consta de dos partes: la primera, «Lenin y la vieja *Iskra*», período excepcional para Trotsky en el que Ulianov se convirtió en Lenin, el futuro dirigente de la revolución tanto en relación a su personalidad y su convicción por el objetivo final, como su preparación teórico y política, después de haber polemizado con los principales dirigentes de la socialdemocracia internacional.

Durante los años intermedios (1903-1917) para Trotsky, Lenin se destacará como dirigente desde la emigración, esencialmente a través de sus escritos: «Un orador no engendra escritores. Por el contrario, un gran escritor puede inspirar a miles de oradores. Sin embargo, es verdad que para un contacto directo con las masas hace falta el discurso vivo. Lenin se convirtió en cabeza de un partido poderoso e influyente antes de haber tenido ocasión de dirigirse a las masas con la palabra animada. Sus presentaciones en público en 1905 fueron escasas y pasaron inadvertidas. Como orador de masas, Lenin no apareció en escena hasta 1917, y entonces sólo por un lapso breve, durante abril, mayo y julio. Llegó al poder no como

orador, sino, sobre todo, como escritor, como instructor de los propagandistas que habían instruido a sus cuadros, incluso a sus cuadros oradores^[18]».

En la segunda parte de la compilación, «En vísperas de Octubre^[19]», Trotsky cuenta la lucha de Lenin contra la dirección del partido a través de sus *Tesis de Abril* y la importancia de su inflexibilidad estratégica y sutileza táctica en los momentos esenciales de la Revolución, como la toma del poder, las negociaciones de Brest-Litovsk, la decisión frente a la convocatoria previa de la Asamblea Constituyente, la guerra civil, todos períodos que Trotsky compartió con Lenin.

En estos casos, Lenin se destacaba como orador: «Él hablaba con mucha claridad y de una manera persuasiva sobre todo cuando tenía que analizar cuestiones de política combativa. Sus mejores fragmentos de oratoria deben ser los discursos que pronunció al Comité Central en vísperas de Octubre^[20]». Trotsky dedica un capítulo especial a estas características de Lenin como tribuno, a la vez que destaca la sensibilidad de Lenin para representar la esencia y lo mejor tanto de los campesinos pobres como de los obreros, incluso luego de quince años de exilio y habiendo regresado en el momento álgido de la revolución: «El campesino pobre es la base del leninismo, así como lo es del proletariado ruso y de toda nuestra historia. (...) Todos los rasgos de actividad, valor, odio a la inercia y a la opresión, desprecio por la debilidad; en una palabra, todos los elementos que determinan el movimiento, que se han formado y acumulado en las transiciones sociales, en la dinámica de la lucha de clases, hallaron su expresión en el bolchevismo.

En él, el campesino pobre se refracta a través del proletariado, a través de la fuerza dinámica de nuestra historia, y no sólo de la nuestra: Lenin dio expresión acabada a esa refracción. Por ello, en este sentido, Lenin es la expresión intelectual y capital del elemento nacional (...)»^[21].

En los «Discursos y mensajes» realizados ante ocasiones especiales como el atentado a Lenin (perpetado por una militante SR), el aniversario de su cumpleaños, su grave enfermedad y su muerte, Trotsky se dirige emocionadamente a las masas y al partido, consciente de la importancia de la situación del personaje en su estado de ánimo.

Es conocida la maniobra que realizó la «troika» (la camarilla de Stalin-Zinoviev-Kamenev) para impedir que Trotsky pudiera asistir al funeral de Lenin, insistiendo en su imposibilidad de llegar desde el lugar donde había sido enviado por su enfermedad, dándole como fecha del funeral un día anterior al que realmente se realizó. Maniobra que luego fue utilizada para desprestigiar la relación entre los dos grandes dirigentes y es relatada por Trotsky en su autobiografía^[22].

Luego de su muerte, Trotsky señala como «La actitud hacia Lenin, la que correspondía frente a un jefe revolucionario, fue suplantada por el culto rendido al pontífice máximo de una jerarquía sacerdotal. A pesar de mi protesta, se erigió en la Plaza Roja aquel mausoleo indigno e humillante para un revolucionario. Y lo malo es que los libros oficiales que se escribían sobre Lenin se convirtieron también en

mausoleos por el estilo. Las ideas del maestro fueron sacadas de contexto para suministrar citas a todos los falsos predicadores. Los epígonos se atrincheraron detrás del cadáver embalsamado para darla batalla al Lenin viviente y a mí. La masa estaba aturrida, confundida. (...) El partido fue reducido al silencio. Se implantó una dictadura descarada del aparato burocrático sobre el partido. O dicho en otros términos: el partido dejó de existir como tal^[23]».

EL «TESTAMENTO» DE LENIN

En este artículo, Trotsky aprovecha la publicación de un libro sobre Stalin en 1932 del escritor y entonces famoso biógrafo Emil Ludwig para refutar la versión del «testamento» de Lenin y su significado, tergiversada por el escritor en base a su interpretación «psicológica» del testamento y a falsos recuerdos, incluso de un ex opositorista de izquierda como Radek. El escritor termina favoreciendo las falsificaciones stalinistas tanto sobre Trotsky como sobre otros dirigentes del partido y atenuando el rol de otros. El stalinismo prohibió la divulgación del «testamento» en la URSS hasta después de la muerte de Stalin bajo pena de encarcelamiento e incluso la muerte. Fue publicado por primera vez en el gobierno de Krushev (1956) como parte de la «autocrítica» del stalinismo. Trotsky demuestra en este artículo que Lenin, dos años antes de su muerte ya había comenzado su batalla contra la naciente burocracia, desmintiendo de hecho, una continuidad entre Lenin y Stalin.

Más adelante dirá: «Algunos de nuestros críticos plantean lo siguiente: parece que bajo la dirección de Lenin todo andaba bien, pero después de su muerte todo se fue al diablo; ¿qué tiene de marxista esta explicación? Nosotros dilucidamos hace mucho las causas de la degeneración burocrática de la URSS y de la Comintern, y nadie ofreció una explicación diferente; pero los procesos históricos objetivos se realizan a través de las personas, y las influencias personales específicas pueden acelerar o retrasar estos procesos. Sigue siendo un hecho histórico irrefutable que la reacción burocrática, que se abrió camino a través de la furiosa lucha contra ‘el trotskismo’, utilizó ampliamente la enfermedad de Lenin^[24]».

CONCLUSIÓN

Los textos aquí compilados, abarcan desde el período en que Trotsky está en el poder, hasta los comienzos de los Juicios de Moscú, momento a partir del cual debe dedicarse, desde el exilio, casi exclusivamente a luchar contra difamaciones, persecuciones y muertes que despliega el aparato stalinista en su contra el conjunto de los Opositoristas de Izquierda. Y al mismo tiempo intentar con todas sus fuerzas, construir la herramienta necesaria para la revolución mundial, la IV Internacional,

luego de la defección de la III en 1933. Fue en este período en el que Trotsky se reconoció «irremplazable», comparando en este sentido su rol con el de Lenin antes, durante y posteriormente a la Revolución de Octubre^[25]. Esto no significa que, como intenta demostrar Deutscher, Trotsky tuviera una posición subjetivista en cuanto al papel que juega el individuo en la historia. Trotsky siempre parte del contexto actual, tanto para explicar las causas del surgimiento de una personalidad como Lenin (o como Marx) como para considerar la relación clase-partido-dirección en las distintas situaciones. Sin embargo, afirmaba que «la suerte de los trabajadores no depende de un individuo por singular que sea; esto no quiere decir que la personalidad en la historia de nuestro movimiento y del desarrollo de la clase obrera tenga poca importancia. Un solo hombre no puede modelar la clase obrera a imagen y semejanza e inclinar al proletariado conscientemente hacia tal o cual camino de desarrollo, pero puede ayudar a la realización de las tareas de los obreros y dirigirlos más rápidamente hacia la meta final^[26]».

El Lenin que nos muestra Trotsky demuestra que éste, siendo parte de una época en la que predominaba el populismo, el nihilismo y el terrorismo en la intelligentsia rusa, fue capaz de romper con esas ideas (en el contexto del desarrollo del marxismo europeo y del surgimiento de un movimiento obrero ruso con sectores avanzados) y llevar las nuevas tendencias hasta el final, ayudando de este modo a acelerar la realización de las tareas de los obreros, no porque los haya «modelado» a su semejanza, sino porque concentró lo mejor de sus experiencias, sacó las lecciones necesarias y construyó una herramienta para llevarlas adelante: el partido revolucionario independiente de la clase trabajadora tanto internacional como nacionalmente.

Trotsky destaca este aspecto de Lenin, mostrando su continuo esfuerzo por la formación intelectual, por la defensa y el desarrollo de la teoría revolucionaria en función de las acciones necesarias para realizar el objetivo de la toma del poder por la clase obrera y la revolución socialista internacional. De esta manera era ultraflexible, capaz de realizar maniobras muy sutiles (como se demostró en Zimmerwald y Brest-Litovsk o con la NEP) pero siempre partiendo de una gran intransigencia ideológica (como se vio en la ruptura de 1903, en la Revolución de Octubre y en su lucha contra el surgimiento de la burocracia hasta su muerte).

Lenin sigue siendo una de las figuras más polémicas del siglo xx. Hoy más que nunca su obra y enseñanzas, necesitan ser «desmomificadas», rescatadas y recreadas por las nuevas generaciones, entre todas las tergiversaciones que se han hecho de ellas, tanto de parte de los stalinistas como de los ideólogos de la burguesía. Con esta compilación, esperamos contribuir a ello.

Las traducciones y correcciones del francés fueron realizadas por Rossana Cortéz y Gabriela Liszt, las del inglés, por Alejandra Ríos.

Agradezco la colaboración por sus aportes en materiales y reflexiones al historiador peruano Gabriel García Higuera y a Ariane Díaz, miembro del Instituto del Pensamiento Socialista.

NOTA BIOGRÁFICA: LENIN^[1]

LEÓN TROTSKY

LENIN, Vladimir Ilich Ulianov (1870-1924), fundador y espíritu guiador de las Repúblicas Soviéticas y la Internacional Comunista, el discípulo de Marx, el líder Partido Bolchevique y el organizador de la Revolución de Octubre en Rusia, nació el 9 (22) de abril de 1870, en la ciudad de Simbirsk, en la actualidad Ulianovsk. Su padre, Ilya Nikolaievich, era maestro de escuela. Su madre, María Alexandrovna, era hija de un doctor llamado Berg^[2]. Su hermano mayor (n. 1866) se unió a la «Narodovoltze» (una sociedad terrorista revolucionaria)^[3] y participó en el fallido atentado contra la vida de Alejandro III, fue ejecutado (en 1891); éste fue un factor determinante en la vida de Lenin.

Primeros años: El tercero de una familia de seis, Lenin completó su curso en el gimnasio [liceo] de Simbirsk en 1887 y obtuvo la medalla de oro. Ingresó a la Universidad de Kazán para estudiar Derecho, pero en diciembre del mismo año fue expulsado por haber participado en una reunión de estudiantes y desterrado de su región. No fue sino hasta el otoño de 1889 que se le permitió regresar a Kazán, donde empezó a hacer un estudio sistemático de Marx y conoció a los miembros del círculo marxista local. En 1891 Lenin aprobó los exámenes de derecho de la universidad de San Petersburgo^[4], y en 1892 empezó a ejercer como abogado en Samara, compareciendo por la defensa en varios juicios. Su vida, sin embargo, estuvo principalmente dedicada al estudio del marxismo y su aplicación al desarrollo económico y político de Rusia y, subsecuentemente, de todo el mundo.

En 1894, se mudó a San Petersburgo, y empezó su trabajo de propaganda. A este período corresponden los primeros escritos polémicos de Lenin dirigidos contra el partido popular y pasaron de mano en mano en forma de manuscrito. Inmediatamente después, Lenin empezó una lucha teórica en la prensa contra los falsificadores de Marx. En abril de 1895 primero viajó al exterior a reunirse con Plejanov, Zasulich, Axelrod y el Grupo Marxista conocido como el *Osvobojdenie Truda* (Emancipación del Trabajo). A su regreso a San Petersburgo, organizó el ilegal «Sindicato para la liberación de la Clase Trabajadora», el cual rápidamente se transformó en una importante organización que llevaba adelante tareas de propaganda entre los trabajadores. En diciembre de 1895 Lenin y sus colaboradores más cercanos fueron arrestados. El año 1896 lo pasó en prisión y, en febrero de 1897 estuvo exiliado por tres años en la provincia de Yenisei en el este de Siberia. En 1898 se casó con N.K. Krupskaja, una camarada del Sindicato de San Petersburgo y su fiel compañera por

los restantes 26 años de su vida. Durante su exilio finalizó sus trabajos económicos más importantes, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, basado en un enorme corpus de material estadístico (1899). En 1900 Lenin fue a Suiza con el objetivo de organizar, con el Grupo Emancipación del Trabajo, la publicación de un periódico revolucionario dirigido a Rusia. A final del mismo año apareció en Munich el primer ejemplar de *Iskra* (La Chispa), con el lema: «De esta chispa arderá la llama». Su objetivo era dar una interpretación marxista de los problemas de la revolución, junto a las consignas políticas de la lucha, y formar un partido revolucionario centralizado «ilegal» de socialdemócratas, el cual, ubicándose a la cabeza del proletariado iniciaría la lucha contra el zarismo. La idea de un partido organizado que lidere la lucha del proletariado en todas sus formas y manifestaciones, una de las ideas centrales del leninismo, está íntimamente ligada a la idea de la hegemonía de la clase obrera dentro del movimiento democrático del país. Esta idea encontró una expresión directa en el programa de la dictadura del proletariado cuando el desarrollo del movimiento revolucionario preparó las condiciones para la Revolución de Octubre.

Bolcheviques y mencheviques: el II Congreso del RSDRP [POSDR] (Bruselas, Londres), en julio y agosto de 1903^[5] aceptó el programa elaborado por Plejanov y Lenin, pero terminó con la histórica ruptura del partido en bolcheviques y mencheviques. Acto seguido Lenin empezó su camino separado como líder de la sección Bolchevique, más tarde el Partido Bolchevique. Las diferencias en cuestión eran sobre tácticas y finalmente sobre el programa del partido. Los mencheviques trataron de alinear la política del proletariado ruso a la de la burguesía liberal. Lenin vio en el campesinado el aliado más cercano al proletariado. Acuerdos ocasionales y relaciones más cercanas con los mencheviques no pudieron detener la constante brecha entre las dos líneas —la revolucionaria y la oportunista—, la proletaria y la burguesa. La lucha con los mencheviques forjó la política que llevó a la ruptura con la II Internacional (1914), a la Revolución de Octubre (1917) y al cambio del nombre del partido de Socialdemócrata a Comunista (1918).

En el país se abrió una situación revolucionaria debido a la derrota del ejército y la armada en la Guerra ruso-japonesa, el asesinato de los trabajadores el 9 (22) de enero en 1905^[6], los disturbios del campo y las huelgas políticas. El programa de Lenin fue la preparación de un levantamiento armado de las masas contra el zarismo, y la creación de un gobierno provisional que organizara la dictadura revolucionaria democrática de los trabajadores y campesinos para la liberación del país del zarismo y la servidumbre. El III Congreso del Partido, que estaba constituido exclusivamente por bolcheviques (mayo de 1905), aprobó un nuevo programa agrario que incluía la confiscación de los dominios de los terratenientes. En octubre de 1905 empezó la huelga en toda Rusia. El día 17 del mes el Zar emitió su manifiesto sobre la «Constitución». A principios de noviembre Lenin regresó a Rusia desde Ginebra e hizo un llamamiento a los bolcheviques para que atraigan al partido a círculos de trabajadores, pero que retengan su aparato ilegal previendo futuros golpes

contrarrevolucionarios.

En los hechos de 1905 Lenin distinguió tres rasgos principales —(1) la toma [en sus manos] temporaria del pueblo de su verdadera libertad política, (2) la creación de un nuevo, aunque fuera potencial, poder político en la forma de diputados de trabajadores, soldados y campesinos del soviét; (3) el uso de la fuerza por el pueblo en contra de quienes la habían usado contra ellos. Estas conclusiones, de los eventos de 1905, se volvieron los principios rectores de la política de Lenin en 1917 y llevaron a la dictadura del proletariado en la forma del Estado Soviético.

El levantamiento en Moscú a fines de diciembre, dada la falta de apoyo del ejército, sin levantamientos simultáneos en otras ciudades y carente de una respuesta suficiente en los distritos del país, fue rápidamente reprimido. La burguesía liberal retomó la ofensiva. La época de las dos primeras Dumas empezó. En este momento, Lenin formula los principios de la utilización revolucionaria de los métodos parlamentarios como medios para un nuevo ataque. En diciembre de 1907 Lenin se fue de Rusia y regresó recién en 1917. Fue la época del comienzo de la victoria de la contrarrevolución, las persecuciones, el exilio, las ejecuciones y emigraciones. Lenin lideró la lucha contra los mencheviques, los defensores de la liquidación del partido «ilegal» —de aquí en adelante conocidos como los «liquidacionistas»— y del cambio de sus métodos por otros legales dentro del marco del régimen existente; contra los «conciliadores» que trataron de tomar una posición intermedia entre el bolchevismo y el menchevismo —contra los socialrevolucionarios [SR] que trataron de compensar la inercia de las masas con el terrorismo individual; y finalmente, contra aquellos bolcheviques, los llamados «boicoteadores» que demandaban el retiro de los diputados socialdemócratas de la Duma en nombre de la inmediata actividad revolucionaria.

Al mismo tiempo, Lenin llevó adelante una extensiva campaña contra los intentos de revisar las bases teóricas del marxismo sobre la cual se fundaba toda su política. En 1908 escribió un importante tratado dirigido contra la filosofía esencialmente idealista de Mach, Avenarius y sus seguidores rusos, quienes trataron de unir el criticismo empírico con el marxismo^[7]. Lenin probó que los métodos del materialismo dialéctico tal como estaban formulados por Marx y Engels estaban confirmados por el desarrollo del pensamiento científico en general y la ciencia natural en particular. De este modo la lucha revolucionaria constante de Lenin iba de la mano de sus polémicas teóricas.

Los años 1912-14 estuvieron marcados en Rusia por un renovado accionar en el movimiento obrero. Aparecieron las brechas en el régimen contrarrevolucionario. A principios de 1912 Lenin convocó una conferencia secreta de la organización bolchevique rusa en Praga. Los «liquidacionistas» fueron declarados fuera del partido. La ruptura con los mencheviques resultó inapelable. Se eligió un nuevo Comité Central. Lenin organizó desde el exterior la publicación en San Petersburgo de un periódico legal, *Pravda*, que en su constante conflicto con la censura y la

policía ejerció una influencia rectora en la vanguardia de la clase obrera. En julio de 1912 Lenin, junto con sus colegas más allegados, se trasladó de París a Cracovia [Polonia] para poder mantener un contacto más cercano. El movimiento revolucionario en Rusia crecía, y de este modo los bolcheviques iban ganando preponderancia. Lenin enviaba artículos bajo diferentes seudónimos^[8] casi todos los días para los periódicos bolcheviques legales, extrayendo las inevitables conclusiones en la prensa «ilegal». En este momento, como también antes y después, N.K. Krupskaja era el centro organizacional del trabajo. Recibió a los camaradas de Rusia, dio instrucciones a otros en su tránsito hacia ahí, estableció conexiones «clandestinas», escribió, codificó y decodificó cartas. Fue en la pequeña ciudad de Poronin en Galicia donde Lenin se enteró de la declaración de guerra^[9]. La policía austríaca sospechaba que era un espía ruso y lo arrestó, y a las dos semanas fue expulsado de Suiza.

Internacionalismo: Se abría una nueva fase internacional en el trabajo de Lenin. Su manifiesto publicado en nombre del partido el 1.º de noviembre de 1914, denunció el carácter imperialista de la guerra y a ésta como resultado de la culpabilidad de todas las potencias que durante tanto tiempo habían estado preparando una lucha sanguinaria con el fin de ampliar sus mercados y destruir sus rivales. La agitación patriótica de la burguesía de ambos bandos, quienes se echaban la culpa unos a otros, demostró ser una maniobra para engañar a los trabajadores. El manifiesto señala que la mayoría de los líderes socialdemócratas estaban del lado de la burguesía de su propio país, violando de esta manera las resoluciones de los congresos de la Internacional Socialista y provocando la bancarrota de la II Internacional. La derrota de sus «propios» gobiernos debería ser la consigna de los socialdemócratas de todos los países. Lenin somete a un criticismo despiadado no sólo al patriotismo socialdemócrata sino al pacifismo que, mientras se ocupa de protestas platónicas, se retira de la lucha revolucionaria contra el imperialismo. La lucha con el pacifismo se desarrolla en una gran lucha contra aquellos elementos del movimiento de la clase obrera que están a mitad de camino entre los socialdemócratas y los comunistas, apoyando en los hechos a los primeros.

Los teóricos y políticos de la II Internacional redoblaron las acusaciones de anarquismo que ya antes habían utilizado contra Lenin. De hecho, todos los trabajos de Lenin fueron caracterizados como una lucha en dos planos: por un lado, contra el reformismo, que desde los inicios de la guerra dio su apoyo a la política imperialista de las clases propietarias y, por el otro, contra el anarquismo y las diferentes variedades de aventurerismo revolucionario.

El 1º de noviembre de 1914 Lenin promulgó un programa para la creación de una nueva Internacional «para llevar adelante la tarea de organizar las fuerzas del proletariado para el ataque revolucionario a los gobiernos capitalistas, para la guerra civil contra la burguesía de todos los países, para la conquista del poder político y la victoria del socialismo».

En septiembre de 1915 (el 5 y 8 de septiembre) se celebró en Zimmerwald, en Suiza, la primera conferencia de los europeos socialistas que se oponían a la guerra imperialista. Había presente treinta y un delegados. El ala izquierda de la Conferencia de Zimmerwald y de la posterior realizada en Kienthal, adoptó la demanda de Lenin que planteaba la transformación de la guerra imperialista en una guerra civil, y se transformó en el núcleo de la futura Internacional Comunista. Ésta elaboró su programa, tácticas y organización bajo la orientación de Lenin, y fue él quien inspiró directamente las decisiones de los primeros cuatro congresos de la Internacional Comunista.

Lenin estaba preparado para su lucha a escala internacional no sólo por su profundo conocimiento del marxismo y su experiencia en la organización del partido revolucionario en Rusia, sino también por su profundo conocimiento con el movimiento obrero del mundo entero. Dominaba las lenguas inglesa, alemana y francesa, y podía leer italiano, sueco y polaco. Se oponía enérgicamente a la aplicación mecánica de los métodos de un país en otro, e investigaba y decidía cuestiones que involucraban a los movimientos revolucionarios, no sólo en sus reacciones internacionales, sino también en sus formas concretas nacionales.

La Revolución de 1917: La Revolución de Febrero de 1917 encontró a Lenin en Suiza. Sus intentos de llegar a Rusia se toparon con la oposición del gobierno británico y decidió viajar a través de Alemania. El éxito de su plan le dio a los enemigos de Lenin la ocasión para una feroz campaña de calumnias, las cuales, no obstante, fueron impotentes para impedirle asumir la dirección de su partido y, al corto tiempo, de la revolución.

En la noche del 4 de abril, al bajarse del tren, Lenin dio un discurso en la estación Finlandia en Petrogrado. Repitió y desarrolló las ideas principales que mantendría los días siguientes. El derrocamiento del zarismo, dijo Lenin, era sólo la primera etapa en la revolución. La revolución burguesa ya no podría satisfacer a las masas. La tarea del proletariado era armarse, fortalecer el poder de los soviets, despertar a los distritos del país y prepararse para la conquista del poder supremo en el nombre de la reconstrucción de la sociedad sobre bases socialistas.

El programa de cambios sociales no era sólo mal visto por aquellos que participaban en la propaganda del socialismo patriótico, sino que incluso fue causante de una oposición dentro de los mismos bolcheviques. Plejanov calificó el programa de Lenin de «loco». Lenin, sin embargo, previó que la desconfianza en la burguesía y en el Gobierno provisional crecería con más fuerza cada día, que el partido bolchevique obtendría una mayoría en los soviets y que el poder supremo pasaría a sus manos. El pequeño diario *Pravda* se transformó repentinamente, al estar en sus manos, en un poderoso instrumento para el derrocamiento de la sociedad burguesa.

La política de coalición con la burguesía perseguida por los socialpatriotas y el desesperado ataque con el cual los aliados forzaron al ejército ruso a asumir el frente, provocaron a las masas y llevaron a las manifestaciones armadas en Petrogrado en los

primeros días de julio. La lucha contra el bolchevismo se volvió intensa. El 5 de julio, falsos «documentos» fueron publicados por los servicios secretos contrarrevolucionarios, pretendiendo probar que Lenin estaba actuando bajo las órdenes del Estado mayor alemán. Al anochecer, destacamentos «confiables» convocados desde el frente por Kerensky y oficiales Cadetes [miembros del Partido Demócrata Constitucionalista] de los distritos de los alrededores de Petrogrado ocuparon la ciudad. El movimiento popular fue aplastado. La persecución de Lenin llegó a su punto más alto. Ahora empezó a trabajar «clandestinamente», ocultándose primero en Petrogrado con una familia de trabajadores y luego en Finlandia.

Los días de julio y las represalias que siguieron provocaron una explosión de energía en las masas. Los bolcheviques obtuvieron la mayoría en los Soviets de Petrogrado y Moscú. Lenin demandó una acción decisiva para tomar el poder supremo. «¡Ahora o nunca!» repetía en vehementes artículos, cartas y entrevistas.

Los comisarios de los Soviets del Pueblo: El levantamiento contra el gobierno provisional coincidió con la apertura del II Congreso de los Soviets el 25 de octubre. Lenin, luego de esconderse durante tres meses y medio, apareció en el Instituto Smolny y dirigió la lucha. En una sesión que duró toda la noche del 27 de octubre propuso un borrador de decreto sobre la paz que fue aprobado por unanimidad, y otro sobre la tierra, que fue aprobado con un voto en disconformidad y ocho abstenciones^[10]. La mayoría bolchevique, apoyada por el ala izquierda de los socialrevolucionarios, declaró que el poder supremo le había sido ahora conferido a los soviets. Se nombraron los comisarios de los Soviets del Pueblo con Lenin como su dirección.

Habiendo obtenido las tierras de los terratenientes, los campesinos apoyaron a los bolcheviques. Los soviets se volvieron los señores de la situación. La Asamblea Constituyente, elegida en noviembre y reunida el 5 de enero, era un anacronismo. El conflicto entre las dos etapas de la revolución era palpable. Lenin no lo dudó por un instante. En la noche del 7 de enero el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia, frente a una moción de Lenin, aprobó un decreto por el cual se disolvía la asamblea constituyente. La dictadura del proletariado, dijo Lenin, representaba el nivel de democracia más alto posible para la mayoría trabajadora del pueblo, poniendo en manos de los trabajadores todos los bienes materiales (edificios para las reuniones, imprentas de periódicos, y demás) sin los cuales la «libertad» sigue siendo una ilusión. La dictadura del proletariado en la opinión de Lenin era una etapa necesaria para la abolición de la división de clases en la sociedad.

La cuestión de la guerra y la paz provocó una nueva crisis. Una considerable proporción del partido demandó una «guerra revolucionaria» contra los Hohenzollern, sin darle importancia a la cuestión de la situación económica en Rusia y el estado de ánimo de los campesinos. Lenin sentía que era necesario a fines propagandísticos alargar las negociaciones con Alemania, todo lo que fuera posible. Pero demandaba que, en el caso de un ultimátum por parte de Alemania, la paz fuera

firmada incluso al precio de una pérdida de territorio o el pago de una indemnización. La revolución que despertaba en el oeste tarde o temprano iba a deshacer los severos términos de la paz. El realismo político de Lenin se manifestó en toda su fuerza en lo que respecta a esta cuestión. La mayoría del Comité Central en oposición a Lenin hizo otro intento para evitar ceder al imperialismo alemán declarando que había finalizado el estado de guerra, pero rehusando al mismo tiempo firmar una paz imperialista. Esto llevó a un renovado ataque de parte de los alemanes. Luego de acalorados debates en la sesión del Comité Central del 18 de febrero, Lenin ganó una mayoría para su propuesta de que se reanudaran las negociaciones inmediatamente, y que los términos alemanes, que ahora eran todavía más desfavorables, fueran firmados.

El gobierno soviético por iniciativa de Lenin se transfirió a Moscú. Una vez obtenida la paz, Lenin presentó entonces ante el partido y el país la cuestión de su organización económica y cultural de conjunto.

Las grandes pruebas, sin embargo, estaban aún por venir. Para finales del verano de 1918 Rusia Central se encontraba cercada por un círculo de fuego. Junto a la contrarrevolución rusa llegó el levantamiento de los checoslovacos en el Volga; en el norte y el sur llegó la intervención británica (en Arcángel el 2 de agosto y en Bakú el 14 de agosto). Las provisiones de comida se cortaron. Lenin nunca dejó de dirigir su partido y el gobierno. Llevó adelante un trabajo de propaganda, levantó a las masas, organizó la distribución del trigo; siguió los movimientos del enemigo, estaba en comunicación directa con el Ejército Rojo. Seguía la situación internacional, profundizando su comprensión de los eventos observando los desacuerdos en los campos imperialistas. Se hizo tiempo para entrevistarse con revolucionarios del exterior y con ingenieros y economistas soviéticos.

El 30 de agosto el socialrevolucionario Kaplan le apuntó dos tiros a Lenin mientras éste se dirigía a una reunión de trabajadores. Sus ataques intensificaron la guerra civil. La contextura fuerte de Lenin le permitió recuperarse rápidamente de los efectos de las heridas. Durante su convalecencia escribió un panfleto, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, dirigido contra el teórico más prominente de la II Internacional. Para el 22 de octubre ya estaba hablando en público.

La Nueva Política Económica: La guerra en el frente interno seguía siendo su preocupación principal. Los problemas económicos y administrativos tenían que tomar necesariamente un lugar subordinado. La guerra civil alimentada desde el exterior estaba en su punto más álgido. La lucha terminó a principios de 1921 con la derrota total de la contrarrevolución y el gobierno se fortaleció. El hecho de que la guerra no condujo inmediatamente a una revolución proletaria en Europa aumentó enormemente las dificultades de la reconstrucción socialista, lo que era imposible sin el acuerdo entre el proletariado y la burguesía. El sistema de requisar la sobreabundancia de los campesinos debió ser reemplazado por un impuesto

correctamente evaluado. Debió permitirse el intercambio privado de *commodities*. Estas medidas dieron inicio a una nueva fase en el desarrollo de la Revolución de Octubre (Noviembre), que se conoce como la «Nueva Política Económica».

En cuanto a su política dentro de la Federación Soviética (Rusa) Lenin trató, en todas las formas posibles, crear para las nacionalidades que habían sido oprimidas bajo el zarismo, condiciones para un desarrollo nacional libre. Luchó implacablemente contra todas las tendencias imperialistas especialmente dentro del partido mismo —ideas cuya pureza defendía con sumo recelo. Las acusaciones de las nacionalidades opresoras hechas contra Lenin y su partido con referencia a Georgia, etc., fueron producto de una aguda lucha de clases dentro de la nación.

Lenin insistía en la aplicación completa de los principios de la autodeterminación nacional en los pueblos coloniales. Su doctrina era que el proletariado de Europa Occidental debería abstenerse de hacer sólo meras declaraciones de simpatía con las nacionalidades oprimidas y, en su lugar, debería sumarse a la lucha contra el imperialismo.

En el VIII Congreso de los Soviets (1920) Lenin hizo un informe sobre el trabajo llevado adelante en cuanto a su iniciativa de la elaboración de un plan para la electrificación del país. El esfuerzo gradual hacia un alto nivel de desarrollo técnico es la marca de la exitosa transformación del sistema de economía campesina de pequeña escala, con su falta de coordinación, al sistema de larga escala de producción socialista, basado en un plan único e integral. «El socialismo es un gobierno soviético más electrificación».

Muerte: El agotamiento, como resultado de un excesivo y duro esfuerzo a lo largo de varios años, arruinó la salud de Lenin. La esclerosis afectó sus arterias cerebrales. A principios de 1922 sus doctores le prohibieron realizar tareas diarias. De junio a agosto la enfermedad avanzó rápidamente y, por primera vez, empezó a perder la capacidad de habla, y en diciembre su mano y pierna derechas quedaron paralizadas. Murió el 21 de enero de 1924 a las 6.30 de la mañana en Gorki, cerca de Moscú. Su funeral fue de una muestra de amor y dolor ejemplar de parte de millones.

El aspecto exterior de Lenin se distinguía por su simplicidad y fortaleza. Era más bajo que la talla común, con los rasgos comunes de un rostro eslavo, iluminados por una mirada penetrante; su poderosa frente y su aún más poderosa cabeza le otorgaban un rasgo distintivo. Era un trabajador incansable sin par. Puso la misma escrupulosidad ejemplar en los círculos de lectura en un pequeño club de trabajadores en Zurich que en la organización del Primer Estado Socialista del Mundo. Supo apreciar y amar a pleno la ciencia, el arte y la cultura, pero nunca se olvidó que las mismas todavía estaban en manos de una pequeña minoría. Su estilo de vida en el Kremlin era algo diferente al de su vida como exiliado en el exterior. La simplicidad de sus hábitos diarios se debía al hecho de que el trabajo intelectual y la intensa lucha no sólo absorbían sus intereses y pasiones sino que también le dieron una intensa

satisfacción. Sus pensamientos nunca dejaron de concentrarse en la tarea de liberar a los trabajadores.

Sus trabajos incluyen: *Ekonomicheskoye sodержaniye narodnichestva i Kritika evo v Knige g. Struve* (El contenido económico del partido popular y la crítica de Struve al mismo), 1895. La reflexión del marxismo sobre la literatura burguesa; *Kharakteristike ekonomicheskovo romdnitstva* (Las características del romanticismo económico), 1897. Sismondi y nuestros sismondistas; *Razvitiye Kapitalisma v Rosii* (El desarrollo del capitalismo en Rusia), 1899. El proceso de hacer un mercado doméstico para una industria a gran escala; *Chto Dyelat* (¿Qué hacer?), 1902. Traducción francesa *Que Faire?* La cuestión más urgente de nuestro movimiento; *Dve taktiki sotsial-demokratü v demokraticheskoi revolyutsii* (Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática), 1905; *Agrarnayaprogramma sotsial-demokratii vpervoi russkoi revolyutsii 1905-1907* (El programa agrario de los socialdemócratas en la primera Revolución Rusa 1905-07), 1907; *Za 12 let.* (Durante 12 años), 1908. Dos tendencias en el marxismo ruso y la socialdemocracia rusa; *Materialism i empiriokrititsism* (Materialismo y empirocriticismo), 1909- Observaciones críticas a una filosofía reaccionaria; *Krakh II. Internatsionala* (Colapso de la II Internacional), 1915. Traducción al inglés, 1919; *Sotsialism i voina* (El Socialismo y la Guerra), 1915. En colaboración con Zinoviev. Traducción al alemán, 1915; *Imperialism, kak noveishii etap kapitalisma* (El Imperialismo, fase superior del capitalismo), 1917. Traducción al francés, 1923; *Pisma o taktike* (Cartas sobre tácticas), 1917; *Uroki revolyutsii* (Lecciones de la Revolución), 1917. Traducción inglesa, 1918, traducción alemana, 1921; *Gosudarstvo i revolyutsiya* (El Estado y la revolución), 1917. Traducción al inglés, 1919, traducción francesa, 1919, traducción alemana, 1918. La doctrina marxista sobre el Estado y las tareas del proletariado en la revolución; *Grozyashchaya Katastrofa i kak c nei borotsya* (La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla), 1917. Traducción al francés *La catastrophe imminente et les mesures de la conjurer*, 1918, traducción alemana, 1918; *Uderzhat li bolsheviki gosudarstvennyu vlast?* (¿Se mantendrán los bolcheviques en el poder?), 1917. Traducción alemana, 1921; *Proletarskaya revolyutsiya i renegat Kautskii* (La revolución proletaria y el renegado Kautsky), 1918. Traducción inglesa, 1920, traducción francesa, 1919, traducción alemana, 1918; *Vyboryv Ucbreditelnoye Sobraniye i diktaturaproletariata* (La dictadura del proletariado y las elecciones de la Asamblea Constituyente), 1919. Traducción inglesa, 1920, traducción alemana, 1920; *Detskaya bolezni «levismy» v kommunisme* (El «ultraizquierdismo», enfermedad infantil del comunismo), 1920. Traducción inglesa, 1921, traducción francesa, 1921, traducción alemana, 1921; *Krizis v partit* (La crisis en el partido), 1921; *O prodnaloge* (Sobre el impuesto en especie), 1921. Traducción al alemán; *Stranicbki izdnevnik* (Páginas de mi diario), 1923; *O Kooperatsii* (Sobre la cooperación), 1923. Traducción francesa *Sur la Coopération*, 1924; *Luchshemenshe, da luchshe* (Más

vale menos pero mejor), 1923; *Sobraniye sochinenii T.T.l-19* (Obras Completas en 19 volúmenes), 1921 —24.

Hay dos ediciones alemanas de las obras completas de Lenin —*Ausgeivählte Werke Sammelband*, 1925, y *Auswahl aus seinen Werken*. Ver también Landau—Aldanow, *Leniny el Bolchevismo* (1920); K. Wiefenfeld, *Leniny sus Obras* (1923); N. Bujarin, *Lenin, Vida y Obras* (1924); E. Drahn, *Lenin eine Bio-Bibliographie* (1924); M. Gorki, *Leniny el campesinado ruso* (1924); L. Trotsky, *Lenin* (en inglés 1925); J. Stalin, *Leninismo* (en inglés 1928). (LT; X.)

LA JUVENTUD DE LENIN

PROLOGO^[1]

JEAN VAN HEIJENOORT

Además de la correspondencia, constante y abundante, y los artículos y folletos dictados por la actualidad política, León Trotsky tenía siempre en preparación, durante su tercera emigración, un libro sobre el que trabajó durante meses o quizás años. En diciembre de 1932, a su regreso a Prinkipo, después de la conferencia de Copenhague, se planteó el problema de un nuevo libro. El último «gran» libro había sido *La Historia de la Revolución Rusa*, cuyas traducciones se han conocido recientemente. Por supuesto, las circunstancias no era favorables: la economía soviética atravesaba una crisis profunda, que había que estudiar; en Alemania, el peligro nazi se hacía cada vez más amenazante y, frente a Hitler, el PC [Partido Comunista] alemán seguía una política brutal, que había que criticar.

El horizonte se hizo cada vez más sombrío. El 5 de enero de 1933, Zinaida Volkova, la hija mayor de Trotsky se suicidaba en Berlín. El 30 de enero, Hindenburg nombraba a Hitler en el puesto de canciller del Reich. Se establecía entonces en Alemania una situación ambigua, que iba a durar algunas semanas: los nazis estaban dentro del gobierno pero los partidos políticos todavía existían. El 27 de febrero fue el incendio del Reichstag. En los días siguientes, los partidos políticos fueron barridos. El PC, con sus millones de adherentes, no ofrecía ninguna resistencia.

En las semanas siguientes llegó la reacción política de Trotsky: el PC alemán no es reformable; hay que construir un nuevo partido revolucionario en Alemania; pero para los demás países, para la URSS en particular, hay que limitarse a la reforma de los PC. Ésta, sin embargo, sólo era una posición expectante. En julio de 1933, Trotsky abandonaba esta política de reforma de la Internacional Comunista y llamaba a la formación de una nueva internacional. Este cambio de política coincidía con un cambio en su vida personal. El 17 de julio dejaba Turquía para instalarse en Francia, cerca de Royan. Mientras que en Turquía la llegada de una visita era un acontecimiento que ocurría cada cuatro o seis meses, en la villa de Royan, durante ese verano de 1933, desfilaron continuamente los visitantes: miembros de los grupos trotskistas, dirigentes de grupos que no pertenecían ni a la II ni a la III Internacional, opositores dentro de estas dos internacionales. Transcurrían o pasaban largas horas discutiendo; no se podía escribir un libro en esas circunstancias. En septiembre, las cosas se tranquilizaron. La salud de Trotsky no era buena. En octubre hizo un viaje de descanso a los Pirineos cesando toda actividad política. El 1 de septiembre se recluyó

en Barbizon. Su domicilio era desconocido para todos salvo para algunos colaboradores, y ya no recibió visitas.

El libro, cuya redacción Trotsky había pensado emprender a su regreso de Copenhague era una biografía de Marx y Engels. En esta obra había prestado una atención particular a las relaciones de estos dos hombres. La personalidad de Engels lo atraía mucho. El libro iba a llamarse *La novela de una gran amistad*. Durante la tormenta política de la primavera de 1933 no escribió nada. Hacia mediados de año empezó a pensar en un libro sobre el Ejército Rojo. Por supuesto, además de su experiencia personal, había sacado de Rusia frondosos documentos sobre el período de la guerra civil. A fines de agosto, después de la instalación en Francia, la obra que siempre pensaba encarar era el libro sobre el Ejército Rojo, y le describió su contenido a un agente literario norteamericano. El 7 de septiembre le escribe a este mismo agente literario que un agente literario inglés acaba de sugerirle que escriba un libro sobre Lenin, y él vaciló. Pero rápidamente tomó la decisión. Triunfó el libro sobre Lenin.

El 1 de noviembre de 1933 cuando Trotsky acababa de instalarse en Barbizon el proyecto estaba firmemente decidido. Se firmaron contratos con editores de diferentes países. Contaba con dedicarse un año entero a este trabajo. En la casa de Barbizon se acumulaban los materiales. Éstos, organizados por capítulos, encontraban su lugar en dossier marcados con una gran "L" rusa mayúscula con lápiz azul. El trabajo avanzaba regularmente. Pero en abril de 1934 en el gobierno de Sarraut, Trotsky tuvo que abandonar Barbizon, demasiado cercana a París. Después de varios meses de inestabilidad, en julio se instaló en Domène en Isère. No le faltaban preocupaciones políticas. Fue allí donde empezó a escribir la primer parte de *¿Adónde va Francia*^[2]? En diciembre de 1934, el asesinato de Kirov llamó la atención de Trotsky sobre los problemas internos de la URSS. Sin embargo, continuaba su trabajo del *Lenin*. En julio de 1935 se fue a Noruega y se instaló en Honefoss. Escribió 15 capítulos que Rieder publicó en 1936 con el título *La juventud de Lenin*. Los editores de los otros países prefirieron esperar para publicar toda la obra en un solo volumen.

En la primera mitad de 1936, la salud de Trotsky era mala y la actualidad política lo forzó a escribir varios artículos y a mantener una abundante correspondencia^[3]. El trabajo sobre el *Lenin* se detuvo. En agosto tuvo lugar el primer Juicio de Moscú. Luego, el gobierno noruego confinó forzosamente a Trotsky y afines de año partió hacia México. Cuando se instaló en Coyoacán en enero de 1937, tuvo lugar el segundo Juicio de Moscú. Toda la primavera estuvo ocupado con los trabajos de la comisión Dewey. En julio de 1937, Trotsky retomó su *Lenin*, pero su trabajo fue pronto interrumpido por la partida de su dactilógrafa rusa.

Ante estos retrasos, el editor norteamericano (Doubleday Doran) perdió la paciencia y en la primavera de 1938 transfirió el contrato a otra editorial (Harpers), cuyo representante sugiere que Trotsky escriba primero un libro sobre Stalin. Trotsky

aceptó y firmó un contrato por los dos libros: el de Stalin y el de Lenin, debiendo hacer en primer lugar el de Stalin. Trotsky consiente fácilmente este cambio ya que todos los materiales que había reunido sobre el movimiento socialista en Rusia hasta 1917 podían ser utilizados tanto para el *Stalin* como para el *Lenin*. Cuando Trotsky fue asesinado en agosto de 1940 dejó el *Stalin* sin terminar pero muy avanzado. Harpers lo publicó luego en traducción inglesa en 1941.

Trotsky nunca retomó el *Lenin*. Tenemos estos 15 capítulos terminados, los que contiene el presente volumen. Y luego hay en los archivos 150 dossiers («Lenin escritor», «Lenin como orador», «Lenin y la dialéctica^[4]», etc.). Estos dossiers contienen extractos de libros, citas de periódicos, diversos documentos. Algunos tienen notas escritas por Trotsky, pero el total de estas notas sigue siendo bastante escaso. El método de trabajo de Trotsky era preparar y clasificar sus materiales de antemano, pero sin escribir nada, o casi nada, luego dedicarse a la obra capítulo por capítulo. Llevaba cada capítulo hasta su forma final antes de pasar al siguiente.

Ésta es la historia del libro que van a leer.

CAPÍTULO I

LA REGIÓN NATAL

Entre muchas otras cosas, la revolución ha desechado las viejas divisiones administrativas del país. Desaparecieron los «gobiernos» creados durante el reinado de Catalina II^[5], que en un siglo y medio se habían imbricado tan estrechamente en el régimen político, en las costumbres y en la literatura, que llegaron a ser como una subdivisión perteneciente a la naturaleza misma. El «gobierno» de Simbirsk, donde transcurrieron la infancia y la primera juventud del futuro Lenin, formaba parte del inmenso territorio que el Volga, rey de los ríos rusos, domina y configura en un todo único. Quien haya crecido junto al Volga llevará consigo su imagen toda la vida. La originalidad y el encanto del río estriban en el contraste de sus orillas; la ribera derecha se eleva en alta barrera montañosa contra el Asia, en tanto que la izquierda se pierde en la suave llanura del Oriente infinito. A 150 metros de altura por encima del movedizo espejo del río, aparece el cerro donde se extiende oblicuamente, en medio del verdor de sus jardines, la ciudad de Simbirsk, la más atrasada y desértica de todas las capitales de las provincias del Volga. La altura que la sustenta, traza a la vez una línea divisoria entre dos corrientes de agua: el Volga y su afluente el Sviaga. Ambas corren paralelas por centenares de kilómetros; no obstante (tal es el capricho del relieve terrestre), lo hacen en sentidos contrarios: el Volga hacia el Sur, el Sviaga hacia el Norte. Bajo el monte de Simbirsk, el Sviaga se aproxima tanto al Volga que la ciudad se halla situada entre sus dos orillas derechas.

En el momento en que comienza nuestro relato, durante el establecimiento de la familia Ulianov en Simbirsk, en 1869, la ciudad existía desde aproximadamente doscientos veinte años. Su fundación se remontaba al tiempo en que los gran rusos habían penetrado obstinadamente en las ricas provincias sobre el curso medio del Volga, ya ocupadas por los chuvaks, mordvinos y tártaros^[6]; se apoderaban de sus tierras, expulsaban a los nómades hacia el Oriente y construían fortificaciones de madera. En el mismo año en que Inglaterra llevaba a cabo su *great revolt* [gran revuelta, NdT] (1648), se fundaba sobre la margen derecha del Volga, en nombre del zar de Moscovia, la pequeña ciudad de Simbirsk, como centro administrativo para la región colonizada y destacamento militar contra los pobladores no autóctonos. El amplio cerco de colonizadores, guardias fronterizos y cosacos que lo circundaban, constituía no sólo la guardia móvil del Imperio, sino también una amenaza para él. Por esas regiones de la periferia se evadían los campesinos siervos, los soldados y los

funcionarios sujetos a confinamiento, todos aquellos que, en general, no habían consentido en vivir en buen acuerdo con Moscú y posteriormente con Petersburgo, los disidentes religiosos y sectarios de toda especie, como así también un apreciable número de miembros de la cofradía de los criminales. Por los vastos espacios del Volga erraban los valientes bandidos que atormentaban a comerciantes, boyardos y voivodas^[7]; se agrupaban en formaciones regulares de caballería, hacían incursiones en las ciudades, metían mano a los ingresos del fisco y, en reconocimiento, el pueblo oprimido, perdonándoles los males que les causaban, los exaltaban y les cantaban.

Poco más de veinte años después de fundada Simbirsk, estalló en el Volga la célebre revuelta de Stenka Razin^[8], que congregó a numerosas legiones de voluntarios «para echar fuera a los voivodas y boyardos» y que durante cinco años realizó su terrible periplo por el Volga y el mar Caspio, sumiendo a Moscú en el terror. Tsaritsin, Saratov, Samara, unas después de otras, las ciudades del Volga se rendían a los rebeldes. Simbirsk resistía. Los nobles y los descendientes de los boyardos sostuvieron el sitio hasta que arribaron en su auxilio tropas regulares de Kazan. Allí, frente a Simbirsk, los insurrectos sufrieron una cruel derrota, que les infligió el ejército zarista, formado a la europea. Las orillas del Volga se poblaron de horcas; se colgaron hasta 800 personas. El mismo atamán, cubierto de heridas, fue llevado prisionero a Moscú y, como era de rigor, descuartizado.

Sin embargo, el recuerdo de Razin permaneció vivo en la región del Volga y en toda Rusia. Las colinas en que se asienta Kamichin, donde los rebeldes tenían su campamento, han conservado el nombre de «Mamilas de Stenka Razin». En la epopeya popular, Stenka ha quedado consagrado como una de las figuras más queridas. Los intelectuales radicales cantaban con pasión los románticos *lieders* escritos por los poetas radicales a propósito de Stenka.

Más de cien años después, bajo el reinado de Catalina la Grande, cuando Francia se aproximaba a la Gran Revolución, una nueva tormenta se desencadenó sobre el Volga; era un cosaco del Don, Emelian Pugachev^[9], a la cabeza de una gran horda de descontentos y rebeldes. Tomó una ciudad tras otra, sin tocar a Simbirsk, y llegó por el sur hasta Tsaritsin; pero allí lo combatieron las tropas regulares y, entregado por sus propios partidarios, fue expedido a Moscú en una jaula de hierro, sufriendo la suerte de Razin.

Estas dos rebeliones en el Volga constituyen la tradición auténticamente revolucionaria de los mujiks^[10] de la vieja Rusia. Sin embargo, a pesar de su formidable extensión, no acarrearón alivio alguno al pueblo. La férrea ley de la historia dice que una insurrección campesina abandonada a sí misma no puede elevarse hasta la altura de una verdadera revolución. Aun en el caso de una victoria completa de la insurrección, el campesinado sólo es capaz de establecer nuevas dinastías y crear nuevas castas feudales: ésa es toda la antigua historia de China. Únicamente bajo la dirección de la clase revolucionaria de las ciudades, puede la guerra campesina convertirse en el instrumento de una transformación de la sociedad.

Pero las viejas ciudades rusas, simples conglomerados de la misma nobleza, de la burocracia y de sus criados, no albergaban en su seno nada de progresivo. Por esta razón, después de cada uno de los grandiosos movimientos populares de los siglos XVII y XVIII, el Volga lavaba la sangre derramada sin dejar el menor vestigio, llevándola al mar Caspio, mientras la opresión del zarismo y de los propietarios se tornaba aún más insoportable. Si en ambas ocasiones Simbirsk resistió, una de las causas fue, sin duda alguna, su calidad de vieja y sólida madriguera de boyardos y nobles. Esta ciudad del Volga medio (donde Lenin nació) mantuvo su papel reaccionario hasta el fin, en el período de Octubre y, luego, durante la guerra civil.

La vieja Rusia era casi en su totalidad una aldea, y la gobernación de Simbirsk era un fiel reflejo de la vieja Rusia. Aun a fines del siglo pasado, treinta años después de los días que describimos, la cifra de los habitantes de la capital no sobrepasaba todavía el 7% de toda la gobernación y su composición difería poco de la de la aldea. En las estepas y bosques, los antagonismos sociales tenían un carácter descarnado y doblemente brutal. Los campesinos de Simbirsk poseían mucha menos tierra aún que los rurales de todas las restantes provincias del Volga; el tercio de los hogares campesinos estaba formado por los que carecían de caballo, es decir, los pobres más auténticos. El grupo más desheredado estaba constituido por los aborígenes, que soportaban una doble opresión. Las tierras mejores y más ricas se hallaban en manos de los propietarios nobles, cuya parte era del 73%. Mucho peor aún era el cuadro presentado por el mapa forestal de la zona: de medio millón de hectáreas de bosques, la mitad pertenecía a la dote imperial, o sea, a la familia del zar; alrededor de un tercio a los propietarios; la porción de los campesinos, que constituían el 95% de la población, no representaba más que un quincuagésimo de la superficie boscosa. En verdad, quien quisiera aprender a odiar la barbarie feudal debía nacer en Simbirsk.

Ya en el aspecto general de la ciudad se revelaba plásticamente la estructura social del «gobierno» como también la de toda la región. El viejo Simbirsk se componía de tres partes sumamente distintas: el barrio de la nobleza, el de los comerciantes y el de los pequeñoburgueses. En la cima del monte, llamada Venetz (La Corona), tenía su asiento el barrio más hermoso: el de la nobleza. Allí se encontraban la catedral, los servicios administrativos, los establecimientos escolares, la calle principal. Letreros e inscripciones indicaban no sólo «Asamblea de la Nobleza» y «Patronato de la Nobleza» sino también «Salones de la Nobleza» y hasta «Baños de la Nobleza». En las amplias calles de aceras de madera, se erguían cómodamente, circundadas de jardines, las moradas de los propietarios nobles, que más bien tenían el aire de residencias rurales. En la calle principal, sobre el río, una orquesta militar tocaba por las noches para el público distinguido. El Volga mismo, con toda su miseria, sus epidemias, la esclavitud de los campesinos, los trabajos forzados de los remolcadores de barcos, contemplado desde la calle principal, decenas de verstas [1 versta=1066,8 mts, NdE] aguas arriba y abajo, se transformaba en un incomparable panorama, con el brillo acariciador de sus aguas, sus islotes

boscosos y aquella llanura que surgía en la lejanía.

La nobleza de Simbirsk proveyó a la patria de un buen número de elevados dignatarios y grandes capitanes que, por otra parte, apenas consiguieron hacerse algo ilustres. Particularmente, el Venetz (La Corona) se enorgullecía del historiador Karamzin, que, de acuerdo a una expresión venenosa de Puchkin, demostró con sencillez y elegancia «la necesidad de la autocracia y los encantos del knut^[11]». Como gozaba de los favores de Nicolás I^[12], el oficioso historiador fue recompensado después de su muerte con un monumento alegórico en su ciudad natal. La antigua musa de la Historia, que armonizaba mal con el clima, la flora y la fauna de la región del Volga, era conocida por la población con el nombre de «la madrecita de hierro». Los campesinos que afluían a Simbirsk todos los años, para reverenciar al icono de la virgen madre de Kazán, elevaban fervorosas plegarias a esta pagana de Clío, creyéndola, con toda la sencillez de su corazón, Santa Bárbara, la gran mártir^[13].

La pendiente de la montaña estaba cubierta de huertos, muchos de ellos trabajados por los disidentes a quienes la ortodoxia había deportado. Más allá de un pequeño afluente, el Simbirka, que crúzala ciudad, se abrían los mercados, que en los días de feria desbordaban de corteza de cáñamo y alquitrán, pescado del Volga, seco y salado, panes trenzados, semillas de girasol, algarrobas y otros apetitosos comestibles. En torno a los mercados se concentraba la actividad comercial. En las casas de sólida reputación, provistas de gruesos candados, vivían los comerciantes: tenderos, fabricantes y comerciantes de harina, destiladores, comerciantes de maderas. Algunos contaban con cientos de miles de rublos y miraban desde arriba la cima aristocrática de la montaña. Por último, los pequeñoburgueses, los humildes, los oscuros y los oprimidos, poblaban los arrabales. Sus casitas y cabañas, con huecos a modo de ventanas, palomares y nidos de estorninos, estaban esparcidas por todas partes, ya sea en terrenos bajos o sobre montículos, unas veces aisladas, otras amontonadas, a lo largo de calles estrechas y callejuelas tortuosas, detrás de las empalizadas inestables. Flacos y sucios cerdos y perros que perdían su pelo, animaban estos paisajes urbanos poco atractivos. Y más lejos ya estaba el campo, tan desheredado en su parte boscosa como en la estepa.

El sistema social atrasado de Rusia (sistema «feudal»), era cruel y miserable, particularmente aquí en el Volga, donde el bosque, cuna del Estado gran ruso, chocaba hostilmente con la estepa nómada. Las relaciones sociales no eran ni desarrolladas ni estables; se asemejaban a esas míseras construcciones que el colono ruso elevaba para establecerse, talando precipitadamente el bosque. Las ciudades rusas tenían así este aspecto de «provisorio»: construidas con madera, periódicamente se incendiaban y se reconstruían rápidamente. Un inmenso incendio que duró nueve días devastó en 1864 casi las tres cuartas partes de Simbirsk; centenares de personas perecieron en las llamas. Pero a partir de los años siguientes, el fénix de pino renació de sus cenizas con sus veintinueve iglesias. Entretanto, Simbirsk crecía lentamente;

en el curso de la década 1870 esta ciudad no contaba todavía con 30 000 almas: un «gobierno» donde reinan la ignorancia y el hambre, donde se araña la tierra con una reja de madera, no necesita, ni tampoco puede, sostener una gran ciudad.

En cambio, durante la primavera, Simbirsk se tornaba encantador: los jardines florecían en todo su esplendor, el perfume de las lilas, de los cerezos y de los manzanos se difundía por toda la cupula aristocrática de la ciudad; asomaba resplandeciente, al fondo de las calles, el Volga, desbordado 2 o 3 verstas y, por la noche, los ruiseñores cantaban en los jardines. Tal es el paraíso perdido que representa la ciudad natal para los viejos habitantes del Venetz. Pero la fiesta primaveral de la naturaleza pasaba, el sol quemaba la vegetación de los huertos, la ciudad se despojaba de sus galas, revelándose en su abandono, sus calles y callejas polvorientas se inundaban de barro con las lluvias otoñales y, en el invierno, dormitaban bajo el espeso sudario de la nieve. «No es una ciudad, es un cementerio, como todas esas ciudades», escribe Goncharov, a propósito de Simbirsk, su ciudad natal.

Transcurría en la altura una vida de hartazgo y borrachera, aunque moderada. No había absolutamente por qué apurarse, ni de un lado ni del otro. No por casualidad Goncharov, nacido y educado en Simbirsk, ha creado la figura de Oblomov, encarnación de la inmovilidad del barín, del miedo al trabajo, de la inacción bienaventurada, tipo auténtico e inimitable de la vieja Rusia, surgido del derecho servil, pero que le sobrevivió por mucho tiempo y que hasta hoy no ha desaparecido^[14]. Alejada 1500 kilómetros de Petersburgo y 900 de Moscú, Simbirsk careció de ferrocarril hasta fines de los años '80. El *Gubernskié Vedomosti* (Noticias departamentales), órgano del Estado que aparecía dos veces por semana, era el único periódico político. Hasta fines del siglo pasado, la ciudad no conoció tampoco el uso del teléfono. ¡Evidentemente, era la capital ideal en toda Rusia, para el mundo de los Oblomov!

Dos jerarquías aliadas y hostiles entre sí, la burocracia y la nobleza, se dividían la influencia y dominaban en la ciudad y en toda la provincia. El gobernador se hallaba a la cabeza: era el ojo de San Petersburgo, el dueño del poder, el centinela que velaba porque el sueño de los propietarios nobles no fuese perturbado por las almas en pena de la aventura de Pugachev. La Iglesia, formalmente, ocupaba el primer puesto; en realidad, los popes se encontraban en situación inferior a los comerciantes. Únicamente los obispos eran aún considerados como figuras del Olimpo, una especie de gobernadores espirituales con voz consultiva. Los funcionarios poseían su inmovible tabla de las jerarquías, que había fijado para siempre los 14 grados en las dignidades humanas. Los nobles se guiaban además por los diversos matices de la sangre azul, esforzándose por considerar desde lo alto a los funcionarios advenedizos. Saber quién ocuparía éste o aquel lugar en la catedral, quién sería el encargado de aproximarse a la santa cruz y besarla o bien quién iría a besar la mano a la mujer del gobernador, éstas eran allí las grandes cuestiones, las que provocaban las pasiones

más grandes y daban lugar a agrupamientos de combate, que concluían inevitablemente con grandiosas borracheras y frecuentemente con riñas. Cuando se trataba del honor, los caballeros de Simbirsk, después de las confesiones, no tenían piedad ni de sus mandíbulas ni de las de los otros. En las mansiones de la nobleza florecían en ese tiempo las tiernas doncellas a la Turguenev^[15], que se transformaban, de acuerdo a las leyes de la naturaleza, en propietarias avaras, o bien, en funcionarias celosas.

A principios de los años '60, cuando apareció la literatura imprecatoria, un poeta de ideas radicales, Minaev, él mismo noble de la provincia de Simbirsk, exaltó en Petersburgo a su región natal con unos versos satíricos: «Patria de la vobla^[16], patria de la suciedad y de las denigraciones». Los nobles de gran alcurnia, con «su lujo insolente», con sus bufones, con toda la lepra de su orgullo, con sus harenes de sirvientes; los notorios libertinos que perdían mujiks jugando a las cartas; los liberales que pronunciaban discursos «en honor de los azotes»; los santurrones que asestaban puñetazos en la mandíbula de algún criado; el arzobispo que descargaba una lluvia de golpes sobre los cantores en plena misa; el director del gimnasio^[17], maldecido por toda la ciudad, «filibustero de la burocracia»: todos son llamados por sus nombres, sin ninguna vergüenza, en unos versos satíricos bastante sonoros. Por el contrario, cuando habían transcurrido décadas y el poeta, ya resignado y calmo, muy anciano, retornó a su tierra, en donde durante todo ese tiempo una nueva generación ya había crecido, ninguno de éstos los nobles lo visitó y nadie concurrió luego a su funeral. ¡Esas gentes sabían hacer honor a las tradiciones familiares!

Sin embargo, sonó la hora —faltaban diez años para el jubileo secular de la insurrección de Pugachev y para el segundo centenario del levantamiento de Razin— y la servidumbre, profundamente minada ya por el desarrollo del régimen burgués, debió ser abolida desde arriba. El zar obligó al mujik a pagar al barín, no solamente por su propia libertad, sino además por la tierra que siempre le había pertenecido al campesino y que la reforma le robó, en beneficio del propietario noble. El acto de «emancipación» se convirtió en una formidable operación financiera, doblemente ruinosa para los campesinos. En contraste, los pagos de rescate aportaron a la existencia de la clase noble lo que siempre les había faltado: ganancia capitalista. Los señores propietarios festejaban pomposamente, cada uno donde podía, los obsequios de ese siglo de oro: en París y en la Riviera, en Petersburgo y en Moscú, y de modo menos suntuoso en sus mansiones o bien en Simbirsk, esa gran residencia de la nobleza provincial. Sin embargo, el dinero percibido por el rescate de los campesinos se derretía como la cera; no podía preverse su renovación. Los más emprendedores, aquellos que eran capaces de marchar al ritmo de su tiempo, se apoderaban del zemstvo^[18] o se instalaban posteriormente en las construcciones de ferrocarriles; otros casaban a sus hijos con hijas de comerciantes o daban sus hijas en matrimonio a herederos de éstos. Pero un número mucho más grande llegaba a una liquidación histórica: hipotecaban sus tierras, las volvían a hipotecar, vendían luego sus casas de

la ciudad y las residencias de la región natal, con todas las viviendas contiguas, los jardines sombreados, las musas de yeso y la cancha para el *criquet*. Los que se arruinaban maldecían a las reformas: por ellas el pueblo se había arruinado, las tierras empobrecido, las martas y los armiños disminuyeron en los bosques de Simbirsk y hasta el Volga ya no proveía de aquellos gordos esturiones que se habían conocido en los viejos tiempos. Los reaccionarios reclamaban azotes y enviaban informes a Moscú sobre la necesidad de restablecer inmediatamente la servidumbre. Los liberales se inquietaban por la lentitud del progreso y secretamente entregaban dinero a la Cruz Roja revolucionaria. Los partidarios del látigo eran infinitamente más numerosos.

En los barrios comerciales de Simbirsk, donde la clase comercial se mostraba todavía más groseramente conservadora que la nobleza, la época de la reforma ya había llegado a dar a la avidez tradicional una expansión desconocida anteriormente. Precisamente del seno de esta clase salían con más frecuencia los compradores de los dominios aristocráticos y de las casas en la ciudad que aún pertenecían a los nobles. En el santuario del Olimpo provincial penetraban los comerciantes barbudos que no se atrevían todavía a despojarse de la gorra que llevaban acolchada sobre su sombrero ruso y de sus botas altas para cambiarlas por botines a la francesa, pero que habían ya dejado de lado todo servilismo de casta. De este modo comienza también a establecerse sobre el Venetz de Simbirsk esa simbiosis sin armonía pero de todas maneras duradera, de la nobleza, de la clase comercial y de la burocracia que, en sus diversas y nuevas encarnaciones, determina la figura de la Rusia oficial por más de medio siglo, desde la abolición de la servidumbre en 1861 hasta el hundimiento de la vieja Rusia en 1917.

El progreso económico iba del Occidente hacia el Oriente y del centro a la periferia. Por el mismo camino arribaron también las influencias políticas. La parte rezagada de un país atrasado, la región del Volga, no podía quedar inmune a las ideas y tentativas de acción que preparaban la transformación revolucionaria de Rusia. En el primer cuarto del siglo XIX, un noble instruido de Simbirsk que poseía el título de «Consejero de Estado», N. I. Turguenev, adepto a los enciclopedistas y adversario de la servidumbre, adhiere a una sociedad secreta de Petersburgo, una de las que organizaron la famosa semiinsurrección de los regimientos de la Guardia, el 14 de noviembre de 1825. El heroico y desesperado estallido de la voluntad constitucional de una juventud militar avanzada, que comprendía en sus filas, sin duda alguna, a la flor misma de las familias nobles de Simbirsk, fue aniquilado con la metralla. Turguenev, que se había retirado al extranjero en el momento culminante fue condenado a muerte en ausencia; pronto conquistó una reputación europea, escribiendo un libro en francés sobre Rusia. La sublevación de los decembristas^[19] se incorporó para siempre a la historia de Rusia como una línea divisoria de aguas entre las revueltas palaciegas que viniendo de la Guardia habían ocurrido en el siglo XVIII y la posterior lucha emancipadora, de la que constituía el dramático preludeo.

En las tradiciones de los decembristas se educó la llamada generación del año '40, la que, de acuerdo a la expresión de otro Turguenev, el ilustre novelista, hizo el «juramento de Aníbal^[20]» de luchar contra la servidumbre. El más notable publicista de esta generación fue A. I. Herzen^[21]. En la extrema izquierda se erguía la monumental figura del eslavófilo demócrata que debía convertirse en el padre de la anarquía mundial, el noble Bakunin^[22]. A título de excepción, Simbirsk dio a la generación del año '40 no un propietario liberal sino un hijo de la burguesía comercial, singularmente conservador: Goncharov, que tuvo sin embargo la suerte, al pintar el retrato de Oblomov, de pronunciar como artista una sentencia inapelable sobre la cultura rusa de la época de la servidumbre.

La guerra de Oriente (1853-56) concluyó con el aplastamiento en Crimea de la ilusoria potencia militar del zarismo: el barco a motor obtuvo la victoria sobre el velero y el capitalismo sobre la explotación de los siervos. El sistema de los bravucones, con bigotes untados con gomina, erigido sobre los huesos de los decembristas y que había durado treinta años, se dislocaba en la podredumbre. La misteriosa muerte del zar a quien Herzen había apodado Nicolás «el Garrote», abrió las compuertas al descontento de la sociedad. La prensa se puso a hablar en un lenguaje extraordinariamente audaz. La emancipación usuraria de los campesinos inauguró la época de lo que se llamó «las grandes reformas». Engañada en sus esperanzas, la aldea se agitaba sordamente. La opinión progresista se escindió abiertamente: aparecieron los radicales en oposición a los moderados. La división de las tendencias políticas fue ilustrada por el sarcástico Turguenev en su novela *Padres e hijos* como una ruptura definitiva entre las generaciones del '40 y del '60. Reducir la cuestión a una ruptura entre generaciones no era sino una parte de la verdad y esta parte ocultaba el todo. La lucha tenía en su base un carácter social. En reemplazo de los propietarios nobles e instruidos, que expresaban de modo elegante sus remordimientos por gozar de los privilegios de su casta, llegó una nueva capa social, desprovista de privilegios y por consiguiente de arrepentimientos, privada de educación estética y de buenas maneras hereditarias, pero más numerosa, más resuelta y dotada de más abnegación: hijos de sacerdotes, de oficiales subalternos, de funcionarios menores, de comerciantes, de nobles arruinados, a veces de pequeñoburgueses y de campesinos —estudiantes, seminaristas, maestros de escuelas primarias—, en una palabra, lo que se llamó *raznochinsky* (los desclasados), la *intelligentsia*^[23] fuera de las clases, que precisamente a partir de esta época concibe el designio de dirigir los destinos del país. Ocupan inmediatamente el escenario las manifestaciones de protesta de la juventud de los colegios y la palabra *estudiante* se convierte por muchos años en el sinónimo popular del apodo lanzado por Turguenev: *nihilista*.

Por entonces, la abolición del sistema de la servidumbre había liberado a la generación mayor de su «juramento de Aníbal» y, desde el punto de vista político, había hecho de ella una reserva en disponibilidad.

Los liberales —*zapadniki* (partidarios de Occidente)— se imaginaban que, en adelante, Rusia se aproximaría lenta y gradualmente a la civilización europea. Los *raznochinsy*, por el contrario, planteaban resueltamente la cuestión de los destinos particulares del pueblo ruso, de su posibilidad de evitar la esclavitud capitalista, de la lucha directa contra los opresores. A pesar de una mezcla bastante considerable de utopía, en la prédica de los hombres del '60 resonaban acentos infinitamente más valientes que en el «juramento» volatilizado de los «padres». Turguenev replicaba en 1863, no sin desafío, a los consejos benevolentes: «Jamás escribí para el pueblo, sino para la clase de público a la cual pertenezco...». Desde luego, los recién llegados procuraban con ansia acercarse al pueblo. En lugar de dirigir sermones humanitarios a los opresores, decidieron despertar el odio de los oprimidos. Turguenev y Goncharov rechazaron a los «hijos» como a una progenitura fastidiosa: Turguenev, sin renunciar a la coquetería que lo caracterizaba; Goncharov, con exasperación y mediante la calumnia. En su novela *Obryv* (El barranco), cuya acción se desarrolla en una residencia noble de los alrededores de Simbirsk, Goncharov entrega al desprecio público al nihilista Mark Volojov^[24], que osa reemplazar a dios por las leyes de la química, que pide dinero prestado a los nobles liberales sin devolvérselo, que impulsa por la senda de la anarquía a los adolescentes y que seduce a las doncellas de buena familia. El Volojov colectivo, no obstante, se ha revelado como un tipo poco cobarde; no lo intimidó la condenación de «los padres» y, por el contrario, tomó la ofensiva. El año '60 inaugura la época de una incesante lucha revolucionaria, cada vez más implacable.

No solamente la literatura artística, también la crónica documental prueba que Simbirsk había trabado tempranamente conocimiento con los nihilistas. Unos eran enviados a este lugar por la policía y provenían de centros más importantes. Otros se formaban ahí mismo, bajo la influencia de los deportados. Es en general digno de atención notar que en los rincones más alejados del país aparecieron, a menudo, firmes revolucionarios de esta época. Entre los estudiantes de izquierda ocuparon un puesto notable, por ejemplo, los cosacos del Don y los siberianos, es decir, personas que abandonaban el ambiente completamente conservador de los kulaks^[25], así como por personas originarias de los «gobiernos» de nobles atrasados, como el de Simbirsk. La agudeza del conflicto entre las nuevas corrientes y el estancamiento de los «nidos de osos» impelían a los representantes más vivaces de la juventud hacia una ruptura brusca, a veces rabiosa, con las viejas creencias y afectos, que los impulsaba a continuación a servir ampliamente a la revolución. Un espíritu atrasado en general está dispuesto, en un determinado momento, a darse vuelta hacia el progreso con una osadía ilimitada. Rusia ha demostrado esto por todo lo que le sucedió.

El formidable incendio de Simbirsk en 1864 y asimismo muchos otros que acaecieron por esos años en Petersburgo y en ciudades provinciales, presentaba un sentido misterioso, enigmático. El gobierno hizo buscar a los culpables entre los

polacos y los revolucionarios, pero no encontró nada. Los partidarios de la servidumbre acusaban a los nihilistas e insistían, tomándose de ese pretexto, en que se difiriera la reforma del régimen campesino. Para dar, sin duda, más peso a su argumentación, ellos mismos se entregaron a actos incendiarios. El barón Wrangel que instruyó la causa del incendio de Simbirsk, no descubrió nada. Dos soldados fueron condenados a muerte, pese a ello, en calidad de chivos emisarios. ¿Fue ejecutada la sentencia? No sabemos nada. El senador Jdanov, que sucedió a Wrangel, habría al parecer reunido, luego de una investigación de dos años, las pruebas irrefutables de la culpabilidad de una banda reaccionaria, pero en camino a Petersburgo murió repentinamente y su carpeta nunca fue hallada.

Un tercer instructor, el general Denn, devolvió la libertad a todos aquellos de quienes su predecesor había sospechado y calificó el caso como inexplicable. En 1869, cuando los Ulianov fueron a establecerse en Simbirsk el Senado tomó esta decisión: «Olvidar el litigio». Eso fue lo que se hizo.

En el límite de los barrios nobles de la ciudad, en la calle de los Strelitz, desierta, calma, no lejos de la plaza vecina de la prisión, en un pabelloncito del patio de un edificio de madera, de dos pisos, donde habitaba el inspector de escuelas primarias Ulianov, nació, el 10 de abril de 1870, el tercero de los niños de la casa. Hace mucho tiempo que no existe el pabellón y no se sabe tampoco el sitio preciso donde se encontraba. Pero debemos pensar que no difería mucho de otros de las ciudades construidas con madera de la región del Volga. En el bautismo, el niño recibió el nombre eslavo de Vladimir, que significa señor o dueño del mundo. Los padres, lo mismo que el sacerdote, estaban lejos de pensar que ese nombre entrañaba una profecía. El niño que acababa de nacer a orillas del Volga se hallaba destinado a convertirse en un conductor y en un jefe del pueblo. Simbirsk tendrá como suerte transformarse en Ulianovsk. La Asamblea de la Nobleza se convertirá en el Palacio del Libro, que llevará el nombre de Lenin. La Rusia de los zares se transformará en la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

CAPÍTULO II

LA FAMILIA

Los miembros de la familia y otras personas, incluidos quienes más tarde se convirtieron en enemigos encarnizados, hablan casi en los mismos términos de la unión y del carácter laborioso de la familia Ulianov, de la pureza, de la radiante transparencia de las relaciones en su interior, de la animación y del buen humor reinantes en el comedor cuando se reunían todos para sentarse a la mesa. Ni la penuria que humilla, ni la opulencia que debilita, el continuo y viviente ejemplo del trabajo y del deber en la persona del padre, la vigilancia activa y tierna de la madre, un interés común por la literatura y la música: todas estas condiciones en su conjunto eran extremadamente propicias para la formación, en los niños, de caracteres sanos y vigorosos.

Ilya Nikolaievich Ulianov, jefe de la familia, era oriundo de la pequeñoburguesía de Astrakán. En la casta de los pequeñoburgueses se encarnaba toda la miseria de la cultura urbana de la vieja Rusia. Los elementos activos y capaces de la casta se apresuraban a transformarse en comerciantes o bien se aliaban, pasando por la escuela, a la burocracia y de grado en grado se elevaban hasta la nobleza. Exclusión hecha de los obreros industriales que, de acuerdo a sus pasaportes, continuaban contándose como campesinos o pequeñoburgueses, sin ser lo uno ni lo otro, quedaba en la pequeñoburguesía todo un mundo abigarrado de gentes humildes, fragmentos de la sociedad, míseros artesanos, comerciantes en el límite de la pobreza, horticultores, taberneros improvisados, individuos sin profesión determinada, que vivían en la zona y obtenían algunas migajas de los señores nobles, funcionarios y comerciantes. Cuáles eran las ocupaciones del pequeñoburgués Nicolás Ulianov, el abuelo de Lenin, no lo sabemos; en cualquier caso, no dejó a su familia recurso alguno. Pero se trataba, evidentemente, de una familia pequeñoburguesa que se salía de lo común: se distinguió especialmente por su amor al estudio. Sólo la muerte prematura del padre, que cargó al hijo mayor con los cuidados de la familia, lo obligó a emplearse en casa de particulares. Él traspasó su sueño de estudiar a su hermano Ilya, que tenía siete años. Al precio de un trabajo encarnizado y de privaciones, el mayor dio al menor la posibilidad de terminar sus estudios en el gimnasio de Astrakán y a continuación lo sostuvo en la Universidad hasta el momento en que el joven se encontró en estado de subvencionar sus propias necesidades. Ilya conservó durante toda su vida un sentimiento de gratitud ferviente hacia su hermano, que se había sacrificado tanto por

él. La fidelidad, el sentido del deber, la perseverancia para llegar al fin propuesto son cualidades que no por casualidad se encuentran en las primeras páginas, tan escasas, concernientes a los antepasados de Lenin.

Ilya estudiaba obstinadamente y con éxito. Admitido en 1850 en la Universidad de Kazán, en la facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, concluyó sus estudios «con la mención *bien* para todas las materias y con la mención *excelente* para las materias especiales»; unos exámenes complementarios le otorgaron el título de «profesor calificado de matemáticas y física en los gimnasios». El destino del joven se perfilaba. Apenas finalizados los estudios universitarios, obtuvo el puesto de maestro en el Instituto de la Nobleza de Penza que deja en 1863 por el gimnasio de Nijni-Novgorod. Hallándose todavía en Penza, en el hogar de un colega, Veretennikov, Ilya Nikolaievich conoció a su futura mujer, María Alexandrovna Blank, hermana menor de la dueña de casa. La boda, celebrada en el curso del verano de 1863, creó una familia sólida y feliz.

Los años de estudio de Ilya Nikolaievich transcurrieron durante el fin del reinado de Nicolás I, cuando, para un régimen odiado, sobrevenía el tiempo de la expiación. Hasta los liberales moderados se regocijaban de las derrotas militares y, tanto más, la intelligentsia radical. La fisura en la vida interior del país constituyó una gran escuela de civismo para la joven generación. Nadie podía, por esos días, dejar de lado en su pensamiento a la clase campesina. Por vez primera, se debatía abiertamente el programa de las transformaciones sociales. Se comparaban los destinos de Rusia con los de Europa Occidental y de América. Se creía que el progreso tendría en lo sucesivo un carácter constante, que el pueblo despierto llegaría rápidamente a su liberación, saliendo de las tinieblas y de la miseria; que la intelligentsia cumpliría honorablemente su misión de guía del pueblo. Es con pensamientos de esta clase o análogos —ideas generosas y confusas— que el joven pedagogo inicia su carrera.

Por sus raíces sociales y por la época de su despertar a la vida espiritual, Ilya Nikolaievich era el típico *razrwchinez* de los años '60. Sin embargo, las tendencias políticas de esta amplia capa variada estaban lejos de ser homogéneas. Era únicamente la minoría la que se esforzaba efectivamente por concretar sus ideas sobre los destinos del pueblo ruso en un sistema acabado; solamente el ala izquierda de esa minoría tomaba por el camino de la acción revolucionaria. La abrumadora mayoría de los desclasados se contentaba en su juventud con ideas generales de consagración al pueblo, para olvidarlas por completo en el curso de su carrera. De no ser así ¿de dónde habría reclutado el gobierno sus jefes de oficina y sus procuradores; en dónde habría encontrado la burguesía ascendente a sus abogados e ingenieros? Es por eso que hay sagacidad en el aforismo lanzado por alguien: *Le Russe est radical jusqu'à trente ans et apres: canaille*^[26]. Ilya Nikolaievich no pertenecía al ala revolucionaria; no hay ninguna razón para suponer que hubiera elaborado por sí mismo un sistema aunque sea semiacabado de consideraciones sociales; pero en cambio, la idea elemental del deber a cumplir con el pueblo, que respondía a la

naturaleza misma de su origen y a la formación de su carácter, fue adoptada por él seria y firmemente, para toda la vida.

Dos o tres de sus alumnos, que adquirieron posteriormente notoriedad, mencionaron con estima en la prensa al joven profesor de matemáticas y física, tan profundamente consagrado a su trabajo. Si era exigente con sus alumnos, aún más lo era consigo mismo. Reunía los domingos a los alumnos más atrasados del gimnasio y gratuitamente los adelantaba un poco, sacrificando su día de descanso. En el modesto trabajo de un profesor de provincia, ponía mucha pasión y una perseverancia desinteresada en la que había un elemento de heroísmo.

Casi trece años transcurrieron en este trabajo, seis de ellos de vida familiar. Ana^[27], la hija, tenía cinco años y el hijo, Alejandro [apodado Sacha], tres y medio, cuando en la vida de la familia se produjo un cambio que se relacionaba con una transformación en los destinos del país. Las reformas realizadas por el nuevo soberano se extendieron también al dominio de la instrucción pública. Se creó una red de escuelas populares, en parte por el Ministerio, pero principalmente por los zemstvos. Las escuelas necesitaban de la vigilancia y de la dirección del gobierno. Se ofreció a Ilya Nikolaievich el puesto de inspector de escuelas primarias en la gobernación de Simbirsk, cuya población era más o menos de un millón de almas. Aceptar este nombramiento significaba decir adiós a las ciencias físico-matemáticas que tanto amaba, renunciar a sus costumbres y a sus relaciones personales. Se anunciaba en esta nueva carrera un trabajo no tanto pedagógico como administrativo, en un ambiente desconocido y en difíciles condiciones; en cambio, la esfera del trabajo se ampliaba, extendiéndose ya no solamente a niños privilegiados como los del gimnasio sino también a los verdaderos hijos del pueblo, es decir, de la clase campesina. Es posible asimismo que el sueldo prometido haya sido superior al de un simple profesor. Ilya Nikolaievich aceptó sin vacilar el nombramiento. En septiembre de 1869, la familia bajó por el Volga desde Nijni-Novgorod hasta Simbirsk. Allí debía establecerse casi por veinte años. El zemstvo instituido cinco años antes en la gobernación de Simbirsk, se había convertido, más que en otros lugares, en el terreno de las camarillas de la nobleza. El trabajo escolar, que no prometía mayores ventajas, era comúnmente adjudicado a algún liberal. En esta gobernación pobre y sin carreteras, a la que se incorporaban poblaciones asiáticas bastante numerosas, no era fácil, aun con buena voluntad, poner en marcha la telega^[28] de la instrucción pública. El novísimo inspector de escuelas primarias no encontró más que desierto en el que sería su dominio. La prensa radical de la época citaba como ejemplo un distrito de Rusia donde para 180 000 habitantes se contaban 16 escuelas y 300 tabernas. La estadística cultural de la mayoría de los otros distritos no era mucho mejor. No injustamente el joven publicista Chelgunov, en el alba de la época de las reformas, escribía a su mujer desde el fondo de una provincia perdida: «¡Qué rincón salvaje, salvaje y salvaje, qué marasmo y qué ineptitud! ¡Dios mío, esto da miedo!»

Los campesinos habían aprendido a temer todo lo que venía del Estado: prisiones,

hospitales y escuelas. Los «letrados» eran necesarios a las autoridades para oprimir al pueblo. Algunos maestros se hacían de recursos suplementarios con la condición de no apartar a los alumnos del trabajo familiar.

La primera preocupación del inspector fue denunciar la mentira oficial y poner en evidencia lo que era.

Para comenzar, era menester partir de cero: construir nuevas escuelas, reformar las escasas que ya existían, seleccionar, formar maestros o bien reeducar a los otros. No había ni ferrocarriles ni rutas pavimentadas en la provincia. No obstante, era preciso viajar a menudo y casi continuamente, en telega o en trineo, por pequeños caminos, cruzando bosques y estepas, ya sea atascándose tanto en el barro como bajo tormentas de nieve. Había que hablar infatigablemente con los funcionarios de los zemstvos, con los maestros de escuela, con las comunidades campesinas, con los funcionarios del Estado, acalorarse, convencer, frecuentemente replegarse, a veces amenazar. En diecisiete años de este trabajo se construyeron más o menos 450 escuelas en la provincia de Simbirsk y el número de alumnos se duplicó. Resultados en suma muy modestos, pero obtenidos gracias a la incomparable habilidad que tenía Ilya Nikolaievich para alternar con personas de diversas condiciones y diferentes niveles culturales. Esta facultad, desarrollada hasta proporciones imprevistas, la transmitió a su hijo.

Los recuerdos sobre la familia Ulianov que han sido escritos durante los años del régimen soviético deben ser examinados con cierta circunspección: hasta autores de buena fe, como se verá más adelante, se muestran inclinados a descubrir en los padres rasgos de carácter que corresponden a los del hijo. Por suerte, poseemos testimonios muy convincentes, publicados en las épocas en que Lenin era todavía un niño, un adolescente o bien un revolucionario perseguido. Un propietario noble de la provincia de Simbirsk, llamado Nazariév, miembro de un zemstvo y colaborador de publicaciones liberales, de carácter entusiasta, ha hablado en la prensa, a propósito del inspector Ulianov, como de un «fenómeno raro, excepcional» y ha descrito con tono muy animado sus infatigables recorridas a través de la provincia, pese a la intemperie y a la indiferencia de la gente: «Resistencia y vigor tales no pueden provenir sino de una dedicación rayana con la abnegación» (*Vestnik Evropy*. El Mensajero de Europa, 1876). El mismo ministerio reconocía en un texto oficial que la energía del inspector de Simbirsk «merecía una especial atención». Un estudio sobre la historia de la instrucción pública, editado en 1906, hace notar que, entre los dirigentes de la instrucción pública en la provincia de Simbirsk, «el primer lugar pertenece, según la opinión unánime de los contemporáneos, a Ilya Nikolaievich Ulianov». Tales son los testimonios desinteresados, que no pueden despertar duda alguna.

La carga explosiva de idealismo social que la época de su juventud había dado a Ilya Nikolaievich encontró un empleo pacífico, bien intencionado, recomendable. Su equilibrio moral estaba garantizado. No tenía que renunciar a nada. Al contrario, aun

entonces, particularmente en verano, durante los ocios campestres, gustaba Ilya Nikolaievich de cantar la canción de sus años estudiantiles, cuya letra era del decembrista Ryleev, a quien Nicolás I había hecho ahorcar: un juramento de odio para «las plagas del país natal». La primera plaga era la servidumbre: fue abolida. El segundo flagelo era la ignorancia del pueblo: Ilya Nikolai vich la combatía ahora con todas sus fuerzas. A propósito de la tercera plaga, la autocracia, el inspector de escuelas primarias prefería no hablar y probablemente tampoco pensar. Funcionario de espíritu progresista, no era un revolucionario.

Por su carácter, hábitos y maneras, Ilya Nikolaievich no se parecía en nada al tipo del funcionario seco y taciturno. Por el contrario, era muy humano: sociable, observador, jovial. En sus giras interminables, le gustaba, haciendo alto en la residencia de algún liberal del zemstvo, adoptar su franco lenguaje sobre la vida provincial y particularmente sobre los asuntos escolares. Regresaba a su casa enriquecido con nuevas anécdotas pedagógicas, de las que la vida no carecía. Las contaba animadamente en la mesa familiar, gangoseando suavemente la erre como era su costumbre; reía mucho y de buena gana, echándose hacia atrás con todo su cuerpo, risueño, lagrimeándole los ojitos castaños, achinados como los de los kalmuks^[29]. Quien haya visto a Lenin y escuchado sus ocurrencias y risas, tendrá la representación viviente, al menos en sus rasgos más sorprendentes, de la figura del padre: talla pequeña y corpulenta, vivacidad y elasticidad en los movimientos, pómulos salientes, frente elevada, cutis moreno y una calvicie precoz. Era sólo por su estructura que el hijo era visiblemente más sólido y vigoroso que el padre.

En 1874, se nombró a Ilya Nikolaievich director de escuelas primarias. Tenía ya bajo sus órdenes a varios inspectores. Se había convertido ahora en un personaje importante de la provincia. El grado de «consejero de Estado titular» daba al antiguo pequeñoburgués un título de nobleza hereditaria. Hasta 1917, en innumerables informaciones policiales, sus hijos e hijas debieron inscribir, en rúbricas *ad hoc*, sus títulos nobiliarios. Pero tanto en su físico como en el de los miembros de su familia, nada había de aristocrático: narices achatadas, pómulos salientes y dedos cortos denotaban claramente los orígenes plebeyos. Ilya Nikolaievich no se asemejaba, sin embargo, de ningún modo, al tipo del «burgués gentilhomme»: su naturaleza visceralmente democrática, su repulsión respecto a toda fanfarronería, su sencillez en las relaciones con las personas, eran sus mejores cualidades. Las transmitió íntegramente a sus hijos.

Su influencia sobre éstos fue en general profunda y fecunda. A decir verdad, el padre se encontraba frecuentemente en gira y no se le veía durante semanas en la familia, pero sus mismas ausencias adquirían un sentido particular, como si inculcasen en los niños esta idea: ¡el deber ante todo! Una pasión jamás entibiada por el trabajo, por lo esencial del trabajo y no por la forma, la franqueza y la amenidad, borran de la imagen del padre todos los rasgos de burocratismo que los niños conocían demasiado bien por el gimnasio. Los relatos que hacía en la mesa familiar

sobre el modo de superar los obstáculos para la instrucción del pueblo eran ávidamente recogidos por las conciencias infantiles. El padre parecía ser la encarnación de un principio superior que dominaba los estrechos intereses del círculo familiar. «Su autoridad en la familia —escribe la hija mayor— y el cariño que los niños le tenían eran muy grandes».

María Alexandrovna provenía de una familia más acomodada y más culta que la de su marido. Su padre, médico y propietario de una finca en la gobernación de Kazán, profesaba, según lo que cuenta su nieta, opiniones bastante avanzadas para la época. Su apellido no era del todo ruso: se llamaba Blank^[30] —carecemos desdichadamente de indicaciones sobre su nacionalidad—, y estaba casado con una alemana que educó a los niños de acuerdo a las tradiciones germánicas. La familia residía al parecer en el campo; el padre se ocupaba atentamente de la educación física de los niños. Su hija María conoció una infancia sana y una adolescencia apacible, exenta de perturbaciones; amaba a su comarca natal, Kokuchkino. Con respecto a la instrucción, todo no iba tan bien. Consideraciones pedagógicas y probablemente también ciertos prejuicios no permitían a los padres enviar a sus hijas, desde la aldea, a los internados. Para los mayores, se recurría a maestros particulares. Pero, en la época en que María comenzó a hacerse grande, la situación económica de la familia se quebrantó, faltaron los recursos para pagar a los maestros y la hija menor tuvo lo que se llama una educación familiar, común a muchas otras jovencitas provincianas de esa época: aprendió idiomas y música, bajo la dirección de una tía alemana, y para el resto, fue abandonada a sí misma. Posteriormente, observando las ocupaciones y los éxitos de sus propios hijos se afligió más de una vez por no haberse podido instruir a su debido tiempo.

María Alexandrovna se casó a los veintiocho años; su marido tenía cuatro más que ella. Ilya Nikolaievich tenía una posición social modesta pero estable. La dote de María no aportaba más que un quinto del modesto haber de su padre. En la base del matrimonio había, muy probablemente, una inclinación mutua, si bien no un sentimiento más ardiente. Los años '60, situados bajo el signo de la emancipación femenina, asestaron un golpe serio a la intervención arbitraria de los padres en los asuntos sentimentales de sus hijos. Además, Ilya Nikolaievich era independiente y el padre de María Alexandrovna se inclinaba hacia las ideas progresistas.

Los primeros años de vida familiar en Nijni transcurrieron de un modo sumamente agradable: el alojamiento en el gimnasio se distinguía, en la medida de lo posible para una vieja provincia rusa, por un confort satisfactorio. A su lado vivían otras familias de pedagogos y la joven señora encontró amigas con las que podía leer, hacer música o bien recrearse charlando. Se recibían las revistas nuevas de Petersburgo, en las cuales latía el pulso del movimiento emancipador de entonces. Ilya Nikolaievich pasaba sus horas de ocio en familia. A veces, leía en voz alta durante la velada: justamente en esta época se imprimía por fascículos la epopeya de Tolstoi^[31]: *La guerra y la paz*.

Cuando pasaron a Simbirsk, adonde María Alexandrovna arribó llevando en su seno al futuro Vladimir, las condiciones de existencia se modificaron brutalmente. La ciudad era mucho más atrasada que Nijni-Novgorod, que, sin embargo, no brillaba por su cultura; era menester alojarse en el límite mismo del Venetz, aparte de la sociedad, sin amigos, sin tener «su círculo propio». Un inspector salido de la pequeñoburguesía y que tenía por esposa una semialemana no podía, naturalmente, ser recibido en la sociedad aristocrática como un hombre de ese «ambiente». Pero con el pequeño mundo de la burocracia, que se adaptaba de mala gana a las consecuencias de la época de las reformas, tampoco se establecieron relaciones. El ambiente pedagógico de Simbirsk era probablemente el más enmohecido y podrido de la burocracia local. Ya el hecho de que Ulianov se consagrara celosamente a crear nuevas escuelas, lo tornaba extraño al círculo de los corruptos y alcahuetes. Por la afabilidad y la sencillez de sus maneras, era apodado en la ciudad «el liberal»: se combinaba en este apodo la malevolencia y la ironía. El ambiente comercial era demasiado grosero y no menos cerrado que el de la nobleza. Por otra parte, tampoco podía un funcionario del gobierno, padre de familia y ciudadano leal buscar sus relaciones entre los círculos dudosos de la intelligentsia radical.

El aislamiento de la familia constituyó un golpe tanto más duro para María Alexandrovna cuanto que la nueva función de su marido lo alejaba frecuentemente de la casa. Languideció la joven mujer en el *spleen* [melancolía, NdT] hasta el momento en que se consagró enteramente a sus niños y al gobierno de la casa. La familia crecía. Su único recurso eran los modestos honorarios del marido. No había verdadera indigencia, pero era preciso contar hasta el último copec. Los principios de economía inculcados por la madre alemana fueron de los más apropiados. Ilya Nikolaievich repitió más de una vez, posteriormente, a sus hijos mayores, que sólo gracias al sentido del ahorro maternal la familia había logrado equilibrar sus gastos.

La madre enseñó a los niños mayores los rudimentos de la lectura. Pero muchas otras preocupaciones interrumpieron forzosamente esos estudios. En 1873, cuando nació el quinto niño, se les tomó un maestro, un tal Kalachnikov, que ejercía en una escuela parroquial y que sobrevivió mucho tiempo a sus principales alumnos, Alejandro y Vladimir, sobre quienes publicó después vivos recuerdos. Ilya Nikolaievich, que en las cuestiones de instrucción tenía la palabra decisiva, estimaba indispensable inscribir a los niños, lo más pronto posible, en el gimnasio: como funcionario de instrucción pública no tenía que pagar en las escuelas del Estado y además temía la influencia debilitante de la familia, prefiriendo una dirección masculina, una marcha regular de los estudios y una disciplina escolar.

En los recuerdos de Ana, plenos de amor filial, se aprecia que el padre no estaba siempre lo suficientemente atento a las particularidades individuales de los niños y probablemente cometía errores, exigiéndoles demasiado, particularmente a su hijo mayor, que ya era demasiado exigente consigo mismo. Al carácter autoritario del padre se le agregaba el peso de la religión. Ilya Nikolaievich, matemático y físico que

había escrito una tesis universitaria sobre la determinación de la órbita del cometa de Klinkerfum de acuerdo al procedimiento de Olbers, conservaba intacta la fe ortodoxa de los pequeñoburgueses de Astrakán, iba a las vísperas, ayunaba y comulgaba, no simplemente por obligación de funcionario del Estado sino por convicción íntima.

Fue indudablemente la madre quien ejerció mayor influencia sobre los niños. En catorce años, engendró siete niños. Uno de ellos murió poco después del parto, los otros sobrevivieron, reclamando cada uno cuidados y atención. La madre tenía consigo, al parecer, una fuente inextinguible de fuerzas vitales. Embarazada, luego del parto, mientras amamantaba y criaba a sus niños y llevando aún una carga nueva, siempre trabajando, siempre de humor constante, alegre y acogedora, era la imagen misma de la madre, continuadora y conservadora de la especie. Los dos mayores no tuvieron otra nodriza. Pero a todos los otros también los amamantó; fue la camarada de sus juegos, siempre presente en el momento deseado, la dispensadora de todos los bienes, la fuente de todas las alegrías, la que velaba por la justicia en la habitación de los niños. La profundidad de su influencia estaba determinada, sin embargo, no sólo por su constante dedicación a los niños, sino también por la riqueza singular de su carácter.

Lo poco que sabemos de ambos, nos permite pensar que la madre era de una formación espiritual más elevada que el padre. Provenían de ella los rayos invisibles que entibian los corazones infantiles y les proporcionan una reserva de calor para toda la existencia. No acariciaba a los niños con arrebatos, no los agobiaba a besos, pero no los repelía, no se arrojaba sobre ellos para castigarlos. Los rodeó desde los primeros días con un cariño ilimitado, sin mimarlos demasiado, pero también sin castigarlos bruscamente. Muchas décadas más tarde, la hija, ya anciana, recuerda con profunda ternura la música de su madre y los viajes que hacían juntas sobre sillas, transformadas por su imaginación en trineos que se deslizaban sobre una pista de nieve, a través de pinos y abetos.

La uniformidad de carácter de la madre se basaba no en un repliegue egoísta sobre sí misma como a veces sucede sino, al contrario, sobre una ferviente abnegación. Mujer de una profunda sensibilidad, sentía intensamente las raras alegrías y las penas frecuentes e incluso los pequeños disgustos cotidianos. Pero una particular austeridad de su carácter tornaba imposible para ella las vivas demostraciones de sus sentimientos. La afectaban las crueldades de la vida, no sólo por sí misma, sino también por los otros, por su marido, por sus hijos y esto le impedía irritarse, perder la cabeza, hacer escenas, es decir, intentar descargar sobre los otros, sobre los allegados, una parte de sus sufrimientos. Una fuente inagotable de fuerza moral la ayudaba, después de cada nuevo revés de la suerte —y los reveses no faltaban—, a rehacer su equilibrio interior y a sostener a quienes tenían necesidad de ser sostenidos. Tal fuerza moral, cuando no está acompañada por otras cualidades, no se aprecia desde lejos, sólo se nota a corta distancia. Pero si no existiesen en el mundo estas generosas naturalezas femeninas, la vida no valdría la pena ser vivida.

María Alexandrovna no halló expresión a sus fuerzas más íntimas sino a través de sus hijos. Esta mujer falleció justamente poco más de un año antes de la victoria histórica de su hijo.

Nacida y educada en una familia no ortodoxa, María Alexandrovna, aunque completamente rusificada, carecía, a diferencia de su marido, de sólidas tradiciones religiosas, a excepción del árbol de navidad alemán y no se distinguía por su devoción: según su hija «frecuentaba tan poco la iglesia rusa como el templo alemán». Tampoco se ha aclarado si siguió siendo luterana o si se convirtió, al casarse, a la religión ortodoxa. Pero, no obstante, María Alexandrovna jamás rompió con la religión y, en los instantes más duros, recurría a ella con todo el ardor secreto de su naturaleza. Cuando la vida de su hijo, peligrosamente enfermo a la edad de cuatro años, pendía sólo de un hilo, la madre, devorada por la tristeza, enloquecida, susurró a su hija de seis años: «¡Ruega por Sacha!», y cayó de rodillas, desesperada, frente al icono. Pasó el peligro por esta vez. Sacha se salvó y la madre, ya serenada, enseñó nuevamente a caminar al niño convaleciente. Diecisiete años más tarde — ¡cuántas angustias, penas y esperanzas!—, la madre, a través de la reja de la prisión de Petersburgo, conjuraba a su hija de la misma manera: «¡Ruega por Sacha!». Pero esta vez no podía referirse más que a la salvación de su alma, pues ya la cuerda del zar había estrangulado al bienamado hijo mayor, orgullo y esperanza de la familia.

CAPÍTULO III

EL CAMINO REVOLUCIONARIO DE LA INTELLIGENTSIA

Intelectual de cepa plebeya, Ilya Nikolaievich ingresó en las filas de la burocracia pero no se dejó absorber por ella. Los niños no tuvieron ninguna ligazón con el ambiente burocrático: su profesión se transformó en la lucha revolucionaria. Antes de desarrollarse —hacia finales del siglo— en un movimiento de masas, el empuje emancipador había enriquecido a la historia, en el transcurso de las primeras décadas, con experiencias de laboratorio. No podría comprenderse la suerte de la familia Ulianov sin haber aprehendido la lógica particular del movimiento revolucionario de la intelligentsia rusa y, al mismo tiempo, la lógica de su derrota.

En el curso de uno de los famosos procesos políticos de los años '70, conocido como «el proceso de los 193», el acusado principal desarrolló el pensamiento de que, después de la reforma del régimen agrario, se había constituido —por fuera de la propia clase campesina— «toda una fracción... lista para responder al llamado del pueblo, que sirvió de núcleo al partido socialrevolucionario. Esta fracción es el *proletariado intelectual*». Con tales términos Hipólito Mychkin describe el fenómeno con exactitud, si bien no lo aprecia en su justa naturaleza. La sociedad fundada sobre la servidumbre se descomponía más rápidamente de lo que se formaba la sociedad burguesa. La intelligentsia, producto de la disgregación de las viejas castas, no encontraba suficientes ofertas de empleo ni carrera para ejercer su influencia política. Rompía con la nobleza, la burocracia y el clero, con sus costumbres atrasadas y sus tradiciones esclavistas. Pero no se acercaba a la burguesía, aún demasiado primitiva y grosera. Se sentía socialmente independiente y a la vez ahogada por el torniquete del zarismo. De esta manera, el terreno que alimentaba las ideas revolucionarias luego de la abolición de la servidumbre, fue casi exclusivamente la intelligentsia, con más propiedad, su joven generación, los elementos más pobres de la juventud de las escuelas, estudiantes, seminaristas, gimnasistas, quienes en su mayoría, por sus condiciones de vida, no se elevaban por sobre el proletariado sino que estaban a menudo por debajo de él. El Estado necesitaba intelectuales y, a pesar suyo, los formaba en sus escuelas. Ahora bien, la intelligentsia necesitaba un cambio de régimen y se convertía en enemiga del Estado. La vida política del país llegó a ser por mucho tiempo, un duelo entre la intelligentsia y la policía, sin que participen en él las clases fundamentales de la sociedad. Con sarcasmo, pero no sin razón, señalaba el

fiscal general en el proceso Mychkin que «el ambiente más evolucionado», es decir, las clases poseedoras y la generación mayor de la intelligentsia misma, como también los ambientes «sin instrucción», es decir, las masas populares, eran por igual inaccesibles a la propaganda revolucionaria. En tales condiciones, la única salida previsible era un conflicto. Pero como la lucha le era impuesta al «proletariado intelectual» debido a su situación, ésta exigía grandes ilusiones.

Habiendo apenas tenido tiempo para sustraerse de las recientes relaciones sociales y costumbres de la Edad Media, la intelligentsia creía naturalmente encontrar su fuerza en sus ideas. A partir del año '60, se había asimilado la teoría según la cual la marcha progresiva de la humanidad sería el resultado del pensamiento crítico. ¿Y quién podía entonces presentarse como dueño del pensamiento crítico sino ella misma, la intelligentsia? Espantada al mismo tiempo por verse poco numerosa y aislada, la intelligentsia se encontró forzada a recurrir al mimetismo, arma de los débiles: se negó a sí misma, para tener tanto más derechos a hablar y actuar en nombre del pueblo: así procedió Mychkin en la continuación de su célebre discurso. Pero «pueblo» significaba «campesinado». El escaso proletariado industrial no era más que una ramificación accidental y débil de aquél. La acentuada veneración de los narodniki (populistas) por el campesinado y su régimen comunal devino en el reverso de la incommensurable pretensión del «proletariado intelectual» de jugar el rol principal, si no de única palanca del progreso. Toda la historia de la intelligentsia rusa se desenvuelve entre estos dos polos: la humillación voluntaria y la soberbia, reflejos deformados de su debilidad social.

Los elementos revolucionarios de la intelligentsia no sólo intentaron identificarse teóricamente con el pueblo, también se esforzaron por confundirse con él en la realidad: se vestían con la blusa del mujik, comían su pobre sopa de repollos, aprendían el manejo del arado y del hacha. Ésta no era una máscara política, era un compromiso real. Pero se basaba sobre un gran *quid pro quo*: la intelligentsia concebía al pueblo a su imagen y semejanza y este acto bíblico de la creación le preparaba trágicas sorpresas para cuando pasase a la acción.

Ya los primeros grupos revolucionarios se asignan por tarea preparar una insurrección campesina. ¿No está demostrada, en efecto, por todo su pasado, la aptitud del mujik para la rebelión? Stenka Razin y Emiliano Pugachev deberán, en adelante, ser reemplazados por el pensamiento crítico individual. Al parecer, estas esperanzas no eran totalmente quiméricas. Durante los años de preparación y aplicación de la reforma, el campesinado se movilizaba en diversos puntos del país; aquí y allá, el gobierno estuvo obligado a utilizar la fuerza armada; en la mayoría de los casos se limitaba al patriarcal castigo de los azotes. En 1860, los levantamientos campesinos provocaron en Petersburgo el nacimiento de una organización clandestina poco numerosa: la «Joven Rusia». Su finalidad inmediata: «una revolución sangrienta e implacable que debe transformar radicalmente todas las bases de la sociedad moderna». Pero la revolución tardaba en llegar. Sin modificar sus apreciaciones, la

intelligentsia concluyó que no se trataba sino de un breve aplazamiento. Nuevos círculos se constituyeron para preparar la insurrección. El gobierno responde con medidas represivas, cuya violencia demuestra la magnitud de su pánico. Por haber intentado dirigir una proclama a los campesinos, el destacado publicista Chernichevsky^[32], jefe auténtico de la joven generación, es expuesto en la picota y enviado a presidio. El zar creía, no sin razón, decapitar con este golpe, por mucho tiempo, al movimiento revolucionario. El 4 de abril de 1866, Dimitri Karakosov, de veinticinco años de edad, ex estudiante salido de la pequeña nobleza, dispara sobre Alejandro II^[33], que salía del Jardín de Verano, una primera bala que, si bien no alcanza al zar, pone punto final al capítulo «liberal» de su reinado. Los allanamientos realizados por la policía en las casas de pacíficos habitantes, intimidaron a los círculos liberales, que no eran de por sí muy valientes. Los elementos independientes de la burocracia se hicieron a un lado. Hay que pensar que, desde entonces, cesó Ilya Nikolaievich de canturrear las canciones de su juventud. Con la ayuda de una enseñanza clásica esterilizada, sistema destinado a deformar los jóvenes cerebros, decidió el conde Dimitri Tolstoi, ministro de Instrucción Pública, sofocar el pensamiento libre desde su embrión mismo. El monstmoso sistema tomó cuerpo. Alejandro y Vladimir Ulianov debieron pasar, posteriormente, por las torturas de un clasicismo policial, en que Atenas y Roma únicamente servían de vestíbulos a la imperial San Petersburgo.

Entre la primera proclama y la primera agresión a mano armada contra el zar sólo habían transcurrido seis años. Así cerró la intelligentsia, en el alba de su actividad revolucionaria, su primer ciclo, de pequeñas dimensiones: luego de haber previsto un inmediato levantamiento de los campesinos a través de un ensayo de propaganda y agitación, llegó al terrorismo individual. Muchas experiencias, errores y decepciones se sucederán. Pero precisamente desde entonces, a partir de la abolición de la servidumbre, se inaugura una empresa única en la historia, la de los precursores revolucionarios que durante sesenta años llevarán a cabo sus trabajos de zapa, preparando las explosiones de 1905 y 1917.

Dos años después del atentado de Karakozov, un modesto maestro de provincia, Nechaiev^[34], que enseñaba el catecismo en una escuela parroquial —una de las figuras más grandiosas en la galería de los revolucionarios rusos—, intentó crear una asociación de conspiradores llamada «de la venganza popular o del hacha». Nechaiev fija la insurrección campesina para el noveno aniversario de la reforma, el 19 de febrero de 1870, fecha en que las relaciones transitorias en la aldea deben ser reemplazadas, de acuerdo con la ley, por relaciones definitivas. Se distribuye meticulosamente el trabajo revolucionario sobre el calendario: hasta mayo de 1869, en la capital y en los centros universitarios; desde mayo a septiembre, en las capitales de provincias y departamentos; a partir de octubre, «en el grueso de la masa popular»; en la primavera de 1870 debe abrirse una lucha implacable contra los explotadores. Pero, una vez más, no se produjo el levantamiento. Todo se limitó al asesinato de un

estudiante sospechoso de traición. Nechaiev, que huyó al extranjero, fue entregado al zar por el gobierno suizo y acabó sus días en la fortaleza de Pedro y Pablo. En el lenguaje de los grupos revolucionarios la palabra *Nechaievchina* (lucha concebida a la manera de Nechaiev) merecerá por mucho tiempo un duro acento de reprobación, como sinónimo de medios de acción arriesgados y condenables para el logro de los fines revolucionarios. Centenares de veces, Lenin será acusado por sus enemigos políticos de emplear los procedimientos de lucha de Nechaiev.

La década del '70 abre el segundo ciclo de la revolución, de capacidad y envergadura mucho más considerables, pero que reproduce en su desarrollo las sucesivas etapas que ya conocemos: partiendo de esperanzas fundadas en un levantamiento popular y de tentativas para organizarla, pasando por un conflicto con la policía política sin la participación del pueblo, se llega al terrorismo individual. La conspiración de Nechaiev, enteramente edificada sobre la dictadura de un solo individuo, provocó en los grupos revolucionarios una violenta reacción contra el centralismo y la ciega disciplina. En 1873, al renacer después de una breve tregua, el movimiento adquiere el carácter de una caótica cruzada de la masa intelectual que va hacia el pueblo. Jóvenes en su mayoría ex estudiantes y estudiantes, en total casi un millar de personas, llevaron la propaganda socialista a todos los confines del país, particularmente a la región del bajo Volga, en busca de la herencia de Razin y Pugachev. Notable por su amplitud y su juvenil idealismo, el movimiento, verdadera cuna de la revolución rusa, se distinguía, como es propio en la infancia, por la ingenuidad extrema de los procedimientos. Los propagandistas carecían de organización dirigente, de programa claro y no sabían actuar como conspiradores. Y después de todo, ¿para qué? Tal o cual joven, que había roto con la familia y la escuela, sin profesión, sin relaciones ni obligaciones personales, sin temor ante la potencia del cielo y de la tierra, se imaginaba a sí mismo como la cristalización viviente del levantamiento popular. ¿Una constitución? ¿El parlamentarismo? ¿La libertad política? No, él no se dejará atrapar por estas trampas occidentales. Le hace falta la revolución completa, sin restricciones ni etapas intermedias.

Las simpatías teóricas de la juventud se dividían entre Lavrov y Bakunin. Estos dominadores de espíritus habían salido de la nobleza, ambos se educaron en la misma escuela de junkers^[35], en Petersburgo; Mijail Bakunin diez años antes que Piotr Lavrov^[36]. Ambos acabaron su vida en la emigración: Bakunin en 1876, cuando Vladimir Ulianov calzaba todavía sus zapatitos de niño; Lavrov vivió hasta 1900, fecha en que Ulianov se convierte en Lenin. El ex oficial de artillería Bakunin pertenecía ya a la segunda emigración y había tenido tiempo de pasar del panslavismo democrático a la anarquía pura, cuando el coronel Lavrov, profesor en la escuela de artillería, ecléctico de erudición enciclopédica, desarrollaba en las revistas legales la teoría del «pensamiento crítico en el individuo» —de alguna manera, el pasaporte filosófico del «nihilista» ruso. La doctrina del deber a cumplir con el pueblo se correspondía mejor con el mesianismo de la intelligentsia cuya

arrogancia teórica se combinaba en la práctica con una constante disposición al sacrificio. La debilidad del «lavrismo» consistía en que no señalaba los caminos para la acción, además de su carácter de propaganda abstracta de un evangelio revelado de una vez y para siempre. Aun pacíficos obreros de la cultura, del tipo de Ilya Nikolaievich Ulianov, podían considerarse sinceramente como discípulos de Lavrov; pero precisamente por esto, no satisfacía a los elementos más activos y resueltos de la juventud. La doctrina de Bakunin aparecía infinitamente más clara y, sobre todo, más atrevida: definía al campesino ruso como «socialista por instinto y revolucionario por naturaleza»; consideraba que la tarea de la intelligentsia era llamar a una «destrucción general» inmediata, a partir de la cual Rusia desembocaría en una federación de comunas libres. La paciente actividad propagandística no podía sino retroceder a un segundo plano frente al empuje del espíritu subversivo integral. Bajo las opiniones del bakuninismo, que se convirtió en la doctrina dominante, la intelligentsia de la década del '70 estimaba como evidente que bastaba esparcir las chispas del pensamiento crítico para que el bosque y la estepa se fundiesen en un inmenso incendio.

«Los movimientos de la intelligentsia —como lo demostraba más tarde, ante el tribunal, Mychkin, a quien ya conocemos—, no están creados artificialmente, son el eco de malestares populares». Esta idea, indiscutible en un amplio sentido histórico, no podía en todo caso atestiguar de ningún modo una relación política directa entre el descontento popular y las metas de los revolucionarios. Por un fatal concurso de circunstancias, las aldeas, agitadas durante casi todo el transcurso de la historia de Rusia, se calmaron justamente en el momento en que la ciudad comenzaba a interesarse por ellas, y se calmaron por mucho tiempo. La reforma campesina se convirtió en un hecho consumado. No apareció más la ostensiva dependencia del mujik, esclavo del barín. Gracias al alza del trigo en el transcurso de los años '60, se produjo un acrecentamiento del bienestar entre las capas superiores del campesinado, las más emprendedoras y las que determinaban la opinión del campo. En cuanto al carácter expoliador de la reforma, los campesinos se inclinaban a atribuirlo a una resistencia opuesta por los nobles a la voluntad del zar. En este mismo zar basaban las esperanzas de un futuro mejor: él estaba llamado a reparar lo que habían hecho mal los propietarios nobles y los funcionarios. Este modo de pensar no sólo hacía inaccesibles a los campesinos para la propaganda revolucionaria, sino que los incitaba a considerar a los enemigos del zar como a sus propios enemigos. El apasionado e impaciente impulso de la intelligentsia hacia la clase campesina chocó con la desconfianza exacerbada de ésta frente a todo lo que provenía de los maestros, ciudadanos, personas instruidas, estudiantes. La aldea, lejos de abrir sus brazos a los propagandistas, los rechazó hostilmente y este rechazo determinó la marcha dramática del movimiento revolucionario de los años 70, así como su trágico fin. Sólo la nueva generación de la clase campesina, educada con posterioridad a la reforma, sentirá con nueva agudeza la falta de tierras, la caída de los impuestos, la

opresión de casta, y, esta vez, ya bajo la influencia directa del movimiento obrero, ahuyentará con humo a los propietarios acurrucados en sus madrigueras. Pero para llegar a esto, todavía será necesario aguardar un cuarto de siglo.

La «marcha hacia el pueblo» terminó, en todo caso, con un completo fracaso. Ni el Volga, ni el Don, ni el Dnieper respondieron al llamado. La inobservancia de las precauciones más indispensables del trabajo ilegal condujo por otra parte al descubrimiento de los propagandistas; desde 1874 fueron detenidos en su abrumadora mayoría: más de 700. El Tribunal instruyó dos grandes procesos que se incorporaron para siempre a la historia de la revolución: «el proceso de los 50» y «el proceso de los 193». Las acusaciones lanzadas por los acusados, por encima de la cabeza de los jueces, a la cara del zarismo, hicieron vibrar los corazones de varias jóvenes generaciones.

La experiencia pagada a tan alto precio, había demostrado que las cortas incursiones en los campos resultaban insuficientes. Los propagandistas decidieron ensayar el sistema de establecerse permanentemente entre el pueblo, bajo la apariencia de artesanos, comerciantes, escribanos, oficiales de salud (*feldschers*)^[37], maestros de escuela, etcétera. Por su amplitud, este movimiento, iniciado en 1876, fue mucho menos considerable que la caótica oleada de 1873: las decepciones y la represión habían tenido tiempo para realizar una selección. Al adoptar un género de vida sedentario, los propagandistas se veían forzados a diluir en la tisana el vino fuerte del bakuninismo: el espíritu sedicioso era sofocado por el militantismo de la cultura, en el que la prédica socialista, aun individual, sólo encontraba lugar en forma excepcional.

En conformidad con la doctrina populista, que negaba todo porvenir al capitalismo ruso, no se atribuía al proletariado ningún papel autónomo en la revolución. Pero sucedió naturalmente que la propaganda, cuyo contenido estaba calculado para actuar en la aldea, sólo encontró un eco de simpatía en las ciudades. La escuela de la historia está llena de recursos pedagógicos. El movimiento de los años '70 es de los más instructivos, quizás, sobre todo, porque en torno a un programa cuidadosamente tallado a la medida de una revolución campesina, se reunían exclusivamente intelectuales y algunos aislados obreros industriales. Se manifestaba así la inconsistencia del populismo y se preparaban los elementos críticos para su revisión. Pero antes de llegar a una doctrina realista, que se apoyase sobre las tendencias reales de la sociedad, la intelligentsia revolucionaria debía subir al Gólgota^[38] de la lucha terrorista.

Los plazos demasiado lejanos y sin garantías sobre el despertar de las masas populares no se correspondían de ningún modo a las apasionadas esperanzas de los grupos revolucionarios de las ciudades. La feroz represión ejercida por el gobierno contra los propagandistas de la primera movilización —años de prisión preventiva, décadas de trabajos forzados, torturas, casos de locura, suicidios—, suscitaba el ardiente deseo de pasar de las palabras a los hechos. ¿Pero cómo podía manifestarse

«la acción» inmediata de los pequeños círculos si no era a través de golpes asestados individualmente a los representantes más odiados del régimen? El estado de ánimo de los terroristas comienzan a salir a luz cada vez más la luz del día. El 24 de enero de 1878 una joven aislada tira sobre el jefe de policía (*gradonachalnik*) de Petersburgo, Trepov, por cuya orden el detenido Booliubov había sido sometido a un castigo corporal poco antes. El disparo de V. I. Zasluch^[39] —notable mujer con quien Lenin deberá trabajar, más de veinte años después, en el extranjero y en la misma redacción —, no era más que un espontáneo tributo pagado a un sentimiento de indignación; pero este gesto constituía la forma embrionaria de todo un sistema. Seis meses más tarde, Kravchinsky^[40], manejando tan bien el puñal como la pluma, mata en una calle de Petersburgo a Mezentsev, el todopoderoso jefe de los gendarmes. Y todavía aquí se trata de una venganza por compañeros de lucha que han perecido. Pero Kravchinsky ya no es un individuo aislado: actúa como miembro de una organización revolucionaria.

Las «colonias» dispersas en la población necesitaban una dirección. La experiencia de la lucha triunfó fácilmente sobre los prejuicios contra el centralismo y la disciplina que parecían teñidos del espíritu de Nechaiev. Los grupos provinciales se relacionaron rápidamente con el centro en formación. De este modo, con elementos seleccionados, se constituyó Zemlia i Volia (Tierra y Libertad)^[41], organización del populismo revolucionario verdaderamente notable por la composición y cohesión de sus cuadros. Pero ¡ay!, un escepticismo cada vez más vivo caracterizaba la actitud de estos populistas frente al pueblo, tan indiferente a los sangrientos sacrificios de los revolucionarios. Zasluch y Kravchinsky incitaban, en cierto modo, con el ejemplo, a tomar inmediatamente las armas, para defenderse a sí mismo y a los suyos, sin esperar a las masas. Seis meses después del asesinato de Mezentsev, un joven aristócrata tira, pero esta vez ya cumpliendo una orden precisa del partido, sobre el nuevo jefe de gendarmes Drenteln. ¡Falló! Hacia la misma época, en la primavera de 1879, se presenta en la capital un miembro muy prestigioso del partido en provincias, ofreciéndose para matar al zar. Hijo de un funcionario menor, Alejandro Soloviev, que obtuvo una beca del Estado y llegó a ser maestro de distrito, había pasado por la seria escuela de las colonias revolucionarias en las aldeas del Volga antes terminar decepcionándose de los frutos de esa propaganda. Los dirigentes de Zemlia i Volia vacilaban. Les espantaba un salto del terrorismo hacia lo desconocido. El partido no garantizó su seguridad; pero esto no detuvo a Soloviev. El 2 de abril, en la plaza del Palacio, dispara tres balazos sobre Alejandro II. El zar, una vez más, resulta ileso. El gobierno desencadenó, naturalmente, una nueva tormenta de represalias sobre la prensa y sobre la juventud. Se relaciona el atentado de Soloviev con el movimiento de los años '70 y con «la marcha hacia el pueblo» de la misma manera que el atentado de Karakosov se relaciona con las primeras tentativas propagandísticas de la década precedente. ¡La simetría salta a la vista! Pero el segundo ciclo revolucionario es infinitamente más vasto que el primero, por la cantidad de individuos que involucra,

por su experiencia, su temple y el encarnizamiento de la lucha. El atentado de Soloviev, del que Zemlia i Volia no creyó entonces posible renegar, no es ya un acto aislado como el disparo de Karakosov. El terrorismo sistemático está a la orden del día. La guerra con Turquía, que provocó la completa desorganización económica y condujo a la capitulación de la diplomacia rusa en el Congreso de Berlín (1879), produjo una fuerte sacudida en la sociedad, afectó al prestigio del gobierno y, suscitando un impulso de esperanzas excesivas en los revolucionarios, los empujó por el camino de la lucha política directa. Habiendo roto en 1879 con el grupo de los populistas de la vieja escuela, que no aceptaban apartarse de la aldea, Zemlia i Volia cambió de piel y se lanzó desde entonces a la arena política en calidad de Narodnaia Volia (La Voluntad del Pueblo). A decir verdad, el nuevo partido no renuncia en su declaración programática a la agitación entre las masas: al contrario, se halla todavía decidido a consagrarle los dos tercios de sus recursos, asignando sólo uno al terrorismo. Pero esta decisión queda como platónico tributo al período de la víspera. Los químicos revolucionarios habían descubierto sin gran trabajo, en el intervalo, que la dinamita y la piroxilina, cuyo empleo se había vulgarizado extensamente durante la guerra ruso-turca, eran de fabricación relativamente fácil y podían ser preparadas en la propia casa. La suerte fue echada. Así como la propaganda, que burló sus esperanzas, cede definitivamente el lugar al terrorismo, el revólver, habiéndose demostrado insuficiente, es reemplazado por la dinamita. Toda la organización se modifica conforme a las exigencias de la lucha terrorista. Las energías y los recursos se consumen totalmente en la preparación de los atentados. Los propagandistas de la aldea se sienten olvidados en sus lugares aislados. En vano intentan crear una organización independiente, Cherny Perediel (Reparto negro). Ésta tendrá más bien por destino servir de puente hacia el marxismo, pero carece de valor político autónomo. El giro hacia el terrorismo es inevitable. Los revolucionarios rectifican las concepciones expuestas en sus programas de acuerdo a las exigencias del nuevo método de lucha. Zemlia i Volia profesaba la doctrina de que una constitución sería en sí nociva para el pueblo: la libertad política se logrará como producto subsidiario de la revolución social; la Narodnaia Volia reconoció que la conquista de la libertad política debía convertirse en la indispensable premisa de la revolución social. Zemlia i Volia pretendía ver en el terrorismo una simple señal de acción, dada desde lo alto a las masas oprimidas. La Narodnaia Volia se asignaba por tarea realizar la revolución «desorganizando» al gobierno por medio del terrorismo. Lo que, al principio, había sido un acto semiinstintivo de venganza por los compañeros de lucha gravemente golpeados se transformó, por la fuerza de los acontecimientos, en un sistema de lucha política que se bastaba a sí mismo. Así, separada del pueblo y, al mismo tiempo, impulsada por el curso de los acontecimientos a la vanguardia de la historia, la intelligentsia se esforzaba por dar a su debilidad social el auxilio de la fuerza explosiva de la dinamita. En sus manos, la química de la destrucción se transformaba en alquimia política.

Luego de la modificación de las tareas y de los métodos, el centro de gravedad del trabajo se desplaza claramente: pasa de las aldeas a las ciudades y de las ciudades a la capital. El Estado Mayor de la revolución debe, en adelante, oponerse directamente al Estado Mayor del poder. Al mismo tiempo, el estado de ánimo del revolucionario, así como su aspecto exterior, se transforma. Con la desaparición de la ingenua creencia en el pueblo, se desconfía del descuido que anteriormente se tenía con relación a los métodos conspirativos. El revolucionario se contuvo, se tornó más prudente, perspicaz y resuelto. Cada día es amenazado por un nuevo peligro de muerte. Para defenderse, lleva un puñal en la cintura y un revólver en su bolsillo. Gente que, dos o tres años antes, aprendía zapatería o carpintería, para poder mezclarse con el pueblo, se instruye ahora en el arte de fabricar bombas, de hacerlas estallar y de arrojarlas en la fuga contra sus perseguidores. El guerrero substituye al apóstol. Si el propagandista de la aldea se vestía casi de harapos para asemejarse en todas las cosas al «pueblo», el revolucionario de la ciudad procuraba distinguirse, en su apariencia externa, lo menos posible del ciudadano acomodado e instruido. Pero por asombroso que fuera este cambio, que se produjo en pocos años, podía reconocerse sin mucho trabajo, a través del contraste entre ambos disfraces, a un solo y mismo «nihilista»: vestido con una raída casaca no era el pueblo; con ropas de gentleman no era un burgués. Al margen de lo social, deseando hacer saltar la vieja sociedad, estaba obligado a tomar el color protector tanto de uno como de otro de los polos opuestos.

El camino revolucionario de la intelligentsia se descubre poco a poco ante nosotros. Comenzó por deificarse teóricamente con la denominación de «pensamiento crítico», luego, renunció voluntariamente a disolverse entre el pueblo y, después del fracaso, terminó en su propia deificación práctica personificada en el Comité Ejecutivo terrorista: el pensamiento crítico había terminado por alojarse en un aparato explosivo que tenía por misión poner los destinos del país a disposición de un puñado de socialistas. Así, al menos, se expresaba el programa oficial de la Narodnaia Volia. La renuncia a la lucha de masas reducía los fines socialistas a una ilusión subjetiva. No subsistía realmente sino la táctica de intimidar a la monarquía con las bombas, con la única perspectiva de obtener las libertades constitucionales. Por su papel objetivo, los rebeldes anarquistas de la víspera, que no habían querido siquiera oír hablar de la democracia burguesa, se convertían en un destacamento de combate al servicio del liberalismo. La historia encuentra los medios de poner en su lugar a los presuntuosos: lo que figuraba en su orden del día no era la anarquía sino la libertad política.

La lucha revolucionaria se transformó en una furiosa competencia entre el Comité Ejecutivo y la policía. Los militantes de Zemlia i Volia y después los de Narodnaia Volia llevaban a cabo sus atentados como francotiradores y fracasaban en la mayoría de los casos. La policía los apresaba y ahorcaba, sin perdonar ni a uno. Desde agosto de 1878 hasta diciembre de 1879, por dos víctimas de la gente del gobierno, los

revolucionarios ahorcados fueron diecisiete. No quedaba más que renunciar a herir a tal o cual alto dignatario y concentrar todos los golpes sobre el zar. Es imposible, aun en la actualidad, a una distancia de medio siglo, no maravillarse de la energía, el valor y el talento organizativo de un puñado de militantes. Jeliabov^[42], político y orador, Kibalchich^[43], sabio e inventor, mujeres de incomparable fuerza moral como Perovskaia y Figner constituían la elite de la intelligentsia, la flor de su generación. Sabían subordinarse íntegramente al designio libremente adoptado y enseñaban a los demás a hacer otro tanto. No existían, por así decir, obstáculos insuperables para héroes que habían concluido un pacto con la muerte. El terror, antes de aniquilarlos, les confirió un temple sobrehumano. Cavan una mina bajo una vía férrea por la que pasa el tren del zar; después bajo la calle que recorre el séquito imperial; se deslizan, en la persona del obrero Jalturín, con una carga de dinamita en el palacio y la hacen estallar. Fracaso sobre fracaso: «El todopoderoso protege al emancipador», escribía la prensa liberal. Pero al final la energía del Comité Ejecutivo logró la victoria sobre la vigilancia del todopoderoso. El 1.º de marzo de 1881, después de que el joven Risakov erró su golpe, el joven Grinevisky, con una segunda bomba del sistema Kibalchich mató, en una calle de la capital, a Alejandro II, pereciendo él al mismo tiempo. El golpe había alcanzado, esta vez, al mismo corazón del régimen. Pero pronto se descubrió que la misma Narodnaia Volia se había consumido en el fuego del éxito terrorista. La fuerza del partido se concentraba, casi totalmente, en su Comité Ejecutivo. A su lado no había más que grupos auxiliares, desprovistos de significación independiente. La lucha terrorista, comprendido el trabajo preparatorio, era conducida por los miembros del Estado Mayor central. ¿Cuántos eran los combatientes? En nuestros días se ha hecho un cálculo irrefutable. El primer efectivo del Comité Ejecutivo se componía de 28 personas. Hasta el 1.º de marzo de 1881, el total de miembros —que, por otra parte, nunca actuaron simultáneamente—, era de 37. Estos hombres, viviendo todos en la ilegalidad, es decir, habiendo cortado con todas sus relaciones sociales y aun familiares, no sólo mantuvieron en vilo a todas las fuerzas de la policía política sino que también convirtieron durante un tiempo al nuevo zar en «el ermitaño de Gatchina^[44]». El mundo entero fue sacudido por el trueno del ataque titánico lanzado al despotismo petersburgués. Parecía que el misterioso partido tuviera a su disposición legiones de combatientes; el Comité Ejecutivo alimentaba cuidadosamente la ilusión de esta omnipotencia. Pero sólo con la ilusión no se podían sostener mucho tiempo. Las reservas se habían agotado con una rapidez inesperada.

Según la concepción política de la Narodnaia Volia, cada golpe asestado con éxito al enemigo debía acrecentar el prestigio del partido, reclutarle nuevos combatientes, aumentar el número de simpatizantes y, si no despertar inmediatamente a las masas populares, dar al menos más coraje a la oposición liberal. Pero todo en estos atentados estaba a nivel de lo fantástico. Indudablemente, el heroísmo suscitaba imitadores. No faltaban, admitamos, muchachos y muchachas dispuestos a saltar por

los aires con su bomba. Pero no se encontraba ya a nadie para unirlos y guiarlos. El partido se hundía. Por su naturaleza misma, el terrorismo consumía infinitamente más rápido las fuerzas que le había proporcionado el período de la propaganda, que las que necesitaba para formar otras nuevas. «Comemos nuestro capital», decía el líder de la Narodnaia Volia, Jeliabov. A decir verdad, el proceso de los regicidas despertó ecos ardientes en algunos corazones, entre la juventud. Si bien Petersburgo fue pronto depurado por la policía, continuaron aún formándose grupos de la Narodnaia Volia en diversos lugares de provincia, hasta 1885. Sin embargo, esto no llegó a convertirse en una segunda oleada de terror. Habiéndose quemado los dedos, la intelligentsia en masa retrocedió de un salto ante la hoguera revolucionaria.

No iban mejor las cosas con los liberales, a quienes los terroristas, habiendo desviado su mirada de la clase campesina, contemplaban con creciente esperanza. Es cierto que, bajo la influencia de los fracasos diplomáticos del gobierno y de las perturbaciones económicas, los miembros de los zemstvos intentaron, a modo de ensayo, una movilización de sus fuerzas. Pero ésta resultó, sin embargo, una movilización de la impotencia. Espantados por el redoblado encarnizamiento de los campos beligerantes, los liberales se apresuraron a descubrir en la Narodnaia Volia no a un aliado, sino al principal obstáculo para la obtención de las reformas constitucionales. Según los términos del más «a la izquierda» de los miembros de los zemstvos, I. I. Petrunkevich, los actos terroristas servían únicamente para «espantar a la sociedad y exasperar al gobierno».

Así, en torno al Comité Ejecutivo, que había surgido de un movimiento relativamente amplio de la intelligentsia, se hacía tanto mayor el vacío cuanto más ensordecedoras eran las explosiones de su dinamita. Ningún destacamento de militantes partidarios puede sostenerse mucho tiempo en medio de una población hostil. Ningún grupo clandestino puede actuar sin estar rodeado de simpatías. El aislamiento político puso definitivamente a los terroristas a merced de la policía, que con éxito creciente barría los restos de los viejos grupos y los embriones de los nuevos. La liquidación de la Narodnaia Volia por una serie de arrestos y procesos se desarrollaba ya sobre el marco de la completa reacción social de los años '80. Examinaremos más de cerca este sombrío período, a propósito del intento terrorista de Alejandro Ulianov.

CAPÍTULO IV

EL HERMANO MAYOR

Alejandro, tanto por su fisonomía como por su carácter, se parecía a su madre, particularmente en sus primeros años: «La misma rara mezcla —escribe la hermana mayor—, de extrema firmeza y uniformidad de carácter con una asombrosa sensibilidad, ternura y espíritu de justicia. Pero más austero y más concentrado, aun más viril». El preceptor de los niños, Kalachnikov, afirma que desde su rostro muy blanco, su voz dulce y sus movimientos serenos, Alejandro irradiaba, desde los años infantiles, una gran fuerza interior. El aislamiento de la familia en Simbirsk, durante los primeros tiempos, la falta de compañeros para los juegos de la infancia, en parte también las exigencias del padre, no podían sino acentuar la naturaleza cerrada y concentrada del niño. No faltaron las impresiones penosas y brutales. Comenzando por que la casa habitada por los Ulianov sobre el viejo Venetz estaba situada cerca de la plaza donde se encontraba la prisión. La madre se ocupaba de los pequeños; los mayores, sin vigilancia, iban a pasear solos a la plaza. Los días de fiesta se agolpaba «el pueblo» en el viejo Venetz mientras que por el nuevo Venetz se paseaba «el público». Pronto quedaba sembrada la plaza con cáscaras de girasol, sobras de pescado seco y otros comestibles. Para las fiestas de Pascua, se entretenían con hacer rodar huevos duros coloreados. Las ropas de vivos colores y las blusas chillonas se apretujaban delante de la pista. Los acordeones resonaban con acentos discordantes. Al anochecer, ya se oían en la plaza canciones de ebrios y se producían peleas encarnizadas. A decir verdad, en los días feriados no se dejaba ir a los niños por el Venetz; pero en los días hábiles, mientras retozaban en la calle, contemplaban el Volga o escuchaban el canto de los pájaros en los huertos, fueron más de una vez interrumpidos en sus juegos por el crujir de las cadenas, los gritos groseros o las injurias. Con punzante curiosidad sorprendía el pequeño Alejandro alguna mirada a través de las rejas; crecían en él el espanto y la piedad.

Era feliz la vida en Kokuchkino, propiedad del abuelo materno en la gobernación de Kazán, en donde se encontraban durante las vacaciones las hijas casadas, acompañadas por sus numerosos niños. Tenían lugar allí diversiones animadas, paseos a pie y en bote, más tarde, la caza, a la que Alejandro se entregaba con ardor. Pero todo, en los alrededores, revelaba la miseria de los campesinos y el ambiente entero seguía aún profundamente impregnado de las costumbres de la época de la servidumbre. Un campesino de la vecindad llamado Karpei, cazador y pescador

consumado, contaba a Ana y Alejandro cómo había visto, con sus propios ojos, hacer trotar a través de la gobernación de Kazan a niños judíos que se enviaban a Siberia: muchachitos de diez años arrebatados por la fuerza a sus padres para convertirlos en ortodoxos y servidores del zar. El relato de Karpei causaba un dolor más vivo, más abrasador, que los versos de Nekrasov^[45]. Posteriormente, ya en la Universidad, Alejandro leyó, en un libro de Herzen publicado clandestinamente, como éste, camino de la deportación, se había encontrado con un convoy de niños judíos que eran enviados a Siberia; entre ellos los había de ocho años de edad, que se desplomaban de fatiga y que morían en el camino. Herzen se encerró en su kibitka^[46], lloró amargamente y maldijo, en su impotencia, a Nicolás y a su régimen. Pero ¿lloró Alejandro? Según su hermana, aun siendo niño, no lloraba casi nunca. Pero, precisamente por eso, sentía más vivamente la injusticia y conocía la quemazón de las lágrimas interiores.

Cuando se le preguntaba «cuáles eran sus mayores vicios», Alejandro, aún niño, respondía: «La mentira y la cobardía». Tenía siempre su opinión propia, por lo común inexpresada pero profundamente vivida y, por consiguiente, firme. Este muchacho reconcentrado jamás confesaba en el seno de la familia que había perdido la fe, pero cuando su padre, que era creyente, le inquiría con tono suspicaz: «¿Irás esta noche a la misa?», Alejandro respondía «no» con tal convicción que el padre no osaba insistir.

Alejandro ingresó a la clase preparatoria del gimnasio en 1874. Aunque la época de las reformas hubiese ya terminado, el gimnasio de entonces era en su género algo así como un reformatorio de menores. El principal suplicio lo constituía la enseñanza de los escritores clásicos. «El conocimiento de las lenguas muertas —según explicaban los creadores de ese sistema de instrucción—, por la misma dificultad de su estudio, proporciona una lección de modestia, y la modestia es el primer síntoma y la primera exigencia de una educación verdadera». La enseñanza clásica estaba destinada a ser una pesada carga para la razón infantil. La concurrencia a la iglesia era cuidadosamente verificada y emponzoñaba los días festivos. Entre dos genuflexiones, el director echaba una mirada escrutadora por sobre los alumnos de las clases superiores: ¿había tenido alguno la audacia de permanecer de pie cuando él, el director, se hallaba postrado ante su dios? El juego de naipes, la ebriedad y otras distracciones de la misma categoría se consideraban como minucias comparadas con la participación en los círculos educativos independientes, la lectura de revistas liberales, la concurrencia a los teatros o incluso un corte del cabello insuficientemente marcial. Un aire concentrado o un porte orgulloso eran a los ojos de los jefes, y no siempre equivocadamente, los signos reveladores de una protesta disimulada. Las relaciones constantemente tensas conducían, en algunos gimnasios, a violentas explosiones y aun a conspiraciones contra los profesores particularmente detestados. Llegó esto a tal punto que, en 1880, el conde Loris-Melikov, que desempeñó durante cierto tiempo, al lado del atemorizado Alejandro II, el papel de un dictador policíaco-liberal, comunicaba al zar que la Instrucción pública había conseguido ponerse en

contra de ella a «los altos dignatarios, el clero, la nobleza, los universitarios, los zemstvos, las ciudades...». Bruscamente se hizo dimitir al conde D. Tolstoi, odiado creador del sistema «clásico», remplazándolo por el ministro «liberal» Saburov; pero esta nueva orientación duró poco. Oscilando de un lado a otro y más bien en el sentido de la reacción, subsistió el sistema escolar por un cuarto de siglo y, con ciertos atenuantes, hasta los últimos días de la monarquía. El odio hacia el gimnasio se convirtió, por así decir, en una tradición nacional. No por casualidad lanzó Minaëv, en su conocido poema satírico, una estrofa de las más virulentas contra el director del gimnasio de Simbirsk. Otro poeta, Nadson, que pertenecía a la misma generación que Alejandro Ulianov escribía, sobre el período escolar de su existencia:

*Malditos mis años de juventud
Que pasaron sin amor, libertad ni ternura...*

La rudeza y la crueldad del régimen escolar fueron para Alejandro más penosas de soportar que para la mayoría de los jóvenes de su edad. Pero, mordiéndose los labios, seguía estudiando. Cuando regresaba a casa, Ilya Nikolaievich se informaba escrupulosamente sobre los estudios de su hijo, exigiéndole un trabajo imaculado. La presión paterna coincidía con las cualidades innatas del muchacho, que, muy bien dotado, trabajaba mucho. En esta familia, todos trabajaban mucho.

Llegaba Alejandro a su quinto año de estudios, cuando Vichnievsky, nombrado director antes de la reforma, fue reemplazado por Kerensky, el padre del futuro héroe de la Revolución de Febrero^[47]. El nuevo director cambió un poco el ambiente enrarecido, cuartelero y policial del gimnasio, pero lo cierto es que las bases del régimen escolar permanecieron intactas. El 1.º de marzo de 1881, cuando Alejandro cursaba el sexto año, llegó de San Petersburgo una noticia sorprendente: unos revolucionarios habían matado al zar. Toda la ciudad se llenó de rumores y suposiciones. El director, Kerensky, pronunció un discurso sobre la acción infame llevada a cabo contra la persona del zar emancipador. El sacerdote del gimnasio, al describir el martirio del ungido por Dios, designaba a los revolucionarios «monstruos de la raza humana». Pero la autoridad del buen padre, lo mismo que de los directores del gimnasio, ya no pesaba mucho en el alma de Alejandro. En la casa, el padre, alarmado como jefe de familia, ciudadano y funcionario, denigraba a los terroristas. Ilya Nikolaievich regresó sumamente conmovido de la catedral, donde se había oficiado por el reposo del zar asesinado. Sus años estudiantiles habían coincidido con la época tan sombría que siguió a la revolución aplastada de 1848. El advenimiento de Alejandro II se había transformado para siempre en su conciencia en el símbolo de una era de libertad: en todo caso, para un trabajador intelectual se abría una carrera que no se habría podido soñar en tiempos de Nicolás I. Posteriormente y más de una vez, hizo notar con amargura la reacción que sobrevino después del 1.º de marzo y que se hacía sentir penosamente también en la vida escolar. En la crítica del padre,

Alejandro no podía abstenerse de distinguir la voz de un funcionario liberal espantado ante un severo drama. Pero el acontecimiento era tan extraordinario, la presión de la indignación pública tan abrumadora, que Alejandro no hallaba palabras con que traducir sus confusos pensamientos. En todo caso, su simpatía iba más bien hacia los revolucionarios ejecutados. Pero no lo decía en voz alta: primero, porque no estaba suficientemente seguro de sí, después, porque temía influir sobre sus hermanos menores y en último término, porque no quería sufrir una severa reprimenda de sus padres. Alejandro fue siempre así.

En el curso de sus nueve años de estudio, ni una sola vez, Alejandro fue objeto de una sola queja: era un alumno muy bueno que pasaba de un curso al otro siempre con el primer premio, jamás insolente o grosero, no por falta de valentía sino porque sabía contenerse: el gimnasio no era para él más que un puente que conducía a la Universidad y él cruzaba ese puente sin alegría, pero con brillo, finalizando sus estudios en el gimnasio con la medalla de oro, clasificado primero, aventajando en un año o dos a los compañeros de su edad.

Los años que Alejandro pasó en el gimnasio coincidieron muy exactamente con el ciclo principal del movimiento revolucionario de la intelligentsia: había ingresado en la clase preparatoria en 1874, cuando el movimiento populista era más fuerte y concluyó sus estudios secundarios en 1883, cuando la Narodnaia Volia estaba aún en el cénit de su potencia. De ningún modo quedaba Simbirsk a espaldas del movimiento: allí se enviaba a los sospechosos de los centros más importantes, allí se retenía a los deportados que regresaban de Siberia y finalmente, por Simbirsk, cada tanto, pasaban en carruajes tirados por tres caballos al galope, misteriosos viajeros escoltados por gendarmes bigotudos. En 1877 y 1878, fueron difundidas las ideas populistas en Simbirsk por un maestro del gimnasio llamado Muratov, activo militante del Cherny Perediel (organización que propiciaba un nuevo reparto de las tierras) bajo cuya influenciase encontraban grupos de la juventud estudiantil y militar e incluso cierto número de profesores. Aunque Muratov, luego de un año y medio de enseñanza fue alejado de Simbirsk, los círculos juveniles no dejaron de existir durante los años que se sucedieron. Pero Alejandro no tenía con ellos ningún contacto. La atmósfera de la familia, donde se vivían los intereses de la instrucción pública, donde se amaba a Nekrasov y a Schedrin, proporcionaba, evidentemente, por un tiempo, una satisfacción a las necesidades ideológicas que se despertaban en el niño, en el adolescente, en el joven. Pero aún durante los primeros tres años de su vida de estudiante universitario, Alejandro continuó apartado de los círculos revolucionarios. Es preciso buscar la causa en su carácter muy entero, y también en cierta lentitud de su naturaleza. Le eran extraños todo diletantismo intelectual o moral, todo acercamiento o ruptura fácil con las personas y con las ideas. No se decidía fácilmente. En cambio, cuando se había decidido, no conocía ni el temor ni la vacilación.

Alejandro pasó el verano de 1882 —sus penúltimas vacaciones en el gimnasio—,

principalmente en la cocina de un pequeño pabellón que había convertido en un laboratorio de química. Era el último en venir a tomar el té, substrayéndose con dificultad a sus ocupaciones; a menudo había que llamarlo dos veces. Ilya Nikolaievich bromeaba un poco con su hijo a propósito de su enamoramiento por la química. Alejandro, manteniéndose en silencio, sonreía «con indulgencia». «Participa poco en la conversación general. Apenas ha tomado el té se retira». Según cuenta Ana, la pasión de Alejandro por la química comenzó, al terminar el gimnasio, a alejarlos mutuamente. En realidad, la causa de este creciente alejamiento no estribaba sólo en las ciencias y éstas no figuraban siquiera en el primer plano. Alejandro había entrado en un período de revisión de valores, cuando los adolescentes y los jóvenes sopesan a quienes en la víspera les estaban aún cercanos y los encuentran frecuentemente demasiado superficiales. Alejandro intervenía cada vez menos en las distracciones familiares, prefiriendo la caza o bien la conversación con una prima por la que sentía una simpatía que bien pronto se transformó en un tímido primer amor.

En una novela de Chirikov, consagrada a la existencia de la ciudad de Simbirsk, enteramente familiar a su autor, la pasión de Alejandro por el estudio de la química es presentada como una consciente preparación para su actividad terrorista: es ésta una de las numerosas exageraciones de un autor que comenzó por tener simpatías hacia el bolchevismo y finalizó como emigrado blanco. Alejandro había realmente amado a la química. Su mirar concentrado, meditativo, un poco lento, era el de un experimentador por vocación de las ciencias naturales. En 1883, Alejandro abandonó Simbirsk. Ilya Nikolaievich, al hacer a su hijo recomendaciones sobre Petersburgo, le aconsejaba ser prudente: los últimos truenos del terrorismo resonaban todavía en la memoria de todos. El hijo podía muy sinceramente decir a su padre algunas palabras tranquilizadoras: se hallaba lejos, en su pensamiento, de la lucha revolucionaria. Alejandro no tenía afición sino por la ciencia, su cerebro estaba colmado de las fórmulas de Mendeleiev^[48]. La capital, para él, era, sobre todo, la Universidad.

Era todavía el viejo Petersburgo, que no contaba siquiera con un millón de habitantes. Alejandro tomó una habitación en la casa de una anciana mujer que representaba admirablemente a la vieja Rusia, en la que, de acuerdo al relato de su hermana, «la calma y el bienestar se hallaban esparcidos por todas partes, conjuntamente con el aroma de las velitas encendidas delante de los iconos». La confusa sensación de descontento hacia todo el régimen que Alejandro había traído consigo no se reforzó ni agravó durante sus primeros años universitarios; si no se debilitó, en todo caso, fue reprimida en la profundidad de la conciencia. La Universidad abría ante el joven espíritu nuevos horizontes. Alejandro estaba poseído por el demonio del conocimiento. Se zambulló de cabeza en las ciencias naturales y pronto atrajo sobre sí la atención de sus compañeros y de los profesores.

El padre había fijado a su hija y a su hijo una mensualidad de 40 rublos. Esta suma, debemos señalarlo, era superior dos, si no tres veces, al presupuesto medio de un estudiante de la época. Aunque Alejandro aseguró a su padre que le bastaban 30

rublos, éste continuó enviándole lo mismo que a su hija. Alejandro se calló. Pero cuando regresó a Simbirsk para las vacaciones, devolvió a su padre 80 rublos por los ocho meses transcurridos. El rasgo más característico de esta pequeña historia es que Alejandro, durante todo el invierno, no había dicho una palabra a su hermana sobre su manera de proceder: no quería ejercer ninguna presión sobre ella ni inhibirla en la libertad de sus movimientos. Además, nunca sintió hacia ella gran inclinación. El padre estaba asombrado al ver la sobriedad del joven para quien, en la capital, las tentaciones no faltaban. Por otra parte, demuestra este mismo episodio cómo Alejandro se mantenía alejado durante el primer período de su vida universitaria, no sólo de las organizaciones revolucionarias sino en general de todos los grupos juveniles: de otro modo habría encontrado, sin duda alguna, un empleo para los 10 rublos que le sobraban cada mes. Según el relato del estudiante Govorujín, en cuyo testimonio podemos basarnos perfectamente, Alejandro Ulianov, a fines de 1885, hallándose aún en el tercer año, se negaba a participar en los círculos estudiantiles: «Se charla mucho y se aprende poco». Así como es inadmisibles que un profano en medicina intervenga en un tratamiento, un ignorante de las cuestiones sociales, según su opinión pedantesca, habría sido un criminal si se lanzara a la acción revolucionaria. Con idénticos rasgos retratan a Alejandro, para este período, otros observadores, en particular la hermana mayor, si se dejan de lado ciertas frases convencionales.

No obstante, se encuentran otros testimonios que corresponden probablemente mucho más a la imagen abstracta que alguien puede trazarse de un revolucionario desde la cuna, pero que difieren de la realidad. En un librito consagrado a la memoria de I. N. Ulianov, la más joven de las hijas, María, escribe que el padre «conocía, no podía no conocer» las intenciones revolucionarias del hijo mayor. En realidad, al padre le era imposible conocerlas, puesto que no existían: no podían haberse formado sino en el otoño de 1886, cuando el padre ya no estaba entre los vivos. En el momento de la muerte de Ilya Nikolaievich, María estaba en su octavo año y no podía ser capaz de tener juicios políticos. Se refiere, por otra parte, no a recuerdos personales, sino a consideraciones psicológicas generales: «Demasiado grande era su mutuo cariño, una amistad demasiado íntima los unía...». Pero sin añadir que el amor hacia los padres ha obligado a más de un revolucionario a ocultarles hasta la última hora el peligro que le amenazaba, en el caso presente nada tenía el hijo que ocultar: esto puede, en todo caso, considerarse como firmemente establecido. Es dudoso además que las relaciones reales entre Ilya Nikolaievich y Alejandro puedan expresarse con las palabras: «una íntima amistad». La hermana mayor señala más de una vez el espíritu reconcentrado de Alejandro, en el seno de su familia, desde los primeros años y anota la influencia ejercida sobre este espíritu reticente por las exigencias demasiado grandes del padre. Sabemos ya por ella que Alejandro no le confiaba a su creyente padre sus dudas sobre la religión. La primera vez que el hijo rehusó concurrir a misa constituyó para Ilya Nikolaievich lo imprevisto; tanto de una

como de otra parte se evitó aparentemente buscar explicaciones. ¿Podía ser de otro modo en el dominio de la política, donde el conflicto, si hubiera tenido tiempo de madurar en vida del padre, debía ser infinitamente más grave? Cita María el testimonio de su hermano Dimitri, que a la edad de once años, asistió a una prolongada conversación entre el padre y Alejandro, en una senda del jardín, seis meses antes de la muerte del primero y un año y medio antes de la ejecución del hijo. El niño no comprendió lo que se decía en esta conversación, pero durante toda su vida le quedó la impresión de que era algo extremadamente importante y significativo. «Actualmente, declara Dimitri, estoy perfectamente persuadido de que la conversación era sobre asuntos políticos y que, sin duda alguna, no era única ni casual». Esta suposición de Dimitri —y se trata de una suposición efectuada cuarenta años más tarde—, sólo puede admitirse a la luz de las instrucciones que el padre transmitía por intermedio de Ana, que ya vivía en Petersburgo. «Di a Alejandro que no se exponga, aunque sólo sea por nosotros». En el momento de su última entrevista con el padre, durante el verano de 1885, Alejandro se hallaba en la etapa transitoria, en que un joven, en sus relaciones con los revolucionarios se inclina a defender su derecho de entregarse a la ciencia y al encontrarse con consejeros a quienes la experiencia de la vida había tornado juiciosos, experimenta la necesidad de defender la actividad revolucionaria. Así podían haber tenido lugar conversaciones entre el hijo y el padre. Aunque sea preciso agregar aquí que Alejandro podía no sentir la necesidad de abrir su alma ante el padre, de quien le era imposible esperar en el más mínimo grado una ayuda ideológica en las cuestiones de la revolución. Pero, independientemente de las manifestaciones de Alejandro, el padre no podía dejar de inquietarse. La horca y las condenas al presidio estaban presentes constantemente ante los ojos de muchos padres y madres. Ilya Nikolaievich debió más de una vez preguntarse si su hijo bienamado no sería arrastrado a una desgracia irreparable. En tal sentido podían y debían, incluso, desarrollarse las últimas conversaciones de vacaciones, sobre todo en vísperas de la separación. ¡Cuántas amonestaciones de este género fueron hechas en todos los rincones de Rusia por los padres conservadores y liberales a sus hijos más radicales! Unos procuraban disimular las crueldades del régimen y sus mentiras, otros señalaban el horror de las consecuencias. El último argumento del padre: «Ten al menos piedad de tu madre y de mí» era doloroso, pero raramente persuasivo.

Durante tres años y medio de estudios universitarios, Alejandro se ocupó solamente en instruirse. Parecía que acumulara conocimientos para decenas de años. Pero no escapó a su destino... La resistencia que Alejandro había opuesto previamente a las influencias revolucionarias, lo mismo que el carácter que adquirió posteriormente su corta actividad revolucionaria, estaban determinados por las profundas modificaciones que se habían producido en la atmósfera política del país y particularmente en las opiniones de la intelligentsia. Aquí es preciso buscar la clave, la explicación, de la suerte de Alejandro Uliánov.

CAPÍTULO V

LOS AÑOS '80

Inmediatamente después del 1.º de marzo de 1881, el Comité Ejecutivo de la Narodnaia Volia ofreció a Alejandro III^[49], en una carta abierta, terminar con la lucha terrorista si él, nuevo zar, convocaba a los representantes del pueblo. «La marcha de los acontecimientos» no es una metáfora sino una realidad: sabe hacerse retractar a quienes no la comprenden. No hacía mucho tiempo, los populistas despreciaban una constitución, considerándola como un prólogo al capitalismo. Ahora, a cambio de la constitución, prometían renunciar a la lucha revolucionaria. El espantado zar lloraba sobre el chaleco de su preceptor Pobiedonovzev. Sin embargo, no duraron mucho las vacilaciones en los círculos dirigentes. La acción terrorista no había hallado eco alguno en el país. Los campesinos consideraban el asesinato del zar como una venganza de la nobleza. Los obreros que adherían al movimiento revolucionario eran muy escasos. Los liberales se agazapaban. Nadie apoyó las reivindicaciones del *Zemsky Sober* (Asamblea de la tierra). El gobierno recuperó los ánimos, persuadido de que los terroristas no representaban a nada ni a nadie, salvo a su heroísmo personal. El 29 de abril, el zar promulga un manifiesto en que declara inquebrantable la autocracia. Al mismo tiempo se trama en secreto un movimiento de pogromos. En lo sucesivo, se sabe adónde se va. El procurador del sínodo, Pobiedonovzev; el ministro, conde Tolstoi y el publicista moscovita Katkov se convierten en los inspiradores del reinado que comienza. ¿*Zemsky Sobor*? Pero si basta echar una ojeada sobre los «parloteos» de los zemstvos provinciales. ¿Quiénes son sus dirigentes? «Individuos insignificantes, inmorales, que no viven con su familia, que se entregan al libertinaje...». De esta forma Pobiedonovzev educaba al joven zar, que pasaba por ser un buen jefe de familia.

No les quedaba a los terroristas más que salir a la caza del nuevo zar. En tal sentido, uno de los representantes más prestigiosos de la Narodnaia Volia formuló el programa de acción: «¡Un Alejandro después del otro!» Pero esta fórmula quedó en el aire. El capital se había consumido. Se estaba muy lejos de una renovación de los efectivos. En 1883, el provocador Degaev entregó a V. N. Figner, una de las más notables figuras del Comité Ejecutivo. En 1884, G. A. Lopatin, que había tenido oportunidad en el extranjero de mantener un trato frecuente con Marx y Engels, regresó a Petersburgo para resucitar el terrorismo en su propio centro. Pero esto no funcionaba más. Cuando la policía arrestó a Lopatin, descubrió numerosas

direcciones que le permitieron liquidar todo lo que aún quedaba de la Narodnaia Volia Este encadenamiento de reveses estaba regido por una lógica fatal. El movimiento político de la intelligentsia aislada se había reducido a la técnica del regicidio, que aisló a los mismos terroristas de la intelligentsia. Lo inesperado desempeñaba un gran papel en los primeros efectos del terrorismo. Pero cuando la policía estuvo alerta, y comenzó a utilizar el arma de la provocación, estranguló al pequeño grupo terrorista. La continuidad organizativa se interrumpió definitivamente; sólo quedó la tradición, cada vez más corroída por las dudas. Nuevas tentativas de actividad revolucionaria bajo la antigua bandera tuvieron un carácter disperso, fortuito, por así decirlo, y no dieron siquiera resultados parciales. Sin embargo, la inercia provocada por el espanto en el palacio imperial no desapareció tan rápido. Alejandro III no abandonaba Gatchina. Por temor a los atentados, el coronamiento fue diferido hasta mayo de 1883. Pero no hubo atentados. El día de su coronación, el zar expuso ante los decanos de los distritos un programa claro: «Obedeced a vuestros mariscales de la nobleza y no creáis en los rumores absurdos, insensatos, sobre un nuevo reparto de las tierras...».

El brusco viraje hacia el camino de una reacción de la nobleza, que caracteriza a los años '80, estaba favorecido por las perturbaciones del mercado mundial: la crisis agraria, que comenzaba, acarreó grandes cambios en el dominio de las ideas y de los programas. La abolición de la servidumbre no coincidía por casualidad con el período del alza de los precios del trigo. La agricultura capitalista, al intensificar la exportación, proporcionaba beneficios más cuantiosos a los terratenientes. En los primeros tiempos que siguieron a las reformas sólo se arruinaron los dominios de los nobles más parasitarios, que no remediaban su penuria de dinero ni siquiera al percibir las indemnizaciones de rescate pagadas por los campesinos. Las simpatías de los propietarios de espíritu avanzado por las medidas liberales, que habían convertido a la Rusia de la servidumbre en un país de nobleza aburguesada, se mantuvieron en tanto que subsistió el alza de los precios del trigo. La crisis agraria mundial de los años '80 asestó un serio golpe al liberalismo de la nobleza. Los propietarios no pudieron en lo sucesivo sostenerse sino con la ayuda de gratificaciones directas del Estado y con la condición de un restablecimiento, incluso incompleto, de la explotación del trabajo campesino. En 1882 se crea el Banco Campesino, que ayuda a la burguesía agraria a pagar a los nobles que se arruinaban, indemnizaciones excesivamente elevadas por sus tierras. Tres años más tarde, por un manifiesto especial, el zar confirma en provecho de la nobleza el derecho de primacía en el Estado e instituye esta vez el Banco de la Nobleza, destinado a conceder asignaciones directas a la casta noble.

La caída de la exportación del trigo a Europa abría, por otra parte, la posibilidad de una fuerte alza de las tarifas de importación sobre las mercancías industriales provenientes de allí. Precisamente lo que procuraba conseguir la joven y codiciosa industria rusa. Las ideas del trabajo libre en la agricultura y del librecambio con el

exterior habían salido a luz simultáneamente. Alejandro III restableció relaciones semiserviles en favor de los propietarios nobles e impuso tarifas aduaneras semiprohibitivas en interés de los industriales. La consigna oficial del reino: «Rusia para los rusos», significaba: nada de ideas occidentales, sobre todo ninguna idea constitucional; las funciones del Estado pertenecen a la nobleza rusa; el mercado interno a la industria rusa; el ghetto para los judíos, la esclavitud para Polonia y Finlandia, en beneficio del funcionario ruso y del comerciante ruso. Una semirestauración de la servidumbre y un reforzado empuje del capitalismo —dos procesos de sentido opuesto— constituían, combinándose, la política económica de Alejandro III. Los propietarios nobles y los industriales sacaban todo lo que podía sacarse del pueblo: trabajo barato, arrendamientos elevados, precios caros para todas las mercancías industriales y además: subsidios, asignaciones, compras del Estado. Los nobles terminaban el jueguito del liberalismo y los comerciantes no lo empezaban aún. La burocracia se tomaba el desquite para compensar la época de las grandes reformas. La reacción gubernamental se desarrolló sin obstáculos en el curso de todo el reinado. Las transformaciones que provenían de la primavera del reinado anterior eran sometidas a una revisión consecuente que tendían a fortalecer los privilegios de la nobleza, de las limitaciones nacionales y de la tutela policial. Frente al aniversario decenal de las «grandes reformas» (1861-70) se dibujó este otro aniversario de las contrarreformas (1884-94).

En 1882, el liberal extremadamente moderado Kavelin, ligado con las altas esferas, escribía confidencialmente a un dignatario en desgracia: «Por todas partes no hay más que estupidez y cretinismo, la rutina más idiota o la corrupción... Con esta podredumbre, con esta carroña, nada perdurable puede construirse». La marcha de los acontecimientos desmintió, a su manera, a Kavelin. Con la podredumbre y la carroña se edificó un reino de estilo monumental. Después de unos cuantos años, que le fueron necesarios para tranquilizarse, concluyó Alejandro III por creer en sí mismo y en su vocación. Enorme, pletórico, grosero, aficionado al vodka, a las comilonas y a las bromas de mal gusto, no admitía siquiera la idea de que sus súbditos pudiesen tener derechos. Gracias al mortal antagonismo entre Francia y Alemania, la situación internacional de Rusia parecía doblemente garantizada. La Corte de Petersburgo vivía en pleno acuerdo con la Corte de Berlín. Al mismo tiempo, la amistad francesa aseguraba al zarismo inagotables perspectivas financieras. El mundo occidental con la «pirotecnia exótica» de su parlamentarismo era tratado por Alejandro como «la canalla». Un día de verano, negándose a responder a un despacho diplomático urgente, agregó esta explicación al ministro: «Europa puede esperar cuando el zar de Rusia está pescando». A propósito de sus colegas coronados, el zar se expresaba sin grandes contemplaciones: decía de la reina Victoria que era una vieja charlatana; de Guillermo II, que era un «dingo»; del rey Milan de Serbia, que era un bruto; del sultán de Turquía, que era un viejo gorro de dormir. Estos juicios no eran del todo falsos.

El zar no carecía de sensatez. Kavelin escribe sobre él: «Una gran circunspección, muy reservado, una gran desconfianza, quizás algo de astucia». El fiel súbdito liberal se afligía solamente al pensar que el zar no tenía bastantes «conocimientos y educación». En cambio, Alejandro se hallaba inconmoviblemente persuadido de que su adiposo físico era de origen divino y que en todas sus funciones servía al bien de Rusia y a los fines de la providencia. En un espíritu tan limitado había una característica: todos temían al zar. Grandes duques, canosos o calvos, que cuando estaban borrachos se batían con actores franceses, disimulaban sus travesuras como escolares temerosos. Cuando el director del Departamento de policía, Durnovo, se dejó, demasiado imprudentemente, embarcar en una desagradable historia, el zar escribió: «Que me saquen a ese cochino», lo que por otra parte, no impidió a Durnovo convertirse, durante el reinado de Nicolás II, en ministro todopoderoso. Para justificar el servilismo de los dignatarios ante el grosero personaje que ocupaba el trono, Vannovsky, ministro de Guerra, decía: es un nuevo Pedro I con su garrote. El ministro de Relaciones Exteriores, Lamsdorf, anotaba en su diario íntimo: únicamente el garrote, nada de Pedro I. La policía lo dominaba todo, con vigilancia precisa. Los agentes de policía, con sus gruesos bigotes y medallas, el célebre prefecto Gresser, que recorría “su” ciudad en una carroza tirada por dos caballos tordillos, el Consejo de Estado, el muy santo sínodo, Pobiedonovzev, la aguja inmutable de la fortaleza de Pedro y Pablo, el viejo cañón que anunciaba el mediodía, ¡qué conjunto! Con todo descaro, ordenaba Gresser a la orquesta de la ópera no tocar tan fuerte para no molestar a los augustos auditores. Y la orquesta obedecía, aunque la partitura fuese del mismo Wagner. El ruido estaba rigurosamente prohibido: en literatura, en la calle y también en música.

El espíritu del reino fue expresado con posterioridad, quizás no del todo conscientemente, por el escultor ruso-italiano Paolo Trubekoi, en el famoso monumento a Alejandro III, que une la apoteosis a la sátira. Un gigante adiposo aplasta con su potente trasero de bronce un corcel que parece más bien un cerdo cebado. En este estilo porcino inconmovible se representaba toda la Rusia oficial. Una verificación de un cuarto de siglo, comenzada con la emancipación de los campesinos y terminada con el asesinato de Alejandro II. Se había, en cierta medida, demostrado nuevamente la solidez de las bases nacionales: autocracia, ortodoxia, divisiones nacionales. ¿No estaba probado por la experiencia que los graníticos bastiones del zarismo eran indestructibles aun con dinamita? Todo parecía cortado y cosido a la medida de la eternidad.

El viejo maestro de la sátira rusa, Saltykov-Schedrín, en las proximidades de su fin, se lamentaba amargamente en su diario: «La vida se vuelve aburrida y penosa... uno se siente como dentro de una fortaleza donde, encima, recibe golpes en el occipucio». Actualmente es difícil imaginarse el fervor que rodeaba, en los grupos de la intelligentsia izquierdista, a los *Otechesvenyé Zaphki* (Anales de la Patria), valiente revista mensual, la más cercana por su espíritu al populismo revolucionario. «Se

esperaba cada número —relata uno de los contemporáneos—, como a un querido visitante que sabe todo, que explica y cuenta todo...». Se trataba, no simplemente de una publicación literaria, sino también de un centro ideológico: el agrupamiento de las tendencias en la sociedad rusa ilustrada tenía lugar, desde mucho tiempo atrás, sobre todo a partir de la reforma campesina, en torno a las llamadas «grandes revistas». Pero la piadosa trinidad que había declarado la guerra «al diablo de los años '60» —Pobiedonovzev, D. Tolstoi, Katkov—, estaba lista allí para asestar un golpe. El «golpe sobre el occipucio» no se hizo esperar: en 1884, los *Otechesvenyé Zaphki* fueron prohibidos. El mundo de la intelligentsia radical quedó sin eje. Al mismo tiempo se retiraron de las bibliotecas las obras de Mill, Bockle, Spencer, para no hablar de Marx y Chernichevsky.

El último número del periódico *Narodnaia Volia*, aparecido el 1 ° de octubre de 1885, cuando ya el partido mismo no existía, pintaba con sombríos colores el cuadro moral de la sociedad ilustrada: «completa confusión intelectual, un caos de las opiniones más opuestas sobre las cuestiones más elementales de la vida social..., pesimismo individual y colectivo por un lado, misticismo social-religioso por otro...». Los militantes menos conocidos de los años '70, que habían sobrevivido y permanecido en libertad, miraban estupefactos a su alrededor: todo se había vuelto para ellos irreconocible.

A decir verdad, se encontraban preconizadores del terrorismo en un número bastante considerable. «Se puede hacer silencio sobre todo —repetían—, pero no es posible silenciar la explosión de una bomba». Sin embargo, los terroristas ya no eran los mismos. Habiendo renunciado a la utópica idea de tomar el poder, esperaban únicamente arrancar, mediante las bombas, concesiones liberales. Pero para incitar a la juventud a correr hacia la muerte, era menester un gran ideal o al menos una gran ilusión: esto se había perdido. Vueltos, en suma, constitucionalistas en espíritu, los predicadores del terrorismo miraban esperanzados hacia el lado de los liberales. Pero la oposición entre las clases poseedoras guardaba silencio. De este modo se rompió el terrorismo por sus dos extremos. Había «predicadores» y abogados del terrorismo, pero ya no había terroristas. En los círculos revolucionarios que se formaban esporádicamente reinaba la postración. La canción predilecta de la época no conocía sino un único consuelo: «De nuestros huesos surgirá el implacable vengador». Uno de los últimos militantes de la *Narodnaia Volia*, Iakubovich, estigmatizó, en unos versos patéticos, a su generación como «maldita por Dios».

El populismo de los años '70 se caracterizaba por un odio revolucionario hacia la sociedad de clases y por un programa utópico. En el curso de los años '80 se volatilizó la intransigencia revolucionaria y el espíritu utópico subsistió; pero carente ya de envergadura, se transformó en un programa de reformas, en beneficio de los pequeños propietarios. Para la realización de este programa sólo le quedaba a los epígonos del populismo remitirse a la buena voluntad de las clases dirigentes. «Nuestro tiempo no es el de los grandes problemas», decían, tras los liberales, los

populistas apaciguados. Pero, en esta etapa del proceso, sólo se detuvo una reducida minoría. Los amplios círculos de la intelligentsia, según la viva expresión de uno de los publicistas de la reacción, «renunciaron por completo a la herencia» de las décadas del '60 y '70. En filosofía, esto significaba que se rompía con el materialismo y el ateísmo; en política, que se desertaba de la revolución. El abandono de la doctrina se difundió extensamente en todos sus aspectos. Las más amplias capas de la intelligentsia declararon francamente que ya estaban hartos del mujik y que ya era tiempo de ¡vivir un poco para sí mismo! Las marchitas revistas de los radicales y de los liberales denunciaban la decadencia de la opinión social. Gleb Upenski, el más notable de los escritores populistas, se lamentaba al comprobar que en el tren ya no se oían en absoluto aquellas conversaciones hasta hacía poco tiempo tan generales y tan animadas sobre temas políticos: no tenían nada más para decirse. Pero «la vida para sí mismo» se reveló extremadamente pobre de contenido. Petersburgo, como se quejaba la prensa avanzada, jamás había estado tan descolorido como en ese tiempo: el marasmo en el comercio y una completa apatía intelectual que degeneraba en postración. La situación en provincias era todavía peor. Las capitales provinciales sólo diferían en esto: en unas se bebía más y en otras se jugaba más a las cartas. El arte directamente destinado al pueblo era, cada vez con más frecuencia, condenado como tendencioso. La intelligentsia reclamaba el «arte puro», que no fuese susceptible de inquietarla recordándole problemas no resueltos y obligaciones no cumplidas.

El joven poeta Nadson, el de las alas semiquebradas, la lira cascada y los pulmones tuberculosos se convirtió en el narrador de los círculos de izquierda. En sus versos quejosos, que en poco tiempo fueron reproducidos en varias ediciones, la nota principal era la duda. «No conocemos la salida», decía el poeta, llorando sobre su generación, que había perdido toda fe en sus héroes y profetas de antaño. Lentamente se elevaba en la literatura la estrella de Antón Chejov^[50]. Éste intentó reír, pero su risa se quebró pronto en una atmósfera de decadencia y de extremo abatimiento. Chejov se reveló a sí mismo y a su época con «relatos crepusculares» e «historias melancólicas», donde los lamentos sobre la crueldad y la estupidez de la vida se confundían con vanas esperanzas en un mundo mejor «dentro de trescientos años». Chejov estaba complementado en pintura por Levitán, que representaba el estiércol de la aldea picoteado por los cuervos y el camino lavado por las lluvias a la luz mortecina de los crepúsculos otoñales. El gris constituía el fondo de toda la época.

Es más particularmente significativa para los años '80 la influencia del conde León Tolstoi, no del ilustre artista que era, desde hacía mucho tiempo con justeza, sino del sermoneador, del predicador. La evolución de Tolstoi interfirió más de una vez con la órbita de la intelligentsia rusa aunque jamás coincidió con ella. Aferrado con todas, sus raíces a la vida aristocrática y espantándose por su disolución, Tolstoi buscaba, para sí mismo, un nuevo eje moral. El liberalismo burgués le era odioso por su espíritu limitado, su hipocresía y sus modales de arribistas, lo mismo que la

intelligentsia radical, que carente de base, era nihilista y se inclinaba a comer utilizando sólo el cuchillo. Tolstoi buscaba la calma y la armonía, deseaba escapar a la angustia social y a la vez a un punzante y siempre presente temor a la muerte. Mientras la intelligentsia radical se esforzaba en fertilizar la comuna rural con su «pensamiento crítico», para Tolstoi todo el atractivo del mujik consistía en su falta de sentido crítico y generalmente de pensamiento personal. Era Tolstoi, a fin de cuentas, un aristócrata ruso arrepentido —un tipo no raro de encontrar desde la época de los decembristas—, sólo que su arrepentimiento no se orientaba al porvenir sino al pasado. Había pensado en reconstruir el paraíso perdido de la armonía patriarcal, pero esta vez sin constreñimiento ni violencia. El artista se había transformado en moralista. El moralista llamó en su ayuda a una religión esterilizada. El más sanguíneo de los realistas se puso de repente a enseñar que la verdadera finalidad de la vida consiste en la preparación para la muerte. Como no admitía en nadie una actitud crítica respecto de su revelación, ridiculizaba a la ciencia y al arte; anatematizaba a sus sacerdotes y predicaba la resignación, con magnífico apasionamiento. Si se despoja a su pensamiento filosófico de los velos seductores con que lo envolvía el artista, que no quería desaparecer, nada quedará como no sea un quietismo agotador. Toda lucha contra el mal sólo aumenta el mal. Cada uno debe buscar el bien en sí mismo. El oprimido no debe impedir que el opresor renuncie de buen grado a la opresión. La prédica entera de Tolstoi es necesariamente de carácter negativo: «No te enfades. No forniques. No jures. No luches». A esto se añadían algunas otras recetas más prácticas: no fumes y no comas carne. En el fondo, el cristianismo no es una doctrina para mejorar el mundo, sino una profilaxis de la salvación individual, un arte de abstenerse de todos los pecados. Su ideal es la vida monástica, del mismo modo que el límite extremo de la vida monástica es la vida del ermitaño. No por nada el tolstoísmo tenía afinidades con el budismo.

La prédica de la no resistencia germinó de modo inmejorable en el terreno abonado por el derrumbamiento de los propósitos y esperanzas de la Narodnaia Volia. Puesto que la quintaesencia de la violencia revolucionaria se reveló inconsistente, era preciso colocar en su lugar la benéfica solución de la «caridad» cristiana. Si bien no se había conseguido derrocar al zarismo, sólo quedaba condenarlo moralmente. «El reino de Dios está en vosotros». La idea de un perfeccionamiento moral espontáneo substituyó al programa de las transformaciones sociales. El tolstoísmo efectuaba conquistas devastadoras en los círculos de la intelligentsia. Unos se esforzaban, siguiendo el ejemplo del maestro, en coserse un par de pésimas botas o en hacer sartenes que no servían para nada. Otros renunciaban al tabaco y al amor carnal, no por mucho tiempo en la mayoría de los casos. Otros también creaban colonias agrícolas en las que el vino evangélico de la caridad pronto se convertía en el vinagre de hostilidad recíproca. Cinco señoritas de Tiflis preguntaron a Tolstoi, y toda la prensa reproducía la pregunta, cómo podrían ellas vivir santamente. Pero la vida que oliera a santidad no resultaba. Muy por el contrario, cuanto más iban a buscar altas

reglas de moral individual, más se sumergían en las inmundicias de la vida. El filósofo idealista Vladimir Soloviev, diez años después, intentó resumir la posición del movimiento educador de Rusia con la fórmula siguiente: «El hombre es sólo una variedad del mono y por ello debemos... consagrarnos de todo corazón a nuestros hermanos inferiores». La paradoja, concebida como una burla al espíritu limitado del materialismo, se convertía en realidad en una sátira de la categoría idealista. No en vano la época del materialismo grosero y ateo en que los hombres se entregaban en cuerpo y alma para franquear el paso a un futuro mejor, fue reemplazada por una década de idealismo y de mística, en que cada uno volvía la espalda al otro para salvar con tanta mayor seguridad su alma. El sentido político de estas metamorfosis ideológicas no presenta, sobre todo con una apreciación retrospectiva, nada de misterioso: salida en su mayoría de un medio en que predominaban aún las costumbres preburguesas y pasando, con su ala izquierda, por el período del heroico sacrificio para la causa del pueblo, la intelligentsia, luego de las crueles derrotas sufridas, tomó por el camino de una regeneración burguesa. En el heroico militante de la víspera comenzó a asomar el egocentrista. Hacía falta ante todo deshacerse de la idea del «deber ante el pueblo». La literatura y la filosofía se apresuraron, naturalmente, a saludar y a adornar el frágil despertar del individualismo burgués. Las clases poseedoras hacían lo que podían para domesticar a la intelligentsia que les había causado ya tantas zozobras. El proceso de acercamiento y de reconciliación de la burguesía que se civilizaba con la intelligentsia que se aburguesaba era, a decir verdad, inevitable. Sin embargo, la barbarie de las condiciones políticas excluía de antemano un desarrollo uniforme e ininterrumpido. Estaba señalado por el dedo del destino que la intelligentsia rusa cumpliría todavía más de un viraje.

Nos era indispensable conocer mejor los años '80, durante los cuales Alejandro Ulianov, estudiante, entró en la lucha, mientras su hermano menor, Vladimir, continuaba sus estudios en el gimnasio de Simbirsk.

CAPÍTULO VI

EL 1.º DE MARZO DE 1887

Aunque los nuevos estatutos universitarios establecidos en 1884 prohibieran toda organización estudiantil, quedaban todavía en la capital unos veinte agrupamientos regionales, que contaban más o menos con 1500 miembros. Los grupos regionales eran de carácter absolutamente inofensivo y se constituían en torno a los comedores universitarios o de cajas de ayuda mutua. A causa de la indigencia en que vivían la gran mayoría de los estudiantes, las organizaciones de esta clase eran de un interés vital. Sin embargo, el gobierno, no sin razón, les temía: los revolucionarios utilizaban las asociaciones de todo género para reclutar partidarios y en los momentos de agitación política el grupo regional más pacífico movilizaba a la juventud para la lucha. Pero desde el aniquilamiento de la Narodnaia Volia, se consideró que Petersburgo se hallaba completamente libre de revolucionarios; los escasos sobrevivientes se escondían en provincias. A las autoridades, la mentalidad del mundo estudiantil le parecía tan tranquila, que cerraron sus ojos ante los grupos regionales. La abrumadora mayoría del estudiantado había, efectivamente, desertado de la política. Sobre el fondo grisáceo de la Universidad se delineó más nítidamente la capa de los jóvenes carreristas, futuros funcionarios, que por su indumentaria y su peinado representaban ya un tipo opuesto al del nihilista. La juventud, famélica y agotada por el régimen policial, continuaba descontenta, pero no salía de una pasividad melancólica.

No obstante, aún se agitaban, en la marea general de la decadencia, flujos y reflujos, principalmente entre las estrechas riberas del mundo estudiantil. Sólo en su tercer año de estudios universitarios, Alejandro ingresó a círculos estudiantiles: los de biología, economía, ciencia y literatura. Pero aquí todavía se trataba de elaborar puntos de vista y no de una política activa. En este terreno, Alejandro establece relaciones más estrechas con los elementos radicales de las asociaciones regionales. Dedicó más tiempo al estudio de las cuestiones sociales. En los círculos surge la idea de conmemorar el vigésimo quinto aniversario de la reforma campesina (19 de febrero de 1861) con un servicio fúnebre en el cementerio Volkovo, por el descanso de los que prepararon «la emancipación». ¡Qué transmutación de valores! El gran publicista Chernichevsky difamaba la reforma campesina como una expoliación y una infamia y pagó cara su opinión sanamente audaz que se convirtió en la base del movimiento revolucionario de los veinte años subsiguientes. Cuando Alejandro II le

preguntó: «¿Por qué tiraste sobre mí?», Karakozov, que estaba ya en manos de la policía, le contestó: «Porque prometiste a los campesinos la libertad y la tierra y los engañaste». El mismo juicio sobre el «19 de febrero» habían dado Hipólito Mychkin, sus camaradas y los populistas. Pero a medida que se acentuaba la reacción, las «grandes reformas» del reinado precedente, celebradas por la prensa liberal, comenzaron a presentarse ante la juventud estudiantil bajo una luz más favorable. Detrás de la pesada silueta de Alejandro III, la figura de Alejandro II tomaba formas casi liberales. La conmemoración del aniversario de la reforma campesina adquiría poco a poco un carácter de oposición y estaba sujeta a persecuciones policiales. Se ordenó esta vez a la prensa que se abstuviera de todo artículo conmemorativo. De este modo, el servicio fúnebre en memoria de los funcionarios que habían participado en la reforma se convertía en un acto de protesta. El pope del cementerio consintió con temor en llevar a cabo el rito por el descanso del alma de los emancipadores, entre quienes se encontraba muy seguramente Alejandro II, a quien habían dado muerte, a lo sumo seis años antes, los hermanos mayores de los concurrentes al Réquiem. ¡En este desplazamiento político, con más claridad que en todas las persecuciones policiales, se descubre ante nosotros la profundidad de la reacción social! A decir verdad, una parte de los manifestantes dedicaba el servicio fúnebre a la memoria, no de los burócratas, sino de los escritores que combatieron por la emancipación de los campesinos. Nada estaba claro; las líneas demarcatorias se confundían.

El cementerio de Volkovo se convirtió en la primera arena de la actividad pública de Alejandro Ulianov, que había participado con mucho celo en la preparación del servicio fúnebre. Los círculos liberales, a los que habían apelado los responsables de esta manifestación, no respondieron, como de costumbre. Sólo concurren estudiantes, más o menos 400 personas. La policía no se decidió, en apariencia, a perturbar una ceremonia religiosa de oposición, o simplemente la pasó por alto. Los jóvenes se dispersaron casi con el sentimiento de haber conquistado una victoria. Los más resueltos decidieron que se podía continuar por el mismo camino.

Los líderes del mundo estudiantil se reagruparon y en los meses subsiguientes crearon la Unión de las organizaciones regionales. En los círculos dirigentes también estaba Ulianov. Pero la actividad de la Unión, muy modesta de por sí, es pronto interrumpida por las vacaciones, las últimas que pasó Alejandro en el Volga, junto con su familia, que ya había perdido al padre. En el otoño, recomienza la actividad de los grupos y de las organizaciones regionales. Los dirigentes conciben la idea de aprovechar el vigésimo quinto aniversario de la muerte del famoso crítico Dobroliubov, discípulo y compañero de lucha de Chernichevsky, para organizar un nuevo servicio fúnebre. Esta vez, la reunión fue de 600 personas; según otros datos, de 1000. Pero la gran puerta del cementerio Volkovo se encontraba cerrada: la policía no se había dejado sorprender. El prefecto de la ciudad, Gresser, contestó con una negativa al pedido de una delegación de que se autorizase el servicio fúnebre. Cuando la multitud de estudiantes retornaba a la ciudad, fue cercada por los cosacos, y

detenida dos horas bajo la lluvia. A continuación, cuarenta de los manifestantes fueron expulsados de Petersburgo. Este acontecimiento, de por sí insignificante, soliviantó y transformó a los iniciadores de la manifestación, especialmente a Ulianov. Era ésta para él una experiencia personal, particular, y de un solo golpe, en la ardiente necesidad de la acción, juntó en un haz todas las observaciones efectuadas anteriormente y las conclusiones que había sacado de los libros. ¿Cómo responder a los provocadores de violencia? Las discusiones fueron interminables, los planes también fueron audaces; se carecía solamente de fuerzas suficientes para ejecutarlos. Se redactó una proclama dirigida «a la sociedad», es decir, a los profesores, dirigentes de zemstvos, abogados y escritores. La gran mayoría de los sobres que contenían el manifiesto fueron retirados de los buzones por la policía, sin que esto sacudiese la apacible pasividad de los liberales. La agitación entre los estudiantes amainó poco a poco. Pero durante esas cálidas jornadas, se tamizó un grupo formado por los más resueltos, quienes sacaron, de su indignación personal y de su impotencia política, una conclusión ya consagrada por el pasado: ¡el terrorismo! Ulianov procuró aún durante algún tiempo mantenerse en su vieja posición: no se puede emprender un trabajo revolucionario sin haber elaborado principios justos. Se le contestaba: mientras estás sentado ante tus libros, la violencia triunfa y se refuerza. Tanto más persuasivo era el argumento cuanto que Alejandro no tenía deseos de resistirse a él. Ya no quería retroceder. Alejandro, uno de los principales iniciadores de una manifestación en la que otros habían resultado víctimas, el autor de la proclama «A la sociedad», a la que nadie había respondido, se encontraba ya bajo el signo del imperativo terrorista. Luego de breves discusiones en un pequeño círculo, adhirió definitivamente a un grupito de tendencias terroristas. Dos o tres de los conspiradores disponían de una débil experiencia y de modestos contactos. De este modo tuvo lugar el suceso del 1.º de marzo de 1887.

Alejandro repartió el último período de su vida entre el laboratorio de la Universidad, donde estudiaba las *Idothea entonen*, las arañas de mar, y el secreto laboratorio de la conspiración, donde se preparaba la dinamita magnésica. Disponiéndose a entregar su cabeza por el porvenir de la humanidad, proseguía estudiando, como un investigador apasionado, las facultades oculares de los gusanos. La ciencia lo asía fuertemente y él se libraba con pena de sus abrazos, como un guerrero que debe separarse de su bienamada en la víspera de la primera y última batalla. No caracteriza menos a este joven el hecho que, en los días que precedieron al atentado, cuando todas las fibras de su ser debían estar presas de las angustias más sobrehumanas, encontrara en sí la suficiente posesión de ánimo para escribir, con mano desmañada, el programa de la «fracción terrorista», redactado por él mismo.

El camino recorrido en pocos meses por los que participaron en el atentado fue del Réquiem por los que prepararon la reforma agraria hasta el Réquiem por el escritor radical muerto prematuramente; y de este Réquiem, que no se cantó, hasta la preparación del atentado contra el zar. Más tarde, el abogado principal hacía notar

ante el tribunal, con bastante exactitud, la juventud del complot: «Estos hombres, decía, no han sido siempre terroristas. En agosto de 1886 eran simplemente ‘descontentos’; en noviembre, luego de la prohibición del servicio fúnebre sobre la tumba de Dobroliubov, fueron ‘contestatarios’ y sólo en enero maduró en ellos la tendencia terrorista...». El abogado liberal no agregó que el salto efectuado de una misa de Réquiem a una bomba fue posible únicamente porque bajo la pesada losa del nuevo reino había podido acumularse tanto secreto descontento en los medios más democráticos de la intelligentsia, sin hablar del pueblo. Pero poco importa: la audaz tentativa de un grupito aislado estaba de antemano condenada a un fracaso. Si la ofensiva revolucionaria de los años 1860-66, desde la primera proclama hasta el atentado de Karakozov, se presentó, en la sucesión interna de sus etapas, como un bosquejo a grandes rasgos del movimiento de la intelligentsia de los años 1873-81, el episodio de 1886-87 era su eco retrasado y significaba el signo de una decadencia.

El 1.º de marzo por la tarde, unos agentes de policía detuvieron en la Perspectiva Nevsky a seis jóvenes. Uno de ellos llevaba un grueso libro en cuyo lomo podía leerse: «Diccionario de Medicina». Se trataba, en realidad, de la medicina política del terrorismo. El falso diccionario contenía dinamita y cápsulas de estricnina. También se encontraron en manos de los otros terroristas, aparatos de forma cilíndrica. El proyectil estaba destinado a Alejandro III. Comenzaron pesquisas y arrestos inusitados. Los partícipes del audaz atentado contra el amo todopoderoso de Rusia son todos estudiantes; sólo uno de los terroristas ha alcanzado la edad de veintiséis años; uno de los organizadores tiene veintitrés; los otros cinco partícipes directos, de veinte a veintiuno. La preparación de los proyectiles había sido obra principalmente de un estudiante de ciencias naturales a quien faltaban aún tres meses para su mayoría de edad. El nombre del constructor era Alejandro Ulianov. Ahora había sacado partido de sus investigaciones de aficionado a la química en la cocina del pabelloncito de Simbirsk. El iniciador de toda la empresa era un estudiante enfermo llamado Chevirev, de veintitrés años. Era él quien reclutaba a los partícipes en el atentado y distribuía el trabajo. Su experiencia revolucionaria personal no era y no podía ser considerable. Entre el fogoso y sanguíneo Chevirev y Ulianov, más reflexivo, se produjeron más de una vez disputas sobre la incorporación al grupo de gente insuficientemente probada. Sin embargo, no había muchos para escoger. Dos estudiantes fortuitamente incluidos en la conspiración entregaron luego a Ulianov. Los recursos técnicos y financieros de los que disponía la organización eran insignificantes. Con el propósito de procurarse el ácido nítrico y 150 rublos para cubrir los gastos, hubo que trasladarse a Vilna, pero el ácido resultó demasiado débil y el dinero no se consiguió en seguida. Para facilitar a uno de los organizadores la posibilidad de refugiarse en el extranjero, Ulianov empeñó en 100 rublos la medalla de oro que le habían dado en el gimnasio. El browning que habían obtenido para dar al terrorista Gueneralov la posibilidad de salvarse disparando sobre sus perseguidores, resultó inservible. El nivel era el mismo para los procedimientos

conspirativos. Todas estas empresas sólo estaban cosidas con hilo de hilvanar.

Aun durante la preparación del 1.º de marzo de 1881, cuando actuaban revolucionarios incomparablemente más templados, la terrible tensión, a medida que la hora fatal se aproximaba, se trocaba en fatiga y apatía. ¿Cómo las dudas no habrían corroído los corazones de Ulianov y de los otros jóvenes conspiradores? Corrió el rumor de que el gobierno ya estaba al tanto del atentado que se preparaba. Alguien del grupo proponía postergar la tentativa hasta, el otoño. Pero esto entrañaba nuevos peligros. Según ciertas informaciones, Alejandro habría previsto el fracaso del atentado. Más exactamente, el estado de ánimo de ese puñado de sacrificados oscilaba vehementemente entre el optimismo y la desesperación. Pero la voluntad vencía a todas las dudas. Los preparativos no se interrumpieron. Fueron fabricados los proyectiles, se distribuyeron los papeles, se fijaron los puestos a ocupar; no quedaba más que matar, y, en todo caso, morir.

En realidad, el gobierno no sospechaba nada. Algunos años de tranquilidad habían quitado a la policía el hábito de pensar en el terrorismo. A falta de provocadores, la policía es generalmente incapaz de descubrir las conspiraciones. Entre los jóvenes conspiradores no había ningún provocador. Pero encontraron el medio para entregarse a sí mismos; por juventud, por ingenuidad, por el atolondramiento de uno de ellos. Sólo después de la Revolución, cuando se examinaron los archivos policiales, se logró averiguar la causa del fracaso. El estudiante Andreiuchkin, designado para arrojar una bomba, había escrito, seis semanas antes del desenlace, una carta a un estudiante que conocía, en Jarkov, que contenía una especie de himno al terrorismo. La carta, firmada de manera ininteligible, fue examinada por la policía. El destinatario de Jarkov, citado por la policía, entregó a su remitente de Petersburgo. La instrucción del sumario policial duró mucho tiempo; en Jarkov no se veía razón alguna para apresurarse. Al fin, la policía petersburguesa obtuvo el nombre y la dirección del autor de la carta y lo puso bajo vigilancia; sucedía esto el 28 de febrero, justo en la víspera de la preparación del atentado. Andreiuchkin y otros fueron vistos en la Perspectiva Nevsky, desde el mediodía hasta las cinco de la tarde, cargados con objetos pesados. La policía no podía figurarse que se trataba de bombas. Buscaba únicamente al autor de la carta sospechosa. Al día siguiente, «los mismos individuos, en número de seis, son nuevamente observados en la Perspectiva Nevsky, en idénticas condiciones». Sólo entonces se los detuvo. Su asombro no tuvo límites al descubrir que se trataba de un grupo de terroristas. Este descubrimiento fue comunicado de inmediato, naturalmente, a Alejandro III. El zar escribió sobre el informe: «Por esta vez Dios nos ha salvado, pero ¿será por mucho tiempo?» No hallándose muy seguro del socorro divino, añadió el zar unas palabras de aliento para su guardia terrestre: «Gracias a todos los funcionarios y agentes de la policía por haber vigilado bien y actuado con eficacia». En realidad, los funcionarios y agentes apenas merecían los agradecimientos: el azar los había favorecido. No se sabe, por otra parte, qué giro

habría tomado el atentado sin la intervención de la policía y del azar. Respecto a la calidad de las bombas, nunca se aclaró la cuestión. Cuando Ossipanov, en el momento de su detención en la calle, arrojó sobre los policías la bomba, para acabar allí con sí mismo y con los que le detenían —aprovechando la circunstancia de que no habían tenido siquiera la idea de quitársela—, aquélla no explotó. No hay ninguna razón para suponer que los otros aparatos explosivos valían más. A título de experto, un general de artillería reconoció que «la fabricación de las bombas era imperfecta». Todo era imperfecto en esta empresa trágica: las ideas, el material humano, la conspiración, la técnica de fabricación de las bombas.

El fiscal caracterizó así la situación social de los inculpados: nueve estudiantes, un licenciado de la academia eclesiástica, un alumno de farmacia, un pequeñoburgués, dos parteras y una maestra. El banquillo de los acusados representaba la capa inferior, la más democrática de la intelligentsia y exclusivamente a la joven generación. «No todos los acusados han alcanzado su mayoría de edad», estuvo obligado a reconocer el fiscal; lo que no le impidió considerarlos como suficientemente maduros para la horca. Los abogados liberales no se distinguían demasiado, en el tono de sus defensas, del fiscal general. Como «verdaderos rusos» no podían creer que tamaña iniquidad haya sido cometida por la juventud rusa; detrás de los inculpados, buscaban «una ignominia alógena dirigida contra la Santa Rusia». La mayoría de los acusados no supo comportarse convenientemente en la instrucción del sumario y ante el tribunal. Hubo pusilánimes que entregaron a los demás. Pero también los valientes hablaron demasiado y favorecieron la acusación contra sí mismos y contra los otros. Entre los inculpados se encontraba Bronislaw Pilsudski, hijo de un rico propietario, que había puesto a disposición de Ulianov su pieza de estudiante para la impresión del programa. El hermano de Bronislaw, Josef Pilsudski^[51], fue llevado a la prisión del tribunal en calidad de testigo. Bronislaw se condujo indignamente, renegaba de toda simpatía por la Narodnaia Volia, alegando su falta de carácter y su imprudencia. José atestiguaba con gran circunspección, pero se le probó haber enviado desde Vilna telegramas en «una jerga revolucionaria convencional». Más tarde, Josef Pilsudski, dictador de Polonia, reemplazó la «jerga revolucionaria» por la del fascismo.

Los debates en el tribunal demostraron de manera indudable que si bien la dirección general no había pertenecido a Alejandro Ulianov, era éste, en todo caso, la figura más descollante de la conspiración. Y en los días más difíciles, cuando el iniciador y el organizador, de conformidad con el plan fijado de antemano, habían desaparecido de Petersburgo, Ulianov, según la justa indicación del fiscal, «dio la cara por los dos instigadores y dirigentes». Sin haber desempeñado papel alguno en la calle, en el último acto, ni como lanzador de la bomba, ni como encargado de alertar a sus compañeros, Ulianov fue arrestado al llegar al domicilio del estudiante Kancher, convertido en una ratonera policial. Sólo por Kancher, que reveló todo lo que sabía, descubrieron las autoridades el verdadero papel de Ulianov. Desde ese momento, el

acusado Lukachevich leyó en los ojos de su colaborador en la fabricación de las bombas «la irrevocable decisión de morir». «¡Si tienes necesidad, cárgalo todo en mi cuenta!», susurró Ulianov, durante el juicio, al mismo Lukachevich. La acusada Ana, muchos años más tarde, manifestaba a su hija: «Se hubiera hecho ahorcar veinte veces si con eso hubiese podido aliviar la suerte de los otros».

La conducta de Ulianov durante la instrucción del sumario y ante el tribunal da la dimensión plena de este adolescente: quiere acusarse lo más posible para disminuir la culpa de sus camaradas; teme al mismo tiempo señalarse en su verdadero papel de dirigente para no incomodar en su dignidad personal a los otros. Pretende asumir exclusivamente la responsabilidad sin arrogarse exclusivamente el honor. «Yo acuerdo entera confianza —decía el fiscal—, a las declaraciones del acusado Ulianov, cuyas confesiones, si alguna falla presentan, es la de hacer recaer sobre sí lo que no ha hecho en realidad». El tributo de estima que le rendía el fiscal garantizaba a Ulianov, con tanta más seguridad, su suplicio.

Intervenía en el proceso, independientemente de los jueces, del fiscal, de los defensores y de los acusados, otro personaje, invisible, pero muy activo: el zar. En cierto sentido, el proceso era un duelo entre dos personalidades: Alejandro Romanov y Alejandro Ulianov. El zar tenía entonces treinta y tres años. Él no se inclinaba sobre el microscopio ni se rompía la cabeza estudiando a Marx. En cambio, creía en las imágenes y en las reliquias; se consideraba como un zar «verdaderamente ruso», pero no era capaz de redactar correctamente en ruso (ni, por otra parte, en cualquiera otra lengua) una sola frase. Con su propia mano el zar escribió sobre el programa elaborado por Ulianov: «La memoria ni siquiera es de un loco, sino de un simple idiota». A propósito de las afirmaciones del programa, declarando que ante el régimen político existente era casi imposible actuar para elevar el nivel del pueblo, escribe Romanov: «Esto consuela». Por último, en las márgenes de la parte práctica del programa, que prescribía, junto con un régimen democrático, las exigencias de nacionalización de la tierra, de las fábricas y de todos los instrumentos de producción, el zar anota: «La comuna pura». Por último, atraen particularmente su atención las palabras de Ulianov, de fecha 21 de marzo: «En lo que respecta a mi participación moral e intelectual en este atentado, ha sido completa, es decir, que he dado todo lo que mi capacidad me permitía y la fuerza de mis conocimientos y convicciones El zar escribió al margen: «...¡¡¡Esta franqueza es tan conmovedora!!!» Conmoción que no le impidió al zar mandar a la horca a cinco de los acusados que, juntos, sumaban apenas ciento diez años.

Los terroristas de los años '70 habían pasado por la escuela preparatoria de la propaganda y de la organización revolucionaria; de esta manera se acrecentaban su madurez y su experiencia. Antes de subir al patíbulo, Jeliabov, Kibalchich, Perovskaia, habían podido alcanzar la madurez política y un temple revolucionario de sobresaliente calidad. Nacida del intento de suscitar un movimiento de masas, la Narodnaia Volia se asignaba, al menos sobre el papel, el fin de provocar la

insurrección asegurándole por adelantado la colaboración de los obreros y la simpatía de una parte de las tropas. En realidad, como sabemos, el Comité Ejecutivo se vio forzado a concentrar todos sus esfuerzos en el zaricidio. El grupo de 1887 comenzó inmediatamente examinando el punto en que el Comité Ejecutivo se había roto la cabeza. La mentalidad decadente de la intelligentsia había, de alguna manera, levantado de antemano los puentes que conducían a las masas. La conspiración de Chevirev-Ulianov no intentó siquiera rebasar los límites de un círculo estudiantil. No hubo tentativas de propaganda, llamados a los obreros, organización de una imprenta, publicación de un periódico. Los iniciadores del atentado terrorista no contaban ni con la ayuda del pueblo ni con el apoyo de los liberales. No se denominaban partido, sino fracción, es decir, parte de un conjunto que ya no existe. Renunciaron a la centralización: no tenían nada ni a nadie que centralizar. Querían creer que en el país se encontrarían otros grupos dispuestos a actuar espontáneamente y que esto bastaría para el éxito.

En su discurso al tribunal, Ulianov dio una explicación muy viva, si no de la lucha terrorista, al menos del origen de la fe que en ella se depositaba: «No tenemos —expresaba—, clases sólidamente agrupadas que podrían conservar en sus manos el gobierno...». Al mismo tiempo, «nuestra intelligentsia es físicamente tan débil y se halla tan desorganizada que no puede actualmente lanzarse a una lucha abierta...». De esta pesimista apreciación de las fuerzas sociales debía dimanar una desesperación política, según la mentalidad dominante en los años '80. Pero es bien sabido que la extrema desesperación se trueca frecuentemente en fuente de quiméricas esperanzas. «La débil intelligentsia, muy débilmente compenetrada de los intereses de las masas...», concluyó Ulianov, «sólo puede defender su derecho de pensar bajo la forma del terrorismo». Tales son las fuentes psicológicas del suceso del 1.º de marzo de 1887, de esta asombrosa tentativa de una decena de adolescentes que no se apoyaban en nadie y que intentaron dar otro rumbo a la vida política de la sociedad.

Seis miembros del grupo participaron en la elaboración de su programa: tres de ellos, entre estos Ulianov, se consideraban como miembros de la Narodnaia Volia, los otros tres se inclinaban a denominarse socialdemócratas. La diferencia entre unos y otros era, sin embargo, muy convencional. Los que se denominaban socialdemócratas empezaban a reconocer la posibilidad de aplicar el marxismo, no sólo al Occidente, sino también a Rusia. Sin embargo, en la cuestión de una «lucha política inmediata», ellos también se pronunciaban sin vacilar por el terrorismo. Si un movimiento revolucionario de masas —tal era el proceso de su pensamiento—, no se produce sino en función del desarrollo ulterior del capitalismo, la intelligentsia revolucionaria no tiene al presente otra cosa que hacer sino tomar el arma caída de manos de la Narodnaia Volia. En este punto, se ponían de acuerdo personas que divergían en muchas otras cosas. El terror, como problema crucial, relegaba fatalmente todas las otras cuestiones a un segundo plano. No es asombroso que las dos tendencias se

hubiesen fusionado bajo la denominación de «Fracción terrorista de la Narodnaia Volia»: unos y otros miraban, no hacia adelante, sino hacia atrás. Estaban posesionados sin excepción por el ejemplo deslumbrante del 1 ° de marzo de 1881. Si el terrorismo preconizado por el Comité Ejecutivo no condujo al fin encarado, era únicamente porque no se lo llevó hasta sus últimas consecuencias. «Yo no tengo fe en el terrorismo —decía Alejandro Ulianov, que se consideraba como un militante de nuevo tipo de la Narodnaia Volia—, pero creo en un terrorismo sistemático».

Alejandro leía con aplicación a Marx y otros libros de economía y sociología. Puede afirmarse sin la menor duda que, como era dueño de grandes facultades y de aplicación, llegó en el último año de su vida, a adquirir bastantes conocimientos en un dominio desconocido para él. Pero no eran más que conocimientos. No había elaborado para sí una concepción del mundo ni un método. No desprendió, de la teoría marxista, los hilos indispensables que conducían a la realidad rusa y él mismo reconocía en la intimidad que seguía siendo un profano en las cuestiones de la comuna rural y del desarrollo del capitalismo. Había escrito un programa ateniéndose al hecho consumado de la conspiración terrorista. De ahí sus esfuerzos por atenuar la importancia de los desacuerdos que durante los años '80 comenzaron a escindir el movimiento revolucionario en dos campos posteriormente irreconciliables. El fondo de la discusión se reducía, ante todo, a esta alternativa: ¿La lucha de clases del proletariado o el estudiante con su bomba? El programa de Ulianov reconocía, es verdad, la necesidad de «la organización y la educación de la clase obrera». Pero este problema era pospuesto por el programa a un futuro indeterminado; el documento declaraba que la actividad revolucionaria de las masas «ante el régimen político existente, era casi imposible». Esta manera de plantear la cuestión dejaba simplemente de lado el fondo mismo de la discusión. Los verdaderos marxistas, como Plejanov^[52] y sus amigos, veían en el desarrollo de la lucha del proletariado la fuerza esencial para el derrocamiento de la autocracia. Por el contrario, la fracción terrorista estimaba que la intelligentsia, «físicamente débil», debía previamente derrocar a la autocracia por medio del terror para que la clase obrera pudiese lanzarse a la arena política. De aquí la inevitable deducción de que sería al menos prematuro crear organizaciones socialdemócratas.

Para juzgar la relación subjetiva de los participantes con la perspectiva marxista, disponemos de un documento humano cuyo interés psicológico es de primer orden. Designado para arrojar una bomba, el estudiante Andreiuchkin, que también había adoptado «totalmente» la doctrina de Marx, escribía a un amigo, en esa desdichada carta que contribuyó al descubrimiento de toda la conspiración: «Enumerar las cualidades y ventajas del terror rojo, es cosa que no haré, pues tendría para siglos, dado que es mi idea favorita, y de ella procede, sin duda, mi aversión hacia los socialdemócratas». A su manera, el expansivo Andreiuchkin, tenía razón. Si la esperanza de una transición directa de la economía rural, basada en la comuna, hacia el socialismo, debía aún, valiese lo que valiese, ser transferida al oscuro dominio de

la «teoría», el dogma de «el valor independiente de la intelligentsia» tenía una significación práctica de las más candentes. Un revolucionario que abrigaba la intención de trocarse en bomba no podía admitir a su lado no sólo la negación, sino ni siquiera la menor duda sobre el valor irremplazable y salvador de la dinamita.

Las tentativas de los historiadores soviéticos oficiosos para presentar «la fracción terrorista» como una especie de puente entre el movimiento precedente y la socialdemocracia, a fin de tener así la posibilidad de señalar a Alejandro Ulianov como un eslabón entre Jeliabov y Lenin, no están justificadas en modo alguno por el análisis de los hechos y de las ideas. En la esfera de la teoría, el grupo de Ulianov vivía de consideraciones eclécticas, características de los años '80, período de decadencia. Prácticamente, este grupo debe ser incluido entre los epígonos de la Narodnaia Volia, cuyos métodos llevó hasta el absurdo. La proeza del 1.º de marzo de 1887 no entrañaba ningún embrión de porvenir; representaba, en suma, la última convulsión, verdaderamente trágica, de las pretensiones ya condenadas «de la personalidad que piensa críticamente» en el sentido de una misión histórica independiente. En esto residía justamente una enseñanza que había costado tan cara.

CAPÍTULO VII

LA INFANCIA Y LOS AÑOS ESCOLARES

En el transcurso de catorce años (de 1864 a 1878), los Ulianov tuvieron siete hijos. Si se exceptúa el quinto en orden de nacimiento, Nicolás, que vivió sólo unos días, es posible, sobre la base de todos los datos que poseemos, llegar a la edificante deducción que sigue: los más sobresalientes, por su carácter y cualidades de los hijos de la familia —Alejandro, Vladimir y Olga—, constituyen el grupo de edad mediana, en cuyo centro se encuentra Vladimir. La hija mayor, Ana, y los dos menores, Dimitri y María, a pesar de todas sus respetables cualidades, se elevan poco por encima del nivel promedio. Cuando nació Vladimir, el padre tenía treinta y nueve años, la madre treinta y cinco —la edad en que se arriba a la plenitud de las fuerzas físicas y morales—, y si los otros niños, salvo la menor, María, nacieron a intervalos de un año o dos, la madre tuvo, antes del nacimiento de Vladimir, una tregua de cuatro años.

Sería naturalmente muy instructivo remontarse en la línea de los antepasados de Lenin por espacio de varias generaciones. Sin embargo, casi nada se ha avanzado hasta el presente en el estudio de su genealogía. Es muy probable que no resulte fácil establecer la línea de los antecesores de Lenin por vía paterna o también que sea completamente imposible, en razón del origen plebeyo del abuelo, pequeñoburgués de Astrakan: los registros de estado civil de los pequeñoburgueses y de los campesinos no eran convenientemente llevados y por otra parte los libros en que constaban, así como otros, ardían periódicamente en ese reino de las construcciones de madera. No obstante, es posible sentar una particularidad genealógica con seguridad mucho mayor que la que proporcionarían los documentos más probatorios: los rasgos de Ilya Nikolaievich, particularmente sus pómulos salientes y sus ojos achinados, atestiguan sin duda alguna una mezcla de sangre mongol. El rostro de Lenin decía otro tanto. No es asombroso: buena parte de la población de Astrakán estaba compuesta, desde mucho tiempo atrás, por tártaros, y según las observaciones de la escuela biológica de Mendel, el ojo mongol, hereditariamente, se encuentra más a menudo que el ojo europeo. Lo que resulta menos explicable es que, hasta el presente, no se haya publicado casi nada sobre la ascendencia de Lenin por el lado materno. Tenemos la información de que María Alexandrovna era hija de un médico llamado Blank, casado con una alemana. Respecto a esta abuela de Lenin puede presumirse, sin riesgo de equivocarse, que debía ser oriunda de alguna de las colonias alemanas del Volga, formadas por un número bastante considerable de familias

acomodadas y relativamente cultas. Pero ¿quién era Blank? M. Ulianov declara que el abuelo era de origen pequeñoburgués, de espíritu avanzado e independiente, y que precisamente por esa razón se retiró tempranamente y se ocupó de la explotación agrícola. Nada se nos indica sobre su nacionalidad. Sin embargo, este apellido Blank, sobre todo porque designa a un hombre de la burguesía media, atestigua indudablemente un origen no ruso. ¿No explica esta circunstancia extrañas reticencias? Pues, en fin, los memorialistas oficiales son capaces de pensar que tal o cual detalle genealógico puede disminuir o agrandar la figura de Lenin. Pero aún dejando de lado la extracción nacional de Blank, comprobamos que por las venas de Lenin corría la sangre de tres «razas» por lo menos: gran rusa, alemana y tártara. Si algo les falta a los historiadores es sólo el culto de la «raza pura».

Sobre la infancia de Lenin, disponemos en suma de menos informaciones que sobre la de Alejandro. Esto se explica por el escalonamiento de los nacimientos en la familia. Los niños crecían por parejas. Ana, la más observadora y fecunda memorialista de la familia, que había seguido de cerca el crecimiento y el desarrollo de Alejandro, tenía seis años más que Vladimir. María era casi ocho años más joven que él. En ambos casos, la diferencia era demasiado grande para observaciones estrictas y recuerdos precisos. Olga, la hermana que había convivido con Vladimir en sus años infantiles, murió a la edad de diecinueve años. Diversos episodios que permanecieron grabados en la memoria de la hermana mayor iluminan para nosotros las figuras del niño y del adolescente; pero ella comenzó a interesarse más por Vladimir recién cuando éste alcanzó la edad adolescente. No se conservan cartas infantiles de Vladimir, pero es probable que no las haya escrito: toda la familia vivía junta. No han quedado diarios íntimos; por otra parte, no parece que Vladimir haya jamás redactado alguno: vivió demasiado intensamente desde la infancia para detenerse a registrar sus sensaciones.

Vladimir aprendió muy tarde a caminar, casi al mismo tiempo que su hermanita Olga, dieciocho meses más joven que él. Y sus primeros logros en el dominio de la marcha no fueron muy felices: el muchachito se caía a menudo pesadamente, golpeándose invariablemente la cabeza, de suerte que los vecinos del piso inferior podían siempre darse cuenta sin error de su ímpetu. «Probablemente, su cabeza era más pesada que el resto», escribe la hermana. A cada caída, Vladimir daba alaridos capaces de hacer temblar la casa: generalmente, durante sus primeros años, no perdía ocasión de desarrollar sus cuerdas vocales. «La pasión de la destrucción —ha dicho Bakunin, que murió en el exilio cuando Lenin no tenía más que seis años— es una pasión constructiva». Vladimir era un acérrimo partidario de esta definición: rompía los juguetes antes de empezar a jugar con ellos. Su nodriza le regaló un trineo tirado por tres caballos, en papel maché; él comenzó por esconderse tras una puerta para substraerse a la molesta vigilancia de los adultos de la casa, y allí torció y retorció las patas de los caballitos hasta que se desprendieron.

Evidentemente, la independencia y el ardor apasionados de su carácter se

manifestaron desde muy temprano. Los adultos se hallaban a menudo obligados a llamar al orden al muchachito impetuoso y alborotador. Éste no tenía miedo de mostrarse así en público. «No se grita de ese modo sobre un vapor», le decía la madre en momentos en que partían de vacaciones para la región de Kazán. «¡Pero mamá, el vapor grita mucho también!», contesta Vladimir sin bajar la voz. La madre influía en sus hijos particularmente con la persuasión y la perseverancia. Pero cuando estos recursos pedagógicos resultaban insuficientes, se llevaba a Vladimir al escritorio desocupado de su padre y se le obligaba a sentarse en «el sillón negro». Vladimir se resignaba y se callaba; a veces, apesadumbrado por el castigo y quizás debido al olor del cuero, se adormecía...

Este chico, que había comenzado tarde a caminar, era sumamente inquieto. En la casa, a causa de su figura maciza y su baja estatura, se le había apodado «Barrilito». Si su actitud respecto a los juguetes era de indiferencia, le gustaban los juegos que exigían movimiento, animación y fuerza como un competidor que se empeñaba, no sin éxito, en ocupar el primer puesto. Los juegos del escondite, del gallo ciego, los deportes invernales, posteriormente el *criquet* y el patinaje, lo apasionaban uno tras otro o simultáneamente.

Alejandro tenía iniciativa para los juegos, pero se contenía hasta en los momentos de arrebato. Vladimir quería invariablemente «pasar y superar», hallándose bastante dispuesto, por otra parte, a abrirse paso a los codazos. Vladimir difería, desde su primera infancia, en muchos otros rasgos de carácter de su hermano mayor. Alejandro era perseverante, le gustaba coleccionar, tallar figuritas de madera; de este modo, el futuro naturalista se perfeccionaba en aplicación y paciencia. En cuanto a Vladimir, los estudios meticulosos no eran para su carácter. Durante un tiempo, Alejandro coleccionó carteles teatrales y los dispuso cuidadosamente sobre el piso. El pequeño Vladimir saltó sobre las preciosas hojas abigarradas, las pisoteó, las estrujó, desgarrando algunas. Alejandro no pudo comprender tamaño vandalismo, se ensombrecieron sus ojos, pero no peleó ni tampoco reprendió al desvergonzado, eso no estaba en sus hábitos: guardaba dentro de sí sus disgustos, tanto los pequeños como los grandes. Pero cualquiera que fuese la diferencia de temperamento entre Vladimir y Alejandro, el primero hacía todo lo posible por imitar al segundo. Cuando se le preguntaba si comería la *kacha*^[53] con manteca o con leche, respondía: «como Alejandro». Y de la misma manera que Alejandro, bajaba más tarde con patines una pendiente escarpada. La fuerza moral y el firme carácter del hermano se le imponían a «Barrilito». Y al mismo tiempo, la imitación lo impulsaba a ponerse al nivel del mayor. La fórmula «como Alejandro», de la que se burlaban frecuentemente en la casa, tenía este doble sentido: la confesión de la superioridad del otro y la voluntad de «pasar y superar».

Alejandro era de una franqueza orgánica casi patológica: la astucia y la mentira, le eran tan imposibles como decir groserías o insultar; en las ocasiones difíciles, guardaba silencio. En la sana franqueza de Vladimir había un elemento de malicia. A

pesar de su naturaleza en exceso expansiva, era incapaz de renunciar a la mentira defensiva: era incapaz de disfrutar una manzana sin robarla en la cocina durante la ausencia de la madre vigilante; no podía retorcerle las patas a los caballos de papel maché sin esconderse detrás de la puerta; y ¿podía confesar a una tía poco conocida que era justamente él, Vladimir, quien de visita en su casa, había roto, al correr, una garrafa? Y sin embargo, tres meses después, antes de dormirse, el muchachito se deshacía en llantos en su cama, confesando a su madre que no sólo había roto la garrafa sino que además le había mentado a su tía. De donde vemos que el imperativo categórico de la moral no era absolutamente tan extraño a Vladimir como lo afirmaron posteriormente los innumerables enemigos de Lenin.

Quizás sea conveniente advertir que Vladimir no era de ninguna manera un «niño prodigio»: esta denominación puede más bien ser adjudicada a Olga, la hermana menor. Él creció como un niño normal y sano, quizás con cierto retraso en los primeros años. Según los recuerdos de Elisarova, Vladimir aprendió a leer con su madre, a la edad de cinco años, y aun al mismo tiempo que Olga, su hermana menor. Se desprendería de esto que la pequeña comenzó a leer mucho más rápidamente. Posiblemente haya que añadir por lo menos seis meses más o un año. Ilya Nikolaievich, recibía muchos libros destinados a la infancia. Sin embargo, era Olga la que más se apasionaba por la lectura y el recitado de las poesías; estaba estrechamente ligada a Vladimir por su desarrollo intelectual, pero su carácter era más próximo al de Alejandro. Vladimir leía habitualmente, pero abandonaba de buena gana los libros infantiles por las trapisondas o las corridas de carreras. Amaba la vida sobre todo a través del movimiento. En el escritorio de su padre aparecían, cada tanto, nuevos aparatos de física y algún otro material, con cuya ayuda los niños, en los momentos libres, comulgaban con los misterios de la ciencia. Sin duda alguna, Vladimir sabía captar lo esencial en pocas palabras. Se desarrollaba y adquiría capacidad de juicio con una gran rapidez.

A diferencia de Alejandro, muy atento con los miembros más jóvenes de la familia, Vladimir se complacía, en diversas ocasiones, en demostrar su superioridad sobre ellos. Cuando los niños, acompañados al piano por la madre, cantaban la canción de la cabra montés atacada por el lobo gris, Dimitri, que era muy sentimental, generalmente estallaba en llanto. Se procuraba hacerle comprender que no había que tomarse tan a pecho la historia de una cabra montés desconocida. Dimitri se esforzaba en contenerse. ¡Pero no se trataba de esto! El lobo gris acechaba al mismo Dimitri. Desde que la canción llegaba al punto crítico, Vladimir con gestos y entonaciones desconsoladoras, terminaba la estrofa final: «Sólo le quedaban a la abuela los cuernos y los unicornios», y el pobre Dimitri volvía a sollozar.

Gracias a la madre, la música era generalmente muy apreciada en la familia. Los niños cantaban con ganas, «gritaban», según la expresión de la vieja nodriza, acompañados por su madre. Según la tradición, Vladimir probaba en estos casos tener no sólo afición a la música sino además un oído entrenado. De todas maneras, las

facultades musicales del muchachito, si efectivamente existían, no se desarrollaron posteriormente. Pero el amor hacia la música le quedó para toda la vida.

El maestro particular Kalachnikov y luego la institutriz Kachkadamova prepararon a Vladimir para dar sus exámenes para ingresar al gimnasio. Kalachnikov recuerda a un muchacho de constitución fuerte, de cabellera pelirroja que caía en rizos sobre su frente ancha, con poca semejanza a los demás niños de la familia, más activo, de rápida comprensión y propenso a la ironía.

Habitado a la enseñanza en la escuela comunal a los hijos de los alógenos, Kalachnikov había adquirido la costumbre de pronunciar lentamente y modulando; el impaciente Vladimir, que no tenía necesidad de tal sistema, se burlaba simplemente de su maestro. Este pequeño y curioso rasgo revela que el sentimiento de respetuosidad no se había desarrollado en el muchacho y que había comenzado desde temprano a mostrar sus pequeñas garras no solamente sobre sus hermanos menores.

En 1878, cuando Vladimir tenía ocho años, los Ulianov se mudaron a una casa de madera de su propiedad, muy modesta, pero que de todas maneras tenía un jardín, que se convirtió en objeto de las preocupaciones y cuidados de toda la familia. Vladimir era probablemente el más ágil y el más apresurado de todos en acudir, regadera en mano, a trabajar en el jardín; tampoco era el último, cabe imaginarse, en recoger los frutos. Era curioso el régimen establecido a este respecto en la familia: se señalaba exactamente a los niños los árboles y plantas que les estaban adjudicados, aquéllos cuyos frutos eran reservados para las provisiones de invierno o bien para el santo del padre, y todos observaban rigurosamente la disciplina impuesta a su glotonería. Una chiquilla, que estaba de visita, mordió por travesura una manzana que colgaba aún del árbol y que pendía justo ante ella. Medio siglo después de esta catástrofe, A Elisarova todavía recuerda: «Para nosotros, tamaña travesura (!) era extraña e incomprensible». Este juicio de una pedantería asombrosa ilustra bien el espíritu patriarcal de la familia, donde la disciplina era asegurada de distintas maneras pero con mucho éxito, tanto por el padre como por la madre. El espíritu de economía, la preocupación por el orden, el respeto hacia el trabajo y sus frutos, fueron asimilados, desde sus jóvenes años, por el futuro gran subversivo. Si hubiera sido, seguramente, incapaz de llamar «pillería» a una tontería infantil tan inocente, de todas maneras la negligencia y la prodigalidad de los adultos le fueron, luego, profundamente antipáticas.

A la edad de trece años, se le ocurrió a Alejandro la idea de publicar una revista semanal familiar; como no se sentía con aptitudes para el oficio de escritor se encargó de la secretaría de redacción y se ocupó además en proveer los crucigramas, las adivinanzas e ilustraciones. Vladimir, con sus nueve años, se convirtió en el principal colaborador, bajo el seudónimo de Kubyhkin («Barrilito»). Hasta la pequeña Olga, niña de siete años, enriquecía la revista con sus garabatos. La publicación se hacía todos los sábados y llevaba un título apropiado (*Subbotnik*^[54]). Ana, que a los quince años ya conocía las obras del célebre crítico Belinsky, bombardeaba con artículos

sarcásticos una novela del joven escritor Kubychkin. Vladimir escuchaba las críticas, sin mostrarse para nada ofendido: él aprendía y tomaba buena nota. En estos debates literarios participaban también el padre y la madre. Sus rostros se iluminaban de alegría al contemplar a sus hijos. «Esas noches —escribe Elisarova—, marcaron el punto culminante de nuestra intimidad familiar, de los cuatro hermanos mayores con los padres. ¡Qué radiante y alegre recuerdo nos ha quedado de ellas!»

A los nueve años y medio, Vladimir fue inscripto en la clase elemental de un gimnasio. Ahora llevaba él un uniforme «como Alejandro» y se encontraba bajo la autoridad de los mismos maestros, vestidos con libreas en cuyos botones de metal se veía el águila bicéfala. Pero por todo su carácter, Vladimir soportaba mucho más fácilmente que Alejandro el régimen del gimnasio, con su opresión y su falsedad. Aun los estudios clásicos no constituyeron para él una carga: el futuro escritor y orador tomó rápidamente el gusto por los antiguos maestros de la lengua. Vladimir aprendía con extraordinaria facilidad. Este niño inquieto y tumultuoso, cuyo pensamiento comprendía un amplio horizonte intelectual, poseía a un grado incomparable el don de una concentrada atención. Inmóvilmente sentado en su pupitre, recogía todas las explicaciones de sus maestros, impregnándose de ellas: de este modo, una lección por aprender se convertía para él en una lección aprendida. De regreso en casa, terminaba rápidamente los deberes para el día siguiente. Mientras Ana y Alejandro se instalaban para trabajar en la gran mesa del comedor, Vladimir comenzaba ya su agitada vida, hacía bataholas, charlaba, fastidiaba a sus hermanitos menores. Los mayores protestaban. La autoridad de la madre no era siempre suficiente. Vladimir andaba en cuatro patas. A veces el padre, si se encontraba en la casa, conducía al pequeño turbulento hasta su escritorio, para ver si había terminado de estudiar sus lecciones. Pero Vladimir respondía sin ninguna duda. El padre tomaba entonces los viejos cuadernos y examinaba los conocimientos del niño en toda la extensión del programa. Vladimir, aun allí, era imbatible. Las palabras latinas se grababan firmemente en su memoria. El padre no sabía si debía alegrarse o afligirse por ello: el niño se liberaba verdaderamente con demasiada facilidad de sus estudios y era posible que la aplicación hacia el trabajo no se desarrollase en él...

De vuelta del gimnasio, Vladimir les contaba a sus padres los incidentes del día, hablaba sobre todo de las preguntas que le habían hecho sobre las diferentes materias y de las respuestas que había dado. Como sus éxitos se había convertido en bastante habituales, pasaba rápidamente ante el escritorio de su padre, haciendo su informe en dos palabras: «el griego, muy bien; el alemán, muy bien». Al día siguiente o al siguiente, pasaba lo mismo: «el latín, muy bien; el álgebra, muy bien». El padre y la madre intercambiaban en secreto sonrisas de satisfacción. A Ilya Nikolaievich no le agradaba alabar abiertamente a los niños, particularmente a este muchacho presumido que todo lo aprendía con demasiada facilidad. Pero los éxitos de los niños aportaban, naturalmente, una nota de alegría en la vida familiar. Por la noche todos estaban contentos, sentados ante la gran mesa en que se tomaba el té. Ilya Nikolaievich no

había perdido el gusto por las bromas y por las anécdotas escolares. Se reía mucho y el primero en empezar con los chistes era frecuentemente el director de escuelas primarias. «Una se siente reconfortada y cómoda en esta familia tan unida —cuenta la institutriz Kachkadamova...— el más parlanchín es Vladimir y también su hermana Olga. ¡Cómo resuenan sus voces y risas comunicativas!»

La voz de Vladimir, hay que reconocerlo, era a veces demasiado ruidosa. Dado que al interior del gimnasio, el muchacho se mostraba muy disciplinado, la tensión nerviosa de la que no había podido liberarse se descargaba inevitablemente en la casa, y no siempre a favor de la tranquilidad de los suyos. Su conducta en el seno de la familia era por otra parte muy desigual, según se encontrase o no en la casa el padre. Evidentemente, Vladimir temía a su padre, que era capaz no sólo de jugar como un niño con los niños, sino de manifestar cada tanto algo de rigor. Elisarova estima que el padre, rendido de cansancio, no tenía bastante en cuenta la individualidad de sus hijos, particularmente de Alejandro, pero que su sistema pedagógico era sin embargo «completamente justo» con respecto a Vladimir, como contrapeso a «su gran presunción y arrogancia». Agradecemos poder reunir estas preciosas migajas y nos lamentamos únicamente de que hayan sido tan pocas. ¿Formaba parte del sistema de Ilya Nikolaievich el abstenerse de las alabanzas al mismo tiempo que de los castigos? Como inspector de escuelas primarias escribía en 1872: «Los maestros consagrados a su trabajo no necesitan recurrir a los castigos...». Sin embargo, en su familia, ¿aplicaría este padre sus propios preceptos pedagógicos? No tenemos, a este respecto, testimonio directo. Los recuerdos de familia, como siempre, sin endulzar a nadie en particular, insisten sin la menor reticencia en la uniformidad de carácter y la firmeza de la madre; es muy natural pensar que con el padre no ocurría lo mismo. El carácter autoritario de Ilya Nikolaievich, susceptible de arrebatos, no puede sino confirmar esta hipótesis. Toda familia tiene su reverso. ¿Y puede ser de otra manera cuando una familia está abrumada por obligaciones que, evidentemente, la presionan? Una buena familia no quiere decir una familia irreprochable, sino sólo una familia que es más útil que otras situadas en las mismas condiciones. La familia Ulianov era una buena familia, de espíritu conservador; una familia provinciana, con serios intereses y una sana atmósfera. Los padres vivían en perfecto acuerdo y los niños no estaban de ninguna manera expuestos a la influencia desmoralizadora de las disputas o conflictos entre padre y madre. La existencia de los mayores, particularmente de Alejandro, resultaba propicia al desarrollo de los menores. Aunque Vladimir no escapase a las enfermedades durante sus primeros años escolares, su organismo era suficientemente robusto y evolucionaba bien. Debido a sus capacidades, no podía ser cuestión de una excesiva tensión de sus fuerzas. Crecía con el empuje de un joven roble, hundiendo profundas raíces y se nutría abundantemente de aire y de savia. Cómo no decir: ¡feliz infancia!

El verano en Kokuchkino, región natal de la madre, era, como para todos los niños más o menos privilegiados, la época más feliz del año. Allá volvían a reunirse,

luego de una prolongada separación, los numerosos primos y primas, se organizaban juegos interminables, se hacían largos paseos y se formaban amistades infantiles o pasiones amorosas. Vladimir era el más fogoso en los juegos, especialmente en las competencias de todo tipo. En Kokuchkino también pudo contemplar de cerca el mundo campesino; asimismo se le permitió por una o dos veces, ir con los pequeños pastores a guardar los caballos por la noche. ¡Qué lejos estaba el literato Kubyckin de pensar que esos contactos con el pueblo serían interpretados medio siglo después como origen de la idea de una unión obrera y campesina! Pero es indudable que en esta pequeña cabeza de niño, particularmente receptiva, estos pasajeros encuentros de las vacaciones acumulaban una preciosa reserva de sensaciones que más tarde habrían de rendir sus frutos.

Cuando mataron a Alejandro II, Vladimir cursaba el segundo año de estudios; no había cumplido todavía los once años. A esta edad, a decir verdad, Alejandro ya leía a Nekrasov y meditaba a su manera sobre el destino de los oprimidos. Pero el padre no alentaba a sus hijos más jóvenes a leer la literatura «radical». Ya había en la atmósfera una corriente de reacción, cuyo soplo no sólo se dejaba sentir en el gimnasio sino también en la familia. Puede afirmarse con certeza que el interés por la política casi no se despertó en Vladimir antes de que finalizase sus estudios en el gimnasio. El acontecimiento del 1.º de marzo de 1881, así como los servicios fúnebres y los discursos subsiguientes, sólo debieron producir en él un efecto de excitación, semejante al que provocan un incendio o una catástrofe ferroviaria. El hijo del director de escuelas primarias, educado en el espíritu de la disciplina y de la fe ortodoxa, no había comenzado todavía a dudar de la justeza de las cosas tal como son. Es muy interesante señalar que su futuro y más allegado compañero de lucha, que se convirtió más tarde en el jefe de los mencheviques y en su enemigo irreconciliable, Julius Cederbaum (Martov)^[55], educado en una familia israelita liberal de Odessa, reaccionó a los ocho años de edad sin duda alguna con más vehemencia que Vladimir ante el acontecimiento del 1.º de marzo. En la cocina oyó que se referían a los nobles que habían asesinado al «emancipador» y en el salón se hablaba de los insensatos que creían que conquistarían la libertad lanzando bombas. Los pogromos antisemitas que señalaron el comienzo del nuevo reinado fijaron tempranamente la línea política de Julius, niño impresionable y bien dotado. Al contrario, por su temperamento alegre y activo, Vladimir debía desembarazarse pronto de la impresión causada por el extraordinario acontecimiento que se había desarrollado en las alturas inaccesibles y que en nada le tocaba, personalmente, como tampoco a sus allegados. Pasaba simplemente al orden del día: «aritmética: muy bien; latín: muy bien...».

El padre se equivocaba al inquietarse. Vladimir no presumía demasiado de sí mismo; al contrario, cuanto más avanzaba, más responsable se hacía. Durante algún tiempo tuvo gran afición por el patinaje, pero como después de practicarlo en el aire glacial se sentía con sueño, renunció a los patines en provecho de sus estudios. Al

relatar este episodio, que le contara el mismo Lenin, Krupskaja^[56] añade: «Vladimir Ilich sabía, desde su adolescencia, librarse de todo lo que era un impedimento». Su atención, diseminada sobre diversas materias, era, como ya sabemos, capaz de concentrarse y tenía, a fin de cuentas, una dirección utilitaria. Observaba muy bien en los otros, no sólo las debilidades y los aspectos cómicos, sino también aquellos rasgos de carácter fuerte que le faltaban. Quizás no siempre mencionase tales rasgos en voz alta: Vladimir había aprendido tempranamente de su padre que no había que apresurarse demasiado en elogiar a las personas; pero por eso mismo se esforzaba más ardientemente por asimilar las ventajas de los otros. En su familia, todos trabajaban con más asiduidad y método que él; sobre todo Alejandro. El ejemplo del hermano mayor no se borraba jamás de su horizonte. Desde que Ilya Nikolaievich se había comprado una casa, los dos hermanos habitaban en el entresuelo, donde ocupaban dos piezas contiguas, apartados del resto de la familia. Alejandro, podemos suponerlo, debía pasar muy a menudo sin detenerse delante de su joven hermano, demasiado ruidoso y desenvuelto. Pero Vladimir observaba atentamente a Alejandro, tomaba como ejemplo a Alejandro, y marchaba al mismo paso que Alejandro. Así sucedió hasta la partida del hermano mayor para la Universidad, cuando el menor ingresaba al quinto año de estudios. Esta vecindad ejerció, sin ninguna duda, una influencia benéfica sobre Vladimir: había aprendido a multiplicar sus capacidades a través de la constancia. Además, mientras que Alejandro se atraía el cariño de todos por su dulce reserva, Vladimir, al igual que su padre, se distinguía por una gran irritabilidad que debía ocasionarle muchos disgustos. Al llegar a la adolescencia, se esforzaba también en este sentido por ser «como Alejandro». Esto no era fácil, pues en sus explosiones de amargura se revelaba un indomable temperamento. Cuando la hermana mayor escribe: «en sus años más maduros no observamos para nada, o casi para nada, arrebatos de su parte», no se priva de caer en alguna exageración. Pero, sin duda alguna, Vladimir aprendía con éxito a disciplinarse.

Había en la casa un juego de ajedrez, cuyas piezas había tallado el padre en Nijni-Novgorod y que se transformó paulatinamente en una especie de reliquia. Del lado masculino, empezando por el padre, todos se entregaban con pasión a la casuística desinteresada de este antiguo juego, en el que la superioridad de ciertas facultades intelectuales, a decir verdad no las más elevadas, encuentra su más inmediata expresión y satisfacción. Los hijos respondían siempre rápidamente al llamado del padre cuando los invitaba a jugar una partida, pero cada vez más las relaciones de fuerza daban ventaja a la joven generación. Alejandro se había procurado un manual de ajedrez y con la calma perseverante que lo caracterizaba, había profundizado la teoría del juego. Al cabo de algún tiempo, Vladimir siguió su ejemplo. Evidentemente, los hermanos debieron obtener éxitos fulminantes, pues una noche, al subir la escalera, Vladimir se topó con su padre, que volvía del entresuelo llevando consigo el manual, con el evidente propósito de armarse un poco mejor para los futuros duelos.

Pero, aunque existía una hora para la recreación, el trabajo reclamaba su tiempo. Vladimir subía los peldaños del programa del gimnasio sin tropiezos y siempre distinguido con premios. Solamente en el transcurso del séptimo año tuvo un conflicto con el profesor de francés, individuo ignorante y grosero, a quien Vladimir había hecho blanco de sus burlas. La imprudencia fue castigada: el «Francés» le hizo poner una mala nota en conducta para el trimestre, Ilya Nikolaievich se enfadó y Vladimir le prometió firmemente terminar con las experiencias arriesgadas. El incidente no tuvo mayores consecuencias. En una insolencia hacia un maestro que no era respetado, la dirección pedagógica no quiso ver un estado de ánimo reprehensible. Y para esa época, no se equivocaba.

En los anales del gimnasio de Simbirsk, Vladimir Ulianov eclipsó evidentemente a su hermano Alejandro. En el dominio de los gustos y predilecciones intelectuales se notaban en ambos hermanos evidentes e interesantes diferencias. Las composiciones no eran el fuerte de Alejandro; por el contrario, las redactaba cortas y en un tono seco. Los frenos interiores que tan seductor tornaban su carácter, le inhibían de manifestarse exteriormente. Odiaba la fraseología, y todo lo que en una conversación rebasaba los límites de lo indispensable, le molestaba. Su pensamiento, honesto hasta la timidez, estaba desprovisto de flexibilidad. Y como —aunque poseía un notable sentido crítico— carecía de dones literarios, reducía sus redacciones a un mínimo ascético.

Vladimir, en cambio, se distinguió en clase como «literato». Él tampoco tenía predilección por el estilo en sí mismo. Muy por el contrario, la preocupación por la ornamentación superficial le era tan extraña en la literatura como en la vestimenta. Su sano apetito intelectual no necesitaba condimentos. Pero la austeridad literaria de Alejandro no era de ninguna manera propia en Vladimir. La fuerte y agresiva confianza en sí mismo, que alarmaba al padre y sólo podía repugnar, a veces, al hermano mayor, no dejaba de manifestarse en Vladimir incluso en el dominio de la creación literaria. Cuando se disponía a escribir una composición, no a último momento, sino con el tiempo necesario, sabía de antemano lo que era menester decir y cómo había que decirlo. Escogía un lápiz de mina dura y afilándolo cuidadosamente para que los caracteres se dibujasen con rasgos finos sobre el papel, bosquejaba ante todo su plan, para garantizarse el pleno desarrollo de su pensamiento. En torno al esquema trazado, disponía luego las notas y las citas extraídas, no sólo de los manuales escolares, sino también de otros libros. Cuando el trabajo preparatorio estaba terminado, las anotaciones numeradas y la entrada en materia y la conclusión establecidas, la composición se extendía casi por sí misma sobre el papel; no restaba a continuación más que pasar en limpio cuidadosamente el trabajo. El profesor de literatura Kerensky, que era también director del gimnasio, aprobaba calurosamente a este vigoroso prosista pelirrojo, daba a sus escritos como ejemplo y lo recompensaba con la nota más alta. En sus entrevistas con los padres — y las relaciones entre Kerensky y los Ulianov eran amistosas—, el director del

gimnasio no desperdiciaba nunca la ocasión de elogiar a su alumno.

En lo que respecta a las ciencias naturales, Vladimir, en el período del gimnasio, se mostraba frío; no iba, como su hermano mayor, a correr tras las mariposas o a pescar, no colocaba trampas para los pájaros y no acompañaba a Alejandro durante sus paseos estivales en bote. El amor por la naturaleza no se desarrolló visiblemente en él sino hasta más tarde. Su propia naturaleza, con sus cualidades y posibilidades, que no cesaban de expandirse, absorbieron demasiado su atención en estos años de despertar espiritual y de primer crecimiento. Se dedicaba a la literatura, a la historia, a los clásicos latinos, es decir, a esa esfera de conocimientos que atañe directamente al hombre y a lo humano. Sin embargo, sería inexacto definir el carácter general de sus intereses como el de un *humanista*. Esta palabra huele demasiado a diletantismo, a lugares comunes, a delicadas citas. Sin embargo, el pensamiento de Vladimir estaba orgánicamente penetrado, desde sus primeros años, de un profundo realismo. Sabía observar, aprehender y casi espiar la vida en sus diversas manifestaciones, tenía un gusto muy vivo por las cosas en toda su materialidad y buscaba, desconfiado, el trasfondo que ocultaban las apariencias engañosas, del mismo modo que en sus años infantiles había procurado develar el misterio más íntimo de los caballitos de juguete. Las preferencias que reveló en el gimnasio por el dominio de las ciencias, caracterizaban no tanto la tendencia esencial de su intelecto como cierta etapa de su desarrollo. Ni la literatura ni la historia, y tanto menos la filosofía clásica, entraron posteriormente en el círculo inmediato de sus intereses intelectuales. Poco después de terminar sus estudios en el gimnasio, las pasó por alto, inclinándose hacia la anatomía de la sociedad, es decir, hacia la economía política.

Nada hemos dicho hasta ahora sobre la actitud de Vladimir hacia la religión. Y no por casualidad: la cuestión de la ortodoxia y de la Iglesia no se le planteó a su conciencia de una manera crítica sino en el último período de sus estudios secundarios. Esta circunstancia, muy explicable a causa de las condiciones del medio, de la época y de su carácter personal, por inverosímil que pueda parecer, molesta a los biógrafos oficiales. Para llegar a la verdad, es preciso en la actualidad abrirse camino entre un montón de obstáculos. Por el contrario, tomando precisamente como base el ejemplo de la ruptura de Lenin con la leyenda cristiana, es posible darse cuenta de cómo surge y se desarrolla la leyenda leninista.

El ingeniero Krjijanowski^[57], militante soviético muy conocido, escribe: Lenin «me decía que ya en su quinto año de estudios en el gimnasio, había concluido bruscamente con todas las cuestiones de la religión: se había arrancado la cruz que llevaba al cuello como la mayoría de los rusos, y la había tirado a la basura». Krjijanowski ha redactado sus recuerdos sobre Lenin —con quien estuvo ligado en su juventud por la actividad revolucionaria, la prisión y el destierro—, casi treinta años después de la conversación a que se refiere. ¿Es exacto que la crisis de conciencia religiosa se haya producido en Vladimir durante su quinto año de estudios y es entonces verdad que la pequeña cruz fue arrojada «a la basura», o Lenin habría sólo

empleado en la conversación una de esas rudas metáforas a las que era tan aficionado? Para resolver estas cuestiones, el tardío testimonio de Krjijanowski necesita, como se verá, ser seriamente verificado: después de un plazo tan largo, la memoria no sólo deforma la experiencia vivida por otro sino también la que uno mismo ha vivido. Más asombrosa resulta aún la modificación del testimonio de Krjijanowski efectuada por la pluma de otro viejo bolchevique, uno de los dirigentes de la historiografía del partido: cuando Vladimir llegó a deducir «que no existe ningún dios», según Lepechinsky, «había arrancado la cruz de su cuello, habría escupido despreciativamente sobre la santa reliquia y la habría tirado por el suelo». Podrían darse todavía otras variantes, describir cómo Vladimir no sólo arrojó la cruz al suelo sino como también la «pisoteó». Los motivos pedagógicos de esta libre interpretación del texto fundamental son formulados expresamente por Lepechinsky en una revista destinada a la juventud: sepan los jóvenes comunistas (komsomols), que el joven Lenin se desembarazó de los prejuicios religiosos «a su manera, *como verdadero Ilich*, revolucionariamente...». Otros memorialistas y comentaristas nos muestran, no tanto a Lenin en sus años juveniles, como a ellos mismos —¡ay!— en la declinación de sus días.

Krupskaia, que encontró por primera vez a Lenin en la misma época que Krjijanowski y Lepechinsky, nada dice, en sus propios recuerdos, sobre la cuestión de la religión y de la Iglesia. Únicamente de pasada, y atenuándolo, evoca el relato de Krjijanowski. «Ilich había comprendido la nocividad de la religión —escribe en sus *Memorias*, tan conocidas— desde los quince años. Se desembarazó de la cruz y dejó de frecuentar la iglesia. En aquella época esto no era tan simple como en la actualidad». Como para justificar a Lenin por haber roto demasiado tarde con la ortodoxia, Krupskaia comete, sin embargo, un error sobre su edad: si esto acaecía en el curso del quinto año de estudios, Vladimir no tenía quince años, sino sólo catorce. Todas estas versiones, que no concuerdan entre sí, son reproducidas multitud de veces. Pero existe, sobre la cuestión que nos ocupa, un testimonio incomparablemente persuasivo, que es a la par un documento absolutamente auténtico.

A. Elisarova es el único de los testigos vivientes que puede hablar de la evolución de Vladimir, no según una frase fugaz o una conversación referida a una época reciente, sino de acuerdo a sus propias observaciones vivientes, en conexión con todas las vicisitudes del pasado familiar y por tanto con garantías infinitamente mayores de autenticidad en los hechos y en la psicología. Sería necesario parece, empezar por escucharla. Durante el invierno de 1886, unidos por la pérdida del padre, la hermana y el hermano se paseaban juntos con frecuencia y Ana notó que Vladimir tenía una disposición de ánimo muy hostil con respecto a la dirección y la enseñanza del gimnasio así como hacia la religión. Nada le dijo su hermano sobre la crucecita que habría tirado a la basura. El testimonio de Elisarova nos será necesario todavía más adelante para definir la evolución política de Lenin. Por el momento, basta notar

que sólo cuando Vladimir pisa el umbral de los diecisiete años, su hermana se tropieza con algo nuevo en él: su actitud negativa frente a la religión que, según ella, completa su rebeldía contra las autoridades del gimnasio. Como para justificar este desarrollo, tardío de acuerdo a la medida de los nuevos tiempos, Elisarova escribe: «En esa época, la juventud, sobre todo en una provincia atrasada, ajena a la vida social, no tomaba tan tempranamente una posición política». Aparte de este inestimable testimonio de Elisarova, en cuyos recuerdos, en el presente caso, podemos basarnos aún más en la medida que después de varios meses de separación, los cambios ocurridos en el estado de ánimo y las concepciones de su hermano, debieron hacérsele evidentes, disponemos aún de otro testimonio, esta vez absolutamente indiscutible: el del propio Lenin. En la hoja de encuesta del partido, escrupulosamente contestada por él y de su propia mano, a la pregunta: «¿Cuándo ha dejado usted de creer en la religión?», respondió: «A los dieciséis años». Lenin sabía ser exacto. Pero su declaración, que concuerda perfectamente con el testimonio de la hermana mayor, no ha sido bien recibida, al no resultar, evidentemente lo bastante edificante para la educación de los komsomols^[58].

Lo que dice Elisarova del carácter tardío del desarrollo político de la juventud en una provincia perdida sólo es verdad en parte, y en cualquier caso insuficiente. Según lo que ella misma relata, Alejandro se había apartado de la Iglesia más precozmente. Nada enigmático hay en esta diferencia entre los dos hermanos. Cuando Alejandro pasó por el gimnasio, el ateísmo combativo se había apoderado de la intelligentsia avanzada y se abría paso aún entre las filas del personal educativo de los gimnasios. Durante los años '80, por el contrario, «la educación religiosa y moral» que desde lo alto implantaba Pobedonossev^[59], era bien recibida por la reacción ideológica, incluso en la sociedad más culta. Pero no hay que perder de vista la diferencia psicológica de las individualidades. Encerrado en sí mismo y extremadamente sensible a toda falsedad, Alejandro podía y debía despertar más pronto al espíritu de la crítica y del descontento que el alegre Vladimir, a quien su impetuosidad le impedía, por un tiempo, prestarle oídos a la duda. En la actitud religiosa de Vladimir no hubiera podido descubrirse la menor traza de misticismo. Sus relaciones con la Iglesia eran para él, simplemente, un elemento de la vida familiar y escolar, en la que nadaba como un pez en el agua, a través de los éxitos, de los juegos y de las bromas. En cierto sentido, no había tenido tiempo para arreglar sus cuentas con la tradición religiosa. Fue necesario un fuerte impulso desde afuera, para que el trabajo interno de crítica, que ya había amasado un buen número de observaciones inconscientes, se exteriorizase bruscamente. Este impulso debía ser la muerte del padre, la primera muerte de un hombre vista de cerca, y más aún de un pariente querido.

CAPÍTULO VIII

UNA FAMILIA GOLPEADA POR LA TRAGEDIA

«Todas las familias felices se parecen —dice Tolstoi—, cada familia, desgraciadamente, es desdichada a su manera». La familia Ulianov, durante casi veintitrés años, conoció una vida dichosa y se pareció a otras familias donde reinaban la armonía y la prosperidad. En 1886 recibió el primer golpe: la muerte del padre. Pero una desgracia nunca viene sola. Pronto, a la primera, siguieron otras: la ejecución de Alejandro y el arresto de Ana Y muchas más sucederían. Desde entonces, parientes y extraños comenzaron a considerar que la familia Ulianov era una familia desdichada Y, efectivamente, fue desgraciada, aunque sólo a su manera...

Cuando Ilya Nikolaievich alcanzó los veinticinco años de servicio, el ministerio le acordó tan sólo uno de servicio suplementario, y no cinco como se otorgaban a la mayoría de los altos funcionarios. Ilya Nikolaievich vio, con amargura, cómo se desconocían sus méritos. Al emitir la hipótesis de que el padre habría sido «humillado» por el empeño excesivo con que se dedicaba a la instrucción pública, Elisarova se adelanta demasiado: el ministro que se negó a retener a Ulianov por cinco años todavía, era Saburov, «el liberal» que representó, en 1880, «la dictadura del corazón» en el dominio de la instrucción pública. Es asimismo posible que Saburov, deseando renovar el personal, haya comenzado por eliminar a los rutinarios eméritos y que Ilya Nikolaievich, por una inadvertencia ministerial, haya sido comprendido en esta categoría. No obstante, Saburov mismo fue pronto destituido, lo mismo que su jefe Loris-Melikov, y el sucesor de Saburov, que examinó el asunto, mantuvo a Ulianov en servicio por cinco años más. Es indudable, en cualquier caso, que Ilya Nikolaievich soportó penosamente estas inesperadas tribulaciones. Su jubilación prematura amenazaba no sólo arrancarle de su trabajo habitual, sino también causar dificultades materiales a la familia.

El cambio de la orientación del gobierno en materia de enseñanza se produjo en realidad después de haberse jubilado Ulianov. El zemstvo cayó en desgracia y junto con él cayeron también todas las escuelas de los zemstvos. A la vez que, en 1884, se dictaban nuevos estatutos universitarios, se promulgaron decretos sobre las escuelas parroquiales. Ilya Nikolaievich no abrigaba simpatía por esta reforma: no por hostilidad a la Iglesia, naturalmente —al contrario, extremaba su afán por conseguir que el catecismo fuese enseñado con regularidad en las escuelas de los zemstvos—, sino por el amor que tenía por su tarea de educador. A medida que arreciaba el viento

de la reacción, el director de las escuelas primarias de Simbirsk, por la misma preocupación que tenía por la instrucción pública, llegaba involuntariamente a oponerse a la nueva corriente. Aquello que antes constituía para él un mérito, parecía ahora serle reprochado. Se vio forzado a retroceder y a adaptarse. Todo el trabajo de su vida se derrumbaba con este golpe. Cuando se presentaba la ocasión, Ilya Nikolaievich no dejaba de recalcar ante sus hijos mayores las funestas consecuencias de la lucha revolucionaria, que engendró la reacción en vez del progreso. Tal era el estado de ánimo de la mayoría de los pacíficos trabajadores culturales de la época. Un propietario noble, Nazarev, en su correspondencia habitual al redactor en jefe de la revista liberal *Vestnik Evropy* (El Mensajero de Europa), añadía confidencialmente, a propósito de Ulianov: «No goza de los favores del ministerio y está lejos de prosperar». Ilya Nikolaievich soportaba penosamente, aunque con resignación, las «humillaciones» que el gobierno infligía a las escuelas populares. La alegría de antaño desapareció, los últimos años de su vida fueron envenenados por la incertidumbre y la ansiedad. En enero de 1886 cayó enfermo repentinamente, en momentos en que redactaba su informe anual. Alejandro estaba en Petersburgo, entregado por entero a preparar una disertación sobre zoología. Vladimir, a quien sólo faltaban dieciocho meses para abandonar el gimnasio, ya debía estar soñando con la Universidad. Ana había llegado a casa para pasar allí sus vacaciones de navidad. Nadie en la familia —y tampoco el médico—, consideraba seria la enfermedad de Ilya Nikolaievich. Proseguía trabajando en su informe; la hija le leía los papeles, cuando de repente notó que el padre comenzaba a delirar. A la mañana siguiente, el 12, el enfermo no entró al comedor; se contentó con acercarse a la puerta y echar desde allí una mirada. «Como si hubiera venido a decirnos adiós», escribió más tarde en sus recuerdos María Alexandrovna. Hacia las cinco de la tarde, la madre inquieta llamó a Vladimir y a Ana. Ilya Nikolaievich estaba postrado en el diván que le servía de lecho, ya agonizante. Los niños vieron al padre estremecerse varias veces y luego calmarse para siempre. Aún no tenía cincuenta y cinco años. El médico determinó como causa del fallecimiento «hipotéticamente, aunque lo más probable», una hemorragia cerebral. De este modo, la familia Ulianov fue cruelmente golpeada por primera vez.

«Las exequias del padre revelaron —cuenta Elisarova—, cuánta popularidad gozaba en Simbirsk». Los comentarios necrológicos enumeraron, como de costumbre, los méritos de Ulianov en el dominio de la educación. Los recuerdos más cálidos eran los de los maestros de escuela de Simbirsk. El director había sido exigente hacia ellos, a veces también riguroso, pero no había ahorrado esfuerzos por mejorar su situación material. «No habrá otro Ilya Nikolaievich», decían los maestros al dispersarse después del funeral.

Ana se quedó algún tiempo en Simbirsk para hacer compañía a su madre. Durante este período invernal se produce el acercamiento que ya conocemos entre Vladimir y su hermana mayor, los paseos en común y las conversaciones prolongadas, en donde

el hermano se descubrió ante ella como un contestatario, como un espíritu negativo, por el momento sólo respecto «de los dirigentes y de la enseñanza del gimnasio, como también de la religión». Durante las vacaciones del último verano, ese estado de ánimo aún no existía.

La muerte del padre quebró bruscamente la apacible vida familiar, cuyo bienestar parecía no tener fin. ¿Cómo no suponer que fue precisamente este golpe el que dio una nueva dirección crítica a los pensamientos de Vladimir? Las respuestas del catecismo a las cuestiones de la vida y de la muerte debieron parecerle miserables y envilecedoras frente a la rigurosa verdad de la naturaleza. Que haya efectivamente tirado su crucecita a la basura o lo que, es más probable, que la memoria de Krjijanowski haya transformado una metáfora en un gesto físico, una cosa está fuera de dudas: Vladimir debió romper con la religión brutalmente, sin largas vacilaciones, sin tentativas para conciliar eclécticamente la verdad y la mentira, con una audacia juvenil que, por vez primera, le dio alas.

Alejandro pasaba sus noches trabajando, cuando le llegó la noticia inesperada de la muerte del padre. «Durante varios días lo dejó todo —cuenta uno de sus compañeros de la Universidad—, iba y venía de una esquina a otra de su pieza, como un desesperado». Pero enteramente de acuerdo con el espíritu de esta familia, en que la disciplina refrenaba los sentimientos más fuertes, Alejandro no abandonó la Universidad para precipitarse a Simbirsk; recobró su dominio de sí y volvió a sus estudios. Algunas semanas después, la madre recibió una carta suya, breve como siempre: «Por mi estudio zoológico sobre los gusanos anillados, he obtenido la medalla de oro». María Alexandrovna lloraba, uniendo en su llanto la alegría que su hijo le proporcionaba con la aflicción por la pérdida de su marido. En adelante, había que vivir de la pensión de la madre y quizás de algunos pequeños ahorros que había dejado el padre. Fue necesario amontonarse en la casa, para alquilar parte de ella. Pero la organización de la vida siguió siendo la misma. María Alexandrovna velaba por sus hijos más jóvenes y esperaba a que el mayor concluyese sus estudios universitarios. Todo el mundo trabajaba. Vladimir proporcionaba alegrías por sus éxitos e inquietudes por sus desmesuras. Así transcurrió el año de luto. La vida ya se deslizaba por una nueva senda, más angosta, cuando cayó sobre la familia un golpe absolutamente inesperado y doblemente anonadador: el hijo y la hija se encontraron inculpados en el proceso de una conspiración zaricida. Era espantoso pronunciar tan sólo palabras parecidas.

Ana fue arrestada el 1.º de marzo en la pieza de su hermano, en donde se había presentado justo en el momento del allanamiento. Poseída de una terrible incertidumbre, la joven fue llevada presa por un asunto en el que no había tomado parte alguna. ¡Así que de esto se ocupaba Alejandro! Ellos habían crecido codo a codo; cuando aprendían a escribir se divertían haciendo palotes en el escritorio del padre; los dos amaban la música y a menudo se adormecían escuchando a su madre tocar el piano; juntos estudiaban en Petersburgo: ¡y ella lo conocía tan poco! Cuanto

más avanzaba en edad, Alejandro más se apartaba de su hermana. Con amargura cuenta Ana cómo Alejandro, cuando ella lo visitaba, dejaba su libro con visible pesar. Él no le hacía confidencias sobre sus pensamientos. A cada nueva información sobre los actos infames de las autoridades zaristas se ensombrecía y ensimismaba todavía más. «Un observador perspicaz habría podido, ya entonces, predecir su camino...». Pero Ana no era una observadora perspicaz. En el último año, Alejandro se negó a vivir con ella, explicando a un camarada que no quería comprometer a su hermana, que no manifestaba ninguna disposición para la acción social. Durante el invierno, Ana vio por casualidad a Alejandro mientras éste llevaba en sus manos objetos extraños. ¡Cuán lejos estaba ella de pensar que eran explosivos! Más tarde cayó ella, al visitarlo, en una reunión de conspiradores. Pero los amigos de él no eran los amigos de ella. No se la inició en nada. Uno de los últimos días, el 26 de febrero, cuando su alma se debatía en una angustia mortal, él apareció de improviso en su casa, se sentó, reflexionó, aguardó, como si esperase el milagro de un acercamiento. Pero ella no comprendió el estado de ánimo de su hermano; intentó conversar con él sobre cosas frívolas. El milagro no se realizó y Alejandro se retiró ensimismado, extraño, condenado. Y ella quedó levemente mortificada por la creencia de que él le ocultaba algo. Recién en la cárcel comprendió que su hermano había ido a verla para dirigirle un último llamado y que ella no le había dado lo que él esperaba. Desde la infancia, estaba habituada a buscar en la mirada de Alejandro la aprobación o la culpabilidad. Ahora ella sentía claramente que no había encontrado la aprobación y que, esta vez, era para siempre. Escribió a su hermano, desde una prisión a la otra: «No hay nadie mejor que tú, más noble que tú sobre la tierra». Pero el tardío gemido de la confesión no llegó a su destino.

Un pariente de los Ulianov que vivía en Petersburgo, escribió a la vieja institutriz de los niños sobre el arresto de Alejandro y Ana, rogándole que se lo comunicase con precauciones a la madre. Frunciendo sus cejas juveniles, Vladimir permaneció largo tiempo silencioso, examinando la carta de Petersburgo. El golpe inesperado le reveló bajo una nueva luz la figura de Alejandro. «Pero esto es un asunto serio —dijo— que puede tener un mal resultado para Sacha». Evidentemente no dudaba de la inocencia de Ana. A él le correspondió la tarea de preparar a la madre para recibir la noticia. Pero ésta, que adivinó las primeras palabras una desgracia, reclamó la carta y comenzó inmediatamente con los preparativos del viaje. No existía aún ferrocarril entre Simbirsk y Petersburgo; era preciso ir en coche hasta Syzran. Por razones de economía y para mayor seguridad, Vladimir se puso en busca de un compañero de viaje para su madre. Pero la novedad de los acontecimientos se había difundido ya por toda la ciudad, todo el mundo se apartaba de ellos con miedo, nadie consentía en viajar con la madre de un terrorista. Buena nota tomó Vladimir de esta lección. Esos días, influyeron muchísimo en la formación de su carácter y de sus inclinaciones. El adolescente estaba severo y taciturno. Se encerraba a menudo en su pieza, cuando no se hallaba obligado a ocuparse de los hermanos menores confiados a su cuidado.

¡Helo aquí tal como era el infatigable químico y observador de gusanos anillados, ese hermano silencioso, tan cercano y tan desconocido! Cuando le era necesario hablar de la catástrofe con Kachkadamova, repetía: «¡Y bien, es que Alejandro no podía proceder de otra manera!» La madre retornaba, en cortas visitas, para ver a sus hijos, relataba las diligencias que había efectuado y tenía esperanzas de la prisión perpetua para Alejandro: «Me iría entonces con él, mis hijos mayores ya son grandes y llevaría a los pequeños conmigo». Ya no eran una cátedra y una celebridad de sabio, sino las cadenas y la vestimenta del presidiario el objeto de las esperanzas de la madre. Recién el 30 de marzo, un mes después del arresto, obtuvo María Alexandrovna una entrevista con su hijo. Alejandro lloró, se abrazó a sus rodillas, le suplicó que lo perdonase, se justificó diciéndole que aparte de sus deberes para con la familia él tenía otro deber para con la patria y se esforzó por preparar a la madre para la suerte que lo esperaba. ¡Hay que resignarse, mamá! Pero mamá no quería resignarse. Cuando se separaba del hijo, iba a ver a la hija, cuando se separaba de la hija iba a ver las autoridades y a los personajes influyentes. Su aflicción era inconmensurable, pero su valor se elevó hasta la altura de su aflicción. Ella no se rendía, llamaba a todas las puertas, se esforzaba por reavivar la esperanza de su hijo, daba esperanzas a su hija. Fue admitida en la audiencia del Tribunal. En un mes y medio de detención, Alejandro había adquirido virilidad y hasta su voz tenía, de manera totalmente nueva, una autoridad impresionante. El adolescente ya era un hombre. «¡Qué bien Alejandro, de un modo tan persuasivo, tan elocuente!» Pero la madre no pudo permanecer en la sala hasta el fin de su discurso: esa elocuencia le destrozaba el corazón. La víspera de la ejecución, esperanzada todavía, repetía a su hijo a través de las rejas del locutorio: «¡Valor!» El 8 de mayo, cuando iba a visitar a su hija, se enteró por una hoja que se vendía en la calle, que Alejandro ya no existía. En ninguna parte han sido consignados los sentimientos que la madre infortunada arrastró consigo hasta la reja detrás de la cual se encontraba Ana. Pero María Alexandrovna no se doblegó, no cayó, no entregó el secreto a su hija. Cuando Ana le pidió noticias de su hermano, la madre le respondió: «¡Ruega por Alejandro!» Ana no supo distinguir, detrás de ese valor, la desesperación. ¡Con qué respeto los funcionarios de la administración penitenciaria, que ya sabían de la ejecución de Alejandro, dejaban pasar ante ellos a esa austera mujer vestida de negro! No adivinaba aún la hija que el luto por el padre se había transformado ya en luto por su hermano.

Simbirsk estaba perfumado por todas las flores de sus jardines cuando llegó de la capital la noticia de la ejecución de Alejandro Ulianov. La familia del Consejero de Estado, ayer todavía respetada por todos, se había convertido ahora en la familia de un criminal de Estado ajusticiado. Conocidos y amigos, todos sin excepción, desviaban sus pasos de la casa situada en la calle Moscú. Hasta el maestro de escuela, aquel buen anciano que tantas veces había venido a jugar al ajedrez con Ilya Nikolaievich no asomaba siquiera la punta de su nariz. Vladimir observaba con penetrante mirada el ambiente circundante, su cobardía y su perfidia. Recibió allí

lecciones irremplazables de realismo político.

Ana recobró la libertad algunos días después de la ejecución de su hermano; en lugar de enviarla a Siberia, las autoridades consintieron en que fuese, bajo la vigilancia policial, a Kokuchkino, comarca natal de la madre. Para María Alexandrovna se abrió una nueva fase de su existencia. No sólo tenía que rehacer las relaciones con el exterior sino también rehacerse ella misma. El movimiento lento y riguroso de la revolución rusa, penetrando en las mentes de las jóvenes generaciones de la intelligentsia, reeducó a más de una madre conservadora. Mujeres de la nobleza, de la burguesía y de los medios pequeñoburgueses debían alejarse de sus hogares para pasar largas horas en los locutorios de las comisarías, en los escritorios de los abogados y en las porterías de las prisiones. No se transformaban en revolucionarias, pero por defender a sus hijos, llevaban su propia lucha contra el régimen, desde la retaguardia del frente revolucionario. Sólo por las quejas que hacían contra su justicia y sus crueldades, volvían a la autoridad más odiosa. La función maternal se transformaba en una función revolucionaria. Se distinguieron entre ellas figuras verdaderamente heroicas, de un impulso espiritual más elevado que aquél de la *mater dolorosa* evangélica, que no sabía más que postrarse ante la autocracia de los cielos. María Alexandrovna ingresó en la orden de las madres sufrientes y militantes en donde permaneció los treinta años que le restaban de vida.

Justamente durante las semanas en que se decidía, en la capital, la suerte de su hermano, el menor tuvo que preparar los exámenes finales del gimnasio («certificado de madurez»). Lo mismo que Alejandro después de la muerte del padre, Vladimir, luego de la ejecución de su hermano, apenas interrumpió unos días su trabajo intensivo. El Consejo pedagógico caracterizó perfectamente al alumno de octavo año Ulianov: «Estudia con afán todas las materias y particularmente las lenguas de la antigüedad». En diez materias del programa, Ulianov obtuvo la mención «muy bien»; sólo en lógica tenía la nota «bien». ¿No es acaso porque Hegel, su futuro maestro, llamaba a la lógica escolar *dies tote Gebein*^[60] y comparaba despreciativamente los silogismos con un juego de paciencia para niños? ¿O quizás la lógica del futuro revolucionario ya describía un desvío del «muy bien» al «bien» respecto de la lógica oficial? A pesar de la recientísima amonestación recibida de Petersburgo, por haber recompensado con la medalla de oro y el diploma más elogioso al futuro criminal de Estado Alejandro Ulianov, el Consejo pedagógico no pudo negarle la medalla de oro a su hermano menor: en los últimos exámenes Vladimir mereció la nota «muy bien» en todas las materias. Cuando dejó el gimnasio tenía diecisiete años y dos meses.

En los zemstvos y en la prensa de la época, se elevaban quejas contra el sistema de los estudios clásicos, que proporcionaba al país «hombres de pecho endeble, nerviosos, con la columna vertebral deforme y más bien débiles de espíritu». No es asombroso: el sistema mismo, por entero, tenía por objeto deformar los espíritus y las espinas dorsales. No obstante, Vladimir Ulianov salió del gimnasio sano y salvo: aunque el «Barrilito» había adelgazado bastante, tenía el tórax bien desarrollado, los

nervios en buen estado, y el espíritu, lo mismo que la columna vertebral, sólido y erguido. No se hubiera podido decir de ningún modo que este adolescente era hermoso: una tez grisácea, ojos achinados de tipo mongol, pómulos salientes, rasgos fuertes y no obstante poco acentuados, cabellos rojizos sobre una cabeza voluminosa. Pero los pequeños ojos marrones brillaban de perspicacia y decisión bajo las cejas pelirrojas y el juego de la fisonomía expresaba fielmente la música de las fuerzas interiores. Entre un grupo de alumnos inmóviles ante el aparato fotográfico, Vladimir no podía, de ninguna manera, llamar la atención. Por el contrario, en una conversación animada, en las diversiones y particularmente en el trabajo, descollaba inevitablemente entre todos y el que le seguía quedaba rezagado a mucha distancia de él.

Vale la pena reproducir íntegramente la apreciación oficial que dio de Vladimir Ulianov el director del gimnasio, Kerensky: «Muy aventajado, constantemente aplicado y cuidadoso, Ulianov ha estado siempre a la cabeza de su clase y, al finalizar sus estudios, ha sido recompensado con la medalla de oro, habiéndose demostrado como el más digno por sus éxitos, su desarrollo y su conducta. Ni en el gimnasio ni fuera del mismo, se ha señalado jamás un solo caso en que Ulianov, sea por la palabra, sea por un gesto, haya merecido una opinión desfavorable de los directores y profesores del gimnasio. La instrucción y el desarrollo moral de Ulianov han sido siempre atentamente vigilados por los padres y, a partir de 1886, después de la muerte del padre, por la madre sola, que consagró todos sus cuidados y su tutela a la educación de los hijos. Esta educación se ha basado en la religión y en una disciplina razonable. Los felices frutos de la educación familiar han sido evidentes en la excelente conducta de Ulianov. Observando desde muy cerca el género de vida familiar y el carácter de Ulianov, no he podido dejar de notar en él una excesiva reserva y un aire distante, aun con relación a personas conocidas y, fuera del gimnasio, con los condiscípulos que eran el honor de sus escuelas; en general era muy reservado. La madre de Ulianov no tiene la intención de perder de vista a su hijo durante sus estudios universitarios». El mismo Kerensky, a juzgar por sus informes anuales, basaba la educación sobre «el desarrollo del sentimiento religioso, la deferencia hacia las personas mayores, la sumisión a las autoridades y el respeto a la propiedad ajena». A la luz de estos principios irreprochables, no resulta fácil creer que el ejemplar testimonio por él remitido se refiera a quien posteriormente socavaría la religión, las autoridades y la propiedad. A decir verdad, el director del gimnasio era también un íntimo de la familia Ulianov, y según Elisarova quería ayudar, mediante un informe favorable, a que Vladimir venciese las dificultades que amenazaban su carrera, a causa de lo ocurrido a su hermano mayor. Pero cualesquiera que fuesen, aparte de esto, los motivos de Kerensky, no se hubiera decidido jamás, bajo los ojos de todo el Consejo pedagógico, a conceder a su pupilo un testimonio tan favorable si no hubiese estado seguro de que correspondía a la realidad. El honorable director obraba con tanta mayor seguridad cuanto justamente su intimidad con los Ulianov,

que ciertamente no era fortuita, le había permitido completar las observaciones que había hecho en la escuela sobre Vladimir, con las que hizo en la familia.

La indicación de que la base de la educación familiar residía en «la religión y en una disciplina razonable» está confirmada por la misma Elisarova en los términos siguientes: «Ilya Nikolaievich era., un creyente profundamente sincero y educaba en este espíritu a sus hijos», exigiéndoles al mismo tiempo «una subordinación rayana con la pedantería». Vladimir siguió siendo creyente hasta los dieciséis años. Y por las mismas condiciones del desarrollo de la opinión rusa como por los rasgos distintivos de su carácter, tan íntegro, no podía, en modo alguno, si conservaba convicciones religiosas, alimentar simultáneamente ideas destructivas en el terreno de la política. Hace falta, más allá de lo que piensen de ellos los falsos devotos de la revolución, aceptar el hecho tal como es: el núcleo de la personalidad de Vladimir, mientras se nutría de jugos vitales, se disimuló por algún tiempo bajo la corteza protectora de la tradición. Vladimir había aprendido a conocer en donde debía poner un freno a su ironía natural, particularmente después del desagradable incidente con el «Francés». No buscaba aventuras y no le gustaba llamar la atención sin algún motivo. Sin renunciar a su individualidad, sabía cómo arreglárselas con el régimen del gimnasio, oponiéndole su resistencia moral, su ingeniosidad y su buen humor. Es verdad que un año antes Vladimir había vuelto la espalda a la religión, tomando así el punto de partida para la revisión general de todas las concepciones tradicionales. Pero este proceso se desarrollaba aún en la oscuridad. Vladimir comenzaba solamente a transformarse en «una personalidad dotada de pensamiento crítico». Y al mismo tiempo, la prudencia adquirida por experiencia le enseñó, a los diecisiete años, a disimular el cambio operado en él, frente a un maestro que le observaba de cerca. No hay por consiguiente razón alguna para reprochar al digno director de haber traicionado sus deberes de fiel súbdito en nombre de una amistad personal.

Suscita ciertas dudas, no los pasajes elogiosos, sino justamente lo que hay de crítico en el testimonio. Un pasajero estado de depresión, por influencia de las desgracias familiares, no ofrecía, en todo caso, razones para clasificar a aquel adolescente dado a las bromas y de fácil y elegante palabra, en la categoría de las personas reconcentradas e inabordables. Restaría sólo suponer que Kerensky padre era tan mal psicólogo como posteriormente se demostró su hijo, si bajo la poco precisa definición de «aire distante» no se ocultaba otro rasgo que el director había notado, pero que no supo comprender y designar con su verdadero nombre. El problema, por otra parte, no era de los más fáciles. Bajo la reserva y el espíritu disciplinado de Vladimir se transparentaba una especie de elemento psíquico extraño. De la misma manera se conducía en las relaciones con los jóvenes de su edad. Todo iba bien, parecía, y sin embargo de otra manera que la que aparentemente hubiese convenido. Vladimir ayudaba generosamente a los demás con sus conocimientos. A su hermana mayor, le enseñaba latín con buenos resultados. Durante dos años, preparó gratuitamente a un maestro chuvak para que pudiese obtener el diploma de

estudios secundarios. Redactaba gustoso las composiciones para sus compañeros, esforzándose por adaptarse al estilo del otro. Pero nunca invitaba a nadie a su casa. Vladimir Ulianov se hallaba separado de los jóvenes de su edad, aun de los que «eran el honor de la escuela» como por un tabique invisible, que excluía tanto la intimidad como la familiaridad. Estaba en excelentes términos con muchas personas, pero no era amigo de ninguna. «Mi hermano —escribe Elisarova—, ridiculizaba a menudo a sus compañeros y a ciertos profesores». Las burlas, hay que pensar, daban justo en el blanco y no respetaban siempre el amor propio de los demás; pero, lo que aún es más grave, señalaban que había una distancia entre el bromista y su víctima. «No tenía grandes amigos, ni siquiera en sus años de gimnasio», reconoce Elisarova. La fanfarronería, la soberbia y la jactancia eran absolutamente extrañas al niño y al adolescente: las mismas proporciones de su individualidad excluían ya tales defectos. Pero la enorme superioridad personal del futuro cautivador de hombres se negaba a realizar acercamientos que exigen, si no la igualdad, al menos cierta equivalencia. A pesar de su espíritu sociable, Vladimir permanecía apartado. En la medida en que podía comprenderlo, el director había presentido este rasgo de carácter que, posteriormente, le provocó tantos reproches y acusaciones hasta que terminó por imponerse. Quizás lo más justo sería ver allí una manifestación del genio. Vladimir Ulianov, en el gimnasio, era un embrión de Lenin.

Sobre la intención de la madre de «no dejarlo partir» solo, Kerensky no escribía a la ligera. El director del departamento de policía, durante el curso de las interminables diligencias que María Alexandrovna había hecho por Alejandro, le dio «el consejo» de radicar a su segundo hijo lo más lejos posible del contagioso foco de la capital, en una de las universidades más tranquilas de la provincia. Se decidió que Vladimir estudiara en Kazán. María Alexandrovna resolvió establecerse allí con toda la familia: quería creer que bajo su salvaguardia, Vladimir no se dejaría arrastrar tan fácilmente por un camino funesto. Y además, permanecer en Simbirsk hubiera sido a partir de entonces intolerable: allí todo recordaba un pasado reciente, y los amigos de ayer, por su cobarde hostilidad, expulsaban a la familia de su viejo nido. María Alexandrovna se apresuró a vender la casa y algunas semanas después se mudó, con los hijos que le quedaban, a Kazán, para reunirse con Vladimir. En su nueva residencia, la familia se halló otra vez aislada, como en el primer período de su vida en Simbirsk y, además, bajo el oscuro nubarrón de la desgracia.

La ciudad, que contaba alrededor de cien mil habitantes y que era llamada «la capital del Volga», conservaba, aunque poseía universidad, un carácter provinciano enteramente atrasado. Las ideas y las esperanzas que habían conmovido a la sociedad cultivada veinte años atrás, se habían deshojado y marchitado. «El fastidio que roe la vida de Kazán —escribe un periodista en una revista de la época—, ha penetrado por doquier y ha infundido en las instituciones públicas de la ciudad, en la Duma y en los zemstvos, una especie de apatía». La Universidad de Kazán, fundada a principios del siglo XIX, tenía una historia dramática. Cuando la Santa Alianza desplegó sobre

Europa sus negras alas, la ciencia universitaria de Rusia, a pesar de lo sumisa que era, cayó igualmente bajo las sospechas de los devotos de la Corte. El inspector general Magnisky descubrió con espanto que los profesores de Kazán deducían el derecho natural de la razón y no del Evangelio y propuso cerrar la universidad y arrasar su edificio. Alejandro I se empeñó en el mismo fin, pero por otros medios: nombró al inspector general rector de la Universidad. Magnisky estableció para todas las ciencias reglamentos muy severos, redactados por un cabo y completados por un monje borracho. Desde entonces, las parábolas hubieron de trazarse en nombre de la Santa Trinidad y las reacciones químicas no se producían si no contaban con la aprobación del espíritu santo. Reducida por mucho tiempo a un estado de humillación total, la universidad conoció posteriormente cierta primavera durante el rectorado por veinte años del célebre Lobachevsky, creador de una geometría no euclidiana o «hipotética». Ulianov, padre, había sido discípulo de Lobachevsky aunque, a decir verdad, durante los años de una nueva decadencia de las universidades rusas, provocada por el espanto de Nicolás I ante la revolución de 1848. Cuando enseñaba en Penza, Ilya Nikolaievich, por recomendación de Lobachevsky, había dirigido, con laboriosidad y éxito, durante varios años, la estación meteorológica

Vladimir ingresó a la Universidad de Kazán treinta y siete años después que el padre y no a la facultad de ciencias, sino a la de derecho. El director del gimnasio de Simbirsk se disgustó por esa elección: esperaba que su mejor alumno fuera filólogo. Pero la carrera pedagógica seducía muy poco a Vladimir: quería hacerse abogado. El ambiente estudiantil en Kazán era, podría decirse, aún más democrático que en otras universidades. Pero la vida de los establecimientos de enseñanza superior estaba en esos días poseída por el pánico: no habían transcurrido más que tres meses desde la ejecución de Alejandro Ulianov y sus camaradas. El gobierno, que disponía de una policía poderosa y de un millón de soldados, no dejaba de temer a los estudiantes, cuyo número apenas era de quince mil. El estatuto de 1884 entraba entonces en plena vigencia. Los profesores liberales fueron destituidos, las inofensivas agrupaciones regionales disueltas, los estudiantes sospechosos expulsados y los que quedaron fueron obligados a vestir un odioso uniforme. El ministro de Instrucción Pública, conde Delianov, pérfida nulidad, prohibió por una circular especial que se admitiese en los gimnasios a los «hijos de las cocineras». Leónidas Krassin^[61], que tenía la misma edad que Lenin y que posteriormente militaría con él, cuenta en sus recuerdos: «Durante el otoño de 1887, cuando fui por primera vez a Petersburgo para dar mis exámenes en el instituto tecnológico, la capital atravesaba por un período de la más sombría reacción». En Kazán, en todo caso, las cosas no marchaban mejor.

Y, no obstante, el ambiente estudiantil encontró en sí fuerzas para la revuelta. Los primeros gritos de protesta resonaron en los muros de la Universidad de Petersburgo, a partir de la primavera, cuando el rector Andreevsky pronunció, con ocasión de la conspiración de Ulianov y sus camaradas, una arenga con ese espíritu que tan bien caracteriza a los héroes de las cátedras profesoriales, patéticamente serviles: «¿Para

qué esos desdichados se hicieron abrir las puertas de nuestra universidad? Ingresaron a nuestra encantadora familia universitaria para deshonrarla...», etcétera. Al día siguiente, una proclama de la Unión de los agrupamientos regionales declaraba deshonrada a una universidad que «se había arrodillado servilmente, en la persona de su rector, a los pies del despotismo». La ejecución de cinco estudiantes arrojó a la Universidad en la zozobra. Las vacaciones aliviaron un poco ese estado de ánimo. Pero desde el otoño los estudiantes se sintieron acorralados. De golpe, la atmósfera de los anfiteatros y corredores se cargó. En noviembre se desencadenó una oleada de «desórdenes», que comenzó en Moscú y alcanzó, en diciembre, el Volga. Los estudiantes de la Universidad de Kazán se reunieron por sí mismos en asamblea, el 4 de diciembre, hicieron llamar al inspector, le presentaron ruidosamente sus reivindicaciones y se negaron a disolver la reunión. El inspector observó en las primeras filas a un joven estudiante que, a la salida, exhibió una tarjeta de inscripción con el nombre de Ulianov. Fue arrestado esa misma noche en su domicilio. Si había atraído sobre sí la atención por su conducta de protesta o si había sido incluido en la lista de los cuarenta estudiantes arrestados a causa de la mala reputación de su nombre, no es fácil de dilucidar. En cualquier caso, el papel de dirigente no estaba a la altura de un novato: los organizadores de «desórdenes» eran siempre estudiantes de los cursos superiores, más experimentados, que actuaban unidos y que estaban ligados a otros centros universitarios. Sin embargo, los documentos oficiales de la época intentan explicar de otra manera la conducta del joven estudiante. El rector de la academia comunicaba en un informe, de acuerdo a los términos del inspector, que Vladimir Ulianov, durante su breve permanencia en la Universidad, se había distinguido por «su disimulo, su negligencia y también su irrespetuosidad». E igualmente, dos días antes de la asamblea, habría llamado la atención de los preceptores: en el salón de fumar conversaba con «los estudiantes más sospechosos», salía, volvía a entrar, llevaba consigo cosas; el 4 de diciembre se lanzó a la sala de fiestas con el primer grupo y se precipitó, gritando, por los corredores, «haciendo grandes ademanes como para incitar a los otros a hacer lo mismo». De este pintoresco esbozo una cosa resulta clara: desde el primer momento en que asistió a la Universidad, Vladimir cayó bajo la vigilante lupa de la policía, que descubrió en él tres vicios: «disimulo, negligencia y también irrespetuosidad». Podemos perfectamente dar fe a un testimonio impreso, según el cual Lenin, como lo contara él mismo posteriormente, «no había desempeñado ningún papel notable» en los desórdenes. Pero el inspector apenas se había equivocado cuando, al dirigir de antemano sobre Ulianov sus lentes de aumento, lo descubrió «en el primer grupo». Y quizás el ojo experimentado de la policía supo distinguir un odio ardiente en la mirada de este adolescente que llevaba un nombre molesto. «Considerando las circunstancias excepcionales en que se encuentra la familia Ulianov —agrega el rector de la Universidad en su informe—, tal actitud de Ulianov en la asamblea ha dado motivo a los inspectores para juzgarlo completamente capaz de manifestaciones

de todo género, ilegales y criminales». El arresto tenía, por tanto, un carácter preventivo. Elisarova y otros ven un desafío suplementario, en el hecho de que Ulianov, al salir de la reunión, entregase al inspector su tarjeta de estudiante. En realidad, la significación de este gesto no ha sido esclarecida. Es posible que estudiantes más experimentados hayan logrado eludir la presentación de sus tarjetas y que Ulianov haya sido sorprendido. Pero tampoco es imposible que, en un estado de extrema excitación, haya puesto bajo la nariz del inspector su tarjeta de inscripción, como tarjeta de visita de un «disconforme». El comisario de policía que condujo a Ulianov a la comisaría intentó sermonearlo en el camino: «¿Por qué se rebela usted, joven? Tiene una muralla por delante...». «Una muralla, sí, pero tambaleante», respondió inmediatamente el detenido: «y que se va a derrumbar». Esta viva réplica estaba impresa, sin embargo, de un optimismo excesivo: un empujón sobre la muralla no fue suficiente. Pero el rebelde no tenía más que diecisiete años. Con los años, aprendió a apreciar los problemas de una manera más realista. Después de varios días de detención, Vladimir fue excluido de la universidad, donde había pasado menos de cuatro meses, y expulsado de Kazán. De este modo, seis meses después de la ejecución de Alejandro, un nuevo golpe cayó sobre la familia, no trágico como aquél, pero también penoso: la carrera del hermano menor parecía perdida.

Todavía en la primavera, el director del gimnasio atestiguaba solemnemente: «jamás se ha señalado un solo caso en que Ulianov, sea por la palabra, sea por un gesto, haya merecido una opinión desfavorable...». Pero las calles de Kazán no habían empezado aún a cubrirse de nieve cuando Ulianov comenzó ya a socavar las bases de la sociedad: se ocultaba en el salón de fumar, charlaba con los estudiantes sospechosos, gesticulaba y exhortaba a los otros a actuar. ¿Fue tan brusco su cambio o bien las notas de las autoridades del gimnasio daban una falsa imagen de él, en sentido contrario? Evidentemente había algunas deformaciones. Pero eso no es lo esencial. En el curso de los meses que acababan de transcurrir Vladimir había conocido la más grande conmoción íntima de su vida: el zar había hecho ahorcar a su hermano.

CAPÍTULO IX

EL PADRE Y LOS DOS HIJOS

En la literatura soviética es actualmente casi una regla presentar la tendencia revolucionaria de los hermanos Ulianov como resultado de la influencia del padre. Tal es el mecanismo de la leyenda. Cualquiera que haya tenido en el pasado relaciones con la familia del director de escuelas primarias, ha estimado su deber, en estos últimos años, exponer en la prensa de manera retrospectiva, sus ideas sobre el carácter revolucionario de la familia. Del mismo modo que en la literatura cristiana, no sólo los santos, sino también, si es posible, sus antepasados son adornados con los atributos de la más grande piedad, así los evangelistas moscovitas-bizantinos de estos últimos tiempos juzgan como inadmisibles ver en el padre de Lenin únicamente lo que fue, es decir, un funcionario abnegado de la instrucción pública. ¡Es inútil! Nadie reclama del padre de un poeta que haya poseído dotes poéticas y el padre de un revolucionario no está obligado a ser un conspirador. Ya está bien si los padres no impiden a los hijos que desarrollen sus dotes naturales. Pero el biógrafo, en general, nada exige de los padres. Debe mostrarlos tales como eran. ¿Qué lecciones se pueden, en efecto, sacar de una biografía si ésta peca por la base, respecto de los hechos? «Ilya Nikolaievich consideraba con mucha simpatía el movimiento revolucionario»; la casa de los Ulianov en la calle Moscú era, al parecer, algo así como un club político; en los debates sobre temas revolucionarios, «Alejandro daba el tono pero Vladimir también —¿podía ser de otro modo?— participaba a menudo en las discusiones y con mucho éxito». Un escritor tan autorizado como el difunto Lunacharsky^[62] ha declarado que Ilya Nikolaievich «simpatizaba con los revolucionarios y educaba a sus hijos en el espíritu revolucionario». Un paso más y encontramos que Lenin estaba «emparentado con lazos de consanguinidad, a través de su padre y de su hermano, con los revolucionarios de antaño, la Narodnaia Volia». Con estupefacción nos enteramos, por la hija menor, M. Ulianova, que Ilya Nikolaievich «había formado» a los nuevos cuadros de maestros primarios «en el espíritu de los años '60 y '70». Está fuera de dudas que su enseñanza haya sido útil en la medida de su relación con las ideas progresistas de los años '60 y '70. Pero la historia del pensamiento social ruso acostumbra a entender por tales, a las ideas del populismo revolucionario. Éstas indicaban: ruptura con la Iglesia, reconocimiento de la doctrina materialista, guerra implacable a las clases explotadoras y al zarismo. No era posible semejante educación en las escuelas normales, aunque el mismo

organizador compartiese «las mejores ideas de los años '70». Pero él no las compartía en absoluto. Estaba en la naturaleza de Ilya Nikolaievich aportar un piadoso celo a la educación, que no excluía, sin embargo, su fe en la eucaristía. No se puede explicar esto mediante vanas referencias a «la época»: los espíritus avanzados, no sólo de los años '60 sino incluso de los años '40 eran ateos y socialistas utópicos. Ilya Nikolaievich no tenía ninguna afinidad con ellos, tanto por el carácter de su actividad como por su manera de pensar. Esto se puede notar sólo con el hecho que desde el comienzo de su actuación como inspector llamaba diligentemente la atención de sus superiores sobre la falta de devoción de los sacerdotes en la enseñanza del catecismo. Los maestros que pasaron por los cursos de Ulianov se revelaron, según testimonios dignos de fe, como los mejores maestros de la provincia, pero en la historia del movimiento revolucionario ninguno de ellos tuvo ningún papel. Las ideas de Ilya Nikolaievich y sus discípulos no eran las ideas revolucionarias de Chernichevsky, Bakunin y Jeliabov, sino las moderadamente liberales de los pedagogos divulgadores de la cultura: Pirogov, Uchinsky, el barón Korff. No obstante, incluso en la carrera pedagógica había, en aquellos años, revolucionarios; Ilya Nikolaievich había tenido, durante el primer período de su actividad como maestro, estrechas relaciones de trabajo con algunos de ellos. Pero ninguno fue retenido en su puesto, todos fueron excluidos de la enseñanza. Así sucedió con uno de los profesores del Instituto aristocrático de Penza, que se permitió pronunciar un discurso de oposición en la ceremonia anual de 1860. Semejante proeza o bien semejante «divagación» no hubiera podido jamás pasarle por la cabeza a Ilya Nikolaievich. Ya en 1859 recibía, «por sus excelentes servicios y su dedicación» 150 rublos de gratificación. Un senador encargado de una investigación lo señala luego como «cumpliendo a conciencia sus funciones». Tres años más tarde, un nuevo inspector, altamente calificado, al expresar una opinión desfavorable sobre cierto número de maestros, habla elogiosamente de Ulianov. Al año siguiente, 1863, cuando, respecto de la insurrección polaca, el general ayuda de campo Ogarov indaga entre los maestros de las provincias del Volga, en busca de los engranajes de la sedición y llega a la conclusión de que «el espíritu de negación e incredulidad» tiene por centro a la universidad de Kazán, Ilya Nikolaievich, alumno del *alma mater* contaminada, sigue como antes bien calificado. Tres años más tarde, además, en el proceso de Karakosov figuraba entre los acusados uno de los colegas y amigos de antaño de Ulianov. En cuanto a éste, tampoco en esa ocasión fue objeto accidental de una sospecha inmerecida; su mentalidad religiosa trazaba a los ojos de las autoridades y con entero acierto, una segura línea de demarcación entre él y el mundo de los sediciosos. Así, desde el comienzo de su actuación, en sus años de juventud y de soltería, Ilya Nikolaievich se mantenía rigurosamente dentro de los límites de sus funciones de pedagogo. En ninguna parte y de ninguna forma se mostró inclinado a lanzarse por la senda prohibida.

Ya la creación del cargo de inspectores de escuelas primarias constituía de por sí

una medida de la reacción burocrática dirigida contra la autonomía de los zemstvos en materia de instrucción pública. Un pedagogo siquiera un poco sospechoso desde el punto de vista de su «moralidad» política no hubiera podido, en ningún caso, ser designado para desempeñar un puesto de tanta confianza. Al relatar la historia de la lucha gubernamental contra los zemstvos, Lenin, en un artículo de 1901, destaca particularmente dos fechas: 1869 y 1874, en que la burocracia, allanando los fueros de las administraciones locales autónomas, se apoderó definitivamente de la tutela de la instrucción popular. Estas dos fechas poseen un interés no sólo histórico sino también biográfico: en 1869 el padre de Lenin fue nombrado inspector y en 1874 director de escuelas primarias. Ilya Nikolaievich estaba muy bien conceptuado en el ministerio, ascendía regularmente por los peldaños jerárquicos y recibió en el momento oportuno la denominación de «excelencia» y la condecoración de San Vladimir, acompañada de un título de nobleza hereditariamente transmisible. No, este *curriculum vitae* no se parece en nada a la carrera de un revolucionario o siquiera a la de un pacífico ciudadano opositor. Podemos perfectamente dar fe a la hija mayor cuando dice que «su padre nunca fue revolucionario». Si Elisarova, obligada como todos los demás, a aportar su tributo a la leyenda oficial, escribe en ensayos más recientes que Ilya Nikolaievich, por sus convicciones era «un populista», esta denominación debe considerarse en un sentido muy amplio: las tendencias populistas coloreaban no sólo la ideología de los liberales sino también la de los ultraconservadores. Bajo la influencia del fortalecimiento de la lucha revolucionaria, en la segunda mitad de la década de 1870, Ilya Nikolaievich, como la mayoría de los liberales, inclinó sus opiniones, ya de por sí muy moderadas, no a la izquierda sino a la derecha. Un día obsequió a sus hijos mayores con una colección de poemas de Nekrasov. Alejandro se embriagaba con las estrofas, punzantes como ortiga, de la poesía plebeya. Pero ya tres o cuatro años después, cuando Vladimir entraba en la adolescencia, el padre, lejos de estimular a los menores a tales lecturas, empezó a refrenar a los mayores. Pronto se encerró definitivamente en su caparazón de personaje oficial. Cuando una sobrina se le quejó, indignada por la injusta destitución de una maestra cuya actividad nada había tenido de antigubernamental, Ilya Nikolaievich la escuchó sin decir palabra, «ensimismado, con la cabeza gacha». A las preguntas de su hija, de catorce años de edad, contraponía el silencio. Este episodio vivido arroja luz sobre la figura del padre y todo el ambiente familiar. Con relación a los debates revolucionarios en que «Alejandro daba el tono» no hay nada de cierto en eso. «Nuestro padre, que nunca fue un revolucionario —continúa Elisarova—, en ese tiempo ya con más de cuarenta años de edad y cargado de familia, quería preservarnos a nosotros, los jóvenes», y estas simples palabras terminan de una vez por todas con la leyenda de la influencia revolucionaria del padre. Pero justamente los testimonios irrecusables de la hija mayor son los que se dejan a un lado con más frecuencia.

Julius Cederbaum, el futuro Martov, cuenta que uno de los jóvenes abogados

llevó subrepticamente a la casa de su padre, en 1887, la acusación del proceso de Lopatin, y cómo él, un muchacho de catorce años, reteniendo la respiración y concentrando todas las fuerzas de su pensamiento, escuchó por la noche la lectura del discurso del fiscal sobre los atentados, las evasiones y las rebeliones a mano armada. La familia Cederbaum era una pacífica familia liberal, en modo alguno ligada con los círculos revolucionarios. La lectura de un documento secreto semejante, sobre un asunto terrorista, hubiera sido, sin embargo, absolutamente inconcebible en la casa de su excelencia, el consejero de Estado Ulianov. Si bien durante los primeros años de servicio en Simbirsk, Ilya Nikolaievich, en su calidad de persona extraña al ambiente y de «liberal» se encontró aislado en el pequeño mundo de los funcionarios provinciales, terminó por ser, de acuerdo al testimonio general, «una personalidad muy popular, querida y respetada en Simbirsk», es decir, se relacionó con la burocracia. No por casualidad Kerensky, el director del gimnasio, sólido conservador que basaba su método pedagógico sobre «el santo evangelio y el culto divino» sentía una gran simpatía por la familia Ulianov. En lo que atañe a los últimos años de vida de Ilya Nikolaievich, transcurridos durante el reinado de Alejandro III, un discurso de Delarov, antiguo diputado de Simbirsk a la Segunda Duma del Imperio^[63], quizás se acerca más la verdad: «I. N. Ulianov era un hombre de concepciones conservadoras, pero ni retrógrado ni chapado a la antigua; tenía sus objetivos particulares de existencia... el afán de servir para bien del pueblo».

En lo que concierne a la influencia directa de Ilya Nikolaievich sobre la elección que sus hijos hicieron de una profesión en la vida, podemos decir que ella sólo se ejerció durante cierto tiempo sobre la hija mayor: la primera voluntad consciente de ésta fue hacerse maestra y durante alrededor de dos años antes de partir para los cursos superiores, trabajó en una escuela primaria. Pero es justamente en su hermana mayor en quien Alejandro no encontraba preocupaciones revolucionarias. Respecto de los hijos, ni Alejandro ni Vladimir, durante sus años de gimnasio, cuando estaban bajo la influencia directa del padre, adhirieron a ninguno de los círculos clandestinos en los cuales, leyendo libros tendenciosos, se formaban futuros revolucionarios. Es muy probable que nadie haya intentado, siquiera, arrastrar por un camino no recomendable a los hijos de un alto funcionario, que invariablemente eran los primeros alumnos de su clase y que observaban una impecable conducta escolar. Pero existía otra causa más profunda. En la familia de un propietario esclavista, de un funcionario corrupto o bien de un sacerdote rapaz, el hijo y la hija, desde el momento en que se sentían arrastrados por las nuevas corrientes, debían romper temprana y bruscamente con sus padres, para ir a buscar un nuevo ambiente por fuera de su familia. Por el contrario, los niños Ulianov encontraron durante mucho tiempo satisfacción a sus necesidades espirituales dentro de las paredes de la casa paterna. Además, inclinados por naturaleza a tomarse todo en serio, debían considerar también con alguna desconfianza la solución a la ligera que daban a los grandes problemas los jóvenes de su edad, quienes frecuentemente fracasaban en sus estudios. Pero el

conflicto entre dos generaciones estaba predeterminado también en esta familia: los niños acabarían por meditar y formular las conclusiones ante las cuales vacilaban los padres. Sólo su muerte prematura ahorró a Ilya Nikolaievich el inevitable conflicto con sus hijos en el terreno político.

«¿Quién no sabe —escribía Lenin once años después de la muerte de su padre—, con qué facilidad se lleva a cabo en la santa Rusia la transformación de un intelectual radical, de un intelectual socialista, en un funcionario del gobierno imperial; funcionario que se consuela pensando que es ‘útil’ dentro de los límites de la rutina oficinesca; funcionario que justifica con esta utilidad’ su apatía política, su servilismo ante el gobierno del knut y de la nagaika^[64]?» Sería injusto aplicar sin reservas estas severas palabras a Ilya Nikolaievich Ulianov, pero únicamente porque en su juventud no fue ni socialista ni radical en el verdadero sentido de la palabra. Pero es indudable que sirvió durante toda su vida como un sumiso funcionario de la autocracia. Los admiradores demasiado devotos que, a causa del hijo, se esfuerzan por dar un nuevo matiz a la fisonomía política del padre, manifiestan así un exceso de veneración por los lazos familiares de Lenin y una falta de respeto por sus verdaderas ideas.

La opinión generalmente admitida según la cual Vladimir habría sufrido en primer lugar el ascendente revolucionario de su hermano terrorista parece a tal punto verificada por todas las circunstancias de su vida, que incluso no habría, parece, necesidad de demostrarla. En realidad, esta hipótesis es igualmente falsa. Alejandro no introducía a ningún miembro de la familia en su mundo interior y a Vladimir menos que a cualquier otro. «Eran —de acuerdo a los términos de Elisarova— individualidades indudablemente muy brillantes, cada una en su género, pero absolutamente diferentes». El paralelo entre los dos hermanos, aunque pueda llevar a anticiparnos a la evolución respecto del menor, está impuesto aquí por el curso mismo de nuestra narración. Un publicista radical, Vodovozov, que había conocido a Alejandro en Petersburgo y que luego frecuentó a los Ulianov en Samara, escribía, muchos años más tarde, ya en calidad de emigrado antisoviético, que la familia Ulianov, de una «rara afabilidad» ofrecía «dos rasgos diferentes muy acentuados»: uno, representado perfectamente por Alejandro, con el óvalo de su cara pálida y sus ojos de mirada meditativa y penetrante, cautivaba por su juvenil frescura y su espiritualidad; el otro tipo, detestable para Vodovozov, se expresaba con toda su plenitud en Vladimir: «el rostro en su conjunto era sorprendente debido a una suerte de amalgama de malicia y grosería, yo diría hasta de bestialidad. Chocaba ver esa frente inteligente, pero retraída hacia atrás. Una nariz carnosa. Vladimir Ilich era ya casi completamente calvo a los 21-22 años». El contraste así establecido, visiblemente inspirado por las imágenes de Ormuz y Arimán^[65], no es exclusivamente propiedad de Vodovozov. Kerensky, hijo, que por otra parte no conoció personalmente ni a uno ni otro de ambos hermanos —tenía seis años cuando Vladimir terminaba sus estudios en el gimnasio—, los llama «antípodas morales»: «Al encanto brillante» de Alejandro se opone, según él, «el insuperable cinismo» de

Vladimir. Casi los mismos colores emplean un escritor de Simbirsk, Chirikov y otros: la simpatía sincera o fingida por el hermano mayor debe dar relevancia a la aversión hacia el menor. Pero el contraste establecido no es tampoco una invención; no resulta difícil distinguir en él, el reflejo, deformado por el odio, de un contraste real.

«La diferencia de carácter entre ambos hermanos —escribe Elisarova—, se manifestó ya desde la infancia y nunca hubo intimidad entre ellos». Vladimir consideraba a Alejandro «con respeto ilimitado», pero visiblemente no gozaba de la simpatía de este último (Elisarova se expresa aquí más discretamente: «Entre sus hermanos menores, Alejandro simpatizaba mucho más con Olga»). Fundándose en antiguos relatos fragmentarios de su marido, mal conservados por su memoria, Krupskaja intenta elucidar en pocas líneas las relaciones de los hermanos, en su juventud: «Compartían muchos gustos, tanto uno como otro sentían la necesidad de permanecer largo tiempo solos... Habitualmente vivían juntos... y cuando alguno de los numerosos jóvenes de su entorno los visitaba..., los muchachos gustaban decir: ‘Danos el placer de irte de aquí’». Sólo esta «frase favorita» demuestra inequívocamente que Krupskaja no se representa con claridad el carácter de Alejandro y las relaciones mutuas entre los hermanos. «Danos el placer de irte de aquí»: así podía perfectamente expresarse Vladimir. Pero Alejandro, que no toleraba las frases sarcásticas, sólo podía entonces manifestar su descontento.

Por su fisonomía como por su carácter, Alejandro se parecía más a la madre. En la cara y la fisonomía de Vladimir predominaban los rasgos del padre. Muy importante para el fondo de la cuestión, este contraste, sin embargo, es demasiado elemental para agotarla. La virilidad —en ruso esta palabra está exclusivamente reservada al hombre— era el rasgo de carácter más singular de María Alexandrovna. Pero era la virilidad de una madre, que se entregaba por entero y hasta el final a la familia y a los hijos. Y la virilidad de Alejandro era, ante todo, el valor para soportar el sacrificio. El autoritarismo, la impetuosidad, el humor irónico, la pronunciación gutural de la letra “r”, la calvicie precoz y la muerte prematura, todo eso Vladimir se lo debe a Ilya Nikolaievich. Pero si el mayor no era un símil de su madre, el menor lo era aún menos de su padre. Cada uno de ellos recogió de sus padres y, por su intermedio, de ancestros más lejanos, ciertos «cromosomas» que por su cruzamiento produjeron estas dos figuras humanas, enteramente excepcionales, pero tan diferentes.

Indudablemente, los hermanos poseían rasgos comunes: grandes aptitudes, aunque desiguales; amor al trabajo; la capacidad de entregarse por entero a la acción, una parsimonia que era incluso asombrosa en individuos tan jóvenes. En fin, *last but not least*^[66], ambos se convirtieron en revolucionarios. Los autores de la literatura reaccionaria no se cansaban de representar a los revolucionarios rusos como ignorantes y faltos de todo talento. En el fondo, tanto Turguenev como Goncharov no estaban lejos de tener la misma opinión. Sin embargo, ciertamente, los que determinaban la fisonomía general de las filas revolucionarias no eran incapaces. Los

hermanos Uliánov —tanto Alejandro como Vladimir—, lo mismo que anteriormente a ellos los dirigentes de los decembristas, de los grupos educadores, de los populistas, de la Voluntad del Pueblo, representaban la flor misma de la *intelligentsia* rusa.

«En toda mi vida, que ya es bastante larga —escribe Vodovozov—, no podría contar más que pocas personas que hayan producido sobre mí una impresión tan encantadora, en el pleno sentido de la palabra, como Alejandro Ilich Uliánov». Todos los que conocieron al hermano mayor coinciden en sus apreciaciones sobre la seductora armonía de su naturaleza, exenta de «la menor pose o afectación», su orgánica sinceridad y sus atenciones escrupulosas con respecto a la personalidad de los otros, aun en los pequeños detalles. No es difícil pensar que, en las relaciones personales, Alejandro era infinitamente más seductor que Vladimir. Es verdad que, en estar exento de falsedad y afectación, en detestar la ostentación, Vladimir no se quedaba por detrás de Alejandro. Lo mismo en la entereza de su carácter; sólo que su naturaleza era completamente distinta y no estaba predestinada para las relaciones personales. Cada uno de los hermanos estaba hecho de una sola pieza, pero los elementos que la conformaban eran distintos. Y cuando Lunacharsky afirma con simplicidad que Alejandro «en cuanto a genialidad no estaba en nada por detrás de Vladimir Ilich», uno no puede abstenerse de decir: esta gente aplica una escala demasiado corta para medir la genialidad. Este epíteto pomposo aplicado a Alejandro es en realidad un reflejo retrospectivo de la figura histórica de Vladimir.

El mayor, desde los años del gimnasio, leía a Dostoievski^[67] con placer y emoción: la investigación psicológica atormentada de su obra respondía al mundo interior de ese muchacho reconcentrado y profundamente sensible, ya herido por la realidad circundante. Para Vladimir, el autor de *Crimen y Castigo* siguió siendo un extraño incluso en los años de madurez. En cambio, releía con avidez a Turguenev, a quien Dostoievski detestaba, y después a Tolstoi, el más potente de los realistas rusos. En la antítesis de Tolstoi y Dostoievski, que no era por azar uno de los temas favoritos de la antigua crítica literaria rusa, hay muchos aspectos diversos, pero el más importante es el contraste que se puede establecer entre una trágica introspección y una radiante asimilación del mundo exterior. Sería demasiado simplista aplicar íntegramente esta antítesis a los dos hermanos; pero de ninguna manera tiene poca importancia para la comprensión de sus caracteres.

Alejandro era de constitución melancólica. Ilya Nikolaievich estimaba que Vladimir tenía el temperamento «colérico». Ana describe al mayor como reconcentrado, frecuentemente incluso depresivo en su afectuosidad inexpresada. «Jamás lo he visto alegremente despreocupado —escribe uno de los que participaron de la conspiración—; estaba constantemente pensativo y melancólico». El polo opuesto de Vladimir, cuyo rasgo más característico era una jovialidad siempre desbordante, expresión de una fuerza segura de sí mismo. Al hablar de Alejandro como de un organizador reflexivo, otro de los conspiradores observa discretamente: «era probablemente un poco lento». Por el contrario, Vladimir se distinguía, ante todo

—y no sólo en su juventud—, por la impetuosidad de su impulso y su celeridad en el trabajo, cualidades alimentadas por la riqueza, la diversidad y la rapidez de las asociaciones inconscientes: ¿no es éste uno de los principales recursos del genio?

«Una de sus características esenciales —escribe Elisarova sobre Alejandro—, era que no sabía mentir. Si no quería decir algo, se callaba. Esta cualidad característica se manifestó brillantemente ante el tribunal». Uno siente deseos de añadir: ¡qué desgracia! En una lucha social implacable, semejante mentalidad os deja sin defensa en política. Los moralistas austeros tienen discusiones elegantes, son mentirosos por vocación, la mentira es el reflejo de las contradicciones sociales; pero también, a veces, un medio de lucha contra ellas. Es imposible, por un esfuerzo moral individual, evadirse de la maraña de la mentira social. En este caso, Alejandro se parecía más a un caballero que a un político. Y esto levantaba una barrera psíquica entre él y su hermano menor, mucho más resistente, más oportunista en las cuestiones de la moral individual, mejor armado para la lucha, pero en todo caso no menos intransigente respecto a la injusticia social.

Turguenev, sutil observador y psicólogo, decía del hermano de León Tolstoi, Nicolás, que no le faltaban más que algunos defectos para transformarse en un notable escritor. El mismo León Tolstoi consideraba esta apreciación paradójica como «muy justa». Quizás indirectamente encontrase en ella una justificación de los rasgos de su carácter que le impedían tener buenas relaciones incluso con los miembros de su familia. Las palabras de Turguenev significan que, para cumplir cierta función pública, es necesario poseer cualidades complementarias que están lejos de servir siempre como embellecedoras de la vida individual. Si esta observación es justa respecto del escritor, lo es todavía más respecto del político y, en un grado inconmensurablemente mayor, del dirigente. Pero no se desprende de ninguna manera del juicio de Turguenev que, en la balanza de la moral, si existe tal balanza para los imponderables, León Tolstoi haya pesado menos que su hermano Nicolás. La influencia de Alejandro sobre el círculo de personas que lo rodeaban era grande; pero es dudoso que ésta pudiese superar ese círculo. Alejandro carecía de la voluntad de dominar, de la aptitud para utilizar en provecho de la causa no sólo las cualidades, sino además los defectos de los otros y de no tener en cuenta, en caso de necesidad, a las personas. Era demasiado egocéntrico, estaba demasiado dominado por sus propias impresiones, demasiado propenso a considerar un problema como resuelto cuando lo resolvía para sí. El infatigable espíritu de ofensiva del proselitismo no estaba en su naturaleza. Y justamente, la existencia en el hermano menor de los rasgos que caracterizaban al futuro hombre público, escritor, orador, agitador, tribuno, lo volvían extraño e incluso poco simpático a los ojos de Alejandro.

Se ve en Vladimir, en todas las circunstancias, al iniciador, reformador, conductor de masas humanas. En cuanto a Alejandro, en unas condiciones de cultura más avanzada, se lo puede imaginar como un sabio pacífico y un padre de familia. Arrastrado por la marcha de los acontecimientos a la revolución, recogió el método

consagrado por la tradición del terrorismo, fabricó bombas de acuerdo al modelo Kibalchich y, cubriendo con su cuerpo a los otros, marchó hacia la muerte. Alejandro ofrece la imagen de un mártir, mientras que Vladimir se revela absolutamente como un jefe. Uno ha entrado en la historia de la revolución como la más trágica figura del fracaso, el otro como la mayor de las figuras de la victoria.

L. Kamenev^[68], que fue el primer jefe de redacción de las *Obras Completas* de Lenin, escribe prudentemente: «Es posible que sea precisamente por boca de su hermano mayor que Vladimir Ilich haya oído hablar por primera vez de la doctrina de Marx y de las ideas y tendencias que preocupaban a la intelligentsia por esos años». Mucho más categóricamente se expresa otro notable publicista soviético, antiguo jefe de redacción de las *Izvestia*^[69], Steklov: «Justamente poco tiempo antes de su arresto, el hermano mayor había enviado al menor... el primer tomo de *El Capital*. Así, Alejandro Ulianov le instituía no sólo como su sucesor, sino también como el heredero y continuador de Karl Marx». Esta versión se ha difundido por el mundo entero; sin embargo, está en completa contradicción con los hechos y las circunstancias psicológicas. «Jamás, en presencia de los más jóvenes —cuenta Ana—, Alejandro discutía o negaba nada». Y a su hermana mayor, que vivía muy cerca de él, en Petersburgo, no le hacía confidencias sobre lo que para él era lo más importante. No existía de ningún modo entre los hermanos esa esfera íntima de intereses y de conversaciones —sobre dios, el amor, la revolución— que en otras familias liga estrechamente a los mayores y a los menores. Ya hemos escuchado a Ana: «La diferencia de naturaleza entre los dos hermanos se manifestó desde la infancia y jamás hubo intimidad entre ellos». Durante el verano de 1886, el último que los hermanos pasaron juntos, estuvieron más alejados que nunca. Habiéndose repuesto relativamente pronto de la muerte del padre, Vladimir se sintió como un jefe de familia en la casa. Su reciente emancipación respecto de las ideas religiosas debía realzar de golpe la opinión que tenía de sí mismo. Como ocurre a menudo con los jóvenes que tienen voluntad, la necesidad de cierta autonomía se manifestaba torpemente en él, durante ese período de cambios, a expensas de la personalidad de los otros y, en gran parte, a costa de la autoridad de la madre. «La inclinación a la burla predominaba en general en el carácter de Vladimir y especialmente en esta edad de transición». Podemos dar tanto más fe a estas palabras dado que la hermana mayor, tal como se revela en sus escritos, apenas parece haber olvidado las burlas. En cuanto a Alejandro, sólo admitía con dificultad los sarcasmos a propósito de terceras personas: en cuanto a él, nadie habría tenido jamás la idea de provocarlo. Alejandro retomó el contacto por primera vez con la familia, ese verano, cuando el padre ya no estaba. Su tierno cariño por la madre, avivado por la separación y la pérdida común, se manifestaba con particular intensidad. Independientemente de la profunda diferencia de los caracteres, los hermanos se hallaban ahora orientados en sentidos diferentes. A la infantil adoración de la época en que Vladimir quería hacerlo todo «como Alejandro» sucedió una lucha por su independencia personal;

inevitablemente, empezó a alejarse del hermano mayor: a la concentración espiritual de Alejandro, a sus atenciones hacia las personas, a su temor a demostrar su superioridad, Vladimir oponía una tumultuosa agresividad, burlas y su pasión orgánica por ser el primero. El verano transcurrió en medio de malentendidos.

Escuchemos a Elisarova. La brusquedad y los sarcasmos de Vladimir «se manifestaron especialmente... después de la muerte del padre, cuya presencia ejercía siempre una acción moderadora sobre los muchachos». A su madre, Vladimir, «comenzó a responder a veces con una brusquedad que no le sería permitida en la época del padre». Parece que, notémoslo al pasar, en las insolencias exhibidas de Vladimir haya habido una retardada protesta contra el dominio del padre. La madre recordaba más tarde, con pesar, cómo Alejandro debió intervenir algunas veces en favor de ella en ese último verano. Un día, jugando al ajedrez, Vladimir rechazó con un gesto negligente a su madre, que le recordaba un encargo por hacer, y cuando María Alexandrovna insistió con irritación, replicó con una broma despreocupada. Entonces intervino Alejandro: «O vas a hacer ahora mismo lo que mamá te dice o no juego más contigo». El ultimátum había sido hecho con calma, pero tan firmemente que Vladimir cumplió al punto el encargo. La misma Ana, aunque, según dice, le chocaban «las burlas, la insolencia y la arrogancia» de Vladimir, cayó igualmente bajo su influjo y, en todo caso, entablaba gustosamente con él conversaciones en las que se sucedían bromas, ironías y risas. Alejandro no sólo no participaba de tales conversaciones, sino que apenas las toleraba: él tenía su propia carga de sentimientos y Ana le sorprendió varias veces dirigiéndole miradas desaprobatorias. En el otoño, ya en Petersburgo, Ana encontró el valor necesario para preguntar a Alejandro: «¿Qué piensas de bueno de nuestro Vladimir?» Alejandro respondió: «Sin duda alguna, es muy capaz; pero no nos entendemos». Quizás hasta haya dicho: «no nos entendemos para nada», agrega Elisarova, corrigiéndose a sí misma; en todo caso su hermano se había expresado «resuelta y claramente». «¿Por qué?», preguntó la hermana estupefacta. Pero Alejandro eludió la respuesta, subrayando sólo así la profundidad del desacuerdo. El mayor calificaba al menor de «muchacho capaz», sin arrogancia, como a un igual, como «adulto capaz», y todo lleva a pensar que la memoria de Ana ha conservado fielmente este matiz. Pero al mismo tiempo, a la hermana le chocó la distancia moral en que se colocaba respecto de su hermano. La falta de parentesco espiritual era para Alejandro motivo suficiente para excluir la posibilidad de conversaciones con Vladimir sobre asuntos íntimos. Existía sin embargo otra causa, no menos profunda. Durante el verano de 1886, Alejandro no había decidido aún nada para sí mismo. Leía a Marx, pero ignoraba completamente qué aplicación práctica haría de esa lectura. Incluso en el otoño, en Petersburgo, intentó aún rechazar las deducciones revolucionarias a las que había llegado. ¿Podía confiar sus vacilaciones y dudas a su hermano menor, con quien, por otra parte, «no se entendía para nada»?

No es posible, por lo tanto, admitir una influencia política directa de Alejandro

sobre Vladimir. Pero la influencia moral debía, aunque no inmediatamente, encontrar su expresión política. Sugiriendo a su hermano, por toda su naturaleza, las más altas exigencias con respecto de sí mismo y de los demás, Alejandro, sin buscarlo, hacía avanzar el conflicto, a decir verdad inevitable, entre Vladimir y el medio que lo rodeaba. Ana recuerda cómo Alejandro, cuando vino a pasar sus vacaciones en la casa, estrechó, de manera «amistosamente simple», la mano al viejo encargado de su padre, lo que «le llamó la atención, ya que era algo poco habitual». Este interesante episodio, que no ha permanecido casualmente en la memoria de su hermana, proyecta, a propósito de esto, un reflejo sobre las costumbres de los funcionarios burgueses de entonces, tales como se manifestaban incluso en una de las mejores familias de ese tiempo: ¡la atmósfera general estaba todavía saturada hasta la asfixia por los vapores del derecho de servidumbre! Es indudable que los gestos sinceramente «democráticos» de Alejandro tuvieron, para la formación de la personalidad de Vladimir, una importancia superior que la que habrían podido tener breves conversaciones sobre la Narodnaia Volia o sobre Marx. Pero jamás sostuvieron tales conversaciones.

¿Cuáles eran las ideas, los estados de ánimo de Vladimir durante el verano de 1886, en vísperas de su último año de estudios en el gimnasio? Desde el invierno precedente, había entrado, según Elisarova, en el período «en que se rechaza a las autoridades, en el período en que, por primera vez, a través de una actitud negativa, digamos, se forma la personalidad». Pero su crítica, a pesar de toda su vehemencia, no disponía aún sino de un radio de acción muy limitado: estaba dirigida contra el gimnasio, los profesores y parcialmente contra la religión. «No había nada de precisamente político en nuestras conversaciones». Vladimir no le hizo ninguna pregunta a su hermana, que había llegado de la capital, sobre las organizaciones revolucionarias, las publicaciones ilegales, los agrupamientos políticos estudiantiles. Ana agrega: «Yo estoy persuadida de que con la relación que existía en ese momento entre nosotros, Vladimir no me habría disimulado semejantes preocupaciones», si las hubiese tenido. Lo que se cuenta de las discusiones políticas que habrían ocurrido en casa de los Ulianov aun en vida del padre, del rol dirigente de Alejandro en estos debates y de las astutas réplicas de Vladimir, todo esto es pura invención, desde el principio hasta el fin. Aunque entre los alumnos del gimnasio de Simbirsk, como lo prueban descubrimientos hechos recientemente en los archivos de la gendarmería, aun en el período más sombrío de los años '80, existían círculos clandestinos y pequeñas bibliotecas tendenciosamente seleccionadas, Vladimir, seis meses después de la muerte del padre, no se había sentido afectado en modo alguno por la política y no manifestaba el más mínimo interés por los folletos sobre la economía de que estaba cargado el estante de libros de Alejandro, en la pieza común de los dos hermanos. El nombre de Marx no decía absolutamente nada al adolescente que otorgaba casi exclusivamente su interés a la literatura. Ésta sí que le interesaba apasionadamente. Absorbía, durante jornadas enteras, las novelas de Turguenev;

recostado sobre una pequeña cama leía, página tras página, dejándose llevar por la imaginación al reino «de aquellos que son indeseables» y de las jóvenes idealizadas, bajo los tilos de las distinguidas arboledas. Cuando llegaba al fin, empezaba de nuevo: su avidez no se saciaba nunca.

De este modo, a pesar de una estrecha proximidad, cada hermano vivió este verano encerrado en su propio mundo. Alejandro, desde el amanecer hasta el crepúsculo, se inclinaba sobre el microscopio. Krupskaja, a propósito de esto, pone en boca de Lenin la siguiente frase: «No, mi hermano jamás será un revolucionario —pensaba yo entonces—, un revolucionario no puede consagrar tanto tiempo al estudio de los gusanos anélidos». ¡Evidente anacronismo! El Vladimir de entonces, extraño a la política, no podía tener tales reflexiones sobre su hermano, al que toda la familia consideraba como un futuro sabio. Por el contrario, después del arresto y de la ejecución de Alejandro, Vladimir debió efectivamente repetirse: ¿quién hubiera podido creer que mi hermano reemplazaría un día el microscopio por una bomba?

Al recobrar la libertad, Ana, evitándole penas a Vladimir, no le informó lo que el hermano ajusticiado había dicho de él. Pero Vladimir no era sordo ni ciego. En la actitud de Alejandro hacia él, no podía dejar de sentir un alejamiento matizado por una secreta irritación, o incluso, por una aversión. Nada irreparable, todo esto es temporal y cambiante —así debía consolarse—; el acercamiento vendrá inevitablemente más tarde: él, Vladimir, demostrará lo que vale y Alejandro estará obligado a reconocerlo: hay todavía una vida por recorrer, es decir, una eternidad. Pero, por ahora, aún permanece en el mundo maravilloso de Turguenev. Y sin embargo no, lo que llegó fue la fortaleza de Pedro y Pablo y la ejecución de Alejandro.

Algunos años después, un socialdemócrata, Lalaïantz, preguntaba a Lenin sobre el asunto del 1.º de marzo. Éste respondió: «Para todos nosotros, la participación de Alejandro en un acto terrorista fue completamente inesperada. Quizás mi hermana sabía algo, yo no sabía nada». En realidad, la hermana no sabía nada tampoco. El testimonio de Lalaïantz confirma enteramente el relato de Ana y coincide con lo que describe a este respecto Krupskaja, conforme a Lenin, en sus *Recuerdos*^[70]. Para explicar este hecho que destruye completamente su propia versión sobre la intimidad de los hermanos, Krupskaja intenta alegar la diferencia de edad; pero este alegato, por lo menos insuficiente, no cambia en nada las cosas. La aflicción que le inspiraba la muerte de su hermano no podía sino estar teñida, en Vladimir, de la amargura de pensar que Alejandro le había ocultado lo más importante y lo más profundo de sí mismo, y de estar descontento consigo mismo por no haber prestado suficiente atención a su hermano, por haber subrayado de manera provocativa su independencia. La veneración que el niño había tenido por Alejandro debía ahora renacer decuplicada, agudizada por un sentimiento de culpabilidad ante Alejandro y por la conciencia de la imposibilidad de reparar «la falta». «Ante mí se encontraba, no ya el muchacho turbulento y alegre —escribe en sus recuerdos su vieja institutriz, que le

entregó la carta fatal de Petersburgo—, sino un hombre maduro, que reflexionaba profundamente». Apretando los dientes, Vladimir rindió los últimos exámenes del gimnasio. Se ha conservado su fotografía, tomada, probablemente, con ocasión del examen de egreso: sobre un rostro con rasgos aún inciertos pero donde ya se ve una fuerte concentración, con el labio superior realzado de manera provocativa, se halla extendida la sombra de la tristeza y del primer odio profundo. De este modo, hay dos muertes al comienzo de este nuevo período en la vida de Vladimir. Convincente por su naturaleza fisiológica, la muerte del padre favoreció su actitud crítica frente a la Iglesia y al mito religioso. La ejecución del hermano despertó un odio ardiente hacia los verdugos. El futuro revolucionario estaba ya en potencia en el carácter del adolescente y en las condiciones sociales que lo habían formado. Pero faltaba un primer impulso y éste lo dio la inesperada ejecución del hermano. Los primeros pensamientos políticos de Vladimir debieron inevitablemente originarse en una doble necesidad: vengar a Alejandro y, a través de la acción, rectificar su desconfianza.

¿Por qué, en ese caso, Vladimir tomó por el camino del marxismo y no por el del terrorismo?, preguntan los biógrafos oficiales, y responden al unísono alegando trivialmente: «la genialidad». En realidad, no sólo la respuesta sino la misma pregunta es de un carácter ficticio: como se verá, Vladimir no abrazó el marxismo sino algunos años más tarde; éste fue el resultado de un profundo trabajo de reflexión, y aún continuó siendo, por mucho tiempo, partidario del terrorismo. Los groseros anacronismos proceden fatalmente de una repugnancia a considerar al hombre viviente en su viviente evolución. ¡La misma Krupskaja ha sido víctima de una representación de Lenin marxista en 1887! Al intentar explicar por qué la ejecución de Alejandro no provocó en Vladimir «la resolución y la prisa por seguir el camino de su hermano», ella formula una hipótesis, absolutamente infundada, según la cual Vladimir «hacia esta época, ya tenía sus ideas sobre muchas cosas y ya había resuelto por su cuenta la cuestión de la necesidad de la lucha revolucionaria». Más lejos todavía ha avanzado, en el mismo sentido, la menor de los Uliánov, María, quien en la ceremonia de conmemoración de Lenin, el 7 de febrero de 1924, contó que, al enterarse de la noticia de la ejecución de su hermano, Vladimir habría exclamado: «No, nosotros no seguiremos por el mismo camino. No es por allí por donde hay que marchar». Se podría dejar de lado el evidente contrasentido del relato de María Uliánov que, en el momento del acontecimiento, no tenía siquiera nueve años, si la frase imprudentemente puesta en circulación por ella no hubiera sido literalmente canonizada, como una prueba de la profundidad del pensamiento político del estudiante de Simbirsk, que recién en la víspera se había desembarazado del cascarón de la religión, que no conocía todavía el nombre de Marx, que no había leído ningún folleto ilegal, que nada conocía ni podía conocer de la historia del movimiento revolucionario ruso y que incluso no había llegado a descubrir en sí mismo algún interés por la política. ¿Qué podían, en estas condiciones, significar las palabras que le atribuye su hermana menor? En todo caso no una oposición entre la lucha

revolucionaria de las masas y el terrorismo practicado por los intelectuales. Si se admite por un instante que la frase relatada haya sido efectivamente pronunciada, ella no podía expresar un programa, sino sólo desesperación: ¡Alejandro no habría debido, no, no habría debido marchar por este camino! ¿Por qué no se entregó a la ciencia? ¿Por qué buscó su perdición?

A diferencia de las monedas, los relatos imaginarios, como se sabe, no se desgastan, sino que al revés, crecen durante la circulación. El viejo bolchevique Chelgunov cuenta: «Cuando leyó el telegrama que anunciaba la ejecución de Alejandro, Vladimir se frotó la frente y dijo: ‘Y bien, nosotros buscaremos un camino mejor’». Todas las leyes de la psicología humana son aquí pisoteadas. Vladimir no se debate en la desesperación al enterarse de la espantosa noticia, no se aflige por la pérdida irreparable, sino que «se frota la frente» y declara la necesidad de seguir «un camino mejor». ¿A quién dirigía estas palabras? La madre se encontraba en Petersburgo, Ana estaba aún en la prisión. ¡Evidentemente, Vladimir confiaba sus revelaciones de táctico a Dimitri, que tenía trece años y a María, que tenía nueve!

Estos discípulos devotos no jugarían tan fácilmente con los hechos y con la lógica si no fuera porque ellos mismos no están suficientemente contentos con el maestro, tal como era. Quieren un Lenin mejor. Le atribuyen en su primera juventud la potencia intelectual que no pudo adquirir más que al precio de un trabajo titánico. Le atribuyen, por exceso de devoción, cualidades suplementarias. Así ellos se crean otro Lenin, un perfecto Lenin. A nosotros nos basta el que existió en la realidad.

Según Krupskaja, el joven Vladimir, si no hubiera tenido ya sus ideas revolucionarias organizadas, habría marchado, después de la ejecución del hermano, sobre sus huellas. ¡Pero sí, finalmente, es lo que hizo! No se dirigió ni hacia la aldea, ni hacia los campesinos, ni a la fábrica, ni a los obreros, sino, lo mismo que Alejandro, hacia la universidad. Allí encontró este ambiente de la juventud democrática que comenzaba a luchar por el derecho a organizar sus comedores y sus salas de lectura y terminaba en conspiraciones terroristas. Detenido por una protesta puramente estudiantil, Vladimir se afirmó en la idea del terrorismo. Si no se lanzó prácticamente por la senda del complot, no fue por consideraciones de principio sino porque, después de la catástrofe del 1.º de marzo de 1887, los atentados llegaron a ser por mucho tiempo psicológica y físicamente imposibles. Las unidades revolucionarias, sin experiencia ni perspectivas, estaban tan aisladas del medio social, incluso del estudiantil, y tan desunidas entre sí, que nadie tenía el coraje de alzar la mano para llevar adelante una acción práctica. La vieja senda de la intelligentsia se cerró definitivamente sobre la tumba de cinco estudiantes. Ningún otro camino se abría. Nadie hacía un llamado a la lucha, en ninguna parte, nadie se levantaba. Cómo ejercer la venganza, Vladimir lo ignoraba. El carácter acentuado de la reacción y la decadencia política de la intelligentsia dieron una tregua al joven hombre. Veremos que supo aprovecharla bien.

CAPÍTULO X

LA PREPARACIÓN

Los estudiantes expulsados por razones de higiene política eran susceptibles de ser nuevamente enviados a los centros universitarios de su «región natal». Pero en Simbirsk, donde Vladimir había vivido más de diecisiete años, casi el tercio de su vida, no le quedaba ningún pariente. Se le concedió la gracia de residir en el antiguo dominio del abuelo Blank, del que María Alexandrovna había heredado la quinta parte. En diciembre, Ulianov partió para Kokuchkino, a 40 verstas de Kazán. Allí debió vivir, sometido a una discreta vigilancia de la policía, hasta el otoño del año siguiente. Poco después llegó de Kazán la madre, María Alexandrovna, con los hijos menores. La familia habitó un ala del edificio, fría y mal arreglada, que pertenecía a una de las tías. Los vecinos no podían tener muchos deseos de frecuentarse con los Ulianov. Cada tanto aparecía M., el capitán de gendarmería, deseoso de saber si el elemento criminal continuaba siempre en su lugar. Alarmadas, las tías agasajaban al capitán, como es de práctica, con té y masitas o bien con licor de cerezas, y allí terminaba todo. A veces, llegaba también de visita algún primo, que no se distinguía en nada. El invierno en Kokuchkino fue tranquilo. Rugieron los vientos, el alud tapó la casa y hubo que usar la barredora de nieve. La madre suspiraba mirando hacia otro lado. Entonces las tías meneaban la cabeza, con aire de reproche. ¿Qué razón, verdaderamente, habría podido tener este Vladimir para echar a perder así su vida? ¿Lo que le había pasado a Alejandro no era ya suficiente? Por otra parte, se evitaba pronunciar este nombre.

Vladimir llegaba a la edad de la madurez y se había vuelto más atento con su madre que, como en el pasado, prodigaba a sus hijos sus inagotables recursos de amor y de cuidados. Ana, que se distinguía comúnmente por sus cambios de humor, se mostraba más nerviosa que de costumbre después de los sufrimientos padecidos en la prisión. La vida de la familia transcurría lánguidamente, al día, sin saber lo que reservaba el mañana. Afortunadamente, en el ala de la casa, se descubrió el armario con los libros del difunto tío, que gozaba en su tiempo de una reputación de erudito. Tíos de esta categoría, frecuentemente del género de los *Gens de trop* de Turguenev, se encontraban en numerosas familias de propietarios nobles; al mudarse para el cementerio, dejaban a sus sobrinos y sobrinas uno o dos centenares de libros desparejos y colecciones de viejas revistas rusas. Vladimir se abalanzó sobre el armario del tío. El primer acceso a la lectura «seria» no podía producirse sin

desorden; la elección de los libros se hacía al azar, nadie estaba allí para orientarlo y los ojos del joven se perdían devorando con avidez.

Al tomar conocimiento con las revistas progresistas de antaño, Vladimir comprendió por primera vez el sentido de la lucha que oponía a las diferentes tendencias con respecto a los destinos económicos de Rusia. Este conocimiento de las publicaciones de los años '60 y '70, que luego no dejó de completar, le fue sumamente útil más tarde en sus discusiones con los populistas y para sus primeros trabajos literarios. Pero el armario de la aldea no bastaba y fue preciso recurrir a la biblioteca de Kazán. Al mismo tiempo se suscribió a un periódico, muy probablemente el *Russkaia Vedomosti* (Informaciones rusas), de Moscú, que proyectaba un tenue fulgor de liberalismo en el crepúsculo de los años '80. Seguramente, fue durante su estadía de diez meses en Kokuchkino que Vladimir aprendió por primera vez a leer un diario, arte complicado en el que llegó más tarde a ser un virtuoso. En cuanto a las relaciones con el mundo exterior, se esperaban circunstancias más propicias. Cada vez que llegaba un cesto conteniendo libros, periódicos, cartas era todo un acontecimiento. Vladimir, por otra parte, no mantenía ninguna correspondencia. Sólo una vez intentó poner a uno de sus antiguos compañeros del gimnasio al corriente de sus recientes diferencias con las autoridades universitarias, acusando en su carta a los adversarios con fuertes críticas; pero la hermana mayor, con disposición a la prudencia, comenzó a demostrar que no era razonable correr el riesgo, tanto para él como para su destinatario, y Vladimir, aunque no le agradase para nada ceder a los argumentos de otro, renunció sin embargo a enviar una carta que había escrito tan inspiradamente.

Así, entre el armario del tío y la cesta de mimbre portadora del correo de Kazán, transcurría la vida en Kokuchkino, bajo la vigilancia policial. Imperceptiblemente se iban cicatrizando las heridas de la familia; en los niños rápidamente, en la madre con lentitud. Vladimir daba lecciones a Dimitri, su hermano menor, esquiaba y perseguía, escopeta en mano, a las liebres y algún otro animal de caza, a decir verdad sin éxito. A propósito de las decepciones con respecto a la caza de Vladimir escribe Ana: «En el fondo de su alma, lo mismo que mis otros dos hermanos, nunca fue un cazador». Es difícil estar de acuerdo con esta afirmación. Lenin era en realidad un cazador apasionado, pero demasiado impetuoso: en este dominio se sujetaba mal a la disciplina. Su ardor excesivo le impidió posteriormente llegar a ser un buen cazador, aunque en la época de su deportación haya llegado a algunos resultados.

Vino la primavera, la primera que Vladimir pasaba en el campo. Tenía dieciocho años cumplidos, la edad primaveral. Ahora debía comprender mejor por qué Alejandro amaba tanto la naturaleza y el aislamiento que allí encontraba. Hacia el verano llegaron los primos y las primas; la familia se había repuesto de los golpes recibidos. Kokuchkino se reanimó, se hicieron paseos colectivos, partidas de ajedrez, se cantó, se cazó. Entre toda esta parentela de veraneantes no había ninguno con quien hubiese valido la pena intercambiar ideas sobre las cuestiones que lo

inquietaban; en cambio, uno podía burlarse impunemente de los primos: aunque ellos fuesen mayores, «estaban en evidente inferioridad ante una palabra bien dirigida y una sonrisa maliciosa de Vladimir». En mayo, cinco meses después de su expulsión, Vladimir intentó hacerse reabrir las puertas de la universidad. El jefe del distrito escolar de Kazan elevó al ministro un informe según el cual era evidente que el ex estudiante Ulianov «a pesar de su notable capacidad y de los excelentes informes, no podía por el momento ser reconocido como una persona segura ni en lo moral ni desde el punto de vista político». Una breve expresión, «por el momento», indicaba que el jefe del distrito no perdía las esperanzas. El director del departamento de Instrucción Pública, sin haber leído el informe hasta el final, escribió al margen: «¿No será el hermano del otro Ulianov? ¿Es también de Simbirsk?» Enseguida, habiendo comprobado en la última parte del expediente que «el solicitante era el hermano de Ulianov, que había sufrido la pena de muerte», agregó: «No conviene de ninguna manera reincorporarlo». El conde Delianov era el ministro de Instrucción Pública. Witte lo caracterizaba como «hombre bueno, gentil» y, al mismo tiempo, como «un astuto charlatán de Armenia» que maniobraba en todas direcciones. Como era absolutamente inútil maniobrar con un Ulianov, el ministro lo descartó, pura y simplemente.

Dos meses más tarde, María Alexandrovna dirige a Delianov una súplica, esta vez firmada por ella misma. Antes de que llegara el rechazo, garantizado por adelantado, del «hombre bueno y gentil», Vladimir envía al ministro del Interior un pedido de autorización para partir al extranjero, con el objetivo de continuar sus estudios. La respuesta negativa del director del Departamento de policía a concederle un pasaporte para el extranjero, le fue comunicada a Vladimir por intermedio de la policía de Kazán, debido a que las autoridades, por las reiteradas instancias de la madre infatigable, acababan de permitir a Vladimir establecerse nuevamente en esa ciudad. Allí se trasladó la familia durante el otoño de 1888, a excepción de Ana, que no obtuvo el permiso para abandonar Kokuchkino sino algún tiempo después.

Desde la muerte de Ilya Nikolaievich, los Ulianov vivían de una pensión. Mil doscientos rublos por año, que el Tesoro pagaba a la viuda y a los hijos, representaban en provincias una suma considerable; pero la familia era numerosa y era necesario vivir austeramente. El dinero obtenido por la venta de la casa de Simbirsk constituía una reserva. María Alexandrovna alquiló, en los suburbios de la ciudad, una casita provista de una terraza y un jardín en pendiente. En el subsuelo encontraron que había, quién sabe por qué, dos cocinas. Una de estas piezas, como era superflua, fue ocupada por Vladimir, que gozando en ella de una relativa soledad se sumergió en la lectura. Comenzaron para él los años de preparación. Duraron, si se cuenta desde su expulsión de la Universidad hasta su partida para Petersburgo y a sus actividades revolucionarias, casi seis años. Precisamente aquí, sobre el Volga: en Kokuchkino, en Kazán y más tarde en la provincia de Samara, se formó el futuro Lenin. Para el biógrafo, estos años críticos —1888-93— son muy interesantes pero,

al mismo tiempo, los más difíciles de estudiar.

El menor desplazamiento del joven Ulianov era objeto de informes secretos de las instancias policiales. Tales informes, como banderillas plantadas sobre el mapa biográfico, señalan su camino visible y facilitan el trabajo del investigador. Pero en lo que respecta al camino interior durante este período preparatorio, cuando todavía no había llegado a ser un escritor, esas señales aún no existen. Hay, sí, testimonios dispersos, no carentes de interés, pero demasiado vagos y algunos simplemente apócrifos. A su lado, además, no había ninguna persona políticamente más madura, que le sirviera de guía o al menos de observador atento. Fuera de la hermana mayor que nos ha comunicado todo lo que podía sobre la evolución de su hermano, Vladimir sólo tenía relaciones con jóvenes de su edad, que eran, en suma, escolares, y que después desaparecieron en su mayoría de la escena, sin dejar Memorias. Vladimir no se reveló como escritor antes de 1893; no se ha conservado ningún documento concerniente a su evolución, ninguna de sus redacciones tan cuidadosas, nada asimismo de su correspondencia personal.

A las frecuentes recriminaciones sobre la pobreza de los materiales que caracterizan los años cruciales de Lenin, Elisarova replica: «No se podría decir mucho. Leía, estudiaba y discutía». Un matiz de irritación presente en estas palabras muestra sólo con más claridad que Elisarova observaba la vida espiritual de Vladimir únicamente desde el exterior. Para ella, la cuestión no era saber lo que había leído, lo que había estudiado, lo que había discutido, cuál era su actitud frente al populismo y a la Narodnaia Volia, cómo se modificaba esta actitud bajo el influjo de Marx, de los choques con la realidad, de los encuentros e influencias personales. En una palabra: cómo, siendo aún ajeno a la política, habiendo apenas roto con la Iglesia Ortodoxa, el estudiante de Simbirsk, que se embriagaba despreocupadamente con Turguenev, se convirtió, en una provincia perdida del Volga, en un marxista perfecto, en un revolucionario inflexible, en el líder de mañana. «No me acuerdo cómo se llamaban sus conocidos», escribe Ana, que no se interesaba por la vida interior de Vladimir, así como tampoco había entrado anteriormente en la esfera de los intereses de Alejandro. De ahí la pobreza de contenido y la poca solidez de sus notas relativas a la evolución ideológica de Vladimir, a pesar de que fue su testigo más cercano durante el período crítico de la preparación.

La tendencia general del desarrollo de Vladimir no era, a decir verdad, una excepción: a comienzos de los años '90, la joven generación de la intelligentsia en su conjunto giró bruscamente hacia el marxismo. Las causas históricas de este giro no eran tampoco un misterio: la transformación capitalista de Rusia, el despertar del proletariado, el callejón sin salida al que había llegado la marcha revolucionaria independiente de la intelligentsia. Pero no se debe hacer desaparecer una biografía en la historia. Es necesario mostrar cómo, de forma general, las fuerzas históricas y las tendencias se cristalizan en un individuo, con todos sus rasgos y peculiaridades personales. Un buen número de jóvenes de los dos sexos, estudiaron a Marx por esos

años, y muchos de ellos en las riberas del Volga. Pero solamente uno logró asimilar a fondo la doctrina, subordinándole tanto sus pensamientos como el mundo de sus sentimientos y supo por eso elevarse por encima de ella, convertirse en un maestro, mientras que la doctrina era un instrumento. Y este ser único fue Vladimir Ulianov. Pero aunque poseemos datos sobre el curso de su desarrollo durante los años de preparación, la situación del biógrafo no es aún menos desesperada. Existe cierto número de puntos importantes que permiten determinar con precisión su órbita espiritual. Respecto a las lagunas, habrá que formular hipótesis psicológicas, proporcionando al lector los datos indispensables para su verificación.

En Kazán, la familia vivía aún bastante aislada, aunque probablemente en menor grado que durante los últimos meses vividos en Simbirsk. María Alexandrovna, apartada de sus amistades y relaciones personales, no encontraba otras por el momento. Ana vivía mentalmente fuera de la familia: se preparaba para casarse con Elisarov. Vladimir no era un extraño en Kazán. Buscó a algunos de sus antiguos conocidos y, por su intermedio, se enteró de las novedades. Posiblemente, Vladimir no haya llevado a nadie a la casa; no lo había hecho cuando estudiaba en el gimnasio y, desde su expulsión, preservaba cuidadosamente a los suyos de visitas indeseables y de posibles disgustos. Además, la juventud radical debía evitar a la familia de Alejandro Ulianov, para no atraer sobre sí las redobladas atenciones de la policía.

Entre las nuevas relaciones de Vladimir se cita a una vieja afiliada de la Narodnaia Volia, Chevergova, a quien el joven consideraba, según algunos relatos, «con una gran simpatía». Con respecto a esto, Elisarova recuerda que Lenin no renunciaba en general a «la sucesión» de la antigua Narodnaia Volia; pero aquí, evidentemente, cae en uno de sus anacronismos habituales: posteriormente, cuando Lenin examinó atentamente los elementos que componían el pasado revolucionario, adoptó efectivamente cierta parte de la herencia de la Narodnaia Volia: una lucha implacable contra el zarismo, el centralismo, la conspiración; pero si en 1888 «no renegaba» del espíritu de la Narodnaia Volia era simplemente porque no había tenido todavía tiempo para considerarlo críticamente. Las ideas y las tendencias carecían todavía de una clara demarcación en su cabeza. Tanto para los otros como para sí mismo, él continuaba siendo el hermano menor de Alejandro Ulianov, héroe y mártir. Consideraba a Chevergova como un recluta puede mirar en el cuartel a un veterano cubierto de cicatrices.

¿Cuándo y de qué manera encontró Vladimir por primera vez a su futuro maestro Marx? Alejandro había leído *El Capital* durante sus últimas vacaciones. Debido a la muerte de su hermano, el nombre de Marx podía de golpe salir de ese limbo de indiferencia en donde reposan tantos nombres humanos. Uno de sus compañeros del gimnasio escribió que, habrían intentado, en la clase superior, después de la ejecución de Alejandro, traducir juntos *El Capital*, del alemán. Si este recuerdo, que la hermana mayor pone en duda, no es un simple error de memoria, la tentativa no pudo en cualquier caso tener más que un carácter episódico y debió ser abandonada a las

primeras páginas: «¿Cómo estudiantes del gimnasio, tan jóvenes —señala justamente Elisarova—, habrían sido capaces de realizar semejante empresa?»

Otro testimonio, más veraz, a pesar de los errores de hecho que contiene, retrasa casi en un año el conocimiento de Marx. Basándose en conversaciones con Lenin, sostenidas en la emigración, durante la guerra imperialista, cuenta Radek^[71]: «Siendo todavía estudiante en el gimnasio (?), Ilich vino a dar con un círculo de la Narodnaia Volia. En éste, por primera vez, oyó hablar de Marx. El que hablaba era el estudiante Mandelstamm, futuro cadete, y desarrollaba... las ideas del Grupo de la Emancipación del Trabajo. Como a través de una bruma distinguió Ilich una potente teoría revolucionaria. Se procuró el primer tomo de *El Capital*, que le develó el mundo exterior». Esto no sucedía en Simbirsk, sino en Kazan, Vladimir no era un alumno del gimnasio, sino un estudiante expulsado. En cuanto al resto, la narración, aunque estilizada, no suscita grandes dudas. Encontramos por primera vez el interesante detalle del nombre de Mandelstamm —futuro abogado liberal que en su juventud pasó por el sarampión del marxismo—, que Radek no hubiera podido recoger más que de labios del mismo Lenin. La referencia al círculo de la Narodnaia Volia, confirma que el hermano del terrorista al menos participaba en las reuniones de este círculo.

Sin embargo, no hay que representarse de ninguna manera al círculo de Kazán como un grupo de conspiradores y mucho menos como una organización terrorista. Muy sencillamente, cierto número de jóvenes se agrupaban en torno a un individuo vigilado por la policía, quizás en torno a la misma Chevergova. Si se admite literalmente lo que dice Radek, cuando sostiene que Lenin oyó esa noche pronunciar el nombre de Marx por primera vez, habrá no sólo que relegar a la categoría de los apócrifos el relato sobre la tentativa de traducir *El Capital* del alemán efectuada en Simbirsk, sino asimismo admitir que durante el verano de 1886 Vladimir no se había interesado para nada por el grueso volumen con el que Alejandro había pasado las noches. Esto no es de ningún modo imposible. Dedicado a leer a Turguenev y a jugar al ajedrez, el alumno del gimnasio podía recorrer con rápida mirada una encuadernación sin retener siquiera el nombre del autor.

De la primera edición rusa de *El Capital*, los universitarios de Kazán recibieron, poco más o menos, una docena de ejemplares; la mayor parte de la tirada fue proscrita de las bibliotecas y confiscada en el curso de los allanamientos. La obra se había convertido, desde mucho tiempo atrás, en una rareza. Si Vladimir consiguió procurarse el tesoro en el armario secreto de algún liberal culto, o por deportados de la Narodnaia Volia o por estudiantes de la ciudad, es cosa que no sabemos. Es posible que precisamente su búsqueda de *El Capital* lo haya llevado, por intermedio de Mandelstamm o bien por otros caminos, a ponerse en contacto con los primeros círculos marxistas.

Como quiera que sea, el estudiante expulsado de la universidad imperial se incorporó a la universidad clandestina de Marx. ¡Y qué estudiante! El biógrafo daría

mucho por contemplar, a través de una ranura, al joven Lenin en un rincón de la cocina de la casita de Kazán, sumergido en el primer capítulo de *El Capital*. Cuando, por la noche, Ana caía bajo su mirada, inmediatamente la escogía como auditorio. Vladimir no podía ocultar sus pensamientos como lo había hecho Alejandro. Ellos lo poseían, lo sometían y exigían que él les sometiese a otros. Sentado sobre el horno de la cocina, cubierto de viejos periódicos, gesticulando locamente, revelaba a su hermana mayor los misterios de la plusvalía y de la explotación.

Se han conservado muy pocas informaciones sobre el círculo de Kazán al que adhirió Vladimir. «No hubo dirigente más autorizado que él —escribe Elisarova, más bien por hipótesis— en ese círculo». Cierta número de estudiantes leían juntos buenos libros e intercambiaban sus ideas sobre lo que habían leído. Hacia la primavera de 1889 los estudios adquirieron, aparentemente, un carácter más sistemático; Vladimir se ausentó más a menudo por las noches. Había logrado progresar, durante esos meses, en el estudio de *El Capital* y había madurado de conjunto; puede suponerse con cierta seguridad que llegó a ser en el círculo el primero entre sus pares y que cumplió sus obligaciones de dirigente no oficial muy seria y conscientemente. Pero sólo se trataba aún de buscar su camino.

Había cierto número de círculos de este tipo en la ciudad universitaria. El más serio y el que desempeñaba el papel más importante era el círculo de Fedoseev. El dirigente de este círculo, nacido en 1869 y que murió trágicamente a la edad de veintinueve años, era una figura verdaderamente notable. A causa de su influencia revolucionaria sobre sus compañeros, había sido expulsado ya de la clase superior del gimnasio. Esta lección no lo había corregido en absoluto; muy por el contrario, lo estimuló para ampliar su acción. «Fedoseev —según el informe de un oficial de policía de la ciudad—, aunque muy joven, gozaba de una autoridad muy considerable, desde el punto de vista revolucionario, entre la juventud estudiantil de Kazán...». El círculo de Fedoseev, que disponía de una pequeña biblioteca ilegal había montado su propio aparato de ediciones clandestinas. En esa época de profunda reacción, ésta era una iniciativa grande y audaz que, a decir verdad, no tuvo gran desarrollo.

Vladimir, que no pertenecía al círculo central, había oído acerca de sus planes, pero no participó en ellos. Él quería estudiar. La suerte de Alejandro no sólo lo llamaba a la senda revolucionaria, sino que también le advertía sus peligros. Arrojarle de cabeza, de buenas a primeras, sacrificarse irracionalmente: esta idea le era extraña aun en sus años juveniles. La conciencia de su valor personal ya se había despertado en él. Se preparaba sin precipitación ni sacudidas febriles. ¡No, ciertamente, porque le faltase la pasión! Precisamente la facultad de disciplinar la pasión era una de sus más altas aptitudes y ella fue la que lo convirtió en el conductor de los otros.

Sin ninguna indicación concreta, Elisarova fecha «el inicio de la elaboración de las convicciones socialdemócratas de Vladimir Ilich» en el invierno de 1888-89. La

circunspecta fórmula: «el inicio de la elaboración» no dice casi nada. Pero, en todo caso, estamos lejos aquí de la afirmación de la hermana menor, según la cual la elección del rumbo socialdemócrata tuvo lugar en 1887. Sin embargo, la hermana mayor también anticipa los acontecimientos. Sólo se trataba por el momento del estudio de la teoría económica de Marx, con la que reconocían estar acuerdo, a su manera, también los populistas. Vladimir estudiaba esta teoría más seriamente que otros, pero aún estaba lejos de las indispensables deducciones políticas. De ello se tiene, en particular, la prueba, si bien indirecta, en su actitud respecto a Fedoseev. Elisarova estima que «no se puede establecer la influencia de uno sobre el otro», dado que se trataba de «magnitudes aproximadamente iguales». Para la cuestión que nos ocupa, no hay necesidad de comparar el peso específico de ambos jóvenes, de los cuales Fedoseev era un año mayor. Se trata de saber cuáles fueron las etapas en la evolución hacia la socialdemocracia. Según todo lo que se conoce acerca de Fedoseev, resulta evidente que éste había tomado una ventaja considerable sobre Ulianov. Según la afirmación de Máximo Gorki^[72], que vivía en esos años a orillas del Volga y frecuentaba los círculos radicales, Fedoseev declaraba, ya en 1887, su solidaridad con *Nuestras diferencias* de Plejanov. Aunque la memoria de Gorki, cuando se trata de ideas y fechas, no se distingue por su fidelidad, su testimonio está confirmado indirectamente por otros contemporáneos. «Fedoseev era ya (1888) un marxista en formación», escribe Lalaïantz, antiguo estudiante de Kazán. En respuesta a una pregunta que se le formulara, el mismo Lenin escribía, algunos años antes de su muerte: «N. E. Fedoseev fue uno de los primeros que empezaron a proclamar su pertenencia a la corriente marxista». Bajo la influencia de un miembro más antiguo de la socialdemocracia, P. Skvortzov, Fedoseev rechazaba además resueltamente el terrorismo de la Narodnaia Volia, lo que no era de ningún modo la regla, por esos años, en un medio marxista. Precisamente este punto debería ser para el hermano de Alejandro Ulianov el principal obstáculo en el camino.

Se puede suponer con razón que Vladimir fue introducido por primera vez en la esfera de los intereses marxistas, en la periferia de la propaganda de Fedoseev; probablemente obtuvo de los mismos círculos el precioso tomo de *El Capital*. Sin embargo, Vladimir no trabó conocimiento con Fedoseev y no lo vio ni una sola vez hasta su partida de Kazán, a pesar de que mantenía estrechas relaciones con miembros menos destacados del mismo grupo. Este hecho, sobre el que los autores de *Memorias* y los biógrafos no han fijado su atención, reclama una explicación. El mismo Lenin, en la nota mencionada más arriba, hace esta indicación: «Oí hablar de Fedoseev cuando vivía en Kazán, pero jamás nos encontramos personalmente». Más tarde veremos que Lenin procuraba siempre conocer a los que compartían su pensamiento y relacionarse con ellos. Muy pronto, entrará en correspondencia con Fedoseev sobre las cuestiones teóricas del marxismo y emprenderá especialmente un viaje para intentar conocerlo personalmente. ¿Por qué entonces, en Kazán, donde era tan fácil verse con él, Ulianov no buscaba a Fedoseev e incluso podría decirse que

prácticamente incluso lo evitaba? La hipótesis según la cual Fedoseev, que ocupaba un lugar central en la vida «clandestina» de los marxistas de entonces, habría eludido el encuentro por razones de clandestinidad, aparece como completamente inverosímil: el nombre de Fedoseev, al decir de Grigoriev, que habitaba en Kazán, era frecuentemente pronunciado entre la juventud y «no de una manera completamente clandestina»; por otra parte, Vladimir, ya expulsado de la universidad, era el hermano de un terrorista ejecutado: esta recomendación era de mucho peso. Es mucho más probable que sea el mismo Vladimir quien haya evitado la entrevista. Hallándose completamente consagrado al estudio de *El Capital* no se disponía de ninguna manera a abandonar la tradición de la Narodnaia Volia. Al mismo tiempo no podía de ningún modo sentirse suficientemente preparado como para defender esa tradición contra la crítica de un socialdemócrata que rechazaba el terrorismo. Si se añade que no le agradaba someterse a los argumentos de otro, particularmente a los de un hombre de su edad, se comprenderá por qué Lenin podía preferir no exponerse prematuramente a los golpes del adversario. Por intermedio de los demás miembros del círculo, se encontraba suficientemente al tanto de los pensamientos y argumentos de Fedoseev como para tenerlos en cuenta en sus estudios. A tales procedimientos de exploración circunspecta, que atestiguan ante todo un formidable dominio de sí mismo y de esta cualidad que expresa la expresión: «Pensar por sí mismo», recurrió Lenin más de una vez mucho más tarde. El carácter psicológicamente elocuente de estas deducciones permite enunciar la hipótesis —de la que pronto encontraremos una serie de confirmaciones— de que en el curso de por lo menos cuatro años (1887-91), las tendencias revolucionarias de Vladimir no habían adquirido el tinte socialdemócrata y que el estudio del marxismo no significaba para él una ruptura con la bandera del hermano mayor.

Antes de conocer las obras de Plejanov, Vladimir no podía siquiera plantearse seriamente la cuestión de elegir entre la socialdemocracia y la Narodnaia Volia, A decir verdad, Kamenev, el primer redactor de las *Obras* de Lenin, afirma con seguridad que la literatura del Grupo de la Emancipación del Trabajo, que circulaba entonces entre los círculos radicales de Kazan, «llegó indudablemente a ser conocida por Vladimir Ilich». Pero nosotros no estamos tan seguros de ello. Vladimir pasó en Kazán, en total, alrededor de siete meses. El nombre de Plejanov no significaba aún nada para él. Incluso, si las publicaciones del Grupo de la Emancipación del Trabajo circulaban clandestinamente, no era sino en un solo ejemplar. Vladimir se hallaba suficientemente absorbido por *El Capital*. Finalmente, si *Nuestras diferencias* cayeron en sus manos en esa época, no es probable que, falto del conocimiento del ABC de la economía política y la historia del movimiento revolucionario ruso, hubiera podido sacar gran cosa de un libro polémico, de ningún modo pensado para principiantes.

A propósito de saber cuándo Vladimir comenzó a tomar conocimiento de la literatura socialdemócrata rusa, poseemos, sin contar la hipótesis de Kamenev, un

único testimonio positivo, el de Radek: Lenin le contó, en el curso de un paseo que hicieron juntos, que ya había estudiado no sólo *El Capital* sino además el *Anti-Dühring* de Engels, antes de haber podido procurarse las publicaciones del Grupo de la Emancipación del Trabajo. Se puede considerar probado que Vladimir consiguió el *Anti-Dühring* en Petersburgo, no antes del otoño de 1890; el conocimiento de las obras de Plejanov, indispensable para adherir a la socialdemocracia, se sitúa de este modo en el año 1891. Sin eliminar los anacronismos entusiastas, es imposible fijar los jalones reales del desarrollo de Vladimir y mostrar, aunque sólo aproximativamente, cómo este joven que a la edad de diecinueve años comenzaba a estudiar las ciencias sociales se lanzó cuatro años después a la arena como un joven guerrero armado de pies a cabeza. Las fechas que acabamos de indicar se enriquecerán posteriormente para nosotros con un contenido más vivo. Por el momento, nos limitaremos a repetir: no había en Lenin ninguna precipitación, su genio era orgánico, obstinado, en ciertas etapas incluso dilatorio, pues era profundo. Cómo no aconsejar otra vez más a los memorialistas y a los biógrafos, a los admiradores y a las hermanas: ¡no azoten a Lenin como si fuera un niño, déjenlo marchar a su paso, que él encontrará el rumbo preciso y, créanlo bien, a la hora deseada!

El invierno que Vladimir pasó en Kazán fue para él un tiempo de viva pasión por el ajedrez. Dos circunstancias favorecieron esta fiebre: la edad del adolescente, que sentía la necesidad de la gimnasia en todas sus formas, de un gasto desinteresado de sus fuerzas físicas e intelectuales; y la incertidumbre de la situación: Vladimir era un estudiante expulsado y no sabía hacia dónde dirigirse. Ya en tiempos del gimnasio había obtenido éxitos notables para un aficionado y vencía muy fácilmente a su padre. Durante las últimas vacaciones que Alejandro pasó con su familia, ambos hermanos se daban batalla por las noches, obstinada y silenciosamente, con el espíritu concentrado. Cuando jugaba con Dimitri, el hermano menor, o en general con jugadores más débiles, Vladimir desconocía esa magnanimidad debilitante que permite al adversario deshacer una mala jugada, desmoralizando a ambos contendientes. La observación de las reglas del juego era para él un elemento constitutivo del placer mismo del juego. La incomprensión y la negligencia deben castigarse, y no ser premiadas. El juego es una repetición de la lucha y en la lucha no se permite retractarse. Vladimir frecuentaba regularmente el club de ajedrez de Kazán y probaba sus fuerzas en su casa sin mirar el tablero. Ese invierno, Elisarov le organizó una partida por correspondencia con un distinguido aficionado, el abogado Jardín, de Samara. El duelo por medio de cartas llegó a un punto crítico. A Vladimir le pareció que con su última jugada había llevado a su adversario a una situación sin salida. En espera de la respuesta, movía a cada momento las piezas y cada vez se convencía más de que su adversario no tenía salvación. Jardín replicó con una jugada tan inesperada que Vladimir cayó en una estupefacción que, después de un cuidadoso análisis, se tradujo por una exclamación respetuosa: «¡Caramba, qué jugador, es una potencia del infierno!» Siempre descubría la fuerza de otro, aun la de un adversario,

con satisfacción estética. Tres años más tarde, el abogado Jardín se convertiría en el tutor del pasante de abogado, Vladimir Ulianov.

Al período de Kazán se refiere un curioso episodio que relata la hermana. Vladimir empezó a fumar, probablemente por influencia de sus camaradas de círculo, en el que los confusos debates sobre el capitalismo se desarrollaban en medio de inevitables nubes de humo. La madre se inquietó, como todas las madres; cuando los argumentos respecto a la salud no bastaron, María Alexandrovna alegó que, al no ganar nada por sí mismo, no estaba bien que ocasionase a la familia gastos inútiles. Vladimir, aparentemente, fue sensible al reproche disimulado tras las palabras de su madre con respecto a convicciones que no podía defender. Renunció enseguida a fumar y fue definitivamente para toda su vida.

El temor de que Vladimir se dejara «atrapar» por la policía, impulsó a la madre, según Ana, a adquirir «una chacrita en la gobernación de Samara y a pedir autorización para pasar allí el verano». El relato de Ana tiene el defecto de no estar completo. «La chacrita» —como lo comunicó inmediatamente el gobernador Sverbeiev al Departamento de policía—, abarcaba un lote de tierra de 90 hectáreas, con un molino; sólo para la estada veraniega, era demasiado. En realidad, María Alexandrovna perseguía fines económicos: pues, finalmente, había que pensar en los medios de existencia para la familia. El padre de María Alexandrovna aunque médico de profesión, se ocupaba en Kokuchkino de agricultura, mientras que la madre de María descendía, al parecer, de colonos alemanes de la región del Volga, agricultores modelos. La misma María Alexandrovna era quien, en la familia, se ocupaba, desde mucho tiempo atrás, del huerto y del jardín. No es extraño que se le haya ocurrido la idea de comprar un lote de tierra e instalarse allí permanentemente. Transformarlo a Vladimir en propietario y agricultor habría proporcionado una ventaja suplementaria, la de preservarlo de las tentaciones y peligros de la política.

Por ese entonces, Ana se disponía a casarse con un camarada universitario de Alejandro, el ex estudiante petersburgués Elisarov. A éste le incumbió la tarea de comprar un lote de terreno en la gobernación de Samara, su región natal. Con la ayuda de su hermano —un kulak—, Elisarov se encargó con éxito de la comisión, comprando de ocasión una chacra perteneciente a Sibiriakov, propietario de minas de oro. De carácter generoso a la manera rusa, ricachón, perspicaz y liberal de izquierda, Sibiriakov había tenido anteriormente la intención de crear, en la gobernación de Samara, explotaciones modernas, granjas y escuelas modelos. Nada resultó de todas estas iniciativas y fue necesario vender en lotes el inmenso dominio. El precio pagado por un lote de 90 hectáreas, incluyendo un molino y una casa de campo, a unos 50 kilómetros de Samara, fue de 7500 rublos. Esta suma, para la época, no era pequeña: al dinero obtenido en la venta de la casa de Simbirsk se agregó también, probablemente, la parte de María Alexandrovna en la propiedad de Kokuchkino. De este modo, los Ulianov se convirtieron en pequeños propietarios en la estepa.

El silencio que guarda Elisarova sobre el aspecto económico de la operación tiene

visiblemente por finalidad proteger la figura de Vladimir de todo contacto con la prosaica existencia cotidiana. En realidad, se desprende solamente del encadenamiento de su vida un eslabón muy interesante. Por fortuna, Krupskaia nos transmite a este respecto una indicación, fugaz pero sumamente preciosa, del mismo Lenin: «Mi madre quería que me ocupara de los trabajos del campo. Me había dedicado a ellos, pero vi que las cosas no marcharían: las relaciones con los mujiks se tornaban anormales». No sabemos nada más acerca de este episodio. Únicamente por las cartas que Vladimir escribió posteriormente a su madre se aprecia que los problemas económicos y las dificultades de Alakaievka no le eran del todo extraños. Realizamos un doble reconocimiento a Krupskaia por sus dos líneas parsimoniosas: por ellas nos enteramos que Vladimir se había dedicado a realizar prácticamente los proyectos económicos de su madre y que él mismo había podido convencerse a través de la experiencia del hecho que «las relaciones con los mujiks se tomaban anormales». Este episodio es más importante que todo lo que se canta, en prosa y en verso, sobre las visitas efectuadas a los pequeños pastores, al aire libre, y los encuentros del liceísta con los mujiks de Kokuchkino en el transcurso de sus paseos. El primer verano fue consagrado, evidentemente, a la experiencia agrícola; dado que en la primavera de 1890 Vladimir recibió la autorización para realizar sus exámenes, los proyectos económicos fueron, naturalmente, abandonados. Pero no pasaron sin dejar sus huellas en la formación de la personalidad de Vladimir. Durante cierto tiempo, aunque muy corto, no había simplemente observado a los campesinos, sino que tuvo choques con ellos en el terreno de los negocios. ¡Y esto no es de ninguna manera lo mismo!

En la chacra se carecía de herramientas propias y no había obreros permanentes; los trabajos agrícolas no podían hacerse sino mediante transacciones con los campesinos de Alakaievka, el caserío vecino, verdaderamente lastimoso e indigente. De ochenta y cuatro jefes de familia, nueve carecían de caballos y vacas, cuatro no poseían siquiera una isba^[73] y los lotes eran miserables; no había escuela, pero sí una taberna; en una población de doscientas almas, únicamente cuatro muchachos hacían algunos vagos estudios; el resto de la población no sabía leer ni escribir. En medio de esta indigencia dominaban algunas familias de kulaks, a decir verdad, bastante miserables, pero que tenían en sus manos a toda la aldea. No era posible obtener beneficios de la chacra de otro modo que aliándose con los kulaks y explotando implacablemente a los pobres. Si posteriormente Lenin demostró una perspicacia absolutamente excepcional para descubrir todas las formas de servidumbre en el dominio de las relaciones agrarias, el contacto que tomó prácticamente con los campesinos de Alakaievka no desempeñó, debe pensarse, un papel insignificante.

Hubo que renunciar a administrar la posesión; se dio la tierra en arrendamiento y la residencia sirvió a la familia como casa de campo durante los cuatro o cinco meses del verano. La vida libre y la paz de la estepa; un viejo jardín abandonado, que descendía por un barranco hasta el arroyo; el estanque, donde uno se bañaba con el

corazón rebosante de emoción y, no lejos de allí el bosque, donde se recogían frambuesas: esta residencia era una maravilla para los Ulianov. En el jardín, cada uno tenía su rincón predilecto para la lectura y el estudio. La familia vivía menos aislada que en Kokuchkino; el temor de acercarse a los Ulianov había disminuido, aunque sin embargo, los visitantes, al principio, no se dejaron ver frecuentemente. María evoca el disgusto de los hermanos y hermanas cuando los visitaban personas poco familiares; Vladimir saltaba por la ventana para esconderse en el jardín. La prevención contra los desconocidos, lo mismo que la propensión a maniobrar por la ventana, son en general, como se sabe, característicos de la juventud, particularmente en el campo, donde los recién llegados son escasos y las ventanas bajas. Pero es posible que el vello de la timidez no hubiese desaparecido aún en este joven presuntuoso; en todo caso, en esta timidez se afirmaba así la tendencia a no desgastarse por gente que no valía la pena.

En la región de Alakaievka, los populistas, hacia fines de los años '70 habían intentado hacer propaganda, y durante los años '80, crearon comunas agrícolas en tierras adquiridas al mismo Sibiriakov: después de haberse preocupado por salvar a los campesinos mediante la revolución, habían terminado por salvarse ellos mismos con el trabajo de los campesinos. El gobierno consideraba con mucha desconfianza tales iniciativas; pero las comunas y los artels de intelectuales que habían surgido en diversos puntos del país, vegetaban tan apaciblemente que no daban motivo, en su mayor parte, a la represión policial. Un pequeño número de iniciativas se transformaban, por la marcha de las cosas, en empresas capitalistas; la mayor parte fracasaban desde los primeros pasos. Así sucedió con la vecina comuna de Alakaievka: los que la integraban se dispersaron muy pronto en diferentes direcciones, a excepción del obstinado organizador de la misma, Preobajensky^[74]. Vladimir trabó conocimiento con éste y por su intermedio con algunos otros representantes del populismo provincial. Sostenía prolongadas conversaciones con Preobajensky, a menudo hasta muy avanzada la noche, yendo y viniendo por el camino entre la chacra y la comuna. Vladimir escuchaba y observaba. No, estos hombres resignados, que removían mal la tierra, quizás en nombre del comunismo o bien por la salvación de su alma, no podían conquistarle.

Alakaievka no se sustraía, naturalmente, al campo de observación de las autoridades policiales. El jefe de la gendarmería de Samara, en un informe, comunicaba al Departamento de policía la llegada a la chacra de la familia Ulianov, de la cual Ana se encontraba bajo el régimen de vigilancia especial y Vladimir bajo el de simple vigilancia, lo mismo que el antiguo estudiante Elisarov, «sospechoso desde el punto de vista político». El Ministerio de Instrucción Pública recibía del jefe del distrito escolar, Maslennikov, en todos los casos que era necesario, informes detallados, sobre la familia Ulianov. También se hallaba incluido en el círculo de las observaciones el liceísta Dimitri, sobre el cual se enviaban al jefe informes mensuales. El asunto se complicaba por el hecho de que los Ulianov vivían en una de

las antiguas granjas de Sibiriakov, amigo de los deportados políticos y protector de comunas agrícolas. «Las circunstancias se han complicado —comunicaba Maslennikov a Petersbuigo— por el hecho de que las cuestiones concernientes a las granjas de Samara y a la familia Ulianov se encuentran en estrecha ligazón». En una palabra, los observadores no faltaban y, de acuerdo a los términos del jefe del distrito, la vigilancia «no pasaba desapercibida para los vigilados». Los resultados, sin embargo, fueron modestos: «No se ha notado nada reprehensible», escribía melancólicamente la gendarmería de Samara. Era difícil notar alguna cosa, puesto que los procesos reprobables sólo se desarrollaban aún en las más secretas circunvoluciones del cerebro. Pero, en contrapartida, ¡eran procesos muy peligrosos!

Aunque no transformara a Vladimir en propietario agrícola, el traslado a Alakaievka lo preservó de un arresto prematuro, en compañía de sus amigos de Kazán, en julio de 1889, cuando se apresó, no sólo al círculo central de Fedoseev, sino también a los miembros del círculo auxiliar de que Vladimir formaba parte. Él mismo escribía, muchos años más tarde: «Creo que hubiera podido ser arrestado fácilmente si me hubiese quedado en Kazán ese verano». Desde este punto de vista se justificaron los cálculos de la madre, al menos por un tiempo. La noticia de los arrestos efectuados en Kazán produjo en Vladimir una fuerte impresión. Ésta no podía sino afirmarlo en el siguiente pensamiento: no hay que entregarse en manos del enemigo a tontas y a locas, por bagatelas; hay que organizar convenientemente el trabajo para causar al adversario el mayor mal posible; pero para esto es indispensable prepararse.

En el jardín, a la sombra de los tilos, Vladimir tenía su rincón habitual, protegido del sol por el follaje, con una mesa y un banco clavados en tierra: allí pasaba sus horas de estudio. «Durante cinco años, de 1889 a 1893 —escribe Dimitri Ulianov—, éste fue el verdadero gabinete de trabajo» de Vladimir. Cerca de allí se encontraba, fija sobre dos postes, una barra transversal, que se denominaba, a la alemana, el Reck, para los ejercicios de gimnasia. El hermano menor observaba con estupefacción toda la energía y la pasión desplegadas por Vladimir para elevarse sobre el Reck, no de pecho, sino de espaldas. Por mucho tiempo no pudo conseguirlo. Finalmente, llamó a Dimitri como testigo de su triunfo: «Al fin he hecho el balanceo, ¡mira!» Brillando de alegría, ya estaba sentado sobre el Reck. Vencer la dificultad, disciplinar sus propias fuerzas, elevarse y sentarse sobre el Reck —«realizar un balanceo»—, ¡no hay nada mejor! Mostrar a Dimitri un nuevo ejercicio gimnástico es una necesidad, igual que la de develar a Ana los misterios de la plusvalía.

Vladimir se bañaba a menudo y nadaba muy bien en el estanque de Alakaievka; iba de caza, sobre todo cuando ésta significaba un hermoso paseo, por ejemplo, en los bosques vecinos, persiguiendo a los gallos silvestres; pero no podía soportar el quedarse sentado, inmóvil, con una caña de pescar. El deporte no era muy bien visto entonces por la intelligentsia democrática. Pero Vladimir tenía esta particularidad de buscar infatigablemente mantener un equilibrio activo entre las fuerzas espirituales y

las fuerzas físicas. En los ejercicios sobre el Reck, en la natación, en los paseos, en el canto, revelaba una fogosidad inagotable y, al mismo tiempo, disciplinada. Lo mismo que en su primera infancia, tomaba la vida, ante todo, como movimiento; con esta diferencia: que ahora el primer lugar lo ocupaba el movimiento del pensamiento.

Vladimir ayudaba a su hermana menor, María, en sus estudios; le enseñaba a coser un cuaderno con hilo blanco y no con negro; le mostraba cómo cuadrar el papel para un mapa geográfico y se dedicaba a estas pequeñas tareas de la manera consciente que lo distinguió en todos los trabajos y que debía grabarse en la memoria de María para toda la vida. Después de la comida, en el mismo rincón del jardín, Vladimir se entregaba a lecturas más fáciles, a veces a la literatura; frecuentemente se le unía Olga, que se preparaba para los cursos superiores de Petersburgo y juntos leían a Gleb Upensky, el artista del populismo.

Al anochecer tomaban el té o leían en el terraplén de la escalinata exterior, bajo un techado, para evitar que la luz atrajese los mosquitos a las piezas; allí también hacían la comida de la noche, con una sencillez casi bíblica: se traía del sótano una gran vasija de leche y los niños la bebían, acompañándola con pan gris de trigo candéal. A menudo dedicaban las noches a la música y al canto. Se cantaba en coro: Elisarov, el marido de la hermana mayor, hacía él solo, acompañado por Olga. A menudo también Vladimir cantaba su parte. En su repertorio figuraba en primer plano la romanza: «Tienes unos ojuelos encantadores... y cuando se llegaba a la estrofa patética: “Por ellos estoy completamente perdido, perdido...”, la voz del cantante se quebraba siempre en la nota aguda; Vladimir hacía entonces un gesto desesperado y gritaba en medio de las risas: “¡perdido, perdido...!”»

Hemos mencionado ya que apenas instalado en Alakaievka, Vladimir había hecho una segunda solicitud de autorización para viajar al extranjero, diciendo que era «para una cura», en realidad, para hacerse admitir en una de las universidades extranjeras. El Departamento de policía estimó, sin embargo, que era posible curarse también en el Cáucaso y no le concedió el pasaporte. La negativa era naturalmente humillante; pero la desgracia no era a pesar de ello tan grande. En los dos años y medio que Fedoseev pasó en la cárcel, Vladimir permaneció bajo el ala materna, en condiciones tan favorables para su salud física como moral. El destino protegía evidentemente a este joven, como si lo hubiera señalado de antemano para fines particulares. Pero el joven también sabía sacar partido de la benevolencia del destino. Había, probablemente, entre ellos, un pacto secreto de reciprocidad.

CAPÍTULO XI

BAJO LA SOMBRA LA REACCIÓN

El régimen de Alejandro III alcanzaba su apogeo. La ley sobre los jefes de los zemstvos, promulgada en 1889, restablecía en las localidades el poder administrativo y judicial de la nobleza sobre los campesinos. Lo mismo que los propietarios nobles antes de la reforma, los nuevos jefes gozaban ahora del derecho de someter al mujik, a su antojo, no sólo con arrestos sino también a los bastonazos. La contrarreforma de los zemstvos en 1890 entregaba definitivamente la administración autónoma de las localidades a la nobleza. A decir verdad, ya el estatuto de los zemstvos, de 1864, aseguraba suficientemente el dominio de los propietarios nobles sobre las administraciones autónomas mediante el censo agrario. Pero como la tierra se escapaba de manos de la clase noble era necesario fortalecer el censo de la propiedad con el censo de la casta. La burocracia adquiría una fuerza que no poseyó más que en tiempos del abuelo Nicolás el Garrote, de santa memoria. La propaganda revolucionaria, cada vez más escasa, se castigaba actualmente, a decir verdad, con menos rigor que en la época del «Zar Emancipador»: comúnmente con algunos años de prisión o deportación; los trabajos forzados y la horca quedaban reservados para los terroristas. En contrapartida, se escogieron para la deportación localidades singularmente malsanas. Los feroces tratos aplicados a los revolucionarios detenidos por los más mínimos actos de protesta merecían la aprobación personal del zar. En marzo de 1889, treinta y cinco deportados que se habían encerrado en una de las casas de Iakutsk, sufrieron un fusilamiento en masa: hubo seis muertos, nueve heridos y tres ejecuciones; los demás fueron enviados a la prisión. En noviembre del mismo año una presidiaría, Siguida, condenada a cien latigazos por haber insultado a un jefe de la prisión, murió al día siguiente del suplicio; treinta condenados a trabajos forzados, en protesta, se envenenaron; cinco murieron de inmediato. Pero la disgregación de los círculos revolucionarios, ahogados en un océano de indiferencia, había llegado a ser tan grande que la represión sangrienta, no sólo no provocó una activa resistencia, sino que incluso fue ignorada por mucho tiempo. Por ejemplo, es dudoso que el rumor de los trágicos acontecimientos ocurridos en Iakutsk y en el Kara haya llegado a Vladimir Ulianov antes —como muy rápido— de un año después, y él vivía por ese tiempo en Samara.

Después del aplastamiento de las universidades, el estado de ánimo revolucionario de la juventud estudiantil descendió a su punto más bajo. No se

efectuó ni una sola tentativa para responder con el terrorismo a la violencia gubernamental. El acontecimiento del 1.º de marzo de 1887 fue la última convulsión del período de la Narodnaia Volia. «La valentía de individuos tales como Ulianov y sus camaradas —escribía Plejanov en el extranjero— evoca en mí la virilidad de los antiguos estoicos... Su muerte prematura no podía sino señalar la impotencia y la caducidad de la sociedad que los rodeaba... Su valor era el de la desesperación».

El año 1888 fue el más sombrío de este siniestro período. «El atentado de 1887 — escribe Brusnev, estudiante de Petersburgo—, aniquiló los más mínimos deseos de libertad de pensamiento entre los estudiantes... Uno tenía miedo del otro y cada uno desconfiaba en general de todo el mundo». «La reacción social —dice en sus memorias un estudiante de Moscú, Mickiewicz— había alcanzado su límite extremo. Ni antes ni después hubo año tan sombrío... En Moscú no encontré una sola publicación ilegal». Las traiciones, los actos de deslealtad y las deserciones se sucedieron de modo desvergonzado. El conductor y teórico de la Narodnaia Volia, LevTijomirov^[75], que cinco años antes predicaba la toma del poder por medio de una revolución socialista inmediata, se declaró, a principios de 1888, partidario de la autocracia zarista y publicó en la emigración un folleto: «Por qué he dejado de ser revolucionario». Un abatimiento general impulsaba a centenares y millares de antiguos disidentes a fusionarse, ahora no con el pueblo, sino con las clases poseedoras y la burocracia. Una estrofa de Nadson, poco antes de su muerte: «No, yo no creo más en vuestro ideal», resonó como la confesión de toda una generación. Los menos sumisos se ahorcaban o se pegaban un tiro. Chejov escribía al publicista Grigorovich sobre los suicidios entre los jóvenes: «Por un lado... una sed apasionada de vida y de justicia, el sueño de una actividad inmensa como la estepa...; por el otro, una llanura sin límites, un clima riguroso, un pueblo ignorante y grosero, con su dura y fría historia, el yugo tártaro, la burocracia, la pobreza, la vida inculta... Esta existencia aplasta al hombre ruso... como si fuese una roca de varias toneladas».

En el comienzo mismo de esta oscura década de reacción, se produjo, no obstante, un acontecimiento político de primera magnitud: nació la socialdemocracia rusa. En los primeros años vegetaba, a decir verdad, casi exclusivamente en Ginebra y en Zurich y se parecía a una secta de emigrados sin punto de apoyo, cuyos miembros podían contarse con los dedos. Al estudiar su génesis, nos damos cuenta, sin embargo, que la socialdemocracia era un producto orgánico del desarrollo de Rusia, y que no fue nada casual que Vladimir Ulianov al inicio de los años '90, ligó su vida a la de este partido.

Hemos oído decir por Hipólito Mychkin, el principal acusado en el «proceso de los 193», que los actos revolucionarios de la intelligentsia eran la expresión — hubiese sido más justo decir el reflejo indirecto— de los levantamientos en el campesinado. Efectivamente, si en la vieja Rusia no hubiera existido una cuestión revolucionaria de carácter campesino, engendrando periódicamente hambres y epidemias o bien revueltas elementales, no habría existido tampoco la intelligentsia

revolucionaria, con su heroísmo y sus programas utópicos. El régimen zarista estaba gestando una revolución cuya base social residía en la contradicción entre las supervivencias feudales y las necesidades del desarrollo capitalista; las conspiraciones y los atentados de la intelligentsia no eran sino los primeros dolores de parto de la revolución burguesa. Pero si la tarea más inmediata de ésta era la emancipación de la clase campesina, es en el proletariado donde ésta debía encontrar su fuerza decisiva. Desde los primeros pasos de la historia revolucionaria de Rusia ya se puede establecer la dependencia inmediata y evidente que unían los actos revolucionarios de la intelligentsia a las agitaciones entre los obreros industriales.

El desbarajuste general causado en el país por la reforma campesina de 1861, se tradujo en las ciudades por huelgas obreras que confirmaban el descontento del «pueblo» y daban valor a los primeros círculos revolucionarios. El año del nacimiento de Lenin fue señalado por las primeras grandes huelgas de Petersburgo. No buscamos en esta coincidencia presagios místicos. Pero algún matiz particular adquieren, a este respecto, las palabras del manifiesto de Marx dirigido a los miembros de la sección rusa de la I Internacional, en ese mismo año de 1870: «Vuestro país comienza también a participar en el movimiento general de nuestro siglo». Hacia mediados de los años '70, centenares de obreros se habían ya enrolado en el movimiento revolucionario. A decir verdad, de acuerdo con la teoría predominante, ellos mismos se esforzaban por considerarse como miembros de la comuna rural que habían hecho abandono temporario del arado. Pero haciéndose activamente eco a la prédica afín a los campesinos a la que los mismos campesinos desoían, los obreros avanzados le daban la interpretación que correspondía a su propia situación social, alarmando así frecuentemente a sus tutores intelectuales. Los hijos pródigos del populismo crearon en las ciudades, en el norte como en el sur, las primeras organizaciones proletarias, formularon las reivindicaciones de libertad de huelga, de asociación, de reunión y la convocatoria de una representación popular y pusieron la marca de su influencia sobre las rebeliones de los obreros industriales.

Las huelgas petersburguesas de 1878-79 que, según Plejanov, testigo ocular que participó en los acontecimientos, «se convirtieron en el hecho del día, en el que se interesaba casi todo el Petersburgo culto y pensante», hicieron subir intensamente la temperatura de los círculos revolucionarios y precedieron inmediatamente el pasaje de los populistas a la lucha terrorista. A su vez, los hombres de la Narodnaia Volia, al buscar reservas de combatientes, se ocupaban, entre otras cosas, de hacer propaganda entre los obreros. Los movimientos revolucionarios de las dos capas sociales, el intelectual y el proletario, aunque desarrollándose estrechamente ligados, manifestaban, sin embargo, cada uno su lógica particular. Cuando la Narodnaia Volia misma se encontró enteramente destruida, los círculos obreros, que sus miembros habían creado, siguieron existiendo, particularmente en provincias. Pero las ideas del populismo, aunque deformadas por el prisma del pensamiento obrero, impidieron por mucho tiempo todavía que tomaran por el buen camino.

La lucha que llevaban adelante los marxistas contra estas ideas se hallaba en contradicción, especialmente, por el hecho de que los mismos populistas no tenían una actitud del todo desfavorable frente a Marx. En virtud de un gran error teórico, que tenía sus raíces históricas, lo incluían sinceramente entre sus maestros. La traducción rusa de *El Capital*, comenzada por Bakunin y continuada por el populista Danielson, apareció en 1872, encontró una acogida muy favorable en los círculos radicales y pronto se distribuyeron 3000 ejemplares. La segunda edición fue prohibida por la censura. El éxito aparente del libro se explicaba sin embargo por la falta de éxito interno de la doctrina. El análisis científico del capitalismo era considerado por la intelligentsia —tanto por los bakuninistas como por los lavristas— como la denuncia de los graves errores de la Europa Occidental y como una advertencia que los invitaba a cuidarse de no tomar un camino equivocado.

El Comité Ejecutivo de la Narodnaia Volia escribía a Marx en 1880: «Ciudadano: la clase intelectual y progresista de Rusia... ha recibido con entusiasmo la publicación de vuestros trabajos científicos. En ellos y en nombre de la ciencia están reconocidos los mejores principios de la vida rusa». No fue difícil a Marx adivinar el *quid pro quo* los revolucionarios rusos habían creído reconocer en *El Capital* no lo que allí se encontraba, es decir, el análisis científico del sistema capitalista, sino una condenación moral de la explotación y, por consiguiente, una aportación de una visión científica sobre «los mejores principios de la vida rusa»: el sistema de vida comunal y el sistema corporativo (artel). El mismo Marx veía en la comuna rural del sistema ruso no un «principio» socialista sino un sistema histórico de servidumbre de los campesinos y la base material del zarismo. No se ahorraba sarcasmos contra Herzen, quien como muchos otros, había descubierto «el comunismo ruso» en la obra de un prusiano, un viajero conservador, el barón Haksthausen. El libro de este último había aparecido en lengua rusa dos años antes que *El Capital* y la clase «intelectual y progresista de Rusia» se empeñaba en conciliar a Marx con Haksthausen. No es asombroso: la combinación de un fin socialista con la idealización de las bases de la servidumbre constituía, en efecto, el sistema teórico del populismo.

En 1879, Zemlia i Volia se disoció, como recuerda el lector en dos organizaciones: la Narodnaia Volia, que expresaba la tendencia democrático-política y que englobaba los elementos más combativos del movimiento anterior y el Cherny Perediel, que se esforzaba por salvaguardar los principios puramente populistas de una revolución campesina socialista. Al oponerse a la lucha política provocada por toda la marcha del movimiento, el Cherny Perediel perdió toda la fuerza de atracción. «La organización no tuvo probabilidades de crecimiento desde los primeros días de su creación», declara apenado en sus memorias uno de sus fundadores, Deutsch^[76]. Los mejores obreros, tales como Jalturín, se dirigían hacia la Narodnaia Volia. En el mismo sentido se orientaba la juventud estudiantil. Peor todavía era la situación del lado del campesinado: «de ese lado no teníamos absolutamente nada», el Cherny Perediel no desempeñó ningún papel revolucionario. Pero, por el contrario, le estuvo

reservada la tarea de servir de puente entre el movimiento populista y la socialdemocracia.

Los dirigentes de la organización —Plejanov, Zasulich, Deutsch, Axelrod^[77]—, se vieron obligados, en el curso de los años 1880-81, a emigrar uno tras otro. Justamente estos populistas obstinados, que no habían querido diluirse en una lucha por una constitución liberal, tenían que buscar, con un afán muy singular, esa parte del pueblo a la cual pudieran ligarse. Su propia experiencia, a pesar de sus intenciones, demostró indudablemente que sólo los obreros industriales eran accesibles a la propaganda socialista. Al mismo tiempo, la literatura populista, tanto artística como científica, había llegado, a pesar de su tendencia, a quebrantar suficientemente todas las representaciones hechas *a priori* de una «producción popular» armoniosa que se comprobó, en realidad, como un estadio primitivo del capitalismo. Quedaba «solamente» sacar las conclusiones inevitables. Pero este trabajo significaba toda una revolución ideológica. En gran parte, el trabajo de revisión de las concepciones tradicionales y de iniciación a la nueva orientación fue el resultado indiscutiblemente del dirigente del Cherny Perediel, George Valentinovich Plejanov. Nos lo volveremos a encontrar más de una vez, primero, como nuestro maestro, más adelante, como nuestro hermano mayor en la acción y, por último, como el adversario irreconciliable de Lenin.

Rusia ya se lanzaba por la vía del desarrollo capitalista. Y no era la intelligentsia quien iba a desviarla de ese camino. Las relaciones burguesas llegarán a una contradicción cada vez mayor con la autocracia y al mismo tiempo crearán nuevas fuerzas para la lucha contra ésta. La conquista de la libertad política se convierte en la condición indispensable para una lucha ulterior del proletariado por el socialismo. Los obreros rusos deben apoyar a la sociedad liberal y a la intelligentsia en sus esfuerzos por lograr una constitución y a la clase campesina en su levantamiento contra las supervivencias de la servidumbre. Por su parte, la intelligentsia revolucionaria, si quiere hacerse de un aliado poderoso, debe teóricamente plantarse en el terreno del marxismo y dedicar sus fuerzas a la propaganda entre los obreros.

Tal era, trazada a grandes rasgos, la nueva concepción revolucionaria. Actualmente parece ser un encadenamiento de lugares comunes. En 1883 esto significaba una conmoción, el más insolente desafío a los prejuicios más sagrados. La situación de los innovadores se complicaba extraordinariamente por el hecho de que, mientras que anunciaban teóricamente el advenimiento del proletariado, se vieron obligados en los primeros tiempos a dirigirse directamente a la capa social a la que ellos mismos pertenecían. Entre los pioneros del marxismo y los obreros que despertaban se levantaba el tabique intermedio, tradicional, de la intelligentsia. Las viejas opiniones estaban tan fuertemente arraigadas en este medio que Plejanov y sus camaradas decidieron evitar hasta la denominación de socialdemocracia, tomando el nombre de Grupo de la Emancipación del Trabajo.

Así surgió, en la pequeña Suiza, la célula de un futuro gran partido, de la

socialdemocracia rusa, de la cual salió posteriormente el bolchevismo, creador de la República de los Soviets. El mundo está construido con tan poca previsión que durante el alumbramiento de los grandes acontecimientos históricos los heraldos no hacen sonar sus trompetas y los astros celestes no dan presagios. El nacimiento del marxismo ruso pareció, durante los ocho o diez primeros años, un episodio poco digno de atención.

Temiendo desanimar a la poco numerosa intelligentsia de izquierda, el Grupo de la Emancipación del Trabajo, durante varios años, no tocó el dogma del terrorismo. Consideraba que el error de la Narodnaia Volia consistía solamente en no completar su actividad terrorista con «la creación de elementos para el futuro partido obrero socialista de Rusia». Plejanov se esforzaba, y no sin razón, por oponer a los terroristas, en tanto que políticos, con el populismo clásico que había rechazado la lucha política. «La Narodnaia Volia —escribía en 1883— no puede encontrar su justificación y no debe buscarla, por fuera del socialismo científico moderno». Pero las concesiones hechas al terrorismo no influían y las exhortaciones teóricas no encontraban eco.

La decadencia del movimiento revolucionario en la segunda mitad de los años '80 ganó a todas las corrientes y, engendrando una inercia espiritual, puso obstáculos a una extensión más amplia de las ideas marxistas. Cuanto más la intelligentsia en su conjunto desertaba del campo de batalla, más obstinadamente las unidades que permanecían fieles a la revolución se aferraban a las tradiciones consagradas por un pasado heroico. La asimilación de las ideas marxistas hubiera podido ser facilitada por la lucha revolucionaria del proletariado europeo. Pero los años '80 fueron también para Occidente años de reacción. En Francia, las heridas de la Comuna todavía no se habían cicatrizado. Los obreros alemanes habían sido arrojados, por Bismarck^[78], a la clandestinidad. El tradeunionismo [sindicalismo, NdT] británico estaba profundamente penetrado por la arrogancia de los conservadores. Por influencia de causas temporarias, sobre las que volveremos, el movimiento huelguístico ruso también se había adormecido. No es asombroso que el grupo de Plejanov se haya encontrado completamente aislado. Se lo acusaba de fomentar artificialmente la discordia entre las clases, en lugar de propiciar la indispensable unión de todas «las fuerzas vivas» contra el absolutismo.

Redactado apresuradamente por Alejandro Ulianov, absorto en la fabricación del ácido azótico y el relleno de las cápsulas de revólver con estricnina, el programa de la fracción terrorista declaraba, es verdad, que sus disensiones con los socialdemócratas eran «poco profundas», mas sólo para formular esperanzas en «un paso inmediato de la economía pública hacia una forma superior», dejando de lado el estadio capitalista de la evolución, y para reconocer «el enorme valor independiente de la intelligentsia, su aptitud para dirigir de inmediato la lucha política contra el gobierno». Prácticamente, el grupo de Alejandro Ulianov estaba más alejado de los obreros que los terroristas de la generación precedente.

Las relaciones del Grupo de la Emancipación del Trabajo con Rusia eran fortuitas y poco seguras. «No nos llegaban, sobre la fundación en 1883 del Grupo de la Emancipación del Trabajo, de Plejanov —relata Mickiewicz—, más que vagos rumores». En los círculos hostiles de la emigración se contaba, no sin placer, que en Odessa un grupo de radicales había quemado solemnemente el opúsculo de Plejanov *Nuestras diferencias* y tales rumores eran acogidos con confianza, pues respondían bien a los estados de ánimo, así como a los hechos. Los escasos partidarios del grupo entre la juventud rusa, residentes en el extranjero, le cedían mucho a los revolucionarios de la década precedente por la amplitud de sus puntos de vista y valor personal; algunos se decían marxistas con la esperanza de que esto los dispensaría de sus obligaciones revolucionarias. Plejanov, que no respetaba a nadie cuando lanzaba sus dardos, denominaba a estos dudosos partidarios de su pensamiento «inválidos que nunca estuvieron en el campo de batalla». A comienzos de los años '90, los líderes del grupo habían perdido, definitivamente, sus esperanzas de conquistar a la intelligentsia. La incapacidad de ésta para asimilar las ideas del marxismo fue interpretada por Axelrod como una deformación burguesa. Exacta en su sentido histórico general y confirmada posteriormente por los acontecimientos, esta explicación se anticipaba demasiado a los hechos: la intelligentsia rusa debía aún pasar por una etapa de entusiasmo casi unánime por el marxismo y ese momento ya estaba muy cercano.

Sin esperar que su existencia fuera reconocida por la teoría, el capitalismo llevaba a cabo mientras tanto, bajo la sombra de la reacción, su trabajo convulsivo. Las consecuencias de las medidas esclavistas y capitalistas del gobierno no alcanzaban a fundirse en un todo armónico. A pesar del amplio sostén financiero del Estado, la nobleza terrateniente se arruinaba rápidamente. En los treinta años que siguieron a la reforma, la casta dirigente abandonó más del 35% de sus tierras y hay que observar que precisamente el reinado de Alejandro III, época de la restauración de la nobleza, fue también la gran época de su ruina. Eran sobre todo, naturalmente, la mediana y la pequeña nobleza las que estaban siendo desposeídas. En lo que concierne a la industria, no dejaba de progresar, particularmente a fines de la década a causa de que sus ingresos, gracias a los elevados impuestos sobre la importación, llegaban al 60%. Así, pese a las contrarreformas nobiliarias, se operaba una transformación capitalista de la economía nacional. Al apretar cada vez más los nudos del régimen medieval, especialmente en el campo, la política gubernamental contribuía por otra parte al acrecentamiento de las fuerzas de la ciudad que estaban destinadas a cortar esos nudos. El reinado reaccionario de Alejandro III resultó ser el cálido invernadero de la revolución rusa.

Al cuadro general de los años '80 que se ha dado en uno de los anteriores capítulos conviene ahora añadir un correctivo muy importante: la postración política se extendía a diferentes capas de la sociedad culta —funcionarios liberales de los zemstvos, intelectuales radicales, círculos revolucionarios—; pero al mismo tiempo,

bajo la sombra de la reacción, se verificaba, en las profundidades del país, el despertar de los obreros industriales, se producían huelgas tempestuosas, a veces se destrozaban las medianas y grandes fábricas, había refriegas con la policía, aún sin claros fines revolucionarios, pero ya con víctimas revolucionarias. Junto con las reivindicaciones se despertaba la solidaridad; nacía en la masa una nueva personalidad; acá y allá aparecían los dirigentes. En la historia del proletariado ruso, los años '80 están inscriptos como el principio de su ascenso.

La ola de huelgas que se desarrolló a partir de los últimos años del reinado de Alejandro II, pero que alcanzó su apogeo en el curso de los años 1884-86, obligó a la prensa de diferentes matices a alarmarse, reconociendo el nacimiento en Rusia de un «problema obrero» particular. La administración zarista, es menester hacerle justicia, comprendió mucho más pronto que los intelectuales de izquierda la importancia revolucionaria del proletariado. Los documentos oficiales secretos, desde fines de los años '70, comienzan a destacar a los obreros industriales, como a una clase extremadamente peligrosa, mientras las publicaciones populistas continuaban todavía diluyendo al proletariado en la clase campesina.

Simultáneamente con la cruel represión ejercida contra los huelguistas, en 1882, comienza a desarrollarse rápidamente una legislación sobre las fábricas: prohibición del trabajo infantil, creación de la inspección de fábricas, reglamentación embrionaria del trabajo femenino y de los adolescentes. La ley del 3 de junio de 1886, que siguió inmediatamente alas grandes huelgas textiles, estableció la obligación patronal de abonar con dinero los salarios y a fechas fijas, abriendo la primera brecha en la muralla de la arbitrariedad patriarcal. De este modo, el gobierno zarista, mientras comprobaba satisfecho la capitulación de todos los grupos opositores de la sociedad culta, se vio él mismo forzado a capitular por primera vez ante la clase obrera que despertaba entonces. A menos de estimar exactamente este hecho es imposible comprender toda la historia rusa posterior, incluso hasta la Revolución de Octubre.

A pesar de todas las teorías populistas y pese a la continuación y aun a la agravación de la crisis agraria, la crisis industrial, cedió su puesto, hacia el fin de los años '80, a un ascenso. El número de obreros industriales se acrecentó rápidamente. Las nuevas leyes fabriles y los precios particularmente bajos de los objetos de consumo mejoraron la condición de los obreros habituados a la miseria de la aldea. Por un tiempo, las huelgas se apaciguaron. Precisamente durante este lapso el movimiento revolucionario cae a un nivel más bajo que el que alcanzara en los treinta años precedentes. De este modo, el estudio concreto de los zig-zags políticos de la intelligentsia rusa proporciona un capítulo sumamente interesante de la sociología: el libre «pensamiento crítico» se encuentra a cada paso bajo la dependencia de causas materiales que él mismo ignora. Si una pluma, que cualquier ráfaga llevaría consigo, pudiese tener conciencia de sí misma, se consideraría como el ser más libre sobre la tierra.

En el movimiento huelguístico a principios de los años '80, el papel dirigente

correspondió a los obreros educados por el movimiento revolucionario de la década anterior. A su vez, las huelgas dieron un impulso a los obreros más conscientes de la nueva generación. Es verdad que los místicos devaneos de esos días también penetraron en los medios obreros. Pero si para la intelligentsia el tolstoísmo significaba una renuncia a la lucha activa, para los obreros constituía la forma primera, aún imprecisa, de su protesta contra la injusticia social. De este modo, ideas enteramente iguales cumplen a menudo funciones opuestas en diversas capas sociales. Los ecos del bakuninismo, las tradiciones de la Narodnaia Volia, las primeras consignas del marxismo se combinan, en los obreros avanzados, con su propia experiencia huelguística y adquieren inevitablemente el tinte de una lucha de clase. Justamente en 1887, León Tolstoi se entregaba a tristes reflexiones sobre el resultado de la lucha revolucionaria de los veinte años anteriores. «¡Cuántas verdaderas aspiraciones al bien, cuántas disposiciones al sacrificio han sido dilapidadas por nuestra juventud intelectual para instituir la justicia...! ¿Y qué se ha conseguido? ¿Nada? Peor que nada». El gran artista se equivocaba políticamente una vez más. Las fuerzas morales aniquiladas de la intelligentsia se habían hundido más profundamente en el suelo para resurgir rápidamente con los primeros brotes de la conciencia de las masas.

Abandonados por sus dirigentes de la víspera, los círculos obreros continuaban buscando por sí mismos su propio camino: leían mucho, escudriñaban en las revistas viejas y nuevas, en busca de artículos sobre las condiciones de vida de los obreros de la Europa Occidental, establecían comparaciones con su propia vida. Uno de los primeros obreros marxistas, Chelgunov, recuerda que durante los años 1887-88, es decir, en el período maldito entre todos, «los círculos obreros se desarrollaban cada vez más... Los obreros progresaban... iban a hurgar en las librerías de ofertas y compraban libros». Los libros usados habían sido vendidos, sin duda alguna, a los revendedores, por una intelligentsia desencantada. Un tomo de *El Capital* se cotizaba en las librerías de ofertas entre 40 y 50 rublos.

Y sin embargo, los obreros de Petersburgo se las arreglaban para procurarse este libro de sabiduría. «Yo mismo —escribe Chelgunov—, me veía a veces obligado a dividir *El Capital* en pedazos, a deshojarlo en capítulos, para que se lo pudiese leer simultáneamente en cuatro o cinco círculos». El obrero Moiscenko, organizador de una formidable huelga textil, estudiaba también con unos camaradas, de acuerdo a una nota de *El Capital*, las obras de Lassalle^[79]. El grano no caía sobre la piedra.

En un homenaje dedicado al viejo publicista Chelgunov (que naturalmente no debe confundirse con el obrero nombrado más arriba, su homónimo), poco tiempo antes de su muerte acaecida en 1891, un grupo de obreros de Petersburgo le agradecía especialmente por haber indicado, mediante sus artículos sobre la lucha del proletariado en Francia e Inglaterra, el buen camino, a los obreros rusos. Los artículos de Chelgunov estaban escritos para los intelectuales. En manos de los obreros se transformaron en fuente de deducciones que iban más allá de los pensamientos de su

autor. Trastornado por la visita de una delegación obrera, el viejo se llevó a la tumba la imagen de una fuerza que despertaba. El más notable de los escritores populistas, G. I. Upensky, antes de hundirse en la locura, pudo enterarse de que los obreros avanzados lo apreciaban y querían, y felicitó públicamente a los escritores rusos «por ver acudir hacia ellos a nuevos lectores». Los oradores obreros, en Petersburgo, al celebrar clandestinamente el 1.º de mayo, en 1891, evocaban con gratitud la lucha precedente de la intelligentsia y al mismo tiempo expresaban de manera inequívoca su intención de reemplazarla. «La juventud de hoy —decía uno de ellos—, no piensa en el pueblo. Esta juventud no es otra cosa que un elemento parasitario de la sociedad». El pueblo comprenderá mejor a los obreros propagandistas «porque nosotros estamos más cerca de él que los intelectuales».

Sin embargo, en el filo de las dos décadas, nuevos vientos se abrieron paso también en los medios de la intelligentsia, aunque muy lentamente. Los estudiantes se ponían en contacto con los obreros y se impregnaban de su valentía. Aparecieron entonces los socialdemócratas, en su mayoría muy jóvenes, cuya voz cambiaba al mismo tiempo que su respeto hacia las viejas autoridades. Un joven de la época, Grigoriev, que habitaba en Kazán, escribe en sus memorias: «En 1888, entre los jóvenes de Kazán, se manifestó cada vez mayor interés por el nombre de Marx». A la cabeza de los primeros círculos marxistas de Kazán se coloca un notable joven revolucionario, Fedoseev. A partir del invierno de 1888-89, de acuerdo a Brusnev, en Petersburgo «el interés por los libros sobre las cuestiones sociales y políticas se acrecentó considerablemente. Se empezó a reclamar la literatura ilegal». Se leyeron de otro modo los periódicos. Los *Russkaia Vedomosti* (Informaciones rusas), órgano central del liberalismo de los zemstvos, publicaban durante esos años extensas comunicaciones de Berlín, con largas citas sacadas de los discursos de Bebel^[80] y otros líderes de la socialdemocracia. El periódico liberal quería así decir al zar y a sus consejeros que la libertad no era peligrosa: el emperador de Alemania seguía firmemente asentado en su trono, la propiedad y el orden estaban sólidamente garantizados. Pero los estudiantes revolucionarios encontraban otra cosa en esos discursos. Los propagandistas soñaban con educar a los obreros, para hacer de ellos Bebels rusos. Las nuevas ideas habían sido introducidas por estudiantes polacos: el movimiento obrero en Polonia se había desarrollado más tempranamente que en Rusia. Según Brusnev, que en los meses subsiguientes se coloca a la cabeza del grupo socialdemócrata de Petersburgo, en los círculos de estudiantes de tecnología de 1889 predominaba ya la corriente marxista: los futuros ingenieros, que se preparaban para servir al capitalismo, tenían muchas dificultades para conservar su fe en los destinos originales de Rusia.

Los estudiantes de tecnología llevaron a cabo una propaganda bastante activa en los círculos obreros. Al mismo tiempo, la animación ganaba los antiguos círculos adormecidos. De regreso de la deportación, miembros de la Narodnaia Volia se esforzaron, momentáneamente aún sin resultados, por reconstituir el partido

terrorista.

Leónidas Krassin, quien por entonces había aparecido en la arena petersburguesa de vuelta de Siberia en compañía de su hermano Hermann, describía posteriormente, no sin humor, sus primeros pasos en el marxismo. «La insuficiencia de erudición se suplía por el ardor de la juventud y las voces estruendosas... Hacia fines de 1889, las cualidades combativas de nuestro círculo se consideraban como sólidamente establecidas». ¡Leónidas tenía en esta época diecinueve años! Mickiewicz observaba también en la vida estudiantil de Moscú un cambio en el estado de ánimo general: ya no se desesperaban tanto como antes, se constituyeron espontáneamente un mayor número círculos de cultura y se acrecentó el interés por el estudio de Marx. En la primavera de 1890, después de un intervalo de tres años, estallaron graves desórdenes entre los estudiantes, por cuya causa los hermanos Krassin, estudiantes de ingeniería, fueron desterrados de Petersburgo a Nijni-Novgorod. De sus labios oyó Mickiewicz, deportado al mismo lugar, por primera vez, la viva prédica del marxismo y se arrojó sobre *Nuestras diferencias* de Plejanov. «Un mundo nuevo se presentó ante mí: había encontrado la clave para comprender la realidad circundante». El *Manifiesto del Partido Comunista*, leído a continuación, produjo en Mickiewicz una enorme impresión: «Comprendí las bases de la gran teoría histórico-filosófica de Marx. Desde entonces me convertí en marxista para toda la vida». Durante ese lapso Leónidas Krassin obtuvo la autorización para regresar a la capital y allí empezó la propaganda entre los obreros textiles. Nevzorova, estudiante de comienzos de los años '90, relata qué revelación para la juventud de la época fueron las primeras publicaciones del Grupo de la Emancipación del Trabajo: «Recuerdo hasta hoy la profunda conmoción causada por *di Manifiesto Comunista*, de Marx y Engels». Krassin, Mickiewicz, Nevzorova y sus amigos. Tales son los cuadros en formación del futuro bolchevismo.

El nuevo estado de ánimo en la intelligentsia rusa estaba condicionado también por los acontecimientos de Occidente, en donde el movimiento obrero salía del marasmo. La famosa huelga de los portuarios ingleses bajo la dirección del futuro renegado John Burns daba paso a un nuevo y combativo tradeunionismo. En Francia, los obreros se reponían de la catástrofe y entonces se elevó la prédica de los marxistas Guesde y Lafargue^[81]. Durante el otoño de 1889 se celebró en París el Congreso constitutivo de la nueva Internacional^[82]. Plejanov pronunció en el Congreso su profética declaración: «La revolución rusa no podrá vencer sino como revolución obrera, no hay otra salida ni puede haberla». Estas palabras, que resonaron en la sala del Congreso, sin que se reparase casi en ellas, despertaron en Rusia un eco que se repitió en los corazones de varias generaciones revolucionarias. Por último, en Alemania, en las elecciones de 1890, la socialdemocracia ilegal reunió casi un millón quinientos mil votos. La ley de excepción contra los socialistas, mantenida durante casi doce años, se hundía en el oprobio.

¡Cuán ingenua es la creencia en un nacimiento arbitrario de las ideas! Fueron

necesarias toda una serie de circunstancias objetivas, materiales, y en cierto orden de sucesión, en una combinación determinada, para que el marxismo encontrase acceso en los espíritus de los revolucionarios rusos. El capitalismo debía realizar serios progresos; la intelligentsia debía recorrer hasta el final todos los otros caminos: el bakuninismo, el lavrismo, la propaganda entre la clase campesina, la permanencia en el campo, el terrorismo, la acción cultural pacífica, el tolstoísmo; los obreros debían organizar huelgas; el movimiento socialdemócrata de Occidente debía adquirir un carácter más activo; en fin, la formidable catástrofe del hambre de 1891 debía mostrar al desnudo todas las úlceras de la economía pública de Rusia: entonces y sólo entonces, las ideas del marxismo, cuya formulación teórica había sido encontrada cincuenta años antes y enunciada por Plejanov para Rusia en 1883, comenzaron al fin a ser aceptadas en territorio ruso. Sin embargo, todavía no está todo dicho. Habiendo tenido rápidamente una amplia difusión en los medios intelectuales, conforme con la naturaleza social de ese medio, éstas fueron sujetas a deformaciones. Sólo con la aparición de una vanguardia proletaria consciente toma forma definitivamente el marxismo ruso. ¿Significa esto que las ideas no son esenciales ni actuantes? No, esto sólo significa que las ideas están socialmente condicionadas; antes de convertirse en la causa de los hechos y de los acontecimientos, ellas aparecen como su consecuencia. Con más precisión: la idea no se eleva por encima del hecho como una instancia superior, pues la idea misma es un hecho que entra como un eslabón indispensable en la cadena de los otros hechos.

El desarrollo personal de Vladimir Ulianov se cumplía en estrecha conexión con la evolución de la intelligentsia revolucionaria y con la formación de una pequeña capa de obreros avanzados. La biografía, aquí, se relaciona orgánicamente con la historia. El proceso subjetivo de la formación espiritual coincide con el proceso objetivo del ascenso de la crisis revolucionaria en el país. Al tiempo que surgen los primeros cuadros marxistas y los primeros círculos socialdemócratas, se prepara y madura, bajo la sombra de la reacción, el futuro conductor del pueblo revolucionario.

CAPÍTULO XII

EL PERÍODO DE SAMARA

En el otoño, la familia se trasladaba a la ciudad, en donde ocupaba, con los Elisarov, medio piso de una casa de madera, el cual comprendía seis o siete piezas. Así, Samara se convirtió en la residencia de los Ulianov durante casi cuatro años y medio. En la vida de Lenin el período de Samara constituye un período particular. Posteriormente, a mediados de la década del '90, Samara, bajo la influencia de Lenin, llegó a ser, en su género, la capital marxista de la región del Volga. Es indispensable echar por lo menos una breve mirada sobre la fisonomía de esta ciudad.

La historia administrativa de Samara difiere poco de la de Simbirsk: la misma pugna con los nómades, la misma época de fundación de la «ciudadela», es decir, del levantamiento de murallas de madera, la misma lucha contra Razin y Pugachev. Pero la fisonomía social de Samara era muy diferente. Simbirsk se constituyó como una sólida cuna de nobles. Más adentrada en la estepa, Samara comenzó a desarrollarse mucho más tarde, después de la abolición del derecho servil, como centro del comercio de cereales. Aunque la calle principal se llamara calle de la Nobleza, era únicamente por imitación. En realidad, el régimen de la servidumbre no había podido casi ganar las estepas de Samara; la ciudad estaba desprovista de antepasados y tradiciones. No tenía universidad, como Kazán, y por tanto ninguna casta universitaria y ningún ambiente estudiantil. Con tanta mayor seguridad, pues, se sentían aquí los ganaderos, los agricultores, los comerciantes de granos, los harineros, sólidos pioneros del capitalismo agrario. Indiferentes, no sólo a la estética, sino también al confort personal, no se construían residencias señoriales con columnatas, parques y ninfas de yeso. Lo que ellos necesitaban eran embarcaderos, graneros, molinos, comercios, garajes con rejas de hierro y gruesos candados. No eran los perros de caza los que suscitaban su interés, sino los perros guardianes. Sólo cuando habían amasado una sólida fortuna edificaban casas de piedra.

En torno a esa burguesía que comerciaba los cereales en el Volga, en torno a los embarcaderos y galpones, iban y venían una multitud de vagabundos y semivagabundos. Los antiguos habitantes de los suburbios de Samara intentaron una vez, calcando el ejemplo de los alemanes —mennonitas de Sarepta^[83]—, cultivar la lucrativa mostaza; pero el hombre ruso careció de capacidad y paciencia. Las plantaciones de mostaza que no dieron resultado, no dejaron a los pequeñoburgueses de Samara más que amargura, desilusión y el irónico mote de «mostazudos». Cuando

se enfadaban, sobre todo cuando después de beber un trago, los habitantes de los suburbios, tanto como los remolcadores de las embarcaciones, ocasionaban grandes preocupaciones a las autoridades. Pero sus revueltas no tenían visos de esperanza, lo mismo que toda su perdida existencia.

El viejo Chelgunov, el mismo a quien los obreros de Petersburgo rindieron posteriormente un homenaje, hizo en 1887 una interesante descripción de Samara, ciudad de los pioneros: «al lado de los palacios se extienden terrenos baldíos, o empalizadas, o bien se levantan chimeneas de casas que se incendiaron quince años atrás y que nunca serán reconstruidas, lo mismo que no se pondrá jamás de pie el pionero que se ha aventurado más allá de sus posibilidades y se ha arruinado. Más lejos aún, pasando por las empalizadas, los terrenos baldíos y las casas desparramadas por los alrededores, se encuentran los suburbios, en donde se apretujan las casuchas de tres o cuatro ventanas. Se trata de la aldea, que ha abandonado la estepa y se ha fijado en la ciudad, a fin de trabajar para el constructor...».

No había casi industria ni por consiguiente obreros industriales en Samara. Y como tampoco se padecía allí del contagio universitario, Samara entraba en la lista de las ciudades que no proporcionaban inquietudes, en donde las autoridades toleraban que residiesen los revolucionarios que habían cumplido el plazo de su deportación en Siberia y adonde se enviaban, cada tanto, a los individuos sospechosos de las capitales y de los centros universitarios, bajo la vigilancia policial. Esta cofradía nómada, que hasta el comienzo de la década del '90 estaba completamente teñida de color populista, agrupaba a su alrededor a la izquierda de la juventud local. No sólo los representantes de zemstvos y los comerciantes, sino a veces también los funcionarios se permitían impunemente jugar al liberalismo en esa provincia en donde la nobleza no ejercía sujeción, en donde no se producían agitaciones de estudiantes y obreros. Las sombrías revueltas de la gente del puerto no eran registradas por nadie en el libro de la policía. Entre los individuos vigilados, era posible encontrar hombres inteligentes y honestos, para puestos de funcionarios de los zemstvos, gerentes, secretarios y maestros particulares, aunque de acuerdo a la ley, muchas de esas ocupaciones exigiesen una garantía oficial de lealtad. Según los informes de la policía de Samara, también Vladimir Ulianov, en 1889, se dedicaba a dar lecciones particulares. La administración de Samara cerraba los ojos ante los pequeños favores concedidos a los individuos sospechosos.

Los viejos deportados, los individuos sujetos a vigilancia y, en conexión con ellos, los pequeños círculos de estudiantes secundarios, seminaristas, jóvenes alumnas de las escuelas sanitarias de los zemstvos y los estudiantes que venían a pasar el verano, constituían, por así decir, la vanguardia de la provincia. De este pequeño mundo partían hilos en dirección de los liberales de los zemstvos, de los abogados, del comercio y de la burocracia. Ambos grupos se nutrían del periódico liberal-populista *Russkaia Vedomosti*: el ala más importante se interesaba

principalmente por las editoriales moderadamente insidiosas y en la crónica de los zemstvos; la juventud radical devoraba las correspondencias del extranjero. Entre todas las revistas mensuales, la izquierda absorbía con avidez, apenas salía, cada número del *Ruskaia Bogatsvo* (La riqueza rusa), especialmente los artículos del talentoso publicista populista Mijailovsky, infatigable pregonero de la «sociología subjetiva». El público más equilibrado prefería el *Vestnik Evropy* o bien la *Ruskaia Mysl* (El Pensamiento Ruso), órganos de un disfrazado constitucionalismo. En Samara, la propaganda no traspasaba en absoluto los límites del mundo intelectual. El nivel cultural de los obreros, que eran poco numerosos, era muy bajo. Cierta número de obreros ferroviarios adherían, a decir verdad, a los círculos populistas, pero no con la finalidad de hacer propaganda entre los obreros sino para elevar su propio nivel cultural.

Los individuos vigilados visitaban sin aprensiones a la familia Ulianov que, por su parte, había ido perdiendo poco a poco todos los motivos para evitar la visita frecuente de los enemigos del zar y de la patria. La viuda del alto consejero de Estado se había puesto en contacto con un mundo con el que probablemente apenas soñara en vida de su marido. Su sociedad se componía al presente, ya no de funcionarios provinciales y sus esposas, sino de viejos radicales rusos, que habían vivido años en la prisión y en la deportación, y que rememoraban a sus amigos muertos en el curso de los atentados terroristas, mientras se defendían a mano armada, o bien habían muerto en prisión; en una palabra, gente de ese mundo del que partiera Alejandro para no volver. Ellos tenían opiniones sorprendentes sobre muchas cosas, sus maneras no eran siempre distinguidas, algunos se destacaban por extravagancias adquiridas durante los largos años de prisión, pero no eran malos; al contrario, María Alexandrovna debía convencerse, eran buena gente: desinteresados, fieles en la amistad, audaces. Uno no podía considerarlos sin afabilidad y al mismo tiempo resultaba imposible no temerles: ¿no arrastrarían al otro hijo también hacia el camino fatal?

Entre los revolucionarios que residían en Samara bajo la vigilancia policial, se distinguían Dolgov, que había participado en la famosa conspiración de Nechaiev y la pareja Livanov: el marido estuvo complicado en el «proceso de los 193» y la mujer, comprometida en Odessa en el asunto de Kovalsky, cuando intentó resistir a mano armada su arresto. Las conversaciones con estas personas, sobre todo con los Livanov, de quienes dice Elisarova que eran «populistas típicos, muy enteros e idealistas», constituyeron para Vladimir una verdadera y elevada escuela práctica de la revolución. Escuchaba con avidez sus relatos, preguntaba constantemente, en busca siempre de nuevos detalles, para revivir en su imaginación la marcha de los combates de antaño. Una gran época revolucionaria, que por entonces aún no había sido estudiada ni tampoco consignada casi en los escritos, que además se hallaba separada de la nueva generación por una fase reaccionaria, erguía ante Vladimir sus vivientes figuras humanas. Este joven poseía la más rara de las cualidades: sabía escuchar.

Todo lo que se refería a la lucha revolucionaria le interesaba: las ideas, las personas, los procedimientos conspirativos, la técnica de la acción clandestino, los pasaportes falsos, el régimen penitenciario, los procesos ante los tribunales, las condiciones de la deportación y de las evasiones.

Uno de los centros de reunión de la intelligentsia radical de los zemstvos, en Samara, fue la casa del juez de paz Samoïlov. Allí concurría a menudo Elisarov, a quien se le ocurrió un día la feliz idea de llevar con él a su cuñado. Esta visita le permitió a Samoïlov, hijo, muchos años más tarde, reconstruir la figura del joven Uliánov con algunos trazos muy bien logrados: «Cuando fui a saludar a los huéspedes —cuenta Samoïlov—, atrajo repentinamente mi atención una figura nueva: sentado a la mesa, con desenvuelta postura, se hallaba un joven muy delgado, cuyos pómulos, de un rojo subido, resaltaban en su rostro un tanto kalmuk; sus bigotes y barbilla, ralos, con ligeros reflejos cobrizos, no habían sufrido aún, evidentemente, el filo de las tijeras; la mirada de sus vivos ojos oscuros era irónica. Hablaba poco, pero esto no se debía en absoluto, al parecer, al hecho de que se sintiera incómodo en un ambiente desconocido: no, era completamente evidente que esta circunstancia no le pesaba en modo alguno. Al contrario, súbitamente me percaté de que M. T. Elisarov, que siempre se sentía a sus anchas entre nosotros, estaba en esta oportunidad, no turbado ante el nuevo huésped, diría, sino algo intimidado. La conversación era insignificante y se refería, recuerdo, al movimiento estudiantil de Kazán, a causa del cual Vladimir Ilich (era él), había sido obligado a abandonar la universidad de Kazán... Aparentemente, no estaba dispuesto a considerar su suerte bajo una luz trágica... En medio de la conversación, después de haber recogido una deducción que le pareció particularmente oportuna, prorrumpió repentinamente en una risita nerviosa, corta, enteramente rusa. Era claro que se le acababa de ocurrir una idea cautivante, mordaz, que había buscado anteriormente. Esta risita, sana y no desprovista de malicia, subrayada por pequeñas arrugas igualmente maliciosas en las comisuras de los párpados, se grabó en mi memoria. Todos se echaron a reír, pero él ya estaba tranquilo y nuevamente prestaba oídos a la conversación general, fijando una mirada atenta y un poco irónica sobre los interlocutores». Cuando el visitante se fue, el huésped, con naturalidad expansiva, resumió la impresión recibida en términos exaltados: «¡Qué hombre razonable!» Y la exclamación del padre se confundió para siempre en la memoria del hijo con la imagen del joven Lenin, con el juego irónico de sus ojos, con su breve risita «muy rusa». Así lo pinta también, es verdad, tres años más tarde, un allegado de Vladimir, Lalaïantz: «de talla pequeña, pero sólidamente constituido». Esta descripción se corresponde mucho mejor con lo que sabíamos nosotros de cómo era Vladimir por esos años: gran caminante, cazador, maestro en natación y patinaje, acróbata sobre el Reck y, además, aficionado al canto en tonos agudos, hasta alcanzar los falsetes. Es posible que, habiendo llegado a Samara como un adolescente delgaducho, se haya enseguida fortificado con la sana vida de la estepa.

Es absolutamente indudable que fue precisamente en el período de Samara que Vladimir Ulianov se transformó en marxista y socialdemócrata. Pero el período de Samara duró casi cuatro años y medio. ¿Cómo se inscribe en este largo marco la evolución del joven? Los biógrafos oficiales se han sustraído de una vez por todas a las dificultades mediante una teoría salvadora según la cual Lenin habría sido un revolucionario por herencia y un marxista de nacimiento. Pero, sin embargo, no es así. No poseemos, en verdad, pruebas documentales de que Vladimir haya compartido durante los primeros años del período de Samara las opiniones de la Narodnaia Volia; pero los datos de los años posteriores no dejan casi dudas sobre este punto. Escucharemos más tarde los testimonios impecables de Lalaïantz, de Krjijanowski y otros, sobre el hecho de que Vladimir, durante los años 1893-95, es decir, cuando ya era un marxista bien formado, conservaba, sobre la cuestión del terrorismo, ideas extrañas en el ambiente socialdemócrata, a las que todos consideraban como una supervivencia del período precedente de su evolución. Pero aún si nos faltara esta manifiesta confirmación *a posteriori*, estaríamos igualmente obligados a preguntarnos: ¿podía no existir esta etapa durante este período?

La sombra política de Alejandro hostigó durante largos años a Vladimir, sin soltarlo. «¿No es el hermano de ese Ulianov?», escribía al margen de un documento oficial un alto burócrata. Bajo el mismo aspecto lo vieron todos los que lo rodeaban. «El hermano de Ulianov, el que fue ahorcado», así decía de él, con respeto, la juventud radical. ¡*Le mort saisit le vif*^[84]! Vladimir nunca mencionaba a su hermano, si no lo obligaba a ello una pregunta directa y no lo recordó ni una sola vez posteriormente en la prensa, aunque las ocasiones no faltaron. Pero precisamente este silencio obstinado probaba cuán profunda era la herida que había dejado en su conciencia la muerte de Alejandro. Para romper con la tradición de la Narodnaia Volia, Vladimir necesitaba motivos infinitamente más convincentes y probatorios que cualquier otro.

La prolongada persistencia de sus simpatías terroristas, que echa un reflejo retrospectivo sobre el período de su evolución que colorearon las ideas de la Narodnaia Volia, no tenía, con todo, raíces solamente personales. Vladimir evolucionaba con toda una generación, con toda una época. Incluso las primeras publicaciones del Grupo de la Emancipación del Trabajo, si uno admite que Vladimir ya las conocía por ese entonces, no le planteaban brutalmente la cuestión de romper con la bandera del hermano mayor. Al desarrollar la perspectiva de la evolución capitalista de Rusia, Plejanov no oponía aún la futura socialdemocracia a la Narodnaia Volia; sólo exigía a los partidarios de esta última, que se asimilaran el marxismo. Poco tiempo antes, el Grupo de la Emancipación del Trabajo, había hecho una tentativa práctica para unificarse con los representantes de la Narodnaia Volia en el extranjero. Si al inicio de la década, las cosas se presentaban de ese modo, en la emigración, en donde actuaban teóricos más combativos de ambas tendencias, en la misma Rusia, la demarcación entre los partidarios de la Narodnaia Volia y los

socialdemócratas era todavía a fines de los años '80, muy fluctuante y poco clara. Axelrod tiene perfecta razón cuando escribe en sus memorias que la «principal línea de separación entre los miembros de la Narodnaia Volia y los socialdemócratas pasaba, a fines de esos años, no por la oposición: marxismo-populismo, sino por la oposición: lucha política directa, lo que era entonces sinónimo del terrorismo, o bien propaganda». En los casos en que los marxistas reconocían el terrorismo, la línea de separación de las aguas se borraba totalmente. Así, Alejandro, que había leído *Nuestras diferencias*, estimaba que no existían prácticamente distancias entre los miembros de la Narodnaia Volia y los socialdemócratas y que Plejanov se había equivocado al dar a su obra contra Tijomirov un carácter polémico. En la conspiración del 1.º de marzo de 1887, los representantes de ambas tendencias actuaban bajo la bandera de la Narodnaia Volia.

El acercamiento de las dos tendencias, que debían más tarde divergir irrevocablemente, tenía en realidad un carácter ilusorio y se explicaba por su debilidad y por el carácter crepuscular de la política de la época. Pero precisamente en ese crepúsculo comenzó Vladimir el estudio teórico del marxismo. Al mismo tiempo, por los relatos de los «viejos», trabó conocimiento con la práctica de las luchas recientes, en las cuales la conspiración de Alejandro venía a poner el punto final. En Samara, donde no existía un movimiento obrero, siquiera embrionario, los grupos de los medios intelectuales se formaban con retraso y se desarrollaban lentamente. No había aún socialdemócratas. En tales condiciones, Vladimir podía ir lejos en el estudio de los clásicos marxistas sin verse, no obstante, obligado a elegir definitivamente entre la socialdemocracia y la Narodnaia Volia. La búsqueda de la claridad y de la perfección constituían, indiscutiblemente, el principal resorte, tanto de su voluntad como de su inteligencia. Pero no menos importante en él era el sentimiento de la responsabilidad. La suerte de Alejandro trasladó de golpe las ideas de «lucha por la libertad» de la esfera de los sueños color de rosa de la adolescencia al reino de la severa realidad. Hacer una elección significaba, en tales condiciones, estudiar, comprender, verificar, convencerse. Esto requería tiempo.

Entre los primeros amigos de Samara de Vladimir, encontramos a cierto Skliarenko, que tenía su misma edad. Expulsado de uno de los cursos superiores del gimnasio (el sexto), fue arrestado en 1887 y pasó un año encarcelado en la prisión de Kresty, en Petersburgo. Después de su retorno a Samara, había reanudado la propaganda entre la juventud. Principalmente gracias a sus esfuerzos se creó una biblioteca, a medias legal, a medias ilegal, para los autodidactas. Se recortaban de los viejos periódicos mensuales, de acuerdo a un catálogo especial de propaganda, los artículos más instructivos y a menudo había que volver a copiar a mano la primera y última páginas. Esas colecciones de artículos eran encuadernadas y, con uno o dos centenares de libros selectos, en su mayor parte prohibidos, constituían la biblioteca de los alumnos del gimnasio de Samara (BSG), a la cual hubo de recurrir Vladimir más de un vez durante los años que pasó en esa provincia. Con su amigo Semenov,

Skliarenko publicaba, por medio de un mimeógrafo, una literatura inspirada en las ideas de la Narodnaia Volia, que predominaban a su alrededor. Si Ulianov se hubiese considerado como socialdemócrata desde los dos primeros años de su estancia en Samara, habría tenido encarnizados debates con Skliarenko, Semenov y sus amigos, que en caso de una obstinada resistencia de los adversarios, hubieran conducido inevitablemente y muy pronto a una ruptura. Pero no sucedió nada parecido; las relaciones personales no se deterioraron. Por otra parte, los lazos amistosos con los jóvenes partidarios de la Narodnaia Volia no impulsaron a Vladimir a participar en el trabajo clandestino. Las iniciativas revolucionarias de unos muchachos inexpertos pero seguros de sí mismos, no podían imponérsele, después de lo que le pasó a Alejandro. Él quería ante todo instruirse y pronto llevó por este camino a Skliarenko y a Semenov.

Vladimir debía pasar en Samara cuatro inviernos. Crecía y cambiaba durante esos años, encaminándose progresivamente hacia la socialdemocracia. Pero también cambiaban quienes lo observaban y sentían su influencia. Las delimitaciones entre las diferentes etapas se han borrado de las memorias... Los resultados de la evolución, que se precisaron en 1892, están ahora presentes, normalmente, en todo el período de Samara. Esto se nota particularmente en los recuerdos de la hermana mayor. Según ésta, Vladimir se peleaba «cada vez con más exasperación» con los viejos militantes de la Narodnaia Volia, a propósito de sus opiniones esenciales. Así fue, sin duda alguna. Pero ¿a partir de qué momento comenzaron las disputas y tomaron éstas un carácter «exasperado»? Ana, que por entonces apenas veía claramente las cuestiones de principio, acababa de casarse, justamente en la época de la mudanza a Samara, con Elisarov y aunque ambas familias viviesen en la misma casa, la joven pareja se había apartado, naturalmente, de los demás. En la vida de Vladimir, los dos primeros años de estadía en Samara escapan casi por completo a la memoria de su hermana mayor.

Se puede creer perfectamente que las opiniones arcaicas de los «viejos» de Samara no eran capaces de satisfacer a un joven espíritu al que le preocupaban los problemas de fondo. Vladimir tuvo y debió tener discusiones con los viejos desde los primeros años, no porque hubiese encontrado la verdad sino porque la buscaba. Pero sólo mucho más tarde, hacia el final del período de Samara, esas discusiones se convirtieron en un conflicto entre dos tendencias. Es curioso que la misma Elisarova, al buscar una viviente ilustración de las discusiones de Samara, señale en calidad de adversario a Vodovozov, que estaba bajo la vigilancia policial. Pero las discusiones con este ecléctico impenitente, que no se contaba ni entre los populistas ni entre los marxistas, ocurrieron durante el invierno de 1891-92, por consiguiente, al terminar el tercer año de estadía de Vladimir en Samara.

Uno de los militantes samarenses cuenta, es verdad, que durante una excursión de remo de la juventud radicalizada, al parecer en el verano u otoño de 1890, Ulianov rebatió completamente la teoría idealista de la moral que expusiera cierto Buchholz y le opuso una concepción de clase. Este episodio presenta el ritmo de desarrollo de

Vladimir bajo un aspecto más rápido que el inferido de otros datos. Pero es de notar que el mismo Buchholz, socialdemócrata alemán nacido en Rusia contesta, sobre el punto que nos interesa, el relato que acabamos de mencionar. «En las reuniones en que estuviéramos juntos —escribe-V. I. Ulianov, en lo que puedo recordar, no manifestaba ningún tipo de actividad y, en todo caso, no desarrollaba opiniones marxistas». El valor de este testimonio es absolutamente indiscutible. ¿Puede creerse que Ulianov habría disimulado lo que consideraba la verdad si la hubiese conocido? Si no desarrollaba opiniones marxistas, es porque aún no las había elaborado.

En octubre de 1889, ya establecido en Samara, Vladimir envía «a su Serenísimo el señor ministro de Instrucción Pública» una nueva petición redactada en un tono extremadamente persuasivo. Durante los dos años que han seguido a la terminación de sus estudios del gimnasio, él, Vladimir Ulianov, ha podido «convencerse por completo de la enorme dificultad, sino de la imposibilidad, de encontrar una ocupación para un hombre que no ha recibido ninguna instrucción especializada». No obstante, el suscripto tiene extrema necesidad de un empleo, que le proporcionaría la posibilidad «de sostener, mediante su trabajo, a una familia compuesta por una madre muy anciana y por un hermano y una hermana aún pequeños». Esta vez no pide ser readmitido en la universidad, pero solicita el derecho de rendir el examen final como alumno libre. Delianov escribió con lápiz sobre la petición: «interrogar con respecto a esto al jefe del distrito escolar y al Departamento de policía; es un mal tipo». Cosa evidente, el Departamento de policía no podía tener una opinión más favorable sobre el solicitante que el ministro de Instrucción Pública. Así, el «mal tipo» sufrió de parte del hombre «gentil y bueno», una nueva negativa.

Al parecer, la puerta de la ciencia oficial se había cerrado estrepitosamente y para siempre ante Vladimir. A fin de cuentas, esto probablemente no habría cambiado mucho su destino ulterior. Pero, por esos días, la cuestión del diploma universitario parecía mucho más importante al mismo Vladimir y aún más a su madre. En mayo de 1890, María Alexandrovna partió para Petersburgo, a fin de hacer gestiones por el futuro de Vladimir, lo mismo que tres años antes las había hecho por la vida de Alejandro. «Era un verdadero tormento —escribía— contemplar a mi hijo, viendo cómo los mejores años transcurrían infructuosamente...». Y para conmover más todavía el corazón del ministro, la madre procuraba asustarlo, expresando que la existencia sin objeto de su hijo «debía, casi inevitablemente, conducirlo incluso a la idea del suicidio». Hablando sinceramente, Vladimir se parecía muy poco a un candidato al suicidio. Pero en la guerra —y la madre daba una batalla por su hijo— no se puede prescindir de las estratagemas. Delianov no carecía, al parecer, de la cuerda sentimental: si bien no autorizó al «mal tipo» a reingresar a la Universidad, le permitió esta vez dar los exámenes de egreso, de acuerdo al programa de la Facultad de Derecho, en cualquiera de las universidades imperiales. La Dirección de policía de Samara informó oficialmente de este favor a la viuda del alto consejero de Estado Ulianov, Vladimir pidió autorización para rendir sus exámenes en Petersburgo y

recibió una respuesta favorable. Independientemente de las gestiones de la madre, una circunstancia desempeñó inevitablemente su papel, el saber que en los dos años y medio que habían transcurrido desde su expulsión, Vladimir no se había hecho ver en ninguna acción sospechosa. La familia salía, al parecer, de la desgracia.

A partir de fines de agosto, las plumas policiales de Samara y de Kazan anotan, en una serie de informes, el viaje de Vladimir Ulianov a Petersburgo, vía Kazán, con el propósito de informarse sobre los programas para los exámenes. Vladimir pasó seis días en Kazán. ¿Con cuál de sus viejos amigos volvió a encontrarse allí? El informe del jefe de policía de Kazán no da con relación a esto indicación alguna. Vladimir permaneció casi dos meses en Petersburgo: las fechas se han establecido según los informes del comisario de Samara. Pero no sabemos casi nada más. Con todo, Vladimir, seguramente, no perdía su tiempo. Su principal preocupación era asegurarse de todas maneras su preparación para los exámenes. No tenía la intención de pasar los exámenes al azar, fracasar y tener que volver a comenzar. Necesitaba disponer de antemano, todos los elementos del problema a resolver, con perfecta claridad: la extensión de cada materia, los manuales, las exigencias de los profesores. Una parte considerable del tiempo pasado en Petersburgo fue consagrada, indudablemente, a estudios en la Biblioteca Pública. Era menester hacer extractos, redactar resúmenes, para no comprar los libros demasiado caros. Por intermedio de su hermana Olga, que estudiaba en Petersburgo, Vladimir conoció a su futuro antagonista Vodovosov, camarada de Alejandro en la Universidad, que había vuelto de la deportación para dar los exámenes finales, y con su ayuda entró en el local, donde alrededor de cuatrocientos estudiantes rendían sus pruebas. Vladimir se mezcló con esa multitud y según las palabras de Vodovosov «permaneció allí varias horas, escuchando y observando». Esta expedición de reconocimiento previo de la arena de su lucha y de las condiciones en que daría la próxima batalla es, en el grado más alto, característica del joven Lenin. No le agradaba dejar nada al azar que pudiera ser, en alguna medida, previsto y preparado de antemano.

Pero Vladimir tenía todavía un asunto, de no escasa importancia, en Petersburgo. Precisamente durante este viaje y gracias a unas relaciones, se procuró, al fin, en casa de un profesor del Instituto Tecnológico, llamado Jawein, el libro de Engels: *La revolución de la ciencia de Eugen Dühring* (el *Anti-Dühring*). El dichoso poseedor del libro, supuestamente, no se decidía a dejar partir el prohibido libro hacia una lejana provincia, por ello Vladimir debió estudiar con gran aplicación la notable obra científico-filosófica durante su corta estadía en la capital. Es posible, sin embargo, que después de una conversación con el joven obstinado, el joven profesor cediese y que el *Anti-Dühring* haya abandonado el Neva para ganar el Volga. En todo caso, Vladimir tuvo por primera vez este libro entre sus manos no antes del otoño de 1890. Radek, al relatar este episodio de acuerdo al mismo Lenin, añade: «Por mucho tiempo todavía no pudo conseguir las obras de Plejanov, publicadas en el extranjero». Si las palabras «mucho tiempo» indican aquí al menos algunos meses, pareciera entonces

que Vladimir no conoció las obras del Grupo de la Emancipación del Trabajo antes del comienzo de 1891. Recordemos estas fechas. Aunque los testimonios de Radek, en general, no pueden aspirar a la exactitud, en el caso presente los corrobora —fuera del carácter convincente del aspecto exterior del relato— la evolución general de Vladimir tal como se esboza de acuerdo a otros elementos.

A principios de noviembre, el comisario de Samara ya hizo saber al jefe de policía el retorno de Vladimir Ulianov. El comisario, una vez más, no ha notado visiblemente «nada sospechoso». De regreso de Petersburgo, el candidato al crimen ha traído, sino en su cabeza, al menos en su valija, el cargamento explosivo de la dialéctica materialista. Sin embargo, no había motivo para esperar prontas explosiones. Por el momento, ni el marxismo ni la revolución estaban en el primer plano. Era menester arrancar el diploma de manos de la universidad imperial. Había que prepararse para la tediosa rutina de los cursos.

Verdaderamente, Ilya Nikolaievich estaba equivocado cuando temía que en Vladimir no se desarrollase el amor por el trabajo. Una de las personas sometidas a vigilancia, la «jacobina» Iasneva, que llegó a Samara en la primavera de 1891, dice en sus recuerdos: «Nunca he visto tal perseverancia y obstinación como en Vladimir Ilich, ya por ese entonces». Vladimir no salía más que para el té y la comida; hablaba muy poco. Raramente entraba alguien de la casa, en su pieza. Por su tipo de vida, debía recordar ahora a Alejandro. En el campo, su gabinete de trabajo se encontraba en el jardín, al fondo de una avenida de tilos. Todos los días, a la misma hora matutina, se iba para allí con su provisión de libros jurídicos y no volvía a la casa antes de las tres horas, «íbamos a llamarlo para la comida —cuenta una antigua sirvienta— y él estaba con un libro». De que no perdía el tiempo era testigo el sendero cercano a su banco, que pisoteara en sus idas y venidas, recapitulando lo que había leído o aprendido de memoria. Después de comer, a modo de recreo, leía en alemán *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, de Engels, o cualquier otra literatura marxista. Al hacer esto, aprendía el alemán, no por el idioma sino por el marxismo y por consiguiente con tanto más éxito. El paseo, el baño y el té de la tarde precedían la última parte de la jornada laboriosa, ya a la luz de una lámpara, sobre la escalinata. Vladimir trabajaba con demasiada aplicación para que pudiese ocurrírsele a alguno de los viejos o de los jóvenes la idea de importunarle durante sus horas de ocupación. Naturalmente, no hubiera vacilado ahora más que en sus años del gimnasio en decir a cualquiera: «Hacedme el favor de iros». Por el contrario, durante las horas de descanso, durante las comidas, en el baño, era bullicioso, bromista, risueño, alegre, con una alegría contagiosa. Cada fibra de su cerebro y de su cuerpo se desquitaba por las largas horas consagradas al derecho romano o al derecho canónico. Este joven ponía tanto brío y pasión en divertirse como en trabajar.

¿Cuánto tiempo necesitó para prepararse? Dieciocho meses, responde Elisarova. Ahora bien, sabemos por ella que Vladimir «se puso a repasar sus cursos» sólo después de haber obtenido la autorización de dar sus exámenes a título de estudiante

libre. Y además, es difícil admitir que hubiese emprendido el estudio del derecho penal, del derecho canónico o aun del derecho romano por su propio placer o completamente al azar. Pero, en este caso, la preparación no ha exigido tampoco un año y medio. Desde la «amnistía» ministerial hasta el comienzo de los exámenes transcurrieron menos de once meses; hasta el fin de los exámenes, dieciocho. La misma Elisarova, en otro artículo, habla de un año solamente. ¡Los estudiantes de la Universidad consagraban a este mismo trabajo cuatro años!

Tuvo que dar los exámenes en dos turnos: durante la primavera, en abril y mayo; durante el otoño, en septiembre y noviembre. Vladimir llegó a Petersburgo en marzo, ocho días antes de los exámenes, pertrechado con una tesis sobre derecho penal. Es muy probable que la semana de reserva haya estado prevista para conocer los cursos editados por los estudiantes. Cuando establecía los planes de su propio trabajo, Ulianov era taylorista^[85], antes de Taylor. La mesa examinadora, presidida por Sergueevich, en esa época popular profesor de historia del derecho ruso, comprendía la flor y nata del cuerpo de profesores de la Facultad de Derecho. El recién llegado, a quien los examinadores veían por primera vez, fue interrogado por los mismos con cierto prejuicio. Pero pronto la desconfianza cedió lugar a la aprobación. El alumno libre Ulianov reveló estar preparado de modo insuperable.

La nomenclatura de los temas de examen tiene el tono de una irónica introducción a toda la futura actividad del abogado de los oprimidos, del fiscal, acusador de los opresores. En Historia del derecho ruso le tocó en suerte a Vladimir la cuestión de los «no-libres», de los siervos de todas las categorías; en derecho civil se le interrogó sobre la institución de las castas, en donde entraban datos sobre la historia de las instituciones de la nobleza y acerca de las administraciones autónomas de la clase campesina. Al otorgarle la más alta nota en estas materias, la universidad imperial certificaba que antes de emprender la liquidación de las condiciones «no-libres», la esclavitud y la barbarie de las castas, Vladimir se había preparado conscientemente para su futura profesión.

En cuanto a la economía política —también en la primavera— tuvo que responder sobre los salarios y sus formas; en la enciclopedia y la historia de la filosofía del derecho, sobre las opiniones de Platón concernientes a las leyes. Si Ulianov expuso a sus examinadores la teoría del valor y la concepción materialista del derecho, como contrapartida a todos los aspectos del platonismo de la explotación, desdichadamente no lo sabemos. En todo caso, si tomaba contacto con la ciencia oficial de forma contraria a lo establecido, lo hizo con toda prudencia. La mesa calificó «muy satisfactorio», lo que constituía la nota más alta. Con todo, la mayor parte de las pruebas estaba reservada para el otoño.

El primer domingo de mayo, un pequeño grupo de obreros de Petersburgo, más o menos setenta hombres, celebraba por primera vez en ese año, la fiesta proletaria, con una reunión clandestina fuera de la ciudad y con discursos que fueron prontamente impresos en mimeógrafo y luego publicados en el extranjero. La propaganda

socialdemócrata, en cuyo centro se encontraba el joven ingeniero Bruslev, había llegado ya a notables resultados. Encontrándose en Petersburgo en momentos de la fiesta de mayo, Vladimir, al parecer, no sabía nada acerca de este acontecimiento memorable. No tenía lazos revolucionarios y no es probable tampoco que los buscase. Durante los dos años siguientes tendría aún que unirse a los marxistas de Petersburgo, para ponerse enseguida, de un solo golpe, a su cabeza.

En lo más fuerte de los exámenes de primavera, la familia sufrió una nueva desgracia. La víctima fue Olga, la hermana que había crecido y que se había formado junto con Vladimir, que lo acompañaba al piano cuando se ponía a cantar «Los ojitos encantadores». Desde el otoño del año anterior, Olga estudiaba con mucho éxito en los cursos femeninos superiores de Petersburgo. Diversos recuerdos presentan a esta joven con los rasgos más seductores. Habiendo terminado los estudios del gimnasio a la edad de quince años y medio, al igual que sus hermanos con la medalla de oro, se ocupaba de música, aprendía inglés y sueco y leía mucho. Una compañera de Olga en los cursos superiores, Z. Nevsrova, que posteriormente llegó a ser la mujer del ingeniero Krjijanowski, el electrificador soviético, escribe en sus memorias: «Olga Ulianova no se correspondía para nada con el tipo común de las estudiantes de ese tiempo: un grillito negro, modesto y sin relieve a primera vista, pero inteligente, aventajada, poseyendo una especie de dulce fuerza concentrada de la voluntad y la perseverancia necesaria para alcanzar la meta fijada. Profunda y seria, aunque no tuviese más que diecinueve años y maravillosa camarada». «En ella como en Alejandro —escribe Elisarova—, el sentimiento predominante era el del deber». Olga amaba a Alejandro más que a sus otros hermanos y hermanas. Con Vladimir, a pesar de la paridad de edades y de las condiciones de desarrollo, no tenía intimidad moral. Pero lo escuchaba muy atentamente, estimando mucho su opinión.

En la primavera, durante la estadía de Vladimir en Petersburgo, Olga cayó enferma de fiebre tifoidea. Entre dos exámenes, Vladimir se vio obligado a llevar a su hermana al hospital y, como se comprobó enseguida, a un pésimo hospital. Llamada por un telegrama de aquél, María Alexandrovna llegó pronto a Petersburgo, pero sólo para perder un segundo hijo.

Olga murió el 8 de mayo, el mismo día en que, cuatro años antes, Alejandro había sido ahorcado. Y lo mismo que en Simbirsk en que Vladimir debió pasar los exámenes para el certificado de terminación de estudios después de la ejecución del hermano mayor, así tuvo ahora que dar sus exámenes universitarios, en días en que su hermana menor estaba presa de una enfermedad mortal. Fue probablemente después del entierro que Vladimir visitó a un compañero de estudios de Alejandro, Servio Oldenburg, el futuro académico orientalista, que a diferencia de todos los demás, evoca a su interlocutor como sombrío y taciturno, sin la menor sonrisa. Durante los primeros días, los más penosos, Vladimir permaneció con su madre en Petersburgo; enseguida realizaron juntos el triste retorno a Samara. Y, nuevamente, todo el mundo admiró el valor de la madre, su constancia, sus infatigables cuidados para con los

hijos que le quedaban.

Durante más de tres meses del verano, Vladimir pisoteó nuevamente su pequeño sendero al fondo de la avenida de los tilos. En septiembre reapareció en la capital, completamente armado de pies a cabeza. En derecho penal respondió honorablemente sobre la defensa en los procesos criminales y sobre los robos de documentos. Respecto de los dogmas del derecho romano, las cuestiones que le plantearon se referían a los actos delictivos y a la influencia del tiempo sobre el origen y la decadencia de los derechos: dos temas no desprovistos de interés para un hombre que debía entregarse a actos delictivos de envergadura bastante considerable y poner fin a derechos no carentes de importancia. Ulianov respondió con pleno éxito sobre «la ciencia de la policía», destinada «a asegurar al pueblo condiciones de bienestar moral y material». El candidato demostró conocimientos no menos envidiables en el dominio de la organización de la iglesia ortodoxa y de la historia de su legislación. En derecho internacional se le interrogó sobre la neutralidad y el bloqueo. Estas nociones le sirvieron, veintiocho años más tarde, cuando Clemenceau y Lloyd George replicaron con el bloqueo a la tentativa de los soviets de librarse de la guerra^[86]; esta cuestión sigue estando abierta. Para el diploma de primer grado necesitaba obtener en más de la mitad de las materias las notas más altas («muy satisfactorio»); Vladimir obtuvo esa nota para las trece materias. Podía felicitarse íntimamente y reírse para sus adentros, con su breve risita «muy rusa».

Un mes antes de terminar los exámenes, en octubre de 1891, la solicitud de Vladimir para que le entregaran un pasaporte para el extranjero fue rechazada por tercera vez. ¿Qué finalidad podía tener este viaje? Vladimir buscaba y estudiaba toda la bibliografía esencial de la literatura marxista. Le faltaban muchas obras, sin duda alguna, principalmente en el dominio de la prensa periódica socialdemócrata. No podía menos que seducirle la idea de trabajar libremente, después de haber dado los exámenes, en las bibliotecas de Berlín. Desde Berlín no es difícil trasladarse a Zurich y a Ginebra, conocer el Grupo de la Emancipación del Trabajo, estudiar todas las publicaciones de este último, aclarar las cuestiones sujetas a controversia. Estos motivos son más que suficientes. Pero el Departamento de policía lo juzgaba de otro modo. Y maldiciendo a las autoridades superiores, Vladimir no esperó siquiera en la capital la decisión de la mesa examinadora: no había razón para dudar del resultado. Y en efecto, el 15 de noviembre, el mismo día en que el comisario de Samara advertía al jefe de policía, en un informe secreto, del regreso a la ciudad de Vladimir Ulianov, sometido a una discreta vigilancia, la mesa examinadora de la Facultad de Derecho de la Universidad imperial de Petersburgo entregaba a la misma persona el diploma del primer grado. En un año, en un año y medio, en un rincón perdido de la provincia de Samara, sin ayuda ninguna de profesores o de compañeros mayores, Vladimir no sólo había cumplido la tarea a la que otros dedicaban cuatro años de su vida sino que la había realizado mejor que todos: fue el primero entre ciento treinta y cuatro estudiantes regulares y libres de la promoción. Ante tal resultado, la hermana señala,

«eran muchos los que se quedaban estupefactos». ¡No es asombroso! En esta magnífica performance lo que seduce, sobre todo, fuera del resto, es el elemento de atletismo intelectual. ¡Estaba «con todos sus bríos», no podría hacerse mejor!

CAPÍTULO XIII

EL AÑO DEL HAMBRE. EL ABOGADO ULIANOV

El verano de 1891 fue muy cálido y trajo la sequía. El sol abrasó los campos sembrados de trigo y los prados en veinte provincias que contaban con una población de treinta millones de almas. Cuando Vladimir regresó, después de los exámenes de otoño, la provincia de Samara, más afectada que las otras, estaba atormentada por el hambre. A decir verdad, toda la historia de la Rusia campesina es la historia de penurias periódicas e inmensas epidemias. Pero el hambre de 1891-92 fue excepcional, no sólo por su extensión sino además por la influencia que ejerció en la evolución política de la sociedad. Más tarde, mirando hacia atrás, los reaccionarios evocaban enternecidos la inmovible solidez del régimen durante el reinado de Alejandro III, el que con su pesada mano era capaz de partir una herradura, y culpaban de las conmociones ulteriores al débil Nicolás II. En realidad, los tres años del reinado del «padre inolvidable» ya señalaban el comienzo de una nueva época, la que preparó directamente la Revolución de 1905.

El peligro vino del mismo lugar en el que la fuerza tomaba su fuente: en la aldea. Las condiciones de vida de la gran masa campesina, en los treinta años transcurridos desde la abolición de la servidumbre, había empeorado mucho. En la provincia de Samara, rica en tierras, más del 40% de los campesinos poseían lotes improductivos. La tierra agotada y mal trabajada quedaba expuesta a la acción de todos los elementos hostiles. El acelerado desarrollo de la industria conjuntamente con el restablecimiento de un régimen semiservil en el campo provocó, al mismo tiempo que una rápida intensificación de la explotación por los kulaks, un espantoso empobrecimiento de las masas campesinas. Se construían fábricas y vías férreas, se equilibró el presupuesto, el oro se apilaba en los sótanos del Banco del Estado, la potencia aparente parecía inquebrantable. Cuando de repente, inmediatamente después de tales éxitos, el mujik se tiró al piso y se puso a gemir con la agonizante voz del hambriento.

El gobierno, sorprendido, intentó al principio negar el hambre, hablando tan sólo de una insuficiencia en las cosechas; enseguida perdió la cabeza y, por primera vez desde 1881, aflojó un poco las riendas. La siniestra reputación de inquebrantable solidez que había envuelto el régimen de Alejandro III, comenzó a disiparse. La calamidad sacudió la aletargada opinión pública. Una ráfaga de aire fresco recorrió todo el país. Cierta parte de las clases poseedoras y amplios círculos de la intelligentsia fueron arrebatados por un mismo impulso: ayudar a la aldea, dar pan a

los hambrientos y medicamentos a los enfermos del tifus. Los zemstvos y la prensa liberal dieron la voz de alarma. Por todas partes se hacían colectas. León Tolstoi se puso a abrir comedores para los menesterosos. Centenares de intelectuales se dirigieron de nuevo hacia el pueblo, esta vez con propósitos más modestos que durante los años '70. Las autoridades, sin embargo, estimaban, no sin razón, que bajo ese movimiento filantrópico se disimulaba una tendencia sospechosa; la pacífica forma del auxilio a las víctimas era la vía más fácil para las fuerzas de oposición que se habían acumulado durante los años del nuevo reinado.

Los revolucionarios no podían tomar ese camino. Para ellos, el problema no consistía en atenuar sencillamente las consecuencias de la calamidad social sino en eliminar sus causas. Exactamente así consideraba las cosas, diez o quince años antes, la intelligentsia populista, contrariamente a los liberales y a los filántropos. Pero el espíritu revolucionario de los populistas se había evaporado; al despertar ahora de un prolongado sueño, se sentían felices confundiendo con los liberales y poniéndose junto con ellos «al servicio del pueblo». Aun antes de que bajo la influencia de la catástrofe se abriese en las filas de la intelligentsia una áspera lucha sobre las perspectivas del desarrollo ulterior del país, un pequeño número de marxistas se encontró en oposición a grandes sectores de la «sociedad» culta, sobre esta candente cuestión: ¿qué hacer por el momento? Más de treinta años después Vodovosov, a quien ya conocemos, relataba en la prensa de la emigración: «la diferencia más grave y más profunda por la que nos contraponíamos a Vladimir Ulianov versaba sobre la actitud a tomar frente al hambre de 1891-92». Mientras la sociedad de Samara respondía con unanimidad a los pedidos de socorro, «sólo Vladimir Ulianov con su familia y un grupito que le hacía eco tomó otra posición». Sucedió que Ulianov se regocijaba del hambre considerándola como un factor de progreso: «al destruir la economía campesina... el hambre crea un proletariado y contribuye a la industrialización del país». Los recuerdos de Vodovosov, en esta parte, reproducen no tanto las opiniones de Ulianov como su reflejo deformado en la conciencia de los liberales y populistas. Demasiado absurda de por sí es la idea de que la ruina y la lenta extinción de los campesinos serían capaces de contribuir a la industrialización del país. Los campesinos arruinados se transformaban en indigentes y no en proletarios; el hambre alimentaba las tendencias parasitarias y no las progresistas de la economía. Pero incluso por su carácter tendencioso, el relato de Vodovosov traduce bastante bien la ardiente atmósfera de las viejas disputas.

Las acusaciones habitualmente lanzadas en la época contra los marxistas, a saber, que ellos habrían mirado la calamidad popular a través de los anteojos de la doctrina, caracterizaban solamente el bajo nivel teórico de los debates. En realidad, todas las fuerzas y todos los grupos tomaron posiciones políticas: el gobierno que, para mantener su prestigio, negaba o atenuaba el hambre; los liberales que, denunciando el hambre, se esforzaban a la vez por demostrar, mediante su «trabajo positivo», que serían para el zar los mejores colaboradores si éste les concediera tan sólo la más

mínima migaja de poder; los populistas que, precipitándose hacia los comedores de menesterosos y hacia las barracas de los tíficos, esperaban hallar un medio pacífico y legal de conquistarse las simpatías del pueblo. Los marxistas se pronunciaban, no por cierto contra los socorros a los hambrientos, sino contra ilusiones tales como la de que era posible agotar, con la cuchara de la filantropía, el mar de la indigencia. Si un revolucionario ocupa en los comités legales y en los comedores para menesterosos un puesto perteneciente por derecho propio a un miembro de los zemstvos o bien a un funcionario, ¿quién ocupará entonces el lugar del revolucionario en la acción clandestina? Circulares y ordenanzas ministeriales, publicadas posteriormente, revelan indudablemente que si el gobierno asignaba sumas cada vez más importantes en provecho de los hambrientos era únicamente por temor a la agitación revolucionaria de suerte que, aun desde el punto de vista de los auxilios inmediatos, la política revolucionaria se demostraba mucho más eficaz que una filantropía neutral.

En la emigración, no sólo el marxista Axelrod enseñaba entonces que «para un socialista... la lucha efectiva contra el hambre únicamente es posible sobre el terreno de la lucha contra la autocracia», sino incluso el viejo moralista de la revolución, Lavrov, proclamaba en la prensa: «Sí, la única buena obra posible para nosotros no es la filantrópica, sino la revolucionaria». Sin embargo, en el centro de una provincia hambrienta, en una atmósfera de entusiasmo general por los comedores de menesterosos, era mucho más difícil sostener una intransigencia revolucionaria que en la emigración, aislada por esos años de Rusia. Ulianov debió, por primera vez y enteramente bajo su propia responsabilidad, tomar posición sobre una cuestión política candente. No adhirió al Comité local de socorro. Aún más: «en las asambleas y en las reuniones..., efectuaba una propaganda sistemática y resuelta contra el Comité». Falta añadir: no contra su actividad práctica, sino contra sus ilusiones. Vodovosov le replicó. Ulianov tenía de su parte «a una minoría muy reducida, pero esta minoría se aferraba firmemente a sus posiciones». Vodovosov no alcanzó a conquistar ni a uno solo de ellos: hubo casos en que Ulianov logró atraer a adversarios de su lado: «En pequeño número, pero los hubo».

Las divergencias con los populistas debían, precisamente en este período, adquirir el carácter de una lucha entre dos tendencias que se separaban. No por casualidad emerge la figura de Vodovosov en la memoria de Elisarova cuando, sin citar las fechas, habla de las controversias de Samara: éstas comenzaron justamente a fines de 1891. La catástrofe del hambre se convirtió así en una importante etapa del desarrollo político de Vladimir. Por ese tiempo, ya conocía, sin duda alguna, los trabajos de Plejanov: a fines de ese año o al comienzo del siguiente, como lo atestigua Vodovosov, hablaba con gran respeto de *Nuestras diferencias*. Si algunas dudas le quedaban todavía sobre el desarrollo económico de Rusia y el camino revolucionario, éstas debieron disiparse para siempre a la luz de la catástrofe. En otros términos, Vladimir Ulianov se transformaba definitivamente de marxista teórico en

revolucionario socialdemócrata.

Según Vodovosov, toda la familia se atenía, respecto de la ayuda de los hambrientos, a la posición de Vladimir. Pero, nos enteramos por la hermana menor que Ana, en 1892, cuando el hambre acarrió consigo el cólera, «se dedicó con mucho afán a socorrer a los enfermos, distribuyéndoles medicamentos y dándoles consejos». Y, naturalmente, no hubiese sido Vladimir quien la reprendiese por eso. El relato de Iasneva no concuerda tampoco enteramente con el de Vodovosov. «De todos los que residían en Samara bajo vigilancia policial —escribe— sólo Vladimir Ilich y yo no participamos en los trabajos de esos comedores». Según esta frase, no existía aún ningún grupo que compartiese las ideas de Vladimir. No es difícil creerlo. Él no había comenzado la propaganda socialdemócrata. Sólo podía emprenderla después de haberse separado de los representantes de sus antiguas creencias y de los elementos estancados. «Pacíficas al principio, nuestras discusiones —dice Vodovosov—, comenzaron gradualmente a adquirir un carácter muy violento».

La verificación política de las diferencias no tardó. Los liberales no consiguieron, en efecto, granjearse la confianza del gobierno: éste, por el contrario, pronto y no del todo sin razón, acusó al zemstvo de Samara de haber comprado grano de mala calidad para los hambrientos. Los populistas no se reconciliaron con el pueblo. Los campesinos no tenían confianza en los habitantes de la ciudad. Ellos nunca habían recibido de parte de las personas instruidas, otra cosa que males. Si se da de comer a los hambrientos es porque el zar lo ha ordenado y seguramente los señores cometen estafas. Cuando, como secuela del hambre, comenzó la epidemia de cólera e innumerables enfermos perecieron en las barracas donde los cuidaban con abnegación médicos y estudiantes, los campesinos se imaginaron que los señores envenenaban al pueblo para acrecentar sus propios dominios. Estalló una ola de revueltas ocasionadas por el cólera: se asesinaba a los médicos, a los estudiantes, a los enfermeros. Entonces las autoridades «tomaron bajo su protección» a los intelectuales, por medio de la fuerza armada. De este modo, el año del hambre ajustó también las cuentas del trabajo cultural en el campo. En la provincia de Simbirsk, donde Ilya Nikolaievich Ulianov había educado infatigablemente durante dieciséis años, las revueltas llamadas del cólera adquirieron una amplitud particular; burgos enteros sufrieron a continuación, a razón de un hombre por cada diez, el castigo del látigo y algunos murieron bajo los azotes. El campesino ruso comenzó a escuchar a los socialistas sólo cuando llegó hasta él, desde la ciudad, su hermano, el obrero que poseía un lote en la aldea, y cuando éste se puso a explicarle de qué lado estaba la justicia. Pero para esto era menester previamente conquistar para el socialismo al obrero de la ciudad.

En el curso del año del hambre y del cólera hubo aún un conflicto de principios que contribuyó a la dislocación de los grupos políticos. Vodovosov proponía enviar un mensaje de simpatía a cierto Kossich, gobernador de una de las provincias del Volga, destituido por «liberalismo». Vladimir se levantó violentamente contra el

sentimentalismo pequeñoburgués, siempre dispuesto a derramar lágrimas ante el más mezquino resplandor de «humanidad» en un representante de las clases dominantes. Este episodio, digámoslo a propósito, demuestra una vez más cuán absurdo es intentar trazar una línea de herencia política entre el director de escuelas primarias Ilya Nikolaievich —que a diferencia de Kossich nunca había sido depuesto por liberalismo— y su hijo —absolutamente intransigente—, a quien no podía enternecer ni el más humano de los gobernadores. Visiblemente, Vodovosov sufrió una derrota y el mensaje no se envió.

Vodovosov, como lo contaba él mismo, se puso a designar a su joven antagonista con el apodo de «Marat», naturalmente a sus espaldas. El sobrenombre no carece de justeza, si es que no ha sido imaginado con posterioridad. Los amigos de la víspera, adversarios al presente, consideraban a Vladimir, de acuerdo a la hermana mayor, «como un joven muy capaz, pero demasiado presuntuoso». Aquél que, ayer todavía, no parecía ser más que «el hermano de Alejandro Ulianov» se convertía hoy en «él mismo» y mostraba las garras. Vladimir no sólo no adaptaba su posición a la complejidad política de sus adversarios, sino al contrario, daba a esa posición un carácter exacerbado, en lo posible hasta el extremo: intransigente, imperioso, rudo. Experimentaba así una doble alegría, por su seguridad en sí mismo y por la indignación con que se traicionaban las caras de sus contradictores. «La profunda certidumbre de tener razón se revelaba —según atestigua Vodovosov— en todos sus discursos». Y es por esto que parecía doblemente insoportable. «Toda esa gente presumida —según Elisarova— se sentía disgustada por el gran aplomo manifestado durante las discusiones por ese joven; pero a menudo le cedía el paso». Lo que particularmente no se le podía perdonar era el tono de desprecio con que se puso a hablar de las más altas autoridades del populismo. Con todo, éstas no eran sino las primeras florecillas; más tarde llegarían los frutos dignos de escogerse...

«De qué lado estaba la victoria —se pregunta modestamente Vodovosov, resumiendo sus debates con Ulianov—, es difícil decirlo». En realidad, no había siquiera necesidad de esperar hasta la Revolución de Octubre para descifrar ese enigma. Cuando siete años más tarde volvió el hambre, había ya infinitamente menos ilusiones políticas, la intelligentsia, habiendo encontrado otro camino, ya no se dirigía hacia la aldea. Una revista liberal muy moderada, la *Russkaia Mysl*, escribía entonces que todos los que habían vuelto de las regiones hambrientas estaban extremadamente descontentos de su propio trabajo, no viendo en él sino un «miserable paliativo», cuando se requerían «medidas generales». Sólo fue necesario un poco de experiencia política y aun los tímidos constitucionalistas se vieron forzados a traducir al lenguaje liberal fragmentos de estas ideas que, algunos años antes, sonaban a blasfemia.

Pero Vladimir estaba obligado a pensar en su propia suerte, en lo que se llama el porvenir. El diploma había sido conquistado; había que utilizarlo. Vladimir ingresó al foro, disponiéndose a hacer suya la profesión de abogado: «Pues Vladimir Ilich — como lo recuerda Elisarova—, no tenía recursos, salvo la pensión de nuestra madre y

la granja de Alakaievka dilapidada poco a poco». Eligió por tutor aquel abogado con quién, mientras vivía en Kazán, había jugado partidas de ajedrez por correspondencia. Jardín era una figura poco común, no sólo como abogado y estratega ajedrecístico, de quien hablaba con estima Chigorín, rey del ajedrez en Rusia por ese tiempo, sino también como hombre público en su provincia. Elegido presidente de la dirección del zemstvo de la capital de la provincia a los veintiocho años, fue destituido como individuo sospechoso a las veinticuatro horas, «por orden de Su Majestad» ¡Muy escasos eran aquéllos a quienes se había otorgado semejante honor! Según N. Samoilov, que ha dado una descripción tan viva de sus primeras relaciones con Vladimir, Jardín, aun en su madurez, conservaba simpatías por los radicales y no era hostil a la ideología marxista. Vladimir, al decir de Elisarova, estimaba a Jardín como hombre muy inteligente. Encontrándose todavía en Kazán, Vladimir había apreciado en este jugador de ajedrez «una potencia del diablo» y participó regularmente en los torneos semanales en casa de su padrino profesional.

La inscripción en el foro no se hizo, por otra parte, sin dificultad. El tribunal del distrito de Samara necesitaba un certificado de lealtad política de Ulianov; la universidad de Petersburgo, que había entregado el diploma, no podía expedir el certificado exigido por no haber conocido a Ulianov como estudiante. A fin de cuentas, a instancias del mismo Vladimir, el tribunal se dirigió directamente al Departamento de policía, el que, magnánimo, hizo saber que «no oponía obstáculos». Después de cinco meses de aplazamientos, Vladimir obtuvo por fin, en julio de 1892, la licencia para ejercer.

En calidad de defensor no intervino en total más que en diez procesos criminales; en siete de ellos por nombramiento de oficio y en tres por designación de parte. No eran más que pequeñas causas de gentes humildes, causas desesperadas, y las perdió todas. Tuvo que defender a campesinos, a obreros agrícolas, a pequeñoburgueses pobres, las más de las veces por pequeños hurtos cometidos en la extrema necesidad. Eran acusados algunos mujiks que se habían combinado para desvalijar de 300 rublos a un campesino rico de su aldea; algunos jornaleros agrícolas que habían intentado sustraer trigo de una granja y que fueron sorprendidos en flagrante delito; un aldeano, reducido a la extrema miseria, que había cometido cuatro pequeños robos; otro acusado en la misma situación; y aun algunos obreros agrícolas que habían robado «con violencia» efectos por valor de una suma de 170 rublos. Todos estos delitos eran tan poco complicados que los debates, para cada proceso, duraban como mucho una hora y media o dos horas y el secretario del juzgado no se tomaba el trabajo de redactar un acta extensa, limitándose a la fórmula estereotipada: después de la requisitoria del fiscal, el defensor Ulianov ha tomado la palabra. Sólo dos muchachos de trece años, que habían participado en los robos junto con los adultos, fueron absueltos, en consideración a su edad y no por los argumentos de la defensa; todos los otros acusados fueron declarados culpables y condenados. Ulianov tuvo también entre manos la causa de un pequeñoburgués de Samara, llamado Gusev, que había

castigado a su mujer a latigazos. Después de una corta instrucción a la cual compareció la víctima, el defensor Ulianov se rehusó a solicitar una reducción de la pena para el acusado. En este asunto, como en todos los asuntos de este tipo, él se sintió, toda su vida, un implacable fiscal.

En tres ocasiones, igualmente triviales, Ulianov pleiteó a requerimiento de los acusados. Un grupo de campesinos y de pequeñoburgueses eran inculcados de haber robado rieles y una rueda de hierro a un comerciante de Samara. Todos fueron declarados culpables. Un joven campesino estaba acusado por haber desobedecido a su padre y haberlo ultrajado. El proceso fue postergado a pedido de la defensa y jamás fue apelado: el hijo remitió a su padre por escrito la promesa de obedecerle sin réplica y las partes se reconciliaron por sí mismas. En fin, la última vez, Ulianov debió litigar por un jefe de estación, acusado de negligencia, por la cual se había producido una colisión de vagones de carga vacíos. Aun aquí, la defensa no fue eficaz y el acusado fue declarado culpable. Tales fueron las causas del abogado pasante Ulianov. Humildes causas perdidas de antemano, lo mismo que era humilde y sin esperanzas la vida de las clases de las que provenían los acusados. El joven defensor —¿podríamos dudarlo?— examinaba con ojos penetrantes cada causa y cada acusado. Pero no podía socorrerlos individualmente; eso sólo podía hacerse en bloque. Y para ello hacía falta otra tribuna, no la sala de audiencia del tribunal del distrito de Samara.

Ulianov sólo ganó una sola causa judicial; pero —¡es verdaderamente el dedo del destino!— tomó la palabra no como defensor sino como acusador. En el verano de 1892, Vladimir y Elisarov salían de Syzrán, situada en la orilla izquierda del Volga, para ganar la aldea de Bestujevka, donde el hermano de Elisarov poseía una explotación. El mercader Arefiev, que se había tomado en serio los derechos de barquero, consideraba el río como su feudo particular: todas las veces que un botero tomaba pasajeros, el vaporcito de Arefiev lo alcanzaba y obligaba por la fuerza a todo el mundo a retroceder. Así sucedió también esta vez. Las amenazas de apelar a la justicia por arbitrariedad, de nada valieron. Hubo que ceder a la fuerza. Vladimir tomó nota de los nombres de las personas que habían participado en el incidente y de los testigos. El proceso fue ventilado en casa del jefe del zemstvo, a más de 100 verstas de Samara. A pedido de Arefiev, el jefe del zemstvo aplazó la audiencia. Lo mismo ocurrió una segunda vez. El comerciante había decidido, evidentemente, hacer languidecer a su acusador. La tercera fecha fijada para los debates caía ya en invierno. Vladimir tendría que sufrir una noche de insomnio en el tren y fatigosas horas de espera en las estaciones y en la sala del zemstvo. María Alexandrovna intentaba disuadir a su hijo de ese viaje. Pero Vladimir permaneció inflexible: el proceso se había iniciado, había que llevarlo hasta el fin. La tercera vez, el jefe del zemstvo no consiguió escabullirse bajo la presión del joven jurista, se vio obligado a condenar al famoso comerciante a un mes de prisión. ¡No es difícil imaginarse qué música cantaba en el alma del vencedor, cuando regresó a Samara!

La experiencia del foro no fue exitosa, de la misma manera como anteriormente había fracasado la experiencia agrícola. Y no porque Vladimir careciese de las cualidades exigidas por esas profesiones. Tenía tenacidad, sagacidad práctica, atención por los menores detalles, capacidad de juzgar a las personas y ubicarlas en su justo lugar, finalmente, amor por la naturaleza-hubiera podido ser un propietario de primer orden. Su aptitud para desenvolverse en una situación complicada, para distinguir los hilos principales, para apreciar los lados fuertes y débiles del adversario, para movilizar los mejores argumentos en defensa de su propia tesis, se manifestaba ya desde sus años juveniles. Jardín no dudaba que su ayudante podría llegar a ser «un notable jurisconsulto». Pero justamente en el transcurso de 1892, cuando Vladimir se dedicó a la profesión de abogado, sus intereses de teórico y de revolucionario, reavivados por la catástrofe del hambre y por la renovación política del país, se volvieron cada día más agudos y exigentes.

A decir verdad, aunque el joven abogado fuese muy concienzudo, la preparación de los pequeños asuntos judiciales, casi no lo distraía del estudio del marxismo. ¡Pero su carrera de abogado no podría limitarse a asuntos como el robo de una rueda de hierro por una banda criminal compuesta de tres pequeñoburgueses y dos campesinos! Estaba escrito en el libro del destino que Vladimir Ulianov no serviría a dos dioses a la vez. Había que elegir. Y él hizo su elección sin dificultad. Apenas comenzada en marzo, la corta serie de sus actuaciones judiciales, se rompe repentinamente en diciembre. A decir verdad, todavía en 1893, recoge del tribunal un certificado otorgándole el derecho a ejercer, pero este documento ya sólo le era necesario como un camuflaje legal para una actividad dirigida contra las leyes fundamentales del Imperio Ruso.

CAPÍTULO XIV

EL JOVEN LENIN

Las numerosas humillaciones que infligiera a los adversarios y posteriormente a categorías sociales enteras, incitaron a muchos escritores —tanto periodistas como literatos— a representar a Lenin, desde su juventud, como un monstruo rojo, completamente imbuido de crueldad, vanidad y espíritu vengativo. Eugene Chirikov, que fuera expulsado de la Universidad de Kazan al mismo tiempo que Ulianov, atribuye al joven Vladimir, en una novela escrita después de la Revolución de Octubre, en la emigración blanca, «un amor propio enfermizo y una gran susceptibilidad». Vodovosov cuenta lo siguiente: «Las impertinencias y los gestos destemplados de Vladimir, sus observaciones groseras y brutales, etc. —que abundaban—, mortificaban vivamente a María Alexandrovna. Con frecuencia se le escapaba ‘¡Ah, Volodia, Volodia! ¿Eso está bien?’» En realidad, Vladimir tenía una conciencia demasiado clara de su propio valor como para sucumbir a un amor propio enfermizo. Carecía de motivos para mostrarse receloso por la sencilla razón de que no había candidatos para hacerle sombra. Pero está fuera de dudas que la intratable rudeza de Vladimir no siempre respetaba el amor propio ajeno. Algunos adversarios, según Iasneva, «comenzaban a considerarlo con animosidad desde el primer encuentro» y de tal modo, que esa animosidad no se apaciguó en todo el curso de su vida.

Entre los que fueron heridos para siempre hay que contar al difunto Vodovosov. Cuando llegó a Samara, Vladimir le dispensó un caluroso recibimiento y lo ayudó a instalarse, pero muy pronto descubrió en él al estéril diletante a quien no podía conquistarse en calidad de partidario ni tomar en serio como adversario. Los choques a propósito de la ayuda de los hambrientos y del mensaje al gobernador dejaron sus huellas: el resentimiento de Vodovosov contra el joven Ulianov nos vale varias páginas de recuerdos en que el autor, en provecho de los lectores, nos dice de aquél más de lo que quisiera.

«El semblante en su conjunto —escribe Vodovosov a propósito del aspecto físico de Vladimir—, chocaba con una suerte de mezcla de inteligencia y grosería, yo diría incluso que por una especie de bestialidad. Asombraba la frente inteligente pero huidiza. La nariz carnosa... Algo de obstinado, de cruel, en esas facciones, se combinaba con una indudable inteligencia». En su novela-panfleto, Chirikov pone en boca de la juventud de Simbirsk, a propósito de Vladimir Ulianov: «¡Siempre tiene

las manos húmedas! Ayer mismo mató un gatito de un escopetazo. ¡Después lo agarró por la cola y lo tiró al otro lado del cerco!» Otro escritor ruso, también bastante conocido, Kuprín, ha descubierto —más recientemente, es cierto—, que Lenin tenía los ojos verdes de un mono. Así, hasta el aspecto físico, que parecería ser el elemento menos problemático en el hombre, es sometido a una transformación tendenciosa por la memoria y la imaginación.

Una fotografía de 1890 ha conservado la fresca figura de un joven cuya calma deja adivinar cierta reserva. La frente obstinada no está acentuada todavía por la calvicie. Los ojos, pequeños, miran de modo penetrante bajo los párpados asiáticos. Los pómulos también recuerdan ligeramente al Asia. Los labios firmes bajo la larga nariz y el sólido mentón se hallan cubiertos por una naciente barba que no ha conocido aún las tijeras ni la navaja. El rostro, evidentemente, no es hermoso. Pero a través de esas facciones rudas, no pulidas, se irradia demasiado la alta disciplina del espíritu para que siquiera se pueda admitir la idea de bestialidad. Las manos de Vladimir eran secas, de forma plebeya, con dedos cortos, unas manos cálidas y varoniles. En cuanto a los garitos, así como en general a todo lo que es débil e indefenso, los quería con el indulgente cariño de un hombre fuerte. ¡Los señores escritores lo han calumniado!

«En la fisonomía moral de Vladimir Ilich —continúa Vodovosov— saltaba a los ojos una especie de amoralismo. Según mi opinión, éste era un rasgo orgánico propio de su naturaleza». Ahora bien, resulta que el amoralismo consistía en reconocer como admisible todo medio, desde el momento en que éste conducía al fin perseguido. Ciertamente, Ulianov no era un admirador de la moral de los popes o de Kant, que se pretende llamada a regular nuestra vida desde lo alto de las cimas estrelladas. Los fines que él perseguía eran tan grandes y superaban tanto lo personal que les subordinó abiertamente sus criterios morales. Con irónica indiferencia, si no con repugnancia, él consideraba a esos cobardes y a esos hipócritas que disimulan la insignificancia de sus miras o la vileza de sus métodos bajo normas superiores, pretendidamente absolutas pero flexibles en realidad.

«No conozco —se rectifica inopinadamente Vodovosov— hechos concretos que demuestren el amoralismo de Lenin». Pero habiendo hurgado en su memoria, recuerda, no obstante, que su delicada conciencia «se vio afectada por el hecho de que Lenin era propenso a fomentar los chismes». Inclinémonos y escuchemos al acusador. Un día, en un pequeño grupo, Vodovosov dijo que Ulianov no tenía reparos en recurrir a argumentos notoriamente falsos «si éstos conducían... al éxito entre los oyentes que comprendían mal». Ocurre que el mismo Vodovosov «no concedió importancia» a su propia murmuración y pronto visitó a Ulianov como si nada hubiese pasado. Sin embargo, Vladimir, a quien uno de los amigos había informado sobre el juicio ultrajante, exigió al visitante una explicación. Como respuesta, Vodovosov «se esforzó por atenuar sus expresiones». La conversación condujo a una reconciliación formal. Pero hacia la primavera de 1892 las relaciones se agriaron a tal

punto que los encuentros cesaron casi por completo.

En toda su trivialidad este episodio es verdaderamente notable. El moralista acusa al amoralista, a hurtadillas, de utilizar conscientemente argumentos falsos. Después de lo cual «no concediendo importancia» a su propia insinuación, va amistosamente a visitar a la persona calumniada. El amoralista, que está habituado a conceder importancia a sus palabras, reclama abiertamente explicaciones. Colocado entre la espada y la pared, el moralista se vale de subterfugios, retrocede, reniega de sus propias palabras. De acuerdo con la narración del mismo Vodovosov, no puede uno abstenerse de concluir que el moralista se parece mucho a un detractor sin valentía, mientras que la conducta del amoralista revela en él precisamente una completa ausencia de propensión a «fomentar chismes». Agreguemos aunque, respecto al fondo de la acusación, concerniente al empleo de argumentos notoriamente falsos, Vodovosov se refuta a sí mismo cuando, en otra ocasión, escribe de Uliánov: «Una fe profunda en la verdad de lo que decía se transparentaba en todas sus conversaciones». Recordemos este episodio: nos servirá más de una vez como clave para muchos conflictos en los cuales los mojigatos arrojan sobre el revolucionario la acusación de indiferencia moral^[87].

No subsiste ninguna carta escrita por Vladimir, o bien que le concierna, ni, en general, ningún documento humano sobre el período de Samara. Tanto los juicios de sus amigos así como los de sus adversarios tienen un carácter retrospectivo y se hallan inevitablemente coloreados por las poderosas influencias del período soviético. Pero por aproximación, y a menudo por oposición, permiten igualmente reconstituir en parte la figura de Lenin en el comienzo de su trabajo revolucionario.

Ante todo, conviene señalar que Vladimir Uliánov no se asemejaba en absoluto al tipo clásico del nihilista ruso, tal como se presentaba no sólo en las novelas reaccionarias sino a veces también en la vida: rebeldes mechones de cabellos despeinados, vestimentas descuidadas, un bastón nudoso. «Ya por entonces la calvicie comenzaba a acentuar su frente sensiblemente», recuerda Semenov. Ni en la vestimenta, ni en los modales, nada había de chocante, nada de provocativo. Serguievsky, que pertenece casi a la misma generación marxista, hace una descripción no carente de interés de Vladimir hacia el fin del período de Samara: «Un hombre modesto, cuidadosamente y, como se dice, convenientemente vestido, pero sin pretensiones, sin nada que pudiese destacarle entre el común de la gente. Me agradó ese matiz protector... La maliciosa expresión del rostro que, posteriormente, después de la deportación, atrajo mi atención, no la noté entonces... Prudente, mirando en torno suyo con circunspección, observador, calmo, contenido, con todo el temperamento que yo le conocía a través de sus cartas...».

Semenov da, de pasada, un pequeño cuadro de las costumbres de la juventud radicalizada de Samara: «Al llegar a casa de Skliarenko, Vladimir se tendía de espaldas sobre la cama del huésped colocando previamente un periódico bajo sus pies» y se ponía a escuchar las conversaciones en torno del samovar. Tal o cual

opinión lo obligaban a elevar su voz. «Tonterías...», se oía desde la cama, y en seguida comenzaba una demolición sistemática. Este modo poco loable de sentarse o de extenderse sobre la cama de otro era común a todos los círculos de la juventud y se explicaba tanto por la simplicidad de sus costumbres como por la falta de sillas. Si algo distinguía a Vladimir de los demás es que ponía un periódico bajo sus pies. La firmeza de sus réplicas revelaba una intransigente resistencia y era un medio de obligar al adversario a mostrarse bajo su verdadera faz.

En las conversaciones alrededor del samovar o bien en una barca sobre el Volga, Ulianov, después que hubo estudiado el *Anti-Dühring*, enciclopedia polémica del marxismo, barría infatigablemente de los cerebros juveniles los valores metafísicos. ¿La justicia? Un mito que disimula el derecho del más fuerte. ¿Normas absolutas? La moral es el lacayo de los intereses materiales. ¿El poder del Estado? Un Comité Ejecutivo de los explotadores. ¿La revolución? Haced el favor de agregar: burguesa. En tales aforismos y en otros del mismo género que hacían pedazos la más bella porcelana del idealismo, hay que buscar al parecer la clave de la precoz reputación de «amoralista». Formados por sus cuadernos de escolares, los oyentes quedaban estupefactos e intentaban protestar. Justamente esto era lo que le hacía falta al joven atleta. ¿«Sofismas»? ¿«Paradojas»? Tanto a derecha como a izquierda, los golpes llovían amistosamente. El oponente, tomado por sorpresa, se callaba, olvidando a veces hasta cerrar la boca; en seguida se iba en busca de los libros que citaba Ulianov y entonces, un buen día, él mismo se declaraba marxista.

En los debates con los militantes de la Narodnaia Volia y con los jacobinos, Vladimir, guía del clan marxista que crecía, utilizaba el método socrático.

—Bien, toman el poder, ¿y después? —preguntaba al adversario.

—Decretos.

—¿Y en quién se apoyarán?

—En el pueblo.

—Pero ¿qué es «el pueblo»?

Seguía aquí el análisis de los antagonismos de clases. A fines del período de Samara circuló por las manos de la juventud un manuscrito de Ulianov: «Discusión entre un socialdemócrata y un populista» que presentaba, hay que suponerlo —el trabajo desgraciadamente se ha perdido—, un resumen de las controversias de Samara en forma de diálogo.

Vladimir discutía con pasión —todo lo hacía con pasión—, pero no de una manera desordenada y caprichosamente. No se lanzaba a la refriega, no interrumpía, no intentaba gritar más fuerte que los demás; dejaba al adversario explicarse, incluso cuando la indignación lo sofocaba, aprehendía con ojo avizor los puntos débiles y entonces se lanzaba al ataque con impulso maravilloso. Sin embargo, incluso cuando asestaba sus golpes más furiosos, el joven polemista no lo hacía contra las personas. Incriminaba las ideas o al modo poco concienzudo de tratarlas; no tocaba al hombre sino al pasar. Ahora llegaba a los adversarios el turno de callarse. Como no

interrumpía a los otros, Vladimir no les permitía tampoco interrumpirle. Lo mismo que en el juego de ajedrez, jamás retiraba ni devolvía a los otros las piezas.

Resulta extraña la declaración de María Ulianova afirmando la timidez de Vladimir como un rasgo de familia. La insuficiente perspicacia psicológica que se revela en numerosos testimonios de la hermana menor, obliga a una prudencia tanto mayor cuanto más natural es, en el caso presente, la necesidad de encontrar en Lenin la mayor cantidad posible de rasgos «de familia». Es cierto que la fotografía de 1890 que ya conocemos parece efectivamente indicar una lucha, aún no definida, entre la timidez y la seguridad. Se diría que el joven está cohibido ante el fotógrafo o que le hace una concesión defensiva, lo mismo que, treinta años más tarde, Lenin se sentirá incómodo al dictar a una estenógrafa sus cartas y sus artículos. Si esto es timidez, en todo caso no entraña ni un sentimiento de debilidad ni un exceso de sensibilidad: disimula la fuerza. Tiene por objeto poner el mundo interior al abrigo de los contactos demasiado cercanos y de las familiaridades indiscretas. En los diferentes miembros de la familia, un solo y mismo rasgo, denominado de igual modo, puede no solamente ofrecer grandes divergencias, sino incluso transformarse en su contrario. La timidez de Alejandro, que notaban todos los que a él se acercaban, concuerda enteramente con el conjunto de su figura contenida y reconcentrada. Alejandro se cohibía manifiestamente por su superioridad, cuando se percataba de ella. Pero precisamente este rasgo lo alejaba del hermano menor que, sin vacilar, manifestaba su preponderancia sobre los demás. Uno puede incluso decir que la naturaleza agresiva de Vladimir, en razón de su completa subordinación a la idea y de la ausencia de vanidad personal, lo liberaba en cierto modo de los frenos de la timidez. En todo caso, si a veces —particularmente en sus años juveniles— un sentimiento restrictivo de molestia se apoderaba de él, no era por él, sino por los otros, por la trivialidad de sus intereses, la vulgaridad de sus bromas o simplemente por la necedad ajena. Samoïlov nos ha mostrado a Vladimir en un círculo nuevo para él. «Hablaba poco; pero no, seguramente, porque se sintiera turbado en un ambiente desconocido». Al contrario, su presencia obligaba a los otros a estar alertas; los individuos propensos a ser desenvueltos empezaban a revelar prudencia, y hasta un cierto embarazo.

La hermana mayor nos ha contado a su vez que los camaradas se contenían en presencia de Alejandro, que «se avergonzaban de charlar en su presencia de cosas fútiles y se volvían hacia él, esperando su opinión». Cualquiera que fuese el contraste de caracteres entre ambos hermanos, Vladimir, en este sentido, obraba sobre los otros «como Sacha»: los obligaba a elevarse por encima de sí mismos. Escribe Semenov: «Vladimir Ilich, desde su juventud, era ajeno a toda bohemia... y, en su presencia, todos los que integrábamos el círculo de Skliarenko, nos reteníamos... Frente a él, una conversación frívola, una broma grosera eran imposibles». ¡Qué testimonio inestimable! Vladimir podía emplear alguna expresión plebeya en una ardiente disputa o en un juicio sobre un enemigo, pero no podía permitirse una alusión vil, una chanza trivial, una anécdota pornográfica, cosas tan comunes entre la juventud

masculina. No porque se impusiera a este respecto reglas de ascetismo: este «amoralista» no tenía necesidad del knut trascendental; y menos aún porque, por naturaleza, permaneciese indiferente respecto de los otros aspectos de la vida, por fuera de la política. No, nada de lo humano le era ajeno. No tenemos, es verdad, ningún relato referente a la actitud del joven Ulianov respecto a las mujeres. Probablemente cortejó a alguna de ellas y se enamoró: no por casualidad cantaba «Los ojitos encantadores», encubriendo, con la ironía, su emoción. Pero, aún sin conocer los detalles, puede decirse con seguridad que Vladimir, desde su juventud, mantuvo durante toda su vida una actitud pura respecto de la mujer. No era la frialdad de su temperamento lo que confería un rasgo casi espartano a su figura moral. Al contrario, la base de su naturaleza era pasional. Pero se completaba con... —es difícil encontrar otra palabra— la castidad. La combinación orgánica de estos dos elementos, temperamento apasionado y castidad, excluye la idea misma del cinismo. Para ser superior a los demás, Vladimir no tenía ninguna necesidad de las trabas de la moral: le bastaba experimentar una repulsión orgánica por la bajeza y la trivialidad.

El mismo Vodovosov certifica que, en el círculo marxista de Samara, Vladimir gozaba de una «autoridad indiscutida; se lo ponía por las nubes, casi tanto como en el seno de su familia», a pesar de que algunos miembros tuviesen más edad que él. «Su autoridad en el grupo era indiscutida», confirma Semenov. Lalaianz escribe que Ulianov, a quien conoció un año después de la desavenencia con Vodovosov, lo conquistó de inmediato. «En este hombre de veintitrés años se combinaban de la manera más asombrosa la simplicidad, la delicadeza, la alegría de vivir y el espíritu bromista, por una parte; la solidez y profundidad de los conocimientos, una implacable lógica en la argumentación... por la otra». Inmediatamente después del primer encuentro, Lalaianz se felicitó de haber escogido a Samara como lugar de residencia bajo vigilancia.

Provocar apreciaciones tan contradictorias es el privilegio de los elegidos. Ulianov no era propenso casi, sin duda, aun en sus años juveniles, a lamentarse por la parcialidad ajena. En efecto, los sentimientos que inspiraba a los otros parecían ser demasiado claramente el reflejo de su propia parcialidad. Para él, el hombre no era un fin sino un instrumento. «En su actitud hacia las personas —escribe Semenov— se manifestaban claramente vivas diferencias. Con los camaradas a quienes consideraba como sus partidarios, discutía dulcemente, bromeaba con mucha sencillez... Pero desde que notaba en un oponente al representante de otra tendencia... su fuego en la polémica era inexorable. Golpeaba al adversario en los puntos más dolorosos y casi no se contenía en las expresiones». Para comprender a Lenin, esta observación de un compañero de sus años juveniles tiene una importancia de primer orden.

«Parcial», pues su actitud utilitaria frente a las personas se originaba en las fuentes más profundas de su naturaleza, enteramente dirigida hacia la reconstrucción del mundo exterior. Si había aún aquí un cálculo —y había uno, por supuesto, y con el tiempo cada vez más previsor y sutil— era inseparable de un sentimiento sincero.

Lenin «se prendaba» muy fácilmente de las personas cuando él veía en ellos valor y utilidad. Pero ninguna cualidad personal podía comprarle cuando se trataba de un adversario. Su actitud respecto a las mismas personas se modificaba bruscamente según ellas estuviesen, en un momento dado, en su campo o en el opuesto. En estos «enamoramientos», como en los períodos de hostilidad que les sucedían, no había sombra de impresionismo, capricho o ambición. Las leyes de la lucha eran para él el código de la justicia. De aquí provienen, incluso en sus juicios sobre ciertas personas, frecuentes y sorprendentes contradicciones; pero, en todas estas contradicciones, Lenin seguía siendo fiel a sí mismo.

Los señores individualistas declaran que la personalidad es un fin en sí para guiarse luego, en la práctica, en sus relaciones con la gente, por sus gustos personales cuando no por el estado de su hígado. La gran tarea histórica a cuyo servicio se ponía nuestro «amoralista» ennoblecía su actitud respecto a las personas; en la práctica él empleaba para medirlas el patrón que utilizaba para sí mismo. La parcialidad dictada por los intereses de la causa se transformaba, a fin de cuentas, en una imparcialidad superior y esta rara cualidad —verdadero don de un jefe— comunicaba a Lenin, desde sus años juveniles, una autoridad sin par.

Semenov, tres años mayor que Vladimir, expresó una vez, en una conversación general a propósito de sí mismo y de sus amigos, que ellos se desenvolvían mal en el marxismo porque conocían mal la historia y la economía burguesa. Vladimir replicó breve y severamente: «Si eso está mal, todo va mal en general; es necesario estudiar...». En la esfera de las grandes cuestiones, este joven alegre y sencillo hablaba como un detentor del poder. Y los otros se callaban, reflexionando con ansiedad.

El mismo Semenov cuenta con qué seguridad y firmeza rechazó Vladimir los argumentos inconvenientes de su cuñado Elisarov, que había intentado apoyarlo en una discusión con Vodovosov. ¡No, él no era tímido! Hay que recordar, sobre todo, que Elisarov, que idolatraba a Vladimir, lo mismo que Vodovosov, que no lo quería, eran ambos seis años, sino más, mayores que él. Cuando se trataba de las ideas de la revolución, Vladimir no conocía ni amistad ni parentesco ni tanto menos el respeto por la edad.

A los veintidós años Ulianov producía, según Vodovosov, «la impresión de un hombre maduro y completamente formado desde el punto de vista político». «Vladimir Ilich, ya entonces —escribe por su parte Semenov— parecía un hombre de opiniones completamente formadas, que se desenvolvía en todas las reuniones de grupos con seguridad y con absoluta independencia». El estudiante P. P. Maslov, futuro economista del partido menchevique, se enteró por sus visitantes, en una aldea de la provincia de Ufa, donde vivía bajo la vigilancia policial, que había en Samara cierto Vladimir Ulianov que «se interesaba también» por las cuestiones económicas y que además era «un hombre de lo más distinguido por su espíritu y su instrucción». Leyendo un manuscrito de que le envió Ulianov —el marxismo ruso, por esos años,

no tenía aún acceso a la prensa tipográfica— Maslov fue ante todo sorprendido por «la decisión y la claridad en las fórmulas» del autor, que «revelaban a un hombre cuyas opiniones estaban completamente formadas».

Ya durante el período de Samara, el apodo «el Viejo», que se convertiría más tarde en el sobrenombre de Lenin, comienza a ligarse de un modo extraño a la imagen del joven Vladimir. Y sin embargo, no solamente en esos días sino hasta el fin de su vida, no hubo en él nada de senil, a excepción, quizás, de la calvicie. Lo que sorprendía en el joven era la madurez del pensamiento, el equilibrio de las fuerzas espirituales, la seguridad en el juicio. «Naturalmente —escribe Vodovosov—, no preví el papel que estaba destinado a desempeñar, pero desde entonces estaba convencido, y lo decía abiertamente, que el papel de Ulianov sería grande».

Durante ese tiempo la doctrina herética había logrado conquistar partidarios entre los grupos de la juventud de Samara y había obtenido en el ambiente radical algo así como un reconocimiento oficial. El populismo, que seguía siendo la corriente dominante, tuvo que ceder un poco. La propaganda social-demócrata entre los estudiantes era principalmente llevada por Skliarenko, joven bien dotado pero no muy aplicado. En marzo de 1893 aparece en Samara un estudiante expulsado de Kazán, sometido a la vigilancia policial, Lalaiantz, antiguo compañero de lucha de Fedoseev e inmediatamente se liga en estrecha amistad con Ulianov y Skliarenko. Estas tres personas constituyeron, a decir verdad sólo por algunos meses, el Estado Mayor marxista de Samara. Vladimir se mantenía apartado del trabajo de propaganda. Lalaiantz dice claramente: «En Samara, durante mi tiempo al menos, no participaba en ningún grupo ni realizaba ningún estudio». Por el contrario, la dirección general le pertenecía de modo indiscutible. El «trío» se reunía a menudo: ya sea en el domicilio de Skliarenko, o en una de las cervecerías de Samara, hacia las cuales Skliarenko manifestaba una propensión excesiva. Ulianov comunicaba a los amigos sus trabajos y se informaba por ellos de los últimos acontecimientos en los grupos de Samara. A menudo estallaban discusiones teóricas, pero ya entonces Ulianov tenía siempre la última palabra. Durante el verano, Skliarenko hacía una excursión a Alakaievka, donde era muy bien recibido por todos a causa de su sociabilidad y jovialidad y de allí se llevaba, para los seminaristas y los estudiantes de medicina, una provisión de ideas nuevas. Skliarenko como Lalaiantz se convirtieron, posteriormente, en bolcheviques.

Por ese entonces, Vladimir había logrado también conquistar definitivamente al antiguo organizador de una comuna agrícola, Preobajensky, con quien recorría a menudo, discutiendo ardientemente, la versta y media que separaba ambas granjas. Más tarde, Preobajensky participó en la organización socialdemócrata de Samara y, muchos años después, ya bajo el régimen soviético, administró el establecimiento de Gorki, en donde el jefe de la Rusia soviética descansó, estuvo enfermo y murió. Las amistades de los años juveniles ocuparon en general un lugar notable en la vida de Lenin.

Vladimir tomó de la provincia del Volga todo lo que se podía tomar. Hacia fines del invierno de 1892-93, según Elisarova, «ya se aburría bastante a veces, aspirando a vivir en un centro más animado...». Pero como no tenía ningún sentido abandonar Alakaievka en verano, la partida fue diferida hasta el otoño. El hermano menor terminaba entonces sus estudios en el gimnasio y se disponía a partir para la universidad de Moscú. María Alexandrovna tenía la intención de acompañar a Dimitri a Moscú, lo mismo que, seis años antes, había seguido a Vladimir a Kazán. Había llegado el momento de separarse de la familia. Petersburgo, la más europea de las ciudades rusas, atraía a Vladimir mucho más que el Moscú de entonces, la «gran aldea». Además, viviendo separado de los suyos, corría menos riesgos de proyectar, por su trabajo revolucionario, una sombra sobre su hermano y sus hermanas.

Los últimos meses en Samara y Alakaievka ya son consagrados a los preparativos inmediatos de la partida. Vladimir hace resúmenes de libros y artículos, agrupa las conclusiones más importantes, bosqueja estudios polémicos. Verifica, limpia y afila el arma de la que pronto se servirá. El movimiento crítico que se desarrolla en los cerebros de la intelligentsia lo mismo que el movimiento más profundo que agita los sectores industriales, exigen una doctrina, un programa, un instructor. El conductor de la historia rusa comienza a evolucionar más rápido. ¡Ya es hora de decir adiós a Samara, a Alakaievka, a la avenida de los tilos! Vladimir Ulianov abandona su asilo perdido en un rincón provinciano para encontrarse, apenas aparecido en la arena de la capital, a la cabeza de su generación.

Así, entre la ejecución del hermano y la instalación en Petersburgo, en esos cortos y largos seis años de trabajo encarnizado, se ha formado el futuro Lenin. Aún hay que franquear grandes etapas, no sólo externas sino también internas; en su sucesiva evolución, pueden distinguirse varios estadios claramente marcadas. Pero todos los rasgos esenciales de su carácter, de su concepción del mundo y de su manera de actuar se habían fijado en el intervalo que separa sus diecisiete de sus veintitrés años.

CAPÍTULO XV

LAS ETAPAS DEL DESARROLLO

Reconstruyamos las etapas más importantes de la biografía del joven Lenin poniendo como fondo el desarrollo del país. Una comarca perdida a orillas del Volga. La generación de los esclavistas y de los esclavos de ayer, todavía con vida. La ofensiva de la Narodnaia Volia. El atolladero político de los años '80. En la familia patriarcal y unida de un funcionario crece Vladimir, se educa, forma su inteligencia, sin desasosiegos ni trastornos. La voz de la crítica despierta en él sólo en las postrimerías de sus estudios del gimnasio, después de la muerte del padre, y se dirige al principio contra las autoridades escolares y la Iglesia. La inesperada muerte del hermano mayor le abre los ojos sobre las cuestiones de política. Su participación en una manifestación estudiantil es la primera respuesta a la ejecución de Alejandro. La tentación de vengar al hermano mayor adoptando el mismo método que éste, debió agudizarse singularmente por esos días. Pero sobreviene el período más sombrío, 1888, durante el cual es imposible hasta pensar en el terrorismo. La reacción no sólo salva a Vladimir físicamente; también lo empuja por el camino del estudio profundo de la teoría.

Los años de aprendizaje revolucionario: Vladimir comienza en Kazán la lectura de *El Capital*. La asimilación de la teoría marxista del valor no significa para él una ruptura con la tradición de la Narodnaia Volia: también Alejandro era partidario de Marx. Primero en Kazán, luego en Samara, Vladimir se pone en contacto con revolucionarios de la generación precedente, principalmente de la Narodnaia Volia, en calidad de alumno atento, a decir verdad, predispuesto a la crítica y a las verificaciones, pero no como adversario. Si a pesar de su mentalidad revolucionaria, suficientemente puesta de manifiesto, tanto por la elección de sus relaciones como por la dirección de sus intereses intelectuales, no adhirió, por esos años, a ningún grupo político, esto demuestra, sin margen de error, que aún no tenía credo político, ni siquiera el de un joven, sino únicamente que lo buscaba. Sin embargo, sus búsquedas arrancaban de la tradición de la Narodnaia Volia, que dejó una huella sensible en su evolución ulterior. Ya militante marxista, Vladimir mantuvo durante varios años una actitud de simpatía hacia el terrorismo individual, que lo distinguía netamente de los demás jóvenes socialdemócratas y constituía una indudable marca del período en que las ideas marxistas se amalgamaban en su conciencia con sus simpatías por la Narodnaia Volia.

Desde la primavera de 1890 hasta el otoño de 1891, la atención de Vladimir es casi enteramente acaparada por la preparación de los exámenes. El arduo estudio de las ciencias jurídicas se agregó, en cierto modo desde afuera, al proceso de elaboración de su concepción del mundo. Naturalmente, no hubo una interrupción total. En las horas de recreo, Vladimir leía a los clásicos marxistas, se reunía con sus amigos, intercambiaba ideas. E incluso en el dominio de la escolástica jurídica verificaba y confirmaba por el método de los contrarios, sus ideas materialistas. Pero este trabajo crítico se efectuaba, asimismo, sólo en los momentos libres. Las cuestiones y las dudas no resueltas debían ser diferidas hasta que llegaran horas de mayor libertad. Vladimir no se apresuraba a definirse. He aquí una confirmación indirecta pero interesante: a principios de 1891, los dos «jacobinos» de Samara no perdían aún las esperanzas de atraer a Ulianov a sus filas, y, por consiguiente, no lo consideraban como una figura política definida.

A fines de 1891, Vladimir recibió su diploma y, de este modo, se enfrenta a un dilema. La tribuna judicial no podía menos que seducirle. Según su hermana, pensaba seriamente, en este período, en ejercer la abogacía, «que podría procurarle más tarde medios de vida». Sin embargo, la renovación política del país y asimismo el curso de su propia evolución lo enfrentaban con otras tareas que lo reclamaban por entero. Las vacilaciones no duraron mucho tiempo. La profesión de abogado debió dar lugar a la política y se transformó en un camuflaje temporario para ésta.

Un febril trabajo jurídico de año y medio dejó muy atrás la primera etapa del aprendizaje revolucionario y tornó su pensamiento más independiente respecto del pasado reciente, dominado por la marca de Alejandro: así se crearon las condiciones necesarias para una audaz liquidación del período transitorio. El invierno del año del hambre debía ser el momento de establecer un balance definitivo. La progresión gradual del desarrollo espiritual no excluyó los saltos bruscos, desde el momento en que éstos fueron preparados por acumulaciones anteriores en la conciencia.

La formación de la personalidad revolucionaria de Vladimir por una parte reflejaba y por otra adelantaba un viraje en las simpatías teóricas de la intelligentsia provinciana de izquierda. Los grupos de la juventud de Samara comenzaron a interesarse vivamente por la doctrina marxista a partir de 1891, o sea justamente durante la catástrofe del hambre. Se vio entonces a un buen número de cazadores correr en persecución del primer tomo de *El Capital* pero la mayoría, según Semenov, fracasaban en el intento desde el primer capítulo. Conversaron sobre los secretos de la dialéctica. En el jardín municipal, a orillas del Volga, sentados en un banco al que llamaban «marxista», discutían ardorosamente sobre la tríada hegeliana^[88].

La intelligentsia de la generación de más edad, en Samara, entró en efervescencia. Sus dos grupos, el moderado y el radical, que habían convivido pacíficamente en la esfera de las ideas recibidas y pagado un tributo de estimación a Marx —a quien por otra parte no conocían—, consideraron a los primeros socialdemócratas rusos como

el producto de un nefasto malentendido. Los más sinceros en su indignación eran los viejos deportados, que introducían a orillas del Volga sus opiniones tradicionales, perfectamente conservadas bajo el riguroso clima siberiano.

La fisura política se convirtió fácilmente en una brecha irreparable. Vladimir ya no ahorró los sarcasmos a propósito de los lloriqueos populistas: los marxistas, al parecer, «no quieren al mujik», «ellos se regocijan con la mina de la aldea», etcétera. Pronto aprendió a despreciar la sustitución del análisis de la realidad por lecciones de moral y salmos sentimentales. Las lágrimas literarias, sin aportarle nada al mujik, nublaban los ojos de la intelligentsia y le impedían divisar la ruta que se abría ante ella. Los conflictos cada vez más inexorables con los populistas y los militantes de la cultura escindieron poco a poco a la intelligentsia radicalizada de Samara en dos campos beligerantes y dieron un tono violento a las relaciones personales. No es asombroso que sean los últimos dieciocho meses, durante los cuales Vladimir salió a la luz, los que matizaran los recuerdos de los contemporáneos sobre el período de Samara en su conjunto. El joven Lenin, tal como llegara en mayo de 1889 a Alakaievka, en calidad de futuro propietario rural y tal como partiera de Samara en el otoño de 1893 es así siempre presentado como un único e idéntico revolucionario marxista: se excluye de su vida lo que constituía su elemento esencial: el movimiento.

P. Lepechinsky, aproximándose esta vez a la realidad, escribe sobre la preparación de Lenin en Samara: «Hay razones para creer que ya en 1891 había trazado las líneas generales de su concepción marxista del mundo». «En las cuestiones de economía política e historia —confirma Vodovosov—, asombraban la solidez y variedad de sus conocimientos, especialmente en un hombre de su edad. Leía corrientemente en alemán, francés e inglés, ya conocía bien *El Capital* y la copiosa literatura marxista (alemana)... Se declaraba marxista convencido...». Este bagaje probablemente hubiera bastado a una docena de individuos; pero el joven, severo consigo mismo, se juzgaba insuficientemente preparado para el trabajo revolucionario y no sin razón: en la cadena que une la doctrina con la acción le faltaban algunos eslabones importantes. Los hechos hablan por sí mismos: si Vladimir se hubiese creído completamente armado en 1891 no hubiera podido permanecer todavía dos años enteros en Samara.

La hermana mayor afirma, es cierto, que Vladimir fue retenido en la familia por el cuidado de su madre, que luego de la muerte de Olga había reconquistado a sus hijos con su valor y su ternura. Pero, evidentemente, esta explicación no basta. Olga murió en mayo de 1891; Vladimir no se apartó de su familia hasta agosto de 1893, más de dos años después. Por atención para con su madre podía diferir las obligaciones revolucionarias algunas semanas o algunos meses, en tanto que la nueva herida permaneciese aún demasiado abierta, pero no durante dos años. En sus relaciones personales, sin exceptuar a la madre, no tenía un sentimentalismo pasivo. Su vida en Samara no dedicaba prácticamente nada a la familia. Si Vladimir tuvo la suficiente constancia como para quedarse tanto tiempo apartado de la gran arena es

únicamente porque sus años de aprendizaje no estaban todavía concluidos.

En lo sucesivo, al lado de las obras fundamentales de Marx y de Engels y de las publicaciones de la socialdemocracia alemana ocupan cada vez más lugar en su escritorio las compilaciones rusas de estadística. Comienza sus primeros trabajos personales para dilucidar la realidad rusa. Entre los objetos de su estudio, el materialismo histórico y la teoría marxista del valor se convierten ahora para Vladimir en instrumentos de orientación política. Estudia a Rusia como escenario de lucha, y observa el reparto en el país de las principales fuerzas combatientes.

Disponemos, para determinar la etapa más importante en la evolución de Vladimir Ulianov, de un testimonio absolutamente inapreciable, sobre el cual, sin embargo, los biógrafos oficiales, porque está en contradicción con la leyenda, cierran habitualmente los ojos. En una hoja de encuesta del partido, en 1921, el mismo Lenin ha indicado como fecha de su iniciación en la actividad revolucionaria: «1892-93. Samara. Círculos ilegales de la socialdemocracia». De esta fecha dada por un testigo irreprochable por su exactitud, resultan dos conclusiones: Vladimir no participaba en el trabajo político de los círculos de la Narodnaia Volia, de otro modo hubiera indicado este período en la hoja de encuesta; Vladimir no se hizo definitivamente socialdemócrata hasta 1892, de otro modo hubiera emprendido antes la propaganda socialdemócrata. Las objeciones y las dudas encuentran así su solución definitiva. Por imparcialidad, indicaremos que uno de los investigadores soviéticos, colocado por sus funciones a la cabeza de la historiografía de mausoleo —nos referimos a Adorasky^[89], el actual director del Instituto Marx-Engels-Lenin— llega, en la cuestión que nos interesa, a una conclusión casi idéntica a la nuestra: «Durante los últimos años en Samara, 1892-93 —escribe con toda la circunspección indispensable—, Lenin era ya marxista, aunque algunos vestigios del espíritu de la Narodnaia Volia subsistiesen todavía en él (una opinión particular sobre el terrorismo)». Ahora podemos decir definitivamente adiós a la divertida leyenda según la cual Vladimir, «repentinamente», condenó el terrorismo en mayo de 1887, el día en que se enteró de la noticia de la ejecución de Alejandro.

Las etapas arriba indicadas de la formación política del joven Lenin encuentran una confirmación quizás un poco inesperada, pero muy viva, en su biografía de jugador de ajedrez. Durante el invierno de 1889-90, Vladimir, según relata su hermano menor, «se consagraba más que nunca al ajedrez». Estudiante expulsado al que no se admitía en ninguna de las universidades, revolucionario en potencia, sin programa ni dirección, buscaba en el ajedrez una salida a la pujante inquietud de sus fuerzas interiores. El período siguiente, de un año y medio, fue ocupado por la preparación de los exámenes y el ajedrez pasó a segundo plano. Recuperó un puesto sobresaliente cuando, después de haber obtenido su diploma, Vladimir vacilaba sobre la elección de su profesión y se ocupaba poco de los asuntos judiciales, pero por el contrario había encontrado en su tutor a un contrincante de primera categoría. Un año y medio más o menos de preparación y el joven marxista se sintió ya armado para la

lucha. A partir de 1893, Vladimir Ilich juega cada vez más raramente al ajedrez. Se puede confiar sin temor en los testimonios de Dimitri sobre este punto: él mismo, ardiente aficionado, seguía con mirada atenta la pasión de su hermano por ese juego.

En Kazán, en busca de un auditorio, Vladimir intentó hacer partícipe de las primeras ideas extraídas de la lectura de Marx a su hermana mayor. La tentativa no tuvo continuidad y Ana pronto perdió el rastro de los estudios científicos de su hermano. Ignoramos cuando se procuró el primer tomo de *El Capital*. De cualquier modo, no fue durante su breve estadía en Kazán. Posteriormente, provocaba asombro la capacidad de Lenin para leer velozmente, captando al vuelo lo esencial. Pero él había desarrollado esta cualidad, sabiendo, cuando era necesario, leer muy lentamente. Empezando en cada nuevo terreno por construir sólidos cimientos, trabajaba como un concienzudo albañil. Conservó hasta el final de su vida la capacidad de releer varias veces un libro o un capítulo indispensable y significativo. Sólo apreciaba verdaderamente los libros que era necesario volver a leer.

Nadie, desgraciadamente, ha contado cómo siguió Lenin la escuela de Marx. Se han conservado tan sólo algunas impresiones superficiales y aun muy incompletas. «Pasaba días enteros —escribe Iasneva— estudiando a Marx, redactando resúmenes, copiando extractos, tomando notas. Era entonces difícil distraerlo de este trabajo». Sus resúmenes de *El Capital* no se han conservado. Sólo basándose en sus cuadernos de estudios de los años posteriores puede uno reconstruir el trabajo del joven atleta sobre Marx. Ya en el colegio secundario, Vladimir empezaba invariablemente sus composiciones con un plan acabado, para desarrollarlo enseguida con argumentos y citas. En este procedimiento de creación se expresaba una cualidad que Ferdinand Lasalle ha denominado correctamente la fuerza física del pensamiento. En el estudio, si no se trata de una repetición mecánica, hay también un acto creador, pero del tipo inverso. Hacer el resumen del libro de otro es poner al desnudo el esqueleto lógico, despojándolo de las pruebas, ilustraciones y digresiones. Vladimir avanzaba por el difícil camino con tensión apasionada y regocijante, resumiendo cada capítulo leído, a veces una sola página, meditando y verificando la estructura lógica, las transiciones dialécticas, los términos. Al internalizar el resultado, se asimilaba el método. Ascendía los peldaños del sistema de otro como si lo edificase de nuevo. Todo iba a alojarse sólidamente en este cerebro maravillosamente dispuesto bajo la potente cúpula del cráneo. Lenin no se apartó nunca más, en todo el curso de su vida, de la terminología político-económica rusa que había asimilado o elaborado en el período de Samara. Y no sólo por obstinación —aunque la terquedad intelectual fue una de sus características esenciales— sino porque desde sus años juveniles había efectuado una elección severamente calculada, meditando cada término en todos sus aspectos, hasta que éste se insertaba en su conciencia abarcando todo un ciclo de conceptos. Los dos primeros tomos de *El Capital* fueron los manuales fundamentales de Vladimir en Alakaievka y en Samara; el tercer tomo no había aparecido aún: el viejo Engels estaba entonces poniendo en orden el borrador de Marx. Vladimir había

estudiado tan bien *El Capital*, que sabía, todas las veces que recurría a este libro, descubrir en él nuevas ideas. Desde el período de Samara había aprendido, según una expresión que se le ocurrió más tarde, a «consultar» con Marx.

Ante los libros del maestro, la impertinencia y la burla abandonaban a este espíritu sediento de saber que era capaz en grado sumo de emocionarse de gratitud. Seguir el desarrollo del pensamiento de Marx, experimentar su presión irresistible, descubrir, bajo las frases incidentales o las notas, las galerías laterales de las deducciones, convencerse cada vez más de la justeza y de la profundidad del sarcasmo e inclinarse con reconocimiento ante un genio despiadado consigo mismo: esto llegó a ser para Vladimir no sólo una necesidad sino también un placer. Marx no tuvo mejor lector, más atento y fiel, ni mejor discípulo, más perspicaz y agradecido.

«El marxismo no era en él una convicción, era una religión», escribe Vodovosov: «En él... se percibía ese grado de convicción que... es incompatible con el conocimiento realmente científico». No hay otra sociología científica que aquella que deja intacto al filisteo el derecho de vacilar. A decir verdad, Ulianov, confiesa Vodovosov, «se interesaba mucho en las objeciones efectuadas contra el marxismo, las estudiaba y reflexionaba sobre ellas», pero todo esto «no en busca de la verdad» sino para descubrir tan sólo en las objeciones un error «de cuya existencia estaba de antemano persuadido». Hay, en esta caracterización, algo de cierto: Ulianov había tomado posesión del marxismo como de una deducción que procedía de la evolución anterior del pensamiento humano; no quería, habiendo alcanzado el grado superior, descender al inferior; defendía con indomable energía lo que había meditado y verificaba cotidianamente; y consideraba con desconfianza preconcebida las tentativas de ignorantes jactanciosos y de mediocres eruditos por reemplazar el marxismo con otra teoría más cómoda.

En el terreno de la tecnología o de la medicina, la rutina, el diletantismo y las hechicerías son, con justicia, despreciados. En el terreno de la sociología se los presenta a cada instante como las manifestaciones de la libertad del espíritu científico. Aquél para quien la teoría no es sino un entretenimiento del espíritu pasa fácilmente de una revelación a otra, o, más a menudo todavía, se satisface con una migaja de cada revelación. Infinitamente más exigente, más severo y más equilibrado es aquél para quien la teoría es una guía para la acción. Un escéptico de salón puede burlarse impunemente de la medicina. El cirujano no puede vivir en la atmósfera de las incertidumbres científicas. Cuanta más necesidad tiene el revolucionario del apoyo de la teoría para la acción, más intransigente es en salvaguardarla. Vladimir Ulianov despreciaba el diletantismo y aborrecía a los curanderos. En el marxismo, él apreciaba, por encima de todo, la autoridad disciplinada del método.

En 1893, aparecieron los últimos libros de V. Voronov (V. V.) y de N. Danielson (Nikolai-on). Los dos economistas populistas demostraban, con una obstinación digna de envidia, la imposibilidad del desarrollo burgués de Rusia justamente en la época en que el capitalismo ruso se aprestaba a tomar vuelo de modo particularmente

tumultuoso. No es probable que los marchitos populistas de entonces hayan leído las tardías revelaciones de sus teóricos con tanta atención como el joven marxista de Samara. Ulianov no necesitaba conocer a los adversarios sólo para refutaciones literarias. Buscaba, ante todo, una certidumbre íntima para la lucha. Es cierto que estudiaba la realidad con espíritu polémico, dirigiendo ahora todas sus deducciones contra el populismo que se sobrevivía a sí mismo; pero a nadie le fue nunca tan ajena la polémica pura como al futuro autor de veintisiete tomos de escritos polémicos. Necesitaba conocer la vida tal como es.

Cuanto más de cerca abordaba Vladimir los problemas de la revolución rusa y más aprendía de la lectura de Plejanov, lo imbuía una estima tanto mayor hacia el trabajo crítico efectuado por éste. Los recientes falsificadores de la historia del bolchevismo hablan de una «generación espontánea del marxismo en el pueblo ruso, fuera de una influencia directa del grupo de la emigración y de Plejanov» (Presniakov) —habría que agregar: y del mismo Marx, el emigrado *por excelencia*— y hacen de Lenin el fundador de este «marxismo» doméstico, verdaderamente ruso, del cual debía proceder posteriormente la teoría y la práctica del «socialismo en un solo país».

La doctrina de la generación espontánea del marxismo, como «reflejo» directo del desarrollo capitalista de Rusia, es de por sí una execrable caricatura del marxismo. Los procesos económicos no se reflejan en la conciencia «pura» que habría conservado toda su ignorancia natural, sino en la conciencia histórica, enriquecida con todas las conquistas del pasado humano. La lucha de clases de la sociedad capitalista pudo conducir al marxismo, a mediados del siglo XIX, únicamente gracias al hecho de que había encontrado completamente elaborado un método dialéctico como culminación de la filosofía clásica alemana, de la economía política inglesa de Adam Smith y de David Ricardo, de las doctrinas revolucionarias y socialistas francesas, edificadas a partir la Gran Revolución. El carácter internacional del marxismo reside por consiguiente en las fuentes mismas de su nacimiento. El acrecentamiento del poderío de los kulaks en las orillas del Volga y el desarrollo de la metalurgia en los Urales eran absolutamente insuficientes para permitir alcanzar, con total independencia, el mismo resultado científico. No por casualidad el Grupo de la Emancipación del Trabajo nació en el extranjero: el marxismo ruso vio la luz no como un producto automático del capitalismo ruso, al mismo tiempo que el azúcar de remolacha o de la tela de algodón que destiñe (para los cuales, por otra parte, hubo también que importar las máquinas), sino como una combinación compleja de toda la experiencia de la lucha revolucionaria rusa con la teoría del socialismo científico nacida en Occidente. Sobre los cimientos construidos por Plejanov se educó la generación marxista de los años '90.

Para apreciar el aporte histórico de Lenin no hay verdaderamente necesidad de presentar las cosas como si desde sus años juveniles hubiera tenido que limpiar, con su propio arado, una tierra virgen. «Casi no existían obras de conjunto —escribe

Elisarova, después de Kamenev y otros—: él tenía que estudiar las obras de primera mano y construir sobre ella sus deducciones». Nada podría ofender más a la alta conciencia científica de Lenin que decir que él no tuvo en cuenta los trabajos de sus antecesores y de sus maestros. No es verdad que al comienzo de los años '90 el marxismo ruso no poseyera obras de conjunto. Las publicaciones del Grupo de la Emancipación del Trabajo constituían ya una enciclopedia abreviada de la nueva tendencia. Luego de seis años de lucha brillante y heroica contra los prejuicios de la intelligentsia rusa, Plejanov proclamó, en 1889, en el Congreso Internacional Socialista de París: «El movimiento revolucionario ruso no puede triunfar sino como movimiento obrero revolucionario. No hay ni puede haber para nosotros otra salida». Estas palabras contenían la más importante visión general de toda la época precedente y es sobre esta generalización de un «emigrado» que Vladimir Ulianov se educaba a orillas del Volga.

Vodovosov dice en sus memorias: «Lenin hablaba de Plejanov con profunda simpatía, principalmente respecto del libro *Nuestras diferencias*». La simpatía debía expresarse muy vivamente para que Vodovosov haya conservado recuerdos de ella durante más de treinta años. La fuerza principal de *Nuestras diferencias* reside en el hecho que las cuestiones de la política revolucionaria están tratadas en ese libro en ligazón indisoluble con la concepción materialista de la historia y con el análisis del desarrollo económico de Rusia. Las primeras manifestaciones de Ulianov en Samara contra los populistas se asocian, de este modo, íntimamente con su calurosa apreciación sobre el trabajo del fundador de la socialdemocracia rusa. Después de lo que le debía a Marx y a Engels, Vladimir reconocía, ante todo, a Plejanov.

A fines de 1922, Lenin escribía incidentalmente sobre el comienzo de la década del '90: «El marxismo ruso como tendencia, comenzó a ampliarse yendo al encuentro de la tendencia socialdemócrata proclamada mucho antes en la Europa occidental por el Grupo de la Emancipación del Trabajo». En estas líneas, que resumen la historia del desarrollo de toda una generación, se halla incluida una parte de la autobiografía del mismo Lenin: habiendo empezado por la tendencia marxista, como doctrina económica e histórica, se convirtió, por influencia de las ideas del Grupo de la Emancipación del Trabajo —que sobrepasaba en mucho el nivel alcanzado por la intelligentsia rusa—, en socialdemócrata. Sólo los pobres de espíritu pueden imaginarse que exaltan a Lenin atribuyendo al padre que le dio la naturaleza, al consejero de Estado Ulianov, opiniones revolucionarias de las que nunca estuvo imbuido y disminuyendo a la vez el papel del emigrado Plejanov, en quien el mismo Lenin veía a su padre espiritual.

En Kazan, en Samara, en Alakaievka, Vladimir se sentía, ante todo, discípulo. Pero así como los grandes artistas ya desde su juventud revelan la independencia de su pincel, aun en las copias de los cuadros de los viejos maestros, Vladimir Ulianov aportaba a su aprendizaje una facultad de investigación y de iniciativa tan rigurosa que es difícil delimitar en él lo que había asimilado de otro y lo que elaboraba por sí

mismo. Durante el último año preparatorio en Samara esta línea de demarcación se borra definitivamente: el aprendiz se convierte en un investigador.

La controversia con los populistas llevó, naturalmente, a plantear el problema de la evaluación de los procesos concretos: ¿continuaba o no desarrollándose el capitalismo en Rusia? Los diagramas que representaban chimeneas de fábrica y obreros industriales adquirieron una significación tendenciosa, lo mismo que aquellos que mostraban la segregación en la clase campesina. Para determinar la dinámica del proceso, era necesario comparar las cifras actuales con las anteriores. De este modo, la estadística económica se transformó en la ciencia de las ciencias. En las columnas de cifras se escondía la clave de los destinos misteriosos de Rusia, de su intelligentsia y de su revolución. El censo de los caballos al que periódicamente procedía la administración militar estaba llamado a responder a esta cuestión: ¿Quién era más fuerte, Marx o la comuna rusa?

El aparato estadístico de los primeros trabajos de Plejanov no podía ser muy rico: la estadística de los zemstvos, de un valor único para el estudio de la economía agraria, sólo se desarrolló en el curso de los años '80; por otra parte, las publicaciones respectivas eran poco accesibles a un emigrado casi completamente aislado de Rusia por esos años. A pesar de todo, la dirección general del trabajo científico a realizar con los datos proporcionados por la estadística, fue indicada por Plejanov con perfecta justeza. Los primeros estadísticos de la nueva escuela siguieron en ese camino. El profesor norteamericano, de origen ruso, M. A. Gurvich publicó en 1886 y en 1892 dos ensayos sobre la aldea rusa que Vladimir Ulianov apreciaba en extremo y que servían para su formación. Jamás perdía una ocasión para señalar con reconocimiento los trabajos de sus predecesores.

Más o menos alrededor de los últimos dieciocho meses de la vida de Vladimir en Samara, las compilaciones estadísticas ocupaban un sitio de honor en su escritorio. Su gran obra sobre el desarrollo del capitalismo ruso no apareció hasta 1899. Pero fue precedida de un buen número de estudios preparatorios, de orden teórico y estadístico, cuya elaboración había comenzado ya en Samara. En el registro de la biblioteca de Samara, que por casualidad se ha conservado el del año 1893, puede verse que Vladimir no descuidó ni una publicación que tuviese conexión con su tema, ya se tratase de colecciones de la estadística oficial o bien de ensayos económicos de los populistas. Redactaba resúmenes de la mayoría de los libros y artículos, y daba charlas sobre los más importantes a sus camaradas más cercanos.

El primer trabajo literario de Vladimir Ulianov que ha llegado a nuestros días, fue escrito durante los últimos meses de su estadía en Samara y resume un libro recientemente aparecido de cierto Posnikov, antiguo funcionario gubernamental, sobre la economía campesina en el sur de Rusia. El artículo, dedicado a la ilustración estadística de la segregación que se operaba en el seno de la clase campesina y de la proletarización de sus capas más débiles —procesos ya singularmente avanzados en el sur—, revela que el joven autor poseía una notable destreza en el manejo de los

datos estadísticos y que sabía descubrir, tras los detalles, el cuadro de conjunto. La revista legal a la que el trabajo —de tono prudente y conciso— estaba destinado, lo rechazó, sin duda a causa de su tendencia marxista, aunque el autor se hubiese abstenido de polemizar con el populismo. Una copia obsequiada al estudiante Mickiewicz, le fue confiscada en un allanamiento y se conservó en los archivos de la gendarmería, donde fue descubierta en 1923 e impresa treinta años después de haber sido escrita. Con este artículo comienzan hoy las *Obras completas* de Lenin.

¿Se disponía ahora a convertirse en escritor, renunciando a la idea de hacer carrera como abogado? Es dudoso que el oficio de escritor se le haya manifestado como un objetivo en sí en la vida. Es verdad que él era un «doctrinario» convencido, es decir, que, desde sus años juveniles comprendía que así como es imposible observar sin telescopio los astros celestes, o las bacterias sin microscopio, también es necesario examinar la vida social a través de los lentes de la teoría. Pero sabía, en un orden diferente, examinar la teoría a través de los fragmentos de la realidad. Sabía observar, interrogar, escuchar, espiar la vida y a las personas. Y este trabajo complicado lo realizaba tan naturalmente como respiraba. Quizás, no del todo conscientemente todavía, se preparaba para convertirse no en un teórico ni en un escritor, sino en un jefe.

Desde los tiempos de Kazán, pasaba por la escuela de los revolucionarios de la generación precedente o de viejos deportados, vigilados por la policía. Entre ellos, había muchos de espíritu simple, que se habían detenido en su desarrollo y que razonaban con ingenuidad. Pero habían visto, oído y vivido lo que la nueva generación no conocía y esto los tornaba, en su tipo, representativos. La jacobina Iasneva, nueve años mayor que Vladimir, escribe: «Me asombraba, recuerdo, la atención y la seriedad con que escuchaba Vladimir Ilich los recuerdos ingenuos, a veces curiosos, de V. I. Witten», vieja militante de la Narodnaia Volia, esposa de Livanov. Otros, permaneciendo en la superficie, sólo distinguían las curiosidades, pero Vladimir separaba las cáscaras y recogía las almendras. Era como si hubiese sostenido simultáneamente dos conversaciones: una abiertamente, que no dependía sólo de él, sino también del interlocutor, y en la que entraba necesariamente mucho de superfluo; y la otra oculta, mucho más importante, de la que sólo él tenía la dirección. Y las pupilas de sus ojos achinados despedían chispas, reflejos de una y otra conversación.

Como si quisiera contradecir a Iasneva, Semenov relata que «Vladimir Dich era conocido de los Livanov, pero no frecuentaba sus reuniones y escuchaba con mucha atención lo que nosotros le contábamos de las quejas de los viejos». La aparente contradicción se explica por el hecho de que el relato de Semenov se refiere a un período ulterior, más o menos un año después. Vladimir visitó a los viejos mientras tuvo algo que aprender de ellos. Discutir sin objeto, rumiando siempre los mismos argumentos e irritándose, no era propio de su carácter. Habiendo comprendido que el capítulo de las relaciones personales estaba terminado, le puso punto final con

firmeza Para actuar así hacía falta tener el dominio de sí mismo, mucho dominio; en verdad, no era esto lo que le faltaba a Vladimir. Pero aunque hubiese dejado de frecuentar a los Livanov, no se desinteresaba de lo que pasaba en el campo opuesto: la guerra exige exploradores de avanzada y Vladimir ya hacía la guerra a los populistas. Escuchaba con gran atención los relatos, más exactamente los informes de aquellos de sus partidarios que eran menos económicos con su tiempo. El joven de veintidós años nos muestra ya aquí, en la esfera de las relaciones personales, esos rasgos de sutileza en la maniobra que vuelven a encontrarse posteriormente en toda su vida política. No menos característico de la fisonomía espiritual del joven Lenin es su vasto campo de observación. Los intelectuales radicales, en su abrumadora mayoría, vivían la vida de los círculos, fuera de los cuales comenzaba un mundo extraño para ellos. Vladimir no tenía anteojeras. Sus intereses se distinguían por una extrema diversidad, conservando al mismo tiempo la facultad de la más alta concentración. Estudiaba la realidad allí donde la encontraba. Ahora sacaba su atención de los populistas para dirigirla hacia el pueblo. La provincia de Samara era totalmente campesina. Los Ulianov pasaron cinco veranos en Alakaievka. Vladimir no habría comenzado por la propaganda entre los campesinos aun si su situación de vigilado no lo hubiese paralizado en un rincón perdido de la estepa. Con tanta mayor atención, pues, observaba la aldea, verificando los cálculos de la teoría sobre la materia viva.

Sus relaciones personales con los mujiks, después de la breve experiencia de la explotación agrícola, fueron, a decir verdad, episódicas e insuficientes; pero él sabía encaminar la atención de sus amigos por el lado que necesitaba y utilizar las observaciones de los otros. Uno de sus íntimos, Skliarenko, era escribano en el juzgado de paz de Samoïlov, que, hasta la instauración del cargo de jefes de zemstvos, estaba completamente sumergido en los procesos de los mujiks. Elisarov era oriundo de los campesinos de Samara y mantenía relaciones con la gente de su aldea. Someter a Skliarenko a un interrogatorio, hacer hablar al mismo juez, ir con su cuñado a Betusjevka, región natal de éste y conversar durante horas con un kulak astuto y presuntuoso, el hermano mayor de Elisarov: ¡qué inagotable manual de economía política y de psicología social! Vladimir atrapaba al vuelo una humorada, presionaba insidiosamente al narrador, escuchaba con inteligencia, fijaba sobre él sus ojos chispeantes, reía, a veces a carcajadas, como su padre, echando el cuerpo hacia atrás. El kulak se sentía halagado de conversar con una persona instruida, con un joven abogado, con el hijo de Su Excelencia, aunque no siempre supiese con claridad, admitámoslo, de qué se reía este jovial conversador mientras tomaba una taza de té bien caliente.

Evidentemente, Vladimir había heredado de su padre la facultad de alternar fácilmente con gentes de diversas categorías sociales, de diferentes niveles. Sin enojarse, sin violentarse, a menudo sin propósito preconcebido, sabía, en virtud de una irrefrenable curiosidad y de una intuición casi infalible, sacar de todo interlocutor

eventual aquello que necesitaba. Por eso escuchaba tan alegremente donde otros se aburrían y nadie a su alrededor adivinaba que bajo su charla ligera se ocultaba un gran trabajo subconsciente: las impresiones eran recogidas y seleccionadas, los casilleros de la memoria se llenaban con un inestimable material de hechos, los pequeños hechos servían para verificar las grandes generalizaciones. Así desaparecían los tabiques entre los libros y la vida y Vladimir, ya por ese tiempo, comenzaba a servirse del marxismo como el carpintero se sirve de la sierra y del hacha.

LENIN

PREFACIO^[1]

Este libro no está terminado, en los dos sentidos de esta palabra. En primer lugar, sería absolutamente inútil buscar en él una biografía, o un estudio del carácter de Lenin, ni una exposición detallada y completa de sus opiniones o métodos de acción. Este ensayo ofrece sólo bocetos, fragmentos, esquemas para un futuro trabajo, que será quizá también del autor de estas líneas. Este método de esbozos es sin embargo inevitable e indispensable. Frente a las biografías populares y los estudios de conjunto del carácter de Lenin, se ha vuelto necesario desde ahora fijar con más detalles y más cuidado algunos episodios, rasgos de la vida y de la personalidad de Lenin tal como han pasado frente a nuestros ojos.

La parte más importante del libro consiste en los recuerdos del autor sobre dos períodos separados por un intervalo de quince años: el último semestre de *Iskra* (La Chispa)^[2] y el año decisivo de la Revolución de Octubre —desde mediados de 1917 hasta el otoño de 1918.

Pero este libro no está terminado en otro sentido más estrecho: porque espero que las circunstancias me permitan trabajar más aún en él, aportar correcciones y precisiones, enriqueciéndolo con nuevos episodios y capítulos. Una enfermedad^[3], y la suspensión de actividades prácticas que ella me impuso por un tiempo, me permitieron reconstituir en mi memoria muchas de las cosas que se narran en este libro. Al releer los primeros bosquejos, yo continuaba desenrollando la pelota de los recuerdos y acordándome de hechos significativos al menos en lo que se refiere a la vida de Lenin o que han estado relacionados con su carácter. Pero este método tiene la desventaja de hacer infinita la obra. Por ello me decidí en determinado momento a dar por concluido mi manuscrito y a publicar la primera parte. Me reservo, como ya dije, el derecho de trabajar aún más sobre este libro. No necesito agregar cuán agradecido estaré a todos quienes me procuren materiales relativos a los hechos y episodios de la época, ya se trate de correcciones a mi trabajo o que reaviven tales o cuales recuerdos.

Por otra parte, no hace falta señalar que he omitido deliberadamente cierto número de circunstancias demasiado ligadas con las discusiones actuales.

A las dos partes principales del libro —las que revisten forma de memorias— añadido los artículos y discursos, o fragmentos de discursos, en los que intenté caracterizar a Lenin^[4].

Trabajé sobre mis propios recuerdos, sin recurrir a documentos de la época. Ello me pareció mejor ya que mi objetivo no era presentar un estudio histórico completo sobre un período determinado de la vida de Lenin, sino sólo ofrecer un material de primera mano, lo que precisamente yo podía dar de mí mismo, de mi propia memoria.

Cuando terminé de redactar mi trabajo, releí el volumen XIV de las *Obras* de Lenin y el librito del compañero Ovsjannikov acerca de la paz de Brest-Litovsk^[5]. Añadí entonces a mi obra algunos esbozos —muy pocos— complementarios.

León Trotsky

PD: Al releer lo escrito hallo que en mis memorias llamo a Leningrado, Petrogrado o Petersburgo, mientras otros camaradas llaman al Petrogrado de ayer, Leningrado. Me parece un error. ¿Puede decirse, por ejemplo: Lenin estuvo prisionero en Leningrado? Está claro que eso es imposible. Mucho menos se puede decir: Pedro I fundó Leningrado. Quizá dentro de años o décadas el nuevo nombre de la ciudad, como todos los nombres en general, pierda su actual significado histórico. Pero hoy sentimos muy clara y vivamente que Petrogrado se llama Leningrado sólo desde el 21 de enero de 1924 y que eso era imposible antes de esa fecha. Por ello en estas memorias conservo, al referirme a Leningrado, el nombre con que se la conocía cuando ocurrieron los acontecimientos.

21 de abril de 1924

PRIMERA PARTE

LENIN Y LA VIEJA *ISKRA*

«*La escisión de 1903 fue, casi, una anticipación...*»

Lenin en un discurso en 1910

El período de la vieja *Iskra* (1900 a 1903) tendrá sin duda un interés psicológico excepcional para el futuro biógrafo de Lenin; pero presentará a la vez grandes dificultades porque en ese breve lapso Lenin llegó a ser, precisamente, Lenin. Esto no quiero decir que luego dejará de crecer. Lo hizo por el contrario —¡y en qué proporciones!—, antes y después de Octubre. Pero es, de allí en adelante, un crecimiento más orgánico. El salto de la conspiración política al poder el 25 de octubre de 1917 fue inmenso; pero significó el salto material, externo por así decirlo, de un hombre que había pesado y medido todo lo que un hombre puede pesar y medir. En el período anterior a la ruptura del II Congreso^[6] se produce en cambio un salto interior, imperceptible para los extraños, pero mucho más decisivo.

Estas memorias ofrecen al futuro biógrafo, material acerca de este período extraordinariamente notable y significativo del desarrollo mental de Vladimir Ilich. Desde entonces hasta el momento en que escribo estas líneas han transcurrido más de dos décadas, ¡y qué décadas!, que gravitan inusitadamente en la memoria de la humanidad. Se podrá tener una natural aprehensión: ¿en qué medida este relato reproducirá exactamente lo que ha pasado? No he dejado de tener el mismo temor, que durará mientras trabaje en este libro, sabiendo que ya existen muchos recuerdos incoherentes y testimonios inexactos. Mientras escribía este esbozo no tenía a mano documentos, notas ni material de ninguna clase. Fue, creo, una ventaja. Tuve que apoyarme únicamente en mi memoria y espero que mi trabajo espontáneo, en tales condiciones, haya estado mejor protegido contra los involuntarios retoques retrospectivos, tan difíciles de eludir incluso cuando se ejerce sobre uno mismo una crítica tan rigurosa. Además, la tarea del futuro investigador resultará fácil cuando utilice este libro luego de haber tenido a mano los documentos y todo el material relacionado con este período.

En algunos pasajes presento las conversaciones y discusiones del momento en forma dialogada. No necesito agregar que después de más de dos décadas me resulta difícil reproducir con exactitud los diálogos. Pero en las cuestiones de fondo, creo, mi

pluma es fiel y, en algunas expresiones más intensas, la reproducción es literal.

Como se trata de material para una vida de Lenin, y reviste por tanto extraordinaria importancia, me permitiré decir algunas palabras acerca de ciertas peculiaridades de mi memoria. Ella es malísima para recordar ciudades y hasta casas. En Londres por ejemplo, más de una vez me perdí por las calles en el corto trayecto que debía seguir de la casa de Lenin a la mía. Durante mucho tiempo tuve una memoria pésima para las fisonomías, pero en esto he hecho grandes progresos. En cambio solía tener, y tengo aún hoy, una excelente memoria para las ideas y su combinación y para las conversaciones sobre temas ideológicos. A menudo pude comprobar que esta opinión no es subjetiva: otras personas que han oído las mismas conversaciones que yo, las repiten casi siempre con menor exactitud y hallan muy precisas mis correcciones. Además, cuando fui a Londres era un joven provinciano que deseaba mucho conocer y comprenderlo todo lo más rápido posible. Esto contribuye a explicar que las conversaciones con Lenin y los otros miembros de la redacción de *Iskra* se hayan grabado fuertemente en mi memoria. Son éstas las consideraciones que el biógrafo no puede soslayar al estimar el valor histórico de las memorias que aquí siguen.

Llegué a Londres el otoño de 1902. Sería el mes de octubre y muy temprano a la mañana. Gesticulando, logré hacerme entender por un cochero y el coche me condujo a una dirección que tenía escrita en un trozo de papel: era mi destino, la casa de Vladimir Ilich. Antes de ir a Londres (quizá en Zurich) me habían informado que debía golpear un cierto número de veces con el anillo de la puerta. Si no recuerdo mal, fue Nadejda Konstantinovna [Krupskaia] quien me abrió; debe haber saltado de la cama, supongo, por el ruido que hice. Era muy temprano y cualquier hombre más experimentado, más acostumbrado a los buenos hábitos de la civilización, hubiera esperado tranquilamente en la estación un par de horas antes de golpear la puerta, se podría decir a la madrugada, en una casa desconocida. Pero yo me encontraba aún bajo la impresión de mi fuga de Verjolensk^[7]. De la misma forma, o casi, había invadido el departamento de Axelrod en Zurich, sólo que no al alba sino a la medianoche.

Vladimir Ilich se hallaba aún en la cama y, en su cara, la amabilidad se matizaba con una justificada sorpresa. En estas condiciones se realizó nuestro primer encuentro y nuestra primera conversación. Vladimir Ilich y Nadejda Konstantinovna ya tenían noticia de mí por una carta de Clara (M. G. Krjijanovsky), quien me había introducido oficialmente en Samara a la organización de *Iskra* bajo el nombre de «Pero» (la Pluma). Por eso Nadejda Konstantinovna me recibió así: «Ha llegado 'Pero'...»

Creo recordar que me dieron el té en la cocina. Mientras, Lenin se vestía. Les expliqué mi fuga y me quejé del mal funcionamiento de la organización fronteriza de *Iskra*: estaba en manos de un estudiante de «gimnasio» socialrevolucionario, que no tenía grandes simpatías por la gente de *Iskra* desde que sostuvo con ella una dura

polémica; además los contrabandistas me habían robado sin compasión, aumentándose todas las tarifas y tasas. Entregué a Nadejda Konstantinovna un conjunto bastante modesto de direcciones y lugares de citas, o para ser más exacto, de informaciones sobre la necesidad de suprimir algunas direcciones que no tenían ningún valor. Por orden del grupo de Samara (Clara y otros) había visitado Karkov, Poltava y Kiev, y en casi todas partes, o en todo caso en Karkov y Poltava, pude darme cuenta del estado defectuoso de las relaciones entre las organizaciones.

No recuerdo si fue esa mañana o al día siguiente cuando di un prolongado paseo por Londres en compañía de Vladimir Ilich. Me mostró la abadía de Westminster (por fuera) y otros edificios famosos. No recuerdo lo que dijo, pero puso en su frase este matiz: «Éste es *su* famoso Westminster». Este «su» no aludía a los ingleses, sino al enemigo. Este matiz no era enfatizado, sino profundamente orgánico, expresado sobre todo por el timbre de la voz, se encontraba siempre en Lenin cuando hablaba de valores culturales o de nuevas conquistas, se tratase del edificio del Museo Británico, de la riqueza informativa del *Times* o, unos años más tarde, de la artillería alemana o la aviación francesa: *ellos* saben, *ellos* poseen, o *ellos*, han hecho o *ellos* han obtenido, ¡pero siempre como enemigos! Una sombra imperceptible, la de la clase de los explotadores, parecía proyectarse frente a sus ojos sobre toda la cultura humana y esta sombra la sentía tan evidente como la luz del día.

No recuerdo haber prestado entonces mucha atención a la arquitectura de Londres. Saltando bruscamente de Verjolensk al extranjero, donde me encontraba además por primera vez, sólo tomaba de Viena, París y Londres unas primeras impresiones muy sumarias, sin dar importancia a «detalles» como Westminster. Como es obvio, por otra parte, Vladimir Ilich no me había invitado a pasear para esto. Se proponía conocerme y examinarme.

El examen abarcó, en verdad, todos «los puntos de la asignatura». Contestando a sus preguntas, le respondí describiendo la composición del contingente exiliado sobre el [río] Lena^[8] y las agrupaciones internas que allí se delineaban. La gran línea divisoria entre las tendencias se definía entonces alrededor de las opiniones que se tenía sobre la lucha política activa, el centralismo de la organización y el terror.

—Bien, ¿pero hay divergencias teóricas con relación a la doctrina de Bernstein^[9]?
—me preguntó Vladimir Ilich.

Le dije que habíamos leído el libro de Bernstein y la réplica de Kautsky^[10] en la prisión de Moscú y luego en el destierro. Entre nosotros, ningún marxista levantaba su voz a favor de Bernstein. Considerábamos axiomático, por así decirlo, que Kautsky tenía razón. Pero no vinculábamos los debates teóricos que se realizaban entonces a nivel internacional con nuestras propias discusiones sobre organización política; nunca habíamos pensado en ello, al menos hasta que en el Lena aparecieron los primeros números de *Iskra* y el folleto de Lenin *¿Qué hacer?*

Le dije, sin embargo, que habíamos leído con gran interés los folletos filosóficos de Bogdanov^[11]; Vladimir Ilich me respondió, recuerdo muy claramente el sentido de

su observación, que el folleto sobre el punto de vista histórico en la contemplación de la naturaleza le parecía también muy valioso, pero que Plejanov no lo aprobaba sosteniendo que no era materialista. Vladimir Ilich no tenía entonces opinión propia sobre esto; repetía sólo el juicio de Plejanov como reconocimiento de su autoridad filosófica pero también con inseguridad. Las opiniones de Plejanov también me sorprendieron mucho.

Le hice preguntas a Lenin sobre las cuestiones económicas. Le dije cómo en la prisión de traslado de los deportados, en Moscú, habíamos estudiado en grupo su libro *El desarrollo del capitalismo en Rusia* y que en Siberia, habíamos trabajado con *El Capital*, pero que nos habíamos quedado detenidos en el Tomo II. Recordé la enorme cantidad de datos estadísticos reunidos en *El desarrollo del capitalismo*.

—En la prisión de Moscú, hemos hablado más de una vez con admiración de este trabajo gigantesco.

—Sí, ciertamente, no es una obra hecha en un instante —respondió Lenin.

Le complacía, evidentemente, que los jóvenes camaradas estudiaran con cuidado su obra económica más importante.

Luego hablamos de la «doctrina» de Mijaisky, de la impresión que había producido entre los deportados, en aquéllos más o menos numerosos que ella había podido seducir. Le conté que el primer cuaderno mimeografiado de Mijaisky nos había llegado «de un alto lugar» del Lena, y que nos había causado una fuerte impresión a la mayoría de nosotros por su crítica violenta al oportunismo socialdemócrata; en este sentido se hallaba en consonancia con la marcha de nuestros propios pensamientos, determinada por la polémica entre Kautsky y Bernstein. El segundo cuaderno, en el que Mijaisky «desenmascaraba» las fórmulas marxistas sobre la producción presentándolas como una justificación teórica de la explotación del proletariado realizada por los intelectuales, nos había indignado y desconcertado. Finalmente, el tercer cuaderno —que recibimos más tarde—, con su programa positivo en el cual las supervivencias del «economicismo» se conciliaban con un embrión de sindicalismo, nos provocó la sensación de una absoluta inconsistencia.

Cuando comenzamos a hablar sobre mi futuro trabajo, la conversación se limitó a generalidades. Yo quería, ante todo, familiarizarme con lo que se había publicado recientemente y luego pensaba volver clandestinamente a Rusia. Se decidió que comenzara por «situarme» un poco.

Nadejda Konstantinovna me halló hospedaje en la casa donde vivían Zasulich, Martov y Blumenfeld, quien dirigía la impresión de *Iskra*. Se me cedió una habitación vacía. El tipo de casa era el habitual en Inglaterra: no se extendía horizontalmente sino en sentido vertical; en el piso inferior vivían los propietarios y en los superiores los inquilinos. Quedaba aún una habitación libre que servía de sala común, a la que Plejanov después de su primera visita bautizó como «la guarida». En este bazar, en parte por culpa de Vera Ivanovna Zasulich, pero también con la complicidad de Martov, reinaba un gran desorden. Allí tomábamos el café,

sosteníamos largas pláticas, fumábamos, etcétera. De ahí el sobrenombre de este antro.

Así empezó el breve período de mi vida que pasé en Londres. Devoraba con avidez los últimos números de *Iskra* y los folletos de *Zariá*^[12]. Por entonces comencé también mi colaboración con *Iskra*.

Escribí una nota acerca del 200 aniversario de la fortaleza de Schlüsselburg, mi primer trabajo para *Iskra*. Terminaba mi artículo con palabras de Homero o, más exactamente, con palabras de su traductor, Gnedich. Aludía a las «manos invencibles» que la revolución pondría sobre el zarismo (en camino hacia Siberia, en el vagón, había devorado *La Ilíada*). A Lenin le gustó el artículo, pero el tema de las «manos invencibles» le suscitó una justificada duda, que me expresó con una sonrisa bondadosa «Pero lo he sacado de un verso de Homero», le dije para justificarme, aunque aceptando gustoso que la cita clásica no era indispensable. Ahora se podrá hallar el artículo en *Iskra*, pero sin las «manos invencibles».

Fue entonces que hice mis primeras conferencias en White-Chapel, donde «me medí» con el viejo Chaikovsky (ya era un viejo) y con el anarquista Cherkesov, que tampoco era joven.

Como resultado, sinceramente me extrañó mucho que aquellos famosos emigrados de barba gris pudiesen decir groserías tan grandes... Nuestro contacto con White-Chapel estaba asegurado por el viejo «londinense», Alexiev, un emigrado marxista que estaba relacionado con la redacción de *Iskra*. Fue quien me inició en la vida inglesa y, en general, la fuente de todo tipo de nociones y conocimientos. Recuerdo que después de una conversación detallada con él acerca de la manera de ir a White-Chapel y volver, hablé a Vladimir Ilich sobre dos de las opiniones de Alexiev, que se referían a la caída del régimen político en Rusia y al último folleto de Kautsky. El cambio de régimen, decía Alexiev, se debía producir no gradualmente sino con un extremo salvajismo, debido a la rigidez de la autocracia. La palabra rigidez se grabó fuertemente en mi memoria.

—Está bien, quizá tenga razón —dijo Lenin después de escuchar mi relato.

La segunda opinión de Alexiev se refería al folleto de Kautsky, *El día siguiente de la revolución social*. Sabía que a Lenin le interesaba mucho ese opúsculo; que, según me había dicho, leyó dos veces y lo releía una tercera; hasta creo que editó la traducción rusa. Por recomendación de Vladimir Ilich yo acababa de estudiar cuidadosamente el folleto. Alexiev lo hallaba oportunista.

—Im-bé-cil —dijo Lenin súbitamente, haciendo una mueca como cuando estaba descontento.

Alexiev, en cambio, sentía por Lenin gran respeto.

—Creo —decía—, que para la revolución Lenin es más importante que Plejanov.

Naturalmente, no dije nada de esto a Lenin, pero sí se lo comuniqué a Martov, quien no me contestó una palabra.

La redacción de *Iskra* y *Zariá* constaba de seis personas: tres de los «viejos» —

Plejanov, Zasulich y Axelrod— y tres jóvenes —Lenin, Martov y Potresov^[13]—. Plejanov y Axelrod vivían en Suiza; Zasulich, en Londres, con los jóvenes. Potresov se hallaba entonces en algún lugar del continente. Esta dispersión de los colaboradores traía algunos inconvenientes, pero no parecía que éstos molestaran a Lenin; todo lo contrario. Antes de dejarme volver a cruzar el canal de la Mancha hacia el continente, me inició prudentemente en las relaciones íntimas de la redacción y me dijo que Plejanov reclamaba el traslado de todo el cuerpo de redacción a Suiza, pero que él, Lenin, se oponía porque significaría poner dificultades aún mayores al trabajo. Entonces supe por primera vez, o más bien adiviné por pequeños indicios, que la residencia de la redacción en Londres se debía explicar por consideraciones en las que la policía sin duda jugaba su rol, pero donde la influencia sobre los redactores también tenía su importancia.

En el trabajo cotidiano de organización política, Lenin necesitaba actuar con la mayor independencia posible con respecto a los «viejos», en primer lugar de Plejanov, con quien había tenido violentas discusiones, principalmente en la elaboración de un proyecto de programa del partido. Zasulich y Martov asumían en estos casos el papel de mediadores: Zasulich jugaba en estos duelos una suerte de rol de testigo de Plejanov, Martov hacía lo mismo con respecto a Lenin. Los dos intermediarios estaban dispuestos a obtener una conciliación y, por otro lado, eran muy amigos. Gradualmente fui enterándome de las muy serias diferencias que se produjeron entre Lenin y Plejanov sobre la parte teórica del programa. Recuerdo que Vladimir Ilich me preguntó qué pensaba del programa que acababa de aparecer (en el número 25 de *Iskra*, si no recuerdo mal).

Pero yo había asimilado sólo las grandes líneas del programa, y por ello, era incapaz de dar una opinión sobre la cuestión interna que le interesaba a Lenin. Los disensos tenían como base la necesidad, según Lenin, de definir más clara y categóricamente las tendencias principales del capitalismo, la concentración de la producción, la decadencia de las clases medias, la diferenciación de clase, etc.; sobre estas cuestiones, Plejanov pedía una mayor prudencia y moderación.

En el programa, como se sabe, abundan las palabras «más o menos» provenientes de Plejanov. Hasta donde recuerdo, según nos contaron Martov y Zasulich, el proyecto original de Lenin, opuesto al de Plejanov, encontró una crítica durísima por parte del último, que adoptó aquel tono irónico y altivo que caracterizaba en tales casos a George Valentinovich. Pero no era así, ciertamente, como se podía intimidar ni desmoralizar a Lenin. El conflicto asumió un carácter completamente dramático.

Vera Ivanovna —me lo contó ella— dijo a Lenin: «Georges (Plejanov) es un galgo. Muerde bien su presa pero al final siempre la suelta; pero tú eres un bulldog: cuando muerdes, no la sueltas más».

Recuerdo esta frase muy exactamente, así como también la observación de Zasulich.

—Lenin estaba muy contento con esta comparación. «¿Yo muerdo y no suelto

más la presa?»... «¿Es así?» —preguntaba con satisfacción.

Y Vera Ivanovna imitaba la entonación con una natural ironía.

Durante mi estadía en Londres, Plejanov estuvo allí por algunos días. Lo vi entonces por primera vez. Vino a nuestro hospedaje y estuvo en «la guarida», pero yo no estaba en casa.

—Ha llegado Georges —dijo Vera Ivanovna. Quiere verte. Ve a dónde se encuentra

—¿De qué Georges se trata? —pregunté con sorpresa, pensando que se trataba de un personaje famoso que yo desconocía.

—Plejanov... le llamamos Georges.

Fui a verlo aquella tarde. En la pequeña habitación, junto a Plejanov, estaban el socialdemócrata alemán Beer, escritor bastante conocido, y el inglés Askew. Como no había más sillas no sabía dónde sentarme; Plejanov me propuso —no sin antes dudar un poco— que me sentara en la cama. Para mí era completamente natural, aunque no viniendo de un europeo hasta la punta de las uñas, como Plejanov, quien sólo podía tomar una medida tan excepcional en caso de extrema necesidad. La conversación se realizaba en alemán, que Plejanov conocía escasamente, limitándose a emitir algunos monosílabos. Beer habló primero sobre cómo había llegado la burguesía inglesa a seducir a los obreros más destacados; luego se habló sobre los predecesores ingleses del materialismo francés. Beer y Askew se fueron pronto. George Valentinovich esperaba, y con razón, porque era tarde, que yo me fuera con ellos a fin de no molestar a los propietarios con nuestra conversación. Pero yo, al contrario, opinaba que sólo entonces comenzaría la verdadera conversación.

—Beer ha dicho algunas cosas muy interesantes —dije yo.

—Sí, todo lo que dijo acerca de la política inglesa es interesante, pero lo de la filosofía es una tontería —respondió Plejanov.

Cuando vio que no estaba dispuesto a marcharme, propuso que fuéramos a tomar una cerveza en un establecimiento cercano. Me hizo algunas preguntas sin importancia, fue amable, pero en esta amabilidad había algo de oculta impaciencia. Sentí que su atención era dispersa. Quizá estaba simplemente fatigado por su jornada del día, pero me separé de él insatisfecho y con un sentimiento de amargura.

Durante este período en Londres, como en Ginebra después, encontré a Zasluch y a Martov con mayor frecuencia que a Lenin. En Londres vivía en la misma casa que ellos, y en Ginebra, generalmente desayunábamos y cenábamos en el mismo restaurante, por lo que los encontraba varias veces al día, mientras que cada encuentro con Lenin, que vivía con su familia, por fuera de las reuniones oficiales era un pequeño acontecimiento.

Zasluch era una persona singular y singularmente seductora. Escribía muy despacio, padeciendo verdaderamente todos los tormentos de la creación literaria.

—Lo que hace Vera Ivanovna no es una composición, es un mosaico —me decía entonces Vladimir Ilich.

Y en efecto, extendía su texto sobre el papel frase por frase, iba y venía durante mucho tiempo por la sala, patinando y golpeando el suelo con sus pantuflas, fumaba sin cesar cigarrillos que ella misma había hecho, tirando las colillas a medio fumar en todas esquinas, sobre los apoyos de las ventanas, sobre las mesas, esparciendo la ceniza por su vestido, sobre sus manos, los manuscritos, en su taza de té y, si la ocasión se presentaba, sobre su interlocutor. Era y fue hasta el final una vieja intelectual radical a quien la suerte le había infligido una inyección de marxismo. Los artículos de Zasluch revelaban que había asimilado admirablemente los elementos teóricos de Marx. Pero, al mismo tiempo, hasta su muerte permaneció intacta la base política y moral que habían hecho de ella una radical rusa de los años 1870-71. En conversaciones íntimas se permitía mostrar su descontento contra algunos procedimientos o deducciones del marxismo. La palabra «revolucionario» revestía para ella un significado particular, independiente de la conciencia de clase. Recuerdo una conversación con ella acerca de su *Revolucionarios en medios burgueses*. Yo utilicé la expresión «revolucionarios burgueses-demócratas».

—Pero no —interrumpió Vera Ivanovna, con un atisbo de amargura, o más exactamente de tristeza—. No burgueses ni proletarios, sino simplemente revolucionarios. Naturalmente, se puede decir los revolucionarios pequeñoburgueses —añadió— si hace entrar en la pequeñoburguesía todo lo que no se pueda hacer entrar en otra parte...

El punto de convergencia ideológico de la socialdemocracia era entonces Alemania y nosotros seguíamos con suma atención la lucha de los ortodoxos contra los revisionistas en la socialdemocracia alemana. Pero Vera Ivanovna sólo pensaba lo que ella quería y decía de golpe:

—¡Siempre lo mismo! Ellos acabarán con el revisionismo, restablecerán a Marx, obtendrán la mayoría y, sin embargo, vivirán con su Kaiser.

—¿Quiénes son «ellos», Vera Ivanovna?

—Los socialdemócratas alemanes.

En este punto, además, Vera Ivanovna no se engañaba tanto como pudo parecer en ese momento, aunque los acontecimientos tomaron un curso distinto y por diversas razones de las que ella creía...

Zasluch miraba con escepticismo el programa de la división de la tierra; no lo rechazaba formalmente, pero se burlaba amistosamente de él.

Recuerdo una anécdota sobre este particular. Poco antes del Congreso, Constantin Constantinovich Bauer vino a Ginebra. Uno de los viejos marxistas, era por otro lado un hombre poco equilibrado; fue amigo de Struve^[14] durante un tiempo, pero en esta época dudaba entre el grupo de la *Iskra* y *Osvobojdenie* (Emancipación del Trabajo). En Ginebra comenzó a inclinarse hacia *Iskra*, pero no admitía el reparto de la tierra. Fue a ver a Lenin, a quien probablemente conocía del pasado. Regresó de verlo sin haberse convencido, sin duda porque Vladimir Ilich, que conocía su naturaleza de Hamlet, no se había tomado la molestia de convencerlo. Yo había conocido a Bauer

durante la deportación: tuve con él una larga conversación acerca del infortunado reparto de la tierra. Con el sudor de mi frente, le expuse todos los argumentos que había reunido en seis meses de interminables debates con los socialrevolucionarios y, en general, con todos los adversarios del programa agrario de *Iskra*. Y entonces, en la tarde de aquel mismo día, Martov (recuerdo que fue él) nos dijo en una reunión de la redacción a la cual asistí, que Bauer lo había visitado y que, finalmente, se había declarado partidario de *Iskra*. Trotsky, se suponía, había disipado todas sus dudas.

—¿Acerca del reparto también? —preguntó Zaslulich, casi asustada.

—Sí, especialmente acerca del reparto.

—¡El po-o-o-bre hombre! —exclamó Vera Ivanovna, con una expresión tan inimitable, que todos nos reímos amistosamente.

Lenin me dijo un día: «En Vera Ivanovna muchas cosas reposan sobre la moral y los sentimientos».

Y me contó cómo ella y Martov se habían inclinado por el terror individual, cuando Val, el gobernador de Vilna, apaleó a los trabajadores que habían tomado parte en una manifestación. Las huellas de esta «desviación» temporal, como le diríamos hoy, pueden encontrarse en uno de los números de *Iskra*.

Creo que la cosa sucedió así: Martov y Zaslulich publicaron el número en cuestión sin la ayuda de Lenin, que se encontraba en el continente. Las noticias de los apaleamientos de Vilna llegaron a Londres a través de un telegrama. En Vera Ivanovna esta noticia despertó la heroína radical que disparara contra Trepov por los castigos que éste les imponía a los presos políticos. Martov la apoyaba en esta ocasión... Cuando recibió el último número de *Iskra*, Lenin se indignó:

—¡Es el primer paso hacia la capitulación frente al socialismo revolucionario! —vociferó.

Al mismo tiempo llegó una carta de protesta de Plejanov. Este episodio había ocurrido antes de mi llegada a Londres y por esto mi descripción puede contener algunas pequeñas inexactitudes en cuanto al curso de los acontecimientos; pero recuerdo muy bien lo esencial del incidente.

—Naturalmente —me decía Vera Ivanovna a manera de explicación—, aquí no se trata del terror como sistema, pero creo que a través del terror se puede hacer aprender a estas personas a no castigar...

Zaslulich no podía sostener nunca verdaderas discusiones; menos sabía aún hablar en público. Nunca contestaba directamente a los argumentos de su interlocutor, sino que reflexionaba sobre ellos hasta que, luego, bruscamente, se exaltaba y lanzaba rápido, rápido hasta atragantarse, una serie de frases, que no iban dirigidas a quien esperaba la respuesta sino al que ella creía capaz de comprenderla.

Si los debates seguían el procedimiento regular, bajo la dirección de un presidente, Vera Ivanovna no se inscribía nunca en la lista de oradores, porque para decir algo necesitaba estar exaltada. Pero en el caso que esto se diera, ella hablaba igual, sin tener en cuenta la lista de oradores, formalidad que despreciaba

absolutamente, e interrumpía siempre tanto al orador como al presidente para decir hasta el final lo que quería decir. Para comprenderla era necesario seguir exactamente la trayectoria de su pensamiento. Y sus pensamientos —equivocados o justos— eran siempre interesantes y exclusivamente suyos. No es difícil imaginar qué contraste formaba Vera Ivanovna, con su radicalismo indefinido y su subjetivismo, con todo su desorden, al lado de Vladimir Ilich. No solamente no había simpatía entre ellos, sino que ambos tenían el sentimiento de una profunda incompatibilidad orgánica. Sin embargo Zaslulich, una fina psicóloga, sentía la fuerza de Lenin, no sin un dejo de amargura, desde esta época; es lo que expresaba en su frase: «él muerde y no suelta más la presa».

La complejidad de las relaciones que existían entre los miembros de la redacción poco a poco se me aclaraba, y no sin cierta dificultad. Como ya dije, desembarqué en Londres con la ingenuidad de un provinciano, en todos los sentidos de la palabra. No sólo no había salido antes de Rusia, sino que ¡ni siquiera había estado en San Petersburgo! De Moscú y de Kiev sólo conocía la prisión de traslado. Sólo conocía a los escritores marxistas por sus artículos. En Siberia había leído algunos números de *Iskra* y el *¿Qué hacer?* de Lenin. Alguien me había hablado al pasar de Ilich, el autor de *El desarrollo del capitalismo*, en la prisión de Moscú (creo que fue Vanovsky), presentándolo como la estrella naciente de la socialdemocracia. Conocía un poco sobre Martov, nada sobre Potresov. En Londres estudié con obstinación *Iskra* y *Zariá*, y en general nuestras publicaciones en el exterior; así, me precipité sobre uno de los números de *Zariá* donde se encontraba un brillante artículo dirigido contra Propokovich acerca del rol y significado de los sindicatos.

—¿Quién es ese Molotov? —pregunté a Martov.

—Es Parvus^[15].

Pero no sabía nada tampoco sobre Parvus. Consideraba *Iskra* como una unidad y durante aquellos meses, la idea de buscar en el periódico o en su redacción, tendencias diferentes, matices, influencias, etc., aún me resultaba extraña e incluso podría decir, internamente desagradable.

Recuerdo haber observado que muchos editoriales y folletines de *Iskra*, aunque no salían firmados, eran redactados por alguien que hablaba de sí mismo en primera persona: «En tal número, he dicho...», «Yo ya había escrito sobre este tema», etcétera. Pregunté quién escribía aquellos artículos. Todos eran obra de Lenin. Hablando con él le hice la observación que en mi opinión, desde el punto de vista literario, no era muy oportuno expresarse en primera persona en los artículos sin firma.

—¿Por qué a Ud. esto le parece inoportuno? —preguntó con interés, creyendo que mi reparo tenía un fundamento concreto y no expresaba sólo una opinión personal.

—Pues, porque me parece así —contesté vagamente, porque no tenía ninguna idea clara acerca de ello.

—Yo no opino lo mismo —dijo Lenin, y sonrió enigmáticamente.

En aquel entonces, este procedimiento literario podía parecer teñido de un cierto «egocentrismo». En realidad, dando a sus artículos, aunque no fuesen firmados, un carácter singular, Lenin se aseguraba una garantía para su línea doctrinaria, pues no estaba muy seguro de la de sus colaboradores más próximos. Aquí ya vemos, en pequeña escala, esa tensión obstinada hacia el objetivo, persistente, perseverante, independiente de todas las convenciones, indiferente hacia las formalidades; ésta era la característica esencial de Lenin como jefe.

Lenin era el director político de *Iskra*, pero, como publicista, quien estaba al frente era Martov. Escribía fácilmente y sin cesar, de la misma manera que hablaba. Lenin pasaba mucho tiempo en la biblioteca del Museo Británico, donde se dedicaba al trabajo teórico. Recuerdo que un día escribió en la sala de lectura un artículo contra Nadjedin, quien tenía entonces en Suiza una pequeña empresa editorial y formaba una especie de grupo intermedio entre los socialdemócratas y los socialrevolucionarios. Pero Martov ya había escrito la noche anterior (siempre escribía por la noche) un largo artículo acerca de Nadjedin, y se lo había entregado a Lenin.

—¿Has leído el artículo de Jules [Martov]? —me preguntó Vladimir Ilich, en el Museo.

—Sí.

—¿Y qué piensas de él?

—Me parece que está bien.

—Sí, sí, puede estar bien, pero es poco claro. No tiene conclusiones. Yo he escrito aquí algo, pero no sé todavía qué debo hacer con ello: ¿quizá añadirlo como observaciones suplementarias al artículo de Jules?

Me pasó un pequeño cuaderno lleno de notas escritas en lápiz. En el próximo número de *Iskra* el artículo de Martov apareció con la nota de Lenin en la parte inferior de la página.

Ni el artículo ni las notas están firmados. No sé si estas notas fueron incluidas en las *Obras Completas* de Lenin. Pero puedo afirmar que él es el autor. Algunos meses después, pocas semanas antes del Congreso, se produjo en la redacción un fuerte incidente entre Lenin y Martov; el desacuerdo era en torno a la táctica hacia las manifestaciones callejeras, más exactamente en la cuestión de la lucha armada contra la policía. Lenin decía que debíamos formar pequeños grupos armados y entrenar a los obreros militantes para luchar contra la policía. Martov se oponía a esta idea. El debate se realizó frente a la redacción.

—¿No sería el origen de algo así como un grupo terrorista? —dije yo respecto a esta propuesta. (Debo recordar que en aquella época la lucha con las tácticas terroristas de los socialrevolucionarios jugaba un gran rol en nuestro trabajo).

Martov se valió de esta observación y desarrolló la idea de que necesitábamos aprender a proteger de la policía a las manifestaciones de masas, pero no crear grupos

de combate. Plejanov, a quien los otros y sin duda también yo mirábamos en actitud expectante, esquivó la contestación y propuso a Martov que escribiera un proyecto de resolución para que así pudiéramos examinar los puntos de la controversia con el texto en la mano. El episodio, no obstante, fue ahogado por los acontecimientos a que nos conduciría el Congreso.

Por fuera de las reuniones y conferencias, tuve muy pocas ocasiones de observar a Lenin y Martov en conversaciones particulares. Las largas discusiones, las conversaciones caóticas, que degeneraban constantemente en chismes y habladerías de la emigración, le agradaban mucho a Martov, pero a Lenin ya le desagradaban desde esta época. Este maquinista prodigioso de la revolución tenía en vista una sola y única cosa, no sólo en política, sino también en sus trabajos teóricos, en sus estudios filosóficos, así como en el estudio de las lenguas extranjeras y en sus conversaciones: el objetivo final. Era quizás el utilitario más inflexible que haya producido el laboratorio de la historia. Pero como su utilitarismo se combinaba con la más amplia visión histórica, su personalidad no disminuía ni se empobrecía por ello; todo lo contrario, se desarrollaba y enriquecía sin cesar, a medida que aumentaba su experiencia de vida y ampliaba su esfera de acción.

Al lado de Lenin, Martov, entonces su camarada más cercano, no se sentía demasiado tranquilo. Aun se tuteaban, pero ya se sentía cierta frialdad en sus relaciones. Martov vivía mucho más para el presente, las disputas, el trabajo cotidiano de publicista, las polémicas, las últimas noticias y las habladerías. Lenin aplastando bajo sus pies los hechos del día, penetraba profundamente con su pensamiento en el día siguiente. Martov tenía innumerables y a menudo brillantes intuiciones, concebía hipótesis, hacía propuestas, que él mismo frecuentemente pronto olvidaba; mientras que Lenin tomaba lo que necesitaba y sólo en el momento que lo necesitaba. La transparente fragilidad de las ideas de Martov provocó más de una vez que Lenin meneara inquietamente la cabeza. No había habido tiempo aún para que ninguna divergencia en sus líneas políticas tomara formas definidas, ni siquiera para que pudieran ser vistas; sólo se pueden sentir las diferencias volviendo a ver el pasado a la luz de los acontecimientos que luego se desarrollaron.

Después de la escisión ocurrida en el II Congreso, los colaboradores de *Iskra* se dividieron en «duros» y «blandos». Esta designación, como se sabe, fue usada en los primeros tiempos, y demostraba que, a pesar de que aún no existía una línea divisoria, había sin embargo una diferencia en la manera de abordar los problemas, en la decisión, en la perseverancia hacia el objetivo final.

Aplicando aquella calificación a las relaciones de Lenin y Martov, podemos decir que antes de la escisión y antes del Congreso, Lenin ya era un «duro» mientras que Martov un «blando». Y los dos lo sabían bien. Lenin miraba a Martov, a quien estimaba mucho, rigurosamente y con una ligera desconfianza; y Martov, que tenía conciencia de ello, se sentía intimidado y con un tic nervioso alzaba sus hombros flacos. Cuando se encontraban y conversaban ya no había entre ellos un tono

amigable ni gracioso, al menos por lo que yo pude apreciar. Cuando Lenin hablaba no miraba a Martov, y los ojos de éste, por otra parte, miraban rígidamente bajo sus lentes inclinados hacia delante, que nunca llevaba limpios. Y cuando Vladimir Ilich hablaba conmigo sobre Martov su voz tomaba un matiz especial: «Pero qué, ¿Jules ha dicho esto?», dando un acento particular al nombre, ligeramente subrayado, como si diera una advertencia: «Bueno, sin duda es notable, pero lamentablemente es un ‘blando’».

Sin duda alguna Martov estaba también influido no política, sino psicológicamente por Vera Ivanovna, quien lo mantenía un poco alejado de Lenin.

Naturalmente, todo esto es más una generalización psicológica que la constatación de un hecho material; y mis palabras corresponden a acontecimientos que han pasado hace veintiún años. Durante este tiempo muchas otras cosas se han inscripto en mi memoria y pueden existir inexactitudes o un cambio de perspectiva en la representación que doy de momentos imponderables para caracterizar las relaciones personales. ¿Cuál es la parte del recuerdo y cuál la de la imaginación que reconstruye el pasado involuntariamente a su manera? No obstante, creo que en lo esencial, mi memoria restablece lo que ha pasado como ha pasado.

Después de mis ensayos de conferencias, por así decirlo, en White-Chapel (Alexiev hizo un «informe» de esto a la redacción), fui enviado a realizar conferencias en el continente, en Bruselas, Lieja y París. El tema de éstas era: «¿Qué es el materialismo histórico y cómo lo entienden los socialistas revolucionarios?» Vladimir Ilich se mostró muy interesado en este tema. Le envié un resumen detallado, acompañado de citas. Me recomendó trabajar sobre este tema y que hiciera un artículo para el próximo número de *Zariá*, pero no me animé a hacerlo.

En París recibí al poco tiempo un telegrama por el que me reclamaban en Londres. Estaban discutiendo si me mandaban clandestinamente a Rusia. La opinión de Vladimir Ilich en favor de mi marcha se debía a las lamentaciones que llegaban de allí sobre las insuficiencias, la falta de camaradas, y creo además que Clara había pedido mi regreso. Pero aún no había llegado a Londres cuando el plan ya había sido modificado. L. G. Deutsch, que entonces vivía en Londres y era muy amigo mío, me contó posteriormente, como había «intervenido a mi favor», demostrando que «este adolescente» (nunca me llamaba de otra manera) necesitaba vivir en el extranjero para completar su instrucción; después de una breve discusión, Lenin aceptó la idea. Hubiera sido muy interesante trabajar en la organización rusa de *Iskra* pero estaba contento de poder permanecer en el extranjero por algún tiempo.

Un domingo fui con Vladimir Ilich y Nadejda Konstantinovna a la iglesia socialista de Londres, donde una reunión socialdemócrata se desarrollaba junto al canto de salmos devotamente revolucionarios. El orador era un tipógrafo que, según creo, había vuelto desde Australia. Vladimir nos tradujo su discurso en voz baja, el que tenía un aire bastante revolucionario, al menos para esta época. De pronto todo el mundo se levantó y cantó: «Dios todopoderoso, haz algo para que en esta tierra no

haya más reyes ni ricos...» o algo por el estilo.

—Entre el proletariado inglés —dijo Vladimir Ilich cuando salimos de la iglesia — hay una multitud de elementos socialistas y revolucionarios dispersos; pero todo se combina tanto con el conservadurismo, la religión y los prejuicios, que no pueden llegar a la superficie y desarrollarse...

No deja de tener interés observar aquí que Zasluch y Martov vivían completamente separados del movimiento obrero inglés y estaban absolutamente absorbidos por *Iskra* y todo lo que la rodeaba. Mientras que Lenin, cada tanto, realizaba incursiones en los medios obreros ingleses.

Está por demás decir que Vladimir Ilich, Nadejda Konstantinovna y su madre vivían más que sencillamente. A nuestro regreso de la iglesia socialdemócrata comimos juntos en la pequeña cocina de su vivienda, que no tenía más que dos habitaciones. Recuerdo como si fuese ayer los pequeños pedazos de carne asada servida en una sartén. Después tomamos té y bromeamos, como siempre, acerca de si sabría encontrar solo el camino a casa; era muy difícil para mí reconocer las calles y, siguiendo mi inclinación a esquematizar, clasifiqué esta carencia de «cretinismo topográfico».

Le fecha fijada para el Congreso se acercaba; finalmente, se decidió trasladar la redacción de *Iskra* a Suiza, a Ginebra; allí la vida era mucho más barata y las comunicaciones con Rusia mucho más fáciles. Lenin, a pesar suyo, lo aceptó. Me enviaron a París desde donde debía, junto a Martov, conquistar Ginebra. El trabajo preparatorio del Congreso se intensificó.

Poco tiempo después Lenin vino también a París. Tenía que dar tres conferencias sobre la cuestión agraria en la llamada Escuela de Altos Estudios Sociales, fundada en París por profesores que habían sido expulsados de las universidades rusas. Dado que Chernov^[16] había hablado anteriormente en el establecimiento, los estudiantes marxistas habían insistido en que se invitara a Lenin. Los profesores estaban inquietos y rogaron al agresivo conferenciante que, en lo posible, no se aventurase en polémicas. Pero Lenin se negó a aceptar ninguna condición e inauguró su primera conferencia diciendo que el marxismo es una teoría revolucionaria y, por lo tanto, llevaba necesariamente a la polémica; pero que esta combatividad no estaba de ninguna manera en contradicción con su carácter científico.

Recuerdo que Vladimir Ilich estaba muy emocionado ante esta primera conferencia. Pero, frente a la tribuna, retomó rápidamente el dominio sobre sí mismo, al menos en apariencia. El profesor Gambarov, que había ido a escucharlo, expresó su impresión a Deutsch: «¡Un verdadero profesor!» Este gentil hombre creía rendirle así el mayor de los elogios.

Todas las conferencias estuvieron penetradas por la polémica contra los populistas y el socialreformista agrario David, a quien ubicaba del lado de los populistas. Sin embargo, estas lecciones permanecieron en el marco de la teoría económica, sin referirse a la lucha política del momento, al programa agrario de los

socialdemócratas, ni al de los socialrevolucionarios, etcétera. El conferencista quiso así autolimitarse, teniendo en cuenta el carácter académico de la cátedra. Pero después de la tercera lección, Lenin hizo una conferencia política sobre la cuestión agraria en una sala, ubicada creo que al número 110 de la calle Choisy, organizada no ya por la Escuela Superior sino por el grupo de *Iskra* en París. La sala estaba llena. Todos los estudiantes de la Escuela Superior fueron a escuchar las consecuencias prácticas de las lecciones teóricas que se les habían dado. El discurso versó sobre el programa agrario que sostenía *Iskra* en esta época y, particularmente, sobre la restitución a las comunas de las tierras repartidas. No recuerdo los nombres de sus contrincantes, pero sí que Vladimir estuvo maravilloso en su discurso final. Uno de los camaradas parisienses de *Iskra* me dijo a la salida: «Hoy Lenin se ha superado a sí mismo». Como se acostumbraba, los camaradas fueron luego con el orador al café. Todos estaban muy contentos y al mismo orador se le notaba un aire de agradable satisfacción. El tesorero del grupo nos hizo saber con alegría la cifra que la conferencia había proporcionado en concepto de entradas a la caja de *Iskra*: entre 75 y 100 francos; una cantidad nada despreciable. Esto sucedía a comienzos de 1903; no puedo dar una fecha más exacta en este momento, pero creo que no sería difícil hacerlo, si alguien ya no lo ha hecho.

Durante la visita de Lenin a París se decidió llevarlo a una ópera. N. I. Sedova^[17], miembro de *Iskra*, se encargó de ello. Vladimir Ilich fue al Teatro Nacional de la Opera-Cómica y regresó de él con el pañuelo que no lo abandonaba desde que fue a hacer su curso en la Escuela Superior. La ópera que representaron fue *Louise*, de Gustave Charpentier cuyo tema es muy democrático^[18]. Nos sentamos en grupo en la galería superior. Además de Lenin, Sedova y yo, me parece, estaba allí Martov; no recuerdo a otros. Durante esta visita a la Opera-Cómica, hubo un pequeño incidente, que no tiene nada que ver con la música, pero que quedó fuertemente grabado en mi memoria. Lenin se había comprado unas botas en París, pero le quedaban muy estrechas. Sufrió con ellas por algunas horas y finalmente decidió deshacerse de ellas. Casualmente, mis botas me reclamaban su reemplazo. Lenin me dio las suyas y, en un primer momento, me pareció que eran justo de mi talla, lo que me puso muy contento. Decidí estrenarlas en nuestra visita a la Opera. Al ir al teatro todo marchó perfectamente. Pero una vez allí advertí que la situación se deterioraba. Quizás por esto, no recuerdo qué impresión nos produjo la ópera a Lenin y a mí. Sólo recuerdo que él estaba muy animado y que se reía mucho. Al regresar a casa sufrí horriblemente, y Vladimir Ilich me provocó, sin piedad, durante todo el camino. En sus bromas, no obstante, había una cierta misericordia: ¿acaso él no había sufrido la tortura de estas botas durante algunas horas?

He hablado aquí sobre la agitación que sentía Vladimir Ilich antes de comenzar sus conferencias. Debo insistir en este punto. Esta clase de emociones se manifestaron en Lenin en otras circunstancias y mucho más tarde, cuando debió aparecer en público; y ellas eran más frecuentes cuando el auditorio le resultaba más

«extraño» y cuando más accidental era la ocasión del discurso. La manera de hablar de Lenin era siempre plena de seguridad, de vehemencia. Decía rápido lo que había que decir, de manera que sus discursos constituían una dura prueba para los taquígrafos. Pero cuando no estaba cómodo, su voz sonaba algo extraña, impersonal, como devuelta por un eco. Cuando, por el contrario, Lenin sabía que su auditorio era precisamente *aquel* que tenía una gran necesidad de escucharlo, su voz adquiría una extremada vivacidad, era ágil y persuasiva; ésta no era una voz de «orador» en el verdadero sentido de la palabra, sino la de un charlista pero elevada al tono que necesitaba la tribuna. No era tampoco el arte oratorio, esto superaba la retórica común. Puede objetarse, naturalmente, que cualquier orador habla mucho mejor cuando se siente entre «los suyos». En general, esto cierto. Pero la cuestión es saber ante qué auditorio y en qué circunstancias el orador se siente como en su casa. Los oradores europeos del tipo de Vandervelde^[19], formados en los hábitos parlamentarios, necesitan un ambiente solemne y de todo aquello que se llama retórica. En las reuniones en que se festejan los aniversarios o a personajes oficiales, ellos se sienten completamente a sus anchas. Pero para Lenin reuniones de este tipo constituían verdaderas pequeñas desgracias personales. Él hablaba con mucha más claridad y de una manera persuasiva sobre todo cuando tenía que analizar cuestiones de política combativa. Sus mejores fragmentos de oratoria deben ser los discursos que pronunció al Comité Central en vísperas a Octubre.

Antes de las conferencias de París había escuchado a Lenin sólo una vez, creo que en Londres, a fines de diciembre de 1902. Aunque parezca extraño, no guardo el más ligero recuerdo de la ocasión de su discurso ni del tema. Incluso casi he llegado a dudar sobre la realidad de este recuerdo. Pero es indudable que hubo entonces una reunión de rusos, muy importante para Londres, y que Lenin asistió a ella; si no hubiera venido para hacer una conferencia, probablemente no lo habría visto. Procuero explicarme esta laguna en mi memoria de esta forma: la conferencia probablemente se consagró, como se hacía habitualmente, a un tema abordado en el último número de *Iskra*. Seguramente yo ya había leído el artículo de Lenin sobre el tema, y por ello el discurso no contenía nada nuevo para mí. Además, no hubo debates; los débiles adversarios que se encontraban en Londres no se animaban a enfrentarse a Lenin. El auditorio, compuesto en parte por «bundistas^[20]» y en parte por anarquistas, formaba más bien un medio ingrato; por lo tanto esta conferencia había dejado pocas huellas. Sólo recuerdo que hacia el final del mitin los B., marido y mujer, del antiguo grupo petersburgués *Raboschaia Mysl* (El pensamiento del trabajador), que vivían desde hace mucho tiempo en Londres, vinieron hacia mí y me invitaron.

—Venga Ud. a nuestra casa para las vísperas del Año Nuevo. (Por esto ubico la fecha de la reunión hacia fines de diciembre)

—¿Por qué? —pregunté, transparentando una inadecuada contrariedad.

—Pasaremos un rato entre camaradas. Ulianov estará allí y Krupskaja también.

Recuerdo que ellos dijeron *Ulianov* y no Lenin, y que no comprendí en seguida

de quién se trataba. Zasluch y Martov también fueron invitados.

Al día siguiente en «la guarida», se reunió el consejo para decidir lo que haríamos; le preguntamos a Lenin si iría. Creo que no fue nadie. ¡Lástima! Hubiera sido una ocasión excepcional, única en su tipo, para ver a Lenin, Zasluch y Martov, en una víspera de Año Nuevo.

Antes de mi partida para Ginebra desde París, fui invitado a casa de Plejanov con Zasluch y Martov. Creo que Vladimir Ilich también se encontraba allí, pero conservo de este encuentro sólo un recuerdo extremadamente confuso. De todas maneras, la reunión no tuvo carácter político; se podría decir que fue «mundana» o incluso trivial. Recuerdo que permanecí bastante desanimado y triste en mi silla, y cuando el dueño o la dueña de casa no me prestaban atención, yo no sabía qué hacer. Las hijas de Plejanov servían el té y masitas. Había en todas las palabras, en todos los gestos, cierta tensión, algo de molesto que probablemente yo no era el único en percibirlo. Quizá debido a mi juventud, sentí esta pequeña frialdad mucho más que los otros. Esta visita a Plejanov fue para mí la primera y la última. Las impresiones que me quedaron de ella son tan fugaces y accidentales como todos mis encuentros con Plejanov. En otro lugar he intentado caracterizar brevemente la brillante silueta del primer maestro marxista ruso. Aquí me limito a las impresiones de los primeros encuentros, en los que ¡lamentablemente! no he tenido mucha suerte. Zasluch, a quien estas cosas le afligían mucho, me dijo:

—Ya sé que Georges es un poco insoportable, pero en el fondo, es un animalejo muy agradable. (Ésta era su manera de hacer un elogio).

En cambio, debo señalar que en la familia Axelrod reinaba siempre una atmósfera de simplicidad y sincera camaradería. Aún recuerdo con gratitud las horas que pasé alrededor de la mesa hospitalaria de los Axelrod durante mis frecuentes visitas a Zurich. Vladimir Ilich también había estado allí más de una vez, según los relatos de esta familia, y se sentía allí en un ambiente cálido y cómodo. No tuve la ocasión de encontrarlo en casa de los Axelrod.

En cuanto a Zasluch, su simplicidad y amabilidad hacia los camaradas jóvenes eran verdaderamente incomparables. Aunque no se puede hablar de su hospitalidad en el sentido habitual de esta palabra, ella necesitaba mucho más beneficiarse a sí misma de esto que satisfacer a los otros. Vivía, vestía y se alimentaba como el más modesto de los estudiantes. Las cosas materiales que más la complacían eran el tabaco y la mostaza. Consumía grandes cantidades de ambos. Cada vez que extendía una capa espesa de mostaza sobre una lonja de jamón, decíamos: «¡Vera Ivanovna se hace la fiesta!»

El cuarto miembro del Grupo de la Emancipación del Trabajo, L. G. Deutsch, también se distinguía por su bondad y atenciones hacia la juventud. No he mencionado hasta ahora que, en calidad de administrador de *Iskra*, él asistía a las reuniones de la redacción con voz consultiva. Deutsch generalmente opinaba como Plejanov, y tenía ideas más que moderadas sobre la táctica revolucionaria. Una día,

me dejó estupefacto con esta declaración:

—Nunca habrá un levantamiento armado, muchacho; y no hace falta. En la prisión había entre nosotros «gallos de riña» que, con el menor pretexto, buscaban pelearse, haciéndose abatir. Yo tenía otra conducta: estar firme y dar a entender a la administración que se podía avecinar una gran lucha, pero nunca llegar a las manos. Así, obtenía un cierto respeto de parte de la administración y atenuaciones con relación al régimen. Con el zarismo debemos emplear la misma táctica, pues de otro modo se nos demolerá, se nos aniquilará sin beneficio alguno para la causa.

Me sorprendió tanto este sermón sobre la táctica, que hablé de esto, uno después del otro, con Martov, Zasulich y Lenin. No recuerdo cuál fue la reacción de Martov. Vera Ivanovna me dijo:

—Eugène (viejo seudónimo de Deutsch) ha sido siempre así: personalmente, es un hombre de una valentía excepcional, pero en política es extremadamente prudente y medido.

Lenin, después de haberme escuchado dijo algo como: «Eh... eh... sí-í...», y estallamos de risa los dos, sin más comentario.

Los primeros delegados al II Congreso comenzaban a llegar a Ginebra, y celebramos sesiones con ellos constantemente. En este trabajo preparatorio Lenin representaba, sin duda, el papel más importante, aunque su rol no fuera siempre perceptible. Las reuniones de la redacción de *Iskra*, las de la organización de *Iskra*, las que se realizaban separadamente con grupos de delegados y las plenarias, se sucedían. Cierta número de delegados venía con dudas, objeciones, o con reclamos de grupos determinados. Este trabajo preparatorio llevaba mucho tiempo.

Sólo tres obreros asistieron al Congreso. Lenin se entrevistó con cada uno de ellos detalladamente, y los conquistó a los tres. Uno de ellos era Schotmann, de San Petersburgo. Era aún muy joven, pero hábil y reflexivo. Recuerdo que, a su vuelta de una conversación con Lenin (nos alojábamos en el mismo lugar) no dejaba de repetir:

—¡Cómo brillaban sus ojos! ¡Se diría que te atravesaban...!

El delegado de Nikolaiev era Kalafati. Vladimir Ilich me interrogó largamente sobre él, porque yo lo había conocido allí, en Nikolaiev, y luego, sonriendo con un aire malicioso, añadió:

—Él dice que te conoció cuando eras una especie de tolstoiano.

—¿A sí? ¡Qué tontería! —vociferé, casi indignado.

—¡Bah! ¡No es tan terrible! —replicó Lenin, ya sea para consolarme o para molestarme—. Entonces tendrías dieciocho años, y las personas no nacen marxistas.

—Puede ser —dije—, pero yo nunca he tenido nada en común con el tolstoísmo.

En las reuniones plenarias, se le prestó mucha atención a la elaboración de los estatutos; uno de los momentos más importantes en los debates sobre el esquema de organización, fue cuando se discutió las relaciones entre el periódico central y el Comité Central. Yo llegué al extranjero con la idea de que el periódico central debía «subordinarse» al Comité Central. Éste era también el sentir de la mayoría de los

«rusos» de *Iskra*, aunque esta opinión no fue muy clara ni firme.

—Eso no marchará —me replicó Vladimir Ilich. La distribución de las fuerzas no se presenta así. ¿Cómo harán ellos para dirigirnos desde Rusia? Eso no marchará... Formamos un centro estable y dirigiremos desde aquí.

Estaba dicho, en uno de los proyectos, que el órgano central tenía la obligación de publicar los artículos de los miembros del Comité Central.

—¿Incluso los que vayan contra el periódico central? —preguntó Lenin.

—Naturalmente.

—¿Y esto para qué? No tiene sentido. Una polémica entre dos miembros del órgano central puede ser útil en ciertas circunstancias; pero una polémica entre miembros rusos del Comité Central contra el órgano central, sería inadmisibile.

—¿Pero no representa esto la completa dictadura del órgano central? —pregunté.

—¿Qué hay de malo en ello? —respondió Lenin—. En la situación actual no puede ser de otra manera.

En esta época había mucho barullo alrededor del «derecho de cooptación». En una de las reuniones, nosotros, los jóvenes, terminamos por decidir sobre el derecho de cooptación positivo y negativo.

—Pero, lo que Uds. llaman cooptación negativa, significa simplemente lo que se llama en buen ruso «flanquear la puerta» —me dijo riendo Vladimir Ilich a la mañana siguiente— La cosa no es tan sencilla. Intenta, tan sólo por un momento... ¡ja, ja, ja! ... hacer una cooptación negativa en la redacción de *Iskra*.

La cuestión más importante, para Lenin, consistía en saber cómo se organizaría en adelante el órgano central, que debía jugar en definitiva y al mismo tiempo el rol de Comité Central. Lenin consideraba que era imposible sostener el antiguo Consejo de los seis. Zasluch y Martov en toda cuestión controversial se alineaban casi invariablemente al lado de Plejanov, de manera que, en el mejor de los casos, eran tres contra tres. En ambos grupos nadie habría consentido sacar a uno de sus miembros del Consejo. Sólo quedaba entonces seguir el camino opuesto: ampliar el Consejo. Lenin quería introducirme a mí como séptimo miembro, de tal forma que si el Consejo de los siete era considerado como una redacción ampliada, se formaría un grupo de redactores más restringido, compuesto por Lenin, Plejanov y Martov. Vladimir Ilich me ponía al corriente de este plan gradualmente, sin decirme una palabra sobre la propuesta que había hecho de ponerme como séptimo miembro de la redacción y que esta moción había sido aceptada por todos, excepto Plejanov, que se oponía decididamente. El ingreso de un séptimo, a juicio de Plejanov, significaba de por sí un acrecentamiento del Grupo de la Emancipación del Trabajo: ¡cuatro «jóvenes» contra tres «viejos»!

Creo que este plan fue la principal causa de la extrema antipatía que me demostraba George Valentinovich. Por otro lado, pequeños malentendidos se manifestaron abiertamente en presencia de los delegados. Creo que comenzaron con el proyecto del periódico popular. Algunos delegados insistían en la necesidad de

publicar junto a *Iskra* un órgano popular que apareciera, si fuera posible, en Rusia. Esta idea la sostenía particularmente el grupo El joven obrero. Lenin se oponía decididamente a este proyecto. Sus objeciones eran de orden diverso, pero la razón primordial era su temor de que se formase una agrupación especial sobre la base de una «popularización» simplificada de las ideas socialdemócratas, antes de que el núcleo central del partido hubiera tenido tiempo para afirmarse convenientemente. Plejanov, en abierta oposición a Lenin, se declaró decididamente a favor de la creación de un órgano popular, buscando evidentemente el apoyo de los delegados regionales. Yo apoyé a Lenin. En una de las sesiones desarrollé esta idea —si tenía o no razón ahora no tiene importancia— de que no necesitábamos un órgano popular, sino una serie de folletos y volantes de propaganda que ayuden a los obreros avanzados a elevarse al nivel de *Iskra*; pero que un órgano popular disminuiría el lugar de *Iskra* y eclipsaría la fisonomía política del partido, debilitándolo frente al «economismo» y el socialismo revolucionario. Plejanov me contestó:

—¿Por qué el periódico eclipsaría la fisonomía del partido? Naturalmente, en un órgano popular no podemos decir todo lo que tenemos que decir. Allí presentaremos reivindicaciones, consignas, sin ocuparnos de cuestiones de táctica. Diremos a los obreros que hay que luchar contra el capitalismo pero, naturalmente, no teorizaremos acerca de cómo combatirlo.

Yo me aferré a este argumento:

—Pero los «economistas» y los socialrevolucionarios también dicen que deben luchar contra el capitalismo. La divergencia comienza precisamente en cómo ha de llevarse la lucha. Si no respondemos esta pregunta en el órgano popular, dejamos de lado la diferencia entre nosotros y los socialrevolucionarios.

Mi réplica parecía incontestable, y Plejanov se desconcertó. Claramente que este episodio no mejoró nuestras relaciones. Rápidamente se produjo un segundo conflicto; en una reunión de la redacción, se acordó admitirme en éstas con voz consultiva hasta que el Congreso hubiese decidido la composición de la redacción editorial. Plejanov se oponía categóricamente. Pero Vera Ivanovna le dijo:

—Pues yo haré que entre.

Y efectivamente ella, me hizo entrar a la reunión. No supe todo lo que había pasado hasta mucho tiempo después, y me presenté a la redacción sin sospechar nada. George Valentinovich me saludó con aquella sutil cortesía en la que era experto.

Por desgracia, en aquella misma sesión la redacción debía considerar una disputa surgida entre Deutsch y el ya mencionado Blumenfeld. Deutsch era el administrador de *Iskra*. Blumenfeld se hallaba a cargo de la imprenta. Al principio surgió una cuestión de jurisdicción. Blumenfeld se quejaba de la ingerencia de Deutsch en los asuntos internos de la imprenta. Plejanov, por su vieja amistad, defendía a Deutsch y propuso limitar el control de Blumenfeld a la parte técnica de la imprenta.

Objeté que era imposible dirigir la imprenta solamente en un plano técnico, pues debían resolverse cuestiones de organización y administrativas y que Blumenfeld

debía tener autonomía en todas estas cuestiones.

Recuerdo la réplica envenenada de Plejanov:

—Sin duda, el camarada Trotsky tiene razón cuando dice que en la técnica se superponen diversos elementos administrativos y otros, como nos enseña el materialismo histórico, sin embargo..., etcétera.

Lenin y Martov me defendieron, aunque discretamente, y propusieron adoptar una decisión en el sentido que yo había sugerido. Ésta fue la gota que rebalsó el vaso.

En ambos casos Vladimir Ilich se había puesto de mi lado. Pero, al mismo tiempo, veía alarmado que mis relaciones con Plejanov iban empeorando, lo que amenazaba estropear definitivamente su plan para reorganizar la redacción. En una de las reuniones siguientes con los delegados recién llegados, Lenin me llevó aparte y me dijo:

—En la cuestión del periódico popular, es mejor que dejes que Martov conteste a Plejanov. Martov hará dejar a un lado el asunto, mientras que tú querrías resolverlo terminantemente. Es mejor dejar hacer.

Estas expresiones, «dejar hacer» y «resolver», las conservo claramente en mi memoria.

Después de una de las reuniones de la redacción en el café Landolt —creo que después de la misma reunión que acabo de relatar— Zsulich comenzó a quejarse, con aquella voz tímidamente insistente que le era peculiar en tales casos, de que atacábamos «demasiado» a los liberales. Éste era su punto débil.

—Miren —decía— los esfuerzos que ellos hacen.

Su mirada esquivaba a Lenin, aunque era especialmente a él a quien se dirigía.

—En el último número de *Osvobojdenie*, Struve poniendo como ejemplo a Jaurès^[21], le exige a los liberales rusos que no rompan con el socialismo ya que, de hacerlo, estarían amenazados de sufrir la miserable suerte del liberalismo alemán; quiere que ellos se inspiren en el ejemplo a los radical-socialistas franceses.

Lenin estaba de pie cerca de la mesa, con la cabeza cubierta con su falso «panamá» que inclinó sobre su frente (la reunión había terminado y estaba a punto de salir).

—Por eso es necesario golpear sobre ellos más fuerte —dijo, sonriendo satisfecho y como si quisiese molestar a Vera Ivanovna.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —gritó Zsulich completamente desesperada— ¡Ellos dan un paso hacia nosotros y nosotros deberíamos golpearlos más!

—Precisamente, Struve dijo a sus liberales: en lugar de emplear contra nuestro socialismo los groseros procedimientos alemanes, hay que emplear los finos métodos franceses; se debe atraer, adular, engañar y corromper, al estilo de los radicales de izquierda franceses, quienes coquetean con el jauresismo.

Claro está que no relato literalmente esta memorable conversación. Pero su sentido y sustancia, quedaron claramente impresos en mi memoria. Por el momento no tengo materiales a mano que me permitan verificarlo, pero ello no sería difícil: nos

bastaría con revisar los números del *Osvobojdenie* de la primavera del año 1903, y encontrar un artículo de Struve consagrado a la actitud de los liberales con relación al socialismo democrático en general y al jauresismo en particular. Recuerdo este artículo por lo que me dijo sobre él Vera Ivanovna durante la escena que acabo de relatar. Si se añade a la fecha de aparición del ejemplar del *Osvobojdenie* en cuestión, el tiempo que se necesitaba para que llegara a Ginebra, cayera en manos de Vera Ivanovna y ésta lo leyera, esto es, tres o cuatro días, se podrá determinar bastante aproximadamente la fecha de esta disputa en el café Landolt. Recuerdo que era un día primaveral (quizá al principio del verano), el sol brillaba alegremente y la sonrisa gutural de Lenin era jovial. Recuerdo su aspecto tranquilamente irónico, seguro de sí mismo y «firme» —especialmente firme, aunque Vladimir Ilich era entonces bastante delgado, no como se lo conoció en la última etapa de su vida. Vera Ivanovna, como siempre, rebotaba, se dirigía tanto hacia uno como hacia otro. Pero creo que nadie se inmiscuyó en la discusión, que por otra parte no duró mucho, justo el tiempo necesario para tomar los sombreros e irnos.

Volvimos a casa juntos. Zaslulich estaba deprimida; sentía que el juego de Struve se había arruinado completamente. No pude consolarla. No obstante, ninguno de nosotros suponía entonces hasta qué punto y de qué forma admirable la causa del liberalismo ruso había sido derrotada en aquella breve conversación sostenida a las puertas del café Landolt.

Ahora me doy cuenta de lo insuficiente de mi relato. Éste ha sido más pobre que lo que imaginaba cuando empecé este trabajo. Pero he reunido cuidadosamente lo que mi memoria recordaba al comenzar esta obra, incluso lo que no tenía gran importancia, porque no hay nadie en la actualidad que pueda relatar con detalle lo que sucedió en aquella época. Martov ha muerto. Y Lenin ha muerto también. Es difícil que hayan dejado memorias. ¿Quizá Vera Ivanovna? No hemos oído hablar acerca de ellas. De la primitiva redacción de *Iskra* sólo quedan Axelrod y Potresov. Dejando a un lado otras consideraciones, ambos participaron poco en el trabajo editorial y rara vez asistían a las reuniones de la redacción. Deutsch podría decir algo, pero él también llegó del extranjero más bien hacia fines de la época aquí descrita; además, no participó directamente en el trabajo de la redacción. Nadejda Konstantinovna nos puede dar, y nos dará, informaciones inapreciables. Ella estaba entonces en el centro de todo el trabajo de organización, recibía a los camaradas que llegaban desde lejos, daba recomendaciones a los que partían y los despedía en el ferrocarril, establecía comunicaciones, fijaba las citas, escribía las cartas, que cifraba y descifraba. El olor a papel quemado por la lámpara era perceptible siempre en su habitación. A menudo se quejaba, con su dulce insistencia, de recibir pocas cartas, o que se habían equivocado en el cifrado, o que las líneas escritas habían sido escritas en tinta invisible de tal forma que se superponían unas a otras, etcétera. Y lo que es más importante, naturalmente, es que Nadejda Konstantinovna, durante su trabajo diario de organización, podía observar todo lo que le pasaba a Lenin y alrededor suyo. A pesar

de todo, espero que estas páginas no sean superfluas, en parte porque Nadejda Konstantinovna asistía muy rara vez a las reuniones de la redacción, al menos en las que yo estuve. Finalmente y sobre todo, porque el observador externo percibe más fácilmente lo que no ve aquel que frecuenta un lugar constantemente. Sea como sea, he relatado lo que he podido.

Ahora, quisiera formular algunas reflexiones generales acerca de por qué, en la época de la antigua *Iskra*, se produjo una crisis decisiva en cuanto al sentimiento político que Lenin debía tener de sí mismo, de la manera que, por así decirlo, se apreciaba a sí mismo; por qué esta crisis era inevitable y por qué se había vuelto indispensable.

Lenin llegó al extranjero en su madurez, a la edad de treinta años. En Rusia, en los círculos estudiantiles, los primeros grupos socialdemócratas, las colonias de deportados, él había ocupado el primer lugar. No podía no darse cuenta de su fuerza, por la simple razón que todos aquéllos con quienes tenía contacto y con quienes trabajaba, la reconocían. Marchó al extranjero poseyendo ya un gran bagaje teórico, con una seria provisión de experiencia política y completamente animado por esta tensión puesta en el objetivo que constituía la verdadera naturaleza de su carácter. En el extranjero debía colaborar primero con el Grupo de la Emancipación del Trabajo, especialmente con Plejanov, el profundo y brillante comentarista de Marx, el maestro de varias generaciones, el teórico, pensador político, publicista y orador de fama europea y con vínculos en todo el continente. Junto a Plejanov se encontraban dos de las más grandes autoridades: Zasluch y Axelrod. No sólo su heroico pasado ponía a Vera Ivanovna en el primer plano, sino también porque poseía una de las personalidades más penetrantes, una amplia cultura, sobre todo histórica, y una rara intuición psicológica. Por intermedio de Zasluch, el «Grupo» se había relacionado, en su momento, con el viejo Engels. A diferencia de Plejanov y Zasluch, quienes estaban estrechamente relacionados con el socialismo latino, Axelrod representaba en el «Grupo» las ideas y experiencias de la socialdemocracia alemana. Esta diferencia en las «esferas de influencia» se manifestaba incluso en la elección de sus lugares de residencia. Plejanov y Zasluch habitaban generalmente en Ginebra; Axelrod, en Zurich. Axelrod se había concentrado en las cuestiones de táctica. Como se sabe, no escribió un solo estudio teórico o histórico. En general escribió poco, y casi siempre sobre cuestiones tácticas del socialismo. En esta esfera, Axelrod demostraba originalidad y agudeza. Según numerosas conversaciones que tuve con él (durante un tiempo estuvimos muy relacionados, como lo estuvimos con Zasluch), tengo la clara impresión de que mucho de lo que Plejanov ha escrito sobre cuestiones de táctica es fruto de un trabajo colectivo, y que la contribución de Axelrod fue mucho más importante de lo que reflejan los documentos impresos. Axelrod dijo más de una vez a Plejanov, el indiscutible y querido jefe del «Grupo» (hasta la ruptura de 1903):

—Tú, Georges, tienes un hocico muy largo y obtienes de donde sea lo que necesitas.

Como se sabe, Axelrod escribió el prefacio a un manuscrito enviado desde Rusia por Lenin: *Las tareas de los socialdemócratas rusos*^[22]. Por este acto, el «Grupo» adoptaba, de cierta forma, al joven y brillante trabajador del partido ruso, pero al mismo tiempo le daba a entender que lo consideraría un discípulo. Y es precisamente en calidad de discípulo que llegó Lenin al extranjero en compañía de otros dos alumnos.

Yo no estuve presente en los primeros encuentros de los alumnos con los maestros, en aquellas entrevistas en que se elaboró la línea esencial de *Iskra*. No obstante, a la luz de las observaciones hechas sobre el semestre relatado más arriba, y especialmente a la luz del II Congreso del partido, no es difícil comprender que la gravedad del conflicto, además de las cuestiones de principios que apenas se empezaban a plantear, residía en el juicio equivocado de los viejos al considerar el desarrollo y la significación de Lenin.

Durante el II Congreso, e inmediatamente después, la indignación de Axelrod y otros miembros de la redacción contra Lenin, estaba acompañada de cierto asombro:

— ¿Cómo osó ir tan lejos?

La sorpresa creció cuando Lenin, después de su ruptura con Plejanov, poco después del Congreso, siguió la batalla.

El estado de ánimo de Axelrod y los demás podría quizás expresarse en estas palabras: «¿Qué mosca le ha picado?»

«No hace mucho que ha llegado al extranjero —decían los viejos—; vino en calidad de discípulo y así se presentó (Axelrod insistía particularmente en este punto en su relato sobre los primeros meses de *Iskra*). ¿De dónde viene entonces esta repentina confianza en sí mismo? ¿Cómo ha podido hacer semejante cosa?», etcétera

Luego, trataban de adivinar sus intenciones: se estaba preparando el terreno en Rusia; por eso todas las comunicaciones estaban en las manos de Nadejda Konstantinovna; desde allí y en voz baja se trabajaba la opinión de los camaradas rusos contra el Grupo de la Emancipación del Trabajo. Zasluch no estaba menos indignada que los otros, pero tal vez comprendía un poco más. No en vano había dicho a Lenin, comparándolo con Plejanov, que cuando mordía «no soltaba más la presa». ¿Y quién sabe la impresión que estas palabras le habían producido en su momento? ¿Lenin no se habrá repetido a sí mismo: «Es cierto: ¿quién puede conocer mejor a Plejanov que Zasluch? Él muerde, sacude y abandona su presa; sin embargo, no se trata de esto... Hay que morder y mantener bien sujeta la presa?».

Hasta qué punto y en qué sentido podría ser verdad que Lenin había previamente «trabajado» la opinión de los camaradas rusos, nos lo puede decir mejor que nadie Nadejda Konstantinovna. Pero viendo lo expuesto más arriba y sin invocar hechos precisos, se puede decir que efectivamente que esta preparación tuvo lugar. Lenin preparaba siempre el día siguiente mientras establecía y afirmaba el presente. Su pensamiento creador no se detenía jamás y su atención no se adormecía. Y cuando se convenció que el Grupo de la Emancipación del Trabajo no era capaz de tomar en sus

manos la dirección inmediata de la vanguardia proletaria para organizar el combate, ante la revolución que se aproximaba, extrajo todas las conclusiones que a él se le imponían.

Los viejos se equivocaban, y no sólo los viejos: el hombre que tenían delante de sí no era ya un simple trabajador, de inteligencia notable, a quien Axelrod concedía la distinción de un prefacio de tono amigablemente protector; era un jefe, plenamente conocedor de su objetivo y, en mi opinión, ya sentía definitivamente convertido en jefe cuando, en su trabajo, se encontraba codo a codo con los viejos, con los maestros. Había constatado que era más fuerte y necesario que ellos.

Es cierto que en Rusia también Lenin había sido el primero entre sus pares, según la expresión de Martov. Pero sólo se trataba entonces de los primeros grupos socialdemócratas, de jóvenes organizaciones. Las celebridades en Rusia tenían aún un carácter provinciano: ¡con cuántos Lasalle y Bebel rusos se contaba entonces! Otra cosa era el Grupo de la Emancipación del Trabajo: Plejanov, Axelrod y Zasulich estaban en la misma categoría que Kautsky, Lafargue, Guesde y Bebel, ¡el verdadero Bebel alemán! Midiendo con ellos su capacidad de trabajo, Lenin tomó su medida europea. Fue precisamente en sus discusiones con Plejanov —cuando la redacción se agrupaba en torno a los dos polos opuestos—, que Lenin debió adquirir el temple sin el cual, más tarde, no hubiera sido Lenin.

Los conflictos con los viejos eran, por lo demás, inevitables. No porque entre ellos y los jóvenes existiesen, a primera vista, dos concepciones distintas del movimiento revolucionario. No, éste no era todavía el caso en aquel entonces. Pero el ángulo mismo desde donde se abordaban los acontecimientos políticos, las tareas de organización en general y todas las necesidades prácticas y, en consecuencia, desde dónde se abordaba la futura revolución, eran profundamente distintos para uno y otro campo. Los «viejos», para esta época, ya habían pasado unos veinte años de destierro. Para ellos *Iskra* y *Zariá* eran ante todo empresas literarias. Para Lenin, por el contrario, eran el instrumento directo de la actividad revolucionaria. Plejanov, como se demostró pocos años después (1905-06) y más trágicamente aún en la guerra imperialista, era de fondo, un escéptico de la revolución: consideraba arrogante la tensión hacia el objetivo que caracterizaba a Lenin y sólo tenía para ella bromas complacientes y maliciosas. Axelrod, como ya he dicho se inclinaba hacia los problemas de táctica, pero su pensamiento se obstinaba en no salir del círculo de las cuestiones de la preparación para la preparación. Muy frecuentemente, analizaba con un gran arte las tendencias y los matices internos de los diversos grupos socialistas de intelectuales revolucionarios. Era un homeópata de la política prerrevolucionaria. Sus medios y métodos tenían algo que ver con la farmacia o con el laboratorio. Las cantidades con que operaba eran siempre muy pequeñas; debía someter a los grupos que estudiaba a una balanza de precisión, debido a su peso minúsculo. No sin razón Deutsch comparaba a Axelrod con Spinoza, y no en vano Spinoza era un tallador de diamantes, oficio que requiere una lente de aumento. Lenin, por el contrario,

consideraba los acontecimientos y las relaciones sociales en su conjunto y habituaba su pensamiento a captar a las masas sociales y, por eso, reflejaba la imagen de la revolución en marcha, la que tomó de improviso a Plejanov y Axelrod.

Probablemente, Vera Ivanovna Zasluch haya sentido más directamente la proximidad de la revolución que los otros «viejos». Su vivo conocimiento de la historia, libre de toda pedantería, saturado de intuición, le ayudó mucho a su percepción. Pero sentía la revolución como una vieja radical. En lo más profundo de su alma estaba convencida que nosotros poseíamos todos los elementos de la revolución, a excepción de un «verdadero» liberalismo, seguro de sí mismo, quien debería tomar la dirección del movimiento. Creía que nosotros, marxistas, con nuestra crítica prematura y nuestra manera de «forzar» a los liberales, sólo podíamos intimidarlos y, por ello jugábamos, de hecho, un rol contrarrevolucionario. Vera Ivanovna no dijo nada de esto. Y en las entrevistas personales, no expresaba siempre su pensamiento hasta el final. Sin embargo, ésta era su convicción más íntima. Y de ahí venía su antagonismo con Paul [Axelrod], a quien consideraba un doctrinario. Efectivamente, en los límites de la homeopatía táctica, Axelrod, infaliblemente, defendía la hegemonía revolucionaria de la socialdemocracia. Sólo se negaba a cambiar este punto de vista, abandonar el lenguaje de los grupos y pequeños círculos para adoptar el lenguaje de las clases cuando éstas se ponían en movimiento. Aquí también se abría un abismo entre él y Lenin.

Lenin no llegó al extranjero como un marxista «en general», tampoco para realizar una tarea de publicista revolucionario «en general», ni simplemente para continuar la tarea de veinte años del Grupo de la Emancipación del Trabajo. No, llegó como un jefe en potencia; no como un jefe «en general», sino como el jefe de esta revolución que iba en ascenso y que él sentía y percibía palpablemente. Él llegó para preparar, en el lapso de tiempo más corto posible, las ideas y el aparato organizativo de esta revolución. Y cuando hablo sobre la tensión que ponía hacia el objetivo, impetuosa y disciplinada al mismo tiempo, no me refiero a que se esforzaba por colaborar con el triunfo «final» —no, ésta sería una frase demasiado general y vacía—, sino al sentido concreto, directo e inmediato, de perseguir un objetivo práctico: acelerar el comienzo de la revolución y asegurar su victoria. Cuando Lenin, en su trabajo en el extranjero, se encontró codo con codo con Plejanov, y cuando desapareció entre ellos lo que los alemanes llaman solemnemente «la distancia», debió quedar claro para el «discípulo» que en las cuestiones que para él eran las esenciales de su época no tenía casi nada para aprender de su maestro, y que incluso este maestro contemporizador por escepticismo, gracias a su autoridad, era capaz de obstruir el trabajo saludable y apartarlo a él de sus colaboradores más jóvenes. De allí la atención cuidadosa que puso Lenin al ocuparse de la composición de la redacción; por eso las combinaciones de los «siete» y los «tres»; de allí su esfuerzo por desligar a Plejanov del Grupo de la Emancipación del Trabajo para crear una comisión directiva de tres, en la que Lenin «tendría» siempre el apoyo de Plejanov en las

cuestiones de teoría revolucionaria y de Martov en las de política revolucionaria. Las combinaciones personales podían cambiar; pero la «anticipación» permanecía inmutable en lo esencial y, finalmente, tomó forma en cuerpo, osamenta y sangre.

En el II Congreso Lenin conquistó a Plejanov, pero con pocas esperanzas de retenerlo por mucho tiempo. Al mismo tiempo perdió a Martov; y eso fue para siempre. Plejanov, evidentemente, había sentido algo en el II Congreso; al menos, fue entonces cuando dijo a Axelrod, contestando al amargo reproche que éste le dirigía por haberse aliado con Lenin: «¡Es con esta pasta que se hicieron los Robespierre!». No sé si esta importante frase llegó a publicarse en la prensa, ni siquiera si es muy conocida entre la gente del partido; pero garantizo su autenticidad. «¡Es con esta pasta que se hicieron los Robespierre!» «¡E incluso alguien más grande, George Valentinovich!», replicó la historia. Pero evidentemente esta revelación histórica se debilitó muy rápido en la conciencia de Plejanov. Rompió con Lenin y volvió al escepticismo y a sus bromas venenosas que además, con el tiempo, perderían su veneno.

Pero la anticipación «rupturista» no fue sólo cuestión de Plejanov y de los «viejos» del partido. En el II Congreso concluía una etapa inicial del período preparatorio. El hecho de que la organización de la *Iskra* se dividiese inesperadamente y en dos partes casi iguales, era en sí mismo una prueba de que incluso en esta etapa inicial habían tenido lugar muchas vacilaciones. El partido de clase estaba aún precisamente por atravesar el cascarón del radicalismo intelectual. La corriente que conducía a los intelectuales hacia el marxismo aún no se había detenido. El ala izquierda del movimiento estudiantil se inclinaba hacia *Iskra*. Entre la juventud intelectual, particularmente en el extranjero, había numerosos grupos que colaboraban con *Iskra*. Todo esto estaba aún muy verde, poco maduro y, en la mayoría de los casos, era inestable. Los estudiantes ligados a *Iskra* planteaban entonces a un conferencista cuestiones como ésta: «¿Puede una camarada de *Iskra* casarse con un oficial de marina?»

En el II Congreso, sólo había tres obreros e incluso había sido difícil lograr su concurrencia. *Iskra*, por un lado, reunía y educaba a un conjunto de revolucionarios profesionales y atraía bajo su bandera a jóvenes obreros animados por un espíritu heroico. Por otro lado, importantes grupos de intelectuales pasaban por *Iskra* sólo para desviarse luego y transformarse en elementos relacionados con *Osvobojudenie*. *Iskra* tenía éxito, no solamente como órgano marxista del partido proletario en formación, sino también como publicación de combate político, de extrema izquierda, que no se cuidaba de utilizar palabras violentas. Los elementos más radicales de la intelligentsia aceptaban, en su primer impulso, luchar por la libertad bajo la bandera de *Iskra*. Y sin embargo, el espíritu progresista-pedagógico de los intelectuales, que mantenía su desconfianza con respecto a la fuerza del proletariado, que había encontrado su más temprana expresión en el «economicismo», había llegado ahora, y de una forma bastante sincera, a tomar el color de *Iskra*, sin cambiar, no obstante, su

propia esencia. Porque con el tiempo la brillante victoria de *Iskra* fue mucho mayor que sus conquistas momentáneas. No voy a juzgar por el momento hasta qué grado Lenin se dio cuenta clara y completamente de esto antes del II Congreso pero, en todo caso, lo advirtió más clara y completamente que nadie. Entre estas tendencias tan variadas agrupadas bajo la bandera de *Iskra* que encontraban su reflejo en la propia redacción, Lenin era el único que representaba el futuro, con sus difíciles tareas, sus crueles conflictos y sus innumerables víctimas. Esto explica su perspicacia y su suspicacia combativa. De ahí su forma de plantear claramente las cuestiones de organización que tenían su expresión simbólica en la cuestión de las condiciones para ser miembro del partido (el párrafo I del Estatuto).

Es completamente natural que en el II Congreso, que se preparaba para recoger los frutos de las brillantes victorias de *Iskra*, haya sido Lenin quien empezase el trabajo de una nueva distribución, una selección más rigurosa y más exigente. Para decidirse a dar semejante paso, en tales condiciones, teniendo en contra suya a la mitad del congreso (Plejanov era un semialiado y poco seguro, y todos los demás miembros de la redacción eran adversarios decididos y declarados), se necesitaba tener una fe excepcional no sólo en la causa que defendía sino también en sus propias fuerzas. Esta fe surgía de la confianza en sí mismo, verificada por la experiencia; fue el resultado de su colaboración con los «maestros» y de los primeros estallidos que anunciaron las futuras tormentas del conflicto y el fracaso de la ruptura.

Se necesitaba toda la poderosa tensión hacia el objetivo de Lenin para acometer semejante empresa y llevarla hasta el final. Lenin, sin descanso, tensaba la cuerda del arco hasta el límite, hasta lo imposible y, al mismo tiempo la palpaba cuidadosamente con la mano: ¿no había allí un quiebre, una amenaza de estallido?

—¡No puedes tensar el arco así; se romperá! —le gritaban de todas partes.

—No se romperá —respondía el maestro arquero. Nuestro arco está fabricado de material proletario, el que no se rompe; en cuanto a la cuerda del partido, hay que tensarla cada vez más, ¡pues debemos enviar muy lejos a la pesada flecha!

SEGUNDA PARTE: ACERCA DE OCTUBRE

CAPÍTULO I

EN VÍSPERAS DE OCTUBRE

Me enteré de la llegada de Lenin a Petrogrado y de su aparición en los mítines obreros contra la guerra y el gobierno provisional por medio de los periódicos norteamericanos que llegaban al campo canadiense de concentración de Amherst^[23]. Los marineros alemanes que estaban internados allí manifestaron enseguida un vivo interés por Lenin, cuyo nombre se encontraba por primera vez en los despachos de la prensa. Todos ellos esperaban con impaciencia el fin de la guerra, el que les abriría las puertas de la prisión. Escuchaban con la mayor atención a toda voz que se levantase contra la guerra. Hasta entonces sólo conocían a Liebknecht^[24]. Pero habían oído decir muchas veces que Liebknecht había sido sobornado. Ahora comenzaban a conocer a Lenin. Yo les hablé de Zimmerwald y Kienthal^[25]. La acción pública de Lenin hizo renacer en gran parte de ellos sus sentimientos por Liebknecht.

Fue al pasar por Finlandia que me encontré con los rusos, recién llegados: sus telegramas anunciaban la entrada de Tseretelli, Skobelev^[26] y otros «socialistas» en el gobierno provisional. De esta forma, la situación estaba perfectamente clara. Al segundo o tercer día de mi llegada a Petrogrado tomé conocimiento de las *Tesis de abril*^[27] de Lenin. Era exactamente lo que necesitaba la revolución.

Sólo algún tiempo después leí en *Pravda*^[28] el artículo que Lenin había enviado anteriormente desde Suiza: «La primera etapa de la primera Revolución». Aun ahora se pueden y deben leer con la mayor atención, porque son de gran provecho político, los primeros números, tan confusos, de la *Pravda* prerrevolucionaria: en este contexto, la «Carta desde lejos» que escribió Lenin surgió con toda su fuerza concentrada. Este artículo, de un tono muy tranquilo, teórico y explicativo, semejaba un poderoso resorte de acero fuertemente comprimido, que en el futuro se desplegaría y extendería, cubriendo en su desarrollo todo el contenido de la revolución.

Poco después de mi llegada, convine con el camarada Kamenev una cita para conversar con la redacción de *Pravda*. Creo que la primera reunión se realizó el 5 o 6 de mayo. Le dije a Lenin que nada me separaba de sus *Tesis de abril* ni de toda la Enea seguida por el partido desde su regreso a Rusia, y que me encontraba ante la

alternativa de entrar individualmente en una organización del partido, o de intentar llevar a él a la elite de los «unionistas», cuya organización en Petrogrado reunía casi 3000 obreros, a los que se sumaban numerosas y valiosas fuerzas revolucionarias: Uritsky, Lunacharsky, Joffe, Vladimirov Manuilsky, Karajan, Yureniev, Posern, Litkens y otros. Antonov-Ovseenko ya había entrado en el partido; creo que Sokolnikov también^[29].

Lenin no se pronunció categóricamente por una solución ni por la otra. Lo importante era, ante todo, orientarse de una forma más concreta en medio de las circunstancias y los hombres. Lenin no excluía la posibilidad de algún tipo de colaboración con Martov o, en general, con una parte de los mencheviques internacionalistas^[30], que acababan de llegar del extranjero. Al mismo tiempo, había que ver cómo se establecerían las relaciones con los «internacionalistas» al calor del trabajo.

Como convine tácitamente con él, por mi parte no buscaría forzar el natural desarrollo de los acontecimientos. Nuestra orientación política era la misma. En los mítines de soldados y obreros dije desde el primer día de mi llegada: «Nosotros, bolcheviques e internacionalistas»; y como la conjunción obstaculizaba inútilmente mi discurso cuando las repetía frecuentemente, muy pronto abrevié la forma y comencé a decir: «Nosotros, bolcheviques-internacionalistas». De esta manera la fusión política precedía a la de las organizaciones^[31].

Hasta las Jornadas de Julio^[32], estuve dos o tres veces en la oficina editorial de *Pravda*, en los momentos más críticos. En estos primeros encuentros, Lenin daba la impresión hallarse en una concentración de todo su ser avanzando hacia el más alto nivel y de una formidable recogimiento interior bajo una apariencia de calma y una simplicidad «prosaicas». En aquellos días el kerenskismo parecía todopoderoso. El bolchevismo sólo se presentaba como «un miserable puñado» de personas. El partido mismo aún no tenía conciencia de su futura fuerza. Y al mismo tiempo, Lenin lo conducía con un paso seguro hacia las más grandes tareas...

Sus discursos en el I Congreso de los Soviets^[33] produjeron una inesperada inquietud en la mayoría de mencheviques y SR. Sentían confusamente que este hombre apuntaba muy lejos, pero no veían hacia dónde, y los pequeñoburgueses revolucionarios se preguntaban: ¿Quién es? ¿Quién es? ¿Es sencillamente un loco? ¿O es un proyectil histórico de una fuerza explosiva inaudita?

El discurso de Lenin en el Congreso de los Soviets, en el que habló de la necesidad de arrestar a cincuenta capitalistas, quizá no fue quizás completamente «feliz» desde el punto de vista de la retórica. Pero tuvo un significado excepcional. Pocos aplausos de los relativamente escasos bolcheviques acompañaron al orador cuando descendió de la tribuna con el aspecto de un hombre que no ha dicho todo lo quería decir, y que quizás no lo ha dicho como deseaba decirlo... Y al mismo tiempo, una corriente de aire extraordinaria había pasado sobre la sala. Era el viento del futuro del que todos sintieron su presencia allí mientras las miradas azoradas seguían

a este hombre, de aspecto tan normal y, sin embargo, enigmático.

¿Quién era? ¿Quién era? ¿Plejanov, en su periódico, no había calificado el primer discurso de Lenin en el territorio revolucionario de Petrogrado como un delirio? ¿Los delegados elegidos por las masas, no se alineaban casi todos con los SR y los mencheviques? Incluso entre los mismos bolcheviques, ¿la posición de Lenin no produjo al principio un gran descontento?

Por un lado, Lenin exigía categóricamente una ruptura, no sólo con el liberalismo burgués, sino también con todos los partidarios de una «defensa nacional». Organizó la lucha interna en su propio partido contra estos «viejos bolcheviques que —escribía Lenin— habían jugado ya más de una vez un triste rol en la historia de nuestro partido, repitiendo de forma absurda una fórmula *aprendida de memoria* en vez de *estudiar* en su originalidad singular la nueva realidad, viviente^[34]». Visto desde un observador superficial, de esta manera debilitaba a su propio partido. Pero, al mismo tiempo, declaraba al Congreso de los Soviets: «No es cierto que ningún partido esté dispuesto ahora mismo a tomar el poder; ese partido existe y está muy decidido: es el nuestro».

¿No había allí una monstruosa contradicción entre la situación de un «pequeño círculo de propagandistas», que se aislaba de todos las demás, y esta pretensión abiertamente afirmada de tomar el poder en un país inmenso, sacudido hasta sus cimientos?

Y el Congreso de los Soviets desestimaba completamente lo que quería, lo que podía esperar de este extraño hombre, este frío visionario, que escribía pequeños artículos en un pequeño periódico.

Cuando Lenin declaró en el Congreso de los Soviets, con una magnífica simplicidad, que le parecía ingenua hasta a los verdaderos ingenuos: «Nuestro partido está dispuesto a tomar el poder en toda su amplitud», se oyó un estallido general de risas. «¡Ríanse cuanto quieran!», replicó Lenin. Él conocía el proverbio: «quien ríe último reirá mejor». A Lenin le gustaba este aforismo francés, porque se disponía firmemente a ser el último en reír.

Con calma seguía argumentando para demostrar que era preciso, para empezar, detener a cincuenta o cien de los millonarios más importantes y declarar al pueblo que los capitalistas serían considerados ladrones, y que Terechenko no era mejor que Miliukov^[35], pero sí más estúpido. ¡Ah! ¡Las simples ideas, espantosa, inexorablemente ingenuas! Y este representante de una pequeña parte del Soviet, la que cada tanto lo aplaudía con moderación, dijo aún a la asamblea: «¿Tienen miedo del poder? Y bien, nosotros estamos dispuestos a tomarlo». Se reían, se reían, naturalmente, con una risa casi compasiva, pero al mismo tiempo, un poco inquieta.

Para su segundo discurso, Lenin escogió algunas palabras de una simplicidad extraordinaria, citando la carta que le escribió un campesino: el buen hombre opinaba que había descargar todo el peso sobre la burguesía, para que reviente por todas las costuras; entonces la guerra habría terminado; pero, decía el campesino, si se la trata

con indulgencia, las cosas podrían deteriorarse.

¿Y esta sencilla e ingenua cita era todo el programa de Lenin? ¿Cómo no estar desconcertado? Y volvieron las pequeñas risas, pequeñas risas que se expandían, indulgentes e inquietas. Efectivamente, si se quería considerar en forma abstracta el programa de los propagandistas, estas palabras: «descargar, hacer presión sobre la burguesía» no tenían mucho peso. Sin embargo, los que se sorprendían no comprendían que Lenin había percibido sin equivocación posible, el ruido sordo de la presión creciente ejercida por los nuevos tiempos sobre la burguesía y previo que, bajo esta presión, ésta debería verdaderamente derrumbarse «por todas las costuras».

Lenin, en realidad, no se había engañado cuando en mayo le explicaba a M. Maklakov que «este país de obreros y campesinos indigentes estaba mil veces más a la izquierda que los Chernov y los Tseretelli, y cien veces más a la izquierda que nosotros, los bolcheviques».

Ésta era la principal fuente de la táctica de Lenin. Atravesando la película recientemente formada, pero ya bastante borrosa, de la democracia, él alcanzaba a tocar las profundidades del «país de obreros y campesinos indigentes». Y este país estaba dispuesto a realizar la más grande de las revoluciones. Sin embargo, aún no era capaz de manifestar esta disposición de forma política.

Los partidos que hablaban en nombre de los obreros y de los campesinos, simplemente, los engañaban. Millones de obreros y campesinos ignoraban aún la existencia de nuestro partido, no lo habían descubierto, no sabían que expresaba sus aspiraciones; y nuestro partido, al mismo tiempo, aún no era consciente de toda su fuerza potencial, y por ello se encontraba «cien veces más a la derecha» que los obreros y los campesinos. Debíamos reagrupar fuerzas, mostrar al partido los millones de hombres que lo necesitaban, y mostrar el partido a estos millones de hombres. Debíamos evitar ir muy por delante, pero tampoco permanecer en la retaguardia. Era necesario dar explicaciones pacientes y perseverantes. Desde ahora, lo que se debía explicar era muy simple:

«¡Abajo los diez ministros capitalistas!»

¿Los mencheviques no estaban de acuerdo? ¡Abajo los mencheviques! ¿Ellos estallan de risa? No se reirán siempre... Y el último reirá mejor.

Recuerdo que entonces propuse exigir al Congreso de los Soviets, que se preguntara con urgencia sobre la ofensiva que se estaba preparando en el frente. Lenin aprobó esta idea pero quería primero, evidentemente, discutirla con los otros miembros del Comité Central.

En la primera sesión del Comité Central, el compañero Kamenev trajo un borrador, rápidamente esbozado por Lenin, con la declaración de los bolcheviques acerca de la ofensiva. No sé si el documento existe aún. Su texto no satisfizo —nunca supe por qué— ni a los bolcheviques ni a los internacionalistas. Aun Posern, a quien queríamos confiar la misión de plantearlo, hizo objeciones. Yo redacté otro texto que fue adoptado y leído.

Esta intervención fue organizada, si no me equivoco, por Sverdlov^[36], a quien conocí por primera vez durante el I Congreso de los Soviets. Él presidía la fracción bolchevique.

A pesar de que su baja estatura y delgadez daban la impresión de un estado enfermizo, la personalidad de Sverdlov se imponía por su nobleza y su serena energía. Presidía de igual manera, sin ruidos ni sobresaltos, como trabaja un buen motor. El secreto estaba, naturalmente, no sólo en el arte de presidir, sino en el hecho que Sverdlov conocía perfectamente la composición de la sala y sabía admirablemente adónde quería llegar. Antes de cada sesión tenía conversaciones por separado con los delegados, a quienes interrogaba y algunas veces reprendía. Antes de la apertura de una sesión él se representaba el desarrollo de los debates en su conjunto. Pero incluso no necesitaba conversaciones previas para saber, mejor que nadie, la actitud que adoptaría tal o cual militante sobre la cuestión planteada. El número de camaradas en los que él penetraba claramente en su pensamiento político era muy grande en proporción a lo que entonces era nuestro partido. Tenía facultades innatas para la organización y la combinación de medios para lograr el objetivo. Cada cuestión política se le presentaba, ante todo, en su naturaleza concreta, desde el punto de vista de la organización: veía allí una cuestión de relaciones entre personas y grupos dentro de la organización del partido, y de relaciones entre la organización tomada en su conjunto y las masas. En las fórmulas algebraicas, arrojaba cifras de inmediato y casi automáticamente. Por este medio, obtenía la sumamente importante verificación de las fórmulas políticas, teniendo en cuenta que se trataba de acción revolucionaria.

Después de haber renunciado a la manifestación del 10 de junio, como la atmósfera del I Congreso de los Soviets era altamente impaciente y Tseretelli amenazaba con desarmar a los obreros de Petrogrado, fui con el camarada Kamenev al comité editorial de *Pravda* y después de un breve intercambio de opiniones, redacté, en base a la propuesta Lenin, un proyecto de directivas del Comité Central del partido al Comité Ejecutivo del Congreso.

En el curso de esta reunión Lenin dijo algunas palabras acerca de Tseretelli respecto de su último discurso del 11 de junio:

—¡Pensar que este hombre ha sido revolucionario y que ha pasado tantos años en la cárcel! ¡Y ahora, reniega completamente de su pasado...!

En aquellas palabras no había ninguna intención política: era sólo una rápida reflexión acerca del destino de un hombre que había sido antiguamente un gran revolucionario. El tono en que las dijo, tenía algo de compasivo, de pesar; pero su expresión fue breve y seca, pues nada le era más odioso a Lenin que el menor matiz de sentimentalismo o de argucia psicológica.

Hacia el 4 o 5 de julio encontré a Lenin (¿y también a Zinoviev^[37]?), si la memoria no me engaña, en el Palacio Táurida^[38]. La ofensiva había sido repelida. La furia contra los bolcheviques, entre los gobernantes, había llegado a su punto

culminante.

—Ahora quieren fusilarnos a todos —dijo Lenin—. Sería para ellos su mejor momento.

Su idea fundamental era comenzar la retirada y volver, en la medida que fuese necesario, a la acción clandestina. Éste fue uno de los giros bruscos de la estrategia de Lenin motivado, como siempre, en una rápida apreciación de las circunstancias.

Más tarde, durante el III Congreso de la Internacional Comunista, Vladimir Ilich dijo un día:

—En julio, hemos hecho unas cuantas estupideces.

Con esto quería decir que la acción militar había sido prematura, que la manifestación había tomado formas muy agresivas que no estaban en relación con nuestras fuerzas en proporción con la inmensidad del país.

Tanto más destacable es la serena decisión con la que, los días 4 y 5 de julio, definió las posiciones respectivas de los revolucionarios y de sus adversarios, y, poniéndose en el lugar de estos últimos, concluyó que «para ellos» era el mejor momento para fusilarnos. Afortunadamente, nuestros enemigos eran incapaces entonces de actuar tanto con el sentido de la oportunidad como con resolución. Se limitaban a la preparación química, a las combinaciones de Perevertzev. Sin embargo, era muy probable que si ellos, o más exactamente, sus oficiales, hubiesen logrado poner las manos sobre Lenin en los primeros días que siguieron al levantamiento de julio^[39], le hubieran dado un trato similar al que los oficiales alemanes, menos de dos años más tarde, le dieron a Liebknecht y a Rosa Luxemburgo.

En la reunión arriba mencionada no se decidió claramente desaparecer o retirarse a la acción clandestina. La revuelta de Kornilov^[40] se ponía poco a poco en movimiento. Personalmente permanecí visible durante dos o tres días más. Hice uso de la palabra en varias reuniones del partido y de organizaciones, sobre este tema: «¿Qué hacer?» El furioso ataque desatado sobre los bolcheviques parecía invencible. Los mencheviques procuraban, por todos los medios, de sacar provecho de una situación, que ellos mismos habían ayudado a crear.

Recuerdo que tuve la ocasión de hablar, en la biblioteca del Palacio Táurida, en un mitin de representantes de los sindicatos. Se encontraban allí unas docenas de hombres, como máximo, es decir, las «altas cumbres» de los sindicatos. Predominaban los mencheviques. Demostré la necesidad que tenían los sindicatos de protestar contra la acusación que afirmaba que los bolcheviques eran cómplices del militarismo alemán. Recuerdo bastante confusamente las peripecias de esta reunión, pero claramente me acuerdo de dos o tres caras sarcásticas que realmente sólo querían ser abofeteadas...

Sin embargo, el terror se profundizaba. Las detenciones se sucedían. Durante varios días estuve escondido en casa del camarada Larín. Luego, volví a salir, me presenté en el Palacio Táurida y rápidamente fui detenido.

Sólo recuperé mi libertad en plena revuelta de Kornilov y cuando la corriente del

bolchevismo comenzó a ascender con fuerza. En esta época, los «unionistas» ya habían ingresado al partido. Sverdlov me propuso ver a Lenin, que aún estaba escondido. No recuerdo quién me introdujo al alojamiento obrero de la «conspiración», donde debía encontrar a Vladimir Ilich; quizás fue Rachia quien me llevó. También encontré allí a Kalinin^[41], a quien Lenin, en mi presencia, continuó consultando largamente acerca del estado de ánimo de los obreros: si lucharían, si irían hasta el final, si podrían tomar el poder, etcétera.

¿Cuál era el estado de ánimo de Lenin entonces? Si he de caracterizarlo en pocas palabras, debo decir que era de una impaciencia contenida y de una profunda inquietud. Veía claramente que se acercaba el momento de arriesgar el todo por el todo, y al mismo tiempo opinaba, no sin fundamento, que los jefes del partido no habían sacado todas las conclusiones que imponía la situación. El comportamiento del Comité Central le parecía pasivo y expectante. Lenin creía que aún no era posible su regreso al trabajo abierto, porque temía, justificadamente, que si lo detenían esto fijaría e incluso reforzaría la actitud expectante de los principales militantes del partido: lo que inevitablemente nos habría llevado a dejar escapar una situación excepcionalmente revolucionaria.

Por eso la suspicaz vigilancia de Vladimir Ilich, su susceptibilidad con respecto a cualquier síntoma de ánimo contemporalizador, índice de irresolución o de temor, se acrecentaron en estos días y semanas hasta su punto culminante. Exigía que se hiciera inmediatamente una conspiración sistemática. Había que sorprender al enemigo como un rayo y arrancarle el poder; luego, se vería... Esto sin embargo debe ser contado más detalladamente.

El biógrafo de Lenin deberá prestar la mayor atención al mismo hecho del regreso de Lenin a Rusia y el contacto que tomó con las masas obreras. Salvo un breve intervalo que tuvo lugar en 1905, Lenin había pasado más de quince años en la emigración. Su capacidad de sentir la realidad, su íntima percepción del trabajador viviente, tal como existe, lejos de debilitarse durante este largo período, por el contrario, se había fortalecido con la labor del pensamiento teórico y de la imaginación creadora. Según los encuentros y las observaciones que le brindaba la ocasión, él distinguía y recomponía la imagen del conjunto.

Sin embargo, fue en la emigración cuando vivió el período en el que maduró y creció definitivamente para cumplir su rol histórico. Cuando llegó a Petrogrado, portaba consigo mismo conceptos completamente formados, los que resumían toda la experiencia social, teórica y práctica de su vida. Apenas tocó el suelo de Rusia proclamó la consigna de la revolución social. Pero fue sólo entonces, durante la experiencia realizada por las masas laboriosas vivientes, llevadas a la acción en Rusia, cuando comenzó la verificación del conjunto de los pensamientos acumulados, revisados, fijados durante tantos años.

Las fórmulas resistieron la prueba. Mucho mejor aún, fue sólo aquí, en Rusia, en Petrogrado, que ellas se llenaron de su contenido concreto, cotidiano, irrefutable y

que tomaron, en consecuencia, una fuerza irresistible.

De ahora en adelante, no era cuestión de reconstituir, según modelos más o menos ocasionales, la perspectiva del conjunto. Era este conjunto mismo el que se afirmaba abiertamente a través de todas las voces de la revolución.

Lenin mostró entonces, y quizás lo sintió completamente por primera vez, hasta qué punto era capaz de escuchar la voz aún caótica de la masa que despertaba ¡Con qué desprecio profundamente orgánico observaba el silencio de los partidos dirigentes de la Rusia de febrero, estas corrientes de una «poderosa» opinión pública que, de contragolpe, se reenviaban de un periódico a otro; con qué desprecio se sorprendía de la miopía, la vanidad, la charlatanería, todo lo que caracterizaba la Rusia oficial de febrero!

Bajo los decorados democráticos que cubrían la escena, él escuchaba crecer el ruido sordo y prolongado de acontecimientos de otro calibre. Cuando los escépticos le señalaban las grandes dificultades de su empresa, la movilización de la opinión pública burguesa, la presencia de fuerzas elementales pequeñoburguesas, cerraba sus dientes y sus pómulos se hacían más agudos bajo la piel de sus mejillas. Esto significaba que se contenía para no decirles a los escépticos, simple y francamente, lo que pensaba de ellos. Veía y comprendía las dificultades tanto y mejor que nadie, pero tenía la clara sensación física, como algo palpable, de las gigantescas fuerzas acumuladas y que, ahora, tomaban un formidable impulso para derribar todos los obstáculos.

Él veía, escuchaba y sentía ante todo al obrero ruso, cuyo número había crecido considerablemente, que no había olvidado todavía la experiencia de 1905, que había pasado por la escuela de la guerra, conociendo sus ilusiones, hipocresías y las imposturas de la defensa nacional, y que ahora estaba dispuesto a soportar los mayores sacrificios y arriesgarse en esfuerzos inauditos.

Sentía el estado de ánimo del soldado, del soldado cansado por tres años de carnicería diabólica —sin razón ni objetivo—, del soldado que despertó con el rayo de la revolución y que se disponía a tomar su revancha por todos los sacrificios estúpidos, las humillaciones y todas las afrentas a través de una explosión de furioso odio que nada podía detener.

Escuchaba y sentía al mujik que arrastraba aún las cadenas de una esclavitud multiseccular y que ahora, gracias a la violenta sacudida de la guerra, percibió por primera vez la posibilidad de ajustar cuentas con sus opresores, esclavistas y señores: una revancha espantosa, implacable.

El mujik aún pataleaba en el mismo lugar, sin saber por quién decidirse, dudando entre la pirotecnia verbal de Chernov y su «especialidad», que consistía en una gran revuelta agraria.

El soldado permanecía aún en la incertidumbre, con un pie aquí y otro allá, dudando si elegir su camino entre el patriotismo y las tentaciones de la desertión.

Los obreros terminaban de escuchar, aunque ya con desconfianza y cierta

hostilidad, los últimos discursos de Tseretelli.

Ya crecía impacientemente el vapor en las calderas de los cruceros armados de Kronstadt. El marinero combinaba el odio de los obreros, afilado como puntas de acero y la obtusa cólera del insociable mujik; quemado a fuego por la espantosa masacre, ya echaba por la borda a aquellos que encarnaban para él todas las formas de opresión, las de la clase, las de la burocracia y las de la autoridad militar.

La Revolución de Febrero estaba cuesta abajo. Una coalición de salvadores había recogido los despojos que quedaban del régimen zarista; se los estiraba, se los hilvanaba y terminaban formando un delgado velo de legalidad democrática.

Pero debajo de él todo hervía y se agitaba, todos los rencores del pasado buscaban su salida: el odio al guardia en el campo, al comisario del barrio, al jefe de policía, al inspector del distrito, al agente de policía, a los industriales, al usurero, al propietario, a los parásitos, a los hombres de «manos blancas», a los injuriadores y a los tiranos: así se preparaba la mayor de las erupciones revolucionarias que haya conocido la historia.

Esto era lo que Lenin vivía y escuchaba, lo que sentía físicamente, con una irresistible claridad y una convicción absoluta cuando, después de una larga ausencia, tomó contacto con el país atrapado por los espasmos de la revolución.

«Imbéciles, charlatanes y cretinos, ¿creen que la historia se hace en los salones, donde los pequeños advenedizos demócratas tratan familiarmente, ‘amigos como chanchos’, con los titulados liberales, donde los serviciales de ayer, abogadillos de provincia, aprenden rápidamente a besar vivamente las finas manos de las Altezas? ¡Imbéciles! ¡Charlatanes! ¡Cretinos!»

La historia se hace en las trincheras donde el soldado, poseído por la pesadilla, la locura de la guerra, clava su bayoneta en el cuerpo del oficial y luego, aferrado a los topes de un vagón, huye a su aldea natal para encender la llama, para plantar el «gallo rojo» en el techo de los propietarios. ¿Esta barbarie no está de acuerdo con vuestra sensibilidad? No se ofendan, les responde la historia: la más bella muchacha del mundo no puede dar más de lo que posee. Lo que se produce procede simplemente de lo que ha precedido. ¿Ustedes se imaginan seriamente que la historia se hace en vuestros «comités de contacto»? ¡Tonterías, palabrerío infantil, fantasmagorías, cretinismo!

La historia —apréndanlo— ha escogido esta vez como laboratorio de sus preparativos al palacio [de Táurida] de la bailarina Kchessinskaia, ex amante del ex zar. Y desde allí, desde este edificio que simboliza la vieja Rusia, la historia prepara la liquidación de toda vuestra lujuria, de toda la disolución corrupta de vuestro Petrogrado monárquico, burocrático, aristocrático, burgués. Hacia este palacio de la ex bailarina imperial convergen las muchedumbres negras de hollín, los delegados de las fábricas, los diputados llegados a pie desde las trincheras, hombres grises, mal vestidos, cubiertos de piojos; y es desde aquí que ellos difunden en el país la nueva palabra, las palabras fatídicas...

Los mediocres ministros de la revolución deliberaban y se preguntaban cómo hacer para restituir el palacio a su propietario legítimo. Los periodistas burgueses, SR y mencheviques rechinaban sus dientes cariados y se lamentaban porque Lenin, desde lo alto del balcón de Kchessinskaia, lanzaba las consignas de la revolución social. Pero estos tardíos esfuerzos no aumentaban el odio que Lenin sentía por la vieja Rusia ni daban más impulso a su voluntad de represalias: ambas cosas ya habían alcanzado su límite. El Lenin que se dirigía desde el balcón de Kchessinskaia era el mismo que, dos meses más tarde, se ocultaría en un motón de hierbas y que pocas semanas después ocuparía el cargo de presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo.

Pero al mismo tiempo, Lenin veía que existía dentro del partido una cierta resistencia conservadora —al comienzo de naturaleza más psicológica que política— frente al salto inmenso que debía ponerse en juego.

Lenin observaba con inquietud creciente las divergencias que se manifestaban cada vez más entre la predisposición de algunos dirigentes del partido y del estado de ánimo de las masas obreras. Ni por un minuto consideró como suficiente la adopción del Comité Central de la fórmula de insurrección armada. Sabía cuán difícil es pasar de las palabras a los hechos. Con toda su energía, por todos los medios a su disposición procuraba someter el partido bajo la presión de las masas y al Comité Central del partido bajo la presión de las filas de sus adherentes y seguidores.

Convocaba a camaradas a su lugar de refugio, tomaba notas, las verificaba, realizaba interrogatorios, preveía las contradicciones, lanzaba por vías indirectas y transversales sus consignas en el partido, las lanzaba hacia las masas, profundamente, para poner a los jefes frente a la necesidad de actuar y de ir hasta el final.

Si queremos hacernos una idea de la conducta de Lenin en estos días, debemos ver claramente esto: Vladimir Ilich tenía una fe ciega en la voluntad de revolución de las masas, creía que la revolución podía ser hecha por ellas; pero no tenía la misma confianza con respecto al Estado Mayor del partido.

Y sin embargo comprendía también claramente, que no había tiempo que perder. Una situación revolucionaria no puede prolongarse arbitrariamente hasta el momento en que el partido esté dispuesto a aprovecharla. Lo hemos visto recientemente en el ejemplo de Alemania.

Aún en los últimos tiempos, se ha expresado esta opinión: que si no hubiéramos tomado el poder en octubre, lo podríamos haber conquistado dos o tres meses después. ¡Grosero error! Si no hubiéramos tomado el poder en octubre, no lo habríamos tomado jamás. Nuestra fuerza antes de octubre estaba en la afluencia ininterrumpida de las masas, que creían que nuestro partido, que *este* partido haría lo que los otros no habían hecho. Si en aquel momento hubiesen visto alguna vacilación de nuestra parte, cualquier dilación, si hubieran constatado que nuestras palabras no se correspondían con los hechos, en el curso de dos o tres meses nos hubiesen abandonado de la misma manera que lo hicieron con los SR y los mencheviques. La

burguesía se habría beneficiado de un impasse, que habría aprovechado para concertar la paz. Las relaciones de fuerzas habrían cambiado radicalmente, y el golpe de Estado proletario hubiese sido dejado de lado para un tiempo indeterminado. Esto es precisamente lo que Lenin comprendía, lo que sentía, lo que le afectaba. De allí provenía su inquietud, su ansiedad, su desconfianza; de allí la furiosa presión que ejerció, saludable para la revolución.

Los disensos dentro del partido, que estallaron como una tormenta durante las Jornadas de Octubre, ya se habían manifestado anteriormente, en varias etapas de la revolución.

El primer conflicto, durante el que se cuestionó ante todo los principios, pero en el que la discusión permaneció aún en calma, en el terreno de la teoría, surgió inmediatamente después de la llegada de Lenin, a propósito de sus *Tesis*.

El segundo conflicto, fue un choque subterráneo y se produjo a causa de la manifestación armada del 20 de abril.

El tercero surgió a propósito de la tentativa de manifestación armada del 10 de junio. Los «moderados» creían que Lenin, quería intimidarlos a través de una manifestación armada, mostrándoles una perspectiva de insurrección.

El conflicto siguiente fue el más grave: estalló luego de las Jornadas de Julio. Los desacuerdos se manifestaron en la prensa.

La etapa siguiente en el desarrollo de la lucha interna estuvo marcada por la cuestión del «preparlamento^[42]». Esta vez, en el partido dos grupos se enfrentaron abiertamente. ¿Se levantó acta de esta sesión? ¿Alguien la conserva? No lo sé. Pero los debates fueron indudablemente de un interés extraordinario. Las dos tendencias, una partidaria de tomar el poder, la otra de sostener el papel de oposición en la Asamblea constituyente, se definieron entonces plenamente. Los que defendían el boicót del preparlamento quedaron en minoría, aunque no por mucha diferencia.

Lenin desde su escondite rechazó rápidamente los debates que se producían en la fracción y la decisión tomada, a través de una carta al Comité Central.

Esta carta, en la que Lenin, en términos más que enérgicos, se declaraba partidario de los boicoteadores ala «Duma de Bulyguin^[43]», es decir de Kerensky-Tseretelli, no se encuentra en la segunda parte del volumen XIV de sus *Obras Completas*. ¿Ha sido conservado éste extremadamente precioso documento? Las divergencias de opinión alcanzaron su máxima tensión precisamente en vísperas de Octubre, cuando hubo que adoptar definitivamente la línea que llevaría a la sublevación y fijar la fecha de la insurrección.

Y finalmente, después del golpe de Estado del 25 de Octubre, las divergencias se agravaron aún más respecto a la cuestión de la coalición con los otros partidos socialistas.

Sería sumamente interesante reconstruir en todos sus detalles el papel de Lenin en vísperas del 20 de abril, del 10 de junio y de las Jornadas de julio.

«En julio hicimos estupideces», decía Lenin más tarde; lo decía en

conversaciones particulares y recuerdo que lo repitió en una conferencia con la delegación alemana acerca de los acontecimientos en marzo de 1921, en Alemania. ¿En qué consistían entonces estas «estupideces»?

En una enérgica experimentación o demasiado enérgica, en una operación de reconocimiento activo o demasiado impulsada activamente.

Era necesario efectuar cada tanto estos reconocimientos, sin los cuales se habría podido perder el contacto con las masas. Pero, por otra parte, como es bien sabido, un reconocimiento activo se transforma algunas veces por las buenas o por las malas en una batalla general.

Es justamente lo que casi se produjo en julio. Pero afortunadamente, sonó la retirada en el tiempo requerido. Y el enemigo, no tuvo la audacia de utilizar sus ventajas hasta el final. No era por azar que le faltara esta audacia; el régimen de Kerensky era, en su esencia misma, el de las tergiversaciones; y la cobardía del «kerenkismo» lo paralizaba tanto más cuanto que la aventura de Kornilov le hacía sentir más terror.

CAPÍTULO II

EL GOLPE DE ESTADO

La apertura del II Congreso de los Soviets fue fijada, según lo habíamos requerido, para el final de la «Conferencia Democrática^[44]», es decir, para el 25 de octubre.

Debido al estado de ánimo que se manifestaba, a la exaltación cada vez más creciente no sólo en los barrios obreros, sino también en los cuarteles, nos parecía más acorde con nuestros planes concentrar la atención de la guarnición de Petrogrado en esta fecha, elegida como el día en que el Congreso de los Soviets debería decidir sobre la cuestión del poder, mientras que los obreros y las tropas, debían apoyar el Congreso, después de haber sido preparados como era necesario.

Nuestra estrategia, en el fondo, era la de la ofensiva, íbamos en camino a la toma del poder; pero el tema de nuestra agitación era que, como nuestros enemigos se estaban preparando para dispersar el Congreso de los Soviets, había que darles una respuesta implacable. Todo este plan se basaba en la potencia de la afluencia revolucionaria que tendería, en todas partes, a ganar el mismo nivel y no daría al adversario ningún respiro. Los regimientos de retaguardia guardarían, en el peor de los casos, la neutralidad.

En estas condiciones, el menor gesto del gobierno dirigido contra el Soviet de Petrogrado debía asignarnos, *ipso facto*, una preponderancia decisiva. Lenin temía, entre tanto, que el enemigo tuviera tiempo de enviar tropas contrarrevolucionarias, sin duda poco numerosas pero resueltas, y nos atacase antes, aprovechando la ventaja de la sorpresa. Si el enemigo sorprendía al partido y los Soviets, deteniendo a los que formaban el centro dirigente del movimiento en Petrogrado, podía decapitar la revolución y luego, gradualmente, debilitarla.

—¡No es necesario esperar más, es imposible diferirlo! —repetía Lenin.

Fue en estas condiciones que tuvo lugar, a fines de septiembre o a comienzos de octubre, la famosa sesión nocturna del Comité Central en casa de Sujanov.

Lenin fue a ella firmemente decidido esta vez a obtener una resolución que no dejase ya lugar a dudas, vacilaciones, obstáculos, a la pasividad ni a la contemporización.

No obstante, antes de caer sobre los adversarios a la insurrección armada, primero presionó a los que fijaban la sublevación en función del II Congreso de los Soviets.

Alguien le informó que yo había dicho: «Hemos fijado la sublevación para el 25

de octubre».

Efectivamente, yo había repetido varias veces de esta frase, ante aquellos compañeros que indicaban que el camino de la revolución pasaba a través de un «preparlamento» y de una «imponente» oposición bolchevique en la Asamblea Constituyente.

«Si el Congreso de los Soviets, en su mayoría bolchevique —yo decía—, no toma el poder, el bolchevismo pagará los costos. Entonces, muy probablemente, la Asamblea Constituyente no será convocada. Convocando, después de todo lo sucedido, el Congreso de los Soviets con una mayoría nuestra asegurada de antemano, para el 25 de octubre, nos comprometemos públicamente a tomar el poder a más tardar el 25 de octubre».

Vladimir Ilich se opuso violentamente contra esta fecha. La cuestión del II Congreso de los Soviets, decía, no le interesaba para nada; ¿qué importancia podía tener esto? ¿Se reuniría efectivamente? ¿Y qué podría hacer en el caso de que se reuniera? Había que arrancar el poder y no embrollarse con el Congreso de los Soviets: era ridículo, absurdo advertir al enemigo sobre el día de nuestra sublevación. En el mejor de los casos, la fecha del 25 de octubre podía servirnos para ocultar nuestras intenciones, pero era indispensable desencadenar la insurrección antes e independientemente del Congreso de los Soviets. El partido debía apoderarse del poder mediante las armas, y luego se vería cómo hablar con el Congreso de los Soviets. ¡Había que pasar a la acción inmediatamente!

Como en las Jornadas de Julio, cuando Lenin esperaba firmemente ver como «ellos» nos iban a fusilar, imaginaba ahora todos los detalles de la situación del enemigo, y llegaba a la conclusión de que, desde el punto de vista de la burguesía, lo mejor sería sorprendernos a través de las armas, desorganizar la revolución y, luego, demolerlos. Como en julio, Lenin sobrestimaba la perspicacia y la resolución del enemigo, y quizá también a sus posibilidades materiales. En gran medida, exageraba de forma voluntaria, con un objetivo táctico absolutamente justo: sobrestimando al enemigo, se proponía incitar al partido a redoblar su energía contra el ataque.

Pero, a pesar de todo, el partido no podía tomar el poder con sus propias manos, independientemente del Soviet y a sus espaldas. Esto hubiera sido un error cuyas consecuencias se habrían manifestado en la conducta de los obreros y podría haberse convertido en algo extremadamente deplorable para la guarnición. Los soldados conocían el Consejo de diputados, conocían su sección, sólo conocían el partido a través del Congreso. Y si el levantamiento tuviese lugar después del Soviet. Y si la insurrección se hubiera llevado adelante a espaldas del Soviet, sin relación con él, sin que estuviera cubierta por su autoridad y sin afirmarse clara y francamente, frente a la mirada de todos, como la salida de la lucha por el poder de los Soviets, esto habría podido causar una peligrosa confusión en la guarnición. No hay que olvidarse, además, que en Petrogrado, al lado del Soviet local, se encontraba el antiguo Comité Central Ejecutivo de toda Rusia, con los SR y los mencheviques a la cabeza. Era lo

único que podíamos oponer al Congreso soviético.

Al fin se formaron tres grupos en el Comité Central: los adversarios a la toma del poder, a los que la lógica de la situación forzó a renunciar a la consigna «Todo el poder a los Soviets»; Lenin, que exigía la organización inmediata de la insurrección, independientemente de los Soviets; y el último grupo, que reunía al resto, que consideraba absolutamente necesario ligar estrechamente la insurrección con el II Congreso de los Soviets y, en consecuencia, hacer coincidir a uno con el otro.

«En todo caso —insistía Lenin— la conquista del poder debe preceder al Congreso de los Soviets; de otra manera, se los aplastará y no lograrán convocar ningún Congreso».

Finalmente, se propuso una resolución según la cual la insurrección debía realizarse el 15 de octubre, a más tardar. Acerca de la fecha citada, según recuerdo, casi no hubo debate. Todos comprendían que tenía un valor aproximado, que tenía un carácter sólo de orientación, y el seguimiento de los acontecimientos podía acelerarla o alejarla un poco. Pero sólo podía ser una cuestión de días, nada más. Pero la necesidad de una fecha tan aproximada como fuera posible era absolutamente evidente.

Los principales debates en las sesiones del Comité Central tuvieron, naturalmente, como objetivo la lucha contra los miembros del Comité que se oponían a la insurrección armada en general.

Me abstengo de reproducir aquí tres o cuatro discursos que Lenin pronunció durante esta última sesión sobre los siguientes puntos: «¿Es necesario tomar el poder? ¿Ha llegado el momento de tomarlo? ¿Podremos conservar el poder si lo tomamos?»

Sobre estos temas, Lenin escribió, entonces y después, varios artículos y folletos. El desarrollo de las ideas en sus discursos en la sesión fue, naturalmente, el mismo. Pero lo que es absolutamente intraducible, lo que no se puede reproducir, es el espíritu de estas vehementes improvisaciones, apasionadas, totalmente penetradas por el deseo de transmitir a los adversarios, a los vacilantes, a los irresueltos, su pensamiento, su voluntad, su convicción y coraje. Pues, finalmente, lo que lo decidía entonces ¡era la suerte misma de la revolución...!

La sesión concluyó muy entrada la noche. Todos se sentían casi como quien acaba de sufrir una operación quirúrgica. Una parte de los asistentes a la sesión pasamos el resto de la noche en casa de Sujanov.

El curso ulterior de los acontecimientos, se sabe, nos fue de gran ayuda. El intento que se había hecho de licenciar a la guarnición de Petrogrado condujo a la creación del Comité Militar Revolucionario. Así nos fue posible legalizar la preparación de la insurrección a través de la autoridad del Soviet, y ligar nuestra causa a una cuestión que afectaba vitalmente a toda la guarnición de Petrogrado.

En el intervalo entre la sesión del Comité Central descrita más arriba y el 25 de octubre, sólo recuerdo haber tenido una entrevista con Vladimir Ilich; aunque este recuerdo es confuso. ¿En qué fecha se produjo? Sin duda entre el 15 y el 20 de

octubre. Recuerdo que estaba muy interesado en saber lo que pensaba Lenin del carácter «defensivo» de mi discurso en la sesión del Soviet de Petrogrado: yo había declarado la falsedad de los rumores acerca de que estábamos preparando para el 22 de octubre (el «día del Soviet de Petrogrado»), una insurrección armada, y advertí que responderíamos a todo ataque con un resuelto contragolpe y que llevaríamos las cosas hasta el final. Recuerdo que el estado de ánimo de Vladimir Ilich, durante esta entrevista, era de una gran calma y seguridad, incluso diría menos desconfiado. No sólo no opuso objeciones al tono aparentemente defensivo de mi discurso, sino que lo encontró completamente apropiado para adormecer la vigilancia del enemigo.

A pesar de todo, movía la cabeza de vez en cuando y preguntaba:

—¿Pero no nos van a ganar de mano? ¿No van a sorprendernos?

Yo le demostré que todo se desarrollaría casi automáticamente.

Durante esta conversación, o al menos en una parte de ella, creo que estuvo presente el camarada Stalin. Quizá confundo esta reunión con otra. En general, debo decir que, los recuerdos que tengo respecto a los días inmediatos anteriores al golpe de Estado parecen comprimidos en mi memoria, y que me es muy difícil por ello separarlos, desarrollarlos y ordenarlos.

Debía volver a ver a Lenin el 25 de octubre, el mismo día del gran acontecimiento, en el Smolny. ¿A qué hora? No tengo la menor idea, probablemente por la tarde. Recuerdo muy bien que Vladimir Ilich en seguida preguntó ansiosamente por las negociaciones que se realizaban con el Estado Mayor del distrito militar de Petrogrado acerca del futuro destino de la guarnición. Según los periódicos, las negociaciones estaban cerca de una conclusión favorable.

—¿Están por llegar a un compromiso? —preguntó Lenin, y su mirada nos penetraba hasta el alma.

Le dije que habíamos lanzado en forma adrede estas noticias tranquilizadoras en los periódicos, pero que sólo eran para tomar por sorpresa al enemigo mientras se comenzaba la batalla general.

—¡Ah! ¡Bien, esto está *muy bien!* —exclamó Lenin, con una voz melodiosa y alegre y, retomando su entusiasmo, se puso a dar grandes pasos por la habitación mientras se frotaba las manos.

—Sí ¡Eso está *muy bien!*

En general a Ilich le gustaban las estratagemas. Engañar al enemigo, hacerle creer tonterías, ¿no es lo más agradable que se puede imaginar?

Pero en aquel caso, la estratagema tenía un significado muy particular: era una prueba de que habíamos entrado directamente en pleno corazón de la acción decisiva. Le dije de qué manera las operaciones militares ya se encontraban en un estado avanzado: nos habíamos apoderado por el momento de un número importante de lugares de la ciudad.

Vladimir Ilich había visto en un edicto impreso la noche anterior —o quizá fui yo quien se lo enseñé— que amenazaba con ejecutarlo en el acto, a todo aquel que

intentase cometer saqueos durante el golpe de Estado.

Al principio, Lenin parecía desconcertado, hasta me pareció que dudaba. Pero luego dijo:

—Bueno, ¡es razonable!

Lenin se abalanzó ávidamente sobre todos los detalles del gran acontecimiento. Para él, eran la prueba indiscutible de que el movimiento se hallaba en pleno desarrollo; habíamos pasado el Rubicon y ya no había un retorno posible hacia atrás. Recuerdo la fuerte impresión que produjeron en Lenin las noticias de que por orden escrita yo había ordenado la salida de una compañía del regimiento Pavlovsky, a fin de asegurar la publicación de los periódicos de nuestro partido y del Soviet.

—¿Y ha salido la compañía?

—Perfectamente.

—¿Y los periódicos están para ser impresos?

—Sí, están en marcha.

Lenin estaba satisfecho, y lo demostraba con exclamaciones y risas y frotándose las manos. Luego se encerró en sí mismo, reflexionó y dijo:

—¡Entonces, se pueden hacer las cosas de esta forma... si tomamos el poder!

Comprendí que, sólo en este momento, Lenin admitía la idea de renunciar a tomar el poder por medio de una conspiración. Hasta último momento, él temía que el enemigo desbaratase nuestros planes y nos sorprendiese.

Solamente la noche del 25 de octubre se apaciguó y sancionó definitivamente el giro que habían tomado los acontecimientos. Digo que «se apaciguó», pero sólo para volver a exaltarse ante una serie de cuestiones, grandes y pequeñas, concretas y meticulosas, relacionadas con el curso ulterior del levantamiento:

—Escucha, ¿y si ustedes hacen esto? ¿no sería mejor hacerlo así? ¿Y si recurriamos a aquél?

Estas interminables preguntas e iniciativas aparentemente no tenían ninguna relación entre ellas, pero todas tenían un origen común el mismo trabajo interior intensivo que abarcaba toda la amplitud del alzamiento.

Hay que saber controlar los propios impulsos durante los acontecimientos de una revolución. Cuando la multitud asciende de modo irresistible, cuando las fuerzas de la insurrección se multiplican automáticamente, mientras que las de la reacción, fatalmente, se fraccionan y dispersan, es grande la tentación de librarse al curso de los acontecimientos, de dejarse llevar por la corriente. Un éxito rápido desarma tanto como una derrota.

No se debe perder de vista el hilo de los acontecimientos. Después de cada éxito hay que decirse: «Nada se ha logrado todavía, nada está aún asegurado»; cinco minutos antes de la victoria decisiva la dirección de los acontecimientos requiere la misma atención, el mismo desvelo y la misma fuerza y energía que cinco minutos antes del comienzo de la acción armada; cinco minutos después de la victoria, incluso antes de que las primeras exclamaciones de júbilo se hayan apagado, hay que decirse:

«La conquista no está aún asegurada; no hay un minuto que perder». Ésta es la dirección, la manera de actuar, el método de Lenin, la esencia orgánica de su carácter político, de su espíritu revolucionario.

He dicho alguna vez de qué manera Dan^[45], yendo a una sesión de la fracción de los mencheviques del II Congreso de los Soviets, reconoció entre nosotros, que estábamos sentados junto a una mesita en un pasillo, a Lenin disfrazado. Este hecho fue incluso representado en un cuadro que, además, a juzgar por las fotografías que he visto de él, no tiene mucho que ver con la realidad. Tal es, por otra parte, el destino de la pintura histórica, y no sólo de este arte.

No recuerdo en qué ocasión, pero sí que era mucho tiempo después, dije a Vladimir Ilich:

—Debemos redactar una nota sobre este encuentro, ¡si no después inventarán habladurías!

Hizo un gesto cómico de contrariedad:

—¡Qué importa! Las habladurías serán muchas más...

La primera sesión del II Congreso de los Soviets se celebraba en el Instituto Smolny. Lenin no se mostró en público. Permanecía apartado en una de las salas donde, donde, si mal no recuerdo, no había o casi no había muebles. Sólo después llegó alguien con colchas y dos almohadas que tendió en el suelo. Vladimir Ilich y yo reposábamos allí, uno al lado del otro. Pero a los pocos minutos alguien vino a llamarme:

—Dan ha tomado la palabra, hay que responder.

Al regresar de mi réplica volví a tenderme junto a Lenin quien, naturalmente, ni pensaba en dormir. ¡Las cosas no estaban para eso! Cada cinco o diez minutos, alguien llegaba del salón de sesiones para hacernos saber cómo iban las cosas. Además, llegaban mensajeros de la ciudad donde, bajo la dirección de Antonov-Ovseenko, se estaba llevando adelante el asedio del Palacio de Invierno, que terminó siendo tomado por asalto.

A la mañana siguiente, separada del día anterior apenas por una noche de insomnio, Vladimir Ilich tenía el aspecto de un hombre fatigado. Sonrió y dijo:

—La transición de la ilegalidad y del régimen de Perevertzev al poder es demasiado brusca... *Es schwiendelt* (la cabeza me da vueltas) —añadió, no sé por qué, en alemán, y describió con la mano un movimiento circular sobre su cabeza.

Después de esta observación, la única más o menos personal que le oí acerca de la conquista del poder, pasó simplemente realizar las tareas del día.

CAPÍTULO III

BREST-LITOVSK

Comenzamos las negociaciones de paz con la esperanza de movilizar a las masas obreras de Alemania y Austria-Hungría así como a las de los países de la Entente. Para lograr este objetivo era necesario alargar las negociaciones todo lo posible, y de este modo dar a los obreros europeos el tiempo necesario para comprender el principal móvil de la revolución soviética y, particularmente, su política de paz.

Después de la primera suspensión de las negociaciones, Lenin me propuso que fuese a Brest-Litovsk. La perspectiva de tratar con el barón Kühlmann y el general Hoffmann^[46] no era para nada seductora, pero «para prolongar las negociaciones, hacía falta alguien que las prolongara», como decía Lenin. Tuvimos, en el Instituto Smolny un breve intercambio de ideas acerca del carácter general de las negociaciones. La cuestión de si firmaríamos o no, se aplazó por un tiempo: no podíamos saber cómo marcharían las conferencias, qué efecto producirían en Europa, ni qué situación resultaría de ello. Y no renunciábamos, naturalmente, a la esperanza de un rápido desarrollo revolucionario.

Que no podíamos continuar la guerra, era para mí, absolutamente evidente. Cuando atravesé las trincheras, por primera vez, hacia Brest-Litovsk, nuestros camaradas, a pesar de todas las advertencias y exhortaciones que se les habían realizado, no lograban organizar una manifestación más o menos significativa en protesta contra las enormes exigencias alemanas: las trincheras estaban casi vacías, nadie se aventuraba a hablar, ni bajo una forma condicional, de una prolongación de la guerra. ¡Paz, paz a cualquier precio...!

Más tarde, a mi regreso de Brest-Litovsk, intenté convencer al presidente de la sección militar del Comité Central Ejecutivo de todas las Rusias, para que apoyase a nuestra delegación por medio de un discurso «patriótico».

—¡Imposible! —exclamó— ¡Absolutamente imposible! No podríamos volver a las trincheras; no nos comprenderían; perderíamos toda nuestra influencia...

En lo que se refería a la imposibilidad de una guerra revolucionaria, no había entre Vladimir y yo la más ligera diferencia de opinión.

Pero había otras cuestiones: ¿Los alemanes podían continuar la guerra? ¿Se encontraban en condiciones de comenzar una ofensiva contra la revolución que proclamaría la cesación de la guerra? ¿Cómo podíamos conocer el estado de ánimo de los soldados alemanes? ¿Qué efecto les había producido la Revolución de Febrero

y más tarde la Revolución de Octubre a estas masas? La huelga de enero en Alemania, parecía indicar cierta movilización. ¿Pero qué profundidad alcanzaba? ¿No era necesario someter a los obreros alemanes y al ejército alemán a una prueba: por un lado, la revolución obrera, que declaraba la guerra concluida; por otro, el gobierno de los Hohenzollern^[47], que ordenaba el ataque contra esta revolución?

—Eso es, naturalmente, muy tentador —contestó Lenin— y seguramente sería algo parecido a una prueba. Pero es arriesgado, muy arriesgado. Y si el militarismo alemán se encuentra suficientemente fuerte, lo que es muy probable, como para desencadenar la ofensiva contra nosotros, ¿qué pasaría entonces? No hay que correr ese riesgo: por el momento, no hay nada en el mundo más importante que nuestra revolución.

La disolución de la Asamblea Constituyente, al principio, deterioró mucho nuestra posición internacional. Sin embargo, los alemanes podían temer que primero llegásemos a un acuerdo entre nosotros y los «patriotas» de la Asamblea Constituyente, para intentar continuar la guerra. Semejante aberración hubiese echado a perder definitivamente a la revolución y al país; pero sólo se hubieran dado cuenta de esto más tarde y, mientras tanto, los alemanes habrían tenido que hacer un nuevo esfuerzo. Ahora bien, la disolución de la Asamblea Constituyente demostraba a los alemanes que estábamos verdaderamente dispuestos a acabar la guerra a cualquier precio. El tono de Kühlmann instantáneamente se volvió más insolente.

¿Qué impresión produciría la disolución de la Asamblea Constituyente sobre el proletariado de los países aliados? La respuesta no era difícil: la prensa de la Entente describía el régimen soviético como una simple agencia de los Hohenzollern. Y ahora los bolcheviques disolvían la Asamblea Constituyente «democrática» a fin de llevar a cabo una paz servil y humillante con los Hohenzollern cuando Bélgica y el norte de Francia estaban ocupadas por tropas alemanas. Estaba claro que la burguesía aliada lograría diseminar entre las masas obreras una gran incertidumbre. Y ello facilitaría consecuentemente la intervención militar de los aliados contra nosotros. Se sabía que, incluso en Alemania, circulaba con insistencia entre la oposición socialdemócrata la leyenda de que los bolcheviques habían sido comprados por el gobierno alemán y que en Brest-Litovsk se representaría simplemente una comedia con los papeles repartidos de antemano.

Esta versión obtuvo mucho crédito en Francia y Alemania. Mi opinión era que, antes de firmar la paz debíamos dar a los obreros de Europa una prueba contundente del odio mortal que nos separaba de los dirigentes de Alemania. Tales eran las consideraciones que a mi llegada a Brest-Litovsk me sugirieron la idea de una demostración «pedagógica» que se concretaba en estos términos: terminamos la guerra, pero no firmamos la paz. Les pedí consejo a los demás miembros de la delegación, que la aprobaron con simpatía, y escribí acerca de ella a Vladimir Ilich. Su respuesta fue: «Cuando venga hablaremos de ello». Naturalmente, esta respuesta ya demostraba que no estaba de acuerdo con mi propuesta. Mi memoria no es muy

precisa en este punto y no tengo la carta a mano; ni siquiera estoy seguro de haberla guardado. Cuando llegué al Smolny tuvimos largas discusiones.

—Todo esto es muy seductor y sería espléndido si el general Hoffmann fuese incapaz de lanzar sus tropas contra las nuestras. Pero tengo muy pocas esperanzas de que esto sea así. El general encontrará para su ofensiva regimientos especialmente formados por campesinos ricos bávaros, ¿y qué pasará entonces? Usted mismo ha dicho que las trincheras estaban vacías. ¿Y si los alemanes empiezan igualmente la guerra?

—Entonces nos veríamos obligados a firmar el tratado de paz, y todo el mundo vería claro que no tenemos otra salida. Esto bastará para arruinar la leyenda de que tras bambalinas estamos supuestamente combinados con los Hohenzollern.

—Naturalmente tiene sus ventajas; pero, sin embargo, es demasiado arriesgado. En la actualidad, no hay nada en el mundo más importante que nuestra revolución; hay que ponerla fuera de peligro, cueste lo que cueste.

A estas dificultades primordiales de la cuestión deben añadirse otras complicaciones extremas que surgieron dentro del mismo partido. En el partido, por lo menos en sus elementos dirigentes, había una fuerte corriente de opinión contraria a la firma de las condiciones de Brest. La publicación en nuestros periódicos de las noticias de las negociaciones alimentó y fortaleció este sentimiento, expresado con más claridad que nadie por el grupo del Comunismo de Izquierda^[48], que proponía la consigna de una guerra revolucionaria. Esta situación inquietaba extraordinariamente a Lenin.

—Si el Comité Central decide firmar las condiciones alemanas bajo la presión de un ultimátum verbal —dije—, nos exponemos a promover la división en el partido. Es indispensable develar la verdadera situación a nuestro partido, así como a los obreros de Europa... Si rompemos con la izquierda, el partido emprenderá una curva decidida hacia la derecha. Es un hecho innegable que todos los compañeros que eran contrarios a la Revolución de Octubre o que se inclinaban a formar un bloque con los partidos socialistas serán partidarios incondicionales de la paz de Brest-Litovsk. Y nuestras tareas no se terminan con la conclusión de la paz. Entre los Comunistas de Izquierda son muchos los que jugaron un papel muy activo en el período de octubre, etcétera.

—Todo esto es indiscutible —respondía Vladimir— pero lo que se decide en este momento es la suerte de la revolución. Restableceremos el equilibrio en el partido. Ante todo hay que salvar la revolución. Sólo se la puede salvar firmando la paz. Mas vale una escisión que el peligro de ver aplastada la revolución por la fuerza militar. Las ideas antojadizas ya pasarán, y luego —si incluso llegan a provocar una escisión, lo que no es absolutamente inevitable—, ellos regresarán al partido. Pero si los alemanes nos aplastan nadie volverá... Finalmente, supongamos que vuestro plan sea aceptado. Nos hemos negado a firmar la paz. Y entonces, si los alemanes toman la ofensiva, ¿qué hace usted en ese caso?

—Firmamos la paz amenazados bajo la presión de las bayonetas. Entonces, la imagen se muestra más claramente para la clase obrera del mundo entero.

—¿Y no apoyarán entonces la consigna de la guerra revolucionaria?

—Jamás.

—Si el asunto se presenta así, la experiencia quizás ya sea mucho menos peligrosa. Nos arriesgamos a perder Estonia o Lituania. Los camaradas de Estonia vinieron a verme y me contaron que habían emprendido con bastante éxito la construcción socialista en las colonias agrícolas. Será muy lamentable sacrificar la Estonia socialista —agregaba Lenin con un tono irónico— pero habrá que hacerlo, habrá que llegar a este compromiso por la buena causa de la paz.

—Pero suponiendo que la paz se firme inmediatamente, ¿esto suprime la posibilidad de una intervención militar de los alemanes en Estonia o en Letonia?

—Admitámoslo: pero esto es una simple posibilidad, mientras que en el otro caso, es casi una certeza. Yo en todo caso me pronunciaré a favor de la firma inmediata: es más seguro.

Ante mi plan, Lenin, temía sobre todo que, en el caso en que los alemanes retomaran la ofensiva, no lográsemos firmar la paz lo suficientemente rápido, es decir, que el militarismo alemán no nos diera tiempo: «La *Beste* [‘Mejor’ en alemán, NdT] saltará sobre nosotros rápidamente», repetía más de una vez Vladimir.

En las conferencias donde deliberábamos sobre la cuestión de la paz, Lenin se pronunció muy resueltamente contra la izquierda y con mucha circunspección y calma contra mi propuesta. Sin embargo, la aceptó a su pesar, en la medida en que el partido se oponía evidentemente a la firma, y que una resolución transitoria debía servir al partido como un puente que lo llevaría a firmar el tratado.

La conferencia de los bolcheviques más visibles —es decir, de los delegados al III Congreso de los soviets— mostró sin dejar ninguna duda que nuestro partido, que apenas salía del fuego de Octubre, tenía necesidad de verificar mediante la acción la situación internacional. Si no hubiera habido una fórmula transitoria, la mayoría se habría pronunciado a favor de la guerra revolucionaria.

—Quizá no carezca de interés señalar aquí que los SR de izquierda no se habían declarado por el momento en contra de la paz de Brest-Litovsk. Por lo menos, Spiridonova^[49] fue al principio una decidida defensora de la ratificación de la firma.

—El mujik ya no quiere la guerra —declaraba— y aceptará siempre cualquier paz que se le ofrezca. Hagan la paz inmediatamente —me decía a mi primer regreso de Brest-Litovsk— y anulen el monopolio del trigo.

Por lo tanto, los SR de izquierda defendían la fórmula intermedia del cese de la guerra sin firmar el tratado, pero como un paso hacia la guerra revolucionaria «en caso de necesidad».

Se sabe que la delegación alemana respondió a nuestra declaración de tal modo que se podía creer que Alemania no tenía intenciones de retomar las hostilidades. Llegamos a esta deducción cuando volvimos a Moscú.

—¿Pero no nos engañarán? —preguntó Lenin.

Con un gesto dimos a entender que esto no nos parecía probable.

—Muy bien —dijo Lenin—, si es así, tanto mejor: las apariencias están salvadas y hemos acabado con la guerra^[50].

Dos días antes de la cesación de la tregua recibimos un telegrama del general Samoïlo, que se había quedado en Brest, diciendo que, de acuerdo con la declaración del general Hoffmann, los alemanes se consideraban en guerra con nosotros desde el 18 de febrero a las doce, y le había dicho, además, que abandonase Brest-Litovsk. Este telegrama fue remitido directamente a Vladimir Ilich. Yo estaba con él en su despacho. Estábamos hablando con Karelin y otro camarada de los SR de izquierda.

Lenin me pasó el telegrama sin decir palabra. Recuerdo su mirada, que me hizo presumir en seguida que el telegrama contenía noticias importantes y desfavorables. Lenin concluyó rápidamente su conversación con los SR, para considerar la nueva situación.

—Esto quiere decir que nos han engañado y que han ganado cinco días... La *Beste* no deja que se le escape nada. No tenemos más remedio que firmar las viejas condiciones, si es que los alemanes las mantienen todavía.

Yo repliqué que debíamos dejar que Hoffmann nos atacase.

—¡Pero esto significa abandonar Dvinsk, perdiendo una cantidad de artillería, etc.!

—Naturalmente, significa nuevos sacrificios. Pero son necesarios para que el soldado alemán entre combatiendo en territorio soviético. Es necesario que conozca la noticia el obrero alemán, por una parte, y el obrero francés e inglés, por otra.

—No, respondió Lenin. Naturalmente no es Dvinsk lo que nos interesa. Pero, en este momento, no hay tiempo que perder. La experiencia está hecha. Hoffmann quiere y puede hacer la guerra. La demora es imposible; ya nos llevan cinco días de ventaja. Y la *Beste* se apresura...

El Comité Central decidió mandar un telegrama inmediatamente, expresando nuestra buena voluntad para firmar el tratado de Brest-Litovsk. Se envió el telegrama.

Creo —dije en una conversación privada con Vladimir Ilich— que desde el punto de vista político sería oportuno que yo dimitiese a mi cargo de comisario del pueblo para los Asuntos Extranjeros.

—¿Por qué? Son procedimientos parlamentarios que no tenemos que introducir entre nosotros.

—Pero mi dimisión daría a los alemanes la impresión de un cambio radical en nuestra política y aumentará la confianza que deben tener en nuestra real intención de firmar esta vez la paz y de cumplir sus condiciones.

—Es posible —dijo Lenin pensativo— que fuese un serio argumento político.

No recuerdo en qué momento llegaron las noticias del desembarco de las tropas alemanas en Finlandia y su inmediata victoria sobre los obreros fineses. Sólo recuerdo que encontré a Vladimir Ilich en el pasillo, no lejos de su despacho. Estaba

muy emocionado. Nunca lo vi de aquella manera, ni antes ni después.

—Sí —dijo—, probablemente nos veremos forzados a pelear, aunque no tengamos los medios para ello. Ahora ya no tenemos otro camino.

Tal fue la primera reacción de Lenin después de la lectura del telegrama que anunciaba el aplastamiento de la revolución finesa. Pero diez o quince minutos después, en cuanto entré en su despacho, dijo:

—No, imposible cambiar nuestra política. Nuestra intervención no salvaría a la Finlandia revolucionaria, pero a nosotros nos arruinaría. Defendamos a los obreros fineses todo lo que podamos, sin dejar, no obstante, el terreno de la paz. No sé si esto nos salvará. Pero, de todas maneras, es el único camino en el que la salvación es aún posible. Y ésta, en efecto, estaba en esa senda.

La decisión de no firmar el tratado de paz no salió, como se oye decir a menudo, de la consideración abstracta de que un acuerdo entre nosotros y los imperialistas era imposible. Basta tan sólo con consultar el folleto del camarada Ovsianikov, y ver la votación que Lenin había pedido sobre esta cuestión es muy instructivo; se constatará que los defensores de la fórmula tentativa «Ni guerra ni paz» contestaron afirmativamente a la pregunta de si nosotros, como partido revolucionario, estábamos autorizados, bajo ciertas condiciones, a aceptar una «paz vergonzosa». Aunque sólo existiesen veinticinco probabilidades entre cien de que los Hohenzollern no se decidieran a combatirnos, o de que no pudieran hacerlo, debíamos correr el riesgo de hacer la experiencia.

Tres años más tarde corrimos otro riesgo —entonces por iniciativa de Lenin— sondeamos a punta de bayoneta a la Polonia de la burguesía y la nobleza. Fuimos rechazados. ¿Qué diferencia existe entre esto y Brest-Litovsk? No hay diferencia en principio, pero la hay en el grado de riesgo. Recuerdo que el compañero Radek escribió una vez que la fuerza del pensamiento táctico de Lenin se puso claramente de manifiesto en la época que medió entre el tratado de paz de Brest-Litovsk y la marcha sobre Varsovia. Ahora todos sabemos que este avance sobre Polonia fue una equivocación que nos costó muy cara^[51]. No solamente este acto nos condujo a la paz de Riga, que nos separó geográficamente de Alemania, sino que tuvo como consecuencia inmediata, entre otros resultados, ayudar a la consolidación de la Europa burguesa. La significación contrarrevolucionaria que el tratado de Riga tenía para el destino de Europa puede comprenderse mejor si se imagina la situación que se produjo en 1923, bajo el supuesto de que hubiésemos tenido una frontera común con Alemania. Todo parece demostrar que el desarrollo de los acontecimientos en Alemania habrían sido, en este caso, totalmente diferentes. Además, es indudable que, incluso en Polonia, el movimiento revolucionario habría marchado mucho más favorablemente sin nuestra intervención militar, que fue seguida de una derrota.

Por lo que puedo deducir, el propio Lenin dio mucha importancia al *error* de Varsovia. No obstante, Radek en la apreciación que da de la envergadura táctica de Lenin estaba muy acertado. Naturalmente, después de que hubimos puesto a prueba

las masas obreras de Polonia sin los resultados esperados; después del retroceso que nos fue infligido —y debían necesariamente hacerlo, porque, dada la calma que reinaba entonces en Polonia, nuestra marcha sobre Varsovia no era más que una incursión de partisanos—; después de que fuimos obligados a firmar el tratado de Riga, no era difícil concluir que los adversarios de la campaña tenían razón, porque hubiera sido mejor detenerse a tiempo y conservar la frontera con Alemania. Pero todo esto sólo se vio claramente después. Es notable la valentía de pensamiento de Lenin en su idea de avanzar hacia Varsovia. El riesgo era grande, pero la importancia del objetivo triunfaba sobre la grandeza del peligro. El fracaso del plan no era peligroso para la existencia misma de la República Soviética; a lo sumo podía debilitarla.

Podemos dejar que el historiador futuro juzgue si valía la pena arriesgar el empeoramiento de las condiciones del tratado de Brest-Litovsk con el único objetivo de hacer una demostración a los obreros de Europa. Pero está claro que después de esta demostración estuvimos obligados a firmar la paz que nos imponían. Y aquí la exactitud de la posición de Lenin y su poderosa presión salvaron la situación.

—Supongamos que los alemanes atacan de todas maneras, supongamos que marchan sobre Moscú.

—Entonces nos retiraremos al este, a los Urales, y declararemos otra vez que estamos dispuestos a firmar el tratado. El valle de Kuznetz es rico en carbón. Formaremos una República Ural-Kuznetz, basada en la industria del Ural y el carbón del valle de Kuznetz, sobre el proletariado del Ural y los obreros de Moscú y Petrogrado, que podamos llevar con nosotros. Si fuese preciso, podríamos ir más allá hacia el este, al otro lado de las montañas del Ural. Iremos a Kamchatka, pero nos mantendremos juntos. La situación internacional cambiará una docena de veces; ampliaremos los límites de la República Ural-Kuznetz otra vez y volveremos a Moscú y a Petrogrado. Pero si ahora, impensadamente, nos lanzamos a una guerra revolucionaria y si dejamos que degüellen a la elite de la clase obrera y de nuestro partido, es evidente que no podremos volver nunca.

La República Ural-Kuznetz adquirió gran importancia en los argumentos de Lenin en aquella época. Repetidamente desarmaba a los contrincantes con la pregunta: —¿Sabéis que tenemos inmensos yacimientos de carbón en el valle de Kuznetz? Combinando los metales del Ural con el trigo siberiano obtendríamos una nueva base de operaciones.

El contrincante, que no siempre sabía dónde estaba el valle de Kuznetz y qué relación tenía su carbón con el futuro del bolchevismo y de la guerra revolucionaria, miraba asombrado o reía sorprendido, tomándolo mitad como una broma, mitad como un embuste de Lenin. En realidad, Lenin no bromeaba, pero —fiel a sí mismo— había considerado la situación en sus consecuencias más extremas y en sus peores resultados prácticos. La concepción de la República Ural-Kuznetz le era orgánicamente necesaria a fin de fortalecer su propia convicción, y la de los demás,

acerca de que nada estaba aún perdido, y que no había ninguna razón para ceder a la estrategia de la desesperación.

Como todo el mundo sabe, la República Ural-Kuznetz no llegó nunca a ser un hecho, y por suerte. Pero, puede decirse que la República Ural-Kuznetz, a pesar de su inexistencia, había salvado a la República de los Soviets.

De todas maneras, la táctica de Lenin en Brest-Litovsk puede solamente comprenderse y apreciarse si se la relaciona con su táctica en Octubre. Ser adversario de Octubre y partidario de Brest, esto expresaría, en uno y otro caso, una capitulación. El fondo de la cuestión reside en que, después de la capitulación de Brest-Litovsk, Lenin desplegó la misma inagotable energía revolucionaria que había asegurado en Octubre la victoria del partido. Es precisamente esta combinación natural, orgánica, de Octubre y de Brest, de un gigantesco impulso con una valiente circunspección, del vigor con un correcto punto de vista, lo que da la medida del método y de la fuerza de Lenin.

CAPÍTULO IV

LA DISOLUCIÓN DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Pocos días —u horas— después del golpe de Estado, Lenin planteó la cuestión de la Asamblea Constituyente.

—Debemos aplazar las elecciones —declaró. Debemos ampliar los derechos electorales a los mayores de 18 años. Tenemos que revisar las listas de candidatos. Los nuestros no son buenos: demasiados intelectuales que se han precipitado a nuestro partido, cuando lo que necesitamos son obreros y campesinos. Declararemos fuera de la ley a los kornilovistas y los cadetes.

Algunos argumentaron:

—El aplazamiento nos perjudicaría en este momento. Esto se entenderá como una liquidación de la Asamblea Constituyente, tanto más grave cuanto nosotros mismos acusamos al gobierno provisional de diferirla.

—¡Tonterías! —replicó Lenin. Lo que importa son los hechos, no las palabras. Con relación al gobierno provisional la Asamblea Constituyente era o pudo ser un paso adelante; pero con relación al gobierno soviético sólo puede ser un paso atrás, sobre todo con las actuales listas de candidatos. ¿Por qué decir ahora que es inoportuno aplazarla? Y si la Asamblea Constituyente resulta ser un conglomerado de cadetes, mencheviques y SR, ¿también eso será oportuno?

—Es que entonces seremos más fuertes —objetaban otros—, mientras que ahora no lo somos. El gobierno soviético es prácticamente desconocido en las provincias. Si ahora se divulga la noticia de que hemos aplazado la Asamblea Constituyente nuestra posición se debilitaría aún más.

Sverdlov, que conocía las provincias mejor que nadie, se opuso particularmente al aplazamiento de las elecciones.

Lenin se mantuvo solo en su posición. Solía mover la cabeza con gesto de desaprobación, insistiendo:

¡Es un error, un error evidente que nos puede costar caro! Espero que no le cueste la cabeza a la revolución...

Pero cuando se adoptó la decisión de no diferirla, Lenin concentró toda su atención en las medidas de organización que necesitaban los preparativos de la Asamblea Constituyente.

Entretanto, se vio claro que estaríamos en minoría, aun con el apoyo de los SR de

izquierda, que figuraban en las mismas listas que los de derecha y que fueron completamente «desplazados».

—Naturalmente, tendremos que disolver la Asamblea Constituyente —dijo Lenin—; pero ¿cómo hacer con los SR de izquierda?

El viejo Natanson^[52] nos tranquilizó. Vino a deliberar con nosotros pero sus primeras palabras fueron para decirnos:

—Yo creo, sin embargo, que será necesario disolver la Asamblea Constituyente por la fuerza.

—¡Bravo! —exclamó Lenin con júbilo—; lo que está bien dicho, está bien dicho. Pero tu partido, ¿estará de acuerdo contigo?

—Algunos de los nuestros dudan aún, pero creo que al fin aceptarán —respondió Natanson.

Los SR de izquierda se hallaban entonces en la luna de miel de su extremo radicalismo: efectivamente, aceptaron la disolución.

—Pero si no podemos hacer esto —suspiró Natanson—, uniremos nuestro grupo con el vuestro de la Asamblea Constituyente en un Comité Ejecutivo Central para formar así una Convención.

—¿Por qué? —replicó Lenin, visiblemente contrariado—. Para imitar a la Revolución Francesa, ¿verdad? Disolviendo la Asamblea Constituyente afirmamos el sistema de los Soviets. Pero siguiendo tu plan lo embrollaríamos todo: no sería lo uno ni lo otro.

Natanson procuró demostrar que con su plan concentraríamos en nosotros una parte de la autoridad de la Asamblea Constituyente, pero se rindió pronto.

Lenin se dedicó entonces a resolver todo lo relacionado con el problema de la Asamblea Constituyente.

—Es un error evidente —dijo. Ya hemos conquistado el poder y, sin embargo, nos hallamos ahora en una situación tal que debemos tomar medidas de guerra para reconquistarlo.

Lenin intervenía a fondo en los trabajos preparatorios, pensaba todos los detalles y sometía a Uritsky a apasionados interrogatorios quien, con gran pesar suyo, había sido designado comisario de la Asamblea. Entre otras cosas, Lenin se ocupó personalmente del traslado a Petrogrado de uno de los regimientos letones, compuesto casi íntegramente por obreros.

—Los campesinos pueden flaquear —dijo. Aquí hace falta la decisión proletaria.

Los diputados bolcheviques a la Asamblea Constituyente vinieron de todos los confines de Rusia; a instancias de Lenin y bajo la dirección de Sverdlov fueron repartidos en las fábricas, usinas y unidades militares. Constituyeron un elemento importante en el aparato organizativo de la «Revolución complementaria» del 5 de enero. En cuanto a los diputados SR, creían que era incompatible con la dignidad de un elegido del pueblo tomar parte en la lucha: «El pueblo nos ha elegido; a él le corresponde defendernos». En realidad, estos pequeñoburgueses de provincia no

tenían la menor idea de cómo conducirse; y en su mayoría, simplemente tenían miedo. Pero, en compensación, prepararon con gran cuidado el ritual de la primera sesión. Se procuraron velas, por si los bolcheviques cortaban la luz eléctrica, y gran cantidad de emparedados, por si se les privaba de alimentos. Así la democracia vino a presentar batalla a la dictadura con su gran pertrecho de emparedados y velas. El pueblo no pensó siquiera un momento en defender a quienes se consideraban sus elegidos, cuando no eran más que vagas sombras de un período revolucionario definitivamente caduco.

Cuando se liquidó la Asamblea Constituyente yo me encontraba en Brest-Litovsk; pero al volver a Petrogrado para recibir consejos, Lenin me dijo con respecto a su disolución:

—Sin duda, era muy arriesgado de nuestra parte no suspender la convocatoria; era una gran imprudencia. Pero, finalmente, esto ha sido lo mejor. La disolución de la Asamblea Constituyente por el poder soviético representa la liquidación pública y completa de la democracia formal en nombre de la dictadura revolucionaria. A partir de ahora la lección permanecerá en la memoria.

Así, la generalización teórica marchó de la mano con el empleo de un regimiento de fusileros letones.

Era indudable que entonces se modelaban en la conciencia de Lenin las ideas que formuló más tarde en el I Congreso de la Internacional Comunista, en sus notables tesis acerca de la democracia.

Como es bien sabido, la crítica de la democracia formal tiene una larga historia. Nosotros y nuestros predecesores explicábamos el carácter de transición de la revolución de 1848 por el colapso de la democracia política. La había sustituido la democracia «social». Pero la sociedad burguesa pudo forzar a esta última a ocupar el puesto que la democracia pura ya no tenía la fuerza para conservar. La historia política pasó luego por un período prolongado cuando la democracia social, alimentándose de la crítica a la democracia pura, cumplió en realidad el papel de esta última y se impregnó con todos sus vicios.

Lo ocurrido se había repetido más de una vez en la historia: la oposición se vio llamada a resolver en forma conservadora las tareas mismas que las fuerzas comprometidas de ayer ya no eran capaces de llevar adelante. Después de haber sido la condición provisional de preparación para la dictadura proletaria en un comienzo, la democracia había llegado a ser el criterio supremo, el resorte máximo, el inviolable santuario, esto es, la más refinada hipocresía del orden social burgués. Lo mismo había sucedido en nuestro caso. Después de recibir un golpe mortal en sus intereses materiales en Octubre, la burguesía intentó resurgir en enero bajo la forma sacrosanta de la Asamblea Constituyente. El ulterior desarrollo victorioso de la revolución proletaria luego de la disolución franca, pública y brutal de la Asamblea Constituyente, asestó a la democracia el golpe de gracia del que nunca se recobrará. Por eso tenía razón Lenin al decir:

—A fin de cuentas, resultó mejor así.

En esta Asamblea Constituyente de socialrevolucionarios, la República de Febrero encontró la ocasión de morir por segunda vez.

Sobre el fondo de las impresiones generales que me quedan de la Rusia oficial de febrero, del Soviet menchevique-SR de Petrogrado de entonces, conservo tan patente como si fuese ayer el recuerdo del rostro de un delegado SR. No sabía entonces —ni lo sé hoy— quién era ni de dónde venía. Sería de origen provinciano. Interiormente parecía un maestro joven, un virtuoso seminarista. De rostro casi imberbe, nariz chata, lentes y pómulos salientes, se hallaba presente en la reunión en que se presentaron al Soviet los ministros socialistas. Chernov, con una abundancia de palabras difusas, coquetas y nauseosas, explicaba por qué él y sus compañeros habían entrado en el gobierno y cuáles serían las buenas consecuencias de esta decisión. Recuerdo una frase estúpida del orador, repetida una docena de veces:

—Ustedes nos han puesto en el gobierno; sólo ustedes podrán expulsarnos.

El seminarista contemplaba al orador con ojos de intensa adoración. Oía y contemplaba cual un fervoroso peregrino que tiene la fortuna de oír, en un claustro famoso, la exhortación de un santo *staretz*^[53].

El discurso se deslizaba interminablemente; la sala daba muestras de cansancio, se oían algunos ligeros rumores. Pero en mi seminarista las fuentes de la veneración y del entusiasmo parecían inagotables.

—Ésta es la fisonomía que debe que tener nuestra revolución, o más bien *la de ellos* —me dije en esta sesión del Soviet del año 1917, la primera a la que asistía.

Cuando Chernov acabó su discurso estalló un aplauso atronador. En un rincón, unos pocos representantes bolcheviques conversaban descontentos. El grupo se levantó de repente y ofreció su amistoso apoyo a la crítica del ministerialismo de defensa nacional de los mencheviques y los SR, El piadoso seminarista se hallaba muy asustado y perplejo. No indignado: en aquellos días nadie se atrevía a indignarse contra un desterrado de vuelta a su hogar. Pero no alcanzaba a comprender cómo alguien podía oponerse a un hecho tan beneficioso y admirable, desde todo punto de vista, como la entrada de Chernov al gobierno provisional. Estaba sentado cerca mío, y en su rostro, que se me aparecía como el barómetro de la asamblea, la sorpresa y el temor pugnaban con el respeto, que aún mantenía. Esta cara ha perdurado en mi memoria como símbolo de la Revolución de Febrero; en lo que tuvo de mejor, en aquel pobre ciudadano seminarista había simplismo, inocencia y mediocridad; y en su imagen peor, la de Dan y Chernov.

No en vano ni por azar era Chernov el presidente de la Asamblea Constituyente. Había sido elevado a esta altura por la Rusia de Febrero, perezosamente revolucionaria, que aún necesitaba a Oblomov, y que, ¡por una parte era tan cándida y, por otra, tan bribona...! A medio despertar, el mujik había recurrido a los Chernov a través de los devotos seminaristas, y los había colocado en una posición predominante. Chernov había aceptado este mandato no sin cierta gracia «rusa» y con

cierto engaño, también «ruso». Porque Chernov era, debo decirlo, a su manera, también un tipo nacional. Digo «también» porque hace cuatro años escribí un artículo acerca del nacionalismo de Lenin. La comparación, incluso la aproximación indirecta de estas dos Figuras puede parecer impropia. Sería un error en efecto, y una inconveniencia, si se tratase de parangonar un hombre con otro. Pero aquí se trata de los «elementos» nacionales, de su personificación y caracterización. Chernov personificaba el epígono de la vieja tradición de los intelectuales revolucionarios; Lenin, en cambio, su consumación y victoria completas.

Entre la vieja intelectualidad no faltaban el noble «arrepentido», que elocuentemente hablaba sobre el deber de servir al pueblo; el seminarista piadoso que desde la casa de su devota tía, abría la ventana, apenas una rendija, sobre el mundo del pensamiento crítico; el mujik instruido que dudaba entre la socialización de la tierra y el parcelamiento según las fórmulas de Stolipin^[54], y el obrero aislado que, en contacto con los estudiantes, se hallaba separado de su propia clase y desvinculado de los suyos. Este mundo era el que el chernovismo representaba, con su falsa elocuencia, su carácter y espíritu informes intermedios, todo en transición. Del viejo idealismo intelectual de la época de Sofía Perovskaia no queda casi nada en el mundo de Chernov. En su lugar hay algo de la nueva Rusia de los industriales y los comerciantes, especialmente en lo expresado en el dicho «si no mientes, no vendes».

En el desarrollo del pensamiento ruso de la época, Herzen era una figura importante y vigorosa. Pero trasladémoslo a medio siglo después, despojémoslo de los colores brillantes de su talento, supongamos que se convierta en su propio epígono y coloquémoslo entre los años 1905-17: obtendremos la esencia del chernovismo.

Con Chernichevsky es difícil realizar una operación así: pero el chernovismo contiene un elemento de caricatura de Chernichevsky.

La relación de «nuestro SR» con Mijailovsky es muy visible, porque en éste ya predominaba el carácter del epígono. El elemento campesino era el elemento del chernovismo al igual que el de todo nuestro desarrollo, aunque también reflejase algo de la pequeñoburguesía incoherente, semintelectual de la ciudad y del campo, o de la intelectualidad demasiado madura y ya bastante ajada.

El apogeo del chernovismo fue necesariamente efímero. En Febrero, se produjo una primera conmoción: el soldado, el obrero y el mujik se despertaron; gradualmente, el movimiento pasó a voluntarios del ejército, a seminaristas, estudiantes y abogados; se hizo sentir en las comisiones mixtas y en todo tipo de instituciones que se inventaron entonces; elevaron a los Chernov a las alturas democráticas mientras que... desde las profundidades se producía un desplazamiento: y las alturas democráticas quedaban suspendidas en el aire.

Por eso entre Febrero y Octubre todo el chernovismo se resume en este conjuro: «Detente, instante, ya que eres tan bello». Pero el instante no se detuvo. El soldado se volvió «Satán», el mujik resistió todos los obstáculos y hasta el seminarista abandonó

su devoción de Febrero; como consecuencia de esto, el chernovismo, arrastrado por el viento, se precipitó desde las alturas imaginarias al fango de la viva realidad.

El campesino pobre es la base del leninismo, así como lo es del proletariado ruso y de toda nuestra historia. En nuestra historia, por suerte, no sólo hay pasividad o espíritu de Oblomov, sino también movimiento. El campesino no sólo tiene prejuicios sino también discernimiento. Todos los rasgos de actividad, valor, odio a la inercia y a la opresión, desprecio por la debilidad; en una palabra, todos los elementos que determinan el movimiento, que se han formado y acumulado en las transiciones sociales, en la dinámica de la luchas de clases, hallaron su expresión en el bolchevismo.

En él, el campesino pobre se refracta a través del proletariado, a través de la fuerza dinámica de nuestra historia, y no sólo de la nuestra: Lenin dio expresión acabada a esa refracción. Por ello, en este sentido, Lenin es la expresión intelectual y capital del elemento nacional, mientras que el chernovismo refleja ese mismo campesino pobre nacional, pero no su cabeza, sino lejos de ella.

El episodio tragicómico del 5 de enero de 1918 (la disolución de la Asamblea Constituyente) fue el último conflicto de principios entre leninismo y el chernovismo. Pero sólo de principios, pues en los hechos no hubo conflicto: una demostración minúscula y miserable de la retaguardia de la «democracia» que salió a escena armada con sus velas y «emparedados». Todas las ficciones se desinflaron, las condecoraciones baratas se cayeron, la enfática fuerza moral se manifestó con toda su impotencia. ¡*Finis*^[55]!

CAPÍTULO V

EL TRABAJO GUBERNAMENTAL

Habíamos conquistado el poder en Petrogrado. Era preciso ahora formar el gobierno.

—¿Qué nombre emplearemos? —pensó Lenin en voz alta. Ministro, no. Me repugna, es una designación gastada.

—Podemos llamarnos comisarios —sugerí yo—, pero hay demasiados comisarios ahora. Quizás comisario en jefe... No, «jefe» suena mal. ¿Qué tal comisarios del pueblo?

—¿Comisarios del pueblo? Me gusta. ¿Y el gobierno en conjunto?

—Consejo de comisarios del pueblo.

—¿Consejo de comisarios del pueblo? —repitió Lenin. Espléndido. Huele a revolución.

Recuerdo esta última expresión literalmente^[56].

Tras bambalinas hubo discusiones fastidiosas con el Vikjel (Comité Ejecutivo de los ferroviarios), los SR de izquierda y otros. Puedo aportar escasa información sobre este asunto. Recuerdo solamente la indignación furiosa de Lenin ante las exigencias desvergonzadas del Vikjel, y su indignación no menos furiosa contra aquellos de los nuestros impresionados por esas exigencias. Pero continuamos las discusiones sin romper con el Vikjel porque, tal como iban las cosas, debíamos contar con él.

A iniciativa del compañero Kamenev se abolió la ley de Kerensky que establecía la pena de muerte para los soldados. No recuerdo exactamente dónde hizo Kamenev esa propuesta; probablemente fuera en el Comité Militar Revolucionario y, según parece, la misma mañana del 25 de octubre. Recuerdo que ocurrió en mi presencia y no hice objeción alguna. Lenin no se encontraba aún allí. Evidentemente fue antes de su llegada al Smolny. Cuando se enteró de este primer acto legislativo, su indignación no tuvo límites.

—Es una locura —repetía. ¿Cómo podemos hacer una revolución sin fusilar a nadie? ¿Cómo es posible creer que se puede ajustar cuentas con el enemigo si nos desarmamos? ¿Con qué fuerzas represivas contaremos entonces? ¿La prisión? ¿Quién se dejará intimidar por ella en una época de guerra civil, cuando cada partido espera la victoria?

Kamenev procuró demostrar que sólo se trataba de la pena de muerte instituida por Kerensky especialmente para los desertores. Pero fue imposible convencer a

Lenin. Le parecía evidente que este decreto no había sido suficientemente meditado teniendo en cuenta las dificultades inauditas en que nos encontrábamos.

—Es un error —repetía—, una debilidad inadmisibile. Una ilusión pacifista... Propuso que se derogase el decreto inmediatamente. Le dijimos que produciría una impresión extraordinariamente desfavorable. Por fin alguien dijo:

—Lo mejor es recurrir al fusilamiento sólo cuando no exista otro camino.

Finalmente se admitió esa solución.

La prensa burguesa, menchevique y SR, desde los primeros días posteriores a la revolución aullaban como un coro unánime de lobos, chacales y perros rabiosos. Sólo el *Novoie Vremya* se esforzó por tener un tono «leal», adoptando la actitud de un perro con la cola entre las patas.

—¿Es que no podremos hacer callar a estos canallas? —preguntaba Vladimir Ilich a cada rato. Pero ¿qué clase de dictadura es ésta?

Los periódicos habían recogido especialmente las palabras «robar lo que te fue robado» y las explotaban en todos sentidos, en proverbios, poemas y folletines.

—Y ahora no nos dejarán en paz con el «robar lo que te fue robado» —dijo Lenin una vez con cómica desesperación.

—¿De quién son estas palabras? —pregunté yo— ¿O las han inventado?

—No; yo las pronuncié realmente —respondió Lenin—, Las dije y las olvidé; pero ellos han hecho un programa al margen de lo que dije.

Todo el que conoce bien a Lenin sabe perfectamente que uno de sus aspectos más fuertes ha sido su habilidad para distinguir la esencia de las cosas de su forma. Pero esto no contradice en manera alguna el hecho de que también concediese a la forma un altísimo valor, porque no ignoraba el poder de lo formal sobre el pensamiento, que trueca lo material en sustancia. Desde el momento en que se derribó el gobierno provisional, Lenin actuó como si fuese el gobierno, tanto en las cosas importantes como en las menores. No teníamos aún instrumentos gubernamentales; faltaban contactos con el campo; los funcionarios saboteaban; el Vikjel cortó la comunicación telefónica con Moscú; no teníamos dinero ni ejército. Pero Lenin lo creó absolutamente todo por medio de estatutos, leyes y mandatos en nombre del gobierno. Naturalmente estaba más alejado que nadie de una adhesión supersticiosa a las fórmulas mágicas. Se percataba de sobra que nuestro poder dependía de los instrumentos del nuevo Estado integrado por las masas, en especial por los distritos de Petrogrado. Pero para combinar el trabajo de la cumbre, de las abandonadas o derruidas oficinas del gobierno, con el trabajo de abajo, era necesario ese tono obstinado en las formas, el tono de un gobierno que hoy es una nueva idea, pero que mañana o pasado mañana será el poder y, por consiguiente, debe actuar hoy como si ya fuera poder. Este formalismo era también necesario para disciplinar nuestra propia comunidad. Sobre el elemento tempestuoso, sobre las improvisaciones revolucionarias de los grupos proletarios, se tendían gradualmente los hilos de los instrumentos gubernamentales.

En el Smolny, el despacho de Lenin y el mío ocupaban lugares opuestos en el edificio. Era tan largo el pasillo que nos ponía en comunicación —o mejor dicho que nos separaba— que Vladimir Ilich sugirió, riendo, que usáramos una bicicleta para ir de uno a otro extremo. Nos comunicábamos por teléfono, y constantemente los marineros me traían notitas importantes de Lenin. En un papelito escribía dos o tres frases destacadas, categóricamente formuladas, con las palabras más importantes subrayadas dos y tres veces, y al final una pregunta referente también al objeto de la misiva. Varias veces durante el día yo recorría el pasillo interminable, que parecía un hormiguero, para ir a conversar a la habitación de Vladimir Ilich. Las cuestiones concernientes a la lucha revolucionaria estaban en el centro de las preocupaciones. El trabajo del Ministerio del Exterior lo había delegado enteramente en los compañeros Markin y Zalkind. En cuanto a mí, me limitaba a redactar unas cuantas notas de agitación y a recibir a algunas personas.

El ataque alemán planteaba los problemas más difíciles; no teníamos medios para solucionarlos ni la más remota idea de cómo encontrar o crear esos medios. Empezamos por un llamamiento. Redacté un proyecto titulado *La patria socialista está en peligro*, que fue discutido con los SR de izquierda. En su calidad de nuevos reclutas del internacionalismo el título de la proclama los alarmó. Pero Lenin lo aprobó totalmente.

—Esto demuestra de golpe nuestro cambio de actitud de 180.º con respecto a la defensa nacional. Es exactamente lo que necesitábamos.

En uno de los últimos párrafos del proyecto se abordaba la cuestión del fusilamiento inmediato de quien apoyase al enemigo. El SR de izquierda Steinberg, que por un curioso rodeo se había metido en la revolución y hasta dentro del Consejo de los Comisarios del Pueblo, hizo objeciones a esta severa amenaza porque perjudicaba «la elocuencia» del llamado.

—Al contrario —exclamó Lenin—, precisamente en esto reside la verdadera elocuencia revolucionaria —(lo dijo irónicamente)—. ¿Creen acaso que podemos triunfar sin el terror revolucionario más severo?

Era el período en que Lenin, en cada oportunidad, aprovechaba cada ocasión para implantar la idea inevitable del terror. Todos los signos de sentimentalismo, desidia o indiferencia —y todos existían aunque en forma atenuada—, no le irritaban por sí mismos, sino porque le revelaban que los jefes de la clase obrera no apreciaban todavía suficientemente las inauditas dificultades que se nos presentaban y que sólo podían resolverse con medidas de una energía igualmente inaudita.

—Ellos —decía Lenin hablando del enemigo— están ante el peligro de perderlo todo. Cuentan con cientos de miles de hombres que han pasado por la escuela de la guerra, hombres hastiados, oficiales resueltos, dispuestos a cualquier cosa, subtenientes, burgueses y herederos de propietarios rurales, policías y campesinos acomodados. Y hay, perdóneseme la expresión, «revolucionarios» que creen que podemos hacer la revolución con amor y amabilidad. ¿En qué escuela les han

enseñado eso? ¿Qué entienden por dictadura? ¿Y cuál es esta dictadura de grandes idiotas?

Le oíamos estos discursos una docena de veces por día y siempre apuntaban a alguno de los presentes, sospechoso de «pacifismo». Lenin no dejaba pasar oportunidad de vociferar, cuando hablaban en su presencia de la revolución y la dictadura, particularmente en las reuniones del Consejo de los Comisarios del Pueblo o en presencia de los SR de izquierda o de los comunistas vacilantes:

—¿Dónde está la dictadura? Mostrádmela. Lo que tenemos es un trabajo mal hecho y no una dictadura.

La expresión «mal hecho» le gustaba mucho, porque significaba dilapidación.

—Si no estamos dispuestos a fusilar a un saboteador y a un guardia blanco, ¿qué clase de gran revolución es ésta? ¡Precisamente ya han visto cómo escriben estos bandidos burgueses acerca de nosotros! ¿Dónde está aquí la dictadura? No hay nada más que habladurías y confusión...

Estos discursos expresaban su verdadero sentimiento, pero al mismo tiempo tenían una doble finalidad: de acuerdo con su método, Lenin machacaba la conciencia de que sólo medidas excepcionalmente rigurosas podían salvar la revolución.

La debilidad organizativa del nuevo Estado se reveló más claramente cuando los alemanes comenzaron su ofensiva.

—Ayer todavía nos sentábamos sólidamente en la silla de montar —dijo Lenin cuando estuvo a solas conmigo—; hoy apenas estamos agarrados a la crin del caballo. Pero ello nos sirve de lección. Y esta lección no puede dejar de producir un saludable efecto sobre nuestra maldita negligencia. Crear el orden y atacar realmente el objetivo, ¡eso debemos hacer si no queremos dejarnos avasallar! Sería una lección muy buena para nosotros si los alemanes unidos con los blancos no logran derribarnos.

—Oye —me dijo una vez Vladimir Ilich repentinamente—, si los guardias blancos nos matasen a ti y a mí, ¿crees que Bujarin llegaría a un acuerdo con Sverdlov?

—Tal vez no nos maten —repose yo en tono de broma.

—El diablo lo sabe —añadió Lenin, y comenzó a reírse. Con esto concluyó la conversación.

Celebrábamos las reuniones en una de las salas del Smolny. De todas las instituciones era la menos ordenada. Allí no se supo jamás de quién venían las decisiones, quién mandaba, y sobre qué. Allí se planteó por primera vez la cuestión de los técnicos militares en rasgos generales. Nosotros ya habíamos tenido cierta experiencia en estos asuntos en una lucha con Krasnov^[57], cuando nombramos al coronel Muraviev^[58] oficial de mando y él, a su vez, designó al coronel Walden para dirigir las operaciones contra Pulkovo. Se asignaron a Muraviev cuatro marineros y un soldado con orden de vigilar y no apartar la mano de los revólveres. Éste fue el origen del sistema de los comisarios en el ejército. En cierta manera, fue también la

base de la formación del Consejo Supremo de Guerra.

—Sin militares serios y experimentados, no saldremos jamás de este caos —le decía a Vladimir Ilich después de cada visita al Estado Mayor.

—Es evidente, ¿pero no van a traicionarnos?

—Debemos nombrar un comisario para cada uno.

—Harías mejor en asignarles dos —exclamó Lenin—, y dos que sean enérgicos. Porque no puede ser que no tengamos comunistas decididos.

Así comenzó la formación del Consejo Supremo de Guerra.

La cuestión del traslado del gobierno a Moscú fue motivo de muchas discusiones. Parecía una traición a Petrogrado, piedra angular de la Revolución de Octubre. Los obreros no lo comprendían. El Smolny se había convertido en el símbolo del poder soviético ¡y ahora proponían que se liquide el Smolny! Y también se decían muchas otras cosas. Lenin estaba literalmente fuera de sí y replicaba a esas objeciones:

—¿Les parece que se puede salvar la revolución con ese estúpido sentimentalismo? Si los alemanes al primer empuje se apoderan de Petrogrado con nosotros adentro, la revolución está perdida. Pero si el gobierno está en Moscú, la caída de Petrogrado no significa más que un duro golpe. ¿Cómo es posible que no vean ni comprendan eso? Y hay más: permaneciendo en las condiciones actuales en Petrogrado, acrecentamos el peligro militar y pareciera que estuviéramos incitando a los alemanes a tomar la capital. Si por el contrario el gobierno está en Moscú, la tentación de tomar Petrogrado es incomparablemente menor. ¿Es de gran interés ocupar una ciudad revolucionaria hambrienta, cuando esta ocupación no decide la suerte de la revolución y de la paz? ¿Qué significa esta palabrería estúpida acerca del valor simbólico del Smolny? El Smolny es el Smolny simplemente porque nosotros nos encontramos en él. Y cuando nos hallemos en el Kremlin todo su simbolismo será transferido al Kremlin.

Finalmente la oposición fue dominada. El gobierno se trasladó a Moscú. Yo permanecí en Petrogrado por algún tiempo, creo que en calidad de presidente del Comité de Guerra Revolucionario de Petrogrado. A mi llegada a Moscú encontré a Vladimir Ilich en el Kremlin, en el ala del edificio llamada «Cuerpo de Caballería». La «confusión», es decir, el caos y el desorden no eran menores allí que en el Smolny. Vladimir Ilich regañaba amablemente a los moscovitas imbuidos del espíritu pueblerino y luego poco a poco, paso a paso, tiraba de las riendas.

El gobierno, que posteriormente experimentó frecuentes renovaciones parciales, desarrolló un trabajo febril dictando sin cesar disposiciones oficiales. Cada sesión del Consejo de los Comisarios del Pueblo presentaba al principio el aspecto de una improvisación legislativa en gran escala. Todo debía comenzarse por el principio, construirse desde los cimientos. No podíamos ofrecer «precedentes» porque la historia no los proveía. La información más insignificante chocaba con mil obstáculos por falta de tiempo. Las preguntas se multiplicaban a medida que crecía la urgencia revolucionaria, esto es, en un caos increíble. Lo grande y lo pequeño se

mezclaban notablemente. Los problemas de menor importancia práctica conducían a las más intrincadas cuestiones de principios. No todos los decretos concordaban ni mucho menos, y Lenin ironizó más de una vez, incluso públicamente acerca de la falta de concordancia de nuestra obra legislativa. Pero al fin estas contradicciones, aun las más groseramente visibles en nuestras tareas prácticas del momento, desaparecían en el trabajo del pensador revolucionario que, trazando los jalones de la ley, abría los caminos para crear un nuevo mundo de relaciones humanas.

Debemos agregar que la dirección de todo este trabajo pesaba sobre Lenin. Presidía infatigablemente el Consejo de los Comisarios del Pueblo durante cinco o seis horas seguidas —y estas reuniones se realizaban diariamente durante el primer período—; pasaba de una cuestión a otra, dirigía los debates distribuyendo cuidadosamente el tiempo de los oradores por medio de su reloj, más tarde reemplazado por un cronómetro presidencial.

En general los problemas se planteaban sin examen previo; y siempre, como hemos dicho, eran de suma urgencia. Muy a menudo el presidente ni los miembros del Consejo de los Comisarios del Pueblo ignoraban el fondo mismo del problema, incluso hasta el momento en que se abrían los debates, y éstos eran muy sucintos. El informante no disponía más que de cinco a diez minutos. Sin embargo el propio presidente descubría a tientas la línea a seguir. Si la sesión estaba muy concurrida y asistía a ella algún especialista o en especial alguna persona desconocida, entonces Vladimir Ilich adoptaba una de sus actitudes favoritas: ponía la mano derecha sobre su frente y miraba a través de los dedos al informante y a los miembros de la asamblea; y, observaba con mirada penetrante, sagaz, descubriendo pronto lo que se necesitaba.

En una estrecha tira de papel, con letras pequeñas (¡economía!), anotaba la lista de oradores, vigilando también su reloj que, cada tanto aparecía sobre la mesa para recordar al orador que era tiempo de terminar.

Al mismo tiempo, el presidente redactaba rápidamente, una nota con las conclusiones y resoluciones que le habían parecido particularmente importantes en el curso del debate.

Además Lenin, para ganar tiempo, solía enviar a los miembros de la asamblea una breve misiva donde pedía algún informe. Estas notas representarían un documento epistolar muy interesante —y voluminoso— acerca de la técnica de la legislación soviética; pero la mayoría de ellas se han perdido porque la respuesta estaba escrita en el reverso de la nota, y luego, todo era meticulosamente destruido por el presidente.

En un momento determinado Lenin daba lectura a su proyecto de resolución, siempre concebido en un estilo de una rigidez premeditada, con ribetes pedagógicos (con el fin de subrayar algún punto o evitar alguna tergiversación); entonces finalizaban los debates, o entraban en el camino de las propuestas prácticas y de las aclaraciones. El proyecto de Lenin era, por lo tanto, siempre la base de las

disposiciones oficiales.

Entre otras dotes indispensables, este trabajo requería una fuerte imaginación creadora. Estas palabras pueden parecer impropias a primera vista; sin embargo, expresan con exactitud la esencia del talento de Lenin. La imaginación humana puede ser de naturaleza variada: el ingeniero constructor necesita tanta imaginación como un novelista. Una de las más preciosas variedades de la imaginación consiste en la facultad de describir a las personas, las cosas y los fenómenos como son en realidad, incluso cuando nunca se los ha visto. Al utilizar toda la experiencia de la vida y los principios teóricos, combinar observaciones, informaciones dispersas tomadas al vuelo; elaborarlas, unir las en un todo, completarlas según ciertas leyes de correspondencia aún no formuladas y reconstituir así, en toda su realidad concreta, una fase determinada de la vida humana: este tipo de imaginación, es la que no puede faltar a un legislador, a un administrador ni a un jefe, sobre todo en tiempos de revolución. La fuerza de Lenin estriba, en gran parte, en la fuerza de su imaginación realista.

La perpetua tensión de Lenin hacia el objetivo era siempre concreta; de otra manera no hubiera sido la expresión de una voluntad muy claramente definida y dirigida. Creo que fue en *Iskra*, por primera vez, donde Lenin expuso su pensamiento de que, en la complejidad del encadenamiento de los actos políticos, hay que saber discernir, en un momento dado, el eslabón central, a fin de tomarse de él e imprimir la dirección deseada al movimiento de toda la cadena.

Más tarde Lenin volvió con frecuencia a este pensamiento, sirviéndose siempre de la misma figura de la cadena y del eslabón.

Este método pasó en él de la esfera de la inconciencia, a la que pertenecía, a la de su conciencia, transformándose, en cierta manera, en una segunda naturaleza.

En momentos especialmente críticos, cuando se trataba de un giro táctico de mucha responsabilidad y arriesgado, Lenin parecía dejar de lado todo lo accesorio, secundario y que podía ser diferido.

Esto no debe interpretarse, en manera alguna, en el sentido de que solamente se preocupase del problema central en sus características principales y desconociese los detalles.

Por el contrario, cuando consideraba una tarea urgente, planteaba el problema en toda su realidad concreta; lo abordaba desde todos los puntos de vista, estudiaba sus detalles, algunas veces incluso los secundarios, buscando la ocasión de dar nuevos impulsos, volvía a plantear el problema, provocando la acción, subrayando y verificando los valores, ejerciendo una continua presión. Pero todo estaba subordinado al «eslabón central de la cadena» que consideraba decisivo para cuando llegara el momento oportuno. Dejaba a un lado no sólo lo que estaba en contradicción, directa o indirectamente, con el problema central, sino también lo que podía distraer su atención o debilitar su energía. En los momentos especialmente críticos era como sordo y ciego a lo que no tenía que ver con la cuestión que absorbía

su atención. El sólo hecho de plantear en ese momento cuestiones que podían parecer neutrales, le daba la sensación de un peligro del que se apartaba instintivamente.

Cuando la etapa crítica obtenía el fin deseado, no era extraño que Lenin exclamara por cualquier motivo:

—Pero, si nos hemos olvidado de hacer esto y aquello... Hemos dejado escapar tal ocasión no pensando más que en las cuestiones principales...

A menudo le contestaban:

—Pero si esta cuestión se planteó en su momento y esta propuesta se hizo tal como ahora dices que se debió hacer; lo que sucedió es que entonces no quisiste oír hablar de ello.

—Sí, ¿de veras? —replicaba— No me acuerdo. No acuerdo nada.

Entonces estallaba con una risa maliciosa y, un poco «confundido», hacía un gesto peculiar con las manos, característico suyo, que parecía significar: «Uno no puede hacer todo a la vez». Este «defecto» era sólo la contrapartida de su facultad de provocar la movilización interior de todas sus fuerzas; precisamente, esta facultad hacía de él el más grande revolucionario de la historia.

En las tesis de Lenin acerca de la paz, escritas en enero de 1918^[59], decía: «Para el éxito del socialismo en Rusia se necesita un cierto período de tiempo de *unos cuantos meses al menos*».

Ahora estas palabras parecen absolutamente incomprensibles. ¿No es un error? ¿No quiso decir años o décadas? No, no es un error de pluma. Es posible hallar cierto número de declaraciones de Lenin en el mismo sentido. Recuerdo perfectamente que en el primer período, en las sesiones del Consejo de los Comisarios del Pueblo en el Smolny, Ilich repetía que dentro de medio año el socialismo sería instituido y sería uno de los Estados más poderosos. Los SR de izquierda, y no sólo ellos, levantaron la cabeza en actitud de interrogación y de sorpresa, se miraron unos a otros, pero permanecieron en silencio. Éste era su sistema educativo, Lenin necesitaba empujar a la gente a considerar de inmediato todas las cuestiones bajo el aspecto de la construcción socialista; no ante la perspectiva del «objetivo final», sino desde la del objetivo inmediato, de las tareas cotidianas.

En este cambio agudo de posición adoptó el método, que le era tan peculiar, de acentuar su extremismo. Ayer se dijo que el socialismo era el «objetivo final»; pero hoy es preciso hablar, pensar y actuar de modo de asegurar el triunfo del socialismo en pocos meses.

¿Era éste solamente un método pedagógico? No, era algo más que esto. A la energía pedagógica se le agregaba algo más: el poderoso idealismo de Lenin, su intensa fuerza de voluntad, que en cambios repentinos de una época a otra había acortado las etapas y abreviando los plazos.

Creía en lo que decía.

Y esta imaginativo plazo de medio año que concedía al desarrollo del socialismo estaba en función tanto de la mente de Lenin como de su manera realista de abordar

cada problema de la realidad. La fe firme y profunda en las posibilidades del desarrollo humano, por el que uno puede y debe pagar el precio que sea en sacrificios y sufrimientos, era siempre el motivo principal de la estructura mental de Lenin.

En las circunstancias más difíciles, en el más fatigoso trabajo diario, en medio de las dificultades del abastecimiento y de todas las demás tareas, cercado por una guerra civil, Lenin trabajaba con el mayor cuidado en elaborar la Constitución soviética, armonizando escrupulosamente los requisitos prácticos de menor importancia de la organización estatal con las tareas esenciales, indicadas por los principios de la dictadura proletaria en un país campesino.

La comisión encargada de la Constitución decidió, no se sabe por qué, rever la *Declaración de los Derechos de los Trabajadores* reelaborada por Lenin con el fin de «armonizarla» con el texto de la Constitución. Cuando llegué desde el frente a Moscú recibí de la comisión, entre otros materiales, el proyecto de la *Declaración* transformada, o al menos una parte de ella.

Me informé de esto en el despacho de Lenin, donde solamente él y Sverdlov estaban presentes. Estaban haciendo los preparativos para el V Congreso de los Soviets.

—¿Pero por qué se ha de cambiar la declaración? —pregunté a Sverdlov, quien estaba al frente de la comisión constituyente.

Vladimir Ilich levantó la cabeza con interés.

—Es que la comisión acaba de descubrir que la *Declaración* discrepa en algunos puntos con la Constitución y contiene declaraciones inexactas —contestó Mijailovich.

—En mi opinión esto es una tontería —repliqué—. La declaración ha sido ya adoptada y ha pasado a ser un documento histórico. ¿Por qué quieren revisarla?

—Es cierto —interrumpió Vladimir Ilich—. Pienso también que se preocupan de esta cuestión sin motivo alguno. Dejen que la juventud viva sin afeitarse y desgreñada: de todos modos es un retoño de la revolución... difícilmente mejoraría si la mandásemos a la peluquería.

Sverdlov procuró defender «por obligación» la decisión de su comisión, pero pronto hubo de adherirse a nuestro parecer. Me di cuenta de que Vladimir Ilich, que más de una vez se había opuesto a las proposiciones de la comisión constituyente, no parecía dispuesto a emprender una lucha contra la nueva redacción de la *Declaración de los Derechos de los Trabajadores*. Estaba satisfecho por el apoyo de una «tercera persona» que inesperadamente se había puesto a su lado en el último momento. Los tres decidimos no cambiar la *Declaración* y la digna juventud se ahorró el peluquero...

El estudio del proceso de elaboración de las leyes del Soviet poniendo de relieve sus aspectos principales y giros decisivos en relación con el curso de la revolución y sus relaciones internas de clase, constituiría un trabajo importantísimo, cuyos resultados para el proletariado de los otros países podrían y deberían revestir la mayor

significación práctica.

La recopilación de los decretos soviéticos forma, en cierta manera, una parte —y no la menos importante— de las obras completas de Vladimir Ilich.

CAPÍTULO VI

LOS CHECOSLOVACOS Y LOS SR DE IZQUIERDA

La primavera de 1918 gravitó duramente sobre nosotros. Eran momentos en que se tenía la impresión que todo era frágil y resbaladizo, de que no había nada estable, nada que pudiera sostenerse. Por un lado era absolutamente claro que el país habría caído en una lenta y larga descomposición si la Revolución de Octubre no hubiera ocurrido. Pero por otro lado, en la primavera de 1918 uno se preguntaba involuntariamente si las fuerzas vitales del exhausto, destrozado y desesperado país subsistirían hasta que el nuevo régimen se afirmara. No había provisiones a las que recurrir. No había ejército. La organización del Estado apenas comenzaba a constituirse. Por todas partes surgían como úlceras los complotos. El ejército checoslovaco se había establecido en nuestro país como un poder independiente. Casi no les podíamos oponer resistencia.

Una vez me dijo Vladimir Ilich, en un momento muy difícil de 1918:

—Hoy me ha venido a ver una delegación de obreros^[60]. Después de hablarles, uno de ellos me ha dicho: «Sé que tú también, compañero Lenin, te pones de parte de los capitalistas». Usted sabe, era la primera vez que me injuriaban así. Confieso que me he desconcertado y no sabía qué contestar. Si este obrero no tenía malas intenciones, si no era un menchevique, éste era un síntoma alarmante.

Cuando Lenin relataba este episodio parecía más disgustado y alarmado que últimamente cuando llegaron del frente las siniestras noticias de la caída de Kazán y la amenaza inmediata sobre Petersburgo. Y esto también es comprensible: podíamos perder Kazán e incluso Petersburgo y luego recuperarlos. Pero la confianza de los obreros era la base fundamental del partido.

—Tengo la impresión —dije entonces a Vladimir Ilich—, de que el país, después de las terribles crisis que sufrido, necesita mejor nutrición, reposo y cuidados para que pueda subsistir y restablecerse; pero bastaría un empujón para tirar todo abajo.

—Tengo la misma impresión —respondió Vladimir Ilich—. Con nuestra terrible debilidad el menor choque es peligroso.

No obstante, la historia de los checoslovacos amenazaba ser precisamente el choque fatal. Los regimientos checoslovacos penetraron, sin oposición en nuestras provincias de la Rusia sudoriental y se unieron a los SR y otros políticos aún más peligrosos, todos del Partido Blanco.

Aun cuando los bolcheviques habían conquistado el poder en todo el país, su

organización en el campo era aún muy débil. No debe sorprendernos. En realidad la Revolución de Octubre se había llevado a cabo solamente en Petrogrado y en Moscú. En la mayoría de las ciudades provincianas la Revolución de Octubre, igual que la de Febrero, se había conocido por el telégrafo. El ascenso de unos, el retroceso de otros, dieron lugar a una atmósfera y a una falta de resistencia por parte de los gobernantes de ayer, lo que tuvo como consecuencia la apatía de la revolución. La entrada de los checoslovacos modificó la situación, al comienzo en contra nuestra y finalmente a nuestro favor. Los Blancos habían alcanzado cierto grado de perfección militar; en respuesta comenzó la verdadera cristalización revolucionaria de los Rojos. Puede decirse que el distrito del Volga solamente completó su Revolución de Octubre al aparecer los checoslovacos. Pero esto no se hizo en un día.

El 3 de julio, Vladimir Ilich me llamó al Comisariado de Guerra:

—¿Sabe lo que ha sucedido? —me preguntó con voz sorda que denotaba en él la excitación.

—No, ¿de qué se trata?

—Los SR de izquierda han arrojado una bomba a Mirbach^[61]. Se dice que está muy mal herido. Venga al Kremlin, que hablaremos de esto.

Unos minutos más tarde me encontraba en el despacho de Lenin. Me explicó las circunstancias principales y a cada momento preguntaba por teléfono nuevos detalles.

—Historias divertidas, por cierto —dije, mientras meditaba las noticias que iban llegando y que no carecían por cierto de interés. No podemos quejarnos de una vida monótona.

¡Ah! —se rió Lenin, inquieto—. Es la contorsión de este monstruo pequeñoburgués... —dijo «contorsión» irónicamente. Y la ironía con que pronunciaba estas palabras traducía bastante lo que Engels había expresado al hablar de *rabiat gewordene Klembürger* [la rabia repentina del pequeñoburgués, NdTfrancés].

Hubo otra vez rápidas conversaciones telefónicas, breves preguntas y respuestas, con el Comisariado de Asuntos Extranjeros, con la Cheka^[62] y otras instituciones. El pensamiento de Lenin trabajaba, como de costumbre en los momentos críticos en dos planos a la vez. Como marxista enriquecía su experiencia histórica y valoraba con interés estas «contorsiones», estas «fluctuaciones» del radicalismo pequeñoburgués mientras, al mismo tiempo, como jefe de la revolución, tensábalos hilos de su investigación incansablemente e indicábalos pasos a seguir. Se anunciaba un motín entre las tropas de la Cheka.

—¡Parece como si los SR de izquierda quisieran ser el carozo de la cereza que nos hará caer...!

—He pensado lo mismo —respondió Lenin—. ¿La suerte de la pequeñoburguesía vacilante e impulsiva no se reduce a ser los carozos de cereza que la guardia blanca nos arrojará a los pies? Ahora a cualquier precio debemos influir en el carácter del informe alemán que sale para Berlín. Motivo para la intervención militar no les falta,

sobre todo si se tiene cuenta que Mirbach sin duda informó sobre nuestra debilidad e indicó los posibles resultados frente al menor enfrentamiento...

Muy poco después entraba Sverdlov. Era el mismo de siempre.

—Ahora —dijo, dándome la mano con un aire sonriente—, estamos obligados a transformar el Consejo de los Comisarios del Pueblo en un nuevo Comité de Guerra Revolucionario.

Lenin, entretanto, recibía nuevas informaciones. No recuerdo si fue en este momento o más tarde cuando llegaron noticias acerca de la muerte de Mirbach. ¡Debíamos ir a la embajada a expresar nuestra condolencia! Se decidió que fuesen Lenin, Sverdlov y me parece que también Chicherin^[63]. Se discutió si yo debía ir o no. Después de un ligero cambio de impresiones se me eximió de la tarea

—¿Qué les vamos a decir? —dijo Vladimir Ilich, moviendo la cabeza. Yo ya había hablado con Radek acerca de esto. ¡Nos convendría decir *Mitleid!* pero debemos decir *Beileid!*^[64].

Sonrió un poco, se puso la chaqueta y dijo seriamente a Sverdlov:

—Vámonos.

Su rostro había cambiado y se había vuelto pálido.

La visita a la embajada de los Hohenzollern para ofrecer el pésame por la muerte del conde Mirbach no era una cosa fácil para Ilich. Como experiencia íntima era aquél, probablemente, uno de los momentos más difíciles de su vida.

En tales días se aprende a conocer a los hombres. Sverdlov era realmente incomparable: seguro de sí mismo, valiente, firme, inventivo; el mejor tipo de bolchevique. En aquellos meses difíciles, Lenin aprendió a conocer y a apreciar a Sverdlov. A menudo, Vladimir Ilich llamaba a Sverdlov para sugerirle ésta o aquella medida urgente, y casi siempre recibía la contestación: «¡Ya está!» Es decir, que la medida ya había sido ejecutada. Muchas veces bromeábamos acerca de ello y decíamos: «Sverdlov probablemente vendrá a decir: —¡Ya está!»

—Y al principio nos oponíamos a su ingreso al Comité Central —me dijo una vez Lenin—, ¡De qué manera nos podemos equivocar al juzgar a un hombre! Hubo famosas disputas sobre este punto; pero, desde abajo, en el Congreso nos corrigieron y tuvieron completa razón^[65].

El motín de los SR de izquierda nos había privado de una alianza política; pero en definitiva no nos debilitó, sino que al contrario, nos fortaleció. Nuestro partido se aglutinó con más fuerza. En las instituciones y en el ejército se comprendió mejor la importancia de las células comunistas. El gobierno siguió más firmemente su camino.

El golpe de los checoslovacos tuvo indudablemente el mismo efecto, pues sacó al partido del abatimiento en que se encontraba desde la paz de Brest-Litovsk. El período de la movilización del partido para el frente oriental comenzaba. Vladimir Ilich y yo despedimos al primer grupo, al cual pertenecían aún los SR de izquierda. Aquí se adivinaba ya, aunque con cierta vaguedad, la organización de las futuras secciones políticas. Mientras tanto, las noticias del Volga eran desfavorables. La

traición de Muraviev y el levantamiento de los SR de izquierda produjeron una nueva confusión en el frente oriental. El peligro se hizo repentinamente más intenso. Pero se estaba operando un cambio radical.

—Debemos movilizarlo todo y a todos y mandarlos al frente —decía Lenin. Debemos movilizar de la «cortina» a todas las tropas capaces de luchar, y enviarlas al Volga.

Recordaré aquí que se llamaba «cortina» a un pequeño cordón de tropas que estaba establecido al oeste, frente a la región ocupada por los alemanes.

—Pero ¿y los alemanes? —decían a Lenin.

—Los alemanes no se moverán, tienen otras cosas que hacer, y, por otra parte, a ellos mismos les interesa que acabemos con los checoslovacos.

Se adoptó este plan y fue así que se constituyó el grueso del futuro V ejército. Entonces se decidió también mi viaje al Volga. Me ocupé de la formación de un tren, cosa nada fácil en aquellos tiempos. Vladimir Ilich estaba conforme con todo, me escribía notas cortas y me telefoneaba constantemente.

—¿Tiene un automóvil resistente? Tome uno del garage del Kremlin.

Y una media hora más tarde:

—¿Tomó usted un avión? Es necesario tener uno. Esto puede servir.

—Habrá aviones en el ejército —respondí—. En caso de necesidad me serviré de ellos.

Y media hora más tarde:

—Lo que quería decir es que debería tener un avión en el tren. Uno nunca sabe lo que puede pasar.

Y así siguió la conversación.

Los regimientos y los destacamentos, formados de manera precipitada, principalmente de lo que quedaba del antiguo ejército disperso, se diseminaron, lo sabemos, bastante lamentablemente, ante el primer encuentro con los checoslovacos.

—Para remediar esta terrible inestabilidad, necesitamos una fuerte cintura de defensa, formada por comunistas, y especialmente hombres combativos —dije a Lenin antes de partir hacia el frente oriental—. Debemos *forzarlos* a luchar. Si esperamos que el mujik se termine de despertar, quizás sea demasiado tarde.

—Tiene razón —respondió—, pero temo que incluso la cintura de defensa no despliegue la firmeza necesaria. El ruso es un hombre demasiado bueno; es incapaz de tomar resueltamente medidas de terror revolucionario. Pero, es indispensable intentarlo.

Las noticias del atentado contra Lenin^[66] y del asesinato de Uritsky llegaron a mi conocimiento cuando me encontraba en Svaijsk. En aquellos días trágicos la revolución sufría una crisis interior. Se desembarazaba de su «bondad». El acero del partido se templaba. El espíritu de resolución se afirmaba y, cuando era necesario, era de un rigor implacable. En el frente las secciones políticas luchaban mano a mano con los destacamentos de defensa y los tribunales dándole sustento al joven ejército.

Pronto se manifestó el cambio. Recuperamos Kazán y Simbirsk. En Kazán recibí un telegrama acerca de la primera victoria en el Volga, que me envió Lenin repuesto ya del atentado del que había sido víctima. Cuando llegué a Moscú poco después, fui con Sverdlov a casa de Gorki para ver a Vladimir Ilich que se había repuesto rápidamente, pero aún no había vuelto a Moscú para proseguir su trabajo. Lo encontramos de excelente humor. Ante todo quiso informarse de la organización del ejército, su disposición de ánimo, el papel de los comunistas, el perfeccionamiento de la disciplina; repetía alegremente:

—Sí; esto va bien; perfectamente. La consolidación del ejército va a hacerse sentir en todo el país: tendremos más disciplina y mayor sentido de la responsabilidad...

En otoño se produjo realmente la gran transformación. De la pálida debilidad de los días primaverales no había quedado ni rastro. Algo lo había sustituido, algo que había crecido con fuerza, y es interesante notar que esta vez no fue una nueva tregua para tomar aliento lo que salvó a la revolución sino al contrario, un nuevo y agudo peligro que hizo emanar en el proletariado las fuentes secretas de la energía revolucionaria.

Cuando Sverdlov y yo entramos en el automóvil, Lenin estaba en el balcón, tranquilo y feliz. Recuerdo que sólo lo había visto tan feliz el 25 de octubre cuando escuchó en el Smolny los primeros éxitos militares de la insurrección.

Habíamos liquidado políticamente a los SR de izquierda. Limpiamos el Volga. Lenin se reponía de sus heridas. La revolución crecía en fuerza y en coraje.

CAPÍTULO VII

LENIN EN LA TRIBUNA

Después de la Revolución de Octubre los fotógrafos captaron más de una vez a Lenin, también fue filmado. Su voz resonó en los discos de fonógrafo. Sus discursos se taquigrafiaban y se imprimían. Así es como poseemos todos los elementos de Vladimir Ilich. Pero tenemos más que los elementos. La personalidad viva no se encuentra más que en su combinación siempre dinámica e inimitable.

Cuando procuro mentalmente, con mis oídos y mi ojos, ver y oír a Lenin en la tribuna como al comienzo, descubro a un hombre de mediana estatura, fuerte y flexible, y oigo una voz rápida, igual, ininterrumpida, tal vez sorprendente, casi sin pausas y al comenzar sin énfasis alguno.

Las primeras frases son por lo común generalidades; el tono es el de un hombre que tantea su auditorio; el cuerpo del orador parece no haber encontrado aún su equilibrio; los gestos no son precisos. La mirada está absorta en el pensamiento interior; el rostro, es más bien sombrío y como un poco contrariado. Su pensamiento procura encontrar la manera de acercarse al auditorio. Este período de introducción dura mucho o poco, según el público, el tema y el estado de ánimo del orador. Pero de pronto encuentra la materia que va a tratar. El tema se vuelve claro. El orador inclina hacia adelante la parte superior del cuerpo, poniendo sus pulgares en los contornos del chaleco.

Como resultado de este doble movimiento su cabeza y sus manos van hacia adelante. La cabeza no parece grande sobre el cuerpo pequeño pero robusto, bien formado y rítmico. Pero sus cejas y su frente lisa y arqueada parecen enormes. Sus brazos se mueven activamente, aunque sin nerviosismo ni movimientos inútiles. La mano es ancha, con unos dedos cortos, plebeya, fuerte. En ella tiene los mismos rasgos de confianza y de firme afabilidad que la totalidad de su figura. Esto podía verse mucho mejor cuando el orador se agitaba dándose cuenta de la estratagema de su adversario, o cuando lograba hacerlo caer en su trampa.

Entonces de la poderosa protuberancia de la frente y del cráneo se destacaban los ojos de Lenin, tal como figuran en una excelente fotografía que le tomaron en 1919.

Hasta el espectador más indiferente se sobresaltaba cuando observaba esta mirada, y se preguntaba qué iba a suceder. Los ángulos de sus mejillas huesudas se iluminaban y a menudo en aquellos momentos de intensa concentración mental se suavizaban, subrayando su don de conocimiento de la gente, de las relaciones

sociales, de la situación. La parte inferior de su rostro, con su barba gris rojiza, quedaba de alguna manera en la sombra. La voz perdía su dureza, se tornaba flexible y suave y en algunos momentos maliciosamente insinuante.

Pero en cierto momento el orador introducía en su discurso una posible objeción de un adversario o una cita del artículo de un enemigo. Antes de plantear la idea hostil demuestra perfectamente que la objeción es infundada, superficial o falsa. Aparta los dedos de su chaleco, echa hacia atrás su cuerpo y retrocede algunos pasos como para dejar espacio para el ataque; mueve los hombros con una mezcla de ironía y de un aire desesperado, y extiende ambas manos separando los pulgares de manera expresiva.

Condena al adversario, lo ridiculiza o lo confunde —según el adversario y la ocasión— antes incluso de haberlo refutado.

El oyente sabe de antemano a qué tipo de experiencias tiene que atenerse y qué actitud mental debe tomar. Entonces se abre la ofensiva lógica. La mano izquierda se vuelve a ubicar a veces en el contorno del chaleco, otras, más a menudo, en el bolsillo del pantalón; la derecha acompaña el curso lógico de su pensamiento y marca un ritmo. Cuando conviene, la izquierda ayuda a la derecha. El orador se torna hacia su auditorio, va hasta el extremo de la tribuna, se inclina hacia adelante y elabora con amplios movimientos su material oratorio. Esto significa que ha llegado al pensamiento central, al punto culminante de su discurso.

Si hay adversarios en el auditorio, de vez en cuando se oyen exclamaciones hostiles o críticas. De cada diez casos, nueve no obtienen contestación. El orador dirá lo que quiere decir, para aquéllos a quienes cree bueno dirigirse, y de la manera que considere necesario. No le agrada desviarse para replicar a uno u a otro. Las ocurrencias rápidas, durante su discurso, no eran parte de su pensamiento concentrado. Únicamente, luego de interrupciones hostiles, su voz se vuelve más severa, su discurso es más compacto e impresionante, su pensamiento más agudo, sus gestos más bruscos.

Solamente toma en cuenta una interrupción hostil si responde al curso general de sus pensamientos y le ayuda a llegar más rápidamente a la conclusión necesaria. Pero entonces sus respuestas son inesperadas por su sorprendente simplicidad. Pone al desnudo una situación, precisamente en el momento en que se esperaba que, más bien, la ocultase.

Los mencheviques pudieron experimentar esto más de una vez en los primeros períodos de la revolución, cuando acusaban al bolchevismo de violar la democracia y cuando estas acusaciones todavía conservaban su frescura.

«¡Nuestros periódicos han sido suspendidos!»

— ¡Naturalmente! Pero por desgracia todavía no todos. Pronto todos lo serán. (*Aplausos estrepitosos*). La dictadura del proletariado cortará de raíz esta propaganda, impedirá este vergonzoso tráfico del opio burgués. (*Aplausos estrepitosos*).

El orador se enderezaba. Tenía ambas manos en los bolsillos. No había ningún

rastró de «pose», la voz no tenía ninguna modulación retórica, toda la figura, la posición de su cabeza con sus labios apretados, los pómulos y el tono ligeramente ronco de su voz, expresaban firme confianza en su justicia y en su verdad. «Si ustedes quieren pelear, peleemos, pero como es necesario».

Cuando el orador golpeaba no ya a un enemigo, sino a uno de los suyos, esto podía percibirse por el tono y el semblante. Hasta los ataques más violentos guardan, en ese caso, el carácter de un método para «hacer razonar» al otro. De vez en cuando la voz del orador se quebraba en una nota alta; esto sucedía cuando denunciaba con violencia a alguno de los suyos, lo desconcertaba y probaba que el oponente no había aportado idea alguna y que no podía fundamentar en lo más mínimo sus objeciones. Mientras hacía estas protestas su voz llegaba a veces al falsete y se quebraba, con lo que el discurso más terrible cobraba un matiz de bondad.

El orador había expuesto toda su idea hasta el final, hasta el último resultado práctico; pero solamente la idea, no su forma de exponerla, a excepción de algunas expresiones y frases brillantes, sucintas, pertinentes, precisas, que entonces entraban como práctica corriente en la vida política del partido y del país. La construcción de las frases es generalmente densa, saturada; una proposición se esconde o se interpenetra tras la otra. Semejante construcción era una dura prueba para los taquígrafos y luego para los editores. Pero a través de estas densas frases, se abría camino vigorosamente su pensamiento intenso y poderoso.

¿Pero el orador es realmente un marxista profundamente instruido, un teórico de las ciencias económicas y un hombre de inmensa erudición? ¿No parecía, por lo menos en algunos momentos, como si estuviera hablando un autodidacta extraordinario, que ha llegado a todos esos resultados por su propio pensamiento, que ha creado todo eso en su propio cerebro, sin ninguna instrumentación científica, sin ninguna terminología rigurosa y que por eso lo presenta a su manera? ¿De dónde procedía esta ilusión? Ésta procedía de que el orador, después de haber meditado la cuestión por su propia cuenta, y seguía reflexionando ubicándose desde el punto de vista de las masas, aplicando a su pensamiento la experiencia de éstas, a fin de quitar completamente a su exposición todos los aparatos teóricos que le habían servido para construir su discurso.

A veces, sin embargo, el orador subía precipitadamente los escalones de su pensamiento y saltaba varios peldaños: actuaba así cuando la conclusión le parecía que quedaba lo suficientemente clara, evidente, cuando se volvía urgente alcanzarla; si necesitaba dirigir hacia allí a sus oyentes lo antes posible.

Pero se daba cuenta en seguida de que el auditorio no podía seguirlo, que la conexión con sus oyentes se distendía. Entonces reaccionaba, daba un paso atrás y comenzaba su disertación otra vez, pero ahora con un paso más calmo y moderado. Su propia voz se modifica, ya no se siente el exceso de intensidad del inicio; se cubre de matices persuasivos.

Este retroceso, este ir y venir, perjudica, naturalmente, a la construcción del

discurso. ¿Pero se hace un discurso por el simple placer de construirlo bien? ¿Hay necesidad, en un discurso, de otra lógica que la que determinará la acción?

Y cuando el orador llegaba nuevamente a su conclusión, acompañado ahora por todos sus oyentes, sin excepción, se percibía en la sala la sensación física de su éxito, se experimentaba el feliz ejercicio del pensamiento colectivo.

No faltaba más que recalcar dos o tres veces la conclusión, de manera que penetrase bien, dándole una expresión simple, clara y plástica que quedase impresa en la memoria, y entonces podía concederse a sí mismo y a los demás una pausa para retomar el aliento, podía bromear y reír, para que durante este tiempo el pensamiento común absorbiese fácilmente su nueva adquisición.

El humor oratorio de Lenin era tan sencillo como sus demás recursos, si puede hablarse de recursos. Pero no se encontrará en los discursos de Lenin lo que se llama «idealismo» ni mucho menos «vanguardismo»; él tiene la gracia delicada, comprensible para las masas, popular en el verdadero sentido de la palabra. Si la situación política no era demasiado alarmante, si la mayoría de los oyentes le era adicta, entonces el orador se permitía alguna broma. El auditorio aceptaba de buena gana la observación astuta, ingenua, jocosa, que equivalía a una caracterización despiadada o bonachona, porque veía que no se trataba de una sencilla cuestión de palabras más o menos ingeniosas, sino que detrás había algo que conducía a un fin.

Cuando el orador hacía algún chiste, la parte baja de su cara se proyectaba con más fuerza, especialmente la boca, que se reía contagiosamente. Las arrugas de su frente y de su cabeza se hacían cada vez más suaves; los ojos no centelleaban, pero brillaban alegremente; la tensión vigorosa de su inteligencia se suavizaba bajo el influjo de la bondad y de la satisfacción.

La característica sobresaliente de los discursos de Lenin, como la de toda su obra, era la tensión hacia el objetivo. No buscaba dar arengas, sólo buscaba llevar hacia una conclusión que llamase a la acción.

Abordaba a sus oyentes de diversas maneras; explicaba, buscaba convencer, incriminaba, bromeaba, convencía de nuevo y explicaba otra vez. Lo que daba unidad a su discurso no era un plan previamente establecido, sino un objetivo práctico netamente definido, rigurosamente marcado por la realidad presente, ésta es una idea cuyo aguijón debe entrar y alojarse en la conciencia de los oyentes.

A este fin esencial se subordina el humor de Lenin. Su sentido del humor le era útil. Cada palabra mordaz perseguía un fin práctico: era necesario fustigar a unos, era necesario refrenar a otros. Entonces entran en juego expresiones que han permanecido en el vocabulario de nuestra política^[67]. Pero antes de emplear tales frases el orador describía algunas curvas, a fin de encontrar el punto desde donde plantearlas. Cuando lo encontraba, las introducía como un clavo, se apartaba un poco para ver mejor, y con un gran gesto les daba un golpe fuerte con su martillo, una, dos, tres, diez veces, hasta que el clavo se mantenía firme, de tal manera que hubiera sido muy difícil arrancarlo antes de que hubiese prestado sus servicios. Entonces Lenin

golpeaba el clavo otra vez, con una observación chistosa, por la izquierda y por la derecha, para aflojarlo, hasta que lo sacaba y lo lanzaba al hierro viejo de los archivos, con gran disgusto de todos los que se habían ido acostumbrando al clavo.

Y ahora el discurso se acerca a su fin. Se realizan los últimos cálculos, las conclusiones están firmemente sentadas. El orador parece un obrero agotado por su trabajo pero feliz de haber hecho bien su tarea. De vez en cuando se pasa la mano por la cabeza calva llena de gotas de sudor. La voz no tiene la misma vehemencia, se extingue como el fuego de un campamento. Es posible terminar. Es en vano esperar un final electrizante que corone el discurso y sin el cual pareciera que no se puede abandonar la tribuna. Un final brillante era indispensable para los demás; Lenin no lo necesitaba. No concluía sus discursos retóricamente; acababa su trabajo y ponía punto final. «Si nos convencemos de esto, si obramos de esta manera, entonces podemos estar seguros de triunfar», no es una frase final extraordinaria. O «se debe luchar por esto, no con palabras, sino con hechos». O a veces con mayor sencillez decía: «Esto es todo lo que necesitaba decir». Y nada más. Y la conclusión, que correspondía enteramente al tipo de elocuencia de Lenin y a la naturaleza del propio Lenin, no enfriaba de manera alguna su auditorio. Al contrario, después de una conclusión así, sin efectismo, «gris», la multitud parecía volver a captar con una chispa de inteligencia todo lo que Lenin les había dicho en su discurso: el auditorio rompía en un aplauso tempestuoso, entusiasta y agradecido.

Pero Lenin ha reunido ya sus papeles y rápidamente abandona la tribuna, a fin de escapar a lo inevitable. Su cabeza se hunde entre sus hombros; su barba se inclina; sus ojos desaparecen bajo las cejas; su bigote se eriza rabiosamente sobre el labio fruncido con un dejo de fastidio. El murmullo del aplauso crece y los gritos llegan en ondas tempestuosas. «¡Viva Lenin... el jefe... Ilich!» Allí, en el resplandor de las luces eléctricas, la cabeza se destaca, rodeada de enormes oleadas de entusiasmo; y cuando parece que la tempestad ha llegado a su momento culminante, súbitamente, a pesar de la confusión, del tumulto y el aplauso, como una sirena en una tormenta, una voz joven, entusiasta y forzándose a sí misma, grita: «¡Viva Ilich!» Y de las íntimas y trémulas profundidades de solidaridad, amor y entusiasmo, se levanta un grito general, que sacude las piedras: «¡Viva Lenin!»

CAPÍTULO VIII

EL FILISTEO Y EL REVOLUCIONARIO

En una de las numerosas obras que se han dedicado a Lenin hallé un artículo del escritor inglés H. G. Wells^[68] con el título *El soñador en el Kremlin*^[69].

Hay en esta obra una nota del editor, en la que se dice: «Hasta hombres progresistas como Wells no han comprendido la revolución proletaria, que se produjo en Rusia». Uno podía pensar si esto no era una razón suficiente para que el artículo de Wells no se incluyera en el libro dedicado al jefe de esta revolución. Pero no vale la pena criticarlo; personalmente he leído algunas páginas de Wells no sin interés, de lo que, a buen seguro, no tiene la culpa el autor, como se verá más adelante.

Tengo ante mis ojos, vividos, los días en que Wells visitó Moscú. Fue el invierno famélico y frío de 1920-21. Se presentía las inquietantes dificultades que plantearía la primavera. El Moscú hambriento yacía enterrado bajo la nieve. Nuestra política económica se hallaba en vísperas de un cambio brusco.

Recuerdo muy bien la impresión que Vladimir Ilich sacó de su conversación con Wells.

—¡Qué burgués! ¡Es un filisteo! —repetía, y levantaba las dos manos sobre la mesa, riéndose y suspirando, como era característico en él cuando sentía una cierta vergüenza ajena.

—¡Ah! ¡Qué filisteo! —exclamó reanudando la conversación.

Nuestra conversación se realizó antes de la apertura de la sesión del gabinete político, y se limitó esencialmente a repetir esta corta calificación de Wells. Pero ya era bastante. Confieso que he leído muy poca cosa de Wells y que no lo he vuelto a ver. Pero al socialista de salón de la Sociedad Fabiana^[70], al literato inglés, disertador sobre temas utópicos o visionarios que viajó por aquí para ver con sus propios ojos los experimentos comunistas, a este puedo retratarlo con bastante fidelidad. Y la exclamación de Lenin, especialmente su tono, completaban sin dificultad mi impresión.

El artículo de Wells, que llegó al libro referido por vías desconocidas, no sólo ha hecho volver a mi memoria la exclamación de Lenin, sino que le ha conferido todo el significado que él había querido darle. Porque si en el artículo de Wells hay algún vago vestigio de Lenin, es el propio Wells, tal como es, quien está retratado en él.

Comencemos por la queja con que Wells se presenta sí mismo: el pobre se vio obligado a hacer muchas gestiones —fíjense en esto— antes de obtener una

entrevista con Lenin, lo que le «irritaba» (a Wells) muchísimo. ¿Es que Lenin había mandado llamar a Wells? ¿Estaba obligado a recibirlo? ¿Acaso a Lenin le sobraba tiempo? Al contrario, en aquellos días tan difíciles no perdía el tiempo: no era cosa fácil encontrar una hora libre para recibir a Wells. Ni aun un extranjero tendría dificultad en darse cuenta de esto. Pero por desgracia Wells, en su calidad de ilustre extranjero, y a pesar de su «socialismo» de inglés de estirpe conservadora de modelo imperialista, venía completamente obsesionado por la convicción de que con su visita hacía un gran honor a esta tierra bárbara y a su gobernante. El artículo de Wells desde la primera a la última línea, delata esta presunción injustificada.

La descripción psicológica de Lenin comienza, como era de esperar, con una revelación. Lenin no es «en modo alguno un hombre de letras».

¿Quién podía decidir esta cuestión, sino un hombre de letras profesional, como Wells?

«En fin, los cortos y violentos panfletos que aparecen en Moscú con su firma (la de Lenin), llenos de ideas falsas acerca de la psicología de los obreros occidentales... dan una pequeña idea del carácter real de la mentalidad de Lenin».

El honorable caballero no debe saber, naturalmente, que Lenin ha escrito un gran número de libros fundamentales sobre la cuestión agraria, sobre teorías económicas, sociológicas y filosóficas. Wells no se ha dado cuenta más que de los «cortos y violentos panfletos», y hasta en éstos hace notar que «sólo aparecen con la firma de Lenin»; dando a entender que los han escrito otros. El verdadero «carácter de la mentalidad de Lenin», por tanto, se revelaría tal cual es, no en las docenas de volúmenes que ha escrito, sino en esta hora de conversación que se dignó conceder al esclarecidísimo visitante de la Gran Bretaña.

Al menos podía esperarse de Wells una descripción interesante del aspecto externo de Lenin, y en obsequio a un pequeño rasgo bien observado hubiéramos estado dispuestos a perdonarle todas sus mediocridades inspiradas por su socialismo fabiano. Pero nada de esto puede observarse en el artículo.

«Lenin tiene un rostro agradablemente moreno cuya expresión cambia constantemente, y una sonrisa llena de vida».

«Lenin se parece poco a sus fotografías».

«Durante nuestra conversación gesticulaba un poco».

En estas banalidades Wells no se diferencia en nada de un reportero de un periódico capitalista. Además descubre que la frente de Lenin le recuerda la cabeza larga, extraordinariamente asimétrica, de Arthur Balfour^[71] y, en su conjunto, Lenin es un «hombrecito»; «cuando se sienta en el borde de su silla sus pies apenas tocan el suelo».

Por lo que respecta al cráneo de Arthur Balfour, no tenemos nada que decir de este venerable objeto y admitimos con gusto que es alargado. ¡Pero por lo demás, qué indecente falta de propiedad en los términos! Lenin era de un rubio rojizo; de ninguna manera se le puede describir como un hombre moreno. Era de estatura media, quizá

un poco menos; pero esto de que daba la impresión de un «hombrecito» y que sentado apenas tocaba el suelo con los pies, podía ser únicamente una opinión de Wells, que vino con la conciencia de un Gulliver civilizado a la tierra de los liliputienses comunistas del norte.

Además, Wells observa que en las pausas de la conversación Lenin tenía la costumbre de cubrirse los ojos con la mano.

«Quizá esto se debe a algún defecto visual», dice el ingenioso literato.

Conocemos tales gestos. Lenin los hacía cuando se encontraba ante un hombre extraño, un hombre con el que no tenía nada en común: con la mano sobre la frente como una pantalla miraba profundamente al visitante a través de los dedos. El defecto visual de Lenin consistía en que leía el pensamiento de su interlocutor, viendo su pomposa vanidad, su estrechez de miras, su soberbia civilizada y su ignorancia civil también, y cuando formaba su retrato, movía la cabeza, y repetía: «¡Qué filisteo! ¡Qué monstruoso pequeñoburgués!»

El camarada Rothstein estuvo presente en esta entrevista y Wells, al pasar, hizo un descubrimiento admirable: según él, la presencia de este testigo «caracteriza la situación actual en Rusia». Rothstein, por orden del Comisariado del Pueblo de Asuntos Extranjeros, vigilaba a Lenin para moderar su extremada franqueza y su imprudencia soñadora. ¿Qué se puede decir de esta observación que no tiene precio? Cuando Wells entró en el Kremlin traía consigo, en su conciencia, toda la confusión de las informaciones internacionales burguesas y con sus ojos perspicaces —que naturalmente no tenían «defecto» alguno— descubrió en el despacho de Lenin lo que de antemano había sacado de la lectura del *Times* o de algún otro depósito de respetables y graciosas habladurías.

Pero ¿en qué consistió realmente la conversación? En cuanto a este punto, Wells no nos transmitió más que lugares comunes sin valor alguno, lo que prueba de qué manera pobre y desdichada los pensamientos Lenin se reflejaban en otro cerebro cuya simetría en otros aspectos no nos hubiera causado ninguna clase de duda.

Wells llegó con la creencia de que «iba a discutir con un doctrinario marxista convencido, pero no fue así». No nos sorprende. Ya sabemos que el «profundo» pensamiento de Lenin no había que buscarlo en su actividad política y literaria de más de treinta años, sino en su conversación con el filisteo inglés. «Me habían dicho —continúa Wells—, que a Lenin le gusta aconsejar, pero a mí no me sucedió nada de eso». ¿Cómo puede alguien aconsejar a un caballero que sustenta tal vanidad? Esto de que a Lenin le gustaba aconsejar no es, además, exacto. Es cierto que Lenin sabía hablar de una manera instructiva. Pero solamente usaba esta manera de hablar cuando creía que su interlocutor estaba dispuesto a aprender algo. En otro caso, no gastaba tiempo ni se molestaba. Pero en presencia del magnífico Gulliver, a quien el favor de la suerte había llevado al despacho del «hombrecito», Lenin debió llegar, después de dos o tres minutos, a la convicción terrible que refleja la inscripción del infierno dantesco: «¡Abandonad toda esperanza...!»

La conversación trató sobre las grandes ciudades. A Wells se le había ocurrido por primera vez, desde que estaba en Rusia —según declaró—, que el aspecto de las grandes ciudades está determinado por el comercio de sus negocios y mercados. Compartió este descubrimiento con su interlocutor. Lenin «reconoció» que en un régimen comunista, las ciudades debían disminuir considerablemente su extensión; Wells «señaló» a Lenin que la restauración de las ciudades sería una tarea gigantesca y que muchos de los enormes edificios de Petersburgo no conservarían más que el valor de monumentos históricos. Lenin también se mostró de acuerdo con esta incomparable conclusión de Wells.

«Tuve la impresión —añadió este último—, que le agradaba hablar con un hombre que comprendía las consecuencias inevitables del colectivismo, que han escapado a la comprensión de sus propios jóvenes partidarios».

Esto nos da la medida del nivel de Wells. Considera como el resultado de su extraordinaria perspicacia este descubrimiento de que bajo el comunismo las actuales concentraciones ciudadanas desaparecerán y muchos de los actuales monstruos arquitectónicos capitalistas conservarán solamente su significado de meros monumentos históricos (mientras no merezcan el honor de ser destruidos).

¿Cómo pudieron los pobres comunistas («los fastidiosos fanáticos de la lucha de clases», como los define Wells) hacer descubrimientos semejantes, que además ya figuran en un comentario popular del viejo programa de la socialdemocracia alemana? Sin mencionar a los utopistas clásicos del socialismo que ya los conocían.

Espero que ahora se comprenda por qué Wells «no prestó atención especial», en el curso de su conversación, a la risa de Lenin de la que tanto había oído hablar. Era evidente que Lenin no tenía deseos de reír. Temo incluso que su gesto con la boca hubiera expresado algo muy diferente de la risa. Pero su mano y su inteligencia hacían lo necesario para evitar que su interlocutor, tan ocupado consigo mismo, advirtiese un bostezo descortés.

Como ya hemos visto, Lenin no aconsejó a Wells, por razones que comprendemos plenamente. No obstante, Wells insistió todo el tiempo en enseñar a Lenin. Se dedicó a hacerle entender este pensamiento absolutamente nuevo de que para el éxito del socialismo es «necesario reorganizar no sólo el aspecto material de la vida, sino también la psicología de todo pueblo». Indicó a Lenin que «los rusos son por naturaleza individualistas y comerciantes». Le declaró que el comunismo «iba demasiado rápido» y que destruía antes de haber podido crear, y otras verdades de este tipo.

«Esto nos lleva al punto principal —dice Wells—, donde nuestros puntos de vista divergen: la diferencia entre el colectivismo evolucionista y el marxismo».

Bajo el colectivismo evolucionista tenemos la mezcla fabiana de liberalismo, filantropía, una legislación social y meditaciones dominicales acerca de un futuro mejor. Wells mismo formula la esencia de su colectivismo evolucionista como sigue:

«Creo que por medio de un sistema regularmente establecido de educación para

toda la sociedad, el sistema capitalista existente puede civilizarse y ser transformado en un régimen colectivo».

Wells no explica, no obstante, quién en los momentos actuales puede realizar «un sistema de educación» y a quién será aplicado regularmente este sistema: ¿es necesario pensar que los lores con su frente alta establecerán su sistema sobre el proletariado inglés o, por el contrario, que el proletariado inglés pasará por encima de los cráneos de los lores? ¡Oh, cualquier cosa antes que esto último! ¿Para qué estarían los miembros instruidos de la Sociedad Fabiana, gente de inteligencia, de imaginación desinteresada, caballeros y damas, el señor Wells y la señora Snowden, si no era para civilizar la sociedad capitalista produciendo, de una manera regular y sistemática, lo que se esconden bajo sus cráneos y transformarla en una sociedad colectivista de una manera evolutiva tan razonable y tan feliz que incluso la dinastía real de Gran Bretaña no se daría cuenta de ello?

Esto es lo que le explicaba Wells, y Lenin tuvo que escuchar todo esto.

«Para mí —señalaba Wells graciosamente— fue realmente un placer (!) entrevistarme con este extraordinario hombrecito».

¿Y en cuanto a Lenin? ¡Qué prueba de paciencia! Probablemente profirió varias palabras rusas de significado fuerte y expresivo. No las tradujo en voz alta al inglés, no solamente porque su vocabulario en inglés no había llegado a tal grado de perfección, sino también por razones de cortesía. Ilich era muy cortés. Pero no pudo limitarse a un silencio cortés.

«Se vio obligado —dice Wells— a contestarme, y declaró que el capitalismo de hoy es incurablemente voraz y destructor y es imposible tratar con él».

Lenin se refirió a una serie de hechos contenidos en el nuevo libro *Money*: que el capitalismo había destruido los puertos nacionales ingleses, no había permitido explotar razonablemente las minas de carbón, etcétera. Ilich conocía el lenguaje de los hechos y de los números.

«Confieso —concluye Wells inesperadamente—, que era muy difícil para mí discutir con él». ¿Qué quiere decir esto? ¿Puede ser el comienzo de una capitulación del colectivismo evolucionista ante la lógica del marxismo? No, de ninguna manera «Dejad toda esperanza...». Esta declaración inesperada no tiene nada de accidental, sino que pertenece al sistema y consiguientemente confirma su carácter de la Sociedad Fabiana, del colectivismo evolucionista, de la pedagogía inglesa. Está destinada a servir a los capitalistas, banqueros, lores ingleses y sus ministros. Wells les dice: «Ya ven, la conducta de ustedes es tan mala, tan destructora y egoísta, que en una discusión con el visionario del Kremlin me era muy difícil justificar los principios de mi colectivismo evolucionista. Sean más razonables, hagan cada semana las abluciones según el rito de la Sociedad Fabiana, civilícense, sigan el camino del progreso».

Así la turbada confesión de Wells no es el principio de una autocrítica; simplemente persigue aquel trabajo de educación de la sociedad capitalista del cual

hemos visto los métodos perfeccionados, los principios morales y «fabianizados» aplicados después de la guerra, especialmente después de la paz de Versalles.

Es con un tono protector que Wells parece aprobar a Lenin cuando declara: «su fe en su causa es ilimitada». Nada hay que decir en contra de esto. Lenin tenía una fe absolutamente suficiente en su causa. Lo que está bien debe reconocerse. Esta fe inquebrantable le dio, entre otras cosas, paciencia, en aquellos meses desesperados de bloqueo para conversar con todo extranjero que aun indirectamente quisiese relacionar Rusia con Occidente.

Así fue la entrevista de Lenin con Wells. Lenin hablaba otro lenguaje totalmente diferente cuando recibía a los obreros ingleses. Con ellos tuvo relaciones realmente activas. Enseñaba y aprendía al mismo tiempo. En la entrevista con Wells, por el contrario, dio muestras de un carácter diplomático y reservado. «Nuestra entrevista terminó con vagas generalidades», dice el autor. En otras palabras, el partido jugado entre el colectivismo evolucionista y el marxismo acabó en un empate. Wells se volvió a Inglaterra y Lenin se quedó el Kremlin. Wells escribió una espantosa serie de artículos para el público burgués, mientras Lenin, moviendo la cabeza repetía: «¡Éste es un burgués! ¡Ay!, ¡ay! ¡Qué filisteo!»

Quizá se pregunten por qué después de casi cuatro años vuelvo sobre un artículo tan insignificante como el de Wells. Que el artículo haya sido reproducido en uno de los libros consagrados a la memoria de Lenin no es para nada una razón suficiente. Tampoco me puedo justificar diciendo que escribí esto en Sujum durante mi convalecencia. Sino que tenía motivos más importantes para hacerlo.

Actualmente^[72], el partido de Wells detenta el poder en Inglaterra con los más ilustrados representantes del colectivismo evolucionista a la cabeza. Y encuentro —quizás bastante correctamente— que las líneas de Wells dedicadas a Lenin nos revelan, quizá mejor que muchas otras cosas, el alma secreta de los dirigentes del partido laborista inglés: al fin y al cabo Wells no es el peor de ellos.

¡De qué terrible manera estos hombres se han quedado atrás bajo su pesada carga de prejuicios burgueses! Su arrogancia, el último reflejo del gran papel histórico de la burguesía inglesa, no les permite reflexionar, como debieran, en la existencia de otros pueblos; todo lo que significa nuevas ideas, procesos históricos, pasa por encima de sus cabezas.

Con su estrecha rutina y empirismo, junto con la opinión pública burguesa, estos caballeros van con sus prejuicios por el mundo entero y acaban por no advertir nada que no sea ellos mismos.

Lenin había vivido en todos los países de Europa, dominaba idiomas extranjeros, leía, estudiaba, profundizaba en ellos; comparaba y generalizaba.

Hasta cuando estuvo al frente de una gran revolución no dejó pasar oportunidad para informarse cuidadosamente, conscientemente, interrogaba a los hombres y a los hechos. Nunca se cansó de seguir con el pensamiento la vida del mundo entero. Hablaba y leía fácilmente en alemán, inglés, francés y leía en italiano. En los últimos

años de su vida, abrumado por el trabajo, en las sesiones del Buró Político estudiaba con calma la gramática checa, a fin de procurarse una idea directa del movimiento obrero de Checoslovaquia: de vez en cuando le «regañábamos». Se reía con turbación y se excusaba.

En comparación con él, Wells representaba esa raza de pequeñoburgueses falsamente cultivados, infinitamente limitados, que miran pero no ven nada, y creen que no tienen nada más que aprender, puesto que les basta con sus prejuicios hereditarios.

Y, por otra parte, el señor Mac Donald^[73], una variedad más firme y oscuramente puritana del mismo tipo, calma a la opinión pública burguesa diciendo: «Hemos luchado con Moscú y hemos vencido».

¿Han derrotado a Moscú? ¿En realidad éstos son pobres «hombrecitos» aunque sean altos! Hoy, después de todo lo que ha pasado, no saben prever nada del mañana. Los jefes liberales y conservadores desprestigian a los pedantes socialistas de la «evolución» que están en el poder; los comprometen y manifiestamente les preparan su caída que no será sólo la de sus ministeriales, sino su hundimiento político. Al mismo tiempo preparan —aunque no es una mera cuestión de sentido común— la llegada al poder de los marxistas ingleses. Sí, por cierto, los marxistas, «los molestos fanáticos de la lucha de clases»... Porque al fin y al cabo la revolución social inglesa sigue también las leyes que Marx definió en sus teorías.

Con la gracia que les es peculiar —pesada como un budín— Wells nos amenazó una vez con tomar sus grandes tijeras y rasurar a Marx, quitándole su cabellera y su barba de «doctrinario», para hacerlo «inglés», respetable y fabiano. Pero él sigue allí, no es un Wells quien podrá cambiar a Marx. Y Lenin seguirá siendo Lenin, después de que Wells los haya querido afeitar con una tijera desafilada. Y tenemos la intrepidez de profetizar que en un futuro no lejano figuras de bronce se levantarán en Londres, en Trafalgar Square, por ejemplo; dos estatuas puestas una al lado de la otra: Carlos Marx y Vladimir Ilich Lenin. Los proletarios ingleses dirán entonces a sus hijos: «¿Qué suerte tuvimos de que los hombrecitos del ‘partido laborista’ no hayan logrado cortar el pelo ni la barba a estos dos gigantes!».

Esperando este día, que trataré de ver, cierro los ojos un momento y veo claramente la figura de Lenin en la misma silla en que Wells lo había visto y oído, al día siguiente de esta reunión —quizá el mismo día— acompañando sus palabras con un suspiro: «¿Qué burgués! ¿Qué filisteo!»

6 de abril de 1924

DISCURSOS Y MENSAJE

CAPÍTULO IX

LENIN HERIDO^[74]

Camaradas, las aclamaciones fraternales que escucho las atribuyo al hecho de que en estos días y horas difíciles todos sentimos la necesidad de una estrecha unión, de unos con otros y de todos con nuestra organización soviética, y la necesidad de agruparnos más estrechamente bajo nuestra bandera comunista. En estos días y horas angustiosos, en que nuestro abanderado, y con perfecto derecho puede decirse, el abanderado del proletariado internacional, yace en su lecho de dolor luchando con el espectro terrible de la muerte, estamos más cerca uno de otros que en las horas de la victoria...

Las noticias del atentado contra Lenin me han llegado a mí y a otros compañeros en Svajsk, en el frente de Kazán. Allí los golpes caen duramente, golpes de la derecha, de la izquierda, en pleno rostro. Pero este nuevo golpe ha sido un golpe por la espalda y por sorpresa. Traidoramente ha abierto un nuevo frente, que en estos momentos nos inspira las mayores alarmas y las mayores inquietudes: el frente en que la vida de Vladimir Ilich lucha con la muerte. Cualquiera sean las derrotas que podemos esperar en tal o cual frente —como vosotros, estoy convencido de nuestra victoria inminente—, pero la derrota en cualquier frente no sería tan irreparable, tan trágica, para la clase proletaria rusa y para el mundo entero, como un tropiezo fatal en la batalla que se libra en el frente abierto en el pecho de nuestro jefe.

Para comprenderlo basta recordar el odio concentrado que esta figura provoca y provocará en todos los enemigos de la clase obrera. Porque la naturaleza ha producido una obra maestra al reunir en un solo hombre la personificación del pensamiento revolucionario y la energía indomable de la clase proletaria. Este hombre es Vladimir Ilich Lenin.

La galería de jefes obreros, de los militantes revolucionarios, es muy rica y variada y, como muchos de nosotros que han trabajado desde hace treinta años por la revolución, han encontrado en cada país muchas variedades del tipo del líder obrero, del representante revolucionario de la clase obrera. Pero sólo en la persona del camarada Lenin reconocemos una figura hecha en nuestra época de sangre y fuego.

Detrás de nosotros queda la época del llamado desarrollo pacífico de la sociedad

burguesa, en que se acumulaban gradualmente las contradicciones, en que Europa pasaba el período llamado de la paz armada y la sangre corría sólo en las colonias, cuando el capital voraz torturaba a los pueblos más atrasados. Europa gozaba de la paz bajo el régimen del militarismo capitalista. En esta época se formaron, se definieron los jefes más representativos del movimiento obrero europeo. Entre ellos vemos la brillante figura de August Bebel, el gran difunto. Él reflejaba la época del desarrollo progresivo y lento de clase obrera. Juntó a una energía valerosa y férrea, la cautela más extrema en todos los movimientos, un conocimiento real del país en que se movía, practicaba la estrategia de esperar y preparar. Reflejaba el proceso gradual de acumulación molecular de fuerzas de la clase obrera; su pensamiento avanzaba paso a paso, mientras la clase obrera alemana, a través de una época de reacción internacional, se levantaba paulatinamente y se desembarazaba de la tiniebla y del prejuicio. Su figura intelectual creció, se desarrolló, se volvió más fuerte y más grande, pero todo esto sobre la base de esperar y preparar. Así, August Bebel, en sus ideas y en sus métodos era la mejor figura de una época que se aleja ya en la eternidad del pasado.

Nuestra época está hecha de otra materia. Las contradicciones acumuladas que se hacían cada vez más frecuentes han resultado en una terrible explosión; ellas han desgarrado la superficie de la sociedad burguesa; los cimientos del capitalismo internacional han sido sacudidos por la espantosa carnicería de los pueblos europeos. En esta época se han manifestado todos los antagonismos de clase, que han puesto a las masas populares frente a una terrible realidad, mostrándole que millones de seres debían perecer en nombre de los intereses de cínicos aprovechadores. Durante esta época la historia de la Europa occidental olvidó, descuidó o no pudo crear un jefe; y no es que no hiciese falta: porque todos los jefes que en vísperas de la guerra gozaban de la confianza de los obreros europeos eran los representantes del ayer, pero no del hoy...

Y cuando se abrió la nueva época, los antiguos jefes fueron incapaces de medirse con ella: ésta fue la época de las terribles convulsiones y de las sangrientas batallas.

La historia quiso, y no por azar, crear una figura un solo bloque en Rusia, una figura que representara bien toda la rudeza y la grandeza de nuestro tiempo. Repito, no era por azar.

En 1847, la atrasada Alemania hizo surgir de su seno la figura de Marx, el más grande de los militantes del pensamiento, que previo e indicó los caminos de la nueva historia. Alemania era entonces un país atrasado, pero la historia empujó a la intelectualidad alemana hacia un período de desarrollo revolucionario; y el más grande de los representantes de la inteligencia, enriquecida por toda la ciencia que había adquirido, rompió con la sociedad burguesa, colocándose al lado del proletariado revolucionario, elaboró un programa del movimiento obrero y una teoría del desarrollo de la clase obrera. Lo que Marx había predicho, nuestra época está llamada a realizarlo. Y para esto necesitaba nuevos jefes, animados con el espíritu de

nuestro tiempo; la clase obrera elevándose a la altura de sus tareas, ve claramente la alta cima que debe subir si quiere salvar a la humanidad y no dejarla convertir en una carroña, en el ancho camino de la historia.

Para esta época la historia rusa creó un nuevo jefe. Todo lo mejor de la antigua intelectualidad revolucionaria, su espíritu de abnegación, su audacia y su odio contra la opresión, todo esto estaba concentrado en su persona, que no obstante, en su juventud había roto irrevocablemente con el mundo de la intelectualidad a causa de las relaciones de ésta con la burguesía; Lenin personifica la idea y la realidad del desarrollo de la clase obrera. Apoyándose en el joven proletariado revolucionario de Rusia, utilizando la rica experiencia del movimiento obrero internacional, transformó su ideología en una palanca para la acción, y entonces se levantó en el horizonte político en su total grandeza. Es la figura de Lenin, el hombre más grande de nuestra época revolucionaria. (*Aplausos*)

Yo sé, y también lo saben ustedes, camaradas, que la suerte de los trabajadores no depende de un individuo por singular que sea; esto no quiere decir que la personalidad en la historia de nuestro movimiento y del desarrollo de la clase obrera tenga poca importancia. Un solo hombre no puede modelar la clase obrera a imagen y semejanza e inclinar al proletariado conscientemente hacia tal o cual camino de desarrollo, pero puede ayudar a la realización de las tareas de los obreros y dirigirlos más rápidamente hacia la meta final.

Las críticas a Karl Marx destacaban que él había previsto la revolución mucho más cercana que lo que estaba en realidad. A lo que se respondía, con plena razón que él se había ubicado en una alta montaña y que, en consecuencia, las distancias le habían parecido más cortas.

Muchos han criticado a Vladimir Ilich también, más de una vez —y yo entre ellos—, porque no se preocupaba de las causas de menor importancia y de las circunstancias accidentales. Debo decir que esto podía ser un defecto para un jefe político en una época de lento desarrollo «normal»; pero en el camarada Lenin, creador de una época nueva, resultaba el mayor de los méritos. Todo lo que es de índole incidental, externa o secundaria, se omite, y sólo el antagonismo básico, irreconciliable de clases subsiste bajo el terrible aspecto la guerra civil. Dirigir la visión revolucionaria hacia el futuro, abarcar lo esencial, lo fundamental, lo importante; éste era el don peculiar que Lenin poseía en el más alto grado. Cualquiera que hubiese podido, como pude hacerlo yo, observar de cerca el trabajo de Vladimir Ilich, no podría menos que mirar con entusiasmo —repito la palabra entusiasmo— este don de pensamiento penetrante y agudo que rechazaba todo lo externo, lo fortuito, lo superficial, a fin de percibir los caminos principales y los métodos de acción.

La clase obrera sólo aprende a apreciar a esos jefes que habiendo trazado el camino de su desarrollo, marchan con un paso seguro y perseverante, incluso cuando los prejuicios del mismo proletariado a veces son un obstáculo para ellos. Junto a este

don de pensamiento poderoso, Vladimir Ilich tuvo también el de una voluntad inquebrantable. La combinación de ambas características produjo el verdadero jefe revolucionario, dotado de una valentía, una inteligencia y una voluntad inflexible.

¡Qué suerte la nuestra, poder decir todo esto, poder oír todo esto, acerca del valor de Lenin, sin que haya que lamentar su pérdida! Y todavía, el peligro es muy grande... Pero estamos convencidos de que en este frente cercano, aquí en el Kremlin, la vida vencerá, y Vladimir Ilich volverá pronto a ocupar su lugar en nuestras filas.

Cuando les dije, camaradas, que en su pensamiento valeroso y su voluntad revolucionaria personificaba la clase obrera, uno podía imaginar que era una suerte de símbolo, casi como un propósito deliberado de la historia, que en estas horas terribles en que la clase obrera rusa lucha en el frente exterior, con todo su espíritu, contra los checoslovacos, los guardias blancos, los mercenarios de Inglaterra y Francia, nuestro jefe combata también con las heridas que le han infligido los agentes de estos mismos guardias blancos, checoslovacos, los mercenarios de Inglaterra y de Francia. Hay en esas circunstancias un lazo interno. Hay en estos acontecimientos una profunda correspondencia histórica.

Y especialmente estamos convencidos de que en nuestra lucha en el frente de los checoslovacos, de los anglo-franceses y de la guardia blanca, nuestras fuerzas crecen cada día y cada hora. (*Aplausos*) Lo puedo asegurar como testigo ocular que acaba de volver del campo de batalla; sí, cada día nos sentimos más fuertes, seremos más fuertes mañana que hoy, y más fuertes pasado mañana que mañana; para mí no caben dudas de que no está lejos el día en que podré decirles que Kazán, Simbirsk, Samara, Ufa y las otras ciudades ocupadas temporalmente por el enemigo, han vuelto a la familia de los Soviets. De la misma manera espero que la mejoría del camarada Lenin no se haga esperar.

Ahora mismo, la bella imagen del jefe herido, fuera de combate por un tiempo, se eleva ante nosotros, se impone a nuestras miradas. Sabemos que ni por un momento ha abandonado nuestras filas, porque incluso herido por la bala traidora, nos exhorta, apela a nosotros y nos empuja hacia adelante. No he visto ni un solo camarada, ni un solo obrero honesto, que deje caer sus brazos bajo la influencia de las noticias del traidor atentado contra Lenin, pero he visto a docenas cerrar sus puños, que buscaban tomar las armas; he escuchado a cientos de miles que juraban una venganza implacable contra los enemigos de clase del proletariado. No necesito manifestar de qué manera han reaccionado los soldados conscientes que luchan en el frente, cuando han sabido que Lenin yacía con dos balas en el cuerpo. Nadie puede decir de Lenin que su carácter no tenga la dureza del acero; pero ahora el acero no está sólo en su espíritu, sino también en su cuerpo. Sólo por eso será el más querido de la clase obrera de Rusia.

No sé si nuestras palabras y nuestros latidos llegan hasta el lecho de dolor de Lenin, pero no dudo que siente que todos estamos con él. No dudo que sabe, presa de

su fiebre, cómo nuestros corazones laten al unísono. Todos reconocemos ahora más claro que nunca que somos miembros de una misma familia comunista soviética. Nunca la vida individual se ha situado en un plano más secundario que en el momento en que la vida del hombre más grande de nuestro tiempo está en peligro de muerte. Cualquier imbécil puede tirar sobre Lenin y perforarle el cráneo; pero crear de nuevo este cerebro será un problema muy difícil, incluso para la naturaleza.

Pero no, pronto volverá a encontrarse en pie, para pensar y trabajar y luchar a nuestro lado. Y a cambio de esto prometemos a nuestro querido jefe que, en tanto nos encontremos en posesión de nuestras facultades mentales, y en tanto laten nuestros corazones, permaneceremos fieles a la bandera de la revolución comunista. Lucharemos contra el enemigo de la clase obrera hasta perder la última gota de sangre, hasta el último aliento. (*Vivos aplausos*)

CAPÍTULO X

LENIN COMO TIPO NACIONAL ^[75]

El internacionalismo de Lenin no necesita ser demostrado. Se manifiesta admirablemente en la intransigente ruptura, en los primeros días de la guerra mundial, con aquella falsificación del internacionalismo que dominaba la II Internacional. Los jefes oficiales del «socialismo», desde la tribuna parlamentaria, con argumentos abstractos inspirados por el espíritu de los viejos cosmopolitas, conciliaban los intereses de la patria con los intereses de la humanidad. En la práctica todo esto condujo, como sabemos, a sostener una patria de rapiña utilizando para esto las fuerzas del proletariado.

El internacionalismo de Lenin, lejos de ser una conciliación puramente verbal entre el espíritu nacional y el internacional, es una fórmula de acción revolucionaria extendida a todos los pueblos. El territorio mundial habitado por lo que se llama humanidad civilizada es considerado como un inmenso y único campo de batalla en el que maniobran los pueblos y las clases. Ninguna cuestión de importancia puede encerrarse en un marco nacional. Hilos visibles e invisibles establecen un lazo eficaz entre un hecho que puede parecer nacional y decenas de otros hechos que se producen en todos los puntos del globo. En su apreciación de los factores y de las fuerzas internacionales Lenin estaba más exento que cualquiera de toda parcialidad nacional.

Marx estimaba que los filósofos habían interpretado el mundo; para él el problema consistía en transformarlo. Pero él, el genial precursor, no vivió lo suficiente para asistir a esta transformación. La transformación del viejo mundo se halla en pleno desarrollo y Lenin es su primer obrero. Su internacionalismo es una apreciación práctica de los acontecimientos históricos y una intervención en su curso a escala internacional y para un propósito mundial. Rusia y su destino son solamente un elemento de esta grandioso proceso histórico de cuyo éxito depende la suerte de la humanidad.

No, el internacionalismo de Lenin no necesita ser demostrado. Y sin embargo, el propio Lenin es profundamente nacional. Tiene sus raíces en la nueva historia rusa, concentra esta historia en sí mismo, le da su más honda expresión, y precisamente por esto, alcanza el nivel de una acción y una influencia internacionales.

A primera vista, la atribución a Lenin de un carácter «nacional» puede sorprender; pero, en realidad, es evidente. Para dirigir una revolución sin precedentes en la

historia de los pueblos, como la que se produce en Rusia, es evidentemente necesario hallarse en una conexión orgánica indisoluble entre el jefe y las fuerzas profundas de la vida popular, conexión que brota de los orígenes más profundos.

Lenin encarna el proletariado ruso, una clase joven, que políticamente tiene apenas la edad de Lenin y es, además, una clase profundamente nacional, porque en ella se resume todo el desarrollo pasado de Rusia y contiene todo el futuro del país, porque en ella vive y se transforma la nación rusa. Sin rutina ni ejemplo que seguir, libre de falsedad y de compromiso, pero firme en el pensamiento e intrépido para actuar, con una audacia que nunca se vuelve temeraria; así es el proletariado ruso y así es Lenin.

La naturaleza del proletariado ruso, que actualmente se ha convertido en la fuerza más importante de la revolución internacional, es el fruto de toda la historia nacional de Rusia: la crueldad bárbara de la autocracia, la insignificancia de las clases privilegiadas, el desarrollo febril del capitalismo activado por influencia de la gran banca mundial, la decadencia de la burguesía rusa y de su ideología, y la mediocridad de su política. Nuestro «tercer Estado» no tuvo y no podía tener su Reforma ni su Gran Revolución. Por eso la tarea revolucionaria del pueblo ruso era más vasta, más universal. Nuestro pasado no nos ha legado ni a un Lutero, ni un Tomás Münzer, ni un Mirabeau, ni un Danton, ni un Robespierre. Es por eso, precisamente, que el proletariado ruso tiene a su Lenin. Lo que faltaba en tradición se ganó en energía revolucionaria.

Lenin refleja en sí la clase obrera rusa, no sólo en su presente proletario, sino también en su pasado campesino todavía muy reciente. Este hombre, el más indiscutible de los jefes del proletariado, no solamente tiene el aspecto externo del mujik, sino que también posee su fuerte naturaleza interior.

Ante el Smolny se eleva la estatua del otro héroe del proletariado mundial, Marx, sobre un pedestal, vistiendo una levita negra. Esto es sólo un detalle, por supuesto: pero es absolutamente imposible imaginarse a Lenin vistiendo una levita negra. En algunos retratos, Marx aparece con una amplia pechera sobre la que pende una suerte de monóculo. Que Marx no era hombre inclinado a la coquetería es cosa clara para quien lo conocía un poco. Pero Marx creció sobre una base distinta de cultura nacional, respiró en una atmósfera diferente, como sucede a todas las personalidades destacadas de la clase obrera alemana, cuyos orígenes no se remontan a las aldeas, al campesinado, sino al artesanado, los gremios y a la complicada cultura de la ciudad medieval.

El estilo de Marx, rico y flexible, y en el que se combinan la fuerza y la delicadeza, la cólera y la ironía, la austeridad y el refinamiento, denota también el sustrato ético y literario de toda la antigua literatura socialista alemana desde la Reforma y aun antes. El estilo literario y oratorio de Lenin es extremadamente sencillo, utilitario, ascético, como toda su manera de ser. Pero en este poderoso ascetismo no hay ni sombra de un prejuicio moralista. Esto no es un principio, no es

un sistema preconcebido, y naturalmente no es una pose: sencillamente es la expresión de la concentración interna de las fuerzas destinadas a la acción. Es el espíritu práctico, es la economía interior del mujik —pero en un plano más grandioso.

Marx entero está contenido en el *Manifiesto Comunista*, en el prólogo de su *Crítica*, en *El Capital*. Aun cuando no hubiese sido el fundador de la I Internacional, siempre hubiera sido lo que es. Lenin, en cambio, se dedica desde luego a la acción revolucionaria. Sus obras son simples ejercicios preparatorios de la acción. Aunque no hubiese publicado un solo libro hubiera aparecido en la historia como aparece hoy: como el jefe de la revolución proletaria, el fundador de la III Internacional.

Se necesitaba un sistema científico claro, una dialéctica materialista, para la acción desarrollada en el plano histórico sobre la que tenía que trabajar Lenin; ello era necesario, pero no suficiente, hacía falta aquel poder creador misterioso que se llama intuición: la capacidad de apreciar los acontecimientos con una rapidez inaudita, de distinguir lo esencial y lo importante de lo insignificante y superfluo, completar con la imaginación los espacios vacíos del tablero, medir bien los pensamientos de los demás y sobre todo prever hasta el final los del enemigo; la capacidad de unir todos estos elementos, y en el momento en que la «fórmula» se concreta en su pensamiento, dar el golpe decisivo y alcanzar el objetivo. Ésta es la intuición de la acción. Es la capacidad práctica de un espíritu inventivo.

Cuando Lenin, haciendo un guiño con el ojo izquierdo, escucha la lectura de un despacho por radio de un discurso parlamentario de un jefe del imperialismo o una nota diplomática de interés inmediato —documento en el que se encuentra la perfidia sanguinaria combinada con la hipocresía más exquisita—, parece un mujik de temple orgulloso, que no se deja engañar por los discursos grandilocuentes. Es entonces el mujik inventivo y hábil, que llega a los límites de la genialidad muñido de las armas más perfeccionadas de la ciencia.

El joven proletariado ruso no podrá cumplir esta tarea actual más que arrastrando tras de sí a la masa del campesinado, como se arranca un pedazo de tierra junto a sus raíces. Todo nuestro pasado nacional ha preparado este hecho. Pero precisamente porque la historia ha llevado al proletariado al poder, nuestra revolución ha superado radicalmente el limitado espíritu nacional, el espíritu provinciano tan limitado de la antigua historia de Rusia. La Rusia soviética se convierte no sólo en el refugio de la Internacional Comunista, sino también en la viva expresión de su programa y de sus métodos.

Por caminos desconocidos, no explicados aún por la ciencia, a través de los que se modela la personalidad del hombre, Lenin tomó de su medio nacional todo lo que necesitó para realizar la mayor acción revolucionaria en la historia universal. Es precisamente por esto que, la revolución socialista que poseía desde hace tiempo su expresión teórica internacional, encontró su primera encarnación nacional a través de Lenin. Lenin se transformó así, en el sentido más directo, más inmediato, en el conductor revolucionario del proletariado mundial. Esto es lo que yo puedo decir de

él, esto es lo que uno reconoce en él en el día de su cumpleaños.

CAPÍTULO XI

LENIN ENFERMO^[76]

Camaradas, este año nuestro partido se ha encontrado atravesando una prueba que exigía una especial claridad de pensamiento y firmeza de voluntad. La prueba era difícil, porque fue determinada por un hecho que pesa duramente sobre la conciencia de los miembros de todo el partido y los más amplios círculos de la población obrera, para ser más exactos, sobre toda la población obrera de nuestro país, y en un grado considerable sobre la del mundo entero. Me refiero a la enfermedad de Vladimir Ilich.

Cuando se agravó su estado, a principios de marzo, el Buró Político del Comité Central se reunió para deliberar sobre lo que debíamos decirle al partido y al país acerca de la salud del camarada Lenin. Creo que todos se pueden imaginar, camaradas, en qué estado de ánimo tuvo lugar esta sesión: debíamos revelar, en un primer parte, la triste, la inquietante noticia.

No cabe duda que obramos en aquel momento como políticos. Nadie nos lo puede reprochar. No pensamos solamente en la salud del camarada Lenin —estábamos naturalmente, preocupados por su pulso, su corazón y su temperatura—, pero nos preguntamos también qué impresión iba a producir el parte médico en la vida política, en el pulso del corazón de la clase obrera y de nuestro partido.

Con ansiedad, pero también con una fe profunda en la fuerza del partido, dijimos que debíamos informar a éste y al país tan pronto el peligro fuese evidente. Nadie dudó de que nuestros enemigos procurarían aprovecharse de esta noticia para desorientar al pueblo, sobre todo a los campesinos, y para lanzar rumores alarmantes, etc., pero nadie tampoco dudó por un segundo de que debíamos decir al partido inmediatamente cómo iban las cosas: porque decir lo que ocurría, hacía crecer la responsabilidad de cada miembro de la organización. Nuestro gran partido, que abarca medio millón de adeptos, es una gran comunidad con una gran experiencia; pero en este medio millón de hombres, Lenin ocupa un lugar incomparable.

El pasado histórico no conoce un hombre que haya ejercido tal influencia, no solamente en el destino de su propio país, sino en el destino de la humanidad: el significado histórico de Lenin no tiene precedentes. Y el hecho de que haya sido separado del trabajo por mucho tiempo y que su salud decaiga, produce una profunda inquietud política. Sin duda, sin ninguna clase de duda, sabemos, de manera positiva, que la clase obrera vencerá. Cantamos en uno de nuestros himnos: «No hay salvador

supremo», ni tampoco: «héroe» supremo... Esto es cierto, pero solamente en su sentido histórico, esto es, que los obreros hubieran vencido finalmente, aunque no hubiesen existido Marx ni Uliánov Lenin. Los mismos obreros hubieran perfeccionado las ideas y los métodos que necesitaran, aunque su marcha hubiera sido más lenta.

La clase obrera, en dos puntos culminantes de su evolución, ha visto erigirse a dos figuras, Marx y Lenin: esto es una gran ventaja para la revolución.

Marx es el profeta de las tablas de la ley y Lenin el más grande ejecutor del testamento, que no sólo dirigía a la elite proletaria, como lo hizo Marx, sino que dirigía clases y pueblos en las ejecuciones de la ley, en las situaciones más difíciles que actuó, maniobró y venció.

Este año, en parte, nos veremos obligados a hacer sin Lenin el trabajo práctico. En el terreno ideológico hemos recibido de él recientemente ciertas advertencias e indicaciones que nos guiarán por varios años —acerca de la cuestión campesina, sobre el aparato de Estado, sobre la cuestión nacional...

Y ahora nos vemos obligados a anunciar que el estado de su salud se ha agravado. Nos preguntamos con una ansiedad justificada qué consecuencias van a sacar de ello las masas sin partido, las masas campesinas y las del Ejército Rojo; en nuestro aparato gubernamental, es Lenin, principalmente, quien tiene la confianza del campesinado. Independientemente de todas las demás consideraciones, Ilich representa un gran capital moral en las relaciones establecidas entre los obreros y los campesinos. ¿No pensará el campesino —nos preguntamos muchos de nosotros— que estando Lenin tanto tiempo alejado del trabajo su política iba a ser modificada? ¿Cómo iba a reaccionar el partido? ¿Cuál será la actitud de las masas obreras y de todo el país?

Cuando el primer parte alarmante apareció, el partido, unido como un solo bloque, creció y alcanzó un plano moral altísimo.

Naturalmente, camaradas, el partido está formado por hombres activos, y los hombres tienen faltas y defectos, y hasta entre los comunistas hay mucho de «humano, demasiado humano», como dicen los alemanes; hay conflictos de grupos y conflictos individuales, algunos desacuerdos serios, otros insignificantes; y habrá más aún, porque un gran partido no puede existir de otra manera. Pero la fuerza moral, el peso político específico de un partido se define en las horas trágicas de prueba: la voluntad de unificación y disciplina o lo incidental, lo personal, lo humano, lo demasiado humano.

Yaquí, camaradas, creo que podemos sentar una conclusión con certeza absoluta: cuando el partido vio que nos veríamos privados de la jefatura de Lenin por mucho tiempo, se agrupó con rapidez y dejó a un lado todo lo que amenazaba la claridad de su pensamiento, la unidad de su voluntad y su capacidad combativa.

Antes de tomar el tren para venir aquí, en Jarkov hablé con nuestro comandante en Moscú, Nikolai Ivanovich Muralov^[77], a quien muchos de ustedes conocen como

un viejo miembro de partido. Le pregunté cómo reaccionaría el Ejército Rojo ante la enfermedad de Lenin. Muralov dijo: «En un primer momento, la noticia caerá como un rayo; retrocederán, pero luego pensarán más profundamente en el valor de Lenin».

Sí, camaradas, el hombre sin partido del Ejército Rojo, se pone a pensar a su manera, pero muy profundamente acerca del papel de la personalidad del individuo en la historia; pensar en aquello que nosotros, hombres de la vieja generación, hemos estudiado en los libros, hemos pesado y discutido como investigadores, como estudiantes u obreros jóvenes, en las prisiones y en los calabozos, particularmente en el destierro: la «relación» del «héroe» con las masas, el factor subjetivo y las condiciones objetivas, etcétera.

Ahora, en 1923, nuestro joven Ejército Rojo, con cien mil hombres, se ha puesto a pensar en estas grandes cuestiones, y con él todos los rusos, todos los ucranianos, en todas partes, millones de campesinos, se preguntan cuál ha sido el rol personal de Lenin en la historia.

¿Cómo responden a esto nuestros instructores políticos, nuestros comisarios y los secretarios de grupo? Su respuesta es: Lenin es un genio; genio no nace más que uno cada cien años, y la historia del mundo no conoce más que dos jefes geniales de la clase obrera: Marx y Lenin. El partido más fuerte y disciplinado no es capaz de crear un genio, pero el partido puede esforzarse en la medida de lo posible en reemplazarlo, se puede suplir su ausencia redoblando los esfuerzos colectivos. Ésta es la teoría de la personalidad y de la clase que nuestros instructores políticos presentan con simples términos ante el soldado sin partido del Ejército Rojo. Y esta teoría es cierta: Lenin no trabaja por ahora, por lo tanto *nosotros* debemos redoblar los esfuerzos todos juntos, vigilar los peligros con doble cuidado, proteger de ellos a la revolución con doble energía, utilizar las posibilidades de construcción con una obstinación más encarnizada. Y esto es lo que haremos todos, desde los miembros del Comité Central hasta el soldado sin partido del Ejército Rojo...

Nuestro trabajo, camaradas, es muy lento, aunque se haga dentro de los límites de un gran plan, todavía es muy parcial; los métodos de nuestro trabajo son «prosaicos»: teneduría de libros, balances y cálculos, tasación de productos y granos de exportación... Hemos de hacer todo esto paso a paso, piedra por piedra. ¿Pero en estas menudencias no está acaso el peligro de la degeneración del partido? Y nosotros no podemos permitir tal degeneración, de la misma manera que no podemos permitir la más ligera violación de su unidad de acción; porque aunque el período presente se prolongase mucho, no podría ser eterno. Quizá no durará mucho tiempo.

Una explosión revolucionaria de grandes proporciones, como sería el comienzo de una revolución europea, puede llegar más pronto de lo que nosotros esperamos.

Si de las numerosas lecciones estratégicas de Lenin debemos particularmente retener algo, es lo que él llama *la política de los grandes cambios*: hoy en las barricadas y mañana en el sillón de la Tercera Duma, hoy una invitación a la revolución mundial, a la revolución internacional de Octubre, y mañana las

negociaciones con Kühlmann y Czernin para firmar la infame paz de Brest-Litovsk. Las circunstancias han cambiado o bien las hemos evaluado de otra manera: marchamos hacia occidente sobre Varsovia... Nos encontramos obligados a apreciar de otro modo la situación —tuvimos que firmar la paz de Riga, como todos saben una paz que también podemos llamar infame, Uds. lo saben bien...

Luego hay un trabajo persistente, piedra por piedra, la economía, la reducción de los puestos de funcionarios, es una gran verificación: ¿Eran necesarias cinco o tres telefonistas? Si tres eran suficientes, ¿que no se permita tomar a cinco, porque esto costaría al mujik algunos puds^[78] de granos inútilmente gastados! Éste es el trabajo cotidiano, minucioso, meticoloso...

Pero miren en el Ruhr, ¿no es una primera llama de la revolución la que se enciende? ¿La revolución nos encontrará transformados, degenerados?

¡No, camaradas, no! No cambiamos nada de nuestra naturaleza; cambiamos nuestros métodos, instrumentos de trabajo, pero la conservación revolucionaria del partido sigue primando para nosotros sobre todas las demás cuestiones. Estudiamos la teneduría de libros y al mismo tiempo con mirada aguda seguimos lo que se hace en occidente y en oriente, y los acontecimientos no nos toman por sorpresa. Por medio de la depuración y la ampliación de nuestra base proletaria, nuestra fuerza crece... Aceptamos un compromiso con el campesinado y la pequeñoburguesía, toleramos a la gente de la NEP, pero no aceptamos en el partido ni a los de la NEP ni a la pequeñoburguesía. No, los mantendremos fuera del partido con ácido sulfúrico y con hierro candente, los eliminaremos de nuestro partido si fuera necesario (*Aplausos*).

Y en el XII Congreso que será el primero desde la Revolución de Octubre al que no asistirá Vladimir Ilich, y además uno de los pocos en la historia de nuestro partido en que él no esté presente, nos diremos el uno al otro que debemos escribir o grabar con un lápiz afilado las órdenes del jefe en nuestra conciencia: que no te inmovilice la rutina; recuerda el arte de los cambios bruscos; maniobra pero sin dispersarte; concluye acuerdos con aliados temporales o duraderos, pero no permitas que tu aliado se introduzca subrepticamente dentro del partido; sigue siendo lo que eres, la vanguardia de la revolución de mundial.

Y cuando el rumor de la tormenta de Occidente, que no dejará de estallar, nos llegue, entonces, libres del agobio —teneduría de libros, cálculo y NEP— responderemos sin titubear y sin demora: «Somos revolucionarios de pies a cabeza, lo éramos y continuaremos siéndolo, y lo seremos hasta el final». (*Vivos aplausos, toda la asistencia se pone de pie para aclamar estas palabras*)

CAPITULO XII

LENIN HA MUERTO

Lenin ya no existe. Hemos perdido a Lenin. Las leyes oscuras que gobiernan el trabajo de la circulación arterial pusieron fin a esta existencia. La medicina se ha manifestado impotente para operar el milagro que se esperaba de ella, que millones de corazones exigían.

¡Cuántos, sin vacilar, hubieran sacrificado su propia sangre hasta la última gota, para hacer vivir, para renovar el trabajo de las arterias del gran jefe, Lenin Ilich, único, inimitable! Pero no ocurrió ningún milagro cuando la ciencia empezó a mostrarse impotente. Y ahora Lenin ya no existe. Estas palabras caen sobre nuestro pensamiento como rocas gigantes que cayesen en el mar. Es increíble. ¿Puede alguien creerlo?

La conciencia de los obreros de todo el mundo no podrá admitir este hecho; porque el enemigo es muy fuerte aún, el camino es largo, y la enorme tarea, la más enorme de la historia, está aún inacabada; porque la clase obrera mundial necesita a Lenin como quizá no se ha necesitado a nadie en la historia del mundo.

El segundo ataque de la enfermedad, que fue más grave que el primero, duró más de diez meses. El sistema arterial, según la amarga expresión de los doctores, no ha dejado de «jugar» durante ese tiempo. Terrible juego en el que se debatía la vida de Ilich. Podía esperarse una mejoría, casi una curación completa pero también podía llegar una catástrofe. Todos esperábamos la curación, pero llegó la catástrofe. El regulador cerebral de la respiración se negó a funcionar y ahogó aquella inteligencia genial.

Y ahora Vladimir Ilich ya no existe. El partido está huérfano, la clase obrera está huérfana. Éste es el sentimiento verdadero que provoca la noticia de la muerte de nuestro maestro y jefe.

¿Cómo iremos adelante, cómo encontraremos el camino? ¿Nos extraviaremos? ¡Porque Lenin, camaradas, ya no está entre nosotros!

Lenin ya no existe, pero el leninismo perdura. Lo inmortal en Lenin, su doctrina, su trabajo, su método, su ejemplo, vive en nosotros, vive en el partido que él fundó, vive en el primer Estado proletario del que fue cabeza y guía.

Nuestro corazón está tan sumido en la pena porque todos nosotros somos los contemporáneos de Lenin, trabajamos a su lado, y aprendimos de él. Nuestro partido es el leninismo en acción, nuestro partido es el jefe colectivo de los obreros. En cada

uno de nosotros vive una partícula de Lenin, que es lo mejor de nosotros.

¿Cómo continuaremos? Con la antorcha del leninismo en nuestras manos. ¿Encontraremos el camino? ¡Con el pensamiento colectivo, con la voluntad colectiva del partido, lo encontraremos!

Y mañana, y pasado mañana, durante una semana, y un mes, nos preguntaremos: «¿Es que Lenin está realmente muerto?» Porque su muerte nos parecerá por mucho tiempo un capricho increíble, imposible, monstruoso de la naturaleza.

La pena que sentimos, que nos anuda el corazón cada vez que pensamos que Lenin ya no existe, puede ser para cada uno de nosotros una advertencia, una lección, una llamada: nuestra responsabilidad ha crecido. Seamos dignos del jefe que nos dirigía.

En el dolor, en la pena y en la aflicción, uniremos nuestras filas y nuestros corazones; nos uniremos más firmemente para nuevas luchas.

¡Camaradas, hermanos, Lenin ya no estará jamás entre nosotros! ¡Adiós, Ilich!
¡Adiós, jefe!

Estación de Tiflis, 22 de enero de 1924

ANEXO A LA SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XIII

VERDADES Y MENTIRAS SOBRE LENIN

A PROPÓSITO DEL RETRATO DE LENIN REALIZADO POR GORKI^[79]

«Es difícil esbozar su retrato», declara Gorki, hablando de Lenin. Es verdad. Lo que Gorki escribió sobre Lenin es muy insuficiente. El laberinto de su descripción parece estar hecho de los elementos más diversos. A veces, se distingue una línea más brillante que otra, se discierne la penetración artística. Pero los hilos de un banal análisis psicológico son mucho más numerosos, y uno percibe constantemente al moralista de toda la pequeñoburguesía. De conjunto, el laberinto no es muy bueno. Pero como el relator es Gorki, su obra será examinada aún durante mucho tiempo. Por eso es necesario hablar de él. Quizás encontraremos la ocasión de valorar mejor o de observar ciertos rasgos, grandes o pequeños de la figura de Lenin.

Gorki tiene razón en decir que Lenin «es la encarnación de una voluntad orientada hacia un objetivo, de una asombrosa perfección». El rasgo esencial de Lenin es la tensión hacia un objetivo; ya hemos hablado y hablaremos aún de ello; pero cuando Gorki, más adelante, pone a Lenin entre los «justos», etc., esto suena falso y es de mal gusto. Esta expresión de «justo», tomada de la Iglesia, del lenguaje de las sectas religiosas, que huelen a cuaresma y al aceite de las lámparas sagradas, no se corresponde para nada con Lenin. Era un gran hombre, un gigante magnífico y nada de lo humano le era ajeno. En un Congreso de los Soviets, se vio subir a la tribuna a un representante bastante conocido de una secta religiosa, un comunista cristiano (o algo así), muy hábil y engañoso que, inmediatamente, entonó una cantinela en honor a Lenin, llamándolo «paternal» y «padre adoptivo».

Recuerdo que Vladimir Ilich, que estaba sentado en la mesa del Buró, levantó la cabeza, casi con espanto, luego se dio vuelta levemente y nos dijo a media voz, con un tono furioso, a nosotros, que estábamos más próximos a él.

— ¿Qué es esta porquería?

La palabra «porquería» se le escapó de una forma completamente inesperada, como a pesar suyo, pero era la más correcta. Una risa interior me sacudió, me deleité

con esta incomparable apreciación de Lenin, tan espontánea, sobre los elogios del muy cristiano orador. Y bien, el «justo» de Gorki tiene algo en común con el «padre adoptivo» del hombre de la Iglesia. Es, si ustedes lo permiten, en una muy ligera medida, «una porquería».

Lo que sigue es aún peor:

«Para mí, Lenin, es un héroe de leyenda, un hombre que arrancó de su pecho su corazón ardiente para elevarlo como una antorcha y esclarecer el camino de los hombres».

Brr... ¡Qué malo! Esto recuerda completamente a la vieja Izerghil (es así, me parece, como se llamaba esta bruja que nos interesó en nuestra juventud), es el modelo de su historia sobre el gitano Danko. Creo no confundirme en mis recuerdos: se ve también en este cuento, un corazón que se transforma en antorcha. Pero ésta, es otra canción, es de la ópera... Dije bien: de la ópera, con decorados copiados de los paisajes del sur de Francia, con una iluminación de fuegos artificiales, con una orquesta de gitanos.

Ahora bien, en la persona, en la figura de Lenin, no hay nada que recuerde a la ópera y aún menos al romanticismo de los gitanos nómades. Lenin es un hombre de Simbirsk, de «Piter^[80]», de Moscú, del mundo entero —un rudo realista, un revolucionario profesional, un destructor del romanticismo, de todo lo teatralmente falso, de la bohemia revolucionaria; no puede tener ningún parentesco con Danko, este héroe de la fábula. ¡Aquellos que necesitan como modelos a espíritus revolucionarios sacados de las novelas de los gitanos deben buscarlos en la historia del partido de los socialrevolucionarios!

Y Gorki dice todavía, tres líneas más abajo:

«Lenin era simple y recto como todo lo que decía».

Si era así, ¿por qué imaginárselo arrancando de su pecho su corazón inflamado? No habría en este gesto ninguna simplicidad, ninguna sinceridad... Pero aquellas dos palabras, «simple y recto», no están muy felizmente elegidas; en esto hay demasiada ingenuidad y demasiada sinceridad. Eso se dice de un honesto muchacho, de un bravo soldado, que declara simplemente la verdad tal como es. Éstos son términos que no corresponden a Lenin, cualquiera sea la forma que se los tome.

Ciertamente, era de una simplicidad genial en sus decisiones, en sus conclusiones, sus métodos, sus actos: sabía rechazar, descartar, poner en segundo plano todo lo que no tenía importancia real, todo lo que era sólo accesorio o rimbombante; sabía analizar minuciosamente una cuestión, reducirla a sus justos términos, examinarla a fondo.

Pero eso no quiere decir que era únicamente «simple y recto». Menos aún esto debería significar que su pensamiento iba «en línea recta», como lo afirma, en otra parte, Gorki: expresión de las más deplorables, digna desde todo punto de vista de un pequeñoburgués y un menchevique.

Con respecto a esto, repentinamente recordé la definición del joven escritor

Babel: «La curva compleja descrita por la línea recta de Lenin».

Ésta es una verdadera explicación, a pesar de las apariencias, a pesar de la antinomia y la sutileza un poco rebuscada de los términos reunidos. Esto vale en todo caso mucho mejor que «la línea recta» tan sumaria de Gorki.

El hombre francamente «simple y recto» se dirige hacia su objetivo. Lenin marchaba y conducía siempre hacia el mismo objetivo por un camino lleno de complicaciones, por vías a veces muy indirectas.

Finalmente, esta asociación de términos «simple y recto» no expresa para nada la incomparable picardía de Lenin, su rapidez y brillante ingenio, la pasión de virtuoso que experimentaba al hacer caer al adversario por una zancadilla o atraerlo hacia su trampa.

Hemos hablado de la tensión de Lenin hacia el objetivo: conviene insistir sobre esto. Un crítico creyó descubrir una visión profunda explicándome que Lenin no se distinguía sólo por su tensión hacia el objetivo, sino también por su habilidad para la maniobra, este crítico me reprochaba haber dado al retrato que hice de Lenin una rigidez de piedra a este gran hombre, sacrificando su plasticidad.

Quien me quiso dar una lección, diciéndolo de otra manera que la de Gorki, no comprendió el valor relativo de los términos empleados.

Uno debería, efectivamente, convencerse que «la tensión hacia el objetivo» no indica necesariamente una conducta «en línea recta».

¿Y qué importancia podría tener la flexibilidad de Lenin sin esta tensión, que no se relaja un minuto?

En todas partes encontraremos flexibilidad política: el parlamentarismo burgués es una excelente escuela donde los políticos se entrenan constantemente en hacer reverencias. Si bien Lenin ridiculizó frecuentemente «la línea recta de los doctrinarios», no expresó con menos frecuencia su desprecio por las personas demasiado flexibles, que no siempre y necesariamente se inclinan frente a un patrón burgués, no siempre con un objetivo interesado —pero sí frente a la opinión pública, frente a una situación difícil—, buscan la línea de menor resistencia.

Toda la esencia de Lenin, todo su valor íntimo, consiste en que persiguió incansablemente un único objetivo, cuya importancia lo invadía hasta tal punto que parecía encarnar él mismo este fin último y no distinguirlo de sí mismo. No consideraba y no podía considerar a las personas, a los libros, a los acontecimientos más que en función de este único objetivo de su existencia.

Es muy difícil definir un hombre en una sola palabra: decir que fue «grande» o que fue «genial», no quiere decir nada. Pero si me veo obligado a explicar a Lenin en pocas palabras, yo quisiera destacar que él estuvo ante todo *tensionado hacia su objetivo*.

Gorki destaca el encanto seductor de la sonrisa de Lenin. «Sonrisa de un hombre que, discerniendo admirablemente la densidad de la estupidez humana y las maniobras acrobáticas de la razón, también sabía deleitarse con la ingenuidad pueril

de los puros de espíritu».

Aunque expresada con cierta afectación, la observación es esencialmente correcta

A Lenin le gustaba reírse de los imbéciles y malintencionados que pretendían hacerse los espirituales; y se reía con una indulgencia que justificaba bastante su enorme superioridad. En la intimidad, a veces uno se reía con Lenin sin reírse por el mismo motivo... Pero la risa de las masas coincidía siempre con la suya También amaba a los puros de espíritu, si se utiliza la expresión evangélica Gorki nos cuenta como, en Capri, Lenin, en compañía de pescadores italianos, aprendía a utilizar la línea (sostenida con los dedos); ellos le explicaron que debería «aferrarse» a partir que la línea hiciera «drine-drine»; tan pronto como Lenin atrapó su primer pez y lo sintió venir, retenido en el anzuelo, gritó con una alegría infantil, con un entusiasmo verdaderamente placentero:

—¡Ah! ¡Ah! ¡«drine-drine»!

¡Eso sí que está bien! Eso verdaderamente es una ínfima parte completamente viva de Lenin. Esta pasión, este entusiasmo, esta tensión completa del hombre para alcanzar su objetivo, para «aferrarse», para atrapar la presa —¡ah! ¡ah! ¡“drine-drine”! ¡allí está, la bella!— esto es bien diferente de este «justo» de cuaresma, de este «padre adoptivo» del cual se nos había hablado; es Lenin en persona, en una parte de sí mismo. Cuando Lenin, atrapando un pez, grita su entusiasmo, descubrimos el vivo amor que tenía por la naturaleza, como a todo lo que está cerca de ella, como a los niños, los animales, la música. Esta poderosa máquina pensante estaba muy cercana a lo que queda por fuera del pensamiento, por fuera de una búsqueda consciente; estaba muy próxima al elemento primitivo e indescriptible. Esta maravilla indescriptible se expresa por el «drine— drine». Debido a este pequeño detalle significativo, está permitido, creo, perdonar a Gorki una parte de las banalidades que diseminó en todo su artículo. Más adelante, veremos por qué no se le puede perdonar más que esto...

«Él acariciaba a los niños con dulzura —nos dice Gorki—, con gestos de una ligereza, una delicadeza muy particulares».

Esto también está bien dicho; nos muestra esta ternura del hombre que respeta a la persona física y moral del niño; de la misma manera se podría hablar del apretón de manos de Lenin: era fuerte y dulce.

Sobre el interés que despertaban los animales en Lenin, recuerdo el siguiente episodio: estábamos reunidos en Zimmerwald en comisión para elaborar un manifiesto. Teníamos una reunión al aire libre, alrededor de una mesa redonda de jardín, en una aldea de la montaña. No lejos de nosotros se encontraba, bajo una canilla, un gran cubo lleno de agua. Poco antes de la reunión (que tuvo lugar en un buen momento, a la mañana), varios delegados vinieron a lavarse en esta canilla. Yo había visto a Fritz Platten^[81] sumergir su cabeza y su cuerpo hasta la cintura en el agua, como si quisiera limpiarse, para gran sorpresa de los miembros de la conferencia.

Las tareas de la comisión habían tomado una dirección desagradable. Había enfrentamientos en varias direcciones, pero sobre todo entre Lenin y la mayoría. Aparecieron entonces dos bellos perros: de qué raza, no sabría decirlo; en esta época, yo no los conocía. Pertenecían sin duda al propietario de la casa, pues se pusieron a jugar tranquilamente sobre la arena, bajo el sol matinal. Vladimir Ilich, bruscamente, abandonó su silla, puso una rodilla en la tierra y se puso a hacer cosquillas, riéndose, a uno y otro perro a lo largo del vientre, con gestos ligeros, delicadamente atentos, según la expresión de Gorki. Este movimiento había sido totalmente espontáneo de su parte; casi podría decirse que actuaba como un niño, y su risa era despreocupada, infantil. Echó una mirada hacia la comisión, como si quisiera invitar a los camaradas a tomar parte en esta bella recreación. Me parece que lo miraban con cierto asombro: cada uno todavía estaba preocupado por la seria discusión. Lenin acariciaba aún a los animales, pero con más calma, luego volvió hacia la mesa y declaró que no firmaría semejante manifiesto. Se retomó la discusión con una nueva violencia. Es muy posible, me digo ahora, que esta «diversión» le fuera necesaria para resumir en su pensamiento los motivos de aceptación y de rechazo y tomar una decisión. Pero él no había actuado por cálculo: en él, el subconsciente trabajaba en plena armonía con lo consciente.

Gorki admiraba en Lenin «esta impetuosidad juvenil que infundía a todo lo que hacía». Esta impetuosidad era disciplinada, dominada por una voluntad de hierro, de la misma manera que un torrente impetuoso está dominado por el granito de la montaña; Gorki no nos lo dice; pero su definición no es por ello menos exacta: había precisamente en Lenin una impetuosidad juvenil. Y se le reconocía allí efectivamente «este excepcional entusiasmo espiritual que sólo es propio de un hombre inquebrantablemente convencido de su vocación».

Esto es siempre correcto y profundo. Pero este lenguaje pasado de moda, débil, al que se nos sujeta inmediatamente, este estado de santidad del que se nos hablaba, o aún más este «ascetismo» (!), este «heroísmo monacal» (¡!), por otra parte casi no se condice con la impetuosidad juvenil: uno y otro se oponen como el fuego y el agua. El «estado de santidad», el «ascetismo» se manifiesta cuando un hombre se pone al servicio de un «principio superior», disciplinando sus pensamientos, sus pasiones personales. El asceta es interesado; calcula, espera una recompensa. Lenin, en su obra histórica, se realizaba a sí mismo, completamente y hasta el final.

«La mirada omnisciente del gran pícaro» —esto no está mal aunque groseramente formulado. Pero ¿cómo conciliar esta mirada omnisciente con la «simplicidad», la «franqueza» y sobre todo con «la santidad»?

«Amaba las cosas graciosas —cuenta Gorki— y reía con todo su cuerpo, verdaderamente ‘inundado’ de alegría, a veces hasta las lágrimas».

Es verdad, y todos los que se entrevistaron con él lo notaron. En algunas reuniones pequeñas, llegaba a no poder reprimir la risa y esto no sólo en épocas donde las cosas marchaban bien, sino incluso en períodos extremadamente difíciles.

Intentaba contenerse el mayor tiempo posible, pero, a fin de cuentas, estallaba de risa y su risa era contagiosa; se esforzaba por no llamar la atención, por no hacer ruido, ocultándose casi bajo la mesa para evitar el desorden.

Este loco ataque de risa lo invadía sobre todo cuando estaba cansado. Con un gesto habitual, moviendo la mano en el aire de arriba hacia abajo, parecía empujar lejos de él a la tentación. Pero era en vano. Sólo podía volver a tomar posesión de sí mismo mirando fijamente su reloj, con todas sus fuerzas interiores contraídas, distrayéndose por prudencia de todas las miradas, adoptando un aire de severidad, restableciendo con una rigidez forzada el orden que debe mantener un presidente.

En esos casos, los camaradas lograban sorprender en secreto la mirada del «*speaker*» [orador, NdT] y provocar con una buena palabra una nueva tentación de risa. Si la tentativa era exitosa, el presidente se irritaba contra el autor del desorden y contra sí mismo, al mismo tiempo.

Por supuesto, semejante diversión no se producía muy frecuentemente: tenía lugar principalmente al final de las reuniones, después de cuatro o cinco horas de trabajo asiduo, cuando todo el mundo estaba agotado. En general, Ilich conducía las deliberaciones con un estricto rigor: único método que le permitía conducir una reunión con innumerables asuntos.

«Tenía una manera propia de decir: ‘¡hum! ¡hum!’ —continúa Gorki—, sabía proferir esta interjección expresiva siguiendo una gama infinita de matices que se extendía desde la ironía sarcástica hasta la duda circunspecta, y frecuentemente, en este ‘¡hum! ¡hum!’ se expresaba un humor mordaz cuya picardía sólo era sensible para un hombre muy perspicaz y que conocía bien las diabólicas locuras de la existencia».

Es verdad, es correcto. El «¡hum! ¡hum!» tenía, efectivamente, un rol importante en las conversaciones íntimas de Lenin, tanto como, por otra parte, en sus escritos polémicos. Ilich pronunciaba su «¡hum! ¡hum!» muy claramente y, como lo nota Gorki, con una infinita variedad de matices. Había en esto una suerte de código de señas que empleaba para expresar los estados de ánimo más diversos. En el papel, «¡hum! ¡hum!» no parecía nada; durante una conversación, esto se decía con el rostro encendido, se correspondía con el timbre de voz, con la inclinación de la cabeza, el movimiento de las cejas, con el gesto elocuente de las manos.

Gorki nos describe también la pose favorita de Lenin: «Tiraba la cabeza hacia atrás, luego inclinándola sobre el hombro deslizaba los dedos por las sisas de su chaleco, bajo las axilas. Había en esta actitud algo asombrosamente cómico y encantador, podría decirse como de un gallo vencedor y, en ese momentos, él estaba completamente radiante».

Todo esto está perfectamente dicho, si se exceptúa lo de «gallo vencedor» que no se corresponde para nada con la imagen de Lenin. Pero la pose está bien descrita. ¡En fin! Leamos un poco más adelante:

«Gran niño de este mundo maldito, excelente hombre que tenía necesidad de

ofrecerse como víctima a la hostilidad y al odio para realizar una obra de amor y belleza...»

¡Piedad, piedad, Alexis Maximovich!

«¡Niño de un mundo maldito...!» ¡Esto huele muy fuerte a hipocresía! Sí, Lenin adoptaba una pose sorprendentemente simpática, quizás un poco maliciosa por un instante, pero no había en esto ninguna hipocresía. «Ofrecerse como víctima», la expresión es falsa, insoportable, ¡como el rechinar de un clavo frotado sobre un vidrio! Lenin no se sacrificaba de ninguna manera, sino vivía una vida plena, resplandeciente, él desarrollaba completamente su personalidad al servicio del objetivo que él mismo se había asignado libremente. Y su obra no era «de amor y belleza»: estos términos son de una generalidad demasiado común, de una redundancia chocante; sólo le faltan allí las mayúsculas: ¡Amor y Belleza! La tarea que se había dado Lenin era la de despertar y unir a los oprimidos para derribar el yugo de la opresión; ésta era la causa del noventa y nueve por ciento de la humanidad.

Gorki nos habla de las atenciones que tenía Lenin con sus camaradas, de la preocupación por su salud. Y añade: «En este sentimiento jamás pude percibir la preocupación interesada que manifiesta un patrón inteligente con respecto a obreros hábiles y honestos».

¡Y bien! Gorki se engaña completamente. Precisamente dejó escapar uno de los rasgos esenciales de Lenin. Las atenciones personales de Ilich frente a los camaradas estaban generalmente acompañadas de la preocupación del buen patrón, cuidadoso del trabajo a realizar. Sin duda es imposible hablar aquí de un sentimiento «interesado», la obra misma no era únicamente personal: pero es indiscutible que Lenin subordinaba su interés por sus camaradas a los intereses de la causa —de esta causa que justamente agrupaba alrededor de él a sus camaradas. Esta alianza de preocupaciones de orden general e individual no disminuía para nada la humanidad de los sentimientos de Lenin, pero la tensión de todo su ser hacia el objetivo político sólo era por ello más fuerte, más plena.

Gorki que no percibió esto, ciertamente no comprendió la suerte que le tocó a un gran número de sus demandas a favor de personas que «habían sufrido» la revolución, demandas que él dirigía directamente a Lenin.

Las víctimas de la revolución fueron numerosas, se sabe y las demandas de Gorki no fueron pocas tampoco, algunas incluso fueron completamente absurdas. Es suficiente recordar la intervención prodigiosamente enfática del escritor a favor de los socialrevolucionarios, en la época del famoso juicio de Moscú. Gorki nos dice:

«No recuerdo ningún caso en que Ilich haya rechazado una de mis demandas. Si alguna vez las decisiones de Lenin no fueron ejecutadas, no era por su culpa: se explicaba probablemente por estos malditos ‘defectos del mecanismo’ que siempre fueron muy numerosos en nuestra pesada máquina gubernamental. Se puede admitir también que a veces hubo malas intenciones de parte de alguien cuando se trataba de

aliviar la suerte de ciertas personas, de salvarle la vida...».

Admitámoslo, estas líneas nos chocaron más que todo el resto.

¿Qué hay que deducir de esto en efecto? Lo siguiente: como jefe del Partido y del Estado, Lenin perseguía implacablemente a los enemigos de la revolución; pero ¿bastaba que Gorki intercediera y no habría habido casos en los que Ilich habría rechazado la demanda del escritor? Habría que admitir entonces que la suerte de las personas se decidía, para Lenin, según las intervenciones amistosas. Esta afirmación sería completamente incomprensible si el propio Gorki no hiciera una reserva: él no fue satisfecho en todas estas solicitudes. Pero entonces, acusa a los defectos del mecanismo soviético...

¿Es verdaderamente así? ¿Lenin era verdaderamente impotente para superar los defectos del mecanismo en una cuestión tan simple como la liberación de un prisionero o la amnistía para un condenado? Es muy dudoso. ¿No es más natural admitir que Lenin, después de haber escrito la demanda y requiriéndole «la mirada omnisciente del gran pícaro», evitaba debatir el asunto con Gorki, pero luego dejaba al mecanismo soviético, con todos sus defectos supuestos y reales, la tarea de ejecutar lo que exigían los intereses de la revolución? Efectivamente, Lenin no era tan «simple» y tan «recto» cuando estaba obligado a rechazar el sentimentalismo pequeñoburgués. La atención de Lenin hacia la personalidad humana era infinita, pero estaba completamente subordinada a la atención que le debía, en primer lugar, a la humanidad entera, cuya suerte en nuestra época se une con la del proletariado. Si Lenin no hubiera sido capaz de subordinar lo particular a lo general, habría podido quizás ser «un justo» que «se ofrece como víctima en nombre del amor y la belleza», pero ciertamente no habría sido el Lenin que conocimos, el jefe del Partido bolchevique, el autor de la Revolución de Octubre.

A lo anterior, hay que añadir completamente el relato que nos hace Gorki sobre «la extraordinaria tenacidad» que demostró Lenin cuando, durante más de un año, exhortó al escritor a seguir un tratamiento en el extranjero.

«En Europa, en un buen sanatorio, usted podría cuidarse y trabajaría tres veces más. Vaya, recupere su salud... No se obstine en quedarse aquí, se lo suplico».

La ardiente simpatía que Lenin experimentaba por Gorki, tanto por el hombre como por el escritor, es indiscutiblemente conocida por todo el mundo. La salud de Gorki preocupaba a Lenin, sin ninguna duda. Sin embargo, en «la extraordinaria tenacidad» con la que Lenin quería enviar a Gorki al extranjero, había también un cálculo político: en Rusia, en estos difíciles años, el escritor, lamentablemente, se equivocaba y corría el riesgo de desviarse definitivamente; en el extranjero, encontrándose frente a la civilización capitalista, podía enderezarse. Podía despertarse en él el estado de ánimo que, antiguamente, lo había forzado a «insultar en la cara» de la Francia burguesa.

Ciertamente, no era indispensable para Gorki repetir este «gesto» en sí mismo poco persuasivo; pero la disposición del ánimo que lo había inspirado prometía ser

mucho más fecunda que las piadosas demandas a favor de los trabajadores intelectuales, cuyas desgracias provenían de que ellos no habían logrado arrojar la soga al cuello al proletariado revolucionario en el momento preciso.

Sí, Lenin cuidaba a Gorki, deseaba sinceramente ver que su salud mejorara y que trabajara como escritor; pero necesitaba un Gorki enderezado, y por eso insistía tanto en enviarlo al extranjero; por ello lo exhortaba a ir a respirar un poco los aires de la civilización capitalista. Incluso aunque no era un asunto secreto, se puede, según el único relato de Gorki, adivinar los motivos de Lenin: actuaba precisamente como un gran patrón que, nunca y en ninguna circunstancia, olvida los intereses de la causa que le fue confiada por la historia.

La imagen que Gorki nos ha trazado de Lenin no es la imagen de un revolucionario; es la imagen de un pequeñoburgués moralizador; y así, esta figura, de una sola pieza, de una unidad tan excepcional, se encuentra disgregada en el relato.

Pero esto se empeora aún más cuando Gorki pasa a la política propiamente dicha. Aquí sólo hay malentendidos o errores deplorables.

«Hombre de una voluntad extraordinariamente fuerte, era en todo el resto el modelo mismo del intelectual ruso».

Lenin, ¡modelo de intelectual! ¿No es curioso escuchar esto? ¿No es una ironía y una inconveniencia monstruosa? Lenin, ¡*modelo* de intelectual!

Pero esto no es suficiente para Gorki. Según él, efectivamente, aprendemos que Lenin «poseía en el más alto grado una cualidad que es propia de la elite de la intelligentsia rusa: el renunciamiento frecuentemente llevado hasta el tormento, hasta la mutilación de sí mismo...».

¡Vean esto! ¡Vaya! Un poco más arriba, Gorki desarrollaba tanto como podía este pensamiento que el heroísmo de Lenin, «es el ascetismo modesto, bastante frecuente en Rusia de la honestidad intelectual revolucionaria que cree sinceramente en la posibilidad de la justicia terrenal», etcétera. Es materialmente imposible transcribir este pasaje de tan falso y deplorable que es... «¡La honestidad intelectual que cree en la posibilidad de la justicia terrenal!» Simplemente, un empleadito provincial, un radical, que leyó las *Cartas históricas* de Lavrov o bien la falsificación que dio de ellas más tarde Chernov...

Recuerdo con respecto a esto que uno de los viejos traductores marxistas de antaño había llamado a Karl Marx «el gran llorón de la aflicción popular».

Hace 25 años, en el burgo de Nijné-Ilinsk, yo me divertí mucho con este Karl Marx provinciano. Pero hoy, es muy necesario constatarlo, Lenin mismo, no escapó a su suerte: un Gorki, un hombre que conocía bien a Ilich, que lo contaba entre sus allegados, que a veces, desconcertado, ha colaborado con él, nos representa a este atleta del pensamiento revolucionario, no sólo como un piadoso asceta, sino, mucho peor, como el modelo del intelectual ruso.

Esto es una calumnia y tanto más maligna cuanto que está hecha de buena fe, con toda la buena voluntad y casi con un vivo entusiasmo.

Lenin, ciertamente, estaba impregnado de la tradición del radicalismo intelectual revolucionario; pero lo había superado y sobrepasado y sólo a partir de ese momento se convirtió en Lenin.

El intelectual ruso «típico» es extremadamente limitado; sin embargo, Lenin es precisamente el hombre que sobrepasa todos los límites, y sobre todo, los de los intelectuales.

Si bien es correcto decir que Lenin estaba impregnado de la tradición secular de los intelectuales revolucionarios, es todavía más correcto afirmar que él mismo concentra la pulsión multiseccular del elemento campesino, en él vive el mujik ruso, con su odio a la clase señorial, con su espíritu calculador, su viva inteligencia de dueño de casa. Pero lo que hay de limitado, de cerrado en el mujik es superado, sobrepasado en Lenin a través de un inmenso impulso del pensamiento y por el dominio de la voluntad.

En Lenin finalmente —y es lo que es más sólido, más vigoroso en él— se encarna el espíritu del joven proletariado ruso. No percibir esto, sólo ver al intelectual, es no ver nada. Lo que vuelve genial a la obra de Lenin, es que, a través de él, el joven proletariado ruso se emancipa, sale de su situación extremadamente limitada y se eleva a la universalidad histórica. Por eso, la naturaleza de Lenin, profundamente afirmada en el suelo, se desarrolla orgánicamente, florece creativamente, se vuelve invenciblemente internacional. Su genio consiste, ante todo, en superar todos los límites.

El rasgo esencial del carácter de Ilich está bastante correctamente definido por Gorki cuando lo llama «un optimismo combativo».

Pero añade: «Este aspecto suyo no tenía nada de ruso...»

¡Pero vamos! Pero, veamos este típico intelectual, este asceta provinciano, ¿no es todo lo que tiene de ruso, de local? ¿No es un buen hombre de Tambov? ¿Cómo entonces Lenin, con rasgos esenciales de carácter que «no son rusos», con una voluntad de hierro y un optimismo combativo, es, al mismo tiempo, el tipo del intelectual ruso? ¿Y no hay allí una considerable calumnia contra el hombre ruso en general? El talento de llevar las pulgas con una cuerda es, a decir verdad, indiscutiblemente ruso; pero, gracias a la dialéctica, esto no durará siempre, esto cambiará. La política socialista revolucionaria que corona el régimen de Kerensky fue la más alta expresión de este viejo arte nacional que consiste en conducir a las pulgas con una cuerda. Pero Octubre, lo sabe bien Alexis Maximovich, habría sido imposible si, mucho tiempo antes de Octubre, en el hombre ruso, no se hubiera encendido una nueva llama, si su carácter no hubiera sido transfigurado.

Lenin interviene, no sólo en la época en que la historia de Rusia cambia de dirección, sino cuando «el espíritu» nacional se transforma a través de una crisis. Los rasgos esenciales de Lenin no son «rusos», supone usted... Pero, permítanos preguntarle si ¿el Partido Bolchevique es un fenómeno ruso de carácter —o bien, por ejemplo, holandés? ¿Qué dirá usted entonces de estos proletarios de la acción

clandestina, de estos combatientes, de estos habitantes de los Urales duros como la roca, de estos francotiradores, de estos comisarios del Ejército Rojo que, día y noche, tienen el dedo en el gatillo de un browning y hoy, de estos directores de fábricas, de estos organizadores de trusts que, mañana estarían dispuestos a arriesgar su cabeza por la emancipación del *coolie*^[82] chino? ¡Ésta es una raza, éste es un pueblo, éste es uno de los grandes «órdenes» de la humanidad! ¿Y no están hechos de la pasta que se hace en Rusia? Permítanos contradecirlo.

Y qué diremos entonces de toda la Rusia del siglo xx (y de antes): ya no es el viejo país provinciano de épocas lejanas; es una Rusia nueva e internacional, que tiene metal en el carácter. El Partido Bolchevique es una selección de esta nueva Rusia, y Lenin es el mayor formador y educador de ella.

Pero aquí entramos en el camino de la absoluta confusión. Gorki, no sin un toque de elegancia, se declara «marxista dudoso», que casi no cree en el discernimiento de las masas en general, ni en el discernimiento de las masas campesinas en particular. Estima que las masas deben ser gobernadas desde afuera.

«Yo sé —escribe— que expresando semejantes ideas me expongo aun una vez más a las críticas de los políticos. Sé también que los más inteligentes y más honestos me ridiculizarán sin convicción y, por así decirlo, por su deber de funcionarios».

No sé cuáles son estos políticos «inteligentes y honestos» que comparten el escepticismo de Gorki con respecto a las masas. Pero este escepticismo nos parece muy mediocre. Que las masas tengan necesidad de ser dirigidas («desde afuera»), creemos que Lenin lo había adivinado. Quizás Gorki ha escuchado decir que, precisamente para conducir a las masas, Lenin empleó toda su vida consciente en crear una organización especial: el Partido Bolchevique. Lenin casi no incitaba a la fe ciega en la razón de las masas. Sin embargo, despreciaba aún más la arrogancia de estos intelectuales que reprochaban a las masas por no estar hechas a su imagen y semejanza. Lenin sabía que la razón de las masas debe adaptarse a la marcha objetiva de las cosas. El Partido debía facilitar esta adaptación y, como lo testimonia la historia, cumplió su tarea no sin éxito.

Gorki está en desacuerdo, como escribe, con los comunistas con respecto al rol de los intelectuales. Considera que los mejores viejos bolcheviques educaron a centenares de obreros precisamente «en el espíritu del heroísmo social y de una alta intelectualidad» (!!). Más simplemente, más exactamente, Gorki sólo acepta a los bolcheviques en la época en que el bolchevismo estaba aún en sus ensayos de laboratorio, preparando sus primeros cuadros intelectuales y obreros. Se siente muy cercano al bolchevique de 1903-05. Pero del de Octubre, maduro, formado, el que, con una mano inflexible, ejecuta lo que apenas se comenzaba a entrever hace quince años, ése es ajeno y antipático para Gorki.

El escritor mismo, con una constante orientación hacia una cultura más alta, una intelectualidad más completa, sin embargo ha encontrado el medio de detenerse a mitad de camino. No es ni un laico, ni un pope: es el poeta lírico de la cultura.

De allí su actitud altanera, su desdén por la razón de las masas, y al mismo tiempo, por el marxismo, aunque éste, como ya se ha dicho, muy diferente del subjetivismo, se apoya no en la fe en la razón de las masas, sino en la lógica del proceso material que, a fin de cuentas, somete «la razón de las masas» a su ley.

El camino que conduce a este lugar no es completamente simple, es verdad, y allí se rompe mal la vasija; allí se rompen incluso algunos utensilios de la «cultura». ¡Esto es lo que Gorki no puede tolerar! Según él, habría que contentarse con admirar esta bella vasija; no sería necesario romperla nunca.

Para aproximarse a Lenin, para consolarse, Gorki nos afirma que Ilich «debió sin duda, más de una vez, retener su alma por las alas», en otros términos actuar contra su voluntad: implacable cuando necesitaba aplastar una resistencia. Lenin estaba sujeto así a luchas internas, debía vencer su amor por el hombre, por la cultura; era en sí un verdadero drama. En una palabra, Gorki inflinge a Lenin este desdoblamiento que caracteriza a los intelectuales, esta «conciencia frágil» que se la estimaba tan fuerte otras veces, este precioso absceso del viejo radicalismo intelectual.

Pero todo esto es falso. Lenin estaba hecho de un solo bloque. Pieza de alta calidad, de estructura compleja, pero resistiendo bien en todas sus partes y en la que todos los elementos se adaptaban admirablemente.

La verdad es que Lenin evitaba frecuentemente hablar demasiado con estos demandantes, defensores y gente de este tipo.

«Que alguien lo reciba, decía con una pequeña sonrisa evasiva, si los atiende sería demasiado bueno».

Sí, él tenía miedo frecuentemente de ser «demasiado bueno», pues conocía la perfidia de los enemigos y la mojigata frivolidad de los intermediarios y por ello consideraba insuficiente cualquier medida de severa prudencia. Prefería apuntar a un enemigo invisible, en lugar de dejar distraer su atención por contingencias y ser «demasiado bueno». Pero en esto se manifestaba aún el cálculo político y no esta «conciencia frágil» que acompaña necesariamente a los caracteres desprovistos de voluntad, lloriqueantes —la húmeda naturaleza del «típico intelectual de Rusia».

Esto no es todo. Gorki —lo sabemos por él mismo—, le reprochaba a Lenin «entender de una manera muy simplificada el drama de la existencia» (¡hum! ¡hum!) y le decía que esta comprensión simplificada «era una amenaza de muerte a la cultura» (¡hum! ¡hum!).

Durante los días críticos de fines de 1917 y los inicios de 1918, cuando en Moscú tiraban sobre el Kremlin, cuando los marineros (el hecho debió producirse, pero no como lo pretendió frecuentemente la calumnia burguesa) apagaban sus cigarrillos aplastándolos en los gobelinos^[83], cuando los soldados —se afirmaba— se confeccionaban calzas —¡muy incómodas y poco prácticas!— con las telas de Rembrandt (allí estaban los lamentos que le llevaban a Gorki los representantes lloriqueantes «de una alta intelectualidad»), en este período Gorki estuvo completamente desorientado y cantó un réquiem desesperado sobre nuestra

civilización. ¡Horror y barbarie! ¡Los bolcheviques iban a romper todos los jarrones históricos, todos los floreros, recipientes de cocina, veladores!

Y Lenin le respondía: «Romperemos tanto como sea necesario, y si rompemos demasiado, la culpa recaerá sobre los intelectuales que continúan defendiendo posiciones insostenibles». —¿No era esto de un espíritu estrecho? ¿No se veía allí — ¡piedad, piedad, Señor!— que Lenin simplificaba demasiado «el drama de la existencia»? No sé, pero es repugnante discutir sobre semejantes consideraciones. El interés de la vida de Lenin no era lamentarse sobre la complejidad de la existencia, sino reconstruirla de otra manera. Para esto, era necesario considerar la existencia en su conjunto en sus principales elementos, discernir las tendencias esenciales de su desarrollo y subordinar todo el resto a éstas.

Es precisamente porque era un experto en la concepción creadora de estos vastos conjuntos que él consideraba «el drama de la existencia» en bloque: romperemos esto, demoleremos aquello, y provisoriamente mantendremos todavía esto.

Lenin distinguía todo lo que era honesto, todo lo que era individual, ponía de relieve todas las particularidades, todos los detalles. Y si «simplificaba», es decir, rechazaba los elementos secundarios, no era por no haberlos visto, sino porque conocía seguramente las proporciones de las cosas...

En este momento me vuelve a la memoria un obrero de Petersburgo, llamado Vorontsov, que, en los primeros tiempos después de Octubre, se consagró a la persona de Lenin, cuidando y ayudándolo.

Como nos preparábamos para evacuar Petrogrado, Vorontsov me dijo con una voz sombría:

—Si, por desgracia, *ellos* tomaran la ciudad, encontrarían muchas cosas. Habría que rodear de dinamita a Petrogrado y hacer volar todo.

—¿Y usted no se lamentaría por Petrogrado, camarada Vorontsov? —Le pregunté, admirando la bravura de este proletario.

—¿Lamentar qué? Cuando regresemos, la reconstruiremos un poco mejor.

No inventé este breve diálogo ni lo estilicé. Permanece tal cual, grabado en mi memoria. Y bien, ésta es la buena manera de considerar a la cultura. No hay allí vestigios de lloriqueos ni es un Réquiem. La cultura es obra de las manos humanas. No está verdaderamente en los floreros decorados que conserva la historia, sino en una buena organización del trabajo de los cerebros y las manos. Si, en el camino de esta buena organización, se levantan obstáculos, hay que barrerlos. Y si es necesario destruir valores del pasado, destruyámoslos sin lágrimas sentimentales; luego volveremos para edificar, crear nuevos valores, infinitamente más bellos que los antiguos. Así es como, reflejando el pensamiento y el sentimiento de millones de hombres, Lenin consideraba las cosas. Su opinión era buena y justa, y hay allí mucho que aprender para los revolucionarios de todos los países.

Kislovodsk, 28 de septiembre de 1924

CAPÍTULO XIV

LOS PEQUEÑOS Y EL GRANDE^[84]

¡Vladimir Ilich Lenin fue, en Rusia, único!
(Poesía infantil)

Acaba de salir un pequeño libro de una cualidad muy particular, y verdaderamente placentero, en el que se reunieron escritos infantiles, consagrados a la vida y muerte de Ilich. Los pequeños, que tienen entre nueve y catorce años — ¡incluyendo a una niña de cinco años!— nos hablan del mayor, del gran hombre.

Seguramente, muchas de estas pequeñas obras sólo reproducen lo que les contaron los adultos... Pero sucede que en un texto, quizás un poco estereotipado, aparece de golpe un hilo de fresca inspiración, en el que frases familiares se animan repentinamente en esta fuente, como irrigadas de agua viva. Y se encuentra en él una creación espontánea, pueril, inimitable en la paleta de colores. Los versos, conforme a la regla general, son más difíciles que la prosa. La prosodia impone una disciplina muy grande y su ley molesta el movimiento directo de la expresión. Pero incluso en los versos, se descubren rasgos sorprendentes.

«No hay rincón —escribe uno— en donde no se conozca al padre del proletariado, el fuerte, el audaz, el valiente, el inventivo, el inteligente Lenin».

Esta lista de las mejores cualidades, ordenadas íntimamente unas tras otras, expresa plenamente la idea que los niños se hacen de Ilich: él es todo lo que se necesita para ser perfecto.

Cuando estaba en prisión con sus camaradas, cantaba siempre: *¡Marchemos al ritmo, camaradas!*

Este detalle está bien elegido para convencernos: en prisión no está permitido desmoralizarse ni dejar caer en eso a los demás —y «el valiente, el inventivo» Ilich se pone a cantar, ¡Marchemos al ritmo, camaradas! Los otros también cantan y, naturalmente, él dirige el coro: ¿no ha nacido para ser el director de orquesta?

«Cuando él aún vivía —escribe el mismo niño—, estoy seguro que, si la revolución alemana fracasaba y si los países burgueses marchaban contra Rusia, Ilich, aun enfermo, se levantaría de su cama y lucharía hasta su última gota de sangre. Así es como yo pienso, Ilich se sacrificaría a sí mismo».

Veán cómo las ideas políticas procedentes de los periódicos (el aplastamiento de la revolución alemana, la campaña contra la Rusia soviética) se combinan aquí con el elemento *personal*, de una simplicidad persuasiva, con esta imagen infantil a la que nadie ha afectado: Ilich, viejo y enfermo, en el momento en que la revolución está en dificultades, se levanta de su cama y «lucha hasta su última gota de sangre». ¡Sólo la muerte pudo impedirle «sacrificarse a sí mismo» en la última barricada! Y el autor concluye así: «No hay que tener miedo ahora que ya no tenemos a Ilich».

¡Cuando este muchacho sea grande, siempre habrá un lugar para él en la barricada de Ilich...!

Y aquí está la biografía. El relato es completo: se nos habla de la familia de Lenin, de su padre, de su hermano Alejandro (fusilado, se nos dice) y de su hermana María Ilinichna «que ahora es *redactora* del periódico *Pravda*».

Deportado a Siberia, Ilich «amaba las competencias deportivas y frecuentemente corría carreras de patines u otras con los demás, y cuando corría, tensaba todas sus fuerzas para superar a los otros y no perder».

Ustedes verán que esto no se parece para nada a lo que con demasiada frecuencia se intenta mostrar de Lenin: no es un santo bueno y taciturno que, apenas llega a algún lado, busca si no habría para él alguna habitación oscura y bien húmeda donde poder encerrarse. ¡Mediocre imaginación de santurrón! No, el Lenin de los niños, que también es el verdadero Lenin, ama la carrera y se lanza a ella con todas sus fuerzas, no quiere que lo alcancen, no quiere ser vencido.

No puedo evitar aquí mencionar un recuerdo. Ilich y yo, habíamos hecho «decretar» que los comisarios que llegaran más de diez minutos tarde a su puesto pagarían una multa.

Un día, en el Kremlin, no bien salimos de un plenario, debíamos ir a otro que estaba en la otra punta del patio —que como se sabe es una inmensa explanada.

Después de la primera reunión, Ilich creyó que era bueno pasar un momento por su casa. Le dije por teléfono:

—Cuidado, Vladimir Ilich, corre el riesgo de ser castigado en virtud de nuestro propio decreto: ¡sólo nos quedan dos o tres minutos!

—Está bien, está bien —respondió Ilich con una pequeña sonrisa que sólo comprendí un poco más tarde.

Bajando tranquilamente la escalera y atravesando el patio, yo me daba vuelta cada tanto preguntándome si Ilich iba a seguirme. De golpe, en la otra punta de la explanada, a cien pasos míos, pasa, o más bien salta, una forma humana, cuya forma de desplazarse me parece conocida: esta figura desaparece inmediatamente detrás del ángulo del Cuerpo de la Caballería.

¿Era él? ¡No es posible! ¡Es una ilusión!

Dos minutos más tarde, logré llegar a la sala de reunión. Al primero que descubrí fue a Ilich. Todavía un poco sofocado, me recibe con una aclamación jovial:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ud. es el que está retrasado un minuto!

Y estalla en una risa triunfal.

—¡Lo confieso —dije a los camaradas—, es una sorpresa...! Me había parecido descubrir a un hombre que era parecido a Vladimir Ilich y que corría a toda velocidad hacia el Cuerpo de Caballería, pero no podía imaginarme que el presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, bajo la mirada de todos, pasaría como una tromba por la explanada del Kremlin.

Ilich reía con todo su corazón. Ilich cantaba victoria. Exactamente el hombre del que nos habla la biografía infantil, el hombre que tensa todas sus fuerzas para no dejarse pasar...

Pero volvamos a la historia de este hombre.

Después de la deportación, la emigración; después de la emigración, la revolución; luego debe ocultarse para no ser apresado por Kerensky. Los niños no olvidan ningún detalle.

«Incluso en su escondite, Lenin dirigía y enviaba, desde la cabaña donde estaba, cartas sobre la revolución. Y cuando se reunía el Soviet de los diputados populares, *lo dirigía desde su cabaña*, como si hubiera presidido la asamblea».

¿Podría decírselo mejor? ¡Lenin permanece oculto en su escondite, pero desde allí, como un presidente, dirige al Soviet! Y sin embargo, es así como sucedieron las cosas.

Sin embargo, esta manera de gobernar una asamblea presentaba algunos inconvenientes, debido al clima.

«Vinieron las lluvias, dice el autor, e hizo frío en la cabaña».

Entonces fue necesario cambiar de táctica e inventar otro método para dirigir la revolución. Ilich, naturalmente lo inventó. ¿No sabíamos que era «fuerte, audaz, valiente, inventivo, inteligente»?

Iba a quedarse por un tiempo en Finlandia. Luego, esto fue lo que pasó:

«El camarada Lenin ya no tuvo paciencia para esperar. Volvió a Piter (Petrogrado) y allí organizó la insurrección de Octubre. El poder pasó a los obreros y los campesinos».

Todo esto es verdad, como es verdad que Lenin no tuvo paciencia para esperar mucho tiempo más.

Uno de los pequeños autores nos describe su encuentro con Ilich.

El niño había ido con su padre al Kremlin, y pasaban por la explanada.

¡De golpe aparece Ilich!

Éste saluda al padre y extiende la mano al niño.

Yo estaba tan perturbado que dejé caer mi bolso. Todavía no habíamos tenido tiempo de levantarlo cuando Vladimir Ilich ya se había agachado, agarrado el bolso y me apretaba la mano que yo había extendido para recuperarlo. Luego, puso su mano sobre mi cabeza y le preguntó a mi padre:

—¿Es éste o su hijo mayor el que es bolchevique?

—Es éste. El mayor está con las guardias blancas; lucha contra las guarniciones

del camarada Trotsky; todavía es lento para aprender...

—¡Vamos, no es nada! Llegará el momento en que el mayor también se hará bolchevique —dijo Vladimir Ilich.

Hablaba rápido y sonreía todo el tiempo.

El diálogo es reproducido con una admirable exactitud; se reconoce allí las palabras, la forma de hablar, los gestos de Ilich «hablando rápido y sonriendo todo el tiempo». Estas notas son correctas porque la atención estaba ávida y la memoria muy fresca.

Escuchar a Ilich es tan interesante como ver por primera vez un gran incendio o una cascada.

Otro muchacho vio a Ilich en la plaza Roja cuando les decía con una voz fuerte a los obreros que ellos debían unirse para formar más que una familia.

‘Yo estaba sentado en el automóvil al lado del chofer y miraba a Ilich. *Él me agrado*’.

El autor no se esfuerza por dar motivos: para él, es bastante claro que el mundo se divide entre las personas que son agradables y las que no lo son. Ilich es de aquellos de los que se dice: «él me agradó». Punto, eso es todo.

Otro de estos jóvenes escritores narra a su turno como vio a Lenin. Este muchacho tuvo menos suerte. Había muchas personas en la plaza y todos gritaban «¡Ilich!»

«Yo quería treparme sobre algo. Pero no había nada para hacerlo. Me empujaban. Incluso me largué a llorar, porque tenía muchos deseos de ver a Lenin. Finalmente, me aferré a un obrero, puse un pie en su bolsillo y me trepé sobre sus hombros como sobre un caballo. Pensaba que enseguida me iba a tirar al suelo y que me iba a reprender. Pero, en lugar de eso, el obrero me llamó ‘bribón’ y me dijo que me sostenga bien fuerte de su cuello. Me encontré a dos cabezas por encima de todo el mundo y vi a Ilich».

Helo aquí. Ustedes acordarán que este medio de ver a Lenin no está al alcance de todo el mundo. Indudablemente, ustedes se verían muy intimidados por la sola idea de trepar poniendo el pie en el bolsillo del vecino. ¡Pero el joven Alejandro de Macedonia, del barrio de Pressnia, no se preocupa por tan poca cosa! Él sube a su puesto de observador, a riesgo de recibir un reto. Muy felizmente, el vecino es un buen hombre que lo llama «bribón» y lo protege sobre sus hombros. Todo va bien, y esto nos permite tener un admirable testimonio sobre Lenin como orador.

Lean esto:

«Él subió a la tribuna. Tenía un traje oscuro, de color negro, creo, una camisa con el cuello doblado y una corbata, y sobre la cabeza una gorra. Había sacado de su bolsillo un pañuelo blanco y secó su frente y su cráneo calvo. No recuerdo lo que decía Ilich. Sobre todo, me llamaba la atención ver como hablaba. *Cada tanto, se inclinaba muy abajo hacia la tribuna, extendía hacia delante los brazos, siempre sosteniendo su pañuelo y secándose con él varias veces la frente. Sonreía con*

frecuencia. Yo observaba todo su rostro, su nariz, sus labios, su pequeña barba. Lenin era interrumpido frecuentemente por los aplausos y los gritos; en ese momento, yo también gritaba».

¡Efectivamente, cómo no gritar en ese momento! ¡Pero qué maravillosa precisión en la descripción! Ilich secaba su frente y su cráneo calvo con un pañuelo blanco; a veces, se inclina muy abajo hacia la tribuna, extiende los brazos hacia delante y se vuelve a secar. ¡Éste es el Lenin viviente! Nuestro autor no recuerda lo que dijo. Pero esto no tiene importancia: ¿los discursos no fueron taquigrafiados? Por el contrario, la viviente figura de Lenin permanece para siempre fijada en la ávida memoria de un hombrecito que se encontró sentado sobre los hombros del vecino. «Yo observaba todo su rostro, su nariz, sus labios, su pequeña barba... Y es un recuerdo para toda la vida. Cuando este niño volvió a su casa, debió repetirse todo el tiempo esta palabra: Lenin, Lenin, Lenin. Llevaba la pesada y maravillosa carga de sus impresiones. Se detenía ante todos los retratos de Lenin que estaban expuestos en las vitrinas... Y Lenin se murió sin saber que, a veces, para verlo, había que poner el pie en el bolsillo del vecino. ¡Cómo se habría reído si hubiera conocido esta solución dada según el verdadero espíritu «bolchevique» a un difícil problema de táctica...!

Aún hay un detalle más sobre la biografía del jefe. «A Lenin le gustaba pescar. En un día caluroso, tomaba su línea y se sentaba sobre el borde del agua, y *pensaba todo el tiempo en la forma en que se podía mejorar la vida de los obreros y de los campesinos*» .

Esto está notablemente imaginado: el hombre tira su línea y esperando que el pez muerda (lo que no pasa muy seguido), está sentado en el borde, mira el agua y todo su pensamiento se dedica a encontrar la manera de mejorar la existencia de los obreros y campesinos. ¡Así es como hacía Lenin! Y es por eso que la pesca se ilumina aquí con un brillo significativo.

*Vladimir Ilich Lenin
fue, en Rusia, único...*

Corría muy rápido las carreras, no quería al zar, ni a los burgueses, pescaba y se dedicaba a pensar en la forma de ayudar a los trabajadores, cantaba en prisión «¡Marchemos al ritmo, camaradas!», dirigía la revolución desde el interior de una cabaña, enseñaba con una voz fuerte, exhortando a los obreros a unirse y, al hacer esto, se secaba la frente con un pañuelo; sabía todo, podía todo, enseñaba todo. Pero está muerto. El fuerte, el audaz, el padre del proletariado, está muerto. Y esta noticia extraordinaria, misteriosa y terrible que venía desde lo alto, de boca de los grandes, ha conmovido el mundo de las pequeñas almas.

El 22 de enero, en una escuela, el maestro contó sobre la muerte de Ilich:

«Y así, el maestro, muy emocionado, deteniéndose a veces, nos contó, y todos escuchamos atentamente y al final, no nos pudimos contener más, y cálidas lágrimas

corrieron por mi mejilla. Los muchachos ya no podían escuchar, todos lloraban. Entonces, todos se pusieron de pie y cantaron la Marcha de los funerales».

Los chicos y las chicas que, el 22 de enero de 1924, lloraron la muerte de Ilich con cálidas lágrimas y cantaron el himno fúnebre contarán esto a sus hijos y a sus nietos. Y el relato pasará de generación en generación.

La noticia de la muerte de Lenin llega a las familias obreras.

«Mi mamá estaba sentada en la mesa y sostenía un cuchillo en su mano. Cuando escuchó la noticia de la muerte de Ilich, el cuchillo se le cayó de las manos y se puso a llorar, *aunque ella no conocía a su gran jefe*».

Este cuchillo que cae de las manos, ¡qué trazo exacto y significativo! Y cómo el niño habla bien de la madre: *ella no conocía a su gran jefe*.

Una niña volvió a la casa después de la conmemoración que se hizo sobre Ilich y «contó a sus familiares detalladamente: que a Ilich no le gustaban los objetos de lujo, le gustaban los niños y le gustaba mucho trabajar». Todo en su lugar: el trabajo al final, la cuestión del lujo al principio, los niños en el medio. Un adulto probablemente habría ordenado esto de otra forma. Sólo después de este relato, la madre creyó la noticia y «se inquietó mucho». Y la pequeña narradora, junto con su hermana de las Juventudes Comunistas, se puso a coser corbatas de tela negra.

Un pequeño muchacho que pertenecía a un «Hogar de niños» cuenta cómo Oscar Andreevich (el autor conoce bien a este camarada, del que nosotros no hemos escuchado hablar) puso la bandera fúnebre en la pared de la casa, el 21 de enero.

«Una corpulenta buena mujer pasa por la calle y nos dice: ‘¡Vamos, córranse! ¿Es que nunca vieron trapos colgados?’ Y yo, dije *por lo bajo*: ‘Ella es bruta, no comprende lo que pasa’».

Jean Huss también decía de una vieja mujer ignorante: «¡Oh santa simplicidad!» La forma era otra, la época diferente y era un hombre mayor quien hablaba; pero el espíritu era el mismo.

Frente a la noticia de la muerte de Lenin, «ese día, al principio estábamos contentos pero al enterarnos nos pusimos tristes».

Es breve, ¡pero qué expresión!

Los niños van a ver al muerto:

«Allí está el féretro, una almohada roja, él estaba acostado muy pálido. Yo lo miraba todo el tiempo».

Al día siguiente, al despertar, el pequeño «Jean Huss», tiene una necesidad absoluta de ver el retrato de Lenin. Así lo dice él mismo: «me desperté y *necesitaba mucho* el retrato de Lenin».

Se puso rápidamente a dibujarlo y, para expresar sus sentimientos profundos, trazó sobre la frente de Ilich una pequeña estrella y las letras: SSSR [*Sojuz Sovetskih Socialisticeskih Respublik* o Unión de Repúblicas Soviéticas] y RSFSR [*República Socialista Federativa Soviética de Rusia*]. Con esto, todo el mundo verá de quién se trata.

«Nuestro querido gran jefe —escribe una pequeña niña al Lenin muerto—, pensaba que te curarías pero, ha llegado tu muerte inesperada. Lo lamento mucho y me apena mucho no verte más». Así termina esta carta tan breve que todo el mundo leerá salvo el destinatario.

Un joven explorador canta esto:

Un eco resuena en las montañas:

«¡Ilich ya no existe!»

Pero se escucha como respuesta:

«¡No desmoralizarse jamás!»

Sin duda, no es buena como versificación, ¡pero qué impresionante expresión de lo esencial! La muerte de Ilich sacudió incluso a las montañas, y el joven poeta percibe los ecos desde Moscú. Sin embargo, ¡frente a la triste noticia responde un canto que exhorta al coraje! ¿Lenin mismo no cantaba y no enseñaba a cantar: «¡Marchemos al ritmo, camaradas!» en su prisión?

Lenin ha muerto. Lo llevan, a fuerza de brazos, a la Casa de los Sindicatos y lo dejan allí.

Le miraban, jóvenes y viejos,

campesinos y obreros... ¡Pero él no lo sabía!

El que nos dio los soviets

¡ahora inmóvil yacía en su féretro!

«¡Pero él no lo sabía!» Es lo mejor en este cuarteto. Es una reflexión del autor: Lenin, que sabía todo, no sabía, en ese momento, que él había venido a verlo. ¡Esto es la muerte!

Yaquí está lo que se nos dice en prosa sobre los funerales:

«Cerca de la Casa de los Sindicatos, lo esperaba mucha gente. No es así como los burgueses de la ciudad esperaban verlo. Pensaban: se va a ver llegar al principal gobernante en un carro dorado, todo será brillante. Pero los obreros siempre han reconocido mejor a su bien amado, su querido Ilich».

El niño comienza por distinguir las clases de la sociedad, por un lado la pequeñoburguesía de la ciudad, por el otro, los obreros. Se expresa con riqueza, con sabor en su lenguaje infantil; dice: «El principal gobernante, un carro dorado, todo será brillante».

Y aquí hay otro verso:

Un orador, otro, un tercero, un cuarto,

De diversos países, de varios Estados han hablado...

Y un orador terminó de decir la última palabra:

Y Lenin sin temor iba a la tumba.

Estaba triste y angustiado ante la idea de que Ilich Lenin mismo deba ir a la tumba; pero rápidamente surge este claro y consolador pensamiento: ¡Lenin no tiene miedo! ¿Podía ser de otra manera? ¿El que nunca tuvo miedo durante su vida podía temerle a la muerte? No hay en esto ningún misticismo. Un joven artista le da forma a la figura del gran jefe, simplemente eso.

La gente desfila, y desfila frente al féretro rojo. En las filas están los niños, los futuros autores de recuerdos.

Y detrás nuestro estallaba el llanto

El grito sonoro, penetrante de alguien

Y pasamos, ¡fijando nuestras miradas

en la cara amarillenta que no se puede ver bien!

¡Es la simplicidad de la perfección, sobre todo este último verso!

Aquí hay aun un relato donde el elemento descriptivo predomina sobre la reflexión política y el lirismo:

«Nos hemos puesto en una de las filas sobre la Mojovaia, y miramos delante nuestro. Sólo se ven cabezas y por encima de ellas, banderas. La multitud se calla. Un comerciante, que vende patés, pasa y grita: “¡Calientes, calientes!” Una mujer enfrente de nosotros le dice: “¡Vete! No es el momento de ‘pensar en los patés’”. La fila avanza lentamente y detrás de nosotros, ya hay muchas personas. Todo el mundo está congelado. El frío pellizca las piernas, los brazos, el cuerpo...».

¿Shakespeare habrá aprendido de un niño a mezclar la tragedia con las cosas sin importancia, lo grandioso con las banalidades? Millones de hombres, bajo un cielo riguroso, hacen el funeral de su jefe. «¡Calientes! ¡Calientes los patés!» Y esta simple réplica que dice lo suficiente: «¡Vete! No es el momento de ‘pensar en los patés’».

Finalmente, nuestro autor se encuentra en la sala:

«Y allí estaba: sobre una elevación, el féretro rojo, y él adentro. Uno querría dar su vida para salvarlo. Pero es imposible, la enfermedad ha tomado lo que le pertenece. Tiene el rostro amarillento, como de cera. La nariz se ha afilado, la expresión de la cara es seria. La barba es igual a la de los retratos, y las manos están extendidas como si estuviera vivo. Está vestido con un *french*^[85] verde y tiene sobre el pecho la orden de la Bandera Roja».

Siempre la misma seguridad de la mirada rápida y exacta, la misma precisión en los términos. Y qué frescura de sentimiento en estas palabras que estallan en el medio de la descripción: «Uno querría dar su vida para salvarlo». Un poco más adelante, el texto es interrumpido por esta exclamación: «¡Ah! ¡Fue demasiado rápido, Ilich,

demasiado rápido!» ¡Esto suena casi como un reproche, pero que parte del fondo del alma! La parte mejor, como observación, creo, es el final del fragmento:

«Todo el mundo baja y sale. Pero los rostros ya no son como eran cuando entraron: al llegar, las personas tenían un aire de espera e impaciencia; ahora, todos fijan sus ojos en el suelo —cada uno se esfuerza en recordar para siempre la cara de Vladimir Ilich».

¡Esto está tan bien dicho, tan bien observado que se llega a sospechar que lo haya escrito un adulto! Pero no, un adulto no escribiría así, al menos yo no he leído nada parecido.

«Estaba acostado en su féretro rojo —cuenta otro joven autor (más exactamente, “otra”, para hacer justicia con la “redactora”)—, sonaba la música y su barba era como cuando estaba vivo, en su retrato. Cuando vi esto, me puse a llorar».

Imposible no llorar cuando se descubre la barba tal como estaba en el retrato. La pequeña barba de Ilich, ocupa en general, un lugar importante en los recuerdos infantiles. Es en ella que los niños reconocen la madurez, la virilidad, el espíritu combativo; la de Ilich era muy pequeña, pero tenía una gran importancia porque era de él. Por otro lado, era igual que en el retrato. Entonces, los retratos decían la verdad. Entonces, todo el resto también es verdad. Tal es el valor del testimonio de la barba de Lenin. Luego la pequeña escritora cuenta de una forma inimitable como se hizo, por sus propios medios, una insignia para llevar sobre el pecho. Pero la cita nos conduce demasiado lejos. Aquel que quisiera saber cómo se puede fabricar una insignia de Lenin, cuando no se tiene con qué comprar una, sólo debe leer el pequeño libro de los niños sobre Ilich. Encontraría allí todas las enseñanzas indispensables...

Aquí hay otro verso, de un tono patético, sobre la muerte del gran maestro:

*Cuando te llevaban para enterrarte
Detrás de ti, marchaban millones de hombres,
Marchaban y llevaban banderas;
La gente sollozaba, los cañones tronaban,
En las usinas y fábricas sonaban las sirenas.
El mundo entero sabía que estás muerto.*

Es así como enterramos a nuestro jefe. Las usinas y fábricas estaban sacudidas por un sonido ensordecedor, las banderas y los cañones proclamaban la grandeza del muerto, millones de hombres gemían detrás del féretro. «El mundo entero sabía que tú estás muerto». Es así como te hemos enterrado, Ilich, es así como te hemos dejado.

Pero lo más bello de todo, es quizás esta canción fúnebre que cantaba, en un «jardín de infantes», una niña de cinco años:

*¡Has muerto, Ilich!
Un pajarito vino, volando*

*Y el sol lo calentaba.
¡Has muerto, Ilich!
Y te han enterrado
Y tu ropa está muerta.
¡Has muerto, Ilich!
Y te has quedado completamente solo,
¡Pobre, pobre Ilich!
Tú eras bueno,
Yo te daría mi habitación.
Y yo te amo.
Tú regresarás siempre a la luz,
Y nosotros te tocaremos.*

Las ideas se dispersan todavía un poco en la pequeña niña de cinco años; es tan difícil reunir las y retenerlas. Es un pájaro que llega y un sol que lo calienta, pero la cosa es grave, es que Ilich ha muerto: se lo enterró y su ropa está muerta, porque la vestimenta vive y muere con el hombre. «Y te has quedado completamente solo, ¡Pobre, pobre Ilich!» Pero es tan cierto como esto: ¿quizás podría darte mi habitación, Ilich, y tú regresarás siempre a la luz, y nosotros podríamos tocarte? —¿La vida no consiste en tocar y ser tocado? Esto es lo que cantaba la niña sobre Ilich. Hasta ahora, nadie cantó mejor que ella. Vendrán luego grandes poetas, que volverán a leer el librito de los niños, que reflexionarán profundamente sobre él y cantarán acerca de Ilich:

*Vladimir Ilich Lenin
fue, en Rusia, único...*

Kislovodsk, 30 de septiembre de 1924

EL «TESTAMENTO» DE LENIN

EL «TESTAMENTO» DE LENIN^[1]

PRINKIPO, 31 DE DICIEMBRE DE 1932

La época de postguerra trajo consigo una gran difusión de la biografía psicológica. A menudo los maestros de este arte arrancan de cuajo las raíces que unen a su personaje con su ambiente social. La fuerza motriz fundamental de la historia es atribuida a una abstracción: la personalidad. El comportamiento del animal político —como brillantemente definió Aristóteles al hombre— es reducido a pasiones e instintos personales.

La afirmación de que la personalidad es algo abstracto puede parecer absurda. ¿Lo realmente abstracto no son las fuerzas extra-personales de la historia? ¿Y puede haber algo más concreto que un hombre viviente? No obstante, insistimos en nuestra afirmación. Si se despoja a una personalidad, incluso la más dotada, del aporte del medio, la nación, la época, la clase, el grupo, la familia, sólo quedará un autómata vacío, un robot psico-fisiológico, un objeto digno para las ciencias naturales, pero no para las ciencias sociales o «humanas».

Las causas que explican este descuido de la historia y la sociedad deben buscarse, como siempre, en la historia y en la sociedad mismas. Dos décadas de guerra, revoluciones y crisis han dado rudos golpes a la soberanía de la personalidad humana. Para pesar a escala de la historia contemporánea debido a su amplitud, todo debe ser medido en millones. Por la personalidad ofendida busca una revancha. Incapaz de luchar en igualdad de condiciones con la sociedad, le vuelve sus espaldas. Incapaz de explicarse a sí misma partiendo del proceso histórico, intenta explicar la historia tomándose a sí misma como punto de partida. Es así como los filósofos hindúes construyeron sistemas universales a partir de la contemplación de su ombligo.

LA ESCUELA DE LA PSICOLOGÍA PURA

La influencia de Freud sobre la nueva escuela biográfica es innegable, pero superficial. Por naturaleza, estos psicólogos de salón se dejan llevar por habladurías irresponsables. Más que el método, emplean la terminología de Freud, y no tanto para un análisis sino como para el ornamento literario.

El representante más popular de este género, Emil Ludwig^[2], en sus más recientes obras innovó en este camino trillado: reemplazó el estudio de la vida y de los grandes acontecimientos de su héroe por el diálogo. Detrás de las respuestas del

hombre de Estado a las preguntas que se le formulan, detrás de sus entonaciones y sus gestos, el escritor descubre sus verdaderos móviles. La conversación se convierte casi en una confesión. En su técnica, la nueva forma de acercamiento de Ludwig al héroe recuerda a la empleada por Freud para acercarse a su paciente: es cuestión de sacar a luz la personalidad con la propia colaboración de ésta. Pero a pesar de toda esta semejanza externa, ¡cuán diferentes son estos métodos en su esencia! La eficacia de la tarea de Freud se logra al precio de una heroica ruptura con toda clase de convenciones. El gran psicoanalista es despiadado. Cuando se pone manos a la obra, es como un cirujano, casi como un carnicero con las mangas arremangadas. Podrá decirse lo que se quiera, pero en su técnica no hay el menor rastro de diplomacia. Lo que menos le preocupa es el prestigio de su paciente, consideraciones de forma o cualquier otra discordancia o adornos. Por esta razón sólo puede realizar su diálogo frente a frente, sin secretario ni estenógrafa, tras puertas cerradas.

Ludwig no obra del mismo modo. Inicia una conversación con Mussolini o Stalin, con el propósito de ofrecer al mundo un auténtico retrato de sus almas. Y aún así toda la conversación se desarrolla con arreglo a un plan previamente trazado. Cada palabra es tomada por una estenógrafa. El ilustre paciente sabe muy bien lo que puede ser útil o perjudicial en este proceso. El escritor es suficientemente experimentado para distinguir las argucias retóricas y lo bastante cortés para no advertirlas. El diálogo que se desarrolla en semejantes condiciones, si se asemeja a una confesión, se parece a la realizada ante un grabador de sonidos.

Emil Ludwig tiene razón al declarar: «No comprendo nada de política». Con esto pretende significar: «Yo estoy por sobre la política». En realidad, es una mera fórmula de neutralidad personal o, para usar el lenguaje de Freud, es la censura interna que facilita al psicólogo su función política. De idéntica manera los diplomáticos no intervienen en la vida interna del país ante cuyo gobierno están acreditados, lo cual no les impide, en ciertas ocasiones, apoyar conspiraciones y financiar actos de terrorismo.

La misma persona, en diferentes condiciones, desarrolla distintos aspectos de su política. ¿Cuántos Aristóteles hay que cuidan cerdos y cuántos cuidadores de cerdos lucen una corona sobre su cabeza? Pero Ludwig puede resolver fácilmente, inclusive la contradicción entre bolchevismo y fascismo reduciéndola a una simple cuestión de psicología individual. Ni aun el más penetrante psicólogo podría adoptar impunemente una «neutralidad» tan tendenciosa. Dejando de lado las condiciones sociales de la conciencia humana, Ludwig se interna en el reino del mero capricho subjetivo. El «alma» no tiene tres dimensiones y por eso es incapaz de la resistencia propia de todos los otros materiales. El escritor pierde el gusto por el estudio de hechos y documentos. ¿Para qué usar estas evidencias incoloras cuando pueden ser reemplazadas por brillantes conjeturas?

En su libro sobre Stalin, así como en el dedicado a Mussolini, Ludwig permanece «ajeno a la política». Pero esto no impide, de ninguna manera, que sus trabajos se

conviertan en un arma política. ¿Un arma política para quién? En un caso, para Mussolini, en el otro, para Stalin y su grupo. La naturaleza tiene horror al vacío. Si Ludwig no se ocupa de política, ello no quiere decir que la política no se ocupe de Ludwig.

Al publicarse mi autobiografía [*Mi Vida*, NdE], hará unos tres años, el historiador oficial soviético Pokrovsky^[3], ahora fallecido, escribió: «Debemos responder inmediatamente a este libro, encomendando a nuestros jóvenes instruidos la tarea de refutar todo cuanto pueda refutarse, etc.». Pero es chocante que nadie, absolutamente nadie respondiera. Nada fue analizado, nada fue refutado. No había nada que refutar y no hubo nadie capaz de escribir un libro susceptible de encontrar lectores.

Como un ataque frontal se había revelado imposible, hubo que recurrir a dar un rodeo. Por supuesto, Ludwig no es un historiador de la escuela stalinista. Es un psicólogo, un retratista independiente. Pero un escritor ajeno a toda política puede ser el medio más conveniente para poner en circulación ideas que no podrían sobrevivir sin el apoyo de un nombre conocido. Veamos cómo esto se presenta en los hechos reales.

«SEIS PALABRAS»

Citando un testimonio de Karl Radek, Emil Ludwig relata, según aquél, el siguiente episodio: «Después de la muerte de Lenin nos hallábamos reunidos diecinueve miembros del Comité Central, esperando ansiosamente lo que nuestro desaparecido jefe iba a decirnos desde su tumba. La viuda de Lenin nos entregó una carta. Stalin la leyó. Nadie se movió durante la lectura. Cuando se llegó al pasaje relativo a Trotsky que decían: “Su pasado no-bolchevique no es accidental”, Trotsky interrumpió la lectura y preguntó: “¿Qué dice allí?” La frase fue repetida. Éstas fueron las únicas palabras pronunciadas en ese solemne momento».

Y entonces, en su condición de analista y no de narrador, Ludwig hace por su propia cuenta el siguiente comentario: «Un terrible momento en el que el corazón de Trotsky debe haber dejado de latir; esta frase de seis palabras ha determinado el curso de su vida». ¡De qué simple forma parece encontrar la llave de los enigmas de la historia! Estas líneas de Ludwig, llenas de piedad, sin duda me habrían revelado el secreto de mi destino si... esta historia de Radek-Ludwig no fuera falsa de la A a la Z, falsa en las grandes y pequeñas cosas, en lo importante y en lo intrascendente.

Por empezar, el testamento fue escrito por Lenin no dos años antes de su muerte, como afirma el autor, sino con un año de anticipación. Fue fechado el 4 de enero de 1923; Lenin falleció el 21 de enero de 1924. Su vida política cesó completamente en marzo de 1923. Ludwig habla como si el testamento nunca hubiera sido publicado completamente. Sin embargo, ha sido impreso docenas de veces, en todos los idiomas de la prensa mundial. La primera lectura oficial del testamento tuvo lugar en el

Kremlin, no en una sesión del Comité Central, como Ludwig escribe, sino en el Consejo de «notables» del XIII congreso del partido, el 22 de mayo de 1924. No fue Stalin quien leyó el testamento, sino Kamenev, en su entonces permanente posición de presidente de las instituciones centrales del partido. Y finalmente —y lo que es más importante— yo no interrumpí la lectura con una exclamación inquietante ya que no tenía ninguna razón para hacerlo.

Las palabras que Ludwig ha escrito al dictado de Radek no se hallan en el texto del testamento. Son pura invención. Por difícil que resulte creerlo, éstos son los hechos.

Si Ludwig no hubiera sido tan poco cuidadoso en cuanto a los fundamentos reales de sus representaciones psicológicas, habría podido sin dificultad, obtener un ejemplar del texto exacto del testamento, estableciendo los hechos y fechas necesarias, evitando de este modo estos miserables errores de los que desgraciadamente está lleno su trabajo acerca del Kremlin y los bolcheviques.

El llamado testamento de Lenin, fue escrito en momentos diferentes, separados por un intervalo de diez días: el 25 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923. Al principio sólo dos personas conocían su existencia: la estenógrafa, M. Volodicheva, que lo escribió al dictado y la esposa de Lenin, N. Krupskaja. Durante mucho tiempo que permaneció una luz de esperanza en cuanto al mejoramiento de la salud de Lenin, Krupskaja mantuvo el documento bajo llave. Después de la muerte de Lenin, no mucho antes del XIII congreso, aquélla entregó el testamento al Secretariado del Comité Central para que, por intermedio del Congreso, fuera dado a conocer al partido, al cual estaba destinado.

Ya entonces el aparato del partido se hallaba de manera semioficial en manos de la «troika» [trío] Zinoviev-Kamenev-Stalin, de hecho, en manos de Stalin. La «troika» se manifestó decididamente contra la lectura del testamento en el congreso, por motivos no muy difíciles de comprender. La Krupskaja insistió. En esta etapa, la discusión se daba entre bastidores. La cuestión fue diferida para una reunión de «notables» del congreso, es decir, los dirigentes de las delegaciones provinciales. Fue allí cuando los miembros opositores del Comité Central por primera vez se informaron de la existencia del testamento, yo entre ellos. Después de haber adoptado la resolución de que nadie tomara notas, Kamenev comenzó a leer el texto en voz alta. Entre los oyentes la tensión era extrema. Pero en la medida en que puedo restablecer la escena de memoria, debo decir que quienes ya conocían el contenido del documento eran, de lejos, los más ansiosos.

La «troika» hizo presentar a través de uno de sus hombres, una resolución previamente acordada con los dirigentes provinciales: el documento sería leído separadamente a cada delegación en una sesión ejecutiva; nadie podría tomar notas; en la sesión plenaria del Congreso, el testamento no sería mencionado. Con la cortés insistencia que le era característica, la Krupskaja sostuvo que ésta era una violación directa de la voluntad de Lenin, a quien nadie podía negar el derecho de exponer sus

últimas advertencias al partido. Pero los miembros del Consejo de «notables», ligados por una disciplina fraccional, se obstinaron: la resolución de la «troika» fue adoptada por una gran mayoría.

Para comprender la significación de estas míticas y místicas «seis palabras» que se supone han decidido mi destino, es preciso recordar ciertas circunstancias pasadas y presentes. Ya en el período de agudas disputas acerca de la Revolución de Octubre, algunos «viejos bolcheviques» del ala derecha, más de una vez hicieron notar con disgusto que Trotsky, después de todo, era bolchevique desde hacía poco tiempo. Lenin se levantó siempre contra estas voces. Trotsky comprendió hace mucho que la unión con los mencheviques era imposible —dijo, por ejemplo, el 14 de noviembre de 1917— «y desde entonces no ha habido mejor bolchevique que él». En labios de Lenin estas palabras tienen un significado. Dos años más tarde, explicando en una carta a los comunistas extranjeros las condiciones bajo las cuales se había desarrollado el bolchevismo, los desacuerdos y escisiones, Lenin destacaba que en el momento decisivo de la conquista del poder y la creación de la República Soviética el bolchevismo se mostró unido y atrajo todo lo que había de mejor entre las corrientes del pensamiento socialista más afines a él. No había ninguna corriente más afín al bolchevismo, ni en Rusia ni en Occidente, que la que representé hasta 1917. Mi unión con Lenin había sido predeterminada por la lógica de las ideas y de los acontecimientos. En el momento decisivo, el bolchevismo reunió en sus filas «a los mejores elementos ‘dentro de las tendencias’ más afines a él». Tal fue la apreciación del problema hecha por Lenin. No tengo ninguna razón para disentir con él.

Durante los dos meses de discusión sobre la cuestión de los sindicatos (invierno de 1920-21)^[4], Stalin y Zinoviev intentaron nuevamente hacer correr rumores sobre el pasado no-bolchevique de Trotsky. En respuesta, los dirigentes más impetuosos del campo opuesto, recordaron a Zinoviev su conducta durante la insurrección de Octubre. Repensando todo esto en su lecho de muerte, y preguntándose acerca de si se cristalizarían las relaciones sin él en el partido, Lenin no podía dejar de prever que Stalin y Zinoviev procurarían utilizar mi pasado no-bolchevique para movilizar a los viejos bolcheviques contra mí. El testamento se esfuerza, entre otras cosas, también por prevenir este peligro. He aquí lo que dice inmediatamente después de su caracterización de Stalin y Trotsky: «No caracterizaré a los demás miembros del Comité Central por lo que respecta a sus cualidades personales. Únicamente recordaré que el episodio de Octubre de Zinoviev y Kamenev no fue, en modo alguno casual pero que, al igual que el no-bolchevismo de Trotsky, no debe utilizarse como un reproche personal». Esta advertencia de que el episodio de Octubre no fue casual persigue un propósito claramente definido: advertir al partido que en circunstancias críticas Zinoviev y Kamenev podían demostrar de nuevo carencia de firmeza. Esta advertencia no se relaciona, sin embargo, con la observación acerca de Trotsky. En cuanto a mí, sencillamente recomienda no usar mi pasado no-bolchevique como un argumento *ad hominem*. Por ello es que yo no tenía motivos para formular la

pregunta que Radek me atribuye. La hipótesis de Ludwig según la cual mi corazón «detuvo sus latidos» también se desploma por falta de base. El testamento, escrito para guiar el trabajo partidario, no me creaba la menor dificultad.

Como veremos más adelante, perseguía un propósito exactamente opuesto.

LAS RELACIONES MUTUAS ENTRE STALIN Y TROTSKY

El tema central del testamento, que ocupa dos páginas escritas a máquina, está dedicado a la caracterización de las relaciones mutuas entre Stalin y Trotsky, «los dos dirigentes más capacitados del presente Comité Central». Habiendo subrayado las «excepcionales capacidades» de Trotsky («el hombre más capaz del actual Comité Central»), Lenin señala inmediatamente sus rasgos adversos: «excesiva confianza en sí mismo» y «propensión a dar un lugar excesivo al aspecto administrativo de las cosas». Por serias que en sí mismas puedan ser las faltas señaladas —subrayo al pasar— no tienen relación alguna con la «subestimación de los campesinos» o la «carencia de confianza en las fuerzas internas de la revolución», o cualquiera otra invención de los epígonos en los últimos años.

Por otra parte, Lenin escribió: «Al convertirse en secretario general el camarada Stalin ha concentrado en sus manos un poder enorme y no estoy convencido que sepa emplearlo siempre con la suficiente prudencia».

No se trata aquí de la influencia política de Stalin, que en ese período era insignificante, sino del poder administrativo que había concentrado en sus manos «al convertirse en secretario general». Es ésta una fórmula muy exacta y sabiamente examinada: volveremos a referirnos a ella.

El testamento insiste sobre la necesidad de aumentar a cincuenta el número de miembros del Comité Central, o incluso a cien, para que esta creciente presión pudiera contrarrestar las tendencias centrífugas del Buró Político. Esta propuesta organizativa aún tiene la apariencia de una garantía neutral contra los conflictos personales. Pero apenas diez días más tarde le pareció a Lenin inadecuado y agregó una propuesta suplementaria que dio también a todo el documento su fisonomía final: «... Propongo a los camaradas que reflexionen sobre el medio de desplazar a Stalin de este cargo y nombren en su lugar a otro hombre que lo supere en todos los aspectos, que se distinga del camarada Stalin por su superioridad, es decir, que sea más paciente, más leal, más afable y más atento con los compañeros, menos caprichoso, etc.».

Durante los días en que el testamento fue dictado, Lenin aún trataba de dar a su apreciación crítica de Stalin una expresión menos exacerbada. En las semanas siguientes el tono ascendió cada vez más, hasta su última hora en que su voz cesó para siempre. Pero incluso en el testamento dice bastante sobre esto como para motivar la exigencia de un reemplazo del secretario general: Stalin no sólo es acusado

de caprichoso y descortés, sino también de falta de lealtad. A esta altura la caracterización se convierte en una grave acusación.

Como se verá más tarde, el testamento no pudo ser una sorpresa para Stalin. Pero esto no amortiguó el golpe. En su primer conocimiento del documento, en el secretariado, ante el círculo de sus más estrechos asociados, Stalin dejó escapar una frase que dejaba correr libremente sus verdaderos sentimientos hacia el autor del testamento. Las condiciones en que esta frase se difundió en los más amplios círculos y, sobre todo, la calidad inimitable de la reacción en sí misma, son para mí una absoluta garantía de la autenticidad del episodio. Desgraciadamente, esta frase etérea no podría ser impresa.

La conclusión del testamento demuestra sin error posible dónde, según la opinión de Lenin, estaba el peligro. Reemplazar a Stalin —sólo a él y a nadie más que a él— significaba amputarle del aparato, impedirle la posibilidad de presionar la larga manga de la palanca, privarle de todo el poder que había concentrado en sus manos desde su cargo. ¿Quién sería designado entonces secretario general? Alguien que, teniendo las condiciones positivas de Stalin, fuera más paciente, más leal, menos caprichoso. Ésta fue la frase que golpeó más duramente a Stalin. Era evidente que Lenin, no le consideraba irremplazable desde que proponía que buscáramos una persona más adecuada para su cargo. Presentando su renuncia formal, el secretario general caprichosamente seguía repitiendo: «Bien, soy rudo; Ilich sugiere que ustedes busquen otro que se diferencie de mí sólo en su mayor amabilidad. ¡Bien! ¡Sólo tienen que encontrarlo!».

«No te hagas problema —respondió la voz de uno de sus amigos de entonces—. No tememos a la rudeza. Todo nuestro partido es rudo, proletario». Se atribuía así a Lenin, indirectamente, una concepción de salón de la delicadeza. En cuanto a la acusación de deslealtad, ni Stalin ni sus amigos tenían una palabra que decir. No carece de interés saber que la voz de apoyo partió de A. P. Smirnov, el comisario del pueblo de Agricultura, ahora excomulgado por opositor de derecha. ¡Decididamente, la política es muy ingrata!

Radek, que era todavía miembro del Comité Central, estaba sentado a mi lado durante la lectura del testamento. Cediendo fácilmente a los impulsos del momento y falto de un control de sí mismo, se enardeció inmediatamente cuando escuchó el testamento e inclinándose hacia mí, me dijo: «Ellos no se aventurarán por ahora a atacarlo a usted». Le respondí: «Por el contrario, irán hasta límites extremos y, por otro lado, lo más rápidamente como les sea posible». Los días inmediatamente posteriores al XIII congreso demostraron que mi juicio era el más sensato. La «troika» se veía obligada a prever las posibles repercusiones del testamento colocando al partido cuanto antes frente a un hecho consumado. La misma lectura del documento a las delegaciones locales, sin la admisión de «extraños», fue convertida en una lucha abierta contra mí. Los dirigentes de las delegaciones cuando leyeron, escamotearon algunas palabras, subrayaron otras, y hacían comentarios tendientes a

dar la sensación de que la carta había sido escrita por un hombre seriamente enfermo y bajo la influencia de intrigas y maniobras. El aparato estaba ya completamente bajo control. El simple hecho de que la «troika» fuera capaz de transgredir la voluntad de Lenin, negándose a leer su carta al Congreso, caracteriza suficientemente la composición de este último y su atmósfera. El testamento no debilita ni detiene la lucha interior sino que, por el contrario, le imprime un ritmo catastrófico.

LA ACTITUD DE LENIN HACIA STALIN

La política es obstinada. Obliga incluso a ponerse a su servicio a aquellos que ostensiblemente le vuelven la espalda. Ludwig escribió: «Stalin siguió fervientemente a Lenin hasta su muerte». Si esta frase quiere simplemente expresar la poderosa influencia de Lenin sobre sus discípulos, inclusive Stalin, no habría ningún problema. Pero Ludwig quiere decir algo más. Quiere sugerir que una afinidad de pensamiento particular existía entre el maestro y su discípulo. Como un testimonio de valor excepcional, Ludwig cita al respecto las palabras del propio Stalin: «Sólo soy un discípulo de Lenin y mi objetivo es ser digno de mi maestro». Es verdaderamente lamentable que un psicólogo profesional emplee, sin espíritu crítico, una frase banal, cuya modestia puramente convencional no contiene un átomo de verdad. Ludwig se convierte aquí en un simple transmisor de la leyenda oficial creada durante los últimos años. Dudo que tenga la más remota idea de las contradicciones a que lo ha llevado su indiferencia hacia a los hechos. Si Stalin había seguido verdaderamente a Lenin hasta su muerte, ¿cómo explicar entonces que el último documento dictado por éste, en vísperas de su segundo ataque, fuera una breve carta dirigida al primero, en total unas pocas líneas, rompiendo toda relación personal de camaradería? Este hecho, único en su género en la vida de Lenin —de ruptura definitiva con uno de sus colaboradores más próximos—, debe haber tenido causas psicológicas muy serias y sería, por lo menos, incomprensible en las relaciones con un discípulo que habría seguido «con fervor» a su maestro hasta el final. Y no obstante, Ludwig no dice una palabra acerca de esto.

Cuando la carta de Lenin de ruptura con Stalin se difundió ampliamente entre los dirigentes del partido, en la época en que la «troika» se dislocó, Stalin y sus más íntimos amigos, no tuvieron otra salida que resucitar la vieja historia sobre la gravedad de la enfermedad de Lenin. De hecho, el testamento, así como la carta de ruptura, fueron escritos durante estos mismos meses (de diciembre de 1922 a comienzos de marzo de 1923) en los que Lenin, en una serie de artículos programáticos, dio al partido los más maduros frutos de su pensamiento. La ruptura con Stalin no cayó del cielo. Era el resultado de una larga serie de conflictos precedentes, tanto sobre cuestiones de principios como prácticas e ilumina con una luz trágica toda la actitud de estos conflictos.

Sin duda alguna, Lenin apreciaba mucho algunos rasgos de Stalin: su firmeza de carácter, tenacidad, obstinación, aun su crueldad y astucia, condiciones necesarias en una guerra y, por tanto, en un Estado Mayor. Pero Lenin estaba lejos de pensar que estas características, incluso en una escala extraordinaria, fueran suficientes para dirigir el partido y del Estado. Lenin veía en Stalin un revolucionario, pero no un hombre de Estado de gran envergadura. La teoría tenía para Lenin una alta importancia en la lucha política. Nadie consideraba a Stalin un teórico y él mismo, hasta 1924, nunca manifestó ninguna pretensión de este tipo. Por el contrario, la debilidad de su formación teórica sólo era conocida en un círculo restringido. Stalin no conocía Occidente; no hablaba ningún idioma extranjero. Jamás participó en la discusión de los problemas del movimiento obrero internacional. Y finalmente — aunque sea lo menos importante pero no carente de un cierto significado— no era, en el sentido estricto del término, escritor ni orador. Sus artículos, a pesar de la cautela del autor, no sólo están llenos de ingenuidades y torpezas teóricas, sino también de errores groseros contra la lengua rusa. El valor de Stalin a los ojos de Lenin residía en su rol en la esfera administrativa y en el manejo del aparato del partido. Pero inclusive en esto Lenin tenía importantes reservas, y éstas aumentaron durante el último período.

Lenin despreciaba a los moralistas idealistas. Pero esto no le impedía ser muy riguroso en cuanto a la moral revolucionaria, es decir, con las reglas de conducta que consideraba necesarias para el éxito de la revolución y la creación de la nueva sociedad. En la rigurosidad de Lenin, que fluía libre y naturalmente de su carácter, no había una gota de pedantería, santurronería o intolerancia. Conocía muy bien a los hombres y los tomaba tal cual eran. Combinaba los defectos de unos con las virtudes de otros, y algunas veces incluso con sus defectos, sin dejar nunca de estudiar atentamente lo que resultaba de ello. También sabía que las cosas cambian, y nosotros con ellas. El partido había dado un salto fenomenal de la ilegalidad a las alturas del poder. Esto creaba para todos los viejos revolucionarios un cambio extremadamente brusco tanto en su situación personal como en las relaciones con los demás. Lo que Lenin descubrió en Stalin bajo estas nuevas condiciones lo dijo cuidadosa pero de manera completamente clara en su testamento: una falta de lealtad y una inclinación al abuso del poder. Ludwig no presta atención a estas alusiones. Y, sin embargo, es en ellas donde puede hallarse la clave de las relaciones entre Lenin y Stalin en el último período.

Lenin no era solamente un teórico y un técnico de la dictadura revolucionaria, sino también un atento guardián de sus fundamentos morales. Toda alusión referente al empleo del poder en beneficio de intereses personales encendía amenazadoramente sus ojos. «¿Cómo eso puede pretender ser mejor que el parlamentarismo burgués?», preguntaba, expresando de una forma más concreta su indignación. Y frecuentemente añadía con respecto al parlamentarismo una de sus sorprendentes definiciones. Mientras tanto, Stalin empleaba cada vez más amplia y arbitrariamente las

posibilidades de la dictadura revolucionaria para reclutar gentes personalmente devotas y con obligaciones hacia él. En su condición de secretario general se convirtió en el distribuidor de los favores y la fortuna. Ésa era la base de un conflicto inevitable. Lenin perdió, poco a poco, su confianza moral en Stalin. Si se tiene en cuenta este hecho fundamental, entonces todos los episodios particulares del último período se ubican ajustadamente en su lugar y se tiene una apreciación real y no falsa de la actitud de Lenin hacia Stalin.

SVERDLOV Y STALIN COMO TIPOS DE ORGANIZADOR

Para dar al testamento su verdadero lugar en el desarrollo del partido, es preciso hacer aquí una digresión. Hasta la primavera de 1919, el principal organizador del partido había sido Sverdlov. No gozaba de la denominación de secretario general, nombre que hasta entonces no se había inventado, pero en realidad ejercía esa función. Sverdlov murió a los 34 años de edad en marzo de 1919, de una enfermedad llamada entonces gripe española. Con la prolongación de la guerra civil y la epidemia, que se cobraban sus víctimas, el partido apenas advirtió la gravedad de esta pérdida.

En dos discursos pronunciados con ocasión de su muerte, Lenin hizo un elogio de Sverdlov, elogio que también arroja luz sobre sus últimas relaciones con Stalin. «En el curso de nuestra revolución, en sus victorias —decía— ha correspondido a Sverdlov expresar más plena e integralmente que cualquier otro la esencia misma de la revolución proletaria». Sverdlov fue «ante todo y sobre todo un organizador». Este modesto obrero, que trabajó en la ilegalidad, que no era ni un teórico ni un escritor, se convirtió en poco tiempo en un organizador que adquirió una autoridad indiscutible: un organizador de todo el poder soviético en Rusia y del trabajo del partido, y comprendió ese trabajo mejor que nadie. A Lenin no le gustaban las exageraciones en las celebraciones o las oraciones fúnebres. Su elogio a Sverdlov fue al mismo tiempo una caracterización de las tareas del organizador: «Sólo gracias a que hemos contado con un organizador tal como Sverdlov fuimos capaces de trabajar en tiempos de guerra, como si no hubiéramos tenido un solo conflicto digno de mención».

Y así fue, en efecto. En conversaciones sostenidas por entonces con Lenin subrayamos más de una vez, con creciente satisfacción, una de las principales condiciones de nuestro éxito: la unidad y solidaridad del grupo dirigente. No obstante la terrible presión de las dificultades y acontecimientos, lo nuevo de los problemas y los agudos desacuerdos que estallaban en el momento, el trabajo se proseguía sin interrupciones, en un clima de extraordinaria armonía y camaradería. En pocas palabras recordábamos algunos episodios de las viejas revoluciones: «No, entre nosotros las cosas marchan mejor». «Ésta es la única garantía de nuestra victoria». La solidez de la dirección había sido preparada por toda la historia del bolchevismo, y

era sostenida por la autoridad indiscutible de los jefes y, sobre todo, de Lenin. Pero el mecanismo interno de esta unanimidad sin precedentes había tenido como principal técnico a Sverdlov. El secreto de su arte era simple: se guiaba por los intereses de la causa y sólo por ellos. Ningún obrero del partido temía que desde el Estado Mayor se deslizaran intrigas. La base de la autoridad de Sverdlov era su lealtad.

Habiendo pasado en revista las cualidades de todos los dirigentes del partido, Lenin en su discurso sacó la siguiente conclusión: «Jamás podremos reemplazar a un hombre como éste, si por reemplazo entendemos hallar un camarada que reúna tan grandes cualidades... Las tareas que cumplía él solo, únicamente podrán ser cumplidas ahora por todo un grupo de camaradas que seguirán su ejemplo y continuarán su obra». Estas palabras no eran una mera fórmula retórica, sino estrictamente una propuesta práctica. Y la propuesta fue aceptada. En lugar de un solo secretario, se designó un secretariado integrado por tres camaradas.

Estas palabras de Lenin muestran, evidentemente, incluso a los no que no conocen la historia del bolchevismo, que durante la vida de Sverdlov, Stalin no desempeñó un papel dirigente en el aparato del partido ni durante la Revolución de Octubre ni en el período en que se echaron los fundamentos del Estado soviético. Stalin tampoco fue incluido en el primer secretariado que reemplazó a Sverdlov.

En el X Congreso, dos años después de la muerte de Sverdlov, Zinoviev y otros, no sin una secreta reticencia teniendo en cuenta la lucha contra mí, apoyaron la candidatura de Stalin para secretario general —esto es, lo colocaron «de jure» en la posición que Sverdlov había ocupado «de facto». Lenin habló en un pequeño círculo contra este proyecto, expresando su temor de que «este cocinero sólo nos prepare platos picantes». Esta sola apreciación, comparada con el carácter de Sverdlov, nos revela todas las diferencias entre los dos tipos de organizadores: el uno, infatigable en limar conflictos, facilitando el trabajo del comité y, el otro, un especialista en platos picantes sin temor a sazonarlos en su momento con veneno real. Si Lenin no llevó en marzo de 1921 su oposición al extremo —esto es, no apeló abiertamente al congreso contra la candidatura de Stalin—, fue porque el puesto de secretario, inclusive «general», en las condiciones entonces predominantes, cuando el poder y la influencia estaban concentrados en el Buró Político, tenía una capacidad muy limitada. Quizá también Lenin, como muchos otros, no advirtió a tiempo toda la importancia del peligro.

Hacia fines de 1921 la salud de Lenin se empeoró mucho. El 7 de diciembre, al abandonar su trabajo, por insistencia de su médico, aunque poco inclinado a quejarse, escribió a los miembros del Buró Político: «Partiré hoy. No obstante mi reducida cuota de trabajo y la aumentada cuota de descanso, en estos últimos días el insomnio ha tomado proporciones espantosas. Temo que no pueda hablar en el Congreso del partido ni en el de los soviets». Durante cinco meses Lenin se vio arrastrado, separado en parte de su trabajo por los médicos y amigos, por continua inquietud acerca de los problemas del partido, en constante lucha con su prolongada

enfermedad. En mayo tuvo el primer ataque. Durante dos meses se vio imposibilitado de hablar, escribir o moverse. En julio comenzó lentamente a mejorar. Siempre desde su permanencia en el campo inició, gradualmente, una activa correspondencia. En octubre volvió al Kremlin y oficialmente reanudó su tarea.

«Para todo hay compensación —escribe en el borrador de un futuro discurso—. He permanecido tranquilo por espacio de medio año mirando las cosas ‘desde afuera’». Lenin quería decir: «anteriormente he permanecido excesivamente sujeto a mi puesto y se me han escapado muchas cosas; esta larga interrupción me ha permitido ahora ver muchos hechos con nuevos ojos». Lo que más le intranquilizaba, indudablemente, era el monstruoso crecimiento del poder burocrático, cuyo foco había llegado a ser el Buró de Organización del Comité Central.

La necesidad de desplazar al cocinero que se especializaba en la preparación de platos picantes se hizo clara para Lenin inmediatamente después de su retorno al trabajo. Pero esta cuestión personal se había complicado notablemente. Lenin no podía dejar de ver cuán ampliamente su ausencia había sido utilizada por Stalin para una elección unilateral de miembros del aparato, a menudo en detrimento total de los intereses de la causa.

El secretario general era ahora apoyado por una potente fracción ligada por relaciones que no por no ser ideológicas eran menos sólidas. Un cambio en la dirección del aparato del partido ya se había hecho imposible sin la preparación de un serio ataque político. Fue en este momento que tuvo lugar la conversación «conspirativa» entre Lenin y yo con el objetivo de una lucha combinada contra el burocratismo del partido y de los soviets, y su propuesta de un «bloque» contra el Buró de Organización, bastión principal de Stalin en ese tiempo. El hecho mismo de esta conversación, así como su contenido, pronto se reflejó en documentos y constituye un episodio innegable en la historia del partido, no puesto en duda por nadie.

Sin embargo, apenas unas semanas después la salud de Lenin declinó nuevamente. No solamente el trabajo continuo, sino también las conversaciones importantes con los camaradas le fueron otra vez prohibidas por sus médicos. Tenía que reflexionar sobre nuevos medios de lucha, solo y entre cuatro paredes. Para controlar los entretelones de las actividades del Secretariado, Lenin preparaba algunas medidas generales de carácter organizativo. De este modo surgió el proyecto de crear un centro del partido que gozase de la máxima autoridad, bajo la forma de una Comisión de Control, compuesta por miembros del partido experimentados y dignos de confianza. Aquellos que, completamente independientes desde el punto de vista jerárquico, es decir, ni administradores ni empleados, tuvieran la calidad para intervenir si la legalidad y la democracia en el partido y en los soviets eran violadas, y si se producían atentados contra la moralidad revolucionaria. Podrían actuar contra todo funcionario sin excepción, no sólo los del partido, incluidos los miembros del

Comité Central, sino que también, a través de la Inspección Obrera y Campesina, contra los altos funcionarios del Estado.

El 23 de enero, por intermedio de N. Krupskaja, Lenin envió a la *Pravda* un artículo acerca de su propuesta de reorganización de las instituciones centrales. Temiendo un traicionero y repentino ataque de su enfermedad y una respuesta no menos traidora del Secretariado, Lenin exigió que el artículo fuera publicado inmediatamente: esto implicaba una apelación directa al partido. Stalin se negó a acceder a este requerimiento de la Krupskaja alegando la necesidad de discutir el asunto en el Buró Político. Formalmente, esto significaba nada más que postergar la cuestión por un día. Pero el procedimiento mismo de someterlo al Buró Político no presagiaba nada bueno. Por indicación de Lenin la Krupskaja se dirigió a mí en busca de colaboración. Exigí una reunión inmediata del Buró Político. El temor de Lenin se vio completamente confirmado: todos los miembros titulares y suplentes presentes en la reunión: Stalin, Molotov, Kuibishev, Rikov, Kalinin y Bujarin^[5] no solamente se pronunciaron contra la reforma propuesta por Lenin, sino también contra la publicación de su artículo. Para consolar al enfermo, a quien cualquier aguda excitación nerviosa amenazaba con un desastre, Kuibishev, el futuro dirigente de la Comisión Central de Control, propuso que se imprimiera un número especial de la *Pravda* con el artículo de Lenin, pero un solo ejemplar. Éste era el «fervor» que esta gente demostraba por su maestro. Rechacé con indignación la propuesta de engañar a Lenin, hablando principalmente en favor de la reforma propuesta por este último y exigiendo la inmediata publicación del artículo. Fui apoyado por Kamenev, que llegó una hora más tarde. La mayoría, finalmente renunció a su posición, impresionada por el siguiente argumento: Lenin de todas formas haría circular su artículo, sería impreso y leído con mayor interés y así apuntaría más directamente contra el Buró Político.

El artículo apareció en la *Pravda* de la mañana siguiente, el 25 de enero. Este incidente también ha dejado huellas, oportunamente en su momento en los documentos oficiales, sobre la base de los cuales hemos escrito lo que he relatado.

En general, considero necesario subrayar que, como no pertenezco a la escuela de la psicología pura y puesto que estoy acostumbrado a confiar en los hechos firmemente establecidos antes que en su reflejo emocional en la memoria, toda la presente exposición, con excepción de los hechos especialmente indicados, ha sido realizada basándome en los documentos que tengo archivados y con una cuidadosa verificación de fechas, testimonios y circunstancias en su conjunto.

LOS DESACUERDOS ENTRE LENIN Y STALIN

La lucha de Lenin contra Stalin no fue llevada adelante sólo en el plano organizativo. El pleno de noviembre del Comité Central (1922), que sesionó sin la presencia de Lenin ni la mía, introdujo inesperadamente un cambio radical en el

sistema del comercio exterior, minando las mismas bases del monopolio del Estado. En una conversación con Krassin, entonces comisario del pueblo del Comercio Exterior, me referí a esa resolución del Comité Central aproximadamente en estos términos: «No solamente han desfondado el barril, sino que le han hecho varios agujeros». Lenin se enteró de esto. El 19 de diciembre me escribió: «Le pido a usted encarecidamente asuma en el próximo pleno la defensa de nuestro común punto de vista respecto de la incondicional necesidad de preservar y reforzar el monopolio... El pleno anterior adoptó en este asunto una resolución totalmente en contradicción con el monopolio del comercio exterior». Negándose a hacer concesión alguna en esta cuestión, Lenin insistió en que yo apelara al Comité Central y al Congreso. El golpe iba dirigido fundamentalmente contra Stalin, responsable como secretario general de los problemas presentados en los plenos del Comité Central. En ese momento sin embargo, las cosas no llegaron hasta el punto de una lucha decidida. Sintiendo el peligro, Stalin se retiró sin ofrecer batalla y sus amigos, con él. En el pleno de diciembre la resolución tomada en noviembre fue derogada. «Parece que hemos tomado la posición sin disparar un tiro, simplemente por medio de maniobras», me escribió Lenin bromeando, el 21 de diciembre.

Los desacuerdos en la esfera de la cuestión nacional fueron aún más agudos. En el otoño de 1922, preparábamos la transformación del Estado soviético en una Unión Federativa de Repúblicas nacionales. Lenin creía necesario ir lo más lejos que fuera posible para satisfacer las reivindicaciones y exigencias de las nacionalidades que, habiendo vivido durante largos años bajo la opresión, aún no habían sido satisfechas. Stalin, por otra parte, que en su condición de comisario del pueblo de las Nacionalidades dirigía el trabajo preparatorio, llevaba a este nivel una política de centralismo burocrático. Lenin, convaleciente en una aldea cercana a Moscú, mantenía una polémica con este último en cartas dirigidas al Buró Político. En sus primeros comentarios sobre el proyecto de Stalin para una unión federativa, Lenin fue extremadamente conciliador y moderado. Todavía esperaba —a fines de septiembre de 1922— resolver la cuestión mediante el Buró Político y sin necesidad de un conflicto abierto. Las respuestas de Stalin, por su parte, revelaban una evidente irritación. Le reprochaba a Lenin «su impaciencia» y también lo acusaba de «liberalismo» nacional, es decir, de indulgencia hacia los nacionalistas. Esta correspondencia, aunque en extremo interesante políticamente, aún se le oculta al partido.

La política nacional burocrática ya por entonces había provocado una fuerte oposición en Georgia uniendo contra Stalin y su «mano derecha», Orjonikidze^[6], a la flor del bolchevismo georgiano. Por intermedio de la Krupskaja, Lenin se puso en comunicación con los dirigentes de la oposición georgiana (Mdivani, Majaradze, etc.) contra la fracción de Stalin, Orjonikidze y Dzerjinsky^[7]. La lucha en los territorios alejados era muy aguda y Stalin se hallaba demasiado ligado a determinados grupos para retirarse en silencio, como lo había hecho en la cuestión del monopolio del

comercio exterior. En el transcurso de las semanas siguientes, Lenin comenzó a convencerse que era necesario recurrir al partido. A fines de diciembre dictó una larga carta sobre la cuestión nacional destinada a reemplazar su discurso ante el Congreso del partido, si su enfermedad le impedía participar del mismo.

Lenin acusaba a Stalin de improvisación administrativa y resentimiento contra un pretendido nacionalismo. «En política —escribía en términos moderados— el resentimiento generalmente desempeña el papel más nefasto». Lenin calificaba la lucha contra las justas reivindicaciones —por más exageradas que éstas pudieran ser— de las nacionalidades anteriormente oprimidas como una manifestación de burocratismo «gran ruso». Por primera vez llamaba a sus adversarios por su nombre: «Por supuesto, es necesario contener a Stalin y Dzerjinsky, políticamente responsables de toda esta campaña debida pura y simplemente al nacionalismo gran ruso». Que el gran ruso Lenin, acuse a los georgianos Djugashvili [Stalin] y al polaco Dzerjinsky de nacionalismo gran ruso puede parecer paradójico: pero no se trata aquí de sentimientos y parcialidades nacionales sino de dos sistemas políticos cuyas diferencias se revelan en todas las esferas, incluso la cuestión nacional. Condenando implacablemente los métodos de la fracción stalinista, Rakovsky^[8] escribiría algunos años después: «En la cuestión nacional, como en todas las demás, la burocracia parte del punto de vista de la conveniencia y de los reglamentos administrativos». No podría decirse nada mejor.

Las concesiones verbales de Stalin no tranquilizaron a Lenin en lo más mínimo sino que, por el contrario, agudizaron sus sospechas. «Stalin aceptará un compromiso corrupto —me advertía por intermedio de su secretaria— y después nos mentirá». Y éste era, precisamente, el juego de Stalin. Estaba dispuesto a aceptar en el próximo congreso cualquier formulación teórica de la política nacional a condición de que ello no debilitara las bases de su fracción en el centro y en provincias. Seguramente, tenía muchas razones para temer que Lenin advirtiera clara y totalmente sus planes. Pero, por otra parte, el estado de salud de este último empeoraba constantemente. Stalin incluía fríamente en sus cálculos este factor no sin importancia. A medida que la salud de Lenin empeoraba, la práctica política del secretariado general se hacía más decidida. Stalin trataba de aislar a este crítico molesto, privándolo de toda información susceptible de proporcionarle un arma contra el secretario y sus aliados. Esta política de bloqueo, naturalmente, fue dirigida contra las personas más cercanas a Lenin. Krupskaja hacía todo lo posible por proteger al enfermo contra con las maquinaciones hostiles del secretariado. Pero Lenin sabía cómo deducir toda una situación de síntomas accidentales. Conocía muy bien las actividades de Stalin, sus motivos y sus cálculos. No es difícil imaginar qué reacciones provocarían en su pensamiento. Debemos recordar que en ese momento ya se hallaban sobre el escritorio de Lenin, al lado del testamento que reclamaba con insistencia la separación de Stalin, estos documentos referentes a la cuestión nacional que las secretarias de Lenin, compañeras Fotieva y Gliasser, reflejando el estado de ánimo de

su jefe, describieron como «una bomba contra Stalin».

SEIS MESES DE LUCHA

Lenin desarrolló su idea sobre el rol de la Comisión de Control: la consideraba la guardiana de los estatutos y de la unidad del partido y ligaba su actividad con el problema de la reorganización de la Inspección Obrera y Campesina (Rabkrin), cuyo dirigente durante varios años había sido Stalin^[9]. El 4 de marzo, la *Pravda* publicaba un artículo famoso en la historia del partido, titulado: «Más vale menos pero mejor^[10]». Lenin había retomado varias veces este trabajo. No le gustaba ni podía dictar. Tuvo muchas dificultades para escribir este artículo. Por fin el 2 de marzo lo terminó con satisfacción: «¡Al fin me parece bien!» Este artículo planteaba la reforma de las instituciones dirigentes del partido en relación con una amplia perspectiva política tanto nacional como internacional. Pero no podemos aquí detenernos en este aspecto de la cuestión. Mucho más importante para nuestro tema es sin embargo, la apreciación verbal formulada por Lenin sobre la Inspección Obrera y Campesina: «Hablemos francamente. El Comisariado del Pueblo de la Inspección Obrera y Campesina no goza en la actualidad ni de una sombra de autoridad. Todo el mundo sabe que no existe una institución peor organizada que la Inspección Obrera y Campesina y que en las actuales condiciones nada puede requerirse a este Comisariado». Esta alusión extremadamente ácida del jefe de gobierno a una de las más importantes instituciones del Estado, era un golpe directo e implacable contra Stalin como organizador y dirigente de esta Inspección. La razón de este ataque ahora era clara. La Inspección estaba destinada a servir principalmente como un antídoto a las desviaciones burocráticas de la dictadura revolucionaria. Función de tanta responsabilidad podía cumplirse con éxito a condición de una completa lealtad en su dirección pero precisamente esta lealtad era la que a Stalin le faltaba. Había reducido tanto a la Inspección como al Secretariado del Partido, a un instrumento de las intrigas del aparato, de protección para «sus hombres» y de persecución a sus opositores.

En el artículo «Más vale menos pero mejor» Lenin señalaba claramente que la reforma de la Inspección que proponía —en cuya dirección se había designado no hacía mucho tiempo a Tsiupura^[11]—, debía inevitablemente chocar con la resistencia tanto de la burocracia, como la de los soviets y la del partido. «Entre paréntesis debe subrayarse —agregaba significativamente— que tenemos una burocracia no sólo en las instituciones de los soviets, sino también en las del partido». Éste era un golpe perfectamente deliberado contra Stalin, como secretario general.

Por lo tanto, no sería exagerado afirmar que los últimos seis meses de vida política de Lenin, entre su convalecencia y su segunda enfermedad, fueron ocupados por una lucha contra Stalin, la que se iba exacerbando. Recordemos una vez más las

principales fechas: en septiembre Lenin abrió el fuego contra la política de Stalin sobre la cuestión nacional. En la primera mitad de diciembre atacó a Stalin en la cuestión del monopolio del comercio exterior. El 25 de diciembre de 1922 escribió su carta sobre el problema nacional (la «bomba»). El 4 de enero agregó una postdata a su testamento sobre la necesidad de separar a Stalin de su cargo de secretario general. El 23 de enero dirigió contra Stalin una batería pesada: su proyecto de una Comisión de Control. En un artículo del 2 de marzo dirigió un doble ataque contra Stalin como organizador de la Inspección y como secretario general. El 5 de marzo me escribió acerca de su memorandum sobre el problema nacional: «Si usted acuerda conmigo en asumir la defensa, entonces yo podría estar tranquilo». El mismo día por primera vez, unió sus fuerzas a las de los irreconciliables enemigos georgianos de Stalin, comunicándoles en una nota especial que se adhería a su actitud «de todo corazón» y que preparaba para ellos un documento contra Stalin, Orjonikidze y Dzerjinsky. «De todo corazón» no era una expresión muy frecuente en Lenin.

«Este problema (la cuestión nacional) le preocupaba en grado sumo —testimonia su secretaria, Fotieva— y se preparaba para hacer un discurso sobre este tema en el Congreso del partido». Pero un mes antes del Congreso la enfermedad abatió definitivamente a Lenin, antes incluso de haber dado instrucciones acerca de este artículo. Stalin se quitó un gran peso de los hombros. En una asamblea de los jefes de delegación del XII Congreso ya se atrevió a hablar, en su estilo característico, de la carta de Lenin como del documento de un hombre enfermo, bajo la influencia «de las mujeres» (es decir, Krupskaja y las dos secretarias). Bajo el pretexto de que era necesario encontrar el verdadero testamento de Lenin, se decidió guardar el documento bajo llave. Allí permanece hasta la fecha^[12].

Los dramáticos episodios enumerados más arriba, por más chocantes que puedan parecernos, sólo dan una pequeña idea de la ardiente atención con la que Lenin siguió los acontecimientos del partido en los últimos meses de su vida activa. En sus cartas y artículos se impuso a sí mismo una severa censura. Desde su primer ataque, Lenin comprendió muy bien la naturaleza de su enfermedad. Después de retomar su trabajo en octubre de 1922, los vasos sanguíneos de su cerebro no dejaron de recordarle su existencia a través de pequeños golpes, apenas perceptibles, pero cada vez más frecuentes y de augurio siniestro, que evidentemente eran los presagios de una recaída. Lenin evaluaba lúcidamente su situación a pesar de las afirmaciones alentadoras de sus médicos. A comienzos de marzo, cuando nuevamente se vio obligado a abandonar su trabajo, por lo menos las reuniones, entrevistas y conversaciones telefónicas, llevó consigo a su cuarto de enfermo algunas observaciones y preocupaciones inquietantes. El aparato burocrático, con el Estado Mayor de la fracción secreta de Stalin en el Secretariado del Comité Central, se había convertido en un factor político independiente en cuestiones políticas importantes. En la cuestión nacional, en la que Lenin exigía una delicadeza especial, los colmillos del centralismo imperialista se mostraban cada vez más abiertamente. Las ideas y

principios de la Revolución se inclinaban ante los intereses y las intrigas secretas. La autoridad de la dictadura servía cada vez más a menudo para cubrir las necesidades imperiosas de los funcionarios.

Lenin sentía profundamente la proximidad de una crisis política y temía que el aparato estrangulase al partido. La política de Stalin asumió a los ojos de Lenin en el último período de su vida la encarnación de un monstruo creciente de la burocracia. El enfermo ha debido estremecerse más de una vez ante el pensamiento de que no había tenido éxito en llevar a la práctica la reforma del partido de la que me había hablado antes de su segunda enfermedad. Un terrible peligro, creía, amenazaba el trabajo de toda su vida.

¿Y Stalin? Habiendo avanzado demasiado como para retroceder, incitado por su propia fracción, temiendo el ataque concentrado cuyas amenazas provenían todas de la habitación de enfermo de su temible enemigo, Stalin se había adelantado, reclutando abiertamente partidarios para distribuirlos en las posiciones del partido y de los soviets, aterrorizando a los que apelaban a Lenin por intermedio de la Krupskaja y haciendo correr cada vez más el rumor de que Lenin no era ya responsable de sus actos. Tal fue el ambiente en el cual surgió la carta de Lenin rompiendo toda relación con Stalin. No, ésta no cayó del cielo. Simplemente muestra que la copa se había rebalsado. No sólo cronológica, sino que también moral y políticamente señala el trazo final en la actitud de Lenin hacia Stalin.

¿No es sorprendente que Ludwig, repitiendo con placer la historia oficial acerca del fiel discípulo del maestro «hasta su muerte», no diga una palabra al respecto de esta carta final o, de todos los otros hechos que no concuerdan con las actuales leyendas del Kremlin? Al menos, Ludwig debía conocer la existencia de la carta, aunque más no fuera por mi autobiografía de la cual estaba enterado, pues hizo una crítica favorable sobre la misma.

Es posible que Ludwig tuviera dudas sobre la autenticidad de mi testimonio. Pero ni la existencia de la carta ni su contenido nunca han sido discutidos por nadie. Además, están confirmados en las actas estenográficas del Comité Central. En el pleno de julio de 1926, Zinoviev decía: «A comienzos de 1923, Vladimir Ilich, en una carta personal dirigida a Stalin, rompió toda relación personal con él». (Acta estenográfica del Pleno, N.º 4, p. 32). Otros oradores, entre ellos M. I. Ulianova, la hermana de Lenin, habló de la carta como un hecho generalmente conocido en los círculos del Comité Central. Por aquellos días, la idea de contradecir este testimonio no podía pasar ni siquiera por la cabeza de Stalin. Y en realidad, por lo que pude saber, no se ha atrevido a hacerlo en una forma directa ni aun posteriormente. Es verdad que los historiadores oficiales en los últimos años han hecho esfuerzos literalmente gigantescos para borrar de la memoria de los hombres este capítulo entero de la historia. Y en lo que a la Juventud Comunista concierne, esos esfuerzos han logrado cierto resultado. Pero los investigadores existen precisamente para destruir las leyendas y restablecer los hechos en su justo lugar. ¿O bien esto no es

válido cuando se trata de psicólogos?

LA HIPÓTESIS DEL «DUUNVIRATO»

Más arriba hemos indicado los puntos básicos de la lucha final entre Lenin y Stalin. En todos estos períodos Lenin buscó mi ayuda y la obtuvo. De los discursos, artículos y cartas de Lenin podrían sin dificultad tomarse docenas de testimonios según los cuales, después de nuestro desacuerdo temporal en cuanto al asunto de los sindicatos, Lenin no perdió ninguna ocasión durante los años 1921 y 1922 y comienzos de 1923, de subrayar manifiestamente su solidaridad con mi persona, citar alguna de mis declaraciones, apoyar esta u otra orientación que yo hubiese adoptado.

Debe comprenderse que sus motivos no eran personales sino políticos. Lo que pudo en verdad haberle alarmado y afectado en los últimos meses fue que mi apoyo a sus medidas de lucha contra Stalin no fueran suficientemente activos. ¡Sí, tal es la paradoja de la situación! Lenin temiendo una futura división en torno a Stalin y Trotsky reclamaba de mí una lucha más enérgica contra Stalin. Sin embargo, la contradicción es sólo aparente. Era en interés de la estabilidad futura de la dirección del partido que Lenin deseaba entonces condenar enérgicamente a Stalin y desarmarle. Y lo que a mí me detenía era el temor de que cualquier conflicto agudo en el núcleo gobernante en momentos en que Lenin luchaba con la muerte, fuera interpretado por el partido como una lucha por repartirse sus despojos. No plantearé aquí la cuestión de si mi actitud en este caso fue o no acertada, ni el problema —de importancia aún mayor— de saber si habría sido posible por entonces, mediante reformas organizativas y cambios personales detener el peligro que avanzaba. ¡Pero cuán lejos de las posiciones reales de los protagonistas de este drama están de la imagen, edulcorada, presentada por el ilustre escritor alemán que, tan ligeramente, nos da la llave de todos los enigmas!

Por este último sabemos que el testamento «decidió el destino de Trotsky», es decir, que fue la causa de su pérdida del poder. De acuerdo a otra versión de Ludwig, expuesta paralelamente a ésta última y sin realizar el mínimo esfuerzo por conciliarias, Lenin aspiraba a un «duunvirato de Trotsky y Stalin». Esta última versión que, sin duda, también ha sido sugerida por Radek, suministra una excelente prueba de que aún ahora, incluso en los círculos más próximos a Stalin, inclusive cuando se trata de maniobrar convenientemente con un escritor extranjero invitado a una «entrevista», nadie se atreve a afirmar que Lenin considerara a Stalin como su sucesor. Para no entrar en contradicción flagrante con el texto del testamento y con toda una serie de otros documentos, es preciso poner por delante *ex post facto* esta idea del duunvirato.

¿Pero cómo hacer coincidir esta historia con el consejo de Lenin: separar al secretario general? Esto habría significado desarmar a Stalin y privarlo de toda su

influencia. Nadie trataría en esa forma al candidato a un duunvirato. No, además, esta segunda hipótesis de Radek-Ludwig, aunque más prudente, no encuentra asidero en el texto del documento. El objetivo del documento fue definido por su autor: garantizar la estabilidad del Comité Central. Lenin buscó el camino para llegar a este objetivo no mediante la combinación artificial de un duunvirato, sino fortaleciendo el control colectivo sobre la actividad de los dirigentes. ¿Cómo, para lograr esto, concebía la influencia respectiva de los miembros individuales integrantes de la dirección colectiva? El lector es libre de sacar sus propias conclusiones basándose en las citas del testamento hechas más arriba. Sólo que no debe perder de vista que el testamento no fue la última palabra de Lenin y que esta actitud hacia Stalin se hizo cada vez más severa a medida que sentía aproximarse el final.

Ludwig no habría cometido un error tan capital en su apreciación del significado y el espíritu del testamento, de haberse interesado un poco por el destino reservado a este documento. Ocultado al partido por Stalin y su grupo, fue impreso y publicado sólo por la Oposición —por supuesto, clandestinamente—. Centenares de amigos y partidarios míos fueron arrestados y exilados por copiar y distribuir estas dos pequeñas páginas. El 7 de noviembre de 1927 —10.º aniversario de la Revolución de Octubre— los opositores de Moscú participaron en la demostración por el aniversario con pancartas con la consigna: «Cumplan con el testamento de Lenin». Tropas de stalinistas, elegidas especialmente para este objetivo, irrumpieron en la manifestación, arrebatando y destrozando la pancarta criminal. Dos años más tarde, en el momento de mi deportación al extranjero, se inventó la historia de una insurrección preparada por los «trotskistas» para el 7 de noviembre. El requerimiento de «Cumplir el testamento de Lenin», fue interpretado por la fracción stalinista como un llamado a la insurrección. Y aún ahora la publicación del testamento está prohibida a todas las secciones de la Internacional Comunista. La Oposición de Izquierda, por el contrario, reimprime el testamento en todos los países en cualquier oportunidad. Políticamente hablando, estos hechos agotan la cuestión.

RADEK COMO FUENTE DE INFORMACIÓN

Pero ¿de dónde surgió esta fantástica historia de que yo habría saltado de mi asiento durante la lectura del testamento, para ser más precisos, de las «seis palabras» que no están en el texto, preguntando: «¿Qué dice allí?»? Acerca de esto sólo puedo ofrecer una explicación hipotética. El lector juzgará la corrección de la misma.

Radek pertenecía a la tribu de los declamadores profesionales y contadores de anécdotas. No quiero decir que no poseyese otras cualidades. Basta recordar que en el VII Congreso del partido, el 8 de marzo de 1918, Lenin, que en general era muy prudente en comentarios sobre las personas, se permitió decir: «Vuelvo al camarada Radek y quiero subrayar que accidentalmente ha logrado hacer una observación

seria...». Y aún más: «Ha llegado el momento en que hemos escuchado una reflexión completamente seria del camarada Radek...». Las personas que hablan seriamente sólo por excepción, tienen una tendencia a embellecer la realidad, pues en su forma bruta, ésta no siempre sirve para sus historias. Mi experiencia personal me ha conducido a tomar una actitud muy cautelosa respecto de los testimonios de Radek. Tiene el hábito, no de relatar los acontecimientos, sino de servirse de ellos como una de las tantas ocasiones para sus bromas. Como todo arte, incluso la anécdota aspira a una síntesis. Radek se inclina naturalmente a unir diferentes hechos o los aspectos más brillantes de diversos episodios aun cuando hubieran sucedido en distintos tiempos y lugar. Y no lo hace por malicia. Es parte de los gajes de su oficio.

Y evidentemente, esta vez ha ocurrido de lo mismo. Radek, parece ser, combinó una reunión del «Consejo de notables» del XIII Congreso con una sesión del Comité Central de 1926, a pesar de que entre ambos hay un intervalo de más de dos años. En este Pleno también fueron leídos documentos secretos, y entre ellos, el testamento. Esta vez el testamento fue leído, efectivamente, por Stalin y no por Kamenev, que había venido a sentarse a mi lado, en los bancos de la Oposición. La lectura se llevó a cabo porque durante aquellos días circulaban ampliamente en el partido copias del testamento, la carta de Lenin sobre la cuestión nacional y otros documentos guardados bajo llave. El aparato del partido se ponía nervioso y deseaba saber qué era lo que Lenin realmente había dicho. «La oposición lo sabe y nosotros no» — afirmaban—. Después de una prolongada resistencia, Stalin se vio obligado a leer los documentos prohibidos en una sesión del Comité Central, lo cual hizo que quedara registrado automáticamente en las actas estenográficas del Comité Central e imprimir notas secretas para los dirigentes del aparato del partido.

Tampoco esta vez hubo exclamaciones en el transcurso de la lectura, pues el testamento desde hacía mucho tiempo era bien conocido por los miembros del Comité Central. Pero yo interrumpí a Stalin durante la lectura de la correspondencia sobre la cuestión nacional. El episodio no es en sí mismo importante aunque quizá pueda ser utilizable por los psicólogos para algunas de sus deducciones.

Lenin era extremadamente conciso cuando escribía. En su correspondencia con sus colaboradores más próximos empleaba un lenguaje telegráfico. Siempre comenzaba una carta con el nombre de su destinatario seguido de la letra «T» (*Tovarisch*: camarada) y siempre firmaba: Lenin. Las explicaciones complicadas eran reemplazadas por palabras separadas, subrayadas dos o tres veces, con signos de exclamación suplementarios, etcétera. Todos nosotros conocíamos las peculiaridades de Lenin y, por eso mismo, la más mínima infracción a su estilo conciso habitual llamaba la atención.

Al mandar su carta sobre la cuestión nacional, Lenin me escribió el 5 de marzo: «Estimado camarada Trotsky: Le pido a usted que rápidamente asuma la defensa de la cuestión georgiana en el Comité Central del partido. La cuestión está ahora siendo examinada en manos de Stalin y Dzerjinsky y yo no puedo confiar en su

imparcialidad. En realidad, es todo lo contrario. Si usted está de acuerdo en tomar esta defensa, yo estaría tranquilo; si, por cualquier razón, usted no está de acuerdo conmigo, entonces remítame todo el asunto. Consideraré esto como una señal de su desacuerdo. Con mis mejores saludos fraternales. Lenin, 5 de marzo de 1923».

El contenido y el tono de esta pequeña carta dictada por Lenin durante los últimos días de su vida política, fueron para Stalin no menos penosos que el testamento. ¿Una falta de «imparcialidad» no implica, en realidad, una falta de lealtad? Lo que menos demuestra esta nota es algún tipo de confianza hacia Stalin —«En realidad, todo lo contrario»—, mientras que lo que demuestra con claridad es la confianza hacia mí. La confirmación de una unión tácita entre Lenin y yo, contra Stalin y su fracción se volvía evidente. Stalin difícilmente podía controlarse durante la lectura. Cuando llegó a la firma vaciló: «Con mis mejores saludos fraternales». Esto era demasiado demostrativo para el estilo de Lenin. Stalin leyó: «Con saludos comunistas», lo que sonaba más seco y oficial. En ese momento yo me levanté de mi silla y pregunté: «¿Cómo está escrito?». Stalin se vio obligado, no sin dificultad, a leer el auténtico texto de Lenin. Uno de sus amigos más cercanos me gritó que yo discutía por detalles, aunque yo sólo buscaba una verificación del texto. Este pequeño incidente causó impresión. Se habló de ella entre los dirigentes del partido. Radek, que por entonces no era más miembro del Comité Central, escuchó hablar de ello a través de otros y quizás por mí mismo. Cinco años más tarde, cuando ya estaba con Stalin y no estaba más conmigo, su flexible memoria le ayudó evidentemente a componer este episodio sintético que dio lugar a la conclusión tan tendenciosa y tan errónea de Ludwig.

Aunque Lenin —como hemos visto— no creía necesario declarar en el testamento que mi pasado no bolchevique «no era accidental», yo estoy dispuesto a aceptar esta fórmula como si fuera de mi propia autoridad. En el mundo del pensamiento la ley de causalidad es tan inflexible como en el mundo físico. En este sentido general mi órbita política no era, por supuesto, «accidental», pero el hecho de que yo haya adherido al bolchevismo tampoco. El problema de saber la seriedad y permanencia con la que adherí al bolchevismo no puede ser establecida ni por una simple exposición cronológica ni por elucubraciones de psicología literaria. Es necesario un análisis teórico y político. Esto, seguramente, es un tema demasiado vasto y está completamente por fuera del marco del presente artículo. Para nuestro propósito es suficiente con destacar que Lenin, al calificar la conducta política de Zinoviev y Kamenev en 1917 como «no accidental» no hacía una referencia filosófica a las leyes del determinismo, sino una advertencia política para el futuro. Precisamente por eso, es que Radek creyó necesario, a través de Ludwig, transferir esta advertencia de Zinoviev y Kamenev hacia mí.

LA LEYENDA DEL TROTSKISMO

Recordaremos las principales etapas de esta cuestión. De 1917 a 1924 nunca se habló una palabra de un supuesto contraste entre «trotskismo» y leninismo. En este período tuvieron lugar la Revolución de Octubre, la guerra civil, la construcción del Estado Soviético, la creación del Ejército Rojo, la elaboración del programa del partido, la fundación de la Internacional Comunista, la formación de sus cuadros, y la elaboración de sus documentos fundamentales. Después de la partida de Lenin se desarrollaron graves desacuerdos en el seno del núcleo del Comité Central. En 1924, el espectro del «trotskismo» —después de una minuciosa preparación tras bambalinas— fue puesto en escena. Desde entonces, toda la lucha interior del partido fue llevada adelante en el marco de un contraste entre trotskismo y leninismo. En otros términos, los desacuerdos entre los epígonos y yo creados por nuevas tareas y nuevas circunstancias, fueron presentados como una continuación de mis desacuerdos del pasado con Lenin. Este tema dio lugar a la producción de una vasta literatura. Sus propagandistas fueron siempre Zinoviev y Kamenev. En su condición de viejos y próximos colaboradores de Lenin ellos se colocaron a la cabeza de la «vieja guardia bolchevique» contra el trotskismo. Pero bajo la presión de profundos procesos sociales este grupo se dislocó. Zinoviev y Kamenev se vieron obligados a admitir que lo que se llamaba «trotskismo» era correcto en las cuestiones fundamentales. Millares de viejos bolcheviques se adhirieron al «trotskismo».

En el Pleno de julio de 1926, Zinoviev anunció que esa lucha contra mí había sido el mayor error de su vida, «más peligroso que el error de 1917». Orjonikidze no estuvo del todo equivocado al gritarle desde su asiento: «¿Por qué confundió usted a todo el partido?» (Ver el acta estenográfica ya citada). A esta acusadora interpelación, Zinoviev no encontró respuesta. Pero dio una explicación no oficial en la Conferencia de la Oposición de octubre de 1926^[13]. «Ustedes deben comprender —dijo en mi presencia a sus amigos más íntimos, algunos obreros de Leningrado que creían sinceramente en la leyenda del trotskismo— que se trataba de una lucha por el poder. Toda la cuestión consistía en trasplantar los viejos desacuerdos a los problemas nuevos. El trotskismo fue inventado con esta intención...».

En el transcurso de dos años de su permanencia en la Oposición, Zinoviev y Kamenev se dedicaron a develar el motor del mecanismo del precedente período, cuando junto a Stalin crearon la leyenda del «trotskismo» por medios conspirativos. Un año más tarde, cuando se vio claramente que la Oposición se vería obligada a nadar durante largo tiempo y firmemente contra la corriente, Zinoviev y Kamenev se entregaron a merced del vencedor. Como primera condición de su rehabilitación ante el partido se les exigió que reeditaran la leyenda del trotskismo. Ellos aceptaron. Decidí entonces reforzar sus propias declaraciones anteriores sobre esta cuestión a través de una serie de testimonios autorizados. Fue Radek, no otro que Karl Radek, quien proporcionó el siguiente testimonio escrito: «Yo estuve presente en una conversación de Kamenev con el propósito de que éste declarara ante el pleno del Comité Central cómo ellos (es decir, Zinoviev y Kamenev) junto a Stalin, decidieron

utilizar los viejos desacuerdos entre Lenin y Trotsky con la intención, después de la muerte del primero, separar al segundo de la dirección del partido. Además, he oído varias veces de labios de Zinoviev y Kamenev que ellos ‘inventaron el trotskismo como una consigna para su lucha. K. Radek, 25 de diciembre de 1927».

Idénticos testimonios escritos fueron dados por Preobrajensky, Piatakov, Rakovsky y Elzin^[14]. Piatakov, actual director del Banco del Estado resumió el testimonio de Zinoviev con las siguientes palabras: «El trotskismo fue inventado con el objetivo de reemplazar los verdaderos desacuerdos por otros supuestos, es decir, con divergencias del pasado carentes ahora de sentido pero artificialmente resucitadas con el propósito ya expresado». ¿Es bastante claro, no? «Nadie —escribía V. Eltzin, representativo de la generación más joven— ni uno solo de los zinovievistas presentes hizo objeción alguna. Todos aceptaron esa declaración como un hecho conocido por todo el mundo».

El testimonio de Radek antes citado fue presentado por él el 25 de diciembre de 1927. Unas pocas semanas después, ya estaba en el exilio y unos meses más tarde sobre el meridiano de Tomsk, se comenzó a convencer de la justeza de la política de Stalin, cosa que no se le había revelado antes en Moscú. Pero también de Radek, el poder exigió como condición *sine qua non* que reconozca la realidad de la misma leyenda del trotskismo. Cuando Radek aceptó esto, no le quedó otra cosa que hacer que repetir la vieja fórmula de Zinoviev, que este mismo había develado en 1926, sólo para volver otra vez a ella en 1928. Radek ha ido más lejos. En el curso de una conversación con un crédulo extranjero, ha modificado el testamento de Lenin para encontrar una base allí para esta leyenda de los epígonos: la existencia del «trotskismo».

De esta breve reseña histórica, que se apoya exclusivamente en documentos, pueden deducirse muchas conclusiones. Una de ellas es que la revolución es un rudo proceso y que no respeta las vértebras humanas.

El posterior desarrollo de los acontecimientos en el Kremlin y en la Unión Soviética no fue determinado por un solo documento, aun cuando fuera el testamento de Lenin, sino por causas históricas de un orden mucho más profundo. Una reacción política, después de los enormes esfuerzos de los años de insurrección y guerra civil, era inevitable. El concepto de reacción debe ser aquí estrictamente diferenciado del concepto de contrarrevolución. La reacción no implica necesariamente un trastocamiento social, es decir, la transferencia del poder de una clase a otra. Aun el zarismo tuvo sus períodos de reformas progresivas y de reacción. Los métodos y la orientación de la clase gobernante cambian según las circunstancias. Esto es verdad también para la clase obrera. La presión de la pequeñoburguesía sobre el proletariado, cansado del levantamiento, determina un renacimiento de las tendencias pequeñoburguesas en el proletariado mismo y una primera oleada de reacción profunda, que encabezada por el actual aparato burocrático dirigido por Stalin se elevó al poder.

Las cualidades que Lenin apreciaba en Stalin —firmeza de carácter y astucia— continuaron siendo, por supuesto, las mismas. Pero hallaron un nuevo campo de acción y un nuevo lugar de aplicación. Los rasgos que en el pasado habían sido los aspectos negativos de la personalidad de Stalin —estrechez de miras, falta de imaginación creadora, empirismo— tomaban ahora en los hechos una significación importante en el más alto grado. Ellas le permitieron a Stalin convertirse en el instrumento semiconsciente de la burocracia soviética, e impulsaron a la burocracia a ver en él su inspirado líder. Estos diez años de lucha entre los dirigentes del Partido bolchevique indudablemente han demostrado que en las condiciones de esta nueva etapa de la revolución, Stalin ha desarrollado a sus límites extremos estos mismos rasgos de carácter político contra los cuales Lenin, en el último período de su vida, le declaró una lucha implacable. Pero esta cuestión, que aún ahora está en el centro de la política soviética, nos llevaría más allá de los límites de nuestro tema.

Muchos años han pasado desde los acontecimientos que hemos relatado. Si hace diez años todavía se pusieron en acción fuerzas que se han revelado como mucho más poderosas que los consejos de Lenin, sería completamente ingenuo apelar ahora al testamento como un documento político que podría ser eficaz. La lucha internacional entre los dos grupos surgidos del bolchevismo hace ya mucho tiempo ha superado desde hace mucho tiempo la cuestión de los destinos individuales. La carta de Lenin, conocida bajo el nombre de testamento, tendrá de aquí en adelante un interés histórico. Pero la historia, podemos aventurarnos a pensar, también tiene sus derechos, los cuales, por otra parte, no siempre son contrarios a los intereses políticos. La más elemental de las exigencias científicas —establecer correctamente los hechos y verificar los rumores mediante documentos— puede al menos ser recomendada por igual a políticos e historiadores. Y esta exigencia bien puede extenderse incluso a los psicólogos.

APÉNDICE

TROTSKY Y BRETON^[1]

MARGUERITE BONNET^[2]

El libro de Trotsky sobre Lenin, que las Imprentas Universitarias de Francia publican hoy, apareció por primera vez en Francia editado por la Librería del Trabajo en la primavera de 1925^[3]. Libro inacabado, según su propio autor, quien no quería ver en él más que materiales para una futura obra, en la que parece haber pensado desde esta fecha^[4] y que el crimen de México impidió su realización total^[5], no deja de ser por ello, aún hoy, «uno de los retratos más vivos, más cautivantes, más verdaderos que tengamos de Lenin», como escribía desde Rusia Victor Serge luego de su publicación en París^[6]. Por otro lado, el destino singular que esta pequeña obra conoció en Francia merece un llamado de atención: es a través de ella que, efectivamente, se realiza la primera conjunción de los dos nombres que, algunos años más tarde, la historia acercará más estrechamente aún, los de André Breton y León Trotsky. Entre los poetas, entre los revolucionarios, dos de los más grandes; conjunción única, sin duda, y que podría dar para pensar, para soñar largamente, para nuestro mejor consuelo, sobre las atracciones inevitables y lo que hay de necesario en ciertos encuentros... Sin embargo, nos contentaremos aquí con trazar las circunstancias en que Breton *descubrió* a través de este libro a Trotsky y Lenin; pues, él no los separa nunca, en el artículo que publicó sobre esta obra de Trotsky, el 15 de octubre de 1925, en el N.º 5 de *La Révolution surréaliste*^[7]. Estas pocas páginas jugarán en todo el grupo surrealista un rol considerable. Se las encontrará luego de esta nota^[8].

Hasta el verano de 1925, Breton y sus amigos habían prestado sólo una relativa atención a los problemas políticos de su época, sus fuerzas vitales estaban absorbidas por la revolución poética que habían emprendido. La Revolución Rusa, que para los intelectuales reunidos alrededor de la revista *Clarté*^[9] ya se manifestaba como el acontecimiento más importante, aún no los había sacudido:

«¡Era necesario —escribe Breton en 1952— que la policía intelectual en Francia haya sido vigilante para que estas ideas hayan tardado tanto (casi ocho años) en llegar a nosotros! Hasta 1925, sorprende que la palabra Revolución, en lo que puede tener de exaltante para nosotros, sólo evoque en el pasado a la Convención y a la Comuna^[10]. Por la manera en que hablábamos entonces, uno se da cuenta que éramos más sensibles a los tonos que tomó en la boca de Saint Just o de Robespierre que a su contenido doctrinario. Esto no quiere decir que no hiciéramos enteramente nuestra la causa de los revolucionarios del '93 o del '71. La necesidad, la urgencia de un

cambio económico y social que ponga fin a un cierto número de desigualdades desagradables nunca fue absorbida hasta disolverse en la reivindicación surrealista, por absoluta que sea ésta en sus inicios. Pero, en ese momento, habíamos puesto nuestra atención muy débilmente en los medios a través de los que tal transformación puede darse^[11]».

Antes de 1925, la Revolución Rusa casi no aparecía en los escritos de los surrealistas salvo bajo la pluma de Aragon^[12], para quien ésta era una ocasión para realizar escritos provocativos y despreciativos. Ya, en 1923, se había lamentado a propósito del bolchevismo: «Respetable aunque un poco breve^[13]». Un poco más tarde, de manera fulminante contra Anatole France^[14] en el panfleto colectivo *Un cadáver*, lanzó sus dardos contra «Moscú, la tonta», en donde Francia gozaba de un prestigio a sus ojos injustificable^[15]. El insulto lleva a una viva polémica entre él y los redactores principales de *Clarté*, Marcel Fourrier y Jean Bernier. Bernier, amigo personal de Aragon, destaca la expresión en su informe del «Cadáver» (*Clarté*, 15 de noviembre de 1924), como una «imprudencia verdaderamente más cómica que odiosa». Aragon le replica con una carta del 25 de noviembre, que *Clarté* publicará en su número de diciembre, acompañada con una fuerte reprimenda de Fourrier — para quien Aragon, a pesar de su oposición verbal a la cultura burguesa, pertenece al campo de los «bien pensantes»— y una explicación de Bernier, amigable y en tono moderado, aunque Aragon haya agravado su ocurrencia al escribir:

«Ante la revolución rusa, ustedes no impedirán que levante los hombros. A nivel de las ideas, como mucho, es una vaga crisis ministerial. (...) tengo que repetir incluso en *Clarté* que los problemas planteados por la existencia humana no mejoran por la miserable pequeña actividad revolucionaria que se ha producido en nuestro oriente en el curso de los últimos años».

La reacción de los miembros de *Clarté* empuja a Aragon a relanzar el altercado en el segundo número de *La Révolution surréaliste* (15 de enero de 1925); cita su carta del 25 de noviembre y explica los comentarios que provocó. Esta vez, Fourrier es acusado de querer reducir «a las proporciones de una simple crisis legal la enorme causa de la revolución».

Sería falso darle una gran importancia al incidente y ver en él, como algunos intentaron hacerlo, la prefiguración del drama que se representará posteriormente entre comunismo y surrealismo; a decir verdad, estas exageraciones no revelan ni una reflexión seria sobre los hechos, ni una preocupación muy profunda; esto se siente en el carácter vago y forzado de las fórmulas. Por otro lado, éstas están lejos de conquistar la adhesión de otros surrealistas, cuyo sentimiento general definió Breton en las *Entretiens*:

«Aragon... a muchos de nosotros nos dio la impresión que se embarullaba. (...) Entre nosotros, incluso los espíritus más ajenos a la política veían allí un 'brillante relato' indefendible».

Pero en enero, Breton se conforma con guardar silencio; va a volver de otra

manera unos meses más tarde, cuando un nuevo duelo se desarrolla entre Aragon y, esta vez, Drieu La Rochelle^[16]. Es que acontecimientos importantes intervinieron entre los surrealistas desde principios de 1925 y el verano: la guerra de Marruecos^[17], que ya dura varios meses, provocó profundas turbulencias en el ambiente intelectual y artístico durante la primavera. En junio, *Clarté* saca una «Carta abierta a los intelectuales pacifistas, viejos combatientes sublevados» para preguntarles: «¿Qué piensan de la guerra de Marruecos?» y el 15 de julio, la revista aparece bajo el título general: «Contra la guerra de Marruecos. Contra el imperialismo francés»; fuera de este texto, es publicado un llamado de Henri Barbusse «a los trabajadores intelectuales. Sí o no, ¿condenan Uds. la guerra?». Este llamado es refrendado por numerosos intelectuales, escritores y artistas, y por la redacción completa de *La Révolution surréaliste*, de *Clarté*, de *Philosophies*. Apreciando un poco más tarde esta toma de posición, Breton escribe:

«La actividad surrealista frente a este hecho brutal, indignante, impensable (la guerra de Marruecos) va a llevar a preguntarse sobre la naturaleza de sus recursos, a determinar sus límites; ella va a forzar a adoptar una actitud precisa, externa a sí misma, seguir enfrentando a lo que excede estos límites^[18]».

A partir de esto, se entabla un acercamiento entre los comunistas de *Clarté* y los surrealistas; su expresión es el célebre manifiesto *La révolution d'abord et toujours*. Elaborado a fines de julio de 1925, con una tirada en agosto de 4000 ejemplares, fue ampliamente difundido. Esta declaración que más tarde Breton juzgará con razón como «bastante confusa ideológicamente^[19]», yuxtapone, efectivamente, preocupaciones de diverso orden que darán lugar a rigurosas discusiones y reflejan la variedad de orientaciones de sus firmantes. Ésta no es de carácter estrechamente político o social. Afirmando la necesidad de una revolución total, situada más allá del terreno político o social, se rebela contra toda la civilización occidental, exalta la necesidad «de una libertad calcada sobre (las) necesidades espirituales más profundas, sobre las exigencias más estrictas y más humanas (de) la carne». Sin embargo, «el amor a la revolución» fuerza a poner todas las miradas, francamente esta vez, en Rusia, como lo destaca el primero de los cinco puntos que precisan el acuerdo al que llegan los diversos grupos:

«No creemos que vuestra Francia sea capaz de seguir el magnífico ejemplo de un desarme inmediato, íntegro y sin compensaciones que fue dado al mundo por Lenin en 1917 en Brest-Litovsk, desarme cuyo valor revolucionario es infinito».

Ciertamente, *La Révolution d'abord, et toujours* no significa aún una adhesión del surrealismo al comunismo. «Es necesario que sigamos siendo surrealistas y que no se nos pueda incluir ente los comunistas», escribe Éluard a Breton en julio^[20]. Pero se da un paso decisivo, se produce una sensibilización, se despierta un interés profundo por lo que pasa allá, en el Este. En agosto Breton, de vacaciones en el sur de Francia, lee el pequeño libro de Trotsky sobre Lenin y recibe una verdadera revelación:

«Es innegable que, si me había dejado llevar por la lectura de esta obra, era sobre

todo porque me había atrapado su lado sensible. De cierta relación entre lo humano —el mismo Lenin tal como lo había conocido íntimamente el autor— con lo sobrehumano (la tarea que había llevado adelante) se desprendía algo muy convincente que, al mismo tiempo, confería a las ideas que habían sido suyas el mayor poder atractivo...»^[21].

Tampoco puede aceptar el argumento de Aragon en la discusión que opone este último a Drieu La Rochelle a propósito de Lenin y, más en general, de *La Révolution d'abordet toujours*.

En el número de agosto de *La Nouvelle Revue française*, Drieu había publicado un largo artículo «El verdadero error de los surrealistas», en el que les reprochaba en particular, tanto haber tomado posición sobre un problema político, la guerra del Rif, denigrándose así frente a sus ojos, como haber «vociferado»: «¡Viva Lenin!». La respuesta de Aragon apareció en septiembre en la misma revista; allí se lee: «no quiero responderte que no he gritado: ¡Viva Lenin! Lo vociferaría mañana, ya que se me prohibió este grito, que después de todo saluda el genio y el sacrificio de una vida^[22]».

La frase tan en alerta a Breton, que rechaza que la actitud surrealista en este punto pueda ser llevada a una simple provocación, por lo que la objeta y se desolidariza de ella en su artículo sobre el libro de Trotsky.

Afectados por el acento firme y resuelto de estas páginas, sus amigos leen también el *Lenin* y son conquistados de conjunto: «Este libro es uno de los más grandes que jamás haya leído», escribe Eluard^[23]. De ahora en adelante, se atraviesa una etapa decisiva; no se trata de tomar distancia frente al comunismo, sino por el contrario, de aproximarse a él; la colaboración con el equipo de *Clarté* se hace más estrecha, al punto que, hacia fines de 1925, los dos grupos apuntan a la publicación de una revista común, con un título deliberadamente agresivo, *La guerre civile*. El fracaso de este proyecto no contraría para nada el movimiento iniciado y no impide que se continúe. Pero es un camino arduo, jalonado en 1927 por una adhesión al Partido Comunista —para varios de breve duración— de Aragon, Breton, Éluard, Péret y Unik, y definitivamente cerrado en 1935 por una ruptura total^[24], a la que son conducidos los surrealistas. La historia de sus discusiones con el partido es larga, complicada por la diversidad de los caminos y las actitudes individuales; éste no es lugar para relatarlas. Sólo recordaremos que Breton se negó siempre a sacrificar la exigencia surrealista al dogmatismo y la estrechez de miras de la dirección comunista, que jamás renunció a mantener estrechamente unidas sus aspiraciones poéticas y su voluntad de cambio social: «Transformar el mundo», dijo Marx; «cambiar la vida», dijo Rimbaud: estas dos consignas para nosotros no son más que una^[25].

Si bien es conveniente subrayar el rol de acontecimiento-motor que el presente libro [*Lenin*] ha tenido en esta evolución general, cuya marcha está lejos de detenerse, aún hoy, y en la continuidad en que se inscriben los diversos momentos de una reflexión y de una acción siempre actuales, también se debe señalar que la relación Breton-Trotsky no se reduce a esto. En 1929, año en que Trotsky es exiliado, Breton se preocupa por la suerte que le es reservada y, en el *Segundo Manifiesto*, plantea su acuerdo con las posiciones defendidas por el autor de *Literatura y Revolución* sobre los problemas de la cultura y el arte proletarios. Un folleto del grupo surrealista, *La planète sans visa*, que toma como título el último capítulo de la autobiografía de Trotsky, *Mi vida*, se levanta en 1934 contra su expulsión del territorio francés y declara:

«Nosotros que, aquí, estamos lejos de compartir todas sus concepciones actuales, sólo nos sentimos por ello más libres para asociarnos a todas las protestas que ya ha recibido la medida de la que él es objeto. (...) Saludamos, en esta nueva etapa de su difícil camino, al viejo compañero de Lenin, al firmante de la paz de Brest-Litovsk, acto ejemplar de ciencia e intuición revolucionarias, al organizador del Ejército Rojo que permitió que el proletariado conservara el poder a pesar de que el mundo capitalista se alió contra él, al autor entre tantos otros no menos lúcidos, no menos nobles y menos brillantes, de esta fórmula que para nosotros es una razón permanente para vivir y actuar: El socialismo significará un salto del reino de la necesidad al reino de la libertad, también en ese sentido que el hombre de hoy, lleno de contradicciones y sin paz, atravesará el camino hacia una nueva raza más feliz».

En la lucha en los dos frentes que, hasta el final, Breton nunca dejó de llevar adelante, contra el mundo capitalista y contra la monstruosa caricatura de socialismo ofrecida por la URSS y el comunismo oficial, su camino se cruza varias veces con el de Trotsky. Durante los Juicios de Moscú, en 1936 y 1937, es uno de los primeros en criticar con la más intransigente firmeza y el más alto vigor lo que él tiene «por una abyecta empresa de policía^[26]», la más formidable injusticia de todos los tiempos^[27], para denunciar en Stalin «al gran negador y principal enemigo de la revolución proletaria (...), el principal falsario de hoy (...) y (...) el más inexcusable de los asesinos^[28]». Si bien los Juicios le llevan a tener todo tipo de reservas sobre el sostenimiento de la consigna de Trotsky: «Defensa de la URSS», no por ello sus amigos y él mismo rinden un homenaje menos vibrante a «la personalidad, desde ya por encima de toda sospecha, de León Trotsky (...)».

«Saludamos a este hombre que ha sido para nosotros, haciendo abstracción de las opiniones ocasionales *no infalibles* que fue llevado a formular, una guía intelectual y moral de primer orden y cuya vida, desde que está amenazada, nos es tan preciada como la nuestra^[29]».

La vida va a permitir a Breton que vuelva a encontrar a este hombre en el curso de un viaje que hace a México en 1938^[30]. De la confrontación de sus ideas sobre los problemas del arte y la revolución, sale el muy bello y conciso «Manifiesto por un

arte independiente», fruto de su colaboración, aunque haya aparecido, por cuestiones circunstanciales, firmado por Breton y el pintor Diego Rivera^[31]; este manifiesto llama a los artistas a constituir la Federación Internacional del Arte Revolucionario Independiente (FIARI), frente a la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (AEAR) de obediencia stalinista, instrumento dócil de propagación del dogma del realismo socialista. El manifiesto afirma el rechazo irreductible a someter la creación intelectual a toda finalidad ajena a sí misma, rechazo que proviene de la legítima conciencia de las leyes que la rigen y de una idea muy elevada, a la vez, de la revolución y del arte; no se puede regentear desde afuera el laboratorio interior en que la obra de arte toma imperceptiblemente nacimiento, pero toda obra digna de ese nombre lleva en su corazón, el eje invisible^[32], una controversia con lo real tal como nos es dado, toda obra digna de este nombre es liberadora:

«La necesidad de emancipación del espíritu sólo tiene que seguir su curso natural para ser conducida a fundirse y a volver a tomar impulso en esta necesidad primordial: la necesidad de la emancipación del hombre».

Desde su retorno a Francia, Breton pone en pie la sección francesa del FIARI con su boletín *Clé*. Pero la guerra vino a cortar rápidamente a este emprendimiento.

Aun cuando, en los años siguientes, Breton es inducido a realizarse cuestionamientos sobre el marxismo y alejarse de él, en ciertos planos —el problema es muy complejo para abordarlo aquí—, su admiración y veneración por la figura de Trotsky permanecieron intactas. Entre otros testimonios^[33], será suficiente aquí referirse al carácter inmediato con el que aceptó, cuando muere Natalia Sedova, nuestro pedido de tomar la palabra en su entierro, aunque él naturalmente no se inclinaba a este tipo de discursos; pero, al saludar a la admirable compañera de León Trotsky, al mismo tiempo, se trataba de rendir el homenaje al gran revolucionario caído en México bajo los golpes de Stalin, que las circunstancias de 1940 había hecho imposible realizar en Europa. El de Breton estuvo a la altura de esta intención, tanto con relación a la poesía como a la revolución:

«La muerte de aquellos que, con una palabra singularmente tramposa, se dicen materialistas mientras que sólo han vivido por el espíritu y el corazón, esta muerte es aun la más conspiradora de todas. Entre estos dos imperios, el de la vida y el otro, hemos visto sobre un *no mans land*^[34] en el que germinan las ideas, las emociones y las conductas que rindieron el mayor honor a la condición humana. Sin que para esto se necesite ninguna plegaria, la unión de las cenizas de Natalia Sedova con las de León Trotsky, (...) al mismo tiempo bajo el ángulo de la revolución y del amor, asegura un nuevo despliegue del ave Fénix. (...) Por lo que nos une a ella, es tranquilizador, es casi una satisfacción a pesar de todo, que ella haya vivido bastante como para ver denunciar, por aquellos mismos que lo han heredado, al bandidaje stalinista, que ha usado contra ella los peores refinamientos de crueldad. Ella habrá sabido que, finalmente, el proceso evolutivo imponía una revisión radical de la

historia revolucionaria de estos últimos cuarenta años, historia cínicamente deformada y que al término del proceso irreversible, no solamente le rendirá toda justicia a Trotsky, sino que incluso las ideas por las que dio su vida serán llamadas a tomar completa firmeza y amplitud^[35]».

Seguramente que en 1925, cuando fue su primer encuentro con el comunismo y con Lenin y Trotsky, Breton sólo entrevé estas ideas, estos ideales, de manera imperfecta. La que lo orienta entonces hacia la Revolución Rusa y hacia estos hombres es una corriente de simpatía esencialmente afectiva.

«¿Cómo hubiera podido ser de otra manera? —destaca él mismo^[36]. Entonces, yo avanzaba casi a ciegas; sólo podía pedir la reconsideración sobre el problema, si quería hacerme escuchar por mi entorno, apoyándome con argumentos sentimentales y además ninguno de nosotros había experimentado aún la necesidad de superar los rudimentos del marxismo».

Breton en este momento ignora las verdaderas condiciones de Rusia en 1925, los problemas que se plantean allí, los cambios y la degradación que ya se introdujeron en el Partido Bolchevique y en la Internacional, instaurando en todas partes como ley el monolitismo y la estrechez de pensamiento. Su apreciación —y es a lo que él da todo su valor— es la consecuencia de un choque puramente subjetivo. No está informado sobre las circunstancias, que hablan por sí solas, en las que Trotsky escribió este libro.

Ya es, efectivamente, un libro del exilio, al menos, de un exilio interior. Desde las primeras semanas de 1923, las divergencias, los conflictos que, ya sea en los momentos cruciales de la lucha por el poder, o en los años terribles que seguirán a su conquista, el triunvirato Zinoviev, Stalin, Kamenev se opuso a Trotsky, cristalizándose en ataques concertados contra él en el seno del Buró Político; la enfermedad que aparta a Lenin y una grave recaída, en marzo, lo corta definitivamente de toda actividad. Sin embargo, Trotsky, quien persiste en esperar su restablecimiento, demasiado seguro quizás de sus medios y su popularidad, se niega a usar contra Stalin, en el XII Congreso del Partido (abril de 1923), las armas que tiene a mano (en particular, notas de Lenin criticando severamente la política de Stalin en Georgia) y se dedica ante todo a intervenir en las cuestiones de política económica que le parecen capitales para el futuro de la URSS. En este terreno, se niega a embellecer con luminosos colores de un optimismo artificial a una situación que juzga muy oscura, ya que considera un deber decir la verdad, por más dura que sea, tanto al Partido como a las masas; pero este mismo rigor, que levanta muchas inquietudes, hiere muchas susceptibilidades y provoca muchos descontentos, facilita la campaña de denigración que, desde este momento, se lleva adelante contra él. Al no hacer nada para separar a Stalin de su puesto de secretario general, deja a este último todas las ventajas que, en el curso de 1923, le van a permitir convertirse poco a poco en el dueño omnipotente del aparato. Si en su carta del 8 de octubre de 1923 al Comité Central, reclama una flexibilización de la disciplina militar impuesta por la

guerra civil, con el fin de favorecer el retorno a una verdadera vida de las ideas y hacer más sana la situación en el partido, desde el mes de noviembre la enfermedad le impide intervenir directamente en las discusiones que, sobre este problema, se desencadenaron entonces con una violencia extrema y que el triunvirato intenta reprimir a su vez con sanciones disciplinarias y retomando a su favor, a través de una denuncia completamente verbal del burocratismo, las críticas y reivindicaciones de los opositores.

Trotsky pone al Partido en guardia contra este engaño y estas reticencias, primero de manera un poco disimulada en artículos del *Pravda* donde denuncia los vicios del burocratismo: respeto paralizante por la tradición, elevación de la obediencia al rango de virtud suprema, miedo a todo espíritu de independencia, repetición mecánica de fórmulas convencionales, gusto por la mentira edificante:

«La tradición, afirma, no es una regla inmutable o un manual oficial; no puede ser ni aprendida por el corazón ni ser aceptada como un evangelio; no se puede creer todo lo que dijo la vieja generación por su simple palabra de honor. Por el contrario, la tradición, por así decirlo, debe ser reconquistada a través de un trabajo interior, debe ser estudiada y profundizada en un espíritu crítico y, de esta forma, asimilada. De otra manera, todo el edificio estaría construido sobre arena.

(...) Que la autoridad de los mayores no borre la personalidad de los jóvenes y (...) no los aterrorice. Todo hombre formado solamente para responder *si* no vale nada.

(...) El heroísmo supremo, en el arte militar como en la revolución, está hecho de amor a la verdad y el sentido de la responsabilidad».

El 8 de diciembre, precisa su posición en una carta abierta a las asambleas del Partido, que concluye con este llamado:

«Basta de obediencia pasiva, basta de nivelación mecánica de parte de las autoridades, basta de aplastamiento de la personalidad, basta de servilismo y arribismo. Un bolchevique no es sólo un hombre disciplinado: es un hombre que, en cada caso y sobre cada problema, se forja a sí mismo su propia opinión, la defiende con valentía y con toda independencia, no sólo contra sus enemigos, sino también al interior de su propio Partido».

Rápidamente, el triunvirato contraataca con un granizo de acusaciones: Trotsky es culpable de deslealtad, cuando califica de burocratismo al régimen del Partido, es por odio al aparato, por desprecio por la «Vieja Guardia», que impulsado por un individualismo y una ambición sin freno, reclama derechos para la base; quiere destruir la unidad del Partido, en el que permaneció como un extraño; en realidad, no tiene nada de bolchevique.

Este desenfreno venenoso y grosero^[37] ocurre en un momento en el que, físicamente abatido, Trotsky, el 18 de enero de 1924, por orden médica, debe abandonar Moscú y su invierno riguroso para recuperarse en las orillas del mar Negro. En el curso de este viaje, luego de un detención en la estación de Tiflis, se

entera de la muerte de Lenin^[38]. La noticia «cae sobre [su] conciencia de manera terrible como una roca gigante en el mar». Redacta un breve mensaje en el que el dolor y la ansiedad estallan a cada línea, tanto en los interrogantes sobre los que reflexiona como en el llamado a una mayor vigilancia lanzado a cada uno, como en la afirmación de una confianza absoluta en el futuro del partido, con el que parece querer conjurar, así como ya lo hacía en el discurso del 5 de abril de 1923, la escalada de peligros que conoce demasiado bien:

«¿Cómo continuaremos a partir de ahora? Con la antorcha del leninismo en nuestras manos. ¿Encontraremos el camino? ¡Con el pensamiento colectivo, con la voluntad colectiva del partido, lo encontraremos!»

Engañado por Stalin sobre la fecha de su entierro, no asiste a él y esta ausencia, alimentando los rumores que sus enemigos se dedican a expandir, sirve de la mejor forma a las intenciones del secretario general. Mientras que, ayudado por Zinoviev y Kamenev, este último prepara la ofensiva decisiva que va a llevar adelante contra Trotsky en el XIII Congreso en mayo, este último, en su retiro de Sujum en el Cáucaso, se recupera lentamente y consagra este reposo forzoso a escribir la parte esencial de este libro. Agrupa sus recuerdos sobre Lenin alrededor de dos momentos esenciales: su primer encuentro en Londres, en el otoño de 1902 («Lenin y la antigua *Iskra*») fechado el 5 de marzo de 1924), su combate común a la cabeza de la revolución («Acerca de Octubre»). Esta segunda parte, de una mayor amplitud, comprende ocho capítulos: seis son consagrados a las luchas de 1917-18, un séptimo hace revivir a «Lenin en la tribuna»; el octavo, «El filisteo y el revolucionario», refuta el retrato que Wells en 1920 trazó de Lenin, no porque este testimonio de incompreensión y vanidad tenga en sí mismo mucha importancia, sino porque devela claramente, estima Trotsky, «el alma secreta», el espíritu limitado de los dirigentes del partido obrero inglés. Este segundo conjunto se termina el 6 de abril; el 21, Trotsky redacta su prólogo. Agrega a su libro cuatro textos anteriores consagrados a Lenin, dos discursos de 1918 y 1923 («Lenin herido», «Lenin enfermo»), un artículo de 1920 («Lenin como tipo nacional»), finalmente el mensaje de Tiflis. El libro se enriquece el otoño con dos nuevos capítulo. «Verdades y mentiras sobre Lenin» (28 de septiembre), apreciación crítica del retrato que Gorki hizo de Lenin, y «Los pequeños y el grande» (30 de septiembre), consagrado a escritos infantiles sobre el dirigente revolucionario desaparecido.

Cuando aparece en Francia la traducción de la obra, «la antorcha del leninismo», ahogada bajo la antorcha burocrática, sólo brilla entonces más débilmente sobre la URSS. Pero los intelectuales que con todo su ímpetu llegan al comunismo con Breton, gracias al libro de Trotsky, no lo saben. Aún no están informados de la lucha furiosa que se llevó adelante y se lleva en Rusia y de la que nadie habría podido prever la ferocidad para abatir a un pensamiento y un hombre en quien la revolución había encontrado tan manifiestamente su rostro, que el odio de la burguesía lo eligió, de la misma forma que a Lenin, para encarnar todo lo que la hace temblar de miedo,

para convencerse de esto sólo se necesita echar un vistazo a la prensa de la época. Ellos no pueden entonces percibir la inquietud sorda de estas páginas, ni el sentido mismo de la intención que ellas representan: restablecer una verdad que, a una escala gigantesca, han trabajado obstinadamente para falsificar y también, sin ninguna duda, luchar, con los recuerdos de las luchas llevadas adelante junto a Lenin, hasta la victoria, la más segura de las barreras interiores contra la marea amenazante que roe los fundamentos del edificio revolucionario. Los planos de fondo, sombríos y angustiantes, de este pequeño libro tan claro de apariencia se les escapan. Ironía cruel de la historia que, lejos de degradarse en farsa, como pensaba Hegel, es repetida como una inmensa tragedia: cuando Breton mira hacia Lenin y Trotsky, la sombra de Stalin, el termidoriano se perfila ya, aplastante, detrás de ellos.

LEON TROTSKY: *LENIN*

ANDRÉ BRETON

Por ciertas alusiones que se hicieron aquí mismo^[39] y en otras partes, se pudo creer que nosotros teníamos, de común acuerdo, un juicio bastante poco favorable sobre la Revolución Rusa y sobre el espíritu de los hombres que la dirigieron y que, si nos absteníamos a este respecto de críticas más enérgicas, era en menor medida por no querer ejercer nuestra severidad sobre ellos, que por intranquilizar definitivamente a la opinión pública, feliz de no tener que contar más que con una forma original de liberalismo intelectual, como ha visto y tolerado a muchos otros. En primer lugar, porque esto no tiene consecuencias, al menos consecuencias inmediatas; luego, porque rigurosamente, esto puede ser considerado, con relación a las masas, como un poder de acción descongestiva. No es menos cierto que por mi parte me niego absolutamente a ser tomado como solidario de cualquiera de mis amigos, en la medida en que haya creído poder atacar el comunismo, por ejemplo, en nombre de cualquier principio e incluso de aquél, aparentemente tan legítimo, de la no aceptación del trabajo. Pienso efectivamente que el comunismo, al existir como sistema organizado, fue el único que permitió realizar el mayor levantamiento social *en las circunstancias de duración que le eran propias*. Bueno o mediocre, defendible en sí mismo o no desde el punto de vista moral, ¿cómo olvidar que ha sido el instrumento gracias al cual pudieron derribarse las murallas del antiguo edificio, que se ha revelado como el más maravilloso agente de sustitución de un mundo en otro que nunca fue? Para nosotros, los revolucionarios, poco importa saber si el último mundo es preferible al otro y, por lo demás, todavía no ha llegado el momento de juzgarlo. Como máximo se trataría de saber si la Revolución Rusa ha finalizado, lo que no creo. Terminar una revolución de esta amplitud, ¿se termina tan rápido? ¿Los nuevos valores, ya serían tan sospechosos como los viejos? Vamos entonces, no somos tan escépticos como para seguir con esta idea. Si entre nosotros hay hombres a los que semejante temor aún los hace vacilar, es evidente que me opongo a que comprometan con ellos, por poco que sea, al espíritu general del que nos reclamamos, que no debe permanecer orientado nada más que hacia la *realidad, revolucionaria*, que debemos alcanzar *por todos los medios y a todo precio*.

Louis Aragon libre, en estas condiciones, de hacer saber a Drieu La Rochelle, a través de una carta abierta, que jamás gritó: ¡Viva Lenin! sino que «lo vociferaría mañana ya que se me prohibió ese grito»; libre también yo y cualquiera de nosotros, de creer que ésta no sería una razón suficiente para comportarse así y que esto es dar

una gran ventaja a nuestros peores detractores, que son también los de Lenin, es dejarles suponer que sólo actuamos de esta manera por provocación. ¡Viva Lenin! por el contrario, y ¡sólo *porque es Lenin!* Se sobrentiende que no se trata del grito que desaparece, sino de la afirmación siempre bastante elevada de nuestro pensamiento.

Sería deplorable, efectivamente, que en lo que respecta al ejemplo humano siguiéramos refiriéndonos al de los Convencionales franceses, y que sólo pudiésemos revivir exaltadamente estos dos años, muy bellos por otra parte, tras los cuales todo vuelve a comenzar. No conviene abordar un período lejano de revolución con un sentimiento poético, por interesante que sea. Y tengo miedo que los bucles de Robespierre, el baño de Marat no le confieran un prestigio inútil a ideas que, sin ellos, no se revelarían tan claramente. Violencia aparte —pues es esta violencia la que habla más elocuentemente para ellos—, se nos escapa toda una parte de su carácter; así nos dejaremos atrapar nuevamente por la leyenda. Pero si, como creo, ante todo estamos a la búsqueda de medios insurreccionales, me pregunto, por fuera de la emoción que nos han dado definitivamente, me pregunto prácticamente qué esperamos.

No es lo mismo en el caso de los revolucionarios rusos, tal como finalmente llegamos un poco a conocerlos.

Aquí están estos hombres que tanto hemos escuchado criticar y a los que se nos representaba como los enemigos de lo que incluso puede sernos agradable, como los provocadores de no sé cuál desastre utilitario aún mayor que al que asistimos. Libres de toda reticencia política, se nos entregaron en plena humanidad; ellos se dirigen hacia nosotros, ya no como ejecutores impasibles de una voluntad que nunca será superada, sino como hombres que llegaron al apogeo de su destino, y que se nos presentan repentinamente, y que nos hablan, y que se preguntan. Renuncio a describir nuestras impresiones.

Trotsky recuerda a Lenin. Y tanta razón evidente pasa por encima de tantas confusiones que es como una magnífica tormenta que se distiende. Lenin, Trotsky, la simple pronunciación de estos dos nombres va a hacer, aún una vez más, mover las cabezas. ¿Lo comprenden? ¿No lo comprenden? Los que no comprenden se ocupan de lo mismo. Trotsky los llena irónicamente con pequeños accesorios de oficina: la lámpara de Lenin en la antigua *Iskra*, los papeles sin firma que redactaba en primera persona y más tarde... finalmente todo lo que puede hacer la cuenta ciega de la historia. Y juraría que nada falta allí, ni en perfección ni en grandeza. ¡Ah! ¡Seguramente, no son los demás hombres de Estado, que por otra parte el pueblo de Europa preserva cobardemente, quienes podrían ser considerados desde este aspecto!

Pues la gran revelación de este libro, y no podría insistir suficientemente en esto, es que muchas de las ideas que son muy apreciadas por nosotros y de las que nos hemos acostumbrado a hacer depender estrechamente el sentido moral particular que podemos tener, no condicionan de ninguna manera nuestra actitud respecto a la significación esencial que esperamos darnos. En el plano moral en el que hemos

resuelto ubicarnos, parece correcto que un Lenin sea absolutamente inatacable. Y si se me objeta que según este libro, Lenin es un *tipo* y que los *tipos no son hombres*, me pregunto cuál de nuestros bárbaros razonadores será el que tendrá la cara para sostener que hay algo para corregir en las apreciaciones dadas aquí y allá por Trotsky sobre los otros y sobre sí mismo, y quién seguirá detestando verdaderamente a este hombre, y que no se dejará afectar para nada por su tono de voz que es perfecto.

Hay que leer las brillantes, *correctas*, definitivas, magníficas páginas de refutación consagradas a los *Lenin* de Gorki y de Wells. Hay que meditar mucho sobre el capítulo que trata de esa recopilación de escritos infantiles dedicados a la vida y muerte de Lenin, tan dignos de comentario, y sobre los que el autor ejerce una crítica tan fina y desconsolada: «A Lenin le gustaba pescar. En un día caluroso tomaba su línea y se sentaba al borde del agua, y *pensaba todo el tiempo en la forma en la que se podía mejorar la vida de los obreros y campesinos*^[40]»?

Entonces, ¡viva Lenin! Saludo aquí abajo a León Trotsky, a él que, sin el auxilio de muchas de las ilusiones que nos quedan y quizás *sin creer como nosotros en la eternidad*, pudo mantener para nuestro entusiasmo esta invulnerable consigna:

«Y si la señal de alarma suena en Occidente —y sonará—, podremos entonces estar metidos hasta el cuello en nuestros cálculos, nuestros balances, en la NEP, pero responderemos al llamado sin vacilaciones y sin retraso: somos revolucionarios de la cabeza a los pies, lo hemos sido, lo seguiremos siendo hasta el final».

LENIN Y TROTSKY^[41]

ENRIQUE ESPINOZA^[42]

Desde las vísperas de la Revolución de Octubre, hace veinte años, el nombre de Trotsky se halla unido históricamente al de Lenin, en forma irrevocable y definitiva.

El testimonio inicial de John Reed en su libro ya clásico sobre los *Diez días que conmovieron al mundo*^[43], nos muestra la génesis de esta unión en el reflejo fiel de los acontecimientos extraordinarios que la produjeron.

¿Quién no recuerda algunas de las muchas veces que el gran periodista americano asocia los nombres de Lenin y Trotsky en el curso de sus famosas crónicas?

Lo hace de entrada, casi, al ocuparse de la sesión decisiva del Comité central bolchevique.

«Entre los intelectuales, dice, únicamente Lenin y Trotsky defendían la insurrección, seguros de poder mantenerse en el gobierno».

Luego nos ofrece una prueba indirecta, mediante la cola del último discurso que le escucha a Kerensky; cola, por cierto, llena de veneno retórico para estos dos nombres, precisamente.

Y tras de insistir acerca de la lucha titánica que llevan a cabo Lenin y Trotsky, John Reed deja constancia de otra prueba más directa.

Se trata esta vez de un documento oficial bolchevique que los declara «indispensables», cuando los conciliadores y reformistas exigen su exclusión.

Por su parte, al mismo John Reed se le ocurren también estos dos nombres y no otros, para simbolizar el triunfo de la insurrección en las páginas finales de su libro inolvidable:

«Lenin y Trotsky siguen en el gobierno y el Comité Militar Revolucionario continúa en sus funciones».

El testimonio de John Reed es el primero y más difundido; pero no el único. Muchos escritores de distintos idiomas, juntan por aquella época, en favor o en contra, esos dos nombres representativos de la nueva Rusia.

Los poetas soviéticos los acoplan en sus canciones circunstanciales, rimando acertadamente el Kremlin y el Smolny con Lenin y Trotsky.

Una abundante iconografía, sin mayor trascendencia artística al principio, populariza sus imágenes a través del cine y de las revistas ilustradas.

Un anecdotario, igualmente pintoresco, los rodea de voces obreras y campesinas que no tardan en alcanzar expresión literaria bajo la pluma del joven cuentista de «La Caballería Roja»^[44].

En la práctica de la dictadura del proletariado, antídoto inevitable impuesto por la resistencia armada de la burguesía internacional y que expresa la barbarie del pasado antes que la cultura del porvenir, los nombres de Lenin y Trotsky se hacen pronto para los revolucionarios del mundo entero tan inseparables como los de Marx y Engels en la teoría.

Terminada la guerra civil, Lunacharsky, entonces comisario de Educación Pública, los destaca en una serie de *Siluetas Revolucionarias*^[45]:

«Los más indicados entre todos para sus tareas, son los dos más fuertes de los fuertes: Lenin y Trotsky».

¿Vale la pena después de este juicio terminante, hacerse eco de sus diferencias episódicas anteriores a la Revolución de Octubre?

Estas diferencias han provocado, sin embargo, desde hace una década, toda una leyenda, fuera y dentro de la Unión Soviética.

Máximo Gorki, en cierta conversación con Lenin sobre Trotsky alcanza a registrar los siguientes términos del primero:

«Ya sé que corren por ahí muchas mentiras acerca de mis relaciones con él. Se miente mucho y por lo visto con ganas, tratándose de Trotsky y de mí».

El sentido de estas palabras es intergiversable, pues según Gorki, Lenin había dicho en esta misma conversación, refiriéndose a Trotsky:

«Y bien, ¡cítame el hombre que sea capaz de levantar en el plazo de un año, un ejército casi modelo y que, además, haya conseguido conquistarse el respeto de los especialistas militares!»

Pero a la muerte de Lenin y a la caída de Trotsky, los biógrafos oficiales no han encontrado sistema más fácil que el socorrido de exaltar a uno para rebajar al otro.

Con todo, aun así estos Plutarcos de última data no dejan de confirmar a su manera, la imposibilidad histórica de separarlos.

Desde el punto de vista más profundo, puede decirse que el mismo Trotsky acaba de impedirlo para siempre con la recreación de una magistral *Vida de Lenin* cuyo primer volumen se ha publicado por ahora solamente en francés^[46].

Este primer volumen comprende la infancia y juventud, de Vladimir Ilich Ulianov. Desde su nacimiento en la remota ciudad de Simbirsk, sobre el Volga, hasta su insegura instalación en Petersburgo. Es decir desde 1870 hasta 1893. Justamente los años en que el futuro Trotsky, nacido en 1879 no sabe nada por sí mismo del futuro Lenin.

Tal inexperiencia personal, confiere a dicho volumen, no sólo dentro de esta obra —que comprenderá otros dos volúmenes— sino dentro de toda la obra de Trotsky, un carácter excepcional y único.

En efecto, hasta aquí el formidable escritor revolucionario nos había dado en sus grandes libros —desde el asombroso *1905*^[47] hasta el profético «¿Y ahora^[48]?»— al mismo tiempo que una exacta interpretación del movimiento socialista internacional, una suerte de memorias heroicas, en su calidad de jefe que ha estado siempre en los

primeros puestos de combate. Y aunque, en toda ocasión ha sabido hablar de Trotsky, como de otro, en tercera persona, no hay duda que el conocimiento íntimo de los hechos desarrollados a su vista y muchas veces bajo su propia dirección, le concedían una ventaja vital...

Sólo en el caso de la juventud de Lenin, no pudo ejercer esta superioridad, pues apenas si tuvo como conseguirse en el destierro los elementos a disposición de cualquier ciudadano de Moscú. Pero su talento creador ha vencido todas las dificultades. De ahí el mérito extraordinario de esta obra, una verdadera obra maestra, que por curiosa paradoja, se leerá abiertamente en todos los países libres menos en el más libre de Lenin y Trotsky.



LEON TROTSKY (Lev Davidovich Bronstein; Yanovka, Ucrania, 1877 - Coyoacán, México, 1940). Revolucionario ruso. Nació en una familia judía de labradores propietarios y estudió Derecho en la Universidad de Odessa. Participó desde joven en la oposición clandestina contra el régimen autocrático de los zares, organizando una Liga Obrera del Sur de Rusia (1897).

Fue detenido varias veces y desterrado a Siberia; pero consiguió huir de allí en 1902 y se unió en Londres al que ya aparecía como jefe de la oposición socialdemócrata en el exilio: Lenin. Aunque discrepaba de su concepción autoritaria del partido, colaboró con él e intentó en vano reconciliar a la facción que dirigía (los bolcheviques) con la facción rival de la socialdemocracia rusa (los mencheviques).

Regresó a Rusia para participar en la Revolución de 1905 (en la cual organizó el primer sóviet o consejo revolucionario). Al fracasar la revolución, fue deportado otra vez a Siberia y nuevamente se escapó (1906). Tras recorrer medio mundo entrando en contacto con los focos de conspiradores revolucionarios, se trasladó a Rusia en cuanto estalló la Revolución de febrero de 1917, que derrocó a Nicolás II.

Abandonando su trayectoria anterior de socialista independiente (en relación con los mencheviques), puso su talento de organizador y de agitador al servicio del Partido Bolchevique y fue elegido presidente del Sóviet de Petrogrado. Desempeñó un papel central en la conquista del poder por Lenin: fue el principal responsable de la toma del Palacio de Invierno por los bolcheviques, que instauró el régimen comunista en Rusia (Revolución de octubre de 1917).

Aunque Lenin ocupó la cúspide del poder, Trotski desempeñó un papel crucial en el gobierno soviético hasta la muerte de aquél. Como primer comisario de Asuntos Exteriores de la Rusia bolchevique (1917-18), negoció con los alemanes la Paz de Brest-Litovsk, que retiró al país de la Primera Guerra Mundial para responder a los deseos de paz de las masas y concentrarse en la consolidación de la Revolución. Luego fue comisario de Guerra (1918-25), cargo desde el cual organizó el Ejército Rojo en condiciones muy difíciles y derrotó en una larga guerra civil a los llamados ejércitos blancos (contrarrevolucionarios) y a sus aliados occidentales (1918-20). Su labor fue, por tanto, crucial para la supervivencia del primer Estado comunista del mundo.

Lenin le señaló como su sucesor antes de morir en 1924; pero la ambición de Stalin, que contaba con fuertes apoyos en el aparato del partido, le impidió acceder al poder. Trotski defendía la idea de la «revolución permanente» como vía de realización de los ideales marxista-leninistas (extendiendo gradualmente la Revolución a Alemania y a otros países); mientras que Stalin le opuso la concepción más conservadora de consolidar el «socialismo en un solo país». Las diferencias ideológicas, sin embargo, eran poco más que un pretexto para Stalin, que maniobró hábilmente en busca de aliados y después se deshizo de ellos (incluso físicamente); con estas maniobras consiguió apartar a Trotski de la dirección en 1925, expulsarle del partido en 1927, deportarle a Kazajistán en 1928 y desterrarle del país en 1929.

Trotski no cejó en su lucha revolucionaria, que canalizó desde el exilio escribiendo en defensa de sus ideas (obras como *La revolución permanente*, 1930; o la *Historia de la Revolución Rusa*, 1932) y encabezando una corriente comunista disidente (agrupada en la Cuarta Internacional desde 1938). Stalin le hizo asesinar por un agente soviético (Ramón Mercader).

Notas

[1] Algunos de los artículos que formaban parte de los libros son inéditos en español. Los libros fueron esencialmente conocidos en habla hispana hasta la década del '70. Los artículos fueron poco difundidos, y anteriormente a la década del '60. La edición de la compilación en general, fue realizada con un importante trabajo de cotejamiento y modificaciones de las traducciones en base a las primeras traducciones del ruso al francés o inglés. <<

[2] Incluso se prestaron a ellos familiares de Lenin como la hermana menor, María Ulianovna. Por el contrario, los recuerdos de la hermana mayor Ana, encargados por el mismo Stalin, son bastante objetivos, por lo cual Trotsky los va a tener muy en cuenta a la hora de relatar la juventud de Lenin, período que no compartieron juntos.

<<

[3] Ver más adelante en este libro. <<

[4] León Trotsky, *Mi vida*, Bs. As., Antídoto, 1990, p. 406. <<

[5] Uno de los principales traductores de Trotsky. Parijanine, en abril de 1932, destaca que a Trotsky cuando le urgía políticamente no le daba mucha importancia el estilo literario y la perfección de la traducción, pero que era muy exigente en obras donde se ve su calidad literaria como *1905*, *Lenin*, *Mi Vida* e *Historia de la Revolución Rusa*. <<

[6] Este libro se publicó en Francia nuevamente en 1970 y recientemente, en 2004. <<

[7] La edición aclara expresamente que es la única biografía autorizada por Natalia Sedova, y que ésta negaba totalmente la autenticidad del *Lenin* publicado por ed. Tor en 1946. <<

[8] La misma traducción fue publicada en México por Juan Pablos Editor, 1972. En este mismo año fue republicado en Argentina por ed. El Yunque. <<

[9] L. Trotsky, *Journal d'exil*, Gallimard, pp. 9-10. <<

[10] Autor de *Trotsky's Notebooks 1933-35. Writings on Lenin, dialectics and evolutionism*, NY, Columbia Press, 1986. Ver edición española en León Trotsky, *Escritos Filosóficos*, «Cuadernos de Trotsky, Escritos sobre Lenin, dialéctica y evolucionismo», Bs. As., CEIP, 2004. <<

[11] «Estoy preparando varios libros para su publicación en Alemania, Francia y Estados Unidos. Algunos, como mi autobiografía y *Lenin y los epígonos*, son inéditos. Otros ya aparecieron en Rusia y hay que traducirlos y adaptarlos para los lectores europeos y norteamericanos. Puesto que Stalin retiene a mis ex ayudantes en el exilio interno, a pesar de su promesa oficial de permitirles que se reúnan conmigo en Turquía, me he visto obligado a buscar, con ayuda de las editoriales correspondientes, nuevos colaboradores, capacitados para este trabajo». El libro que Trotsky iba a titular *Lenin y los epígonos* se publicó en francés con el título *La Revolution défigurée* y en inglés, con algunos cambios en su contenido, con el título de *The Stalin School of Falsification*. Parte de estas publicaciones seguramente son las 8 nombradas en CD *Escritos 1929-40*, libro 1, «Qué pensamos publicar en primer término», marzo de 1929, Bs. As., CEIP, 2000. <<

[12] León Trotsky, *Escritos Filosóficos*, op. cit., «Introducción», p. 11. <<

[13] Isaac Deutscher, *Trotsky, El profeta desterrado*, México, Ediciones Era, 4ta. edición, 1979, pp. 247-248. <<

[14] Ibidem, pp. 248-49. <<

[15] L. Trotsky, *Journal d'Exil*, op. cit, p. 46. <<

[16] Ibidem, p. 98. <<

[17] En inglés fue conocido como *On Lenin* (Sobre Lenin). En Argentina fue publicado por Ediciones Coyoacán en 1968 como *Lenin como tipo nacional y otros ensayos* y en México por ed. Era en 1970 bajo el título *Imágenes de Lenin*. <<

[18] L. Trotsky, *Stalin* T. 1, Bs. As., ed. El Yunque, 1975, p. 11. <<

[19] Aquí figuraban originalmente los dos artículos que hemos traducido, sin embargo preferimos ponerlos como un Anexo a la segunda parte, ya que son posteriores al Anexo de Trotsky, «Discursos y mensaje» que termina con la muerte de Lenin. <<

[20] L. Trotsky, *Stalin*, op. cit., p. 278. <<

[21] L. Trotsky, *Lenin*, Cap. IV, «La disolución de la AC», p. 278 de este libro. <<

[22] L. Trotsky, *Mi Vida*, op. cit., pp. 399-411. <<

[23] Ibidem, p. 409. <<

[24] L. Trotsky, *Escritos*, «¿No hay límites para la caída?», 18 de enero de 1934, op. cit., libro 3. <<

[25] Según Trotsky escribía en su Diario el 25 de marzo de 1935: «Si yo no hubiera estado allí en Petersburgo [Petrogrado] en 1917, la Revolución de Octubre se habría producido —condicionada por la presencia y la dirección de Lenin. Si no hubiera estado en Petersburgo ni Lenin ni yo, tampoco habría tenido lugar la Revolución de Octubre: la dirección del partido bolchevique lo habría impedido (¡en esto no tengo la menor duda!). Si Lenin no hubiera estado en Petersburgo, no hubiera habido casi posibilidades de que yo venciese la resistencia de las altas esferas bolcheviques. La lucha contra el “trotskismo” (es decir, contra la revolución proletaria) se habría abierto desde mayo de 1917 y la salida de la revolución sería una incógnita. Pero, lo vuelvo a repetir, la Revolución de Octubre de todas formas habría sido victoriosa. Se puede decir lo mismo de la guerra civil [...]. En cambio, yo no puedo decir que mi trabajo haya sido ‘irremplazable’ incluso en lo relativo al período 1917-1921. Mientras que lo que hago ahora es en el pleno sentido de la palabra ‘irremplazable’. No hay en esta afirmación la menor vanidad. El hundimiento de las dos Internacionales ha planteado un problema que ninguno de los jefes de las Internacionales es apto para tratar. Las particularidades de mi destino personal me ubicaron frente a este problema, armado de pies a cabeza con una seria experiencia. Proveer de un método revolucionario a la nueva generación, pasando por sobre las cabezas de la II y la III Internacional, es una tarea que no tiene, por fuera de mí, un hombre capaz de realizarla. Y estoy plenamente de acuerdo con Lenin (o más bien con Turguenev) que el mayor vicio es tener más de cincuenta y cinco años. Necesité aún algo menos de cinco años de trabajo ininterrumpido para asegurar la transmisión de la herencia». <<

[26] L. Trotsky, *Lenin*, «Lenin herido», en este libro. <<

[1] Traducción especial del inglés para esta edición de la versión publicada en <http://www.marxists.org/archive/trotsky/1939/xx/lenin02.html>. Según consta allí, Trotsky escribió esta nota biográfica para la *Enciclopedia Británica*, 14.º edición la que fue aparentemente impresa por primera vez en 1929 y reimpressa en 1932, 1936, 1937, 1938, y 1939. En ésta última edición se encuentra en su vol. 13 (de 24), pp. 911-914.

<<

[2] No conocemos la proveniencia de este nombre. Según consta en otros escritos de Trotsky y posteriores biógrafos, el abuelo materno de Lenin se apellidaba Blank. <<

[3] Se refiere a la organización Narodnaia Volia. <<

[4] La ciudad de San Petersburgo fue fundada por Pedro el Grande en 1703, convirtiéndola en la capital del imperio ruso hasta la Revolución de Octubre cuando el gobierno soviético trasladó la capital a Moscú. Desde 1914 hasta 1924 pasó a llamarse Petrogrado y desde la muerte de Lenin en 1924 hasta 1991 se convirtió en Leningrado. En 1991 retomó su antiguo nombre: San Petersburgo. <<

[5] El II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR) tuvo lugar entre el 30 de julio y el 23 de agosto de 1903. Las primeras sesiones (hasta el 6 de agosto) se celebraron en Bruselas, pero ante la inminencia de la interferencia de la policía, los delegados se trasladaron a Londres. <<

[6] Se refiere al «Domingo sangriento» con el que se inauguró la Revolución de 1905.

<<

[7] Se refiere a V. I. Lenin, *Materialismo y empiriocriticismo*, 1908, varias ediciones.

<<

[8] Según Jean-Jacques Marie en su *Lénine* (Paris, Ed. Balland, 2004), éste llegó a usar 148 seudónimos en su vida. La primera vez que firmó como Lenin fue en *Iskra*, en un artículo de 1901. <<

[9] Se refiere a la declaración de la Primera Guerra Mundial. <<

[10] El decreto sobre la paz llamaba a iniciar negociaciones para «una paz inmediata, sin anexiones ni indemnizaciones», negociar sin condiciones, la suspensión de las negociaciones diplomáticas secretas y la publicación de los tratados secretos entre las potencias imperialistas. El decreto sobre la tierra abolía el derecho de propiedad de los terratenientes sin compensación; sus tierras, así como las de la iglesia, se pusieron a la disposición de los comités de tierra (compuestos de campesinos) en el campo. Estos dos decretos en particular eran esenciales para forjar unidad obrero-campesina.

<<

[1] Este libro fue traducido por primera vez del ruso al francés por Maurice Parijanine y publicado en el año 1936. La traducción fue aprobada por el autor. En Argentina fue editado como *Vida de Lenin (Juventud)* por Indoamérica en 1949 y por Ed. El yunque en 1972. La presente versión está basada en la de Juan Pablos editor, México, 1972, sin embargo, la hemos modificado ampliamente al ser cotejada con la traducción francesa de Parijanine, reeditada como *La jeunesse de Lénine*, Ruis, Les bons caractères, 2004. También en base a esta versión fue traducido el prólogo de Jean Van Eleijenoort, secretario de Trotsky desde 1932 hasta 1939, que no fue incluido en otras versiones españolas. Del mismo modo, se han cambiado el orden de los capítulos siguiendo la versión francesa. <<

[2] Este libro es una compilación de artículos escritos por Trotsky entre 1934 y 1938 sobre la situación política en Francia. En este país fueron publicados como *Le mouvement communiste en France*. <<

[3] Apenas llegado a Noruega, Trotsky comenzó una ardua correspondencia con la sección francesa planteando la necesidad de la ruptura del Grupo Bolchevique Leninista que actuaba dentro del ala izquierda de la SFIO (Partido Socialista Francés) y que se uniera a la construcción de una organización independiente junto a la Liga Comunista Internacional (ICL). El grupo se dividió frente a la actitud a tomar y su relación con los centristas. Esta correspondencia se encuentra publicada en *La crisis de la sección francesa* (1935-36). <<

[4] Los «Escritos sobre Lenin, dialéctica y evolucionismo» se encuentran en León Trotsky, *Escritos Filosóficos*, Bs. As., CEIP, 2004. <<

[5] Catalina II la Grande (1729-1796): Emperatriz de Rusia (1762-1796). Princesa alemana de la dinastía Anhalt-Zerbst, fue enviada por su familia a Rusia para contraer matrimonio con el gran duque Pedro, nieto de Pedro el Grande. Una vez establecida en San Petersburgo cambió su nombre original y entró en la Iglesia Ortodoxa rusa. <<

[6] Chuvaks, mordvinos y tártaros: Habitantes cuyas lenguas y dialectos rusos pertenecen a la familia uralo-altaica. El chuvasio es hablado al este de los Urales, en el centro de Rusia. El mordvino (o mordvano) en la República autónoma de los mordvanos a orillas del Volga. El tártaro, que se utiliza en la República autónoma de los Tártaros, es similar al baskir. <<

[7] Boyardos: Nobleza terrateniente de origen eslavo. Voivodas: comandantes militares o gobernadores de región. <<

[8] Stenka (o Stepan) Razin (1630-1671): Líder cosaco y héroe popular que condujo una gran sublevación contra la nobleza y la burocracia de zar en el sur de Rusia. Proclamó en 1670 la República Cosaca en Astrakan, la abolición de la esclavitud, el principio de igualdad y el fin de los privilegios. Organizó un ejército popular que tomó Tsaritsin (hoy Volgogrado), Saratov y Samara, siguiendo el curso del río Volga. En 1671 la revuelta se extendía por toda la región septentrional de Rusia. Ocho batallas fueron entabladas antes de que la insurrección mostrara signos de debilitamiento. Stenka, junto a su hermano Frol Razin, fue capturado y llevado a Moscú, donde, después de torturas y estando aún vivo, fue descuartizado, en la Plaza Roja. <<

[9] Emelian (Yemelián) Pugachev (1742-1775): Jefe cosaco. Combatió contra los austríacos durante la guerra de los Siete Años (1756-1763). En 1773 se hizo pasar por el zar Pedro III y amotinó a los cosacos del Don y del bajo Ural, a los que se sumaron los siervos del bajo Volga, contra Catalina II. Llegó a ocupar Kazán. Traicionado, fue capturado y ejecutado. <<

[10] Campesino pobre ruso. <<

[11] Knut: Látigo de varios ramales de cuero con puntas de alambre. <<

[12] Nicolás I (1796-1855): Zar de Rusia, perteneciente a la dinastía Romanov. Accedió al trono en 1825, sucediendo a su hermano Alejandro I en virtud de la renuncia de un segundo hermano, Constantino, virrey de Polonia. <<

[13] Clío, era considerada la musa de la Historia en la mitología griega. Santa Bárbara es un icono tanto de la Iglesia Católica como de la Ortodoxa. La virgen de Kazán también era conocida como la «Protectora de Rusia». <<

[14] Iván A. Goncharov (1812-1891): novelista ruso. En 1858 publicó su obra más importante, *Oblómov*, donde enfrenta dos personajes típicos, uno, el que da título a la obra, y cuyo nombre proviene de *oblómok* («cascote, ruina»), es el ocioso representante de la nobleza rusa (el barón) y de la tradición, perezoso, letárgico, mediocre y abúlico, que sacrifica sus sueños a la inacción viviendo, sin embargo, su desaparición como un drama; se hizo proverbial representando a un arquetipo típicamente ruso; el segundo, Stolz, cuyo nombre en alemán significa «altanero», es el modelo opuesto, equilibrado, de ideas políticas moderadas, partidario de la renovación, lo occidental, la industrialización, el negocio y la acción. <<

[15] Iván Turguenev (1818-1883): escritor, novelista y dramaturgo ruso. En 1838 lo envían a la Universidad de Berlín a estudiar filosofía, particularmente Hegel e historia. Impresionado con la sociedad centro-europea de Alemania, volvió occidentalizado, pensando que Rusia podía progresar imitando a Europa, en oposición a la tendencia eslavista de la época en su país. Se opuso especialmente al sistema de servidumbre. En su novela *Padres e hijos* (1862) plantea la diferencia entre dos generaciones a causa del pensamiento nihilista, muy en boga en la época en que fue escrita. <<

[16] Pescado del Volga. <<

[17] Colegio Secundario o Liceo. <<

[18] Municipalidades rurales. <<

[19] La revuelta o levantamiento de los decembristas fue una sublevación contra el reinado de Alejandro I por parte de un grupo de oficiales del ejército ruso (en su mayoría jóvenes aristocráticos de inspiración jacobina formados en las universidades liberales europeas) que dirigieron cerca de 3000 soldados rusos el 26 de diciembre de 1825. Como este incidente ocurrió en diciembre, los rebeldes fueron denominados decembristas. <<

[20] Aníbal (247 a. C.-183 a. C.): General y estadista cartaginés. Juró a su padre ser siempre enemigo de Roma. <<

[21] Alexander Herzen (1812-1870): Uno de los fundadores del movimiento narodniki (populista) y el padre del liberalismo ruso. Se manifestó contra el zarismo y el régimen de servidumbre campesino a través de su periódico revolucionario *Kolokol* (La Campana), que publicó desde su exilio en Europa. Promulgó el «socialismo campesino», basado en la idea de que la sociedad rusa debía progresar a través de la revolución campesina, dado que, entonces, casi no existía en Rusia proletariado, pasando directamente del régimen de servidumbre al régimen socialista evitando el capitalismo. <<

[22] Mijail Bakunin (1814-1876): Anarquista ruso que participó en las revoluciones de 1848 y 1849 en París y Alemania. Contemporáneo de Marx, las profundas diferencias entre ellos constituyeron uno de los ejes de las luchas políticas dentro de la I Internacional. <<

[23] **Intelligentsia:** El término «intelligentsia» parece haber sido utilizado por primera vez en el Imperio Ruso en la primera mitad del siglo XIX. El término fue popularizado por el filósofo polaco Karol Libelt en 1844, cuando define «inteligencia» como aquellos miembros educados de la población que asumen un rol de liderazgo como académicos, profesores, clero, ingenieros y «que se guían por la razón de su superior iluminación». El término fue también popularizado por un escritor ruso, Pyotr Boborykin, en la década de 1860. <<

[24] Mark Volojov: personaje de la novela de Goncharov *El precipicio* (1869). Su argumento se construye a través de la oposición de dos ideologías y dos mundos; por una parte, el nihilismo revolucionario representado por Mark Volojov y, por la otra, el mundo conservador y tradicional de la abuela Berezhkova. Entre ambos mundos se encuentra indecisa la joven Vera, quien por fin se inclina por el bando conservador. La novela provocó duras polémicas por la manera caricaturesca en que se representaba el personaje de Volojov: cínico, maleducado, capaz de mentir y falsificar documentos para conseguir dinero, cruel y despectivo. Frente a él se va levantando la figura matriarcal de la abuela Berezhkova, portadora de los valores viejos y perennes de la caridad y el amor cristianos, dulzura, comprensión y una fe inquebrantable unidos a una firmeza absoluta y la consciencia de su papel en el mundo, todo ello rodeado de un halo de espiritualidad religiosa auténtica y profunda. <<

[25] Campesinos ricos rusos. <<

[26] «El ruso es radical hasta los 30 años y después: canalla». (En francés en el original) <<

[27] A partir de su casamiento con M. T. Elisarov, según la tradición rusa, Ana pasará a llamarse Elisarova. Trotsky la cita frecuentemente ya que fue la que, por encargo de Stalin, realizó una biografía a partir de sus recuerdos sobre su hermano Vladimir. <<

[28] Modesto carro campesino. <<

[29] El kalmuk, originario de Kalmukia en Rusia, era un pueblo emparentado con los mongoles, los turcos y los tártaros. <<

[30] Según el biógrafo de Lenin, Jean-Jacques Marie, Blank, el abuelo materno de Lenin se llamaba Mochko (Moshe o Moisés) y era un pequeño comerciante judío de Jitomir que se convirtió a la ortodoxia debido a las persecuciones sufridas por su origen en Rusia. Ana Elizarova, la hermana de Lenin a quien Stalin encargó su biografía, confirmó este dato, sin embargo Stalin prohibió su difusión. En 1965, el historiador Mikhail Stein descubrió en los archivos de Leningrado el acta de conversión a la ortodoxia de Moshe Blank. <<

[31] Lev (León) Tolstoi (1828-1910): Novelista ruso muy influyente en la literatura y política de su país. Junto a Fiodor Dostoyevski, es considerado uno de los grandes de la literatura rusa del siglo XIX. Sus más famosas obras son *La guerra y la paz* y *Anna Karenina*. En un artículo publicado en 1908, Trotsky plantea que como personalidad era un fiel reflejo y defensor de la vieja aristocracia rusa. Lenin, en el mismo año, en su artículo «León Tostoi, reflejo de la revolución rusa» también demuestra las contradicciones entre su genialidad como artista y que por otro lado, era un «terrateniente poseído de cristiano fanatismo». <<

[32] Nikolai Chernichevsky (1828-1889): Escritor y economista ruso narodniki. Sus ideas populistas ejercieron gran influencia en la juventud. Lenin tomó de una de sus novelas el nombre de su obra *¿Qué hacer?* (1902). <<

[33] Alejandro II (1818-1881): Emperador del Imperio Ruso desde el 3 de marzo de 1855 hasta su asesinato en 1881. También fue Gran Duque de Finlandia y Rey de Polonia hasta 1867. <<

[34] Sergei Nechaiev (1847-1882): Narodniki ruso popularmente asociado con los movimientos nihilista y anarquista. Junto a Bakunin escribió *El catecismo revolucionario*. <<

[35] Las Academias militares de Junkers surgieron en Rusia en 1864. Sus miembros provenían de la baja nobleza. Bakunin y Lavrov fueron oficiales del ejército ruso formados en la Unidad de Artillería. El primero abandonó el ejército al año siguiente de ser nombrado oficial subalterno y el segundo, llegando a coronel, fue condenado al exilio por traición. <<

[36] Piotr Lavrov (1823-1900): Amigo y traductor de Marx. En el exilio desde 1870, publicó el periódico populista *Vperiod* (Hacia adelante). Participó en los inicios de la I Internacional y del ala moderada del POSDR. <<

[37] Persona sin título de médico, autorizada a ejercer la medicina. <<

[38] El Gólgota o Calvario es el nombre dado al monte en las afueras de Jerusalén donde, según la religión católica, Jesús subió para ser crucificado. <<

[39] Vera Zasulich (1849-1919): Destacada dirigente de los narodniki y fundadora del Grupo Emancipación del Trabajo. Dirigente menchevique a partir de 1903. En 1878 se hizo famosa por este atentado. <<

[40] Sergei Kravchinsky (1852-1895): Dirigente de Cherny Perediel. En agosto de 1878 apuñala a muerte al general Nikolai Mezentsev, cabeza de la Tercera sección de la caballería del zar en respuesta a la ejecución de Ivan Kovalsky. <<

[41] Zemlia i Volia (Tierra y Libertad): Grupo de los narodniki fundado en 1861 que sufrió dos divisiones importantes: una en 1862 (Bakunin-Lavrov) y otra en 1879 (Narodnaia Volia-Cherny Perediel). <<

[42] Alexander Jeliabov (1850-1881): Miembro de Narodnaia Volia. Hacia 1879, junto a otros miembros, preparó un fallido atentado contra el zar Alejandro II, tras lo cual fue ejecutado. <<

[43] Nikolai Kibalchich (1853-1881): Miembro de Narodnaia Volia. Fue ejecutado luego de ser acusado de participar en el asesinato de Alejandro II. <<

[44] El palacio de Gatchina está situado 45 kilómetros al sur de San Petersburgo. Sus primeros registros se remontan a 1499. Pasó por las manos de muchos propietarios hasta que se convirtió en la propiedad de Catalina la Grande. Su hijo lo convirtió en una ciudad militar. El edificio estaba rodeado de fosos y puentes levadizos con cadenas. El emperador ruso Alejandro III eligió Gatchina como su lugar de residencia. <<

[45] Nikolai Nekrasov (1821-1877): Poeta y autor teatral ruso. En sus extensos poemas describía el ambiente campesino, sus tradiciones y el sufrimiento y las alegrías del pueblo ruso. Otros poemas fueron dedicados a sus amigos afines a las ideas socialrevolucionarias. <<

[46] Carruaje ruso cuyas ruedas fueron sustituidas por unos largueros para arrastrarse sobre la nieve. <<

[47] El hijo del director, casualmente, era Alexander Kerensky (1881-1970): Socialrevolucionario ruso, primer ministro del Gobierno Provisional formado en la Revolución de Febrero de 1917, derrocado por los bolcheviques en la Revolución de Octubre. En 1918 huyó al extranjero, desde donde comenzó una campaña de propaganda antisoviética. <<

[48] Dmitri I. Mendeleiev (1834-1907): Químico ruso. En 1869 publicó su libro *Principios de la química*, en el que desarrollaba la teoría de la Tabla periódica de los elementos. <<

[49] Alejandro III Romanov (1845-1894): Zar de Rusia de 1881 a 1894. Ascendió al trono al ser asesinado su padre Alejandro II en San Petersburgo. Fue un soberano autoritario y muy enérgico, que mantuvo intacto el sistema autocrático y absolutista de la monarquía rusa. <<

[50] Antón Chejov (1860-1904): Narrador y dramaturgo ruso. Considerado el representante más destacado de la escuela realista en Rusia. Entre sus obras más conocidas se encuentra *El jardín de los cerezos* y cuentos como «La estepa». <<

[51] Josef Pilsudski (1867-1935): Primero dirigente del Partido Socialista polaco, luego invadió la Rusia soviética en 1920, se convirtió en mariscal y dictador de Polonia en 1926. <<

[52] George Plejanov (1856-1918): Inicialmente adhirió al populismo. Se lo llamó el «padre» del marxismo ruso. En 1882 publicó la traducción al ruso del Manifiesto Comunista y al año siguiente su primer ensayo contra el populismo. En ese mismo año (1883) funda el Grupo Emancipación del Trabajo. Después de colaborar con Lenin en el exilio en la redacción de Iskra, adhirió al menchevismo. Entre sus trabajos destacados se encuentran «El papel del individuo en la historia» y «La concepción monista de la historia». Socialpatriota durante la Primera Guerra Mundial, se opuso a la revolución bolchevique. <<

[53] Papilla de sémola. <<

[54] Periódico del sábado. (NdTfrancés) <<

[55] Julius Cederbaum (seud. Martov) (1872-1923): Colaborador de Lenin en la dirección de la socialdemocracia rusa hasta 1903, cuando se convirtió en dirigente de los mencheviques. Emigró a Berlín en 1920. <<

[56] Nadejda Kruspskaia (1869-1939): Bolchevique de la vieja Guardia, era la compañera de Lenin. Cumplió un papel de gran importancia en la clandestinidad y en la organización de la socialdemocracia rusa en el exilio. Luego de la muerte de Lenin, militó durante un breve período (1926) en la Oposición Conjunta. <<

[57] Gleb M. Krjijanowski (1872-1959): Antiguo bolchevique, encabezó la Comisión de Planificación Estatal. Fue víctima de las purgas de la década del '30, pero fue rehabilitado antes de morir. <<

[58] Abreviatura de Kommounistitcheski Soïouz Molodioji, la Juventud Comunista del PCUS. Había sido fundada en 1918. <<

[59] Konstantin P. Pobedonossev (1827-1907): Jurista y estadista ruso, asesor de los zares, especialmente de su discípulo Alejandro III. <<

[60] Ese miembro muerto. (NdE francesa) <<

[61] Leonid Krassin (1870-1926): Compañero de Lenin y dirigente en la Revolución de 1905. Sirvió al gobierno soviético en importantes cargos administrativos diplomáticos, entre ellos el de Comisario de Comercio Exterior (1922-24). En el intervalo entre una y otra revolución se destacó como ingeniero. <<

[62] Anatole Lunacharsky (1875-1933): Escritor y crítico literario, se afilió a la socialdemocracia rusa en 1898 y fue bolchevique en la ruptura de 1903. En 1909 se unió a los mencheviques y en 1917 a la organización Interradios (formada por Trotsky) para terminar uniéndose nuevamente a los bolcheviques. Fue el primer comisario del pueblo de Educación, cargo que conservó hasta 1929. <<

[63] Luego de la Revolución Rusa de 1905, el zar Nicolás II, publicó un manifiesto convocando a la Duma, inicialmente como órgano consultivo, comprometiéndose a introducir libertades civiles básicas y a dotar a la Duma de poderes legislativos. De las 4 Dumas que se realizaron antes de la Revolución de Octubre, la Segunda, iniciada en febrero de 1907, fue efímera. El primer ministro Piotr Stolypin, bajo el poder de emergencia, cambió la ley electoral y dio un valor electoral mayor a los votos de la nobleza y de los terratenientes, asegurándole a éstos el dominio de la Duma. <<

[64] Fusta de cuero. <<

[65] Dioses de la religión persa, descendientes de un ser supremo, en la que Ormuz y Arimán representan los principios de todo lo bueno y lo malo, respectivamente. <<

[66] Por último, pero no menos importante. (En inglés en el original) <<

[67] Fiodor Dostoievski (1821-1881): Novelista ruso. Simpatizó con la socialdemocracia francesa. Sufrió prisión y exilio durante el zarismo. Entre sus obras más conocidas: *Crimen y castigo* (1866), *Los hermanos Karamazov*. <<

[68] Lev (León) Kamenev (1883-1936): Viejo bolchevique, miembro del Buró Político. Junto a Zinoviev, se opuso inicialmente a la insurrección en Octubre de 1917. Luego, entre 1923-25 fue aliado de Stalin en la cruzada contra el «trotskismo», para pasar a ser aliado de Trotsky contra el stalinismo en 1926-27. Junto con Zinoviev, claudicó en diciembre de 1927 y fue reintegrado en 1928; fue expulsado otra vez en 1932 y volvió a claudicar en 1933. En 1935, también con Zinoviev, fue condenado a diez años de prisión y ejecutado después del primer Juicio de Moscú, en 1936. <<

[69] El *Izvestia* surgió como periódico de las autoridades obreras del Soviet de Petrogrado en marzo de 1917. Después del II Congreso de todos los Soviets, se transformó en el periódico oficial del gobierno. <<

[70] Se refiere a N. Krupskaja, *Recuerdos de Lenin*, Barcelona, Fontamara, 1976. <<

[71] Karl Radek (1885-1939): Bolchevique desde 1918. Miembro del CC de 1919 a 1924. Secretario de la Internacional Comunista desde 1920, tuvo responsabilidad en la política de ésta durante las revoluciones alemana y china. Firmó la Declaración de los 46 y fue miembro de la Oposición Unificada. Fue separado de la IC, expulsado del partido en 1927 y deportado. Capituló al stalinismo en 1929. En el segundo Juicio de Moscú es condenado a 10 años de prisión, donde muere. <<

[72] Máximo Gorki (1868-1936): Famoso escritor ruso, fue simpatizante de los bolcheviques antes y después de 1905. Sin embargo, se opuso a la Revolución de Octubre de 1917, luego apoyó al gobierno hasta 1921, cuando abandonó el país, aparentemente por razones de salud. Volvió en 1932 apoyando en general la política de Stalin. Entre sus obras más destacadas: *Los bajos fondos*, *La madre*. <<

[73] Casas de madera de los campesinos rusos. <<

[74] Evgueni Preobajensky (1886-1937): Secretario del Comité Central del PC en 1920-1921, autor de *La nueva economía* (1926), donde analiza los problemas de la economía soviética. Miembro de la Oposición de Izquierda, fue expulsado del partido en 1927, rehabilitado en 1929, expulsado en 1931 y nuevamente rehabilitado. Apareció en público por última vez en el XVII Congreso del Partido (1934) donde, al igual que otros ex militantes de la Oposición de Izquierda se autocriticó por su pasado y denunció a Trotsky. Durante las purgas siguientes se negó a firmar una confesión y fue fusilado sin juicio previo. <<

[75] Lev Tijomirov era miembro del Comité Ejecutivo de la Narodnaia Volia. <<

[76] Lev Deutsch (1855-1941): Populista ruso, esposo de Vera Zasulich, fue uno de los fundadores del Grupo Emancipación del Trabajo. Luego se convirtió en un líder menchevique. <<

[77] Paul Axelrod (1850-1925): Uno de los fundadores del grupo Emancipación del Trabajo y editor de *Iskra*. Se hizo menchevique en 1903. Apoyó a la derecha en la Conferencia de Zimmerwald y se opuso a la Revolución de Octubre. <<

[78] Otto von Bismarck (1815-1898): Jefe del Estado de Prusia a partir de 1862 y primer canciller del Imperio Alemán. Durante su carrera realizó una larga campaña para unificar a Alemania bajo la hegemonía de Prusia y de los Hohenzollern. <<

[79] Ferdinand Lassalle (1825-1864): Destacado dirigente del movimiento obrero alemán, fundó la Unión Obrera Alemana. Sus partidarios se unificaron con los primeros marxistas para formar la socialdemocracia alemana. Marx y Engels criticaron sus tácticas políticas que proponían la formación de asociaciones y cooperativas de trabajadores mediante la ayuda y supervisión del Estado, el cual debía basarse en el sufragio universal. En 1875, en su *Crítica al Programa de Gotha*, Marx criticó la influencia de las ideas lasalleanas en el programa del partido alemán.

<<

[80] August Bebel (1840-1913): Uno de los cofundadores, junto con Wilhelm Liebknecht del Partido Socialdemócrata Alemán. Eminente propagandista y teórico. Bajo su dirección llegó a ser un partido poderoso; formalmente rechazaba el revisionismo, pero fue responsable del avance de las tendencias oportunistas que terminaron por apoderarse del partido poco tiempo después de su muerte. <<

[81] Jules Guesde (1845-1922): Fundador del movimiento marxista francés y adversario del reformismo casi toda su vida. Pero en la Primera Guerra Mundial apoyó la participación de Francia en la guerra y pasó a formar parte del gabinete de guerra. Paul Lafargue (1842-1911): Uno de los fundadores del movimiento marxista francés. Él y Laura Lafargue (1842-1911), hija de Marx, se suicidaron para evitar los oprobios de la vejez. <<

[82] Se refiere al Congreso de fundación de la II Internacional. <<

[83] Secta anabaptista fundada en 1506 por Menno Simonis. Los anabaptistas representaban, dentro del movimiento de la reforma, a la clase campesina oprimida por los nobles alemanes. Sus jefes eran T. Münzer y J. de Leyden. <<

[84] ¡Lo muerto se apodera de lo vivo! (En francés en el original) <<

[85] Frederick Taylor (1856-1915): Fundó en EEUU el taylorismo, un sistema basado en la «organización científica del trabajo» con el objetivo de acelerar los ritmos de producción. <<

[86] Georges Clemenceau (1841-1929): Primer ministro de Francia durante la Primera Guerra Mundial; David Lloyd George (1863-1945): Primer ministro de coalición de Gran Bretaña durante la segunda mitad de la guerra. Los dos sostuvieron las políticas imperialistas más duras de invasión y bloqueo a la URSS cuando fue derrocado su antiguo aliado, el régimen zarista. <<

[87] Trotsky desarrollará la discusión contra la acusación de «amoralismo» de Lenin en *Su moral y la nuestra*, en febrero de 1938. Ver León Trotsky, *Escritos Filosóficos*, Su moral y la nuestra, «La ‘amoralidad’ de Lenin», Bs. As., CEIP, 2004, pp. 104-107.

<<

[88] Se refiere a la famosa tríada Tesis-Antítesis-Síntesis, utilizada por Fichte pero atribuida generalmente a Hegel, producto de las popularizaciones del propio Marx en *Miseria de la Filosofía*, de los marxistas clásicos, y de infinidad de comentaristas y divulgadores. <<

[89] Vladimir Adorasky (1878-1945): Viejo bolchevique, trabajó en el comisariado de educación y en la Universidad de Kazan antes de remplazar a Riazanov en el Instituto Marx-Engels. <<

[1] Según Trotsky, el siguiente texto, publicado por primera vez en 1924 en la URSS, luego de la muerte de Lenin, bajo el nombre *Recuerdos de Lenin* {*Mi Vida*, Bs.As., Antídoto, 1990, p. 262). También fue publicado como *On Lenin* (Sobre Lenin). La traducción original del ruso al francés publicada por la Livraire du Travail en 1925. La versión que publicamos está basada en la versión española *Imágenes de Lenin*, México, Editorial Era, 2.º edición, 1976. Sin embargo, la hemos corregido y modificado ampliamente cotejándola con la versión francesa. Hemos traducido especialmente para esta edición dos artículos que no contenía la edición mexicana: «Verdades y mentiras sobre Lenin» y «Los pequeños y el grande» que Trotsky incluyó en la segunda parte pero, por ser posteriores a la muerte de Lenin, creímos mejor ubicarlos como Anexo a la segunda parte. También hemos traducido dos artículos publicados en la edición francesa de 1970 como parte de su Apéndice escritos por Marguerite Bonnet y André Breton, modificado el orden y estructura mexicana según la edición francesa. <<

[2] *Iskra* fue el periódico que editaron los emigrados socialdemócratas rusos en Europa desde 1900. Dirigido por Plejanov, Zasluch, Axelrod, Martov, Potresov y Lenin, equipo al que luego se incorporó Trotsky. En 1903 con la ruptura de la socialdemocracia, quedó en manos de los mencheviques. Se siguió publicando hasta 1905. <<

[3] Acerca de la enfermedad de Trotsky, que ya padecía en 1924, él mismo cita en *Mi Vida* («El destierro», op. cit., p. 442) un telegrama enviado por N. Sedova a Uglanov, secretario de la organización de Moscú: «[...] En el archivo del Comité central se custodian los dictámenes de nuestros mejores médicos acerca del estado de salud de LD [Lev Davidovich]. Más de una vez hubieron de reunirse los médicos en consejo a instancias de Vladimiro Ilich, a quien tenía enormemente preocupado el estado de salud de LD. Los médicos reunidos en junta han dictaminado, aun después de morir Vladímír Ilich que LD padece de colitis y de gota, causada ésta por la mala asimilación. Acaso tenga usted noticia de que en el mes de mayo de 1926 LD hubo de someterse en Berlín, sin resultado alguno, a una operación para curarse de la fiebre de que viene padeciendo desde hace varios años. La colitis y la gota son enfermedades incurables, y si no lo fuesen, Alma-Ata no sería el punto más indicado para tratarlas. [...] Además, LD ha tenido aquí varios ataques de malaria, que influyen en la gota y en la colitis y producen fuertes dolores periódicos de cabeza. Hay semanas y meses enteros en que la estancia aquí se hace más llevadera, pero luego vienen semanas y meses de grandes penalidades. [...]». <<

[4] Tal como aparece en la edición francesa, Trotsky dividió originalmente su compilación en dos partes, separando de ellas los mensajes y discursos. <<

[5] Tratado de paz firmado en la ciudad polaca de Brest-Lítovsk (entonces bajo soberanía rusa) entre el Imperio Alemán, Bulgaria, el Imperio Austrohúngaro, el Imperio Otomano y la Rusia soviética el 3 de marzo de 1918. Por éste, Rusia renunció a Polonia, Estonia, Finlandia, Lívonia, Curlandia, Ucrania, Lituania y Besarabía. El tratado fue anulado tras la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial, retornando los territorios a la URSS. Sólo Finlandia y Turquía, sucesora del Imperio Otomano, conservaron los territorios recibidos en Brest-Litovsk. <<

[6] El II Congreso del partido socialdemócrata ruso (POS DR) se realizó en Bruselas-Londres en julio de 1903. Allí se dividieron en dos tendencias, conformando una minoría (mencheviques) y una mayoría (bolcheviques) alrededor de una discusión que en un primer momento giró alrededor de los estatutos de la organización. <<

[7] Trotsky se había fugado de su deportación en Verjolensk (Siberia) en donde se encontraba desde 1900, luego de haber sido encarcelado en 1898. <<

[8] Alrededor del río Lena, camino a Siberia, vivían y se reunían los distintos grupos deportados por el zarismo. <<

[9] Eduard Bernstein (1850-1932): Uno de los fundadores y más destacados dirigentes de la socialdemocracia alemana. Encabezó un movimiento revisionista del marxismo sosteniendo la reforma gradual y pacífica del sistema capitalista. <<

[10] Karl Kautsky (1854-1938): Dirigente y teórico de la socialdemocracia alemana y fundador de la II Internacional. Inicialmente se opuso a las teorías de Bernstein, pero en la Primera Guerra Mundial, cuando abandonó el internacionalismo y se opuso a la Revolución de Octubre. <<

[11] Alexander A. Bogdanov (1873-1928): Bolchevique desde 1903. En 1908 formó una tendencia que sostenía que el partido debía trabajar exclusivamente a través de organizaciones ilegales en el período de reacción. Expulsado del partido en 1909. Elaboró un sistema filosófico, el empiriononismo, variante de la filosofía idealista subjetiva de Mach, que Lenin critica en *Materialismo y empiriocriticismo*. Después de la Revolución de Octubre fundó y dirigió el Proletkuh, escuela de artistas que trataban de crear una cultura proletaria (Trotsky polemiza con esta escuela en *Literatura y revolución*). A partir de 1921 se dedicó a trabajos científicos y médicos.

<<

[12] *Iskra* era el semanario popular que editaba el grupo de emigrados socialdemócratas rusos, *Zariá* (La Aurora) era su órgano teórico. Su primer número salió el 1 de abril de 1901. <<

[13] Alexander Potresov (1869-1934): Co-fundador de *Iskra* en 1900. Luego dirigente menchevique, aunque se negó a oponerse activamente a la Revolución de Octubre.

<<

[14] Peter Struve (1870-1944): Economista liberal ruso. A principios de siglo dirigía a los «marxistas legalistas» cuyo objetivo principal era introducir en Rusia el desarrollo capitalista occidental. Después de 1905 se alineó con los cadetes de derecha y después de 1917 se unió a las contrarrevolucionarias guardias blancas. <<

[15] Alexander Parvus (1869-1924): Destacado teórico marxista de Europa oriental en la preguerra, colaboró con Trotsky y llegó a conclusiones similares a las de la teoría de la revolución permanente. Trotsky rompió con Parvus en 1914, cuando éste se convirtió en uno de los dirigentes del ala pro guerra de la socialdemocracia alemana. En 1917 trató de reconciliar al partido socialdemócrata alemán con los bolcheviques y posteriormente a los socialistas independientes con la dirección socialdemócrata de Ebert-Noske. Suponemos que había utilizado el seudónimo de Molotov en un artículo de *Zariá*, aunque no tenemos prueba de ello. <<

[16] Víctor Chernov (1876-1952): Uno de los fundadores y dirigentes del Partido Social Revolucionario (SR), fue ministro de agricultura del Gobierno Provisional que siguió a la Revolución de Febrero y estuvo en contra de la Revolución de Octubre. <<

[17] Natalia Sedova (1882-1862): Segunda esposa de Trotsky, con quien tuvo dos hijos: Lev (León) y Serguei Sedov. Trabajó en el Comisariado Soviético de Educación durante varios años desde la Revolución de Octubre. Desde 1941 comenzó a tener diferencias con la IV Internacional y cortó sus relaciones con la misma en 1951. <<

[18] La ópera *Louise* (Luisa) de G. Charpentier (1869-1956) fue aceptada en la Ópera-Cómica y estrenada el 2 de febrero de 1900. Es un retrato realista de la clase trabajadora parisina. <<

[19] Emile Vandervelde (1866-1938): Socialdemócrata belga, ocupó distintos puestos en varios gabinetes ministeriales durante la I Guerra Mundial. Se opuso a la Revolución de Octubre. Fue presidente de la II Internacional de 1929 a 1936. <<

[20] El Bund era la federación judía socialista que se unió al POSDR en 1898 y agrupaba esencialmente a judíos de Lituania, Polonia y Rusia. Eran contrarios al sionismo, aunque por lo general pertenecían a la tendencia menchevique. <<

[21] Jean Jaurès (1859-1914): Fundador del Partido Socialista Francés y destacado orador socialista. Pacifista, fue asesinado al comenzar la Primera Guerra Mundial. <<

[22] Lenin escribió este folleto en el exilio siberiano en 1897. En 1898 fue publicado por primera vez en Ginebra y nuevamente en 1902 por la «Liga de la socialdemocracia revolucionaria rusa en el extranjero». Ver *Obras Completas*, Cartago, Tomo II. <<

[23] A su regreso a Rusia desde Nueva York, en marzo de 1917, a bordo del barco Christianíafjord, Trotsky fue detenido en oscuras condiciones y enviado al campo de concentración canadiense de Amherst, donde se hallaban los prisioneros alemanes. Allí estuvo internado durante casi un mes junto a 800 marineros, los que adquirieron gran admiración por Trotsky durante sus conversaciones. Ver *Mi vida* (cap. «En el campo de concentración»). Su regreso a Rusia se concretó en mayo. <<

[24] Karl Liebknecht (1871-1919): Diputado socialdemócrata en el Reichstag cuando estalló la Primera Guerra Mundial. Aunque acató la disciplina partidaria y votó los empréstitos de guerra el 4 de agosto de 1914, no tardó en repudiar esta política pro bélica y estuvo encarcelado del 916 al 918 por su actividad antibélica. Fue fundador, junto a Rosa Luxemburgo, de la Liga Espartaco. Ambos fueron asesinados por orden del gobierno socialdemócrata, por dirigir la insurrección de enero de 1919. <<

[25] Zimmerwald, en Suiza, fue el lugar donde se reunió, en septiembre de 1915, una conferencia para reagrupar a las corrientes internacionalistas y antibélicas que habían sobrevivido a la debacle de la II Internacional. La mayoría de los participantes eran centristas (liderados por Martov) y se pronunciaban contra la guerra pero sin definir qué clase lograría la paz, frente a lo que Lenín debió dar duras discusiones. El manifiesto de Zimmerwald contra la guerra, escrito por Trotsky, aparece en *Leon Trotsky speaks* (Pathfinder Press, 1972). A comienzos de 1916 se reunirían en una nueva conferencia en Kienthal. Con la «izquierda de Zimmerwald» Lenin sentó las bases para la fundación de la III Internacional. <<

[26] Irakli Tseretelli (1882-1959): Menchevique georgiano. Miembro del Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado de 1917. Ministro de Correos en marzo-agosto de 1917 y del Interior en julio-agosto. Miembro del CE de la II Internacional, luego emigró. Mijail Skobelev (1885-1939): Menchevique. Ministro de Trabajo del Gobierno Provisional en mayo-septiembre de 1917. Se unió al PCUS en 1922. <<

[27] A su regreso a Rusia en abril de 1917, Lenin tuvo que dar una dura batalla política, especialmente contra el CC del Partido Bolchevique, comenzando por la lucha por el internacionalismo proletario contra la guerra imperialista y el apoyo que habían manifestado hacia el gobierno provisional (burgués) surgido de la Revolución de Febrero. Esta discusión está expresada en las *Tesis de abril*, primero leídas y luego publicadas en el *Pravda* bajo el título «Las tareas del proletariado en la presente revolución». <<

[28] El *Pravda* (*La verdad*) era el órgano que publicó desde el 22 de abril de 1912 el CC del Partido Bolchevique. Prohibido sucesivas veces, se convirtió en diario el 18 de marzo de 1917. Kerensky lo volvió a prohibir el 28 de julio. <<

[29] Trotsky, junto a los dirigentes aquí nombrados formaban parte de una organización llamada Mezhraiontsy (Interradios, Interdepartamental o «unionista») que editaba desde 1915 el periódico *Vperiod* (*¡Adelante!*). La unificación formal de la mayoría de ellos con el Partido Bolchevique de Lenin se produjo en agosto de 1917. Uritsky, Moisei (1873-1918): Socialdemócrata. Deportado entre 1897 y 1902 en Siberia, entró allí en contacto con Trotsky de quien se hace muy amigo. Presidente del Soviet de Krasnoiarsk durante la Revolución de 1905.

Colaborador de Trotsky en el *Pravda* vienes y, más tarde, uno de los dirigentes de la Mezhraiontsy. Bolchevique en julio de 1917. Miembro del CC en agosto de 1917, miembro del Comité Militar Revolucionario. Suplente del CC en 1918, jefe de la Cheka en Petrogrado, asesinado en agosto del mismo año por un terrorista SR. Adolf Joffe (1883-1927): Uno de los mejores diplomáticos soviéticos después de la Revolución de Octubre. Fue militante de la Oposición de Izquierda. Enfermo, se le negó el tratamiento médico necesario y se suicidó. Dejó una carta para Trotsky que se hizo famosa. Dimitri Manuilsky (1883-1952): Bolchevique desde 1903. Se unió a Trotsky y a *Vperiod* en la emigración. Como parte de la Mezhraiontsy entró al Partido Bolchevique en 1917. Miembro del CC en 1922. Secretario ejecutivo de la IC de 1929 a 1934. Lev Karajan (1889-1937): Perteneció a la delegación soviética en las negociaciones de la Paz de Brest-Litovsk y más tarde fue embajador en Berlín. Fue fusilado sin juicio a fines de 1937. Vladimir Antonov-Ovseenko (1884-1938): Secretario del Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado, desempeñó un papel de gran importancia en la insurrección de Octubre de 1917. Fue uno de los primeros miembros de la Oposición de Izquierda y capituló en 1927. Cónsul soviético en Barcelona durante la Guerra Civil española. Los stalinistas lo convirtieron en chivo emisario por la derrota de su política en España y desapareció. Grigori Sokolnikov (1888-1939): Viejo bolchevique, ocupó muchos puestos militares, diplomáticos, industriales y políticos en el gobierno soviético. Durante un breve período apoyó a la Oposición Unificada, pero pronto se unió a Stalin. Permaneció en el Comité central y fue designado embajador en Gran Bretaña en 1929, cuando se reanudaron las relaciones diplomáticas. Acusado en el Juicio de Moscú de 1937, fue condenado a prisión. <<

[30] Los mencheviques internacionalistas habían surgido como ala en 1914, bajo la dirección de Martov, Martinov y otros, oponiéndose al apoyo a la Primera Guerra Mundial que sostenían el resto de los mencheviques. <<

[31] N. N. Sujánov, en sus *Notas sobre la revolución*, «construyó» mi línea particular, distinguiéndola de la de Lenin. Pero Sujánov es precisamente señalado como un «constructivista». (NdLT) <<

[32] Las Jornadas de Julio comenzaron con una crisis ministerial, cuando dimitieron los ministros del Partido Cadete. Las manifestaciones antigubernamentales espontáneas fueron reprimidas. Kerensky fue nombrado primer ministro y se intensificaron las persecuciones a los bolcheviques. <<

[33] El I Congreso de los Soviets fue realizado en junio de 1917. Fue convocado por el Soviet de Petrogrado y en él los bolcheviques aún eran minoría. <<

[34] *Œuvres complètes*. T. XIV, part. I, p. 28. (NdLT) <<

[35] Mijail Terechenko (1888-1959): Cadete (el Partido Constitucional Demócrata, estaba compuesto por terratenientes liberales e intelectuales burgueses). Fue ministro de Relaciones Exteriores después de la renuncia del dirigente cadete Pavel Miliukov (1859-1943). <<

[36] Iakov Sverdlov (1885-1919): Presidente del Comité Ejecutivo de los soviets, secretario del Comité Central bolchevique y presidente de la República Soviética Rusa, véase el panegírico de Trotsky en *Portraits, Political and Personal*. <<

[37] Grigori Zinoviev (1883-1936): Miembro del Comité Central del Partido Bolchevique desde 1907. Emigró en 1908 y volvió a Rusia junto a Lenin en marzo de 1917. Presidente del Comité Ejecutivo de la III Internacional. Primero formó la «troika» junto a Stalin y Kamenev y luego se pasó a la Oposición Unificada. Expulsado del partido en 1927. Capituló a Stalin. Fue condenado y fusilado en el primer Juicio de Moscú. <<

[38] En el Palacio Táurida funcionaba el Comité Central Ejecutivo, organismo directivo de los soviets. <<

[39] Del 16 al 18 de julio de 1917 se desarrollaron las llamadas Jomadas de Julio. En ellas la clase obrera y las masas de Petrogrado se manifestaron contra el gobierno provisional. Las masas fueron fuertemente reprimidas y se intensificó la persecución a los bolcheviques, quienes se pusieron a la cabeza de la movilización aunque la consideraban prematura para la pelea por el poder. <<

[40] Lavr G. Kornilov (1870-1918): General zarista designado por el gobierno provisional. Al frente de la División «Salvaje» del Cáucaso avanzó sobre Petrogrado para deponer al debilitado gobierno provisional y recuperar el poder burgués contra el creciente levantamiento obrero y campesino, pero el intento golpista fue frustrado al tomar los bolcheviques la iniciativa de desintegrar su ejército. <<

[41] Mijail Kalinin (1875-1946): Miembro del Comité Central del Partido Bolchevique desde 1917. Presidente del Comité Ejecutivo Central de los Soviets desde 1919 hasta su muerte. Fue probablemente un aliado de Rikov en el Comité Central. <<

[42] El Preparlamento o Parlamento provisional se formó luego de la Conferencia Democrática convocada por el gobierno provisional en septiembre de 1917 para contrarrestar la creciente fuerza de los soviets y dividir a los bolcheviques. <<

[43] Bulygin era ministro del Interior en los meses previos a la Revolución de 1905. El zar le encargó la preparación de la primera Duma (parlamento) como parte de las concesiones que venía prometiendo a la burguesía liberal. Pero al continuar las revueltas Bulygin debió renunciar en agosto y «su» Duma jamás se llevó a cabo. <<

[44] La Conferencia Democrática se realizó entre el 14 al 22 de septiembre de 1917.

<<

[45] Fiodor Dan (1871-1947): Dirigente menchevique del Presidium del Soviet de Petrogrado en 1917; fue un adversario de la Revolución de Octubre. <<

[46] Richard von Kühlmann (1873-1948), secretario alemán de Relaciones Exteriores, y el general Max Hoffmann (1869-1927) fueron los plenipotenciarios alemanes en las negociaciones de Brest-Litovsk. <<

[47] Hohenzollern: Dinastía que gobernó Alemania desde 1871 hasta la Revolución de Noviembre de 1918, que derrocó a la monarquía y tras de la cual abdicó el Kaiser Guillermo. <<

[48] El Comunismo de Izquierda comenzó como una fracción dentro del Partido Comunista Ruso en 1918, que se oponía a la firma del tratado de la paz de Brest-Litovsk con Alemania y proponían la guerra revolucionaria. El líder de esta fracción, en un principio, fue Bujarin, quien luego dirigió el ala derecha de la IC. <<

[49] Maria Spiridonova (1884-1941): Dirigente de los SR de izquierda, famosa por asesinar en 1906 al inspector general de la Policía G.N. Luzhenovsky luego de una terrible represión. Su corriente terminó oponiéndose a la firma de Brest-Litovsk y rompiendo con los bolcheviques. Fue detenida por Stalin y posteriormente fusilada.

<<

[50] Los diálogos reproducidos en este capítulo son aproximativos; pero recuerdo textualmente la frase sobre «las apariencias». (NdLT) <<

[51] La campaña de Polonia se llevó a cabo en 1920, en las etapas finales de la Guerra Civil rusa. Polonia había sido elegida por Francia para que actuara como vanguardia de la cruzada antisoviética. En marzo de 1920 los polacos atacaron la frontera soviética. En junio los bolcheviques habían logrado importantes triunfos y avanzaban hacia Varsovia. Pero a mediados de agosto el Ejército Rojo fue profundamente derrotado y en octubre firmó una paz provisional con Polonia. Las fuerzas soviéticas estaban dirigidas por el comandante de ejército Mijail Tujachevski, las polacas por el mariscal Josef Pilsudski y las francesas por el general Maxime Weygand. <<

[52] Mark Natanson (1850-1919): Dirigente de los SR de izquierda. Había apoyado la Revolución de Octubre. <<

[53] En algunos monasterios de Rusia, «anciano» que gozaba de una influencia particular y que a menudo era considerado como un hacedor de milagros. (NdTfrancés) <<

[54] Piotr Stolipin (1862-1911): Nombrado por el zar en 1906 como presidente del Consejo de Ministros de Rusia, liderando una fuerte reacción luego de la derrota de la Revolución de 1905. Intentó impulsar una reforma agraria que recuperara un sector del campesinado como base del zar. Las leyes de 9 de noviembre de 1906 y de 14 de junio de 1910 permitían a los campesinos abandonar las comunidades agrarias colectivas, el mir, y constituirse en propietarios privados de las parcelas que estuvieran cultivando. En la práctica favoreció la concentración de tierras en manos de los campesinos acomodados, los kulaks. <<

[55] ¡Terminó! (En francés en el original) <<

[56] El camarada Miliutin contó este episodio de una manera un poco distinta; pero mi redacción me parece más exacta. En todo caso Lenin dijo «Huele a revolución» cuando yo propuse denominar al gobierno Consejo de los Comisarios del Pueblo. (NdLT) <<

[57] El general cosaco monárquico Krasnov marchó sobre Petrogrado con Kerensky el 26 de octubre. Derrotado y hecho prisionero bajo palabra, se escapó y tomó parte activa en la guerra civil en la región del Don. (NdTfrancés) <<

[58] El coronel Muraviev, simpatizante del partido SR dirigió las primeras operaciones de las Guardias Rojas. En presencia de la contrarrevolución SR en el Ural, intentó pasarse al bando enemigo; pero, descubierto, se inmoló en 1918. (NdTfrancés) <<

[59] Se refiere a las tesis redactadas por Lenin entre el 7 (20) de enero y el 21 de enero (3 de febrero) de 1918 que fueron publicadas en *Pravda* N.º 34, bajo el nombre «Contribución a la historia de una paz lamentable». *Œuvres* T. 26, París-Moscú, pp. 464-473. <<

[60] Por desgracia no puedo acordarme por qué fue a verle la delegación. (NdLT) <<

[61] Wilhelm von Mirbach (1871-1918): Embajador alemán en Moscú, fue asesinado en 1918 por los socialrevolucionarios, quienes con ello esperaban desencadenar la guerra entre Alemania y la URSS. <<

[62] La Cheka fue la primera de las organizaciones de policía secreta soviéticas, creada el 20 de diciembre de 1917 por Felix Dzerjinski. <<

[63] George V. Chicherin (1872-1936): Diplomático del gabinete zarista, apoyó a los SR en la Revolución de 1905 y emigró. En enero de 1918, cuando volvió a Rusia, se hizo bolchevique; ese año sucedió a Trotsky como comisario de Relaciones Exteriores y se mantuvo en el cargo hasta 1930. <<

[64] Esta palabra tienen el mismo sentido que *Mitleid* (condolencias) pero con un matiz más reservado. (NdTfrancés) <<

[65] Respecto a este tema: Constantemente se denomina a Sverdlov el primer presidente del Comité Central Ejecutivo desde Octubre. Esto es incorrecto. El primer presidente ha sido, aunque por poco tiempo, el camarada Kamenev. Sverdlov lo reemplazó, por iniciativa de Lenin, en una época en que dentro del partido se agravaba la lucha a causa de ciertas tentativas hechas para llegar a un acuerdo con los partidos socialistas. En las notas del Tomo XIV de las *Obras* de Lenin se dice que el reemplazo de Kamenev por Sverdlov se dio a causa de la partida del primero hacia Brest-Litovsk. Esta explicación no se corresponde con los hechos. La nueva elección tuvo como causa, como se dijo anteriormente, el agravamiento de la lucha dentro del partido. Recuerdo muy claramente que fui encargado por el Comité Central de proponer a la fracción del Comité Ejecutivo la elección de Sverdlov como presidente. (NdLT) <<

[66] El 30 de agosto de 1918, tras un mitin, Fanny Kaplan, integrante de los SR, le disparó tres tiros a Lenin, uno de los cuales le afectaría el pulmón. Lenin se recuperó, pero la bala en el pulmón que no pudo ser removida, le traería secuelas. <<

[67] Trotsky introduce aquí un número de palabras inventadas por Lenin que difícilmente pueden traducirse, tales como «Peredychka», las pausas en la respiración, aplicadas como explicación de la firma del tratado de paz de Brest; «Smychka», la unión del Estado y la tierra; «Komschwantvo», la vanidad de los comunistas individuales, etcétera. (NdE. mexicana) <<

[68] Herbert George Wells (1866-1946): Escritor, novelista, historiador y filósofo británico. Perteneció por un tiempo a la Sociedad Fabiana. Una de sus obras más conocidas: *La guerra de los mundos*. <<

[69] Se trata del XVI y último capítulo, «The Dreamer in the Kremlin», del libro que Wells publicó en Londres en 1920, en Hodder and Stoughton, después de su viaje a Rusia: *Rusia in the Shadows* (Rusia en las sombras) (NdM.Bonnet) <<

[70] La Sociedad Fabiana fue fundada en Londres en enero de 1883. Tomó su nombre del guerrero romano Fabius Cunctator («el ContempORIZADOR») y predicaba, a diferencia de K. Marx, una evolución gradual hacia el socialismo, a través de la colaboración de clases y era hostil a toda acción revolucionaria. Sidney Webb y el escritor Bernard Shaw fueron sus principales exponentes. <<

[71] Arthur Balfour, primer conde de Balfour (1848-1930): Político y estadista británico, 33.º primer ministro de ese país. <<

[72] Trotsky escribía esto en 1924, cuando el Partido Laborista estaba en el poder en Inglaterra y la «troika» stalinista creaba falsas ilusiones en él. <<

[73] James Mac Donald (1866-1937): Dirigente laborista inglés. Pasó de una posición pacifista en la Primera Guerra Mundial al apoyo abierto al imperialismo inglés. Primer ministro en 1924 y 1929-35. <<

[74] Discurso pronunciado en la sesión que el Comité Ejecutivo General de toda Rusia celebró el 2 de septiembre de 1918. (NdEfrancesa) <<

[75] Discurso pronunciado con ocasión del cincuentenario de Lenin. Publicado en *Pravda* N.º 86, 23 de abril de 1920. <<

[76] Extracto de un discurso a la VII Conferencia del Partido de Ucrania, el 5 de abril de 1923. (NdEfrancesa) <<

[77] Nikolai Ivanovich Muralov (1877-1937): Bolchevique desde 1903. Dirigente del Soviet de Moscú después de febrero de 1917. Como miembro del Estado Mayor de Trotsky ocupó diversos cargos en la guerra civil. Miembro de la Oposición de 1923 y de la Oposición Conjunta. En 1927 es expulsado y deportado. A pesar de renunciar a toda actividad política fue fusilado en el segundo Juicio de Moscú. <<

[78] El pud (cuarenta libras rusas) equivale a 16,38 kg. <<

[79] Traducción especial para esta edición de *Lénine*, op. cit., p. 48. (NdE) El artículo de Gorki sobre Lenin que Trotsky critica en este texto se encuentra en el tomo 17 de *las Obras Completas* del escritor (*Sobranie socinenij*, T. 17, Moscú, 1952). El texto de 1952 difiere del que fue publicado en francés en 1925; en esta fecha, Gorki hace decir a Lenin a propósito de Trotsky: «Que se me muestre otro hombre capaz de organizar en un año un ejército casi ejemplar y de conquistar además la estima de los especialistas militares. Nosotros tenemos a este hombre. Tenemos todo. ¡Y también haremos milagros!» (*Clarté* N.º 71, 1 de febrero de 1925). En 1952, este pasaje se transforma: «... Ha sabido formar especialistas militares. —Después de un silencio, añadió en voz baja y tristemente—: Y sin embargo, no es de los nuestros, está con nosotros pero no es de los nuestros; ambicioso, hay algo malo en él, de lassalleano». Estas modificaciones hablan por sí mismas y vuelven inútil que se discuta sobre las falsificaciones stalinistas de los textos y de la historia (NdMB). <<

[80] Abreviatura de San Petersburgo, luego de Petrogrado. <<

[81] Fritz Planen (1883-1942): Emigrante suizo a Rusia en la Revolución de 1905. Rompió con la II y se unió a la III Internacional. Ayudó a Lenin a regresar a Rusia en 1917. <<

[82] Término despectivo con el que se nombraba a los trabajadores asiáticos no calificados al servicio del imperialismo inglés y francés. <<

[83] Los gobelinos eran tapices de fama mundial por la perfecta reproducción de los dibujos y la calidad de sus lanas. Tomaban su nombre de la familia Gobelin, conocida en París a principios del siglo xv por sus famosos tintoreros y tapiceros. <<

[84] Traducción especial para esta edición de *Lénine*, op. cit., p. 54. <<

[85] French: tipo de chaqueta oficial, usada en Rusia desde la guerra. <<

[1] Artículo publicado en francés en la revista *Quatrième Internationale* (Número especial-Dossier sobre la desestalinización, invierno de 1956, año en que fue publicado legalmente por primera vez en la URSS. En español fue publicado en el *Cuaderno sobre la desestalinización*, Ediciones Revista Marxista Latinoamericana, Montevideo, p. 65. La versión que publicamos se basa en esta última, aunque la cotejamos y modificamos según la versión francesa, ya que la española presentaba algunos errores de traducción. En el *Cuaderno*, está precedido de la siguiente introducción: «Este artículo fue escrito en 1932, a propósito de un libro de Ludwig sobre Stalin en el cual el autor se había prestado a la deformación de la verdad. En el momento en que los asesores de Stalin, sus antiguos asociados, hacen finalmente conocer el testamento de Lenin, que era un documento prohibido en la URSS en vida de Stalin, un documento cuya posesión o cuya difusión traía aparejada la pena capital, creemos útil publicar el artículo de Trotsky en el cual se revela la historia del escamoteo de ese documento y se estudia significado de uno de los últimos escritos de Lenin». Según consta en una edición de 1965 de la Colección Arsenal de Teoría y Práctica. Serie Documentos claves, este artículo fue editado por primera vez en español poco tiempo después del asesinato de Trotsky por Ediciones Progreso, Bs. As., 1940. <<

[2] Emil Ludwig (1881-1948): Escritor alemán, autor de novelas y biografías. Famoso especialmente por sus biografías con fuerte tono psicológico, entre ellas sobre *Beethoven*, *Goethe* y *Napoleón*. Entrevistó a Stalin el 13 de diciembre de 1931. En 1932 publicó *Joseph Stalin: an interview with the German author*; editado por la Cooperative Publishing Society of Foreign Workers in the USSR. En el mismo año publicó en distintos idiomas y ediciones *Conversaciones con Mussolini*. <<

[3] Mijail Pokrovsky (1868-1932): Diplomado en Historia y Filosofía en 1891, se hace bolchevique en 1905. Presidente del Soviet de Moscú en 1917. Comunista de Izquierda en 1918. Como vicecomisario para la Educación entre 1918 y 1932, presidente de los archivos centrales de la sociedad de historiadores marxistas, director del Instituto de profesores rojos, fue el cronista de la primera época stalinista. A pesar de su oficialismo, en 1936 fue calificado de antileninista y se persiguió a sus discípulos. <<

[4] En los años 1919-20, frente a la crisis económica profundizada por los años de guerra civil, Trotsky planteó la necesidad de una política de transición para salir del «comunismo de guerra» similar a lo que luego sería la NEP. Tanto Lenin como el partido, en su momento, se opusieron a esta postura. Trotsky sostuvo que, en caso de continuar con el «comunismo de guerra» y mantener nacionalizados los recursos del país para distribuirlos según la necesidad del Estado, esto es, en función de las necesidades de los obreros, los sindicatos debían ser parte del Estado, sometiéndose a él. Lenin defendió la independencia de los sindicatos del Estado y el derecho a huelga, aunque sí sostuvo que éstos debían subordinarse al partido. En el X Congreso del partido, en marzo de 1921, y en el marco del cambio de rumbo económico votado con la NEP, Trotsky consideró que su antigua discusión con Lenin había sido superada por los hechos confluyendo en la nueva política. <<

[5] Viacheslav Molotov (1890-1986): Miembro del CC del PCUS desde 1920. Lugarteniente de Stalin. Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo (1930-41) y ministro de Relaciones Exteriores (1939-49), cargo por el cual firma el pacto Hitler-Stalin de 1939 en la Segunda Guerra Mundial. Valentii Kuibishev (1888-1935): Bolchevique desde 1904. Miembro del CC desde 1922, preside la Comisión de Control en 1923. Miembro del Politburó en 1927. En el tercer Juicio de Moscú, la acusación principal a los inculpados fue la de su asesinato. Alexei Rikov (1881-1938): Bolchevique desde 1903. Miembro del CC en 1905 y entre 1917 y 1929. Contrario a las *Tesis de Abril* de Lenin. En 1924 preside el Consejo Supremo de la Economía nacional. Formó junto a Bujarin y Tomski el ala derecha del partido durante la NEP. Acusado y sobreseído en el primer Juicio de Moscú, es ejecutado durante el tercero. Nikolai Bujarin (1888-1938): Antiguo dirigente y economista bolchevique. Miembro del CC desde 1917. Se opuso al tratado de Brest-Litovsk como parte de los Comunistas de Izquierda. En 1923 se convirtió en el portavoz de la teoría del desarrollo gradual de la NEP al socialismo, defendiendo a los kulaks. En 1928 se convirtió en el dirigente del ala derecha del partido. Expulsado en 1937. En 1938 condenado y fusilado durante el tercer Juicio de Moscú. <<

[6] Grigori Orjonikidze (1886-1937): Bolchevique de Tiflis (Georgia) desde 1903. Amigo desde la juventud de Stalin. Desempeña un rol importante en la insurrección y la guerra civil, pero en 1922 dirige brutalmente la «rusificación» de Georgia. Como miembro de la Comisión de Control en 1926 realiza instrucciones contra la Comisión Conjunta. Se suicidó tras no poder salvar a su hermano y a Piatakov de su ejecución en los Juicios de Moscú. <<

[7] Felix Dzerjinsky (1877-1926): Miembro del partido socialdemócrata lituano en 1895. Fundador y primer jefe de la Cheka el 20 de diciembre de 1917, y luego, de la GPU. Presidente del Consejo de economía nacional en 1924. Murió después de pronunciar una alocución contra la Oposición en el CC. <<

[8] Christian Rakovsky (1873-1942?): Revolucionario búlgaro. Participó en *Iskra*. Amigo y colaborador de Trotsky desde 1913. Como bolchevique, presidió el Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania de 1919 a 1923. En el CC durante 1919-25. Atacó la política de rusificación de Stalin criticándolo en el XIII Congreso. Para ser alejado fue nombrado embajador en París, pero fue destituido en 1927, cuando se unió a la Oposición Conjunta. Deportado, se evadió pero fue nuevamente detenido. En 1934, luego de sufrir duras condiciones, capituló a Stalin. Escribió importantes obras y artículos como «Los peligros profesionales del poder». <<

[9] La Inspección Obrera y Campesina (Rabkrin) fue establecida para controlar la burocracia, la ineficiencia y el mal manejo en las instituciones del Estado. Estuvo bajo la dirección de Stalin entre 1919 y 1922. <<

[10] Este fue el último artículo escrito por Lenin. Lenin descarga implícitamente un furibundo ataque contra Stalin, quien hasta hacía poco tiempo tenía a su cargo la Inspección Obrera y Campesina. Fue publicado en *Pravda* el 4 de marzo de 1923, alterando la fecha del artículo (2 de marzo), para disimular el retraso. Lenin comenzó a escribir este artículo el 22 de febrero. Días después rompería relaciones personales con Stalin. <<

[11] Alexei Tsiupura (1870-1928): Bolchevique desde 1903. Miembro del soviet de Ufa en 1917, luego, comisario del pueblo para el Abastecimiento. Fue comisario para la Inspección Obrera y Campesina en 1922-23, presidió el Gosplan en 1923-25. Miembro del CC desde 1923 hasta su muerte. <<

[12] Como señalamos en la nota 1, el «testamento» no será publicado en la URSS hasta 1956, luego del XX Congreso, ya fallecido Stalin. <<

[13] En esta Conferencia se constituyó la Oposición Unificada, cuando Zinoviev y Kamenev habían roto circunstancialmente su troika con Stalin. <<

[14] Yuri Piatakov (1890-1937): Bolchevique desde 1910. Comunista de Izquierda en 1918. Opositorista de izquierda de 1923 a 1928. Expulsado del partido en 1927. Condenado y fusilado en el segundo Juicio de Moscú. Boris Elzin (1879-1937?): Bolchevique desde 1903. Presidente del soviet de Ekaterinoslav en 1917 y de los soviets del Ural. Opositorista de Izquierda, tras ser detenido desaparece en los campos de concentración junto a sus dos hijos, también opositoristas. <<

[1] Traducción especial para esta edición de *Lénine*, op. cit., p. 66. Este artículo fue incluido especialmente para edición de 1970 publicada por Presses Universitaires de France, donde junto a los textos de Trotsky, los dos artículos siguientes forman parte del Apéndice del libro. En 1976 fueron reproducidos en la edición portuguesa publicada por &etc. André Breton (1896-1966): Poeta y crítico francés que lideró el movimiento surrealista. Como médico trabajó en hospitales psiquiátricos donde entabló sus conocimientos sobre Freud. Junto a Louis Aragon fundó la revista *Littérature* y en 1924 publicó el *Manifiesto Surrealista*. En 1927 Aragon, Eluard y Breton se afiliaron al Partido Comunista. Breton mantendrá diversos conflictos con el PC y romperá en 1935. En su viaje a México en 1938, se entrevistará con Trotsky con quien redactará el «Manifiesto por un arte revolucionario independiente». <<

[2] Marguerite Bonnet (1920—?): Especialista en surrealismo, en particular en André Bretón del que publicó una *Antología (1913-1966)* así como sus *Obras Completas*. Fue amiga íntima de Natalia Sedova durante muchos años quien residió junto a ella durante un tiempo en París luego del asesinato de Trotsky. <<

[3] La Librairie du travail hará una nueva edición en 1935. <<

[4] Ver el Prefacio de Trotsky en este libro. (NdMB) <<

[5] Trotsky había emprendido una gran biografía de Lenin del que sólo el primer tomo, *juventud*, apareció durante su vida y únicamente la traducción francesa (Rieder, 1936, Presses Universitaires de France, 1970). Se proponía volver a este *Lenin* cuando terminara el *Stalin* en el que todavía trabajaba cuando fue asesinado el 20 de agosto de 1940. (NdMB) <<

[6] Victor Serge, «Un retrato de Lenin por Trotsky», en *Clarté*, junio de 1925, p. 23.
(NdMB) <<

[7] *La Révolution surréaliste* fue publicada desde 1924 y durante cinco años por André Breton, Louis Aragon, Pierre Naville y Benjamin Péret concentrando a las figuras principales del movimiento surrealista. A partir del N.º 4 Breton se hará cargo de su dirección. <<

[8] Gracias a la cortesía de Mme. Breton, a la que queremos agradecer aquí calurosamente. (NdMB) <<

[9] La revista *Clarté* fue publicada desde 1920 por Henri Barbusse y Paul Vaillant-Couturier, impulsada por el PCF. <<

[10] Se refiere a la Convención francesa de 1793 y a la Comuna de París de 1871. <<

[11] *Entretiens*, Gallimard, 1952. (NdMB) <<

[12] Louis Aragon (1897-1982): Poeta y novelista francés, entró en el Partido Comunista en enero de 1927, al contrario que la mayor parte de sus amigos surrealistas, que se desligaron en los años siguientes (algunos para volver más tarde, como Paul Eluard y otros expulsados, como André Breton); él continuó siendo miembro del partido hasta su muerte. <<

[13] Artículo publicado en la revista *Littérature*, de mayo de 1923, bajo el título: «¿El Manifiesto ha muerto?» y que constituye un fragmento del prefacio del *Libertinaje*, Gallimard, 1924. (NdMB) <<

[14] Anatole France (seud. de Anatole Thibault) (1844-1924): Escritor francés que apoyó a Emile Zola en el caso Dreyfus, pidiendo la revisión del proceso. Cercano a la SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera), futuro Partido Socialista Francés, estuvo cerca del Partido Comunista Francés, aunque más adelante se mostró crítico. <<

[15] Aragon, «Avez-vous déjà giflé un mort?», *Un cadáver*, fue publicado luego de la muerte de Anatole France (octubre de 1924); en él colaboraron Soupault, Paul Eluard, André Breton, Louis Aragon entre los surrealistas y Drieu La Rochelle, Joseph Delteil. Aquí es donde figura esta expresión: «Me gusta que el literato que saluda hoy al tapir Maurras [escritor monárquico francés] y a Moscú, la tonta, y a través de un increíble engaño del mismo Paul Painlevé, haya escrito por monedas y con un instinto totalmente abyecto, el más deshonroso de los prefacios a un cuento de Sade, quien pasó su vida en prisión para recibir finalmente un puntapié de este imbécil oficial». (NdMB) <<

[16] Pierre Drieu La Rochelle (1893-1945): Escritor francés. Entre 1920-24 se acercó al dadaísmo y luego a Breton, Éluard y Aragon. Se unió al fascismo en la época de la Segunda Guerra Mundial y apoyó al gobierno de Vichy. Se suicidó tras la liberación de Francia por los aliados. <<

[17] La Guerra de Marruecos (1911-1926), también llamada Guerra del Rif, fue un enfrentamiento originado en la sublevación de las tribus rifeñas (región montañosa del norte de Marruecos), contra la ocupación colonial española y francesa. <<

[18] *Qu est-ce que le surréalisme?*, Bruselas, R. Elenriquez edt., 1934. (NdMB) <<

[19] Ídem. (NdMB) <<

[20] Inéd. (NdMB) <<

[21] *Entretiens*, op. cit., p. 119. (NdMB) <<

[22] Evidentemente el tono de Aragon en respuesta a Drieu La Rochelle es irónico. Pero Breton lo critica porque no era una verdadera defensa de Lenin sino una simple reacción provocativa frente a la provocación por derecha de La Rochelle. Ampliamos parte de la traducción de la respuesta de Aragon para contribuir a la interpretación de su sentido: «¡Qué miedo tienes de ser engañado!: podría no ser parisiense la palabra República que tú me reprochas, porque jamás te he ocultado, tanto peor para el ridículo, que yo estaba dispuesto a morir por esta palabra (...) *No quiero responderte que no he gritado: ¡Viva Lenin! Lo vociferaría mañana, ya que se me prohibió este grito, que después de todo saluda al genio y al sacrificio de una vida;* tus coqueterías con Maurras [el escritor monárquico, NdE] me parecen más interesadas. ¡Viva Lenin!, Drieu, cuando te veo así complacerte con esta ola intelectual, con este espíritu de compromiso en el que no se sostiene ni una idea, ni un criterio moral» (Subrayado nuestro), Louis Aragon, «Correspondance», *Nouvelle Revue Française*, número 144, 1 septiembre de 1925. La primera reimpression de esta importante carta de Aragon fue en *Chroniques I*, pp. 242-246. <<

[23] Carta a A. Breton (Inéd.), septiembre de 1925. (NdMB). Paul Éluard (seud. de Eugène Grindel) (1895-1952): Poeta francés. En 1917 se casó con Gala (futura musa de Dalí). Luego de alejarse del PCF, y fuera ya del surrealismo, regresó a él durante la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndose en poeta de la Resistencia y defensor del stalinismo. <<

[24] Después del «Congreso internacional por la defensa de la cultura» de junio de 1935. Ver a este respecto la declaración colectiva: *Del tiempo en que los surrealistas tenían razón*, agosto de 1935, que termina en estas frases:

«A riesgo de provocar la furia de sus falsificadores, preguntamos si es necesario otro balance para juzgar por sus obras a un régimen, en este caso, al régimen actual de la Rusia soviética, y al jefe todopoderoso alrededor del cual gira este régimen, la negación misma de lo que debería ser y de lo que ha sido». «A este régimen, a este jefe, sólo podemos expresarles formalmente nuestra desconfianza». (NdMB) <<

[25] Discurso al Congreso de Escritores, junio de 1935. (NdMB) <<

[26] Declaración leída por A. Breton el 3 de septiembre de 1936 en el mitin: «La verdad sobre los juicios de Moscú» (refrendada por doce miembros del grupo surrealista). (NdMB) <<

[27] Declaración de A. Breton respecto a los segundos Juicios de Moscú, 26 de enero de 1937. (NdMB) <<

[28] Declaración del 3 de septiembre de 1936. (NdMB) <<

[29] Ídem. (NdMB) <<

[30] Bretón relata estos encuentros en «Visita a León Trotsky» (*La clé des champs*, ed. Pauvert, 1953). (NdMB) <<

[31] *La clé des champs*, op. cit. La fotografía de un fragmento del manuscrito y la nota de Breton muestran claramente esta colaboración. (NdMB) <<

[32] La expresión es de Trotsky en *Literatura y revolución*: preguntándose cómo la revolución puede hacer sentir su presencia en una obra literaria, escribió que ella debería ser «el eje invisible». (NdMB) <<

[33] Ver también por ejemplo «Loin d'Orly», en la revista surrealista *Bief* N.º 2, 15 de abril de 1960, y «A ce prix» (octubre de 1964) en *Le surréalisme et la peinture* (ed. Gallimard, 1965). (NdMB) <<

[34] Tierra de nadie. (En inglés en el original) <<

[35] Se encontrará este «Homenaje» en la revista surrealista *La Brèche* N.º 2, mayo de 1962, y en el folleto «Natalia Sedova Trotsky» (fuera de comercio, Lettres Nouvelles, 1962). (NdMB) <<

[36] *Entretiens*, op. cit. (NdMB) <<

[37] Sobre todo el período 1923-25, ver la biografía de Trotsky por Isaac Deutscher, T. 2, *El profeta desarmado*, cap. II y IV. (NdMB) <<

[38] Ver el mensaje del 22 de enero de 1924: «Lenin ha muerto». (NdMB) <<

[39] *La Révolution surréaliste* N.º 5, 15 de octubre de 1925. <<

[40] Ver «Los pequeños y el grande», *Lenin*, Cap. XIV, en este libro. <<

[41] Artículo publicado, a propósito de la edición de *Vida de Lenin (Juventud)* (o *La juventud de Lenin*) en la revista *Sech, Revista de la Sociedad de Escritores de Chile*, Año II, diciembre de 1937. Número dedicado a la Revolución Rusa 1917-1937. <<

[42] Enrique Espinoza (seud. de Samuel Glusberg) (1898-1987): Editor y escritor nacido en Rusia, se radicó en Argentina en 1905. Pasó la mayor parte de su vida en Chile, donde editó durante varios años la revista *Babel*. Se entrevistó con Trotsky en México y colaboró con la revista *Clave*. <<

[43] John Reed escribió *Diez días que conmovieron al mundo*, relatando extraordinariamente su experiencia como periodista durante la Revolución Rusa, en los años 1918-19. La primera edición fue publicada por el Partido Comunista de EEUU, con prefacios de Lenin y Krupskaja. <<

[44] El libro *La Caballería roja* de Isaak Babel (1894-1940), escritor ruso amigo de Gorki, fue escrito sobre la base de la experiencia del autor en la guerra polaco-soviética de 1920. Babel fue fusilado por la NKVD. <<

[45] Lunacharsky escribió *Siluetas revolucionarias* en 1923. <<

[46] *Vie de Latine* por León Trotsky. *Jeunesse*. Traducción de Maurice Parijanine. Revisada y aprobada por el autor. Les Editions Rieder, París, MCMXXXVI. (NdEE). Se refiere a la primera parte de este libro. <<

[47] Ver León Trotsky, *1905*, Bs. As., Ediciones CEIP, 2006. <<

[48] «¿Y ahora?» fue escrito el 25 de enero de 1932, publicado originalmente en ruso en Berlín en el mismo año, bajo el título de *La revolución alemana y la burocracia stalinista*. Luego fue incluido en la compilación de escritos *La lucha contra el fascismo en Alemania* publicado en 1933. <<